

H A M P T O N S I D E S

En el reino del HIELO

El terrible viaje polar del
USS Jeannette



Lectulandia

La era de la exploración estaba llegando a su fin, pero el misterio del polo norte permaneció. Los contemporáneos describieron el polo como el «objeto inalcanzable de nuestros sueños», y el impulso de llenar este último gran espacio en blanco en el mapa creció irresistible. En 1879 el USS *Jeannette* zarpó de San Francisco con multitudes animando y en medio de un frenesí de publicidad. El barco y su tripulación, capitaneados por el heroico George De Long, se dirigían a las aguas inexploradas del Ártico, llevando las aspiraciones de un país joven que quería ser la primera nación en alcanzar el polo norte. Dos años después de la terrible travesía, el casco del *Jeannette* resultó roto por una impenetrable franja de hielo, obligando a la tripulación a abandonar la nave en medio de torrentes de agua. Horas más tarde, el barco se había hundido por debajo de la superficie, dejando a los hombres a mil millas al norte de Siberia, donde se enfrentaron a una caminata aparentemente imposible, a través del infinito hielo, con los suministros mínimos. En todo momento, ante la ceguera de la nieve y el asedio de los osos polares, ante tormentas feroces y laberintos de hielo, la tripulación se rebeló ante la locura y la hambruna mientras luchaban desesperadamente por sobrevivir.

Llena de emocionantes e imprevisibles giros, *En el reino del hielo* es una fascinante historia de heroísmo y determinación en el lugar más brutal de la Tierra.

Hampton Sides

En el reino del hielo

El terrible viaje polar del USS *Jeannette*

ePub r1.0

Titivillus 30.05.2024

Título original: *In the Kingdom of Ice: The Grand and Terrible Polar Voyage of the USS Jeannette*

Hampton Sides, 2014

Traducción: Miguel Marqués

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

En el reino del hielo

En el reino del hielo, tan lejos del mundo,
se eleva de un barco un quejido.
Batalla los témpanos y los remolinos,
retuércese en su adverso rumbo.
El hielo escarpado se rompe y estalla,
asfixia rabiando la amura,
los hombres exhaustos rezan y callan,
añoran su amor y su cuna.
El hielo está hambriento, aprieta más fuerte,
dispuesto a probar sus agallas.
La orden de mando clara restalla:
«¡Salve quien pueda su suerte!».
Alto en el mástil los vientos entonan
un aria fatal y luctuosa.
Ved cómo los marineros sollozan.
La brava corbeta zozobra.
Tan lejos los trajo; ahora descanse
en lo hondo y lo oscuro orgullosa.
Sobre el panteón ahora el cielo se abre,
la aurora lo pinta de índigo y rosa.

JOACHIM RINGELNATZ
«El hundimiento del *Jeannette*»

No todos tienen el privilegio [...].
Antes es necesario haber sufrido, haber
sufrido enormemente, haber adquirido cierto
conocimiento del dolor. Esa es la manera
de que los ojos se abran a su visión.

HENRY JAMES,
Retrato de una dama, 1881

A mi hermano
Link Sides
(1957-2013)

LA TRIPULACIÓN DEL
USS «JEANNETTE»

OFICIALES DE LA ARMADA

Comandante George De Long
Segundo comandante Charles Chipp
Maestro John Danenhower, oficial de derrota
George Melville, ingeniero
Doctor James Ambler, médico

CIENTÍFICOS CIVILES

Jerome Collins, meteorólogo y corresponsal de The New York Herald
Raymond Newcomb, naturalista

SERVICIOS ESPECIALES

William Dunbar, piloto de banquiza
John Cole, contramaestre
Walter Lee, maquinista
James Bartlett, fogonero de primera clase
George Boyd, fogonero de segunda clase
Alfred Sweetman, carpintero

MARINEROS

William Nindemann
Louis Noros
Herbert Leach
Henry Wilson
Carl Görtz
Peter Johnson
Edward Starr
Henry Warren
Heinrich Kaack
Albert Kuehne
Frank Mansen
Hans Erichsen
Adolph Dressler
Nelse Iverson

Nelse Iverson
Walter Sharvell
George Lauterbach

COCINERO Y CAMARERO

Ah Sam
Charles Tong Sing

CAZADORES Y TRINEÍSTAS ESQUIMALES

Alexey
Aneguin

Prólogo

Bautismo de hielo^[1]

Una neblinosa mañana de finales de abril de 1873, el bergantín-goleta a vapor *Tigress* abandonaba la bahía Concepción, en la provincia canadiense de Terranova. Abriéndose paso entre los témpanos y hielos flotantes de las costas de la península del Labrador, puso rumbo norte y partió en busca de los cazaderos de focas donde faenaría toda la temporada. A última hora de la mañana, el *Tigress* se topó con algo extraño: un esquimal solitario en un kayak trataba de llamar la atención de la tripulación agitando los brazos y gritando desaforadamente. El nativo atravesaba sin duda algún tipo de dificultad, pues no solían adentrarse tanto en las peligrosas aguas abiertas del Atlántico norte. Cuando el *Tigress* se acercó, el hombre gritó en un inglés apenas inteligible: «¡Vapor americano! ¡Vapor americano!».

Los tripulantes del *Tigress*, asomados a las bordas, intentaban sin éxito descifrar a qué se refería el esquimal. Justo entonces, la niebla se abrió y dejó ver, a media distancia, un témpano de perfil irregular sobre el que más de una quincena de hombres y mujeres, además de varios niños, parecían haber quedado varados. Al ver el buque, los náufragos rompieron en vítores y dispararon sus armas al aire.

El comandante del *Tigress*, Isaac Bartlett, ordenó que se botaran las lanchas. Cuando los rescatados —diecinueve en total— subieron a bordo, se hizo evidente que habían atravesado penurias sin parangón. Raquíticos, sucios y con algunos miembros congelados, dirigían a su alrededor una mirada perdida. Tenían los labios y dientes relucientes de grasa porque acababan de desayunar los intestinos de una foca.

—¿Cuánto tiempo llevan en el hielo? —les preguntó el comandante Bartlett.

El hombre de más edad, un estadounidense llamado George Tyson, dio un paso adelante y respondió:

—Desde el 15 de octubre.

Bartlett creyó no haber entendido. Habían pasado 196 días desde esa fecha. Ese grupo de personas, del que no sabían absolutamente nada, llevaba casi siete meses navegando a la deriva sobre aquella placa de hielo. El precario témpano había sido, en palabras de Tyson, una «balsa enviada por Dios»^[2].

Bartlett continuó haciendo preguntas a Tyson y cuál fue su sorpresa cuando este le contó que el malhadado grupo viajaba a bordo del *Polaris*, un barco famoso en todo el mundo. (Ese era el «vapor americano» al que se refería el esquimal con sus gritos). Supuestamente, el *Polaris*, un poco agraciado remolcador a vapor y reforzado para navegar entre el hielo, iba a protagonizar la gran gesta polar estadounidense, financiada en parte por el Congreso con el apoyo de la Armada. Había zarpado desde New London, Connecticut, dos años antes. Tocó puerto en dos ocasiones rumbo a Groenlandia, pero jamás fue visto de nuevo.

Tras dejar atrás el paralelo 82, latitud jamás alcanzada por un navío hasta entonces, el *Polaris* quedó atrapado en el hielo frente a la costa occidental de Groenlandia. En noviembre de 1871, el líder de la expedición, un hombre visionario excéntrico y taciturno llamado Charles Francis Hall, oriundo de Cincinnati, murió en misteriosas circunstancias tras beber una taza de café que, según sus propias sospechas, alguien había envenenado. Tras la muerte de Hall, la expedición quedó descabezada y, nunca mejor dicho, perdió el norte.

La noche del 15 de octubre de 1872, la gran placa de hielo adyacente al *Polaris* sobre la que Tyson y otros dieciocho miembros de la expedición habían acampado provisionalmente se desgajó de la banquisa y quedó a la deriva en la bahía de Baffin. Los naufragos, entre los que había varias familias esquimales y un recién nacido, nunca pudieron regresar al *Polaris*. No tenían otra opción que sobrevivir sobre aquel témpano. Durante todo el invierno y toda la primavera flotaron hacia el sur, sin poder modificar el rumbo un ápice. Dormían en iglús y se alimentaban de focas, narvales, aves marinas y algún que otro oso polar. No tenían combustible con el que cocinar, así que durante su travesía no comieron más que carne cruda, vísceras y sangre. Eso cuando conseguían cazar algo.

Tyson afirmó que habían sido unos «locos afortunados»^[3]. Apiñados miserablemente sobre su menguante trozo de hielo, habían navegado a la deriva de un lado a otro, «como un volante de bádminton»^[4], en palabras del propio Tyson, surcando mares, chocando contra icebergs y soportando fuertes tempestades. Sorprendentemente, lograron sobrevivir todos los miembros de esa malhadada expedición. En total, habían recorrido 1800 millas náuticas (unos 3000 kilómetros).

Perplejo ante el relato de Tyson, el comandante Bartlett dio la bienvenida a los rescatados a bordo del *Tigress* y les sirvió bacalao con patatas y café caliente. El barco puso rumbo al puerto canadiense de San Juan de Terranova, donde un navío de la Armada estadounidense se encargó de trasladarlos directamente a Washington. Tyson y el resto de supervivientes revelaron, en un apresurado interrogatorio, que el *Polaris*, aunque con daños, seguiría posiblemente intacto, y que las otras catorce personas que formaban la expedición acaso habrían salvado la vida, guarecidas en el barco semihundido y atrapado en la banquisa, al norte de Groenlandia. Las autoridades navales, tras entrevistar separadamente a los supervivientes, concluyeron que en el *Polaris* se había producido una crisis de liderazgo desde el primer momento y que la tripulación había estado cerca de amotinarse. Dedujeron que, en efecto, Charles Hall podría haber sido envenenado. (Casi un siglo después, expertos forenses exhumaron su cuerpo y detectaron niveles de arsénico tóxicos en las muestras de tejido. Tyson, negándose, sin embargo, a dar nombres, puso antes de morir el grito en el cielo: «Quienes han frustrado y arruinado esta expedición no podrán escapar a su Dios»^[5], maldijo al parecer).

La ciudadanía estadounidense, impresionada por la desdichada historia de aquella expedición nacional y su rotundo fracaso, pedía que una segunda expedición regresara al Ártico en busca de supervivientes. Así, con el apoyo del presidente Ulysses S. Grant, la Armada no tardó en despachar un buque —el USS *Juniata*—, rumbo a Groenlandia, con el cometido de encontrar al maltrecho *Polaris*.

El *Juniata* era una corbeta acorazada que había vivido muchas batallas en el bloqueo del Atlántico, durante la guerra civil estadounidense. Todos los periódicos del país celebraron su partida de Nueva York, el 23 de junio de 1873, al mando del oficial Daniel L. Braine. La misión del *Juniata* en Groenlandia tenía todos los elementos necesarios para convertirse en noticia de alcance nacional: se esperaba un emocionante rescate y también la resolución del intrigante suceso, sobre el que planeaba la sombra de un asesinato. Un corresponsal de *The New York Herald* embarcaría en el *Juniata*

en San Juan de Terranova para informar sobre la búsqueda. Debido en gran parte a la presencia a bordo de un periodista del *Herald*, la búsqueda del *Polaris* se convertiría en el asunto de mayor actualidad de finales del verano de ese año.

El segundo de a bordo era un joven teniente de navío procedente de Nueva York llamado George De Long. De veintiocho años y ojos verde azulado enmarcados por anteojos, De Long ansiaba hacer grandes cosas. Era un hombre voluminoso y de espalda ancha; pesaba noventa kilos. Oficial de la Academia Naval estadounidense, pelirrojo y de piel clara, portaba un astroso mostacho que se elevaba prodigiosamente por encima de las comisuras de su boca. Cuando tenía un momento para descansar, se le solía encontrar fumando una pipa de espuma de mar y enfrascado en un libro. La calidez de su sonrisa y la suavidad de sus carnosas facciones contrastaban con el agresivo perfil de su mandíbula, rasgo que llamaba la atención. De Long era un tipo decidido y arrojado, eficiente y concienzudo, y ambicioso hasta el ardor. Una de sus expresiones habituales, casi una muletilla, era: «Hágalo ahora mismo»^[6].

De Long había navegado por gran parte del globo: Europa, el Caribe, América del Sur y toda la costa oriental de los Estados Unidos. Aunque conocía el Ártico, aquel viaje no le hacía especial ilusión. De Long estaba muy acostumbrado a los trópicos. Nunca se había interesado por la heroica búsqueda del polo norte, que preocupaba hasta casi el delirio a exploradores como Hall y despertaba un enorme interés en la ciudadanía. Para De Long, la expedición del *Juniata* a Groenlandia era una misión más.

No pareció causarle muy buena impresión San Juan de Terranova, donde el *Juniata* se aprovisionó de víveres y los carpinteros de ribera forraron la proa del buque con planchas metálicas para protegerlo del hielo que próximamente encontrarían. Cuando el *Juniata* alcanzó la aldea semihelada de Sukkertoppen, en la costa sudoccidental de Groenlandia, De Long escribió a su esposa: «Nunca en mi vida vi una tierra tan desolada y espantosa. Espero no quedarme jamás varado en un lugar dejado de la mano de Dios como este^[7]. [...] El “pueblo”, por llamarlo de alguna manera, consiste en dos casas y una decena de cabañas hechas de barro y madera. Entré en una de ellas y no me he dejado de rascar desde entonces»^[8].

De Long bebía los vientos por su esposa, Emma, una joven de origen franco-estadounidense nacida en el puerto francés de El Havre. No soportaba estar tan lejos de ella. Llevaban casados más de dos años, pero casi no se

veían, pues las misiones de De Long apenas permitían a este pisar tierra firme. A la pequeña hija de ambos, Sylvie, apenas la había tratado. Los De Long poseían un pequeño apartamento en la calle 22 de Manhattan, aunque él casi no pasaba por allí. Emma afirmaba que su marido era un hombre «destinado a vivir separado de aquellos a quienes ama»^[9]. No podía hacer mucho al respecto de sus prolongadas ausencias: así era la vida de los oficiales de la Armada.

A veces, sin embargo, De Long soñaba con tomarse una excedencia y vivir otro tipo de vida junto a Emma y Sylvie, en el oeste del país o quizá en el campo, en el sur de Francia. Desde Groenlandia describió a Emma su fantasía: «No puedo evitar pensar lo felices que somos juntos. Cuando nos separamos, hago muchos planes. [...] Qué maravilloso sería viajar a algún lugar tranquilo de Europa y vivir allí un año... El departamento de la Armada no me importunaría con sus órdenes ni nos contrariaría ningún problema. Creo, amor mío, que cuando termine esta misión podré pedir una excedencia. ¿Qué te parecería pasar un año juntos en un lugar que no fuera muy caro, en el que pudiéramos comprar una casita? ¿Lo crees posible?»^[10].

El desdén de De Long por el paisaje polar no tardaría en dulcificarse. El *Juniata* cruzó el círculo polar ártico y continuó su singladura rumbo norte, siguiendo la abrupta costa de la mayor isla del mundo. Algo había cambiado en De Long. El Ártico le empezó a intrigar cada vez más: su grandiosidad solitaria, los espejismos y extraños efectos de la luz, las paraselenes y los halos rojos como la sangre, la atmósfera espesa y neblinosa que magnificaba y alteraba los sonidos, produciéndole la impresión de estar bajo una gran cúpula. De Long notaba el aire rarificado. Le llamaba la atención la luz espectral que los grandes témpanos reflejaban sobre las nubes bajas en el horizonte, lo cual permitía a los pilotos del navío sortear aquellos. El paisaje se hacía cada vez más sobrecogedor: fiordos nevados, altos icebergs recién desgajados de los glaciares, el nítido entrechocar de la espuma gélida contra las paredes de hielo, focas oceladas observando desde agujeros en la banquisa, ballenas boreales resoplando en mitad de los canales de plumizas aguas. Era la naturaleza más salvaje que De Long había conocido hasta entonces y pronto cayó enamorado de ella.

A finales de julio el *Juniata* llegó a la isla Disko, situada frente a la costa groenlandesa a una latitud ya considerable. Disko es un pedazo de tierra batido por el viento, moteado de burbujeantes manantiales de agua caliente y

rico en leyendas vikingas. Cuando De Long arribó a ella, su bautismo de hielo estaba por completarse. Ataviado de pies a cabeza de pieles y calzado con botas de foca, tenía ya tomado el pulso del Gran Norte. «Hemos embarcado doce perros de tiro —escribía— y este barco tiene por fin el aspecto apropiado. El casco está ennegrecido por la suciedad y la carbonilla, los perros se acurrucan junto a las pilas de carbón, las ovejas están amarradas en la proa, y a babor y estribor cuelgan la carne de ternera y los pescados. Ahora sí estamos preparados para llegar a cualquier sitio».

Conforme avanzaba rumbo norte, De Long fue obsesionándose cada vez más por el destino de Charles Francis Hall y su expedición. ¿Qué había salido mal? ¿Qué decisiones habían conducido a ese desenlace? ¿Dónde se encontraría el *Polaris*? ¿Habría supervivientes? Como oficial de la Armada, le interesaban las cuestiones relativas a la jerarquía, la disciplina y la motivación: cómo se organizaba una misión y por qué razones podía fracasar. Se sentía cada vez más absorto en aquel misterio, infinitamente más intrigante que los habituales quehaceres tediosos de la vida en la mar.

Algo más de un mes después, el 31 de julio, el *Juniata* llegaba a Upernavik, una diminuta aldea groenlandesa enterrada en el hielo, cuatrocientas millas náuticas al norte del círculo polar ártico. A partir de este momento se complica la trama de esta historia detectivesca y boreal. De Long y el comandante Braine desembarcaron para reunirse con un oficial llamado Krarup Smith, inspector de la Corona danesa en el norte de Groenlandia. El inspector Smith tenía algunas cosas interesantes que contar sobre Charles Hall, quien había hecho escala en Upernavik con su expedición dos años atrás, antes de desaparecer en el Ártico más remoto. El oficial danés no tenía idea de cuál podría ser el paradero del *Polaris* ni de si podrían encontrar supervivientes, pero ofreció un dato intrigante: el capitán Hall había presentado su propia muerte.

Cuando arribó a Upernavik, Hall era ya consciente de que en su tripulación había quienes disientían de él y concluyó que algunos hombres querían relevarlo. Tuvo la sensación de que jamás regresaría a casa de nuevo y moriría en el Ártico. Tan seguro estaba de ello que, por cautela, dejó al inspector Krarup Smith un fardo con valiosos documentos y objetos diversos.

Martin Maher, el periodista del *New York Herald* que también navegaba en el *Juniata*, relató que el inspector danés había «referido con considerable detalle aquel conflicto», en el que ciertos miembros de la expedición «se afanaron por enfrentar al resto de la tripulación con Hall»^[11].

Según Krarup Smith, la expedición de Hall estaba condenada desde incluso antes de aventurarse entre los hielos. «Los oficiales y la tripulación del *Polaris* se sentían completamente desmoralizados —informó Maher—. El capitán Hall, parece evidente, sospechó y previó su muerte»^[12].

El comandante Braine no se sentía muy cómodo con la idea de navegar a bordo del *Juniata* más allá de Upernavik. Pese a sus refuerzos de hierro, el buque no estaba realmente diseñado ni equipado para desenvolverse entre grandes masas de hielo. Cargaba, no obstante, con una embarcación más pequeña, a la que apodaban *Little Juniata* (Pequeña Juniata), más ágil y fácil de pilotar entre la confusión de témpanos e icebergs. Aparejada como una balandra, la *Little Juniata* tenía ocho metros y medio de eslora y estaba equipada con un pequeño motor de vapor y una hélice de tres palas. Braine dispuso que seis de sus hombres embarcaran en ella y continuaran la búsqueda rumbo norte durante otras cuatrocientas millas, a lo largo de la costa hendida de fiordos, hasta el llamado cabo York.

Esta segunda expedición, que según las estimaciones de Braine llevaría semanas, planteaba una empresa dudosa en el mejor de los casos. La *Little Juniata* parecía una embarcación temiblemente frágil, poco menos que un bote sin cubierta. La banquisa era capaz de aplastar flotas completas de balleneros y Braine sabía que no podía ordenar a nadie que emprendiera esa arriesgada misión: dependía de los voluntarios.

De Long fue el primero en alzar la mano. Se decidió en ese instante que él capitanearía la pequeña *Little Juniata*. El segundo de a bordo sería Charles Winans Chipp, un reservado y confiable graduado de la Academia de la Armada, proveniente del estado de Nueva York. Otros siete hombres decidieron unir su destino al de De Long, entre ellos un intérprete esquimal, un piloto de banquisa y Martin Maher, el periodista del *Herald*. El comandante Braine los despidió, no sin antes dejar unas instrucciones por escrito a De Long: «Aguardaré con gran interés su regreso a este buque. Se han prestado voluntarios a una arriesgada empresa»^[13].

Dejaron atrás el *Juniata* el 2 de agosto, llevando consigo víveres para sesenta días y arrastrando un bote cargado con 1200 libras de carbón (poco más de media tonelada). El pequeño motor de vapor traqueteaba y De Long enhebraba la ruta entre multitud de islas envueltas en niebla y pequeños icebergs a los que los marinos norteamericanos llamaban «gruñones» por el rumor que parecían emitir. Hicieron escala en algunos apartados

asentamientos esquimales —Kingittoq, Tasiusaq— y, a continuación, se internaron en el vacío, esquivando verdaderas montañas de hielo flotante que hacían parecer a la *Little Juniata* una cáscara de nuez.

Maher escribió para los lectores del *Herald* que «jamás había visto paisajes tan grandiosos. [...] Contemplando los inmensos campos de hielo centelleando bajo el sol y los miles de enormes y escarpados icebergs que flotan ceñudos a través de la bahía de Baffin, uno queda asombrado por la majestad pasmosa de los elementos y se pregunta si es posible evitar ser aplastado y quedar hecho añicos»^[14].

Al final, la *Little Juniata* quedó inmovilizada entre los témpanos y De Long se vio obligado en varias ocasiones a embestir el hielo para liberar la embarcación, astillando las placas de paloverde que reforzaban el casco. Los abrazaba una densa y gélida niebla y todo el aparejo de la embarcación estaba escarchado. «Acorralados por uno y otro costado, nos hallábamos en una coyuntura peligrosísima. Se cernía sobre nosotros la destrucción inminente —relataba Maher—. Abrimos con gran esfuerzo un paso de este a oeste y, tras una terrible lucha de doce horas encontramos de nuevo aguas abiertas»^[15].

De Long no podía sentirse más satisfecho. Tanto él como el teniente Chipp estaban disfrutando la travesía, pues habían logrado superar todos los problemas aparecidos hasta entonces. «Nuestra embarcación es una belleza. Solo le falta hablar —escribió en una carta dirigida a Emma—. No te alarmes si no recibes noticias mías en un tiempo. Si por azares del destino quedamos encallados en el hielo todo el invierno, no oirás de mí hasta la primavera. Pero guarda el buen ánimo. Espero estar de regreso en el *Juniata* en quince días»^[16].

Cuarenta millas al sur del cabo York, De Long ancló la *Little Juniata* junto a un gran iceberg para eliminar la escarcha formada en el depósito de agua dulce de la tripulación. De repente, empezó a resquebrajarse una columna de hielo que se alzaba sobre sus cabezas. Avistando el peligro, De Long ordenó levar anclas y alejar la embarcación, momentos antes de que cayese al mar un enorme bloque de hielo con un ensordecedor estruendo. Esto, a su vez, causó que el iceberg completo se bambolease y terminase volcando. De no haber dado De Long aquella orden, la *Little Juniata* habría sido destruida.

Hasta ese momento, De Long no había atisbado indicio alguno del *Polaris* ni de los posibles supervivientes. Dadas las dimensiones de aquel espacio salvaje cubierto de niebla, era quizá poco realista esperar otra cosa. Sin embargo, conforme avanzaba hacia el norte fue sintiéndose atraído por un

misterio cada vez mayor. Cerca ya del paralelo 75, el Ártico se desplegaba ante él como un intrincado enigma. Jamás se había sentido tan vivo, tan presente en el momento. Se percató de que estaba convirtiéndose en lo que los científicos llaman un «pagófilo»: una criatura que es más feliz entre los hielos que en ningún otro lugar.

El 8 de agosto, la *Little Juniata* se vio envuelta por un denso banco de niebla. El mar se encrespaba por momentos y en cuestión de horas se desató una tempestad. La pequeña embarcación cabeceaba entre grandes olas sembradas de fragmentos de hielo. «En cada terrible zambullida, el mar inundaba la cubierta y nos caía encima un chaparrón de espuma, empapando todo lo que contenía la lancha. Achicábamos agua, pero no servía de mucho», escribiría De Long más tarde^[17].

La tormenta agitó peligrosamente las aguas, removiendo los témpanos. Además, arrancaba fragmentos de hielo de los icebergs que los rodeaban. La *Little Juniata* corría peligro de quedar hecha añicos en cualquier momento. «Recordarlo me hace temblar —dejó escrito De Long—. Diré únicamente que fue milagroso salir con vida»^[18]. Martin Maher narró para el *Herald*: «Las olas, furiosas como un animal fustigado, se estrellaban contra las montañas de hielo y arrancaban masas sólidas de pesado aspecto, que se zambullían en el agua con atronador estrépito. La destrucción de la embarcación y de todos los que navegábamos en ella parecía inminente. A todas luces, aquel terrible lugar sería el último que veríamos si aquellos sobrecogedores gigantes de hielo no dejaban de arrojar sus mortíferos proyectiles»^[19].

La tempestad arreció durante treinta y seis horas, pero, de algún modo, la *Little Juniata* aguantó. Amainó por fin y De Long decidió continuar la travesía rumbo al cabo York. A proa se extendía una poco halagüeña llanura helada. «No estaba dispuesto a abandonar la misión sin luchar», escribiría más tarde. Sin embargo, el carbón se estaba agotando y sus hombres sufrían: estaban ateridos, calados hasta los huesos y hambrientos. Era imposible encender la caldera, pues tanto la leña como las astillas estaban empapadas. Uno de sus hombres, tras mantener un fósforo pegado a su cuerpo durante horas, fue capaz de prender una vela. Al poco tiempo, el motor de vapor chisporroteaba y se dejaba arrancar de nuevo.

La *Little Juniata* avanzó a duras penas entre los hielos durante una jornada completa, pero De Long vio que continuar la travesía era una insensatez. Se preguntó «hasta qué punto había poner en riesgo las vidas de

los expedicionarios»^[20] y afirmó que sentía una responsabilidad «nunca más deseada» para sí. Consultó con el teniente Chipp, a quien admiraba por su templanza y buen juicio y, el 10 de agosto, De Long hizo algo muy poco acostumbrado en él: tiró la toalla. «Continuar con la búsqueda de la tripulación del *Polaris* no tenía sentido», escribiría más tarde^[21]. Habían recorrido más de cuatrocientas millas y superado el paralelo 75. A solo ocho millas del cabo York, la *Little Juniata* viró 180 grados.

(De Long no sabía, claro está, que los supervivientes del *Polaris*, catorce en total, habían sido rescatados en junio por un ballenero escocés que los llevó hasta Dundee, en Escocia. Los supervivientes, sin embargo, no regresarían a los Estados Unidos hasta ese otoño).

De Long pilotó la *Little Juniata* a través de campos de témpanos intermitentes, rumbo sur. Cuando se terminó el carbón, tuvo que improvisar y terminó alimentando la caldera con trozos de carne de cerdo.

Tras un viaje de ida y vuelta de más de ochocientas millas, la *Little Juniata* se reunió con su nave nodriza a mediados de ese mes. El capitán Braine, que casi había perdido las esperanzas de ver regresar la pequeña embarcación, recibió a De Long a bordo del *Juniata* como un héroe. «Toda la tripulación estaba fuera de sí por la emoción. Los hombres se encaramaron a la arboladura para saludarnos. Cuando trepé la escala, tan envuelto en pieles que apenas se me veía el rostro, me vitorearon como si hubiese regresado de entre los muertos. Estreché la mano al capitán y él tembló de pies a cabeza»^[22].

El *Juniata* regresó a San Juan de Terranova y de allí continuó viaje de vuelta hasta Nueva York, donde fue recibido con gran fanfarria a mediados de septiembre. En el muelle, De Long esquivó a los periodistas y discretamente se escabulló para ver a su esposa y a su hija pequeña.

Su esposa notó inmediatamente que algo había cambiado. George había cumplido veintinueve años en Groenlandia, pero no se trataba de eso. Encontraba algo radicalmente distinto en él, un brillo nuevo en sus ojos, un ademán diferente. Como si hubiese contraído una fiebre: no dejaba de hablar del Ártico. Quería regresar a él. Desarrolló en los meses siguientes un vivo interés por las cartas y mapas de esa zona del mundo y por los libros que hablaban de ella. Se presentó voluntario para cualquier otra expedición de la Armada con destino a las latitudes boreales.

«La aventura lo había conmovido profundamente y no lo dejaba descansar —escribió Emma, quien empezó a sospechar que su año sabático en la campiña francesa, con el que George soñaba apenas empezada su aventura en Groenlandia, nunca se haría realidad—. El virus polar ha infectado la sangre de George para siempre»^[23].

Una pregunta fundamental, que había impulsado a Charles Hall y a otros exploradores antes que a él, cautivaba ya a De Long: ¿podría el ser humano alcanzar el polo norte? Y ¿cómo sería ese lugar? ¿Sería posible llegar a través de vías marítimas abiertas? ¿Vivirían allí especies desconocidas de peces o mamíferos? ¿Estarían sus hielos habitados por monstruos? ¿Ocultarían quizá los restos de alguna civilización desaparecida? ¿O quizá un remolino gigante que lo tragase todo y comunicase con los intestinos del planeta, como muchos creían? ¿Deambularían por sus solitarios páramos mamuts lanudos u otras criaturas prehistóricas? ¿Qué otras maravillas naturales encontrarían por el camino? ¿O sería el polo quizá algo completamente distinto: una tierra exuberante atemperada por poderosas corrientes oceánicas?

Cuanto más reflexionaba sobre el problema del polo norte, contaba Emma, «más vivo era su deseo de encontrar una respuesta que saciara el ansia de conocimiento de todo el mundo. Regresó a Nueva York hechizado por el Ártico y sus misterios nunca dejaron ya de fascinarlo»^[24].

PARTE I

Un gran espacio en blanco



CIRCUMPOLAR MAP

EXHIBITING THE
INTER-OCEANIC CIRCULATION, as suggested in his report on the KURO-SIWO in 1855-6,

(See U.S. Japan Expedition Vol. II, pag. 369 & 370)

and to illustrate Addresses upon the

THERMOMETRIC GATEWAYS to the POLE in 1868, and the "THERMAL PATHS to the POLE" in 1872

BY

SILAS BENT

EXPLANATIONS:

The Red Coloring indicates Warm Water.
" Blue " " Ice & cold Water.
" Arrows show the direction of Currents.

Un escandaloso sábado de carnaval y muerte^[25]

Cerca de la medianoche del domingo, 8 de noviembre de 1874, justo en las horas en que las rotativas escupían la siguiente edición matutina del *New York Herald*, el edificio iluminado a gas de la esquina de Broadway con Ann Street bullía de actividad. Los telégrafos repiqueteaban, las imprentas zumbaban y en la sala de composición los tipógrafos reordenaban a la carrera los tintineantes tipos y los correctores gritaban cambios de última hora. En el exterior, al frío otoñal, ejércitos de repartidores acudían a los muelles de carga con sus carretas y caballos, esperando fardos de arpillera cargados de mercancías que distribuirían por los comercios de la ciudad, aún soñolienta.

Como de costumbre, el redactor del turno de noche llevó al editor el borrador del diario para su aprobación. Aquello era toda una proeza: el propietario del *Herald* podía comportarse como un tiránico gerente, y empuñaba su lápiz azul como un cuchillo de caza, llenando los márgenes de la página de comentarios apenas legibles, que a veces se salían del papel. Tras la usual cena en Delmonico's, bien regada de vino, el editor regresaba a su despacho, donde se dedica a beber tazas y tazas de café y a mortificar a sus subalternos hasta que, por fin, se cerraba la edición. Los correctores temían sus broncas y estaban acostumbrados a que les ordenara, a altas horas de la noche, que tirasen a la basura la maqueta y empezaran de nuevo.

James Gordon Bennett júnior era un tipo alto y delgado, de treinta y dos años, porte regio, cuidado bigote y manos pequeñas y delicadas. Sus ojos, entre grisáceos y azulados, miraban con indiferencia y autoridad, aunque también hacían de vez en cuando guiños traviesos. Vestía impecables trajes franceses y calzaba zapatos de fino cuero italiano. Para hacer más llevaderas sus largas aunque desordenadas horas de trabajo, había instalado en su despacho del ático una cama, en la que solía echar una cabezada a primera hora de la mañana.

Según la mayoría de fuentes, Bennett era el tercer hombre más rico de la ciudad de Nueva York, con ingresos anuales que solo iban a la zaga de los de William B. Astor y Cornelius Vanderbilt. Bennett no solo era editor, sino también redactor jefe y único propietario del *Herald*, probablemente el mayor y más influyente periódico del mundo en ese momento. Había heredado el diario de su padre, James Gordon Bennett sénior. El *Herald* tenía reputación de informar y también divertir, y sus artículos destilaban el pícaro sentido del humor de su propietario. Pero en sus páginas también veían la luz muchas noticias: Bennett gastaba más que cualquier otro editor para recibir las últimas novedades por telégrafo, inclusive a través del cable trasatlántico. Cuando se trataba de reportajes de gran extensión, Bennett hacía lo que fuese necesario para contar con los nombres más importantes de la escena literaria estadounidense, entre ellos Mark Twain, Walt Whitman o Stephen Crane.

Bennett era también uno de los solteros más extravagantes de Nueva York, conocido por sus idilios con estrellas del cabaré y sus borracheras en la localidad costera de Newport, Rhode Island. Era miembro del Union Club y un ávido deportista. Ocho años antes había ganado la primera regata de yates trasatlántica de la historia. Desempeñó además un papel esencial en la llegada del deporte del polo a los Estados Unidos, y también patrocinó las primeras carreras de bicicletas y de globos aerostáticos. En 1871, a los veintinueve años, Bennett se había convertido en el comodoro más joven hasta entonces del Club de Vela de Nueva York, honor que aún mantiene.

El Comodoro, como todo el mundo llamaba a Bennett, era conocido por cabalgar caballos veloces y capitanear elegantes veleros. En ocasiones, envalentonado por el *brandy*, conducía su berlina de madrugada a toda velocidad por las calles de Manhattan, bajo la luz de la luna. Estas correrías nocturnas indignaban y desconcertaban a partes iguales a los alarmados viandantes, pues Bennett casi siempre las hacía desnudo.

La contribución más importante de James Gordon Bennett al periodismo moderno fue quizá su idea de que el periódico no solo debía dar noticias: también debía crearlas. Sus redactores no solo tenían que cubrir la actualidad, sino que debían orquestar dramáticos acontecimientos públicos a gran escala que agitasen las emociones y dieran que hablar. Como expresó un historiador del periodismo estadounidense más adelante, Bennett «tenía la capacidad de detectar historias latentes e insuflarles vida»^[26]. Fue Bennett quien en 1870 envió a Henry Stanley a las profundidades de África en busca del misionero y

explorador David Livingstone. Poco importaba que Livingstone necesitara o no ser encontrado. Los despachos que Stanley envió al *Herald* en 1872 causaron sensación internacional, algo a lo que Bennett nunca quiso renunciar a partir de entonces.

Sus detractores se quejaban de que esas exclusivas eran puros números de teatro, y quizá tuvieran razón. Sin embargo, Bennett estaba convencido de que un buen periodista al que se diesen la libertad y los medios para resolver algún misterio o enigma geográfico en algún lugar remoto, regresaría invariablemente con noticias interesantes. Estas noticias, además de fomentar la divulgación del conocimiento, incrementarían las ventas de su periódico. Bennett estaba dispuesto a gastar la suma que fuese para que regularmente aparecieran en su diario artículos de este tipo. El *Herald* podía ser tildado de muchas cosas, pero no de aburrido.

Aquella mañana de principios de noviembre, el redactor de noche del *Herald* debió de echarse a temblar cuando envió el borrador aún caliente de la edición matutina a su temperamental jefe. El *Herald* presentaba en primera plana una noticia que, bien gestionada, provocaría un revuelo de los que apasionaban a Gordon Bennett. Se trataba de una de las exclusivas más increíbles y trágicas jamás aparecidas en las páginas de su periódico. El reportaje se titulaba «A Shocking Sabbath Carnival of Death» (Un escandaloso sábado de carnaval y muerte).

El Comodoro echó un vistazo al periódico y leyó la horripilante historia: a última hora de la tarde de ese domingo, sobre la hora del cierre del zoológico de Central Park, un rinoceronte había logrado escapar de su jaula. Enfurecido, había arrasado las instalaciones del zoológico y matado a uno de sus cuidadores, dejando su cuerpo completamente desfigurado. El resto, que se encontraba dando de comer a otros animales, acudió a toda prisa y, en la confusión del momento, varias bestias carnívoras —un oso polar, una pantera, un león del Atlas, varias hienas y un tigre de Bengala, entre otras— se escaparon también. Para leer lo que seguía hacía falta agallas. Los animales, que en un primer momento se atacaban unos a otros, empezaron a perseguir a los paseantes de Central Park. Había gente aplastada, malherida, desmembrada y aun cosas peores.

Los reporteros del *Herald* habían captado diligentemente cada pormenor de la historia. Una pantera había sido vista sobre el cuerpo de un hombre, «royéndole horriblemente la cabeza»^[27]. Una leona, tras «saciarse de la sangre»^[28] de varias víctimas, había sido abatida por una partida armada de inmigrantes suecos. El rinoceronte había matado a una sastra llamada Annie

Thomas y había trotado dirección norte, hasta caer en una alcantarilla que estaba siendo reparada, donde murió. El oso polar había mutilado y matado a dos hombres y se le había visto caminando pesadamente hacia uno de los embalses de Central Park. En el hospital de Bellevue, los médicos «no daban abasto tratando de cerrar las terribles heridas»^[29] y se veían obligados a realizar «amputaciones varias». Una niña pequeña había muerto durante una operación.

En el momento de poner en marcha la rotativa, muchos de los animales seguían en libertad, lo que había empujado al alcalde, William Havemeyer, a imponer el toque de queda hasta que el peligro desapareciese. «Los hospitales están atestados de heridos —informaba el *Herald*—. En todo el parque, de extremo a extremo, han sido atacados hombres y mujeres, y en sus bosques artificiales merodean las bestias salvajes, prestas a abalanzarse en cualquier momento sobre el incauto peatón»^[30].

Bennett no llegó a usar su lápiz azul. Por una vez, no tenía cambios que sugerir. Se dice que se recostó entre sus almohadones y ronroneó de satisfacción ante la extraordinaria noticia^[31].

El reportaje del *Herald* estaba escrito en un tono uniforme. Los redactores lo habían salpimentado con detalles íntimos y habían confeccionado una lista de víctimas con nombres reales, en algunos casos de vecinos muy conocidos de la Gran Manzana. Pero la historia era un completo bulo. Alentados por un entusiasmado Bennett, los redactores habían inventado el suceso para demostrar que la ciudad carecía de un plan de evacuación, caso de una gran emergencia. De paso, llamarían la atención sobre el hecho de que urgía reparar muchas jaulas del zoo. En efecto, las obsoletas instalaciones de Central Park, señalarían los redactores más adelante, distaban mucho de las del Jardin des Plantes parisino, por ejemplo, mucho más modernas. Era hora de que Nueva York se convirtiera en una ciudad de primera línea y de que los Estados Unidos, que en cuestión de año y medio cumplirían un siglo como nación, contaran con un parque de categoría mundial en el que exhibir las criaturas más salvajes del planeta.

Los redactores se cubrieron las espaldas para que nadie acusara al *Herald* de engañar a sus lectores: los que leyese el reportaje completo encontrarían, en el último párrafo, la siguiente exención de responsabilidad: «El reportaje anterior, claro está, es completamente inventado. Nada de lo que se cuenta en él es cierto»^[32]. Según el periódico, las autoridades de la ciudad nunca se

habían detenido a reflexionar sobre qué ocurriría caso de producirse una emergencia real. «¿Está Nueva York preparada para hacer frente a una catástrofe así? —preguntaba el *Herald*—. Cuestiones tan insignificantes como esta han dado pie a las mayores calamidades de la historia»^[33].

Bennett sabía por experiencia que muy pocos neoyorquinos se preocuparían de leer el artículo hasta el final. No se equivocó. Esa mañana, cuando sobre la ciudad empezaban a elevarse las habituales columnas de humo y la gente abrió el periódico del día, se desencadenaron la inquietud y el caos. Los alarmados viandantes se dirigían a toda prisa a los muelles para escapar de Manhattan en los trasbordadores o cualquier otra embarcación; otros miles, honrando el toque de queda impuesto por el alcalde, se quedaron en casa todo el día y esperaron la noticia de que el peligro había pasado. Otros más cargaron sus rifles y acudieron al parque para cazar a los animales huidos.

Debería haber resultado evidente hasta al más ingenuo lector que la noticia era falsa. Pero estamos hablando de una época más crédula, en la que no había radio, teléfonos ni medios de transporte más o menos rápidos. Los ciudadanos se informaban principalmente a través de la prensa y muchas veces resultaba difícil distinguir la realidad del rumor.

Una edición posterior del diario llevó la historia aún más lejos. El *Herald* informaba de que el mismísimo gobernador del estado de Nueva York, John Adams Dix, héroe de la guerra de Secesión, se había echado a la calle y había disparado a un tigre de Bengala, que guardó como trofeo personal. Se publicó otra lista, más extensa, que pormenorizaba todos los animales que habían escapado: un tapir, una anaconda, un ualabí, una gacela, dos monos capuchinos, un puercoespín blanco y cuatro ovejas sirias. Un oso *grizzly* había entrado en la iglesia de Santo Tomás, en la Quinta Avenida, y allí, en el pasillo central, «se había alzado sobre los hombros de una anciana y le había clavado los colmillos en el cuello».

Los redactores de las cabeceras rivales no salían de su asombro. El *Herald* se les había adelantado otras veces, pero ¿cómo era posible que ninguno de sus reporteros tuviera ni idea de este crucial acontecimiento? El redactor de noticias locales del *New York Times* acudió a toda prisa a la comisaría de Mulberry Street para abroncar a la policía por dar pábulo a la historia del *Herald* e ignorar a su prestigioso periódico. Picaron incluso algunos empleados del propio *Herald*: uno de los corresponsales de guerra más reputados de ese diario, quien al parecer no había recibido noticia de los

planes de Bennett, se plantó en la redacción con dos grandes revólveres, dispuesto a batir las calles.

Como era predecible, los competidores de Bennett vituperaron al *Herald* por su irresponsable conducta y por sembrar el pánico, poniendo en riesgo la vida de mucha gente. Un editorial del *Times* apuntaba: «Un reportaje tan cuidadosamente preparado como este no podría aparecer en las páginas del diario sin el consentimiento del propietario o del redactor jefe. Suponiendo que este peculiar medio cuente con tal figura, lo cual sería todo un desafío a la imaginación»^[34].

La justificada indignación cayó en saco roto. El «bulo de las fieras salvajes», como se lo empezó a conocer cariñosamente, no hizo sino reportar más lectores al *Herald*. En efecto, el golpe de efecto confirmaba la idea de que Bennett tenía tomado el pulso a la ciudad y era muestra del sentido del humor que caracterizaba al periódico. «El incidente no le pasó factura al diario, sino todo lo contrario —señalaría más tarde un historiador del periodismo neoyorquino—. Dio a la ciudad algo de que hablar y causó un revuelo sin precedentes. Apparently, a los lectores la broma les hizo gracia»^[35].

Bennett se sentía enormemente satisfecho por cómo habían salido las cosas. El bulo de los animales huidos del zoo se considera una de las mayores bromas periodísticas de la historia. Bennett, por otro lado, consiguió el objetivo propuesto: las jaulas del zoológico de Central Park fueron reparadas, por fin.

Cierto es que la noticia no fue tan sensacional como el encuentro entre Livingstone y Stanley. Bennett tendría que seguir buscando otra saga que repitiera aquel éxito. Sus reporteros peinaban el planeta a lo largo y ancho, a la caza del siguiente reportaje superventas. El *Herald* tenía corresponsales en Australia, en África, en China. Estos cubrían la disipada vida de las realezas europeas, los vaivenes de altura de Wall Street y los tiroteos del salvaje Oeste. También recorrieron el sur de los Estados Unidos durante los años de posguerra y la reconstrucción, dando noticia de los coloridos fraudes que allí se produjeron.

El rumbo que más interesaba a Gordon Bennett, sin embargo, era el septentrional. Tenía la impresión de que grandes misterios se ocultaban tras ese horizonte, bajo el sol de medianoche. Los hombres envueltos en pieles que se aventuraban en el Ártico se habían convertido en ídolos nacionales: eran los aviadores, astronautas y caballeros andantes de la época. La gente no se cansaba de sus historias. Para Bennett eran un híbrido entre científicos y

aventureros, que dotaban a sus empresas de una especie de romanticismo oscuro y un desesperado sentido de lo caballeresco. Bennett, quien corría no pocos riesgos en su propia afición al deporte, esperaba que sus periodistas hicieran lo mismo en su trabajo. En aquel tiempo de héroes, el Comodoro se mostraba inflexible: sus mejores corresponsales debían viajar al reino helado, tras los pasos de aquellos galantes y obsesivos personajes que perseguían el último santo grial de la exploración, el polo norte.

«Non Plus Ultra»

El polo norte. El extremo superior del mundo. La cúspide, la cima, el apogeo. Una región y una idea magnéticas que obsesionaban al hombre de a pie. Un enigma planetario tan ignoto y atrayente como los misterios de Venus o Marte. El polo norte era a la vez una abstracción geográfica y un lugar físico, localizable allá donde se cruzan todos los meridianos del mapa. El lugar del globo desde el que, no importa hacia dónde caminases, siempre estarías regresando al sur. Un lugar en el que durante medio año reinaba la oscuridad total y durante el otro medio, la luz del sol. En cierto sentido, en el polo el tiempo habría de detenerse, pues en él convergían todos los husos horarios del planeta.

Los expertos entendían todo esto, o al menos eso creían. Por lo demás, el polo norte estaba envuelto en el misterio más increíble: nadie sabía si estaba en el mar, sobre tierra firme o sobre hielo; si en él hacía frío o calor; si era un lugar húmedo o árido; si estaba habitado; si era montañoso o estaba horadado por laberínticos túneles; si las leyes de la gravedad y el geomagnetismo seguían cumpliéndose en él.

Ese misterio casi había hecho enloquecer a Charles Hall de emoción. Antes de aventurarse en la expedición del *Polaris*, dejó escrito: «En nuestra era continúa existiendo un triste espacio en blanco de enormes dimensiones: el que en nuestras cartas y globos terráqueos se extiende desde el paralelo 80 hasta el polo norte. Yo mismo me sonrojo al pensar cuántos miles de años hace que Dios dio al hombre este hermoso mundo para someterlo todo él; aun así, una parte del mismo, que ha de ser enormemente interesante y majestuosa, sigue siendo desconocida, como si fuese ajena a la creación»^[36].

El «problema polar», como a veces lo calificaba la prensa, se había convertido en una obsesión tan persistente como perturbadora. La gente quería saber a toda costa qué había Allá Arriba, y no solo los científicos y exploradores, sino la ciudadanía en general. El polo norte era, según la revista londinense *Athenaeum*, el «inalcanzable objeto de nuestros sueños». Un eminente geógrafo alemán llamado Ernst Behm comparó la ignorancia de la

humanidad en lo tocante al polo con la curiosidad insaciable que sentiría el propietario de una casa a cuyo desván no ha podido subir jamás. «Al igual que una familia conoce todas las estancias de su casa, el hombre ha sentido desde el primer momento el deseo espontáneo de conocer todas las tierras y océanos del planeta que se le asignó como morada»^[37].

Un editorial de *The New York Times* se hizo eco del sentir de Behm: «El hombre no descansará mientras haya lugares misteriosos que explorar ni quedará satisfecho hasta desentrañar ese perpetuo interrogante que nos observa desde el extremo del eje terráqueo»^[38].

Cuando llegó la década de 1870, no existía mayor misterio sobre la faz de la Tierra que el polo norte (por supuesto, estaba la Antártida, pero el polo sur era considerado un objetivo mucho menos asequible para las principales naciones exploradoras, que además estaban ubicadas en el hemisferio septentrional). Es difícil expresar cuán profundamente necesitaba el mundo aliviar esa comezón ártica. Las especulaciones sobre lo que podría ocultar el polo norte permeaban la cultura popular y la literatura mundial, desde las novelas de Jules Verne al *Frankenstein* de Mary Shelley, cuyo protagonista persigue al monstruo hasta el mismo polo. Eran muchos los alicientes que se esgrimían para justificar la busca del grial polar: territorios que anexionar, minerales que extraer, rutas comerciales por abrir, colonias que fundar, nuevas especies por describir. La geografía planteaba un gran acertijo y quien lo resolviese se cubriría de gloria. Y, en cualquier caso, esa búsqueda conducía en última instancia a algo más elemental y atávico: alcanzar el lugar más lejano, donde ningún ser humano había estado jamás, el *non plus ultra*.

«Al otro lado del embrujado círculo ártico queda el objeto de ambición de la geografía [...] la solución al acertijo polar —argumentaba el *Atlantic Monthly*—. Los largos años de esfuerzos estériles y sufrimientos espantosos no parecen haber aplacado el apetito descubridor. Cuanto más conocemos nuestro planeta, más arden los geógrafos en deseos de conocer los extremos del mundo y sus misterios»^[39]. Un artículo publicado en 1871 por la revista *Nature* describía la carrera por el polo como el principal misterio geográfico y científico de la época: «La inconmensurable franja de territorio y mar que rodea el extremo septentrional del eje de nuestro planeta, nunca antes visitada, es el campo de estudios mayor y más importante en que deberán trabajar, en pos del descubrimiento, tanto esta generación como las venideras»^[40].

Desde luego, también alimentaba esta obsesión el nacionalismo. Los estadounidenses, que poco a poco se recuperaban de la devastadora guerra de Secesión, anhelaban demostrar su valía en la escena internacional. La

exploración polar, según algunos, ayudaría a unificar un país dividido: era una empresa que todos apoyaban, en el norte y en el sur. Proyectar una ambiciosa expedición era una manera de reparar la convaleciente república y de poner a prueba su poder con una acción pacífica pero a caballo entre lo civil y lo militar.

Fue William Parry, oficial de la Armada británica, quien en 1827 dirigió la que se considera la primera expedición oficial que buscó explícitamente el polo norte. Desde entonces, el Almirantazgo británico había organizado avanzadas exploraciones polares, debido en gran parte al celo casi religioso que ponía el secretario segundo del Almirantazgo, John Barrow, en todo lo que tuviera que ver con el Ártico. Además, desde la derrota de Napoleón, la Armada británica había librado pocas batallas en el mar, así que los buques de la armada más poderosa del mundo se pudrían debido al poco uso, y a muchos oficiales les habían reducido la paga y las responsabilidades a la mitad. La ambición, sin embargo, no dejaba de inflamar sus pechos. En el campo de la exploración, los británicos se habían centrado en la búsqueda de rutas marítimas navegables hacia el Pacífico por el norte de Canadá. A raíz de dicha búsqueda, fue necesario organizar asimismo varias expediciones para rescatar a las que habían desaparecido en pos del esquivo paso del Noroeste.

En la década de 1870, sin embargo, el paso del Noroeste dejó de interesar tanto y la atención se volvió hacia el polo norte. Al Reino Unido se le unieron Francia, Rusia, Suecia, Alemania, Italia y el Imperio austrohúngaro, países que habían organizado o propuesto expediciones para ser los primeros en hollar el polo, aquel objeto puro y abstracto del empeño explorador. Los Estados Unidos se creían un competidor plausible en esa grandiosa carrera y muchos estadounidenses deseaban fervientemente ver la bandera de las barras y estrellas plantada en la cima del mundo.

El deseo estadounidense de llegar más al norte podría considerarse, en cierto sentido, una prolongación del famoso «destino manifiesto», el impulso que guio a los pioneros del país en su avance hacia el oeste. Con la finalización del ferrocarril transcontinental en 1869, se cerró la conquista de la frontera o, al menos, se inauguró una fase diferente, no tan caracterizada por la exploración aventurera como por la penosa labor de ocupación y colonización. Dos años antes, en 1867, los Estados Unidos habían comprado Alaska al zar de Rusia por la irrisoria suma de 7,2 millones de dólares, abriéndose así una nueva frontera, desconocida y sin explotar en su mayor parte. El movimiento patriótico hacia el oeste dio un giro a la derecha tras alcanzar California y se dirigió al norte.

En 1873, el país todavía estaba intentando asimilar y explicar el porqué de la adquisición de aquel territorio inmenso del que ahora era propietario. La suma gastada en la compra de la América rusa era fuente de controversias. A Alaska se la apodó «la Nevera de Seward», «el Capricho de Seward» y «el Jardín de Osos Polares de Seward», para escarnio del secretario de Estado, William Seward, quien había propuesto la compra y se ocupó de la negociación. En cualquier caso, la ciudadanía estadounidense quería saber qué había al norte de aquella nueva frontera y esperaba con ansia la aparición de un héroe que personificase el basculamiento hacia el norte del país.

George De Long empezaba a pensar que él podría ser ese héroe. Llevaba dando vueltas al problema ártico desde su experiencia personal en las aguas boreales. Y, en su inquieta imaginación, añadía su nombre al panteón de exploradores del Lejano Norte (aunque algunos vieran en ese panteón una galería de granujas). Se había propuesto nada menos que alcanzar el mismísimo polo norte y descubrir su misterio. «Si no tengo éxito, será gran cosa que mi nombre figure en la lista de quienes lo intentaron», dejó escrito^[41].

La aventura se adueñó de su intelecto y, poco a poco, de sus emociones. Nunca en su vida volvería a mostrarse indiferente ante ese asunto.

Antes incluso de llegar a Nueva York, De Long era ya una celebridad, gracias a su hazaña a bordo de la *Little Juniata*. Martin Maher, el corresponsal de *The New York Herald* que lo acompañó, había enviado largos despachos desde San Juan de Terranova, y los redactores del periódico los habían publicado, a modo de folletín, en un lugar destacado de la publicación. Maher relató la travesía de ida y vuelta de la *Little Juniata*, más de ochocientas millas a lo largo de la costa groenlandesa, como quien canta una odisea de alcance histórico. A los lectores les conmovió que De Long se presentara voluntario para rescatar a personas a las que ni siquiera conocía y les admiró su voluntad de seguir avanzando hacia el peligroso norte aunque el hielo amenazase con sepultar su diminuta lancha a vapor.

De Long y la *Little Juniata* se convirtieron en los héroes de la nación. En palabras de Maher^[42]:

Su famosa travesía rumbo al cabo York fue, de lejos, la gesta más atrevida y fenomenal de toda la expedición. Planeada con arrojo y ejecutada con maestría, pocos se habrían atrevido a sumarse a esa partida de rescate. Sin embargo, la urgencia era evidente y el llamamiento a voluntarios fue respondido de buena gana. Es innecesario reiterar la lucha sin precedentes que libró la pequeña embarcación contra el ágil y amenazador hielo; cómo, incluso cuando se

había consumido ya la mitad del combustible, el gallardo capitán decidió seguir adelante, a las mismas puertas de la furiosa tempestad; cómo, golpeada su nave una y otra vez, no gritaba otra cosa que: «¡Adelante!»; cómo, al internarse en lo que en jerga ártica llaman una «falsa pista», la lancha quedó atrapada como en un cepo de acero, y hasta que no embistió el hielo sólido con todo su ímpetu no pudo liberarse, para encontrar acto seguido una barrera tan firme como infranqueable, que en última instancia frustró todos los intentos posteriores de seguir avanzando. Podrán juzgar este experimento una locura, pero el heroísmo del teniente De Long y sus valientes subordinados será para siempre un tributo de ley a la devoción por las causas nobles y el propio sacrificio, alegremente asumido.

A De Long le avergonzaba toda esa atención. «Aborrece el reconocimiento público —afirmó Emma—. Lo evita diligentemente. Había cumplido con su deber y no veía razón alguna para regodearse en ello»^[43]. No obstante, De Long percibía el poder de la publicidad y reconocía que su fama podía resultarle útil en sus planes de retorno al Ártico.

Los periódicos se deshacían en alabanzas a De Long, entre otras razones, porque las noticias que con cuentagotas fueron llegando ese otoño sobre el *Polaris* eran sombrías y deprimentes. Había sido aquella una expedición malograda incluso antes de zarpar de la costa estadounidense. En ese viaje no hubo disciplina y nadie conocía de verdad el sentido de su objetivo. Se formaron camarillas que abonaron la intriga y la desconfianza; por ejemplo, existía a bordo del *Polaris* un grupo de alemanas que apenas hablaban con los estadounidenses. El cabecilla de la expedición, Charles Hall, había sido ninguneado, desafiado y, al parecer, asesinado.

Cuando el capitán murió, la tripulación respiró aliviada, para a continuación hundirse en la desmoralización y la anarquía. Se perdieron los cuadernos de bitácora, los registros y la instrumentación científica del barco. Quienes quedaron a bordo del *Polaris* al parecer no hicieron ningún esfuerzo por encontrar a sus camaradas después de que el témpano sobre el que habían acampado se desgajara de la banquisa y lo empujara la deriva. Los naufragos, mientras, vivieron perpetuamente sospechando y temiendo al prójimo y se plantearon en muchas ocasiones el canibalismo. Una investigación de la Armada hizo aflorar más tarde todo tipo de conductas despreciables. La historia de la expedición era lúgubre y oscura de principio a fin, y en ella escaseaban los héroes. La imagen que daba de los Estados Unidos era decididamente negativa.

The Times, desde Londres, escribía: «La muerte, en forma de cien sombras pavorosas, hostiga la estela de ese buque fantasma»^[44].

Cualquier persona sensata habría asimilado fácilmente la moraleja de la historia del *Polaris* y su viaje: viajar al Ártico era muy peligroso. Pero George De Long no lo hizo. Volcado en el estudio de la expedición de Hall, quiso

determinar qué cosas habría hecho él de manera diferente, más eficaz y científica. Afirmaba que, de capitanear una expedición polar, haría mejor uso de la tecnología de vanguardia. Su nave estaría al mando de oficiales de la Armada que aplicarían un rígido código disciplinario, para no tener que preocuparse de posibles motines. Elegiría más cuidadosamente a su tripulación: no habría camarillas ni desequilibrios entre rangos o nacionalidades. Reforzaría muy a conciencia el barco para que resistiera el hielo y lo equiparía con más víveres, medicamentos e instrumentos científicos.

De Long sentía el apremio de redimir los errores de Hall y de reclamar un premio merecido para la Armada de los Estados Unidos y para el propio país.

Gracias a su nueva fama, a De Long se le franqueó el acceso a nuevos círculos sociales. La noche del 1 de noviembre de 1873^[45] acudió invitado a una cena en casa de Henry Grinnell, conocido filántropo neoyorquino y armador adinerado. Grinnell era también un entusiasta del Ártico y, en las décadas anteriores, había financiado numerosas expediciones —tanto británicas como estadounidenses— al Gran Norte. Era un solemne caballero de barba blanca que contaba ya setenta y cuatro años, de ojos prominentes y vidriosos, mente inquisitiva y elegancia en el vestir. Grinnell era uno de los fundadores de la American Geographical Society y poseía una de las mejores colecciones de libros, mapas y cartas árticas del país. Su nombre estaba tan indeleblemente vinculado al Ártico que una gran parte de la isla de Ellesmere había sido bautizada Tierra de Grinnell en su honor. Nadie en todo el país había dedicado tanto esfuerzo intelectual y monetario a resolver el problema polar.

Esa noche de sábado, Grinnell había convocado a una serie de científicos, geógrafos, exploradores y marinos en su elegante mansión del número 17 de Bond Street, en Manhattan, para debatir las ideas más innovadoras en lo tocante a exploración polar. En el salón de invitados, con mapas y cartas extendidos por toda la mesa, los caballeros reunidos trataban a De Long como a un héroe, el esperado líder de la siguiente incursión estadounidense en el Ártico. La sesión quería ser un análisis *a posteriori* de la expedición de Hall, que Grinnell había financiado en gran parte. ¿Qué conclusiones extraer de aquella debacle? ¿Cómo organizar una nueva expedición? Y, quizá lo más importante, ¿qué ruta seguiría?

Cada vez era más generalizada la opinión de que Groenlandia no era la vía de entrada más sencilla para alcanzar el polo. La desastrosa expedición de Hall era solo la prueba más reciente de lo traicionero de aquella ruta. De Long quería encontrar un mejor acceso polar y ya había hecho algunas pesquisas. Poco después de su regreso desde Groenlandia, había hecho una visita a la localidad de New Bedford, Massachusetts, la capital ballenera de los Estados Unidos. Allí habló con varios capitanes, hombres curtidos que entendían las corrientes y vientos árticos mejor que nadie. Aquellos viejos lobos de mar le explicaron que si pretendía alcanzar el polo costearo Groenlandia se haría un flaco favor. Era como «navegar cuesta arriba», describió uno de ellos. Se creía que los vientos y corrientes predominantes en torno a Groenlandia tendían a empujar la banquisa hacia el sur, de manera que navegar hacia el norte por esa ruta supondría una constante batalla contra los icebergs.

No obstante, insistieron en que si intentaba alcanzar el polo a través del estrecho de Bering la singladura, al menos, sería mucho más sencilla. Navegaría, en efecto, «cuesta abajo». De Long tomó nota de esas observaciones: no se trataba de hechos científicos probados, sino de la observación empírica de profesionales del mar que todos los años se aventuraban hasta el límite mismo de la banquisa en busca del valioso aceite de los cetáceos. Aun así, la idea que transmitían los capitanes era sencilla: ¿por qué ir contra la Naturaleza cuando puedes dejarte ayudar por ella?

De hecho, en 1869, una expedición francesa comandada por el científico Gustave Lambert, había planeado alcanzar el polo a través del estrecho de Bering, aunque fue cancelada en el último momento debido al estallido de la guerra franco-prusiana. Dos años después, durante el sitio de París, Lambert murió en combate y la expedición nunca se llevó a cabo.

Los hombres reunidos en casa de Grinnell atemperaban sus brandis y se mesaban las barbas, meditabundos. Parecía intrigarles la propuesta de alcanzar el polo por el estrecho de Bering. Se trataba de una ruta inédita, que tendría como puerto de partida el recién adquirido territorio de Alaska. Aquella fría noche de noviembre, en aquel salón cargado de humo de Bond Street, nació una idea que pareció entusiasmar a todo el mundo. Grinnell brindó por ella: «¡Por supuesto, cuesta abajo hacia el polo norte!».

De Long agradeció la invitación de Grinnell y el aval ofrecido a su candidatura como siguiente protagonista de la historia ártica. No tuvo reparos en dirigirse a Grinnell directamente: «¿Financiaría usted la expedición?», le preguntó.

Grinnell sorprendió a todo el mundo con su respuesta, que fue negativa. Había decidido no pagar más viajes al polo. El problema polar seguía llamando su atención, pero era un hombre mayor, aquejado de muchos problemas de salud. Había gastado mucho en esas expediciones: sus días como mecenas del Gran Norte habían tocado a su fin. Es posible que la expedición Hall lo hubiese intimidado.

Entonces ¿quién ocuparía su lugar? De Long quería saberlo. ¿A quién debía dirigirse? Sabía que la Armada solo cubriría algunos gastos. Si quería seguir viva, la exploración ártica necesitaba un nuevo patrocinador.

Cuando De Long planteó esa duda a la sala, la respuesta se presentó sola: James Gordon Bennett.

El lord de la creación

Unos meses después de aquella reunión, a primeras horas de la mañana del 5 de mayo de 1874, una muchedumbre se congregó en la esquina entre la calle 38 y la Quinta Avenida. Algunos de los caballeros más elegantes de la ciudad de Nueva York formaban corros y paseaban de aquí para allá, apostando unos con otros al pie de sus cabriolés y coches de caballos. Los enjaezados caballos de tiro pisoteaban enérgicamente el lodo de la avenida y el viento del norte agitaba los olmos que flanqueaban las mansiones de arenisca parda, envueltas en la neblina. Las bocacalles eran un hervidero de carruajes de todo tipo: victorias, landós, calesas, ómnibus. Era martes y una fina llovizna calaba la ciudad. De los cables telegráficos que zumbaban por lo alto de las cabezas caían gruesas gotas. El ambiente en la Quinta Avenida, no obstante, era festivo y, ya a esa hora de la mañana, algunos se pasaban las petacas de *whisky* y aspiraban rapé.

En el centro del gentío, estirando y haciendo suaves ejercicios de calentamiento, se encontraba un hombre musculado y bajito llamado John Whipple. Joven de buena familia y miembro eminente del Union Club, Whipple era un formidable atleta, pese a su corta estatura. Como la mayoría de caballeros de su clase, sabía disparar, navegar y montar veloces caballos. Sin embargo, la principal habilidad de Whipple era un arcano deporte conocido como marcha, del que era campeón. Tenía fama de ser el peatón más rápido del país. Nadie lo había superado jamás en competiciones de marcha desde hacía muchos años. Esa mañana, ataviado con unos pantalones bombachos negros y una gorra del mismo color, Whipple se preparaba para enfrentarse al contendiente de turno.

Minutos antes de las siete, hora de la cita, se abrió con un crujido la pesada puerta doble del edificio de piedra que se levantaba en el 425 de la Quinta Avenida. El rival de Whipple salió a la escalera de entrada. Vestía una chaqueta deportiva de *tweed*, gorra blanca y botines de cuero. Bajó la escalera y la muchedumbre lo vitoreó: se trataba del mismísimo James Gordon Bennett júnior.

Bennett no tenía muy claras sus propias aptitudes para la marcha atlética, pero se había mostrado muy escéptico al respecto de los talentos de Whipple y quería echarlo de su pedestal. Una noche de principios de abril, en los salones del Union Club, los dos hombres acordaron enfrentarse. La apuesta se fijó en 6000 dólares y sobre un mapa se trazó el recorrido de la carrera, de diez millas: saldrían de la casa de Bennett y la meta estaría en el hipódromo del parque Jerome, al otro lado del río Harlem, en el Bronx. Campeón y aspirante dieron comienzo a un extenuante programa de entrenamientos. La fecha para la competición se fijó el día 5 de mayo, lloviese o tronase.

Bennett salió a la calzada abarrotada, acompañado de su entrenador. Un periodista de *The New York Times* garabateaba notas desde la acera. El contraste entre ambos contrincantes, informó, llamaba la atención: «Bennett saca casi una cabeza y media a su competidor. Este tiene complexión mucho más compacta, aunque, según todas las apariencias, está bien dotado de músculo y fondo»^[46]. Dos jueces pertrechados con relojes de bolsillo ocupaban su lugar junto a la línea de salida, y un tercero estrechaba la mano de los atletas y repasaba con ellos las reglas de la competición: no empujar, no desviarse de la ruta planificada y, por supuesto, no correr.

El campanario de una iglesia situada a dos manzanas dio la hora y los contendientes se apretaron uno contra otro en la línea de salida. Las campanas tocaron «cinco, seis, siete...». El juez gritó: «¡Ya!» y los caminadores echaron a andar rumbo norte por la Quinta Avenida. Pasaron, una zancada tras otra, por delante del depósito de agua de Croton, dejaron atrás varias mansiones con torreón de la llamada Era del Pan de Oro y recorrieron la linde de Central Park, que se había inaugurado el año anterior. Las ovejas pastaban en las praderas del parque y a veces se escuchaban los rugidos de los grandes felinos confinados en la casa de fieras aneja al arsenal de la calle 64.

Los caminantes recorrieron toda la Quinta Avenida. Los entrenadores salían a su paso de cuando en cuando para animarlos o corregir defectos de técnica. «Ambos marchistas llevaban un ritmo endiablado —escribió el reportero del *Times*—. Los dos lo dan todo (con ánimo naturalmente de fatigar al otro, si es posible) desde los primeros compases de la carrera»^[47]. La calzada estaba tan resbaladiza por culpa del barro que a los competidores les costaba mantener un ritmo constante. El esfuerzo realizado por los dos hombres «casi inspiraba lástima»^[48].

Mientras tanto, la multitud agolpada junto a la línea de salida se dispersaba y todos los caballeros trataban de esquivar al resto en busca de su carruaje. Pronto, los vehículos «avanzaban al trote avenida arriba, casi a la

altura de los competidores». Bennett balanceaba los brazos con cada zancada. «De hecho —observó el periodista—, podría decirse que camina tanto con los brazos como con las piernas»^[49]. Esa técnica parecía funcionarle al editor del *Herald*, pues finalizada la primera milla, se había adelantado un par de metros. Whipple parecía descorazonado, pero «mantuvo el mismo ritmo inflexible, esperando que su rival se agotara».

Bennett se quitó su gorra y su chaqueta de *tweed* y las lanzó al aire, «dispuesto a hacer un último esfuerzo». Aunque se quejaba de que los botines se llenaban de chinasy, siguió sacando ventaja a su oponente. Whipple «se esforzaba con denuedo»^[50], pero cuando los dos hombres giraron a la izquierda a la altura de la calle 110 y enfilaron la avenida St. Nicholas, parecía que, pese a todo, el editor podría finalmente llevarse el gato al agua. Al periodista del *Times* le pareció que Whipple «iba cediendo distancia, poco a poco, pero sin pausa». El campeón estaba tan agotado que en un momento dado tuvo que sentarse en un bordillo.

Cuando Bennett cruzó el puente Macombs sobre el río Harlem, había acrecentado su ventaja a más de trescientos metros y seguía avanzando hacia la meta «con afán infatigable». Pasó al vuelo por Fordham y subió Central Avenue, para finalmente cruzar triunfante la entrada al parque Jerome, exactamente a las 8 horas, 46 minutos y 55 segundos. Siete minutos más tarde, Whipple atravesaba, tambaleándose, la línea de meta. Cuando le preguntaron cuál era la razón de su derrota, el excampeón solo pudo aventurar «que había entrenado de más».

Bennett no mostró demasiado entusiasmo por su victoria. Era un hombre acostumbrado a ganar, que esperaba siempre ganar. Aun así, respondió con timidez a la atención prestada. Cuando el periodista del *Times* le preguntó cómo había logrado esa heroicidad, no encontró palabras. «Bueno, es que camino mucho, ya sabe, más o menos», declaró^[51]. Bennett y Whipple compartieron un ligero refrigerio en el club hípico del parque y regresaron a Manhattan, mientras los espectadores que habían apostado cobraban sus ganancias, que se estimaron en unos 50 000 dólares.

El multimillonario de que hablaban los invitados de Henry Grinnell era, ante todo, un amante del espectáculo. Para James Gordon Bennett júnior, la vida era una aventura continua, una prueba de ingenio, una ordalía de valor. A Bennett le gustaba caminar rápido, los barcos rápidos, los carruajes rápidos, las mujeres rápidas, las decisiones rápidas, las comunicaciones rápidas, y

cualquier avance o invento audaz que prometiese acelerar el pulso de la sangre nacional. Sin dudarlo, George De Long acudió a Nueva York a principios de 1874 para visitar las oficinas de mármol blanco de Bennett, situadas en la esquina entre Broadway y la calle Ann. Fue recibido por el magnate con sumo agrado. De Long expresó su deseo de alcanzar el polo norte y explicó por qué, a su parecer, había llegado el momento de consumir tal proeza. En su opinión, los Estados Unidos estaban destinados a liderar la exploración ártica y alegó que Grinnell se había cansado de financiar expediciones. Dado el anémico estado de la Armada nacional, cualquier exploración encabezada por los Estados Unidos necesitaría un benefactor que reemplazase a Grinnell. De Long entendía que cualquier expedición profesional al Gran Norte debía ser una empresa híbrida: un proyecto gubernamental respaldado por dinero privado.

A Bennett le gustó desde el principio la idea de la expedición ártica, tanto que incluso coqueteó con la idea de acompañar a De Long en la aventura. El asalto al polo norte le haría mucho bien a la nación: sería positivo para la ciencia, para los deportes y, sobre todo, para su periódico. El proyecto encajaba perfectamente con sus intereses.

De Long cayó bien al dandi y editor. Le gustaban su obstinación, la dureza y disciplina que parecían alimentar su fervor, la intensidad que ardía tras sus lentes. Tras su grandiosa actuación en Groenlandia, De Long era la opción natural para encabezar la siguiente gran expedición al norte, bajo los auspicios de *The New York Herald*. El periódico de Bennett podría sacar partido a aquella historia de muchas maneras: era una travesía que podría incluso eclipsar los logros de Stanley en África. El propio De Long escribiría la trama principal, pero lo acompañaría un periodista del *Herald*, encargado de enviar despachos periódicamente. Bennett lo pagaría todo.

Se acordó que De Long buscase un navío sólido, capaz de sobrevivir al abrazo mortífero de la banquisa, y que comenzase de inmediato a organizar un equipo de exploradores. Bennett, por su lado, consultaría con los mejores científicos y geógrafos de Europa para ponerse el día sobre las últimas novedades referidas al problema ártico.

De Long marchó. Bennett y él quedaron no exactamente como amigos, sino como conspiradores unidos por una misión. «Los dos hombres se atrajeron desde el primer momento, y Bennett prometió respaldar el proyecto hasta donde fuese capaz —escribiría Emma De Long más tarde—. Bennett se dio cuenta enseguida de que había encontrado al hombre que estaba buscando»^[52].

Desde luego, formaban una extraña pareja. Aunque diversos obstáculos obligarían a retrasar la misión al Gran Norte, De Long y Bennett jamás dejarían escapar su sueño.

George De Long había encontrado su *Médicis*, pero no habría sido capaz de imaginar, en aquella primera visita a Nueva York, el carácter escandalosamente peculiar de Bennett. De Long no sospechaba siquiera las múltiples obsesiones del editor, sus particulares prejuicios, sus azarosos ataques de desdén, sus caprichos. Bennett quizá fuese el soltero más codiciado de Nueva York y también era su hijo más mimado y temperamental.

Era «Bennett el Terrible, el Comodoro loco, el autócrata de los cables trasatlánticos»^[53], escribiría más tarde uno de sus biógrafos. Se consideraba «uno de los lores de la creación». Un veterano redactor del *Herald* señalaría más tarde que su jefe era «señor del reino del encanto y en ocasiones un romántico líder. Si sentía un impulso, lo obedecía. En su opinión, las reglas existen para ser incumplidas»^[54].

Bennett tenía por costumbre entrar en los más refinados restaurantes de París y Nueva York y tirar de los manteles de lino según avanzaba entre las mesas^[55]. Vajillas y cristalerías se hacían añicos ante la mirada horrorizada de los señores comensales, hasta que, por fin, el editor se sentaba a la mesa. (Siempre dejaba un cheque firmado para cubrir los daños). En una ocasión, tras un espectáculo musical en Ámsterdam^[56], invitó a la hermosa protagonista y el resto del reparto a su velero. Cuando estaban a bordo, mandó soltar amarras y durante varios días viajó con ellos por el mar del Norte: pidió al elenco rehén que repitieran sus números una y otra vez, tratando a un tiempo de seducir a la joven estrella. De regreso a tierra firme, Bennett pagó de buena gana una suma enorme al teatro para cubrir las pérdidas.

Era difícil mantenerse al día de los vivos gustos y manías de Bennett. Insistía en desayunar huevos de chorlito. No permitía tripulantes barbados o con bigote en ninguno de sus barcos. Tenía una colección de cientos de termómetros y barómetros y le resultaba fascinante hasta el mínimo cambio en el tiempo atmosférico. Sentía un amor sin medida por los perros pomeranos, de los que tenía decenas y a los que solo daba agua de Vichy. Bennett creía que sus ruidosos perritos eran tan sagaces árbitros del carácter humano que en ocasiones contrataba o dejaba de contratar a redactores según la reacción de sus perros cuando el candidato entraba en su despacho.

(Algunos, sabiendo de la inusual adoración de Bennett por ellos, llegaban a la entrevista con los abrigos cargados de trozos de carne). Bennett era también amante de los búhos. Los tenía por todos lados: búhos vivos, búhos pintados o esculpidos, gemelos de camisa con búhos, membretes con el perfil de un búho. Eran motivo recurrente en la decoración de su mansión, sus barcos y sus casas de campo. Había algo en su manera de abrir y cerrar los ojos y de girar la cabeza, o quizá en su carácter nocturno, que despertaba la mayor de sus curiosidades.

Es difícil determinar en qué quedaba esta suma de excentricidades, que no valdría la pena recopilar de no ser cierto que James Gordon Bennett júnior era también, de modo incomparable, un editor brillante, de sensibilidad eléctrica y dotado de la intuición necesaria para emocionar e hipnotizar al lector estadounidense desde las páginas de su periódico. Fue uno de los padres de la era de las comunicaciones y, aunque trabajar con él fuese terrorífico, creó una de las grandes instituciones del periodismo estadounidense.

De Long jamás entendió a su patrón, pero tuvo la suerte de poder contar con él. Había dado con un hombre que poseía no solo una reserva ilimitada de efectivo, sino un hambre desmedida por aquella historia, que quizá supusiera el advenimiento de la modernidad.

Por ti me atreveré a cualquier cosa

El novísimo héroe polar estadounidense era un joven de muchos talentos y profundas contradicciones. Emma De Long pensaba que, en su fuero interno, su marido vivía una «incesante fricción»^[57] y contrastes, entre el ímpetu y la laboriosidad paciente, entre el amor a la aventura y la compulsión por alcanzar objetivos ambiciosos y memorables. De Long podía ser un romántico en ocasiones extravagante. Tenía lo que Emma llamaba un «corazón hambriento»^[58]. Sin embargo, casi de por vida —y voluntariamente— se ciñó la camisa de fuerza de la disciplina más absoluta. Sabía lo que quería con claridad meridiana y lo persiguió con inquebrantable convicción. Las dificultades no hacían sino más intensa su resolución.

De Long amaba la ópera, la música sinfónica y las buenas novelas, y era un exigente escritor de cartas de delicada caligrafía y bello mensaje. Consentía a su hija pequeña, Sylvie, y odiaba ausentarse de su casa y renunciar a las alegrías que diariamente le procuraba su familia. Dejaba que Emma se responsabilizara de los asuntos domésticos y de la mayor parte de la economía familiar, y se mostraba laxo al respecto. Al mando de un barco, sin embargo, era disciplinado y duro como el granito. Un historiador califica su estilo de mando de «monolítico»^[59]. Aunque vivía por y para la Armada, no había nada que detestase más que las jerarquías de su ejército y las políticas y reglamentos navales, a su juicio exasperantes y aburridos.

De Long culpaba a la Armada de algunos de sus peores defectos de personalidad. En una ocasión escribió: «La vida a bordo empeora mucho el carácter. Mark Twain escribió en *Inocentes en el extranjero* que, al hacerse a la mar, el hombre desarrolla “sus peores defectos personales, y se despiertan en él otros de los que, por su mezquindad, no se consideraba capaz”. Me pregunto si eso explica las irregularidades de mi carácter»^[60]. De Long reconocía que podía mostrarse «duro con sus hombres», pero que así era la vida del oficial de la Armada. «Solo diré que jamás tolero una discusión — escribió De Long—. Mi papel es ordenar y el del resto, obedecer»^[61].

En la década de 1870, los Estados Unidos estaban lejos de ser una potencia naval internacional. De Long lo sabía. Aunque la Armada hacía avances, muchas naciones europeas ninguneaban la escueta y anticuada flota estadounidense. Según el historiador naval Peter Karsten, se trataba de una «escuadra de tercera fila», integrada por «viejas carracas» cuyo estado «dejaba bastante que desear y necesitaba ante todo reparaciones. [...] Era el hazmerreír del mundo»^[62]. La vida a bordo de los navíos de guerra estadounidenses no se caracterizaba precisamente por la aventura, sino por los camarotes atestados, las pagas eximias, la disciplina draconiana y la competencia celosa por promocionar, con procedimientos lentos y anquilosantes.

La mayor parte de las misiones de la Armada tenían como objetivo «enarbolar la bandera» estadounidense y mostrarla en puertos extranjeros. A bordo, entretanto, se hacían tareas tan tediosas que envilecían a cualquiera. Era una vida de «desesperanza aplastante —declaraba un suboficial de la época—. Los mejores años de nuestra vida se consumían en los deberes más aburridos, poco interesantes e inútiles»^[63]. Como muchos jóvenes oficiales, De Long temía a menudo malgastar la flor de su vida. «Una Armada estancada no era lugar para un hombre que quería hacerse a sí mismo», observó un especialista en historia naval^[64].

Y eso, precisamente, era George De Long, un hombre que buscaba hacerse a sí mismo y al que empujaban grandes ideas. No es de extrañar que el Ártico, con todas sus penalidades y peligros, ejerciera tal influjo sobre él. La expedición representaba para De Long una manera de eludir los deberes más fastidiosos de la carrera naval y, también, de alcanzar la fama y honor y, quizá, de ascender en la jerarquía militar haciendo algo importante para la ciencia y para su país. El Ártico le ofrecía un camino a la gloria que la profesión de marino militar no, al menos en tiempos de paz. La arriesgada exploración del polo le permitiría vivir las emociones y recibir las distinciones propias de una misión bélica. Lo más importante de todo, en cualquier caso, es que en muy poco tiempo podría tener un navío a su mando, algo a lo que De Long aspiraba desde su juventud.

George Francis De Long nació en la ciudad de Nueva York el 22 de agosto de 1844. Fue el único hijo de una pareja de clase media-baja de Brooklyn. Su padre era un tipo tranquilo, de carácter templado y algo indiferente, descendiente de hugonotes franceses. La madre, por su lado, católica y

amorosa pero en extremo sobreprotectora, dominó y en gran medida marcó la adolescencia de George. Temerosa siempre de que se lastimara, prohibía a George salir a jugar o pasear con los niños del barrio. Exigía que fuera puntual y le ordenaba que no se desviara en el largo camino de casa a la escuela y viceversa. Según Emma, la madre de De Long se mostraba «solícita hasta la náusea con él», pero le prohibía terminantemente patinar, nadar y remar, «guardándolo celosamente de las influencias del aire libre y prohibiéndole cualquiera de los entretenimientos propios de la infancia»^[65].

Un día, una pandilla de niños del barrio —que creían que George no se juntaba con ellos por elitismo— lo emboscó y bombardeó con bolas de nieve. En el enfrentamiento, el tímpano de George quedó dañado por una viruta de hielo y su oído medio se infectó. El médico de la familia, temeroso de que el niño quedara sordo, le hizo seguimiento durante varias semanas. Un historiador de la exploración ártica señalaría más tarde, con bastante guasa, que ese incidente fue un augurio: «El primer encuentro de De Long con hielo hostil»^[66].

Recluido entre paredes toda su adolescencia, se volcó con ahínco y también resentimiento en la lectura. «Sofocada su faceta aventurera, dedicó su espíritu y energía al ardor intelectual»^[67], remarca un boceto biográfico publicado por la editorial Houghton Mifflin en la década de 1880. George prácticamente vivía en la Biblioteca Mercantil, situada en el centro de Manhattan, en la que llegó a ejercer como bibliotecario siendo aún un muchacho. Leía mucha historia y le atraían las vidas de los grandes reyes, políticos y generales. Dejaba George atrás su apagada y muy resguardada infancia y se le empezaba a despertar el ansia de aventuras. Cuando cumplió dieciséis años, creyendo que su segundo nombre —Francis— era algo femenino, decidió cambiarlo oficialmente por Washington. A sus padres les desconcertó la decisión, pero George insistió, y así lo hizo.

Más o menos en esa misma época, George se familiarizó con las batallas navales de la guerra anglo-estadounidense de 1812 y se hizo admirador de los intrépidos relatos navales del marino y novelista inglés Frederick Marryat. Los libros de Marryat encendieron en él el profundo deseo de entrar en la Academia Naval. Se imaginaba navegando por todo el mundo, librando apasionantes batallas marítimas y buscando refugio en exóticos puertos de los siete mares. «La represión a la que había estado largamente sometido —observaba la biografía de Houghton Mifflin— hizo que prendiera en él un irrefrenable deseo de libertad»^[68].

La madre de George se horrorizó ante la idea de que su único hijo hiciera carrera en la Armada, con todos los riesgos que tal cosa conllevaba. Ella habría querido ver a su hijo convertirse en abogado, médico o pastor de almas. Sin embargo, George no dio su brazo a torcer. Gracias a una notable obstinación —que le llevó, entre otras cosas, a tomar un tren a Washington y presentar personalmente su candidatura ante el mismísimo secretario de la Armada— se aseguró una inscripción en la Academia Naval estadounidense, en la que ingresaría el otoño de 1861.

Durante la guerra de Secesión, el Gobierno de Abraham Lincoln trasladó la Academia Naval desde su sede en la ciudad de Annapolis, Maryland, a un batiburrillo de edificios situados en Newport, Rhode Island, estado en el que De Long pasaría sus años de cadete. (Newport era, además, el lugar en que Gordon Bennett atracaba sus veleros y pasaba sus vacaciones). En la Academia, De Long se desempeñó como un estudiante serio y meticulado. Allí floreció. «Al fin me encontraba en mi propio elemento», declararía más tarde^[69]. Se graduó con la décima mejor nota de su quinta. Era la primavera de 1865 y la guerra de Secesión tocaba a su fin.

No era inusual encontrar entre los jóvenes de la generación inmediatamente posterior a la guerra una especie de complejo de inferioridad, la sensación de que la Historia les había pasado de largo, y de que sus hermanos, padres y tíos habían participado en algo decisivo y ellos no. La magnitud del sacrificio de la generación anterior hacía sentirse ineptos e irremediabilmente inexpertos a los jóvenes como De Long. Él no podría ganar la gloria en los campos de batalla, pero sí quizá en los campos de hielo.

No obstante, las primeras misiones marítimas de De Long no fueron en absoluto gloriosas. Sirvió primeramente en el USS *Canandaigua*, una corbeta que había librado muchos combates durante el bloqueo yanqui sobre la Confederación sudista. El día en que se presentó en el astillero de la Armada en Boston, donde estaba atracado el *Canandaigua*, De Long hizo algo bastante divertido. Ya a bordo, observó que en el camarote que se le había asignado —en el que supuestamente se alojarían cuatro cadetes—, solo había una litera. Dos de ellos, al parecer, dormirían sentados o tendrían que colgar unas hamacas. De Long se dirigió decididamente al despacho del oficial responsable, un prestigioso contraalmirante llamado Silas Stringham, con intención de presentar una queja.

—Contraalmirante, soy el cadete De Long^[70], del USS *Canandaigua*. Señor, he estado inspeccionando mi camarote y vengo a solicitar que se instalen dos camastros más antes de zarpar.

El contraalmirante Stringham se quedó mirando a aquel impertinente joven.

—Así que ¿es usted el cadete De Long del USS *Canandaigua*?

—Sí, señor.

—Bien, cadete De Long del USS *Canandaigua*. Le aconsejo que regrese usted al navío al que ha sido asignado. Considérese afortunado de que la cubierta de tripulación cuente siquiera con algunas literas.

Humillado, De Long hizo lo que se le mandó. La tripulación se mofó de él por su temeridad. Pero al final, como siempre, quien ríe último ríe mejor: poco antes de que el *Canandaigua* zarpase, unos carpinteros abordaron el barco y construyeron dos camastros más. El contraalmirante Stringham había tomado la sugerencia de De Long al pie de la letra. (Años después, Stringham y De Long reirían juntos recordando la anécdota). A lo largo de su carrera, De Long demostró no tener miedo de importunar a sus superiores para conseguir cosas. «Obtenía lo que quería porque se atrevía a pedirlo», contaba Emma^[71].

De Long navegó en el *Canandaigua* durante tres años. Integrada en el llamado Escuadrón Europeo, la corbeta surcó el Atlántico norte y el Mediterráneo, protegiendo los intereses estadounidenses y haciendo gala de su bandera en puertos de todo el Viejo Continente. En junio de 1868, el barco atracó en el puerto francés de El Havre para hacer reparaciones. El Havre, con su dédalo de muelles, astilleros y diques secos, era una agradable ciudad cosmopolita, cercana a la desembocadura del Sena. La rodeaban las suaves y verdes colinas de Normandía, que se convertían en escarpados acantilados contra los que embestía el frío oleaje del canal de la Mancha.

De Long, que entonces contaba veinticuatro años, obtuvo un permiso y pasó una semana visitando París con otros oficiales. De vuelta en El Havre, asistió a una cena en casa de un exitoso armador estadounidense de barcos de vapor llamado James Wotton. El capitán Jimmie, como lo apodaban, era copropietario de la New York & Havre Steamship Company. Había formado una gran familia junto a su esposa y vivía en una mansión, llamada La Côte, sobre una colina que daba al bullicioso puerto de la ciudad, y desde la que se divisaban las aguas encrespadas del canal. A los Wotton les gustaba invitar a su casa a personas interesantes, ofrecían bailes y deliciosas cenas, y eran conocidos por organizar generosas y entretenidas veladas a los oficiales estadounidenses que recalaban en El Havre. Su mansión contaba con una sala

de billar y un gran salón, en el que *ensembles* musicales solían interpretar valeses.

Esa tarde, De Long quedó encandilado con la hija de los Wotton, Emma. Era una guapa muchacha de diecisiete años, con unos grandes ojos de mirada inquisitiva, expresión desenfadada y un resplandeciente pelo rizado. Emma Wotton se había criado entre Nueva York y El Havre, había recibido una cuidada educación en un liceo francés y se tenía por una «joven muy preparada»^[72]. A De Long le gustó enseguida y, cuando empezaron los valeses, pidió sin miramientos la tarjeta de baile de la muchacha y apuntó su nombre en todos los espacios que quedaban vacíos. Emma quedó intrigada por aquel joven oficial, al que encontró «elegante, alto y de anchas espaldas», aunque «un poco agresivo», como más tarde describiría. «Era obvio que intentaba conquistarme», añadió a su descripción.

Una semana más tarde, los Wotton celebraron otra *soirée*. Concluido el baile, De Long pidió a Emma que tomara un breve descanso junto a él en uno de los tresillos del salón de baile y, sin más preámbulo, pidió su mano.

Emma quedó patidifusa. «¡Apenas nos conocemos!», protestó^[73].

Las faldas de las señoras golpeaban a De Long en el rostro, pero, aun así, el joven permanecía imperturbable. «Tengo la sensación de conocerte desde siempre —dijo a su amada—. Como si todo este tiempo hubiera estado esperando tu aparición».

Emma no supo cómo responder a su arrojo. Por un lado, el joven le gustaba. «George De Long me atraía cada vez más —escribiría después—. Reconocía en él muchas cualidades que admiro»^[74]. Sin embargo, la intimidaba su «vehemente forma de sentir». «Su cortejo era enérgico e incansable». Cuando terminó la velada y George se marchó con los demás oficiales del *Canandaigua*, ella no sabía qué pensar. «Estaba completamente perdida —reconoció—. No tenía una idea clara de lo que sentía»^[75].

Los carpinteros de ribera habían concluido las reparaciones del *Canandaigua*. La corbeta debía zarpar rumbo al Mediterráneo unos días después. De Long, desesperado, escribió a Emma:

Quizá no pueda volver a hablar contigo a solas antes de mi partida, así que permíteme la audacia de pedirte que leas estas pocas palabras. [...] Confío en que las aceptarás como oferta de un corazón amoroso y franco. Te escribo sumido en el abatimiento. Me alejo de ti, y una inmensa barrera se impondrá en breve entre mi persona y todo lo que amo. No puedo dejarte ir sin luchar. Por ti me atreveré a cualquier cosa^[76].

Emma quedó conmovida por la carta, pero no la respondió. Estaba decidida a no sucumbir a sus propuestas. Sin embargo, la víspera de la

partida, entregó a su pretendiente un regalo de despedida: un saquito de seda azul que ella misma había tejido, en cuyo interior había un mechón de su pelo y un crucifijo de oro con seis perlas engastadas. Ella misma se sorprendió de haberle hecho un obsequio así. «No quería que se marchase con las manos vacías —escribió Emma más tarde—. ¡Ya entonces el amor hacía de las suyas con una que se creía inmune!».

Agradecido por el regalo, De Long la tomó entre sus brazos y la besó por primera vez. Al día siguiente, el *Canandaigua* zarpó.

Unos meses más tarde, De Long, destinado a otro navío, recaló en Nueva York, donde concertó una cita con James Wotton, que se encontraba en los Estados Unidos para atender unos negocios. De Long tenía la intención de pedir formalmente la mano de su hija.

La reunión comenzó sorprendentemente bien. «En nuestra charla, tu padre se ha mostrado sensible y amable, quizá más de lo que yo merezco —escribió De Long a Emma—. Lo primero que ha dicho es que el amor es algo demasiado sagrado como para tomárselo a la ligera y que, en general, son las partes interesadas las que deben decidir por sí mismas sobre tales asuntos. Ha añadido, no obstante, que es necesario que los padres se pronuncien al respecto, a fin de garantizarles una vida feliz»^[77].

Wotton se negó a dar su consentimiento. En su lugar, propuso a De Long una prueba. Este, que venía de ser ascendido a teniente, no tardaría en embarcarse en una nueva travesía, en esa ocasión en el USS *Lancaster*. La corbeta de vapor pondría rumbo al Caribe y América del Sur y probablemente no regresaría hasta tres años después. Si al cabo de ese tiempo George y Emma continuaban sintiendo lo mismo el uno por el otro, Wotton daría su bendición al matrimonio.

De Long quedó hundido por aquella imposición, pero la aceptó con la tenacidad de un perro de presa. «Estoy firmemente resuelto —escribió a Emma desde Brasil— a ser un nómada de mi propia tierra. Te quiero con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón, y voy a hacerme merecedor de ti. No cederé a las presiones»^[78].

La vida letárgica del trópico había desgastado el pequeño recuerdo que Emma había entregado a George, convertido en un triste fetiche de su amor aplazado. «¡Pobre bolsita de seda! La sal del agua y el viento y el calor han ajado su belleza. Apenas la reconocerás cuando la veas», escribió el oficial^[79].

Pasó un año, y luego dos, y De Long se mantuvo en sus trece mientras continuaba su largo crucero por aguas sudamericanas. Su correspondencia con Emma se interrumpió en 1870, cuando el ejército prusiano entró en Francia y sitió París. El conflicto franco-prusiano presentó al mundo un feo ejemplo de los efectos de la moderna guerra total. Durante cinco meses, los parisinos atrapados subsistieron comiendo perros, gatos y ratas, y solo pudieron comunicarse con el exterior mediante paloma mensajera o globo de aire caliente. La familia Wotton, temerosa de que El Havre cayera también en manos germanas, llenó algunos cofres con plata y otros objetos valiosos y cruzaron el canal de la Mancha, hasta la isla británica de Wight.

George, desconocedor de lo que ocurría en Europa, no entendía por qué sus cartas no llegaban a Emma. Desde Río de Janeiro escribió desesperado:

Durante todo un año largo, larguísimo, he esperado, esperado y esperado, en vano. He sobrevalorado mi fuerza. Estoy enfermo y me siento infeliz a todas horas, y la vida me supone una carga, día tras día. No tengo objeto ni propósito en la vida. Una palabra amable de tu boca, empero, podría aún salvarme^[80].

Con el nuevo año, la amenaza prusiana perdió fuelle y Emma regresó junto con su familia a El Havre, desde donde por fin pudo contestar las cartas de su amado. «Lamento, ante todo, la larga y dura ordalía a la que has estado sometido, y el dolor que te ha causado. Lo único que espero es que el perjuicio que sufres no sea perenne. Rezo por ello. Por favor, considérate del todo libre». Cerraba, no obstante, con un comentario algo críptico: «Yo no he cambiado».

George, optimista, interpretó que ella aún lo amaba y que daba por terminada su larga prueba de amor. Se sintió tan alegre y seguro de sí mismo que a los dos días ya contaba con un permiso y había empaquetado sus enseres para el viaje de seis mil millas hasta El Havre, vía Nueva York. Anunció sus intenciones con una nota: por fin, después de tanto, acudía a ella para reclamarla como prometida.

Sin embargo, los verdaderos sentimientos de Emma eran más ambiguos. Ella lo admiraba, eso era cierto, y no quería causarle más dolor. No obstante, vacilaba aún ante la idea de casarse con él. A Emma le surgían dudas — alimentadas por su padre, que había capitaneado en su juventud un navío de vapor— sobre las tribulaciones de tener por marido a un oficial de la Armada. No estaba convencida de saber resistir las largas ausencias, los interludios cargados de incertidumbres, los años de compañerismo hipotético. Anticipaba una vida marcada por las esperas.

Cuando George llegó a El Havre, en febrero de 1871, había anclados en sus muelles navíos de guerra de varios países, a los cuales se había encomendado la protección de los respectivos nacionales, caso que las fuerzas prusianas —que aún rodeaban París— decidieran inesperadamente avanzar sobre la ciudad portuaria. Representaba a la Armada de los Estados Unidos el USS *Shenandoah*, una corbeta en la que servían muchos oficiales a los que De Long conocía bien. Los Wotton invitaron a este a hospedarse en la habitación de invitados de su mansión de La Côte. Al ver a Emma, George se echó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó un precioso anillo de diamantes y se lo colocó en el dedo. «Me derretí un poco por dentro, pero me sentí, aun así, muy turbada. No era capaz de decidirme», escribiría más tarde ella^[81].

Durante varias semanas ambos protagonizaron un frenético cortejo. Tenían que ponerse al día al respecto de muchos asuntos: los dos jóvenes enamorados eran casi extraños, pese a más de dos años de correspondencia discontinua. George y Emma pasaron largas tardes paseando por el muelle y, por las noches, los Wotton celebraban sus usuales cenas, fiestas y bailes. Emma empezó a ver a George con otros ojos. «Me estaba enamorando de él a toda marcha —declaró—. Cuanto mejor lo conocía, más lo admiraba»^[82]. En su opinión, poseía un «espíritu aventurero», pero era «de un carácter refinado innato». Fueron pasando los días y ella acabó por ceder a sus insistentes pretensiones. «Le creí a pies juntillas: había sabido ver que realmente éramos el uno para el otro. Tenía ante mí un compañero que me aseguraría la felicidad completa».

Se fijó una fecha: el primero de marzo. La novia no iría de blanco. Por culpa de la guerra, el satén y la seda de ese color se habían agotado en El Havre, así que Emma tuvo que improvisar. Improvisarían también el lugar de la celebración. En Francia, el matrimonio era un contrato civil y en El Havre no se pudo localizar a nadie con la autoridad legal para officiar la ceremonia: todos los funcionarios se encontraban en París, donde estaba por firmarse el armisticio. Sin embargo, dieron con una ingeniosa solución: el USS *Shenandoah*, aún amarrado en el puerto, era técnicamente suelo estadounidense, así que podrían casarse sobre su cubierta. Parecía bastante apropiado, por otra parte, que un teniente de la Armada y la hija de un armador se casaran a bordo de un barco.

La tarde del 1 de marzo de 1871, el *Shenandoah* lucía decorado con banderolas y farolillos. Los invitados, ataviados de trajes de gala o uniforme militar, esperaban en el muelle a ser trasladados a bordo en los botes. Reunida la muchedumbre, la novia y el novio abordaron el barco. Ofició un sacerdote

con un nombre muy estadounidense: George Washington. Cuando Emma y George se hubieron unido en matrimonio, exactamente a las diez de la noche, los vítores resonaron a lo largo y ancho del oscuro puerto.

Las puertas del polo

La empresa en que se había embarcado George De Long tras su vuelta de Groenlandia se apoyaba sobre una grandiosa y seductora idea, en boga desde hacía cientos de años. Se trataba de una hipótesis geográfica de elegante simetría y sugerente atractivo. De Long leía todo lo que caía en sus manos acerca del Ártico y conocía los pormenores de dicha propuesta como la palma de su mano: muchos exploradores la habían puesto a prueba y otros tantos pensadores habían especulado sobre sus implicaciones. De Long se mostraba tan convencido de la realidad de dicha hipótesis que estaba dispuesto a arriesgar su carrera e incluso su vida. Sabía que si era capaz de demostrar su veracidad, sería elevado al panteón de los héroes de la exploración universal.

Dicha hipótesis, que defendían la mayor parte de los principales científicos y geógrafos del mundo, era la siguiente: el tiempo no era especialmente frío en el polo norte, al menos en verano. El extremo norte del mundo estaba cubierto de aguas poco profundas y no de hielo. Ese mar sería fácil de navegar, tanto como el Caribe o el Mediterráneo. La tibia cuenca ártica supuestamente bulliría de vida marina y podría albergar, incluso, los restos de una civilización perdida. Los cartógrafos estaban tan seguros de ello que en sus cartas náuticas la consignaban puntualmente, etiquetando a menudo la parte superior del globo terráqueo con las siguientes palabras: «MAR ABIERTO POLAR».

La carta del Ártico publicada por Gerardus Mercator en 1595, tan hermosa como conjetural, muestra un mar polar sin hielo —aunque rodeado por tierras montañosas— que conectaba con el Atlántico y el Pacífico mediante cuatro canales fluviales simétricos. Otro planisferio, publicado por el cartógrafo inglés Emanuel Bowen a finales del siglo XVIII, llama a esta teórica masa de agua «océano del Norte» (*Northern Ocean*). Por su lado, el Almirantazgo británico publicó numerosos mapas a lo largo del siglo siguiente que ilustraban un gran océano sin hielo, al igual que las cartas náuticas encargadas por la Armada estadounidense.

Nadie había visto jamás ese fantástico Mar Abierto Polar, pero eso no parecía importante. En algún momento, la teoría había impuesto una lógica propia. Asegurado su lugar tanto en los mapas como en las mentes de los exploradores —como la Atlántida o El Dorado—, aquel océano septentrional se convirtió en una bella fantasmagoría basada en leyendas, rumores y migajas de información confusa. Poco a poco, década tras década, científicos y pensadores habían contribuido a la plausibilidad, la probabilidad y, en última instancia, la certeza de aquella quimera. No existían pruebas *a contrario* capaces de desalojar el Mar Abierto Polar del imaginario colectivo.

Se barajaban muchas teorías improbables para explicar la naturaleza de ese mar ártico. Algunos argumentaban que la ausencia de frío se debía a la rotación de la Tierra. Otros, que el calor simplemente escapaba de las zonas más septentrionales o que en los polos los rayos del sol se concentraban como a través de una lente. Había quienes reiteraban que seis meses de sol continuado bastaban para evitar la aparición de hielo en el mismo polo. También había en la época muchos científicos que creían que una masa de agua salada lo bastante profunda no podría congelarse y que el hielo se formaba solo sobre la superficie de aguas someras litorales. Por consiguiente, ese mar polar debía ser un mar abierto. Tales explicaciones resultaban, en efecto, traídas por los pelos: era como querer demostrar la existencia de Dios a base de historietas argumentaciones teleológicas. A lo largo de los siglos, se había dedicado una extraordinaria cantidad de energía a explicar algo que nadie había visto nunca, pero en lo que todos creían.

Obviamente, la teoría del Mar Abierto Polar también contaba con detractores. En la época en que De Long comenzó a interesarse por el Ártico, el principal era sir Clements R. Markham, secretario de la Real Sociedad Geográfica británica. En *The Threshold of the Unknown Region* (El umbral de la región desconocida), Markham califica la hipótesis del Mar Abierto Polar de «perversa» e insiste en que «ha hecho gran perjuicio al progreso de los descubrimientos y de la geografía seria»^[83]. Markham desdeñaba los argumentos a favor del Mar Abierto Polar por «obviamente fabulosos». «Tanto, que sorprende cómo un hombre cuerdo puede darles crédito». Sin embargo, el negacionismo de Markham era una postura minoritaria. El Mar Abierto Polar devino en una obsesión colectiva, una *idée fixe* que excitaba la ilusión de hombres y mujeres. Tenía que existir, por fuerza.

Desde los inicios de la exploración ártica, siempre ocurría lo mismo cuando un aventurero navegaba rumbo norte: el hielo frustraba su propósito, habitualmente en la vecindad del paralelo 80. Sin embargo, la teoría del Mar

Abierto Polar sostenía que esta barrera de hielo ártico no era sino un anillo o cinturón gélido, tras el cual se abría la gran cuenca de aguas cálidas. El explorador que lograra salvar esos hielos, preferiblemente a bordo de un barco de casco reforzado, accedería al Mar Abierto Polar y alcanzaría fácilmente el polo norte. El truco, pues, consistía en encontrar una abertura en el hielo, un lugar en el que fuese más delgado o débil, o estuviera medio derretido. Un paso natural de algún tipo.

George De Long estaba decidido a dar con ese paso. Para ello se valdría de los mejores mapas y cartas náuticas, del equipo más vanguardista y de las ideas más innovadoras en el ámbito de la oceanografía, la meteorología y la navegación.

Influyó mucho en De Long un artículo aparecido en el número de noviembre de 1869 de *Putnam's Magazine*. El artículo, sugestivamente titulado «Gateways to the Pole» (Las puertas del polo), desarrollaba todas las hipótesis relacionadas con el Mar Abierto Polar y proponía un método seguro para localizar un paso fácilmente navegable que diera acceso a aquellas míticas aguas cálidas. «Hay razones para creer que la peliaguda cuestión del acceso al polo ha encontrado, por fin, respuesta», comenzaba el artículo^[84].

En él se trataban las ideas de un conocido oficial de la Armada estadounidense, Silas Bent. El teniente de navío Bent había dedicado gran parte de su vida a navegar a lo largo y ancho del Pacífico, donde había llevado a cabo exhaustivos estudios hidrográficos para la Armada. A Bent, que había acompañado al comodoro Matthew Perry en su histórica travesía de 1852 con destino a Japón, le intrigaba especialmente la poderosa corriente conocida como *kuro siwo* o *kuroshio*, al parecer análoga a la corriente del Golfo en el océano Atlántico.

Aunque la corriente *kuroshio* era conocida por los pescadores y marineros japoneses, chinos y coreanos desde hacía siglos, no había sido estudiada sistemáticamente hasta el viaje de Bent, al que enseguida llamaron la atención su amplitud y sus aguas turbias. La *kuroshio* (en japonés, «corriente negra») ascendía hacia el norte desde los trópicos, peinaba las costas orientales de la isla de Formosa y del archipiélago japonés y se internaba luego en el Pacífico. Como la del Golfo, era una corriente de aguas cálidas y hacía las veces de cinta transportadora de los nutrientes (plancton, kril, etcétera) que alimentaban a los mamíferos marinos del Pacífico norte. En aguas abiertas, la corriente se distinguía fácilmente por el característico tono azul negruzco de

sus aguas, que los marinos encontraban algo siniestro. La corriente lo empujaba todo inexorablemente hacia el norte. Era un río templado en mitad del frío mar, y ese río fluía, al parecer, en dirección al estrecho de Bering.

Justamente, uno de los objetos del debate científico era dónde moría la corriente *kuroshio*. Bent tenía sus propias ideas al respecto: estaba convencido de que la corriente fluía a través del estrecho de Bering, se sumergía bajo el hielo ártico y atravesaba a continuación el Mar Abierto Polar. Bent especulaba que, en el lado atlántico, la corriente del Golfo se comportaba de manera análoga, ascendiendo en paralelo a la costa noruega, rumbo noreste. (De hecho, gracias a ella el puerto ruso de Murmansk no se congelaba en todo el invierno). Bent creía que la corriente del Golfo también continuaba hacia el norte y se sumergía bajo el hielo ártico.

Según Bent, era precisamente la confluencia de estas dos poderosas corrientes oceánicas lo que impedía el enfriamiento de las aguas del Mar Abierto Polar. En su opinión, la *kuroshio* y la corriente del Golfo eran producto de la grácil simetría planetaria: eran los escapes de una red de distribución global que transfería el calor desde los tórridos trópicos hasta las frías regiones septentrionales. La Tierra, razonaba el oficial estadounidense, era como un organismo exquisito dotado de un complejo sistema circulatorio.

En sus propias palabras: «Hay circulación en el aire; hay circulación en los cuerpos de todos los animales; hay circulación en los océanos. Todos estos sistemas circulatorios están regidos por leyes inmutables que se cumplen estrictamente, pese a cualesquier condicionantes o modificaciones. El mar, la atmósfera y el sol son a la Tierra lo que la sangre, los pulmones y el corazón a la economía animal. Este equilibrio es común a toda la Naturaleza»^[85]. La *kuroshio* y la corriente del Golfo eran un flujo que se dirigía a «las extremidades de la Tierra» y que era bombeado «como la sangre, que fluye desde el corazón de los animales para repartir su calor y los nutrientes necesarios para la vida».

El artículo de *Putnam's Magazine* afirmaba que, combinadas, la *kuroshio* y la corriente del Golfo transportaban tal cantidad de energía termal que eran capaces de «anular el clima» de ciertas regiones del Ártico. «Desde sus manantiales del Trópico, estas corrientes transportan la energía del calor del sol, y son capaces, por sí solas, de penetrar el hielo ártico y abrir pasos hacia el polo»^[86]. La idea de Bent era muy interesante para los exploradores: si su hipótesis era cierta, para alcanzar el extremo septentrional del mundo, resultaría más útil el termómetro que la brújula.

Las ideas de Silas Bent aparecían minuciosamente desarrolladas en la obra del eminente oceanógrafo, astrónomo y meteorólogo estadounidense Matthew Fontaine Maury, del Observatorio Naval estadounidense. Maury, al que a veces apodaban el «Trazarrumbos de los Mares», había encabezado exhaustivos estudios de los vientos y corrientes de todos los océanos, y había recopilado una descomunal cantidad de información, reunida en minuciosas cartas náuticas que siguen siendo objeto de estudio hoy.

Maury era, junto con el superintendente del Servicio Geodésico y Costero de los Estados Unidos, Alexander Dallas Bache, uno de los más incondicionales adalides de la teoría del Mar Abierto Polar. Las creencias de Maury se apoyaban en pruebas anecdóticas: madera de deriva de ríos siberianos que había llegado hasta las costas de Groenlandia; balleneros que, faenando en el Ártico en otoño, afirmaban haber visto grandes bandadas de aves que migraban al norte; exploradores rusos que hablaban de las llamadas polinias (del ruso *polynya*), amplias regiones de aguas abiertas que aparecían en mitad del manto de hielo flotante, muy al norte de la costa siberiana. (Además, entre mayo y julio, señalaba Maury, una considerable extensión de aguas abiertas aparecía en el extremo septentrional de la bahía de Baffin, entre Groenlandia y Canadá. Fue descrita por primera vez a principios del siglo xvii y los balleneros la llamaban, sin más, «las Aguas del Norte» o, en inglés, *the North Water*).

En su obra maestra, *The Physical Geography of the Sea* (La geografía física del mar), Maury escribe sobre una ballena franca que había sido capturada en las inmediaciones del estrecho de Bering. La ballena llevaba clavado en el lomo un viejo arpón que lucía el distintivo de un navío que nunca había faenado lejos de Groenlandia. ¿Cómo había conseguido esa ballena herida cruzar desde el Atlántico norte al Pacífico norte?

«Se sabe que estas ballenas no pueden nadar por debajo de la banquisa distancias muy largas», observa acertadamente Maury en su obra^[87]. Tampoco podría haber rodeado el cabo de Hornos y haber recorrido todo el Pacífico hasta el estrecho de Bering. «Las regiones tropicales del océano son para la ballena franca como un mar de fuego imposible de atravesar y al que nunca se acerca», señala. A su juicio, el arpón clavado en el lomo de aquella ballena constituía «prueba irrefutable de que existe una comunicación — constante o temporal— de un lado al otro del globo a través del mar Ártico».

La obsesión de Maury con el Mar Abierto Polar estaba íntimamente ligada a su interés por otro importante fenómeno oceánico, a cuyo estudio había

dedicado gran parte de su carrera: la corriente del Golfo. Maury entendió los mecanismos de esa corriente mejor que nadie hasta entonces: su amplitud, su velocidad, su fuerza, sus propiedades termales... Cuando hablaba sobre ella, el meticuloso maestro de las cartas náuticas podía hacer gala de un gran lirismo: «Corre un río por el océano. El golfo de México es su fuente; su desembocadura, el mar Ártico. No hay en el mundo otro flujo de aguas tan majestuoso. Es una corriente más veloz que el Misisipi o el Amazonas y su volumen es más de mil veces mayor. Sus aguas, hasta las costas de la Carolina, son de un azul índigo. Se ve tan claramente que el límite con el agua marina común se distingue a ojo desnudo»^[88].

Silas Bent creía que la *kuroshio* era tan poderosa como la corriente del Golfo de Maury. «Son prácticamente idénticas en volumen, velocidad y dimensiones», hacía notar el artículo de *Putnam's Magazine*^[89]. Su salinidad, temperatura e influencia sobre el tiempo atmosférico eran comparables. Bent conjeturaba que la *kuroshio*, si acaso, empujaba aún con más fuerza que la corriente del Golfo, dado el mayor tamaño del Pacífico. Por esta razón, estaba convencido de que un barco que quisiera llegar al polo norte debía aprovechar el empuje de la *kuroshio* en dirección al estrecho de Bering. Algo que nunca se había intentado antes.

Las teorías de Silas Bent y de Matthew Fontaine Maury, aunque respaldadas por la ciencia de su tiempo, bebían de los manantiales del mito y se apoyaban en la credulidad. Desde tiempos prehistóricos se habían barajado diversas variaciones de la teoría del Mar Abierto Polar. La idea de un lugar cálido y seguro en la azotea del globo —un oasis en un desierto de hielo, una utopía polar— estaba, al parecer, profundamente instalada en la psique humana.

Los vikingos habían hablado de un lugar en el extremo septentrional del mundo conocido como Ultima Thule. Allí, el agua oceánica caía por un gigantesco orificio y realimentaba los manantiales de todos los ríos del planeta. Los griegos, por su parte, creían en un reino llamado Hiperbórea, situado también en el norte: allí reinaba una eterna primavera y el sol jamás se ponía. Rodeaban Hiperbórea el río Océano y los montes Ripeos, donde habitaban los hipogrifos, bestias formidables mitad león, mitad águila. La noción de que san Nicolás, *alter ego* de Papá Noel, vive en el polo norte parece tener un origen mucho más reciente, sin embargo. La referencia más temprana a la residencia ártica de Papá Noel es una viñeta de Thomas Nast aparecida en *Harper's Weekly* en 1866; el caricaturista, de hecho, dio a una

serie completa de grabados navideños el pie «Santa Claussville, N. P.» (Villa Santa Claus, Polo Norte)^[90]. De todos modos, la idea que subyace en esa fabulación de Nast —que en la cima del planeta existe un lugar habitable, cálido, alegre y benévolo— tiene orígenes muy antiguos e ilustra la fascinación que el polo norte ejerció sobre Occidente durante el siglo XIX.

Varios científicos de ese tiempo imaginaron que en los polos debían generarse vórtices descomunales, a través de los cuales escaparían grandes cantidades de energía térmica o electromagnética. Newton había teorizado que el planeta era un esferoide achatado por los polos, lo cual, de ser cierto, significaba que las tierras y aguas polares se encontraban más cerca del núcleo del planeta; por tanto, cabía la posibilidad de que su temperatura fuera más elevada. Edmund Halley, astrónomo británico del siglo XVIII, célebre por calcular la órbita del cometa que lleva su nombre, creía que la Tierra era hueca y su interior estaba habitado por animales e incluso una especie humana. Halley especulaba que la corteza del planeta era tan delgada en los polos que dejaba pasar gases fluorescentes que llenaban su interior. Esos gases se elevaban a gran altura en la atmósfera, lo que explicaría el origen de la aurora boreal. Gran parte de las teorías sobre un mar polar sin hielo se alimentaban de un anhelo práctico: el interés económico de una ruta despejada que atravesara el polo era enorme. Durante siglos, británicos y neerlandeses se habían mostrado particularmente interesados en encontrar un paso septentrional hacia Asia, a fin de competir con españoles y portugueses, que monopolizaban las rutas marítimas meridionales, en torno a los cabos de Buena Esperanza y de Hornos. Encontrar un paso por el norte, libre de hielo, fue un santo grial en los siglos XVI y XVII. El neerlandés Willem Barents y el británico Henry Hudson, entre otros eminentes exploradores, creyeron firmemente distintas versiones de la teoría del Mar Abierto Polar, aunque en sus largas travesías jamás hallaron pruebas de su existencia.

Uno de los adalides más tempranos y obstinados de la teoría del Mar Abierto Polar fue un abogado y naturalista inglés del siglo XVIII llamado Daines Barrington. Las pruebas con que contaba eran dudosas, en el mejor de los casos: al parecer, conocía una historia que corría desde el siglo anterior por las tabernas de Ámsterdam, según la cual el capitán de un ballenero neerlandés había navegado en una ocasión hasta el polo norte a través de un «mar franco y abierto» y con un «tiempo cálido y benigno, como el de Ámsterdam en el verano»^[91]. Para Barrington, dicho rumor bastaba para probar que el océano Ártico no estaba congelado y era navegable, al menos

durante parte del año. Convencido, Barrington alentó infatigablemente al Gobierno de su país para que organizara una expedición al polo norte.

Durante el siglo y medio siguiente, la causa de Barrington fue defendida por una larga nómina de pícaros, exploradores, científicos, pseudocientíficos y locos sin más. En la década de 1820, John Cleves Symmes júnior, estadounidense de Ohio y tan pintoresco como excéntrico, dio una serie de charlas por todo el país y aseguraba que desde el polo norte y el polo sur se podía acceder a una red de cavidades subterráneas, probablemente habitadas. Los científicos se mofaban de él, pero su idea de los «polos agujereados»^[92], resumida en su obra *Symmes' Theory of the Concentric Spheres* (Teoría de Symmes sobre las esferas concéntricas), éxito de ventas en la época, conmovió al gran público y en última instancia contribuyó a que el Congreso adjudicara 300 000 dólares en 1836 para una ambiciosa travesía en busca del polo sur.

Dos años después, Edgar Allan Poe, influido al parecer por las hipótesis de Symmes, publicó una excéntrica y fantástica novela titulada *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. En la historia de Poe, el protagonista, oriundo de la isla de Nantucket, navega hasta regiones antárticas inexploradas y atraviesa una barrera de hielo, para emerger posteriormente a un mar polar de tibias aguas, donde encuentra una isla habitada por una especie perdida de humanos.

Aun así, a lo largo del siglo XIX, la mayor parte de las expediciones e hipótesis al respecto del Mar Abierto Polar se centraron no tanto en el polo sur como en el norte^[93]. Otro de los más firmes defensores de esta teoría fue sir John Barrow, quien durante mucho tiempo sirvió como secretario adjunto del Almirantazgo británico. Durante la primera mitad del siglo, Barrow envió muchas expediciones a las aguas litorales de Groenlandia y la isla de Baffin, con el fin de demostrar la existencia del Mar Abierto Polar o al menos de hallar una ruta de aguas abiertas que rodease Canadá por el norte y permitiera acceder al océano Pacífico: el mencionado paso del Noroeste.

El más popular y ambicioso de los viajes promovidos por sir John Barrow fue la expedición del contraalmirante Franklin de 1845. John Franklin y su tripulación zarparon de Inglaterra en dos navíos, el *Terror* y el *Erebus*, increíblemente bien aprovisionados. Tras varias escalas en la costa de Groenlandia, Franklin y sus hombres, 129 en total, se aventuraron hacia lo desconocido. Nunca se volvió a saber de ellos. A finales de la década de 1840 y principios de la de 1850 se pusieron en marcha numerosas expediciones de

salvamento, pero el misterio de su desaparición quedó irresoluto y fue una *cause célèbre* internacional durante largo tiempo. Una de las hipótesis más sugerentes suponía a Franklin y sus hombres navegando alrededor del Mar Abierto Polar, incapaces de encontrar una salida.

En 1853, un intrépido explorador estadounidense llamado Elisha Kent Kane organizó una expedición con el doble propósito de rescatar a Franklin y dar por fin con el Mar Abierto Polar. El año siguiente, en su singladura a lo largo de la costa noroccidental de Groenlandia, miembros de la expedición de Kane se toparon con lo que creyeron que era ese mar abierto. De hecho, se trataba únicamente de una polinia, un área de aguas abiertas surgida temporalmente entre los hielos. Kane, no obstante, estaba convencido de que su equipo había hecho un descubrimiento épico.

«En estas aguas abiertas vimos focas y aves acuáticas alimentándose — escribiría Kane más tarde—. Las olas avanzaban y se rizaban a ritmo constante contra la orilla, como las majestuosas volutas acuáticas de un viejo océano. La soledad, el frío y la vastedad sin límites, unidos al misterioso vaivén de sus aguas verdes, prestaban encanto a la escena»^[94]. Kane afirmó que, al posar en él la mirada, el Mar Abierto Polar «parecía producir calculadamente una emoción del más alto orden. [...] No creo que hubiera un solo tripulante que no anhelase hallar la manera de acceder a este mar solitario y resplandeciente». Los mapas que, posteriormente, se trazaron a partir del relato de Kane dan cuenta de un MAR ABIERTO, rotulado con contundente negrilla de un lado al otro del polo.

En 1860, otro explorador estadounidense, el doctor Isaac Israel Hayes, dirigió una expedición ártica que recorrió la costa de la isla canadiense de Ellesmere, donde creyó avistar el Mar Abierto Polar anunciado por Kane. «El mar que rodea el polo norte debe encontrarse al otro lado del cinturón de hielo que lo ciñe», informó^[95]. Sin embargo, cuando Hayes regresó a los Estados Unidos, se había declarado la guerra de Secesión y nadie mostró demasiado interés por sus descubrimientos.

La idea del Mar Abierto Polar quedó en barbecho, aunque la noción del planeta hueco con orificios en los polos salió de nuevo a la palestra con la publicación en 1864 de *Viaje al centro de la Tierra*, la novela de Jules Verne. En ella el protagonista, un profesor alemán llamado Otto Lidenbrock, desciende a través del cráter de un volcán dormido de Islandia y accede a un mar subterráneo de aguas cálidas, cuyas orillas están pobladas por manadas de mastodontes y una gigantesca criatura protohumana que podría

considerarse el eslabón perdido. Al menos en la literatura, la idea del océano polar se había hecho *underground*.

Tras la guerra de Secesión, poco a poco se reavivó el interés de la ciudadanía estadounidense por el hipotético Mar Abierto Polar. Charles Francis Hall creía en él con un fervor casi religioso, pero el sonado fracaso de su expedición llevó a muchos a preguntarse si era sensato seguir enviando barcos cargados de hombres en busca de aquel constructo, por atractivo que fuese. Las teorías de Silas Bent, en cualquier caso, insuflaron nueva vida al debate: quizá el Mar Abierto Polar existiese, después de todo. Podría ser que Hall y el resto de exploradores hubiesen elegido rutas equivocadas y diesen de bruces con el hielo en el peor lugar posible. No habían entendido que las poderosas corrientes de aguas cálidas les habrían hecho el trabajo más difícil.

Así las cosas, gracias a la novedosa hipótesis de Bent, la obsesión por el Mar Abierto Polar disfrutó de una última reposición tras siglos de conjeturas. Lo único que hacía falta era un joven explorador con la valentía suficiente para demostrar que Bent estaba en lo cierto.

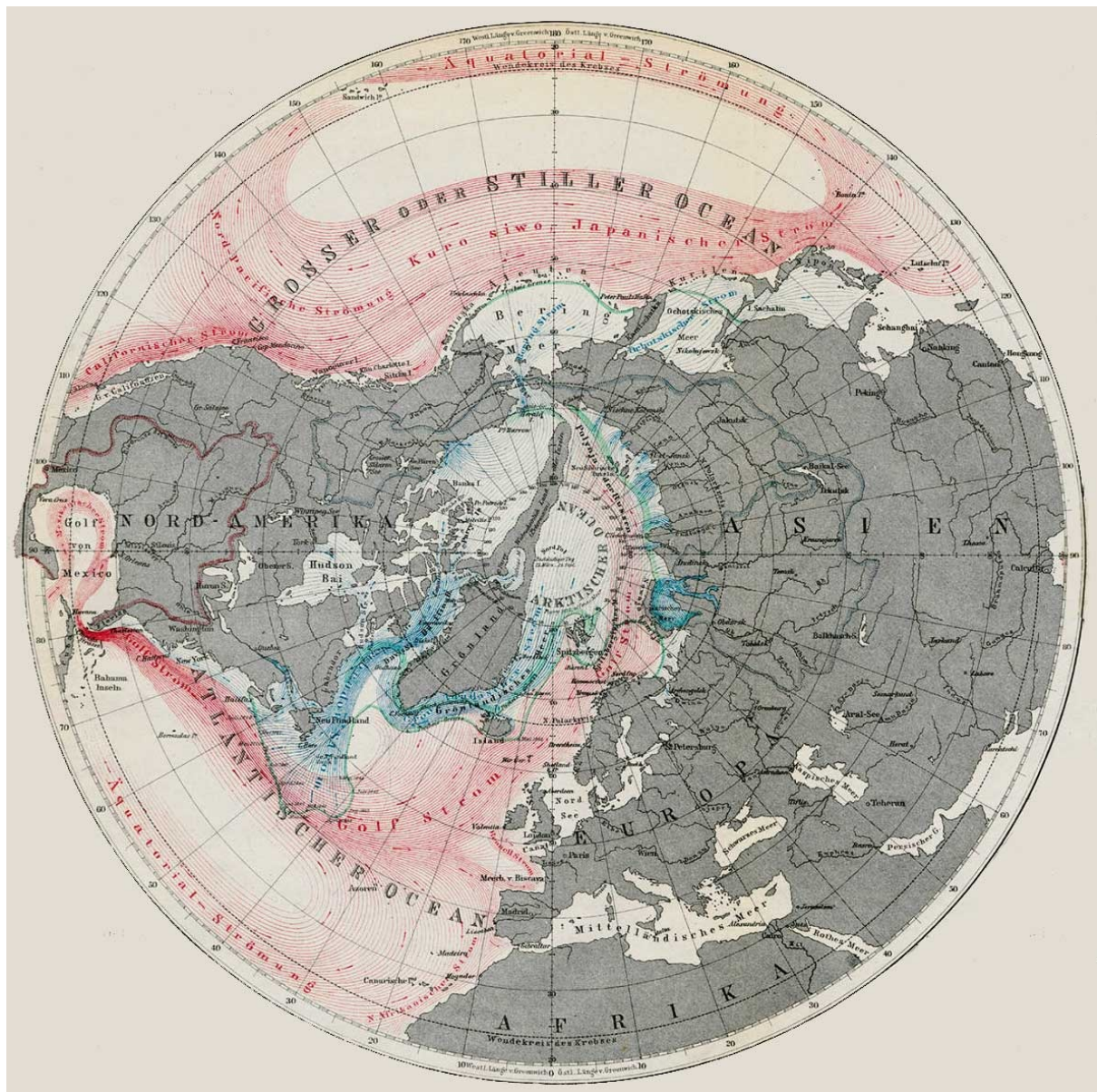
Bent presentó sus argumentos al presidente de la Sociedad Geográfica de los Estados Unidos en Nueva York, en una carta (citada en el artículo de *Putnam's Magazine*). La corriente del Golfo y la *kuroshio* «son las únicas avenidas practicables»^[96] por las cuales un navío podría alcanzar el Mar Abierto Polar y, a través de este, el polo norte. El futuro descubridor del polo solo tendría que seguir una de estas dos corrientes hasta el lugar preciso. Allí, en la banquisa debilitada por el hálito tibio y constante del río marino de origen tropical, encontraría un estrecho de aguas abiertas y hielo semiderretido, el cual franqueaba el acceso al Mar Abierto Polar. Bent bautizó a ese paso hipotético con un intrigante nombre; lo llamó «portal termométrico polar».

Los entusiasmados redactores de *Putnam's Magazine* afirmaban que esa «mente lúcida había sabido salvar por fin el misterio del polo». El artículo apelaba a algún joven como De Long, para que diera un paso adelante y demostrase la veracidad de las ideas de Bent. «Esta hipótesis, sólida y hermosa, quizá no haya sido sancionada por la alta autoridad ni cuente entre sus adalides con ningún explorador ártico. Por ahora, deberá apoyarse en deducciones científicas y darse a conocer gracias al imperio tácito del cálculo matemático»^[97].

En última instancia se presentaría algún voluntario, algún héroe que quisiera encontrar el portal termométrico y hallar por fin el santo grial de la exploración ártica. Para el amante de los descubrimientos, el premio no podría ser más valioso ni las expectativas más altas. Concluía *Putnam's*: «¿Quién será capaz de demostrar que al otro lado del círculo ártico existe un vestigio de la Humanidad por descubrir, un resto de nuestra especie empujado sobre las aguas por estas poderosas corrientes de las que hoy nos llega noticia, quienes sin duda darán la bienvenida al marinero que los halle y entre quienes quizá podamos encontrar a los elegidos de Dios?»^[98].

PARTE II

El genio nacional



El motor del mundo

Durante la primera semana del mes de julio de 1876 se celebraba el centésimo cumpleaños de los Estados Unidos como nación. Los estadounidenses tenían la mirada puesta en la ciudad de Filadelfia: la apodada Ciudad del Amor Fraternal no solo fue el lugar donde se firmó la Declaración de Independencia, sino que en ella se iba a celebrar una exposición internacional que ese caluroso verano atraería a miles de visitantes de todo el planeta^[99]. La Exposición del Centenario acogió a treinta y siete países de todo el mundo y se celebró en un recinto de unas 160 hectáreas situado en el parque Fairmount, al otro lado del río Schuylkill. Era la primera exposición internacional celebrada en el país. Cuando el verano tocaba a su fin, casi diez millones de personas habían acudido ya a conocer alguno de los casi 30 000 objetos expuestos, que se repartían entre 250 pabellones y salas. El recinto era tan amplio que fue necesario instalar una innovadora red de ferrocarril elevado —una especie de primitivo monorraíl— para transportar a los visitantes entre los dos edificios más concurridos.

La masa acudía en busca del asombro y nadie quedaba decepcionado. Entre los muchos inventos expuestos se contaban la máquina de escribir Remington, un intrincado aparato lleno de cables al que llamaban «máquina de calcular» y otro curioso artilugio creado por un barbudo escocés de nombre Alexander Graham Bell. (A través de su «teléfono», Bell leyó el soliloquio de Hamlet desde un extremo de la sala; los visitantes, en el extremo contrario, escuchaban. «¡Dios santo, habla!», exclamó un insigne visitante, el emperador Pedro II de Brasil, al escuchar la voz del inventor a través del pequeño altavoz).

En Filadelfia no se habló de otra cosa en todo el verano. James Gordon Bennett visitó la feria en varias ocasiones y se aseguró de que sus mejores reporteros cubrieran *in situ* las visitas de los dignatarios de otros países (lores, monarcas, novelistas, pintores, científicos y magnates del ferrocarril). El *Herald* publicaba noticias sobre la Exposición del Centenario diariamente; de hecho, Bennett ordenó que se imprimiera una tirada de miles de ejemplares en

una gran rotativa instalada en el mismo recinto de la feria. Jóvenes empresarios como George Westinghouse o George Eastman, pioneros respectivamente del electrodoméstico y la fotografía, rondaban hambrientos de un pabellón a otro, en busca de ideas que, combinadas, diesen como resultado algo nuevo y revolucionario. Thomas Edison, que entonces contaba veintinueve años, también visitó la Exposición del Centenario, donde presentó un extraño aparatito que él llamaba «lápiz eléctrico». Por fin, otro brillante inventor estadounidense, Moses Farmer, convocaba en torno a sí a multitudes gracias a su dinamo eléctrica, con la que suministraba energía a un juego de luces artificiales —lámparas de arco voltaico— que iluminaban noche tras noche la ciudad.

Eran muchas las rarezas y maravillas. En el pabellón japonés, el hemisferio occidental descubrió inopinadamente la planta de guisantes llamada *kudzu*, que crecía con una rapidez milagrosa. Aquí y allá la muchedumbre se deleitaba con las esculturas de Rodin, escuchaba en directo el órgano de tubos más grande del mundo o admiraba la inmensa antorcha de la Dama de la Libertad, la futura estatua de Frédéric-Auguste Bartholdi, cuyo cuerpo estaba esculpiéndose en Francia. Fue en aquella Exposición del Centenario donde el estadounidense de a pie conoció un nuevo condimento comercializado por Heinz que se llamaba «kétchup»; un brebaje carbonatado al sasafrás, marca Hires, conocido como zarzaparrilla; y una absoluta novedad: una fruta tropical, servida en papel de aluminio y con tenedor, que recibía el nombre de «banana».

De lejos, la atracción más popular de la exposición era el Pabellón de la Maquinaria, una estructura de cristal y acero de dimensiones colosales, que cubría más de cinco hectáreas y media, casi el triple que la basílica de San Pedro. El pabellón era un templo dedicado a la máquina de cualquier tipo. En su interior chirriaban, zumbaban y tamborileaban incontables bombas, turbinas, generadores, tornos, sierras y otros ingeniosos artefactos y herramientas nunca vistos. Pasillo tras pasillo se alineaban un invento tras otro, la mayoría estadounidenses, muchos de ellos revolucionarios. Los visitantes tuvieron la oportunidad de conocer, por ejemplo, el compresor de amoníaco Line-Wolf, que servía para fabricar hielo. O el motor Brayton, antecesor del de combustión interna. Había un reloj de péndulo de más de tres toneladas de peso, fabricado por Seth Thomas y calibrado para controlar otros veintiséis relojes instalados a lo largo y ancho del pabellón. Se presentaron

asimismo innovadores frenos para locomotoras, nuevos modelos de ascensores y una versión mejorada de la imprenta rotativa.

Sin embargo, lo más extraordinario que podía verse en el Pabellón de la Maquinaria era el gran motor que proporcionaba energía al resto de artilugios. El Gran Motor Central, apodado Motor de Vapor del Centenario, era el más grande del mundo. Pesaba más de 650 toneladas, había sido construido por el fenomenal ingeniero estadounidense George Corliss y suministraba energía a las más de 8000 máquinas expuestas en el pabellón a través de una red de conductos subterráneos de casi dos kilómetros de extensión.

Ese mes de mayo, el día de la inauguración de la exposición, rodeado por más de 150 000 personas, el presidente de los Estados Unidos, Ulysses S. Grant, accionó la palanca que puso el monstruo en marcha. Cuando cobró vida, el inmenso mecanismo emitió un ronroneo que parecía el de un ser dotado de alma. El corresponsal de la revista *Scientific American* lo describió como «un murmullo [...] que podría muy bien calificarse de música mecánica»^[100]. El presidente parecía minúsculo ante la máquina, que se alzaba hasta una altura de cinco plantas, sobre una plataforma ubicada en el centro de la gigantesca estructura de acero y cristal. Era como una escultura viva de brazos gesticulantes, cigüeñales que cabeceaban sin descanso y ruedas con finísimos dientes. Su engranaje mayor pesaba cincuenta y seis toneladas y giraba señorialmente, a treinta y seis revoluciones por minuto.

Ese verano, el Gran Motor Central se ganó el corazón de la gente y, en un fenómeno muy revelador, se convirtió en el símbolo de la exposición. *Scientific American* lo calificaba de «infatigable corazón de hierro»^[101] de la exposición. El día de su visita, el poeta Walt Whitman se sentó ante aquella elegante bestia metálica y la contempló durante treinta minutos sin pronunciar palabra. El literato William Dean Howells llamó al motor «atleta de acero» y juzgó que era a través de ese tipo de ingenios mecánicos «como el genio nacional más libremente se expresa»^[102].

En su columna de la revista *Atlantic Monthly*, Howells explicó cómo «los poderosos balancines empujan los pistones; la enorme rueda dentada gira con una energía acumulada que lo agita todo; los centenares de pequeños mecanismos, como los de un cuerpo vivo, hacen su trabajo con inteligencia infalible». El coloso de hierro pulido era tan perfecto en su diseño que prácticamente funcionaba solo. «En el centro de este mecanismo indescriptiblemente poderoso, hay una silla donde el ingeniero se sienta a leer las noticias, como en un tranquilo velador. De vez en cuando, deja a un lado el periódico y escala alguna de las escalerillas insertas en la estructura del

motor, aliviando la irritación de algún punto del cuerpo del gigante con una gota de aceite. Hecho el ajuste, desciende y retoma la lectura», relataba Howells^[103].

Los visitantes de otros países quedaban hechizados por las proezas técnicas reunidas en el Pabellón de la Maquinaria y, específicamente, el motor de Corliss. Algo ocurría en los Estados Unidos. Había una energía nueva, un florecimiento de talento nativo. Parecía estar emergiendo un estilo norteamericano, que se alimentaba de la automatización y la intercambiabilidad de las piezas; de máquinas fabricadas por máquinas que posibilitaban, a su vez, el funcionamiento de otras máquinas. El *Times* londinense hablaba efusivamente de ellos: «Los estadounidenses inventan como los griegos esculpían y los italianos pintaban: es su genio»^[104]. Otros comentaristas ingleses daban notas de flemática desesperanza: «Si se nos debe comparar con los norteamericanos de 1876, quedará ratificado [...] que estamos perdiendo nuestro antiguo liderazgo a favor de ellos», sentenciaba el eminente ingeniero británico John Anderson en un informe oficial sobre la Exposición del Centenario^[105].

Uno de los visitantes más distinguidos en pisar el recinto de Filadelfia aquella semana canicular de julio fue un profesor universitario alemán llamado August Petermann. Petermann era probablemente el más famoso y eminente geógrafo del mundo, pero, paradójicamente, había viajado muy poco a lo largo de su eremítica vida. Nunca había visitado los Estados Unidos. Durante su viaje por el litoral occidental del país, pasó diez días en Filadelfia y visitó todos los pabellones de la exposición. Quedó perplejo y entusiasmado por todo lo que vio. La Exposición del Centenario constituía, en su opinión, «un gran logro, pues eclipsa las anteriores exposiciones celebradas en Europa. Deja claro cuál es la posición que los Estados Unidos ocupan en la cultura mundial»^[106].

Herr Doktor August Heinrich Petermann era un hombre grave e introvertido, de manos pequeñas, anteojos de montura de alambre y barba perfilada. Solía vestir un formal chaqué, que acompañaba de chaleco de seda y pañuelo. Polígrafo de tradición humboldtiana, debatía con grandiosidad de argumentos sobre cualquier asunto relacionado con las ciencias naturales. Tras su pose contenida, no obstante, ocultaba cierta vehemencia. Petermann sufría episodios de bipolaridad y, en ocasiones, se adueñaba de su gesto una sentimentalidad anhelante, cierta batalla contra la melancolía, la *Weltschmerz*.

Petermann protagonizaba constantes disputas, y aguzaba más si cabe el ardor de sus opiniones el hecho de que portase a todas horas un pequeño revólver en el bolsillo de su chaleco. Petermann hablaba un inglés impecable con leve acento británico, pues había vivido muchos años en Londres, donde fue uno de los más poderosos y controvertidos miembros de la Royal Geographical Society. Había trabajado en el Real Observatorio de Greenwich y por un breve periodo ejerció como «geógrafo físico y grabador en piedra» de la mismísima reina Victoria.

En la década de 1850, Petermann regresó a su Turingia nativa, en el boscoso corazón de Alemania. Fue allí, en la tranquila ciudad medieval de Gotha, donde fundó un instituto geográfico que llegaría a publicar los mapas más hermosos y detallados de la época. Petermann cartografiaba como una máquina calibrada delicadamente y su trabajo era respetado por científicos y aventureros de todo el planeta. Entre otros cometidos, ocupó el puesto de redactor de la influyente publicación mensual *Petermanns Geographische Mitteilungen*, que editaba mapas y artículos firmados por la vanguardia de la exploración.

El Sabio de Gotha, como lo apodaban, era considerado uno de los principales teóricos de la cartografía de todo el mundo. Le preocupaban especialmente los espacios vacíos del planeta, los territorios ignotos que ningún hombre había visitado ni descrito aún. Petermann juzgaba un deber profesional y personal completar esos huecos gradualmente, y de manera sistemática se entrevistaba con los viajeros que acababan de llegar de, por ejemplo, las selvas africanas o el remoto interior australiano. Sintetizando los datos geográficos recabados por las expediciones y los croquis que se trazaban sobre el terreno, Petermann y su ejército de cartógrafos pudieron ir coloreando y rotulando los huecos del mapamundi con detalle. El prestigioso cartógrafo británico John George Bartholomew se refirió así a la pasión de Petermann por la *terra incognita*: «Le fascinaba de tal modo rellenar los espacios en blanco que quedaban en sus mapas que el descanso le parecía prohibido hasta tanto quedase algún país inexplorado»^[107].

Ningún lugar cautivaba tanto la imaginación de Petermann como el Ártico. Llevaba décadas haciendo campaña por la exploración del Gran Norte, tanto en Inglaterra como en Alemania. Había escrito decenas de tratados académicos y dictado incontables conferencias sobre el asunto. Creía que para entender los mecanismos más generales del planeta —sus corrientes, vientos, sistemas de regulación térmica, los movimientos de la corteza terrestre, las aberraciones geomagnéticas— era fundamental comprender el

polo norte. El polo era la piedra angular, la llave maestra de otros misterios mayores. «Hasta que no conozcamos el polo norte, el resto del saber geográfico será fragmentario», juzgó^[108].

Petermann fue probablemente uno de los adalides más infatigables y significados de la teoría del Mar Abierto Polar. Se decía convencido de que en algún lugar, allende el cinturón móvil de hielo septentrional, los exploradores darían con lo que él llamaba la «cuenca ártica», el consabido mar de aguas relativamente tibias. En efecto, los mapas de su editorial cartográfica mostraban a las claras un polo libre de hielos. «La banquisa en su conjunto forma un anillo que se mueve, al norte del cual el mar puede considerarse libre de hielo»^[109]. Era cuestión de localizar un portal de acceso adecuado a través de témpanos e icebergs. Alcanzar el polo, insistía, sería una empresa «muy sencilla y trivial. Un vapor apropiadamente equipado, en el momento adecuado del año, podría viajar hasta el polo y regresar en dos o tres meses»^[110].

Petermann era un firme creyente en el papel que los motores de vapor desempeñarían en esa travesía. Opinaba que los avances tecnológicos traerían consigo motores lo bastante potentes y eficaces como para permitir a un barco atravesar los mares helados y, más allá, la cuenca polar. Esta era una de las razones por las que Petermann había quedado hechizado ante el poder y la maestría expuestos en el Pabellón de la Maquinaria. El rumor emitido por el Motor de Vapor del Centenario de George Corliss era música a los oídos del profesor alemán. Los estadounidenses contaban al parecer con la tecnología necesaria para fabricar el motor que impulsaría al género humano hasta el polo norte.

En lo que se refería al Ártico, Petermann había tirado la toalla con los británicos. Los exploradores ingleses se negaban a prestar atención a sus teorías y se empeñaban en acceder al Ártico siguiendo la costa occidental de Groenlandia, donde invariablemente se topaban con penalidades y desastres ya augurados por él. En años recientes, Petermann había depositado sus esperanzas en su propio país, unificado hacía poco tiempo. En 1868, y de nuevo al año siguiente, el cartógrafo organizó y presentó personalmente dos proyectos de expedición que proponían alcanzar el polo siguiendo la costa oriental de Groenlandia, ruta que, estaba convencido, permitiría un acceso más sencillo a la cuenca polar. (Petermann no se aventuraría en esos viajes; prefería dirigirlos desde su estudio, en su mansión de Gotha).

Las dos expediciones alemanas exigieron un esfuerzo heroico, pero tuvieron un éxito relativo. Aun así, Petermann arengó a sus compatriotas para que perseverasen en el intento de conquistar el norte. Sin embargo, a principios de la década de 1870, Alemania, que en esa época andaba justa de fondos, desestimó la empresa ártica por sus costes y riesgos.

Tras su semana en la Exposición del Centenario, Petermann se convenció de que los estadounidenses serían los siguientes en liderar el asedio al polo norte. Petermann había seguido con gran interés la expedición del *Polaris* y, donde los demás veían catástrofe, él veía esperanza. «Los estadounidenses han eclipsado a todas las demás naciones en lo concerniente a investigación polar», escribió^[111]. En su opinión, los británicos llevaban «nueve años vociferando, criticando cualquier otro proyecto u opinión, sin hacer nada por su parte». En la estela de la expedición del *Polaris*, Petermann propuso que los Estados Unidos encabezasen un ambicioso nuevo viaje al Ártico. Tan «elevada iniciativa del Gobierno estadounidense sumiría a los británicos en un abochornado silencio»^[112], afirmó. «Los Estados Unidos han sumado los apellidos de Kane, Hayes y Hall a la nómina de héroes árticos, a los que otros sin duda seguirán», declaró.

Petermann reconocía que el proyecto polar conllevaba muchos peligros. Era insalvable que murieran hombres en la conquista del polo, pero los beneficios para la sociedad hacían que el riesgo mereciese la pena. El sacrificio en nombre de aquel descubrimiento supondría para la humanidad beneficios mayores que los conquistados por todos los muertos en las trincheras de la guerra. «No puede decirse que este gran empeño llegue a buen término sin pérdida de barcos y vidas —escribió—. Pero ¿por qué sacrificamos a miles de hombres nobles en guerras inhumanas? ¿No merece también esta gran empresa unas pocas vidas?»^[113].

Petermann no comprendía por qué esas mismas sociedades europeas que libremente avalaban afanosas y duras exploraciones a través de la jungla africana infestada de paludismo se negaban a permitir la muerte, cada tanto, de algunos de sus atrevidos hijos en el Gran Norte. Las regiones polares, en cualquier caso, eran mucho más seguras que el continente negro. «Durante décadas, nuestros exploradores se han dejado matar en el interior de los continentes más peligrosos, especialmente en África, quizá por aborígenes fanáticos, quizá por el clima mortífero. Este tipo de peligros y sacrificios se dan en las expediciones árticas en muy contadas ocasiones», escribió^[114].

Sin embargo, lo que Petermann vio en los Estados Unidos, y especialmente en Filadelfia, lo había persuadido de que los Estados Unidos

tenían el coraje patriótico necesario para esa empresa. Tras asistir a la Exposición del Centenario, Petermann visitó Washington, Baltimore y la Academia Naval de Annapolis; conoció Boston y varias ciudades de Nueva Inglaterra, para después viajar a las cataratas del Niágara. Fue recibido con algarabía por doquier y los principales científicos estadounidenses se congratulaban por su presencia en el país. En Washington se entrevistó con el candidato a la presidencia Rutherford B. Hayes y se celebró una recepción en su honor. Su gira estadounidense fue como una vuelta al ruedo, colofón de una prestigiosa carrera. Fue para Petermann una agradable sorpresa, pues no era consciente de que para muchos era un ídolo.

El 10 de julio, Petermann estaba invitado a dirigirse a la American Geographical Society en Nueva York. El acontecimiento se celebró en el Chickering Hall, en la esquina entre la Quinta Avenida y la calle 18. Reinaban en el auditorio el calor y la humedad, pues el noreste del país sufría una ola de calor histórica. Sin embargo, una gran muchedumbre acudió para escuchar al famoso alemán. «Casi muero de calor en aquel lugar», confesaría Petermann más tarde^[115]. Un organista interpretó un breve concierto y, a continuación, el científico saltó al escenario.

El famoso alemán no tenía más que buenas palabras para aquella extraordinaria nación y su potencial. Dio las gracias a sus anfitriones por sus muchas atenciones: «Me siento muy feliz de haber vivido lo suficiente para conocer este gran país y a su pueblo», comenzó. Washington D. C. le había impresionado. La capital, afirmó, había sido «construida de acuerdo con un plan espléndido, y el valor de sus parques y avenidas es mayor que los de cualquier otra ciudad del mundo». Amó especialmente Nueva York, en cuyo lujoso hotel Brevoort se había alojado. «Esta ciudad, y especialmente Broadway, su gran avenida, se me antoja un meridiano cero en el que dos mundos, el oriental y el occidental, se diesen la mano»^[116].

Cuando visitó Annapolis, el doctor Petermann coincidió con la ceremonia de graduación de la Academia Naval. Quedó fascinado por la alegría de los cadetes, que tras recoger sus títulos, lanzaban las gorras al aire. Estaba convencido de que los Estados Unidos algún día contarían con una poderosa Armada, la cual desempeñaría un rol de peso en la guerra y también en la exploración del mundo. «Cuando en Annapolis se me informó de que su Armada solo contaba con un buque de guerra, vi claro que esta poderosa nación era un país fundamentalmente de paz», afirmó.

August Petermann no tardó en regresar a Alemania, pero volvió como un hombre nuevo. «Mis expectativas se han visto sobrepasadas —dijo—. Todo lo que he visto me ha llenado de admiración»^[117]. Los Estados Unidos eran, en su opinión, el nuevo motor que impulsaba el mundo. Aquel país se hallaba «a la cabeza del emprendimiento humano y por delante de cualquier otra cultura del planeta. Se trata de un país rico y colmado de favores, una tierra de maravillosas aptitudes naturales».

Entonces, concluyó su alocución de aquel día en Nueva York con las siguientes palabras, alusivas a la maravillosa Exposición del Centenario: «Les deseo a todos ustedes y a los Estados Unidos los mismos avances y prosperidad que han caracterizado el primer siglo de vida de este país».

Satisfacción

A James Gordon Bennett júnior le gustaba dar la impresión de que había caído de pie en el mundo. Se tenía por una criatura original, sin pasado, sin lealtades, sin deudas contraídas con nadie. Para entender el lugar extraordinario que ocupaba en el ecosistema social neoyorquino, así como en el tumultuoso mundo de la prensa estadounidense, debemos retrotraernos en la historia y rendir tributo a la igualmente extraordinaria figura de James Gordon Bennett sénior.

Bennett sénior era un tipo hosco y amante de la lectura que había emigrado a los Estados Unidos desde Escocia en 1819 y que, gracias a astucias empresariales y a una ética de trabajo rayana en el masoquismo, alcanzó a fundar el *Herald*, dieciséis años más tarde. Desde el primer momento quiso que su periódico fuese «insolente y entrometido»^[118]. En ese aspecto triunfó con creces: sus ataques a políticos y empresarios eran tan lacerantes que le granjearon amenazas de muerte y fue apaleado en la calle varias veces. En una ocasión, le enviaron una carta bomba; otra, un enemigo intentó ahogarlo. Sin embargo, Bennett se crecía con la adversidad. Era un temerario y le encantaba incordiar y protestar. Su periódico llamaba a las cosas y a la gente por su nombre y sus reporteros se aventuraban sin pensarlo dos veces en los bajos fondos de la ciudad. En 1836, causó revuelo una primera plana dedicada al brutal asesinato a hachazos de una prostituta; acompañó ese escabroso reportaje la que se considera primera entrevista más o menos extensa publicada jamás en un periódico. (Las sensibilidades más beatas se vieron especialmente ofendidas por el hecho de que se entrevistase a la *madame* de la víctima).

Mientras las páginas financieras de los periódicos rivales hacían la vista gorda ante los tejemanejes de Wall Street, el *Herald* de Bennett sénior publicaba regularmente investigaciones sobre los más recientes fraudes y timos del mercado bursátil. Un especulador llamado A. A. Clason, encolerizado por una pieza especialmente dura publicada por el *Herald*, sorprendió a Bennett en mitad de la calle y lo atacó con una fusta. El biógrafo

del editor informó de que «la fusta se quebró al primer golpe y los trozos cayeron a la acera; Bennett los recogió amablemente y los devolvió a su atacante»^[119].

Bennett sénior era el cascarrabias más infame de la ciudad y su aspecto se correspondía con el personaje: precozmente canoso, encorvado y muy estrábico, tenía nariz aguileña y un rostro, comido de viruela, al que aquejaban diversos tics nerviosos. Su perturbadora apariencia motivó que en una ocasión lo echaran de un burdel: las mujeres lo persiguieron gritándole: «¡Eres un canalla feísimo, hasta para nosotras!»^[120]. (O eso afirmó él).

El periódico de Bennett era tan buscado como él rehuido. El *Herald* no tardó en convertirse en el diario de más tirada de los Estados Unidos. Bennett, único dueño, se hizo multimillonario, aunque ese dinero no le franqueó el acceso a las élites sociales neoyorquinas. Bennett siguió siendo un paria y no abandonó las listas negras de los mejores salones y clubes sociales. Pero se la traía al paio: «La Sociedad Estadounidense está compuesta por personas que no me invitan a sus fiestas»^[121], afirmaba.

Bennett sénior no opinaba tibiamente sobre ningún tema. Por ejemplo, se oponía vigorosamente al reconocimiento de los derechos de la mujer: «La maternidad es la mejor cura para cualquier manía; la recomiendo a todas aquellas que las sufren»^[122]. No ornamentaba su visión de la vida ningún tipo de altruismo. «Los editoriales elevados y las cruzadas por causas públicas eran, desde su punto de vista, mera pamplina», observó uno de sus biógrafos^[123]. «Todos los hombres son egoístas, codiciosos y carentes de valor intrínseco alguno. La condición humana no podrá corregirse nunca y, desde luego, no a través del periodismo». Bennett se comprometía simplemente a «editar el diario más ameno de la ciudad y ver reflejada su perspicacia periodística en las ventas, la tirada y los ingresos por publicidad».

Sin embargo, un día de 1840, Bennett sintió repentinamente el borboteo de una emoción poco familiar: el amor. Se encaprichó de una irlandesa a la que doblaba en edad, llamada Henrietta Crean. La señorita Crean era ambiciosa y distinguida, y hablaba seis idiomas. Impartía clases de piano y elocuencia, y era considerada una de las jóvenes más elegantes de Nueva York. Sin duda, Bennett se contaba entre sus admiradores y se deshacía en elogios hacia ella en las páginas de su propio periódico, alabando su «figura, tan magnífica, y su cabeza, cuello y busto, del perfil más puramente clásico»^[124].

Nadie lo creía posible, pero Bennett había caído irremisiblemente en las redes del amor. No tardaron en casarse y en mayo de 1841 nació un niño,

James Gordon Bennett júnior (El diario archirrival del *Herald*, el también neoyorquino *The Sun*, dio cumplida noticia del nacimiento, pero recalcó que aquel niño tan guapo no podía ser de Bennett). Al primogénito le sucedieron rápidamente otras tres criaturas, pero solo sobrevivió a la primera niñez una adorable niña llamada Jeannette.

Henrietta Bennett odiaba hacer las veces de esposa-trofeo del misántropo más polémico de la prensa estadounidense. Un día de noviembre de 1850, mientras la pareja paseaba del brazo por Broadway, él fue asaltado por una banda de matones que encabezaba un tal John Graham. Graham se había presentado a fiscal del distrito y Bennett lo criticaba desde su periódico. Henrietta, horrorizada, fue testigo de cómo su marido era apaleado casi hasta la muerte en plena calle, mientras una pareja de agentes de la policía permanecía de brazos cruzados. Una vez recuperado, su esposa le dijo que estaba harta de Nueva York, que no le gustaba la vida tumultuosa que llevaba y que no quería que sus hijos se criasen entre rotativas, con las manos y la ropa permanentemente manchadas de tinta. Poco después, la irlandesa levantó el campo y se llevó a sus hijos a París; no regresaría jamás, salvo para contadas y breves visitas. Bennett volvió diligentemente a sus maneras de soltero malhumorado y a tomar en solitario el timón de su periódico.

James y Jeannette crecieron, así pues, como expatriados. Los crio aquella indulgente madre irlandesa y los educaron las mejores institutrices galas, separados por un océano de distancia del hombre adusto y severo que hacía posible aquel suntuoso estilo de vida.

El pequeño James inauguró la adolescencia incrementando la frecuencia de los viajes a Nueva York para estar con su padre. Este quería que su hijo tomara algún día las riendas del diario, así que le puso un escritorio y unas pocas responsabilidades, al menos de cara a la galería. No obstante, al heredero no le interesaban el periodismo ni ninguna otra profesión. La alta sociedad neoyorquina, la misma que había apartado a su padre, le dispensó una calurosa acogida y él no tardó en hacer una panda de amigos tan elegantes como audaces. Un redactor del *Sun* lo elogió, diciendo de él que cumplía con el «bello ideal del hombre cosmopolita y atrevido»^[125]. Uno de sus primeros biógrafos señaló que «haría falta un volumen completo de *Las mil y una noches* para compendiar todas las locuras protagonizadas por este joven y su cuadrilla»^[126]. Cuando no frecuentaba tabernas o burdeles, se dedicaba a navegar en velero. Demostró ser un formidable y temerario

navegante: su padre ordenó construir un velero para él, el *Henrietta*. En 1860, James comenzó a competir con él y ganó regatas tanto en Inglaterra como en su país de origen.

Cuando estalló la guerra de Secesión, James quiso servir en la Armada de la Unión, aunque no tenía formación naval. Cuando supo que era imposible, se las arregló para comprar un grado de oficial en el Servicio Aduanero de Cúteres, antecesor de la Guardia Costera. Fue nombrado «teniente tercero de navío». Ejerció en su propio velero, el *Henrietta*, que donó a la Armada; en él patrulló Long Island y, más tarde, participó en el bloqueo naval de Florida. El servicio prestado por Bennett a su país no se extendió por mucho tiempo, pero ayudó a forjar un sólido vínculo entre el *Herald* y la Armada estadounidense, el cual duraría décadas.

En 1866, Bennett ganó, a bordo del *Henrietta*, la primera regata trasatlántica de la historia, entre Sandy Hook, Nueva Jersey, y la isla de Wight, en Inglaterra, ruta que cubrió en trece días, veintiuna horas y cincuenta y cinco minutos. Aunque pasaba mucho tiempo en alta mar, Bennett comenzó a mostrar cada vez mayor interés en el *Herald*, y ese mismo año, el ya achacoso Bennett sénior entregó el mando del diario a su hijo. (Bennett sénior murió en 1872, a los setenta y seis años).

Bennett júnior fue, desde el primer momento, un jefe tiránico y totalmente impredecible. «El único lector de este periódico soy yo —acostumbraba a decir a sus redactores—. Yo soy quien debe quedar contento». Tenía un instinto extremadamente certero para la noticia y la circulación del *Herald* aumentó espectacularmente bajo su mando. A diferencia de su poco desprendido padre, Bennett júnior estuvo siempre dispuesto a gastar grandes sumas de dinero en la administración del diario, y no dudaba en enviar a sus reporteros cada vez más lejos, a la caza del reportaje. En 1869, tuvo la idea de mandar a un periodista a la busca de David Livingstone. Se dice que despachó al joven Henry Morton Stanley con una orden tan lacónica que casi mueve a la risa: «Encuentre a Livingstone». Stanley lo encontró, por supuesto, y su exclusiva disparó aún más las ventas del diario.

Bennett no se parecía a ningún otro editor de prensa del mundo. Mujeriego, autócrata y deportista impetuoso, hacía gala de un arriesgado estilo de gestión que volvía locos a sus empleados, pero a menudo los obligaba a dar con reportajes extraordinarios, siempre con plazos imposibles. De algún modo, aunque cogido con pinzas, aquel sistema funcionaba. Gracias a la incomparable personalidad de Bennett, el *New York Herald* se convirtió en el periódico más interesante e influyente del país, si no del mundo. Un

periodista y redactor que trabajó muy duro para Bennett durante muchos años comparaba el *Herald* con la Legión Extranjera francesa: «Había algo atractivo en la ferocidad del propietario, en su brutalidad y sus caprichos. Se dice que a las mujeres les fascina ese carácter. Sin duda, así es en el caso de los periodistas»^[127].

El día de Año Nuevo de 1877, bajo una copiosa nevada, James Gordon Bennett junior ordenó a su cochero que lo llevase hasta el número 44 de la calle 19 Oeste y pidió que lo esperase. Subió tambaleándose las escaleras de entrada del edificio y entró en la fiesta que se celebraba en casa de su prometida. El rumor que desde hacía tiempo se había propagado por Nueva York era cierto: James Bennett, tras un sinfín de aventuras con actrices y mujeres de dudosa reputación, estaba enamorado por fin y se había prometido a una joven decente. La boda se celebraría a las pocas semanas.

La afortunada señorita era Caroline May, hija de un conocido médico de Baltimore que veraneaba en Newport y poseía, además, una distinguida mansión en Manhattan. Caroline era una «muchacha esbelta y de pelo rubio, con una actitud orgullosa que le hacía elevar la barbilla»^[128]. Según otra fuente, era una mujer «de belleza inusual [...] conocida por su encanto y audacia»^[129]. Debió de ser una mujer extraordinaria, pues había conseguido algo que muchos neoyorquinos creían imposible. Un biógrafo escribió: «Jimmy Bennett, veterano cliente de burdeles y terror de la sociedad correcta, cochero nudista, polista prostibulario, amante de los clubes, del lujo y del derroche, estaba a punto de dejarse domar por la vida hogareña»^[130].

Desde que se tenía memoria, los *knickerbockers* más a la moda habían observado una tradición de Año Nuevo: las familias se montaban en sus coches o trineos tirados por caballos y, al son de los villancicos y el feliz tintineo de los cascabeles, paseaban por la ciudad, visitando casas de familiares y amistades en las que se celebraban fiestas donde no faltaban el *brandy* y el ponche de *bourbon*. Esas reuniones eran «excusa para embriagarse sin medida», escribiría años más tarde un contemporáneo de Bennett. Bennett llevaba todo el día de fiesta en fiesta. A las cuatro de la tarde tocó a la puerta de casa de su prometida borracho como una cuba^[131].

Lo hicieron pasar al caldeado salón y, con su acostumbrado entusiasmo, se dirigió al mueble bar. A Bennett le encantaba pasar tiempo en casa de los May, y estos parecían muy contentos con su futuro yerno. Caroline había trabado una íntima amistad con la hermana menor de Bennett, Jeannette, lo

que fortaleció aún más ese vínculo. Bennett amaba a Caroline, sin ningún género de dudas, y sus intenciones matrimoniales parecían genuinas. El verano anterior, las páginas sociales de los periódicos informaron de que en Newport ella había ocupado «el asiento de honor»^[132] en la diligencia de Bennett y que él a menudo la invitaba a navegar en su velero. En Nueva York, la pareja era vista a menudo en la ópera, en el teatro y en cenas de gala.

«Las amigas de la joven creen que hacen una estupenda pareja —apuntaba un diario— y la relación agrada igualmente a los amigos del señor Bennett y de su difunto padre»^[133]. A petición de Caroline, Bennett había encargado en las *boutiques* más elegantes de París un elaborado ajuar constituido por prendas de vestir, alhajas, mantelería y ropa de cama. Cuando el encargo arribó a Nueva York, la aduana cobró, al parecer, 9000 dólares en aranceles. La boda iba a ser una pequeña ceremonia privada, tras la cual Bennett y su nueva esposa embarcarían rumbo a Europa en el vapor *Russia*, donde habían organizado un largo viaje de luna de miel.

Ese festivo primer día del año, los planes de boda seguían en pie. No obstante, había una parte de Bennett que no estaba dispuesta a sentar cabeza. El editor tenía dudas sobre el matrimonio, aunque no sobre Caroline. En varias ocasiones a lo largo del noviazgo ella se había visto obligada a romper, cuando Bennett se emborrachaba y se marchaba con sus caballerosos amigos a hacer alguna estúpida diablura profundamente vergonzante. Un columnista de la prensa amarilla afirmó que Bennett «se iba de juerga cada vez que podía» y observaba que el alcohol conseguía «excitar su impulsividad [...] y cancelar las nobles cualidades que lo caracterizan en mente y alma cuando está en sus cabales»^[134].

Aun así, ciertos círculos sociales no perdían la esperanza. Un columnista de sociedad de Nueva York apuntaba con optimismo que «hacía algún tiempo ya» que Bennett no se emborrachaba y que parecía «entregado a atender a su prometida, hasta tal punto que sus amigos empiezan a confiar que en esta ocasión sí habrá boda»^[135].

Esa tarde de Año Nuevo, Bennett se coló en la sala de estar de la residencia de los May y saludó a Caroline, a sus padres y a sus hermanas. Poblaban la estancia muchos amigos de Bennett, miembros del Union Club, que bromearon con él y le propinaron palmadas en la espalda a su paso. En la chimenea de uno de los rincones ardía un fuego y en la esquina opuesta varias personas se arremolinaban en torno a un piano de cola para cantar villancicos. Bennett hizo algunos comentarios procaces y cuando un sirviente le ofreció una bandeja de ponche fortificado, no dudó en servirse otra copa.

Fue en ese momento cuando Bennett perdió los papeles. En pie junto al piano de cola, se desabotonó los pantalones y, ante la mirada horrorizada de los invitados, se alivió, proyectando una parábola de orina que fue a aterrizar al interior del instrumento. (Otros testigos afirmaron que meó sobre el fuego de la chimenea). En cualquier caso, Bennett al parecer sintió que era hora de «achicar el agua de sentina»^[136] (como parafraseó un periodista) y no tuvo reparos en hacerlo rodeado de la alta sociedad, en el salón de sus futuros suegros. «Bennett olvidó dónde estaba y adoptó una conducta impropia de un caballero o, en realidad, de cualquier persona», reflexionaría un redactor del *Herald* años después^[137].

En la sala de estar se hizo repentinamente el caos. Los gentiles invitados regularon espantados y abandonaron a toda prisa el lugar. Las mujeres gritaban y se desvanecían (algunas fingidamente). Después de que Bennett se la sacudiera, unos pocos de sus mejores amigos lo rodearon y le preguntaron airados cómo era capaz de hacer eso. Él al parecer no captó la enormidad de su ofensa, ni siquiera cuando dos hombretones lo condujeron bruscamente a la puerta y lo echaron de la residencia de los May, rodando por las escaleras a la calzada, donde aterrizó junto al trineo que lo esperaba.

No fue hasta la mañana siguiente, ya sobrio, cuando Bennett se dio cuenta de lo que había hecho. La familia May le hizo llegar un mensaje en el que se le informaba de que el compromiso de boda quedaba anulado, una vez más y de una vez por todas. Bennett se dirigió con paso vacilante al Union Club y allí notó una inédita frialdad entre sus amigos de siempre. En la calle, los viandantes le dirigían miradas incómodas. Los neoyorquinos estaban habituados a las coloridas y extravagantes travesuras de Bennett, pero esa vez había ido demasiado lejos.

Bennett probablemente era consciente de lo que ocurría, pero, aun así, se mostró demasiado orgulloso como para ofrecer una disculpa a la familia May o tratar de hacer las paces con Caroline. Es posible, no obstante, que no creyese haber hecho nada mal. ¿Qué importaba a nadie cómo y dónde James Gordon Bennett junior elegía vaciar su vejiga? Se encerró en su casa durante todo un día, lo que motivó que algunos periódicos rivales le dieran por huido (el *Sun* informó de que había escapado a Canadá)^[138].

En cualquier caso, el escándalo no quedó ahí. El 3 de enero, Bennett salió del Union Club después de almorzar y estaba a punto de subir a su trineo en la Quinta Avenida, cuando una oscura silueta le amenazó desde la acera. Se

trataba de Frederick May, hermano de Caroline, que acababa de llegar desde Baltimore. Frederick era un tipo fornido de veintiséis años, hombre del sur chapado a la antigua que creía en la caballerosidad y el honor familiar. Había acudido a Nueva York para vengar la deshonra pública infligida al apellido May (por no hablar del piano familiar) y para restablecer el buen nombre de su hermana.

May empuñaba una fusta, con la que empezó a atizar a Bennett. En un primer momento, este no ofreció resistencia y May se ensañó con él, tirándolo al suelo y golpeándolo hasta dejarlo casi sin sentido. La escena era un extraño *déjà vu* de los antiguos días del *Herald*, cuando el padre de Bennett fue objeto de varias palizas en público.

«¿Por qué no me mata ahora que puede y termina ya usted con todo?»^[139], acertó a exclamar Bennett, forcejeando con su atacante, al que finalmente logró tumbar. Tras las ventanas del Union Club se agolpaban espectadores ávidos de acción. Durante un minuto o dos, los dos hombres rodaron por el suelo, aporreándose el uno al otro hasta que «la sangre manchó la nieve, de la acera al canalón»^[140], como un periódico contó después.

Al final, algunos miembros del club salieron a la calle y separaron a los resollantes oponentes. May se marchó caminando por la Quinta Avenida y Bennett subió a rastras a su trineo, con la mano en la mandíbula, una mueca de dolor dibujada en el rostro y un horrible tajo sobre el puente de la nariz.

Pero esas eran las más leves de sus heridas. El orgullo de Bennett quedó maltrecho y, durante los días siguientes, no pudo sino seguir haciéndose mala sangre. Pensó en el modo de aliviar su disgusto y se le ocurrió algo que sin duda su rival vería con buenos ojos. Jeannette, que vivía con su hermano en la mansión familiar que los Bennett tenían en la Quinta Avenida, trató entre lágrimas de intervenir, pero fue inútil. Su hermano mayor había tomado una decisión: retaría a May en justo duelo.

Bennett envió como emisario a su amigo Charles Longfellow (hijo del gran poeta estadounidense Henry Wadsworth Longfellow), quien lanzaría el guante a May. Este aceptó el desafío. Se eligió un lugar secreto, en el límite entre los estados de Maryland y Delaware, cerca de un paraje conocido como Slaughter's Gap. El duelo se celebraría el 7 de enero.

En 1877, los duelos eran ya ilegales en todo el territorio de los Estados Unidos, y se consideraban una costumbre arcaica, si no bárbara. Bennett y May sabían que si un fiscal de distrito se enteraba del asunto, los perseguiría

con todo el peso de la ley, y si alguno de los dos salía vivo del lance terminaría probablemente cumpliendo una larga condena de cárcel. Se acordó, así pues, que los detalles sobre el duelo se mantuvieran en absoluto secreto.

Los duelistas y sus séquitos —médicos incluidos— tomaron un tren bajo nombres falsos y se bajaron en un apeadero rural cercano al lugar, llamado Slaughter's Station. Desde allí se encaminaron a pie por los campos nevados. Como coartada, contaron a los suspicaces vecinos del lugar que eran funcionarios de la compañía de ferrocarril de Pensilvania y debían prospectar ese territorio para tender un ramal ferroviario. Tras una hora de caminata, llegaron a un prado aislado que se extendía sobre el límite entre ambos estados, Maryland y Delaware, cerca ya de la ribera del río Choptank. Se apostó un hombre en un lugar elevado para asegurarse de que nadie los había seguido.

Sobre las dos de la tarde, los duelistas se quitaron los gabanes y tomaron posiciones, a veinte pasos de distancia uno de otro. Ambos eligieron arma y la cargaron, y sendos padrinos mascullaban palabras de ánimo junto a los dos hombres. May vestía con ropas oscuras, pero su padrino, persuadido de que el negro destacaría demasiado contra la nieve, le colocó una chaqueta de color claro. La noticia que después daría el *World*, otro diario neoyorquino, aseguraba que May se colocó de perfil, espalda al viento y cubriéndose el flanco con el brazo del arma, con el codo apoyado sobre la cadera; mientras que Bennett «se mantuvo de frente, lo que le expondría a mayor peligro, pero le permitiría apuntar mejor»^[141].

«¿Preparados?», preguntó a voz en cuello el asistente. Cuando los duelistas asintieron, comenzó la cuenta: «Uno, dos, tres... ¡fuego!». Ambos hombres alzaron sus armas y apuntaron.

Lo que ocurrió a continuación es objeto de disputas, pero la versión más verosímil dice que May disparó primero. Al parecer su arma se encasquilló (aunque otras fuentes dicen que disparó al aire). Esto dejó a Bennett la oportunidad de tomarse su tiempo para apuntar con la más absoluta deliberación. Transcurrieron momentos de tensión: los testigos pensaban que Bennett, con el bigote erizado y temblando, estaba nerviosísimo. Se dice que sintió una punzada de piedad por su oponente indefenso. Disparó, pero la bala solo rozó a este unos centímetros por debajo del hombro derecho. Tras inspeccionar la herida, el médico de May declaró que no era grave, pero que había quedado «incapacitado». No podría continuar el duelo.

Bennett y May hicieron pública su «satisfacción» con el resultado y eso fue todo. El asunto quedaba zanjado. El afortunado desenlace alivió a los dos

hombres, que, no obstante, no se dieron la mano y ni siquiera se dirigieron la palabra durante la penosa caminata por la nieve de vuelta a las vías del tren.

En el camino, Bennett conversó con su médico, el doctor Charles Phelps.

—Y bien, doctor —le preguntó—. ... ¿Cree que he hecho lo correcto?^[142]

—Yo habría lamentado mucho matar a un hombre a mi merced —respondió el doctor Phelps. Acto seguido, viendo la horrible y voluminosa cicatriz que cruzaba la nariz de Bennett, añadió—: Pero me habría costado mucho no caer en la tentación de herirle.

May, al parecer, fue llevado a la casa de un tío suyo en Maryland, donde pronto se recuperó gracias a los cuidados de un médico. Bennett y su séquito entraron en una taberna cercana y pidieron varias jarras de cerveza. Su periódico no cubrió el duelo, pero el *New York Times* dio varias informaciones al respecto, en una de las cuales se afirmaba felizmente que la cuestión había terminado de manera «amistosa» y que ambas partes habían dejado «el escenario del duelo de buen ánimo, contentos con la dichosa conclusión que se había dado a lo que se prometía una sangrienta tragedia». Ninguno de los duelistas, aseguraba el *Times*, había perdido «la vida, ni tampoco extremidad ni víscera alguna»^[143].

El caso Bennett-May es considerado por algunos el último duelo formal celebrado en los Estados Unidos. Es poco probable que esto sea cierto, pero probablemente fue uno de los últimos y, dada la prominencia de los duelistas, atrajo todas las miradas, tanto en el país como en el resto del mundo. Las fuerzas del orden de varios estados investigaron el incidente, pero no encontraron pruebas condenatorias; todos los testigos oculares guardaron el secreto. El doctor Phelps llegó a entrar en la cárcel por negarse a testificar ante un gran jurado convocado por el fiscal del distrito de Nueva York. Los acompañantes de uno y otro duelista, para quitar hierro al asunto y despistar a los investigadores, filtraron a la prensa el rumor de que May no había resultado herido en absoluto y, en último término, esta fue la versión de la historia que prevaleció.

Aun así, cuando Bennett regresó a Nueva York, se dio cuenta de que su insulto a los May no estaba ni olvidado ni perdonado, y que haberse batido en duelo solo había servido para dar una dimensión legal a la infamia risible que había supuesto aquel delito de sociedad. Se había convertido en *persona non grata*, como su padre antaño, aunque por razones muy distintas. Las prostitutas de la Quinta Avenida decidieron que «no les interesaba hacer

compañía a un tipo al que aparentemente ni habían enseñado a ir al baño», escribió un biógrafo de Bennett^[144].

La reacción del editor al ostracismo fue curiosa y puramente «bennettesca». La familia May lo había proscrito, la sociedad neoyorquina le cerraba las puertas y el fiscal del distrito se empeñaba en perseguirlo, así que él tomaría una decisión que satisfaría a todos: abandonaría Nueva York para siempre. Como ya había hecho su madre con él mismo y su hermana Jeannette en el regazo, dejaría atrás su vida americana y se exiliaría en París. Cortaría los vínculos con la ciudad que aparecía en el nombre de su periódico y dirigiría su imperio con un océano de por medio, aunque dependiera de carísimos cables trasatlánticos para comunicarse con sus redactores y transmitir todos y cada uno de sus excéntricos deseos. «No fue tanto un exilio de Bennett; fue la ciudad de Nueva York, más bien, la que quedó excluida de su cosmos», escribiría uno de sus biógrafos más tarde^[145].

Un día de mediados de ese mes de enero, se dirigió discretamente a los muelles y subió a un vapor con destino al puerto francés de El Havre. Al poco, se instalaba en un formidable apartamento *belle époque*, en plenos Campos Elíseos parisinos. Cuando llevaba un tiempo en la capital francesa, supo a través de unos amigos que Fred May había viajado a Francia, decidido aún a vengar el buen nombre de su hermana. Bennett, que temía una emboscada, encargó una «resplandeciente» cota de malla auténtica, que vistió durante semanas. Por fin, enloquecido por el suspense y harto de llevar la pesada y calurosa protección, envió a unos amigos al encuentro de May para que este les hiciera saber sus propósitos. Uno de los conocidos de Bennett en París escribiría más adelante: «El señor May explicó que no tenía intenciones homicidas, así que, con gran alivio, J.G.B. se deshizo de su cota de malla»^[146].

Durante un tiempo, Bennett tuvo una amante rusa conocida como «*madame A*», de la que se decía era «la mujer más desagradable de la alta sociedad parisina». El editor no trató de restaurar su amor con Caroline May y viviría la mayor parte del resto de su vida como soltero. Nunca volvió a vivir en Nueva York.

El sabio de Gotha

En marzo de 1877, el interés de James Gordon Bennett por las expediciones al Ártico lo apremió a hacer una visita al doctor August Petermann, el experto en cuestiones boreales. Bennett tomó varios trenes que lo llevaron a atravesar la campiña francesa y adentrarse en Alemania. El viaje fue «pesado», según sus palabras^[147]. No se ajustaban nada a su estilo ese vagón traqueteante y aquellas soporíferas extensiones, una región a la que no llegaban sus reporteros y que él no podía alcanzar en su barco. Cruzó los bosques de Turingia, donde las tierras se elevaban y hundían como un antiguo mar verde oscuro y, por fin, el tren atravesó raudo una fértil cuenca, mosaico de pastos y campos cultivados de mostaza, hasta detenerse entre silbidos y resuellos en la primorosa localidad de Gotha.

Gotha era un típico burgo medieval de unas quince mil almas. Era una localidad increíblemente pintoresca, con calles adoquinadas, iglesias coronadas por esbeltas agujas y sólidos edificios de ladrillo y piedra. Las fuentes de las plazas se nutrían de un canal que traía agua dulce desde el río más cercano, situado a veinticinco kilómetros. Sobre la ciudad se cernía una enorme fortaleza de estilo barroco, el palacio Friedenstein, construido en la década de 1650. Un periodista de la época describió Gotha como una «ciudad soñolienta y soñadora [...]». Parecía que allí no hubiese ocurrido nada desde hacía más de cien años^[148].

Bennett buscó la editorial de Justus Perthes, donde el doctor Petermann dirigía su instituto o *Anstalt* geográfico. Pese a encontrarse en mitad de la nada —al menos, desde el desdeñoso punto de vista de Bennett—, Gotha era uno de los principales centros editoriales de Alemania. No solo se publicaban en la ciudad mapas y atlas, sino diccionarios, almanaques, revistas y toda suerte de publicaciones especializadas. En Gotha florecían las bellas artes y también el dibujo, la litografía, el grabado, la impresión en color y la encuadernación. Gobernaba la ciudad y la vida de sus habitantes un aplicado perfeccionismo y hasta bien entrada la noche se sentían las vibraciones producidas por las rotativas a vapor.

Petermann saludó a Bennett en la estancia principal de su instituto, donde muchos aprendices de cartógrafo se encorvaban sobre sus mesas de dibujo sembradas de compases, pinceles de crin de caballo y lápices para el sombreado del relieve de los mapas. A Petermann le gustaba recibir a sus visitantes en esa sala. Su revista mensual, *Petermanns Geographische Mitteilungen*, se componía e imprimía allí, como los numerosos atlas que editaba. Aunque el duque de Gotha había nombrado a Petermann catedrático y doctor honorario por la Universidad de Gotinga (a unos 120 kilómetros al noroeste), el puesto era poco más que una sinecura y el profesor rara vez pisaba las aulas. Su auténtico hogar era aquel ajetreado taller de Gotha. Petermann tenía un escritorio en mitad de las mesas en que sus alumnos garabateaban y raspaban. Bennett, que no tenía muy claro cómo dirigirse al eminente cartógrafo, se dirigió a él como *Your Doctorship* («Su Doctoridad»).

El *Anstalt* era desde hacía tiempo el epicentro de la vanguardia cartográfica. La exploración alimentaba los atlas que salían de él y estos, a su vez, espoleaban la exploración. El lema latino de su revista era: «*Ubique terrarum*» («En todo el mundo»), y muchas veces lo acompañaba el antiguo símbolo del uróboro, la serpiente que se muerde la cola. Esa imagen reflejaba el tipo de razonamiento circular que latía en el corazón de la empresa de Petermann en Gotha: el conocimiento del mundo engendraba aún más conocimiento del mundo.

Petermann no dejaba pasar la ocasión de presumir de su pequeño imperio, que dirigía con la mayor eficacia. Se mostraba a menudo cruel con sus subalternos y era parco en elogios. «Sabía cómo enseñar, pero le costaba alabar el trabajo de sus estudiantes —escribió en una ocasión un colega del editor Perthes—. Ganó fama en todo el mundo a hombros de sus colaboradores»^[149].

En cualquier caso, la empresa que había puesto en marcha no dejaba de causar asombro. Aquí, en su bullicioso taller, se perfilaba un retrato notablemente minucioso del planeta Tierra que no hacía sino ganar en nitidez y detalle. Aquí, se les daba un nombre, un color y un contorno a todos y cada uno de los accidentes geográficos: ríos, cabos, fiordos, glaciares, pantanos e istmos. Ningún detalle era baladí para los cartógrafos de Petermann. Cada desnivel, cada corriente marina dominante, cada camino y vía ferroviaria, cada oasis y ruta caravanera, e incluso los cables telegráficos que se habían

tendido a lo largo y ancho de los continentes y hasta los submarinos, que reposaban sobre el lecho de los océanos.

Los mapas de Petermann no tenían parangón. Estaban actualizados y eran fiables, técnicamente brillantes y de una intrincada belleza. Muchos se coloreaban a mano y todos estaban repletos de datos y reflejaban con gran complejidad el relieve y las gradientes. Interminables volutas y vórtices de líneas representaban las sutiles diferencias en el clima, las densidades de población y los cambios en la temperatura de los océanos. Sus aprendices eran capaces de dibujar un nuevo mapa en tiempo récord. Larousse, el popular editor francés de diccionarios, había presentado sus respetos unos años antes a Petermann y su trabajo: «Hoy día, es considerado en todas las naciones civilizadas la autoridad de nuestro tiempo en materia geográfica»^[150].

Tras hacerle una visita guiada por su *Geographischer Anstalt*, Petermann condujo a Bennett a la editorial de Perthes en sí, con sus grandes imprentas y planchas de grabado. Pasearon luego hasta la mansión de Petermann, situada en las cercanías de la estación de ferrocarril. Dejaron atrás el jardín y entraron en la casa y el estudio: las baldas de las librerías se combaban por el peso de todos y cada uno de los libros sobre el Ártico que se hubieran escrito nunca. Petermann, dijo en una ocasión un historiador especializado, se había convertido en una especie de «pontífice del polo» y era considerado una suerte de «presidente internacional del mundo geográfico»^[151]. Personas de todo el mundo acudían a Gotha a consultarlo y escuchar sus opiniones sobre la exploración ártica. Había ganado numerosos galardones y títulos honorarios, y las casas reales de Italia, Austria y España, entre otras, le habían impuesto prestigiosas condecoraciones.

Sin embargo, había en August Petermann un punto de locura. Muchas de sus opiniones sobre el Ártico eran, como sabemos hoy, estrafalarias o directamente absurdas. Recomendaba, por ejemplo, que los exploradores secuestraran a al menos un varón y una hembra de todas las tribus esquimales que encontrasen en el Gran Norte y los trajeran a Europa, como hizo Noé en su arca, para que los científicos pudieran estudiarlos y la ciudadanía admirarlos. Según una de sus hipótesis favoritas, que, sin embargo, no respaldaba con prueba alguna, italianos y griegos eran, desde el punto de vista genético, los dos grupos étnicos mejor preparados para soportar los rigores del viaje polar. (Posiblemente porque creía realmente que ahí arriba hacía calor). Además, Petermann sostenía que el agua salada del océano no podía congelarse, o al menos no tanto como para cubrir el polo completamente; la

banquisa abrazaba únicamente el litoral ártico y tenía su origen en el caudal dulce de los ríos que desaguaban allí. En otras ocasiones ofrecía un argumento levemente distinto: el agua de mar sí podría congelarse, y cuando ocurría, el hielo excretaba toda la sal en una especie de «florecimientos». En cualquier caso, afirmaba con insistencia que el hielo de la banquisa contenía muy poca o ninguna sal, así que los exploradores árticos podían recurrir a él para obtener agua potable.

En lo que se refería al Ártico, Petermann era un hombre con «un gusto infalible por presuponer cosas equivocadamente —señala David Thomas Murphy, historiador especializado en la exploración alemana de las regiones septentrionales—. Tales ideas sorprenden al lector moderno por inverosímiles y radicalmente contrarias al sentido común. En retrospectiva, están tan erradas que bordean la locura»^[152].

Petermann jamás había pisado el Ártico. En efecto, su viaje a los Estados Unidos fue el más ambicioso que hizo en toda su vida. Era, como apuntó otro historiador, «el viajero de salón por excelencia». Sin embargo, las pruebas *a contrario* que ofrecían quienes sí habían estado en el Ártico no hacían sino empecinarlo más aún en sus hipótesis. Petermann era un hombre enigmático en muchos sentidos: soñador romántico, combativo y meticuloso, apasionado de lo espectacular. «Su personalidad combinaba virtudes extraordinarias y defectos desastrosos —escribe Murphy—. Sin duda, era un visionario enérgico y decidido, con un claro don para su oficio, y muy hábil en las relaciones públicas. Pero también encontramos en él a un excéntrico de ideas descabelladas, cuya pintoresca entelequia boreal empujó a varios exploradores polares al desastre»^[153].

De cualquier modo, Bennett había quedado fascinado por él y estaba dispuesto a escuchar cualquier propuesta del geógrafo. Bennett solo tomó algunas notas a lo largo de su entrevista de tres horas, así que no se sabe a ciencia cierta de qué hablaron. El editor, no obstante, enviaría más tarde a un periodista del *Herald* de vuelta a Gotha para retomar la charla y poner al profesor al corriente de los últimos avances en exploración ártica.

El sabio de Gotha aplaudió la disposición de Bennett a suscribir una nueva intentona polar. «El asunto del Ártico concierne al mundo en su plenitud —argumentó Petermann al periodista del *Herald*—. Descubiertas las fuentes de los ríos Nilo y Congo, la conquista del polo habrá de ser la siguiente gran gesta del ser humano»^[154]. Y los estadounidenses, en su opinión, habrían de

protagonizarla. Siempre lo había pensado y su viaje a la Exposición del Centenario disipaba cualquier atisbo de duda.

Inglaterra, no obstante, seguía siendo la nación experta en exploración polar, aunque despertaba en Petermann no pocos recelos. Su relación con ese país basculaba entre el amor y el odio^[155]: aunque nacido en el cercano pueblo de Bleicherode y estudiante en Potsdam, Petermann había trabajado en Londres durante sus primeros años como cartógrafo y había quedado prendado por la cultura británica. Regresó a Alemania mediada la década de 1850; en esa época leía los diarios londinenses a diario, bebía té inglés cada mañana y estaba suscrito a los boletines de la Royal Geographical Society. Su esposa, Clara, era británica y en casa hablaban inglés. Sus tres hijas habían recibido una estricta educación inglesa.

Petermann era anglófilo de corazón, pero ese país lo había rechazado sin miramientos. Este rechazo tuvo que ver con el nacionalismo y la xenofobia florecidos en las islas tras la guerra franco-prusiana y el auge de Bismarck, pero no solo: a los principales exploradores y teóricos británicos especializados en la cuestión ártica les caía mal el alemán, al que encontraban cada vez más obstinado y fantasioso. El *Times* acostumbraba a desdeñarlo, como también hacía la Marina Real británica. El pleno de la Royal Geographical Society, de la que había sido socio destacado, votó por su expulsión. Petermann se había convertido en una oveja negra.

Su enemigo acérrimo en las islas Británicas era Clements R. Markham, de la Royal Geographical Society, quien tildaba a Petermann de charlatán y embaucador. «El doctor Petermann ha infligido un grave daño a la exploración ártica», adujo Markham en una ocasión^[156]. En su opinión, el tema favorito del alemán —a saber, el Mar Abierto Polar— era pura fantasía. (Los británicos, a base de sufrimientos y penalidades, habían empezado a desechar la idea de navegar hasta el polo, convencidos de que allí arriba no había más que hielo; Markham y otros importantes adalides de la exploración opinaban que el extremo polar se alcanzaría no en barco, sino en trineo).

«Todas las experiencias de que tenemos noticia parecen indicar que la cuenca polar, si no cubierta por hielo sólido y compacto, está moteada de placas de hielo que navegan a la deriva, muy cerca unas de otras. Entre ellas podrían abrirse canales, pero la navegación por ellos sería imposible», escribió Markham. Este advirtió que la idea de Petermann —que era posible navegar sin dificultades hasta el mismo polo norte— supondría la muerte de muchos jóvenes marineros. «Petermann piensa que los barcos podrán atravesar el cinturón de hielo que rodea su imaginada cuenca polar [...] y

luego atravesarla a vela. Es muy fácil escribir desde Gotha», se burlaba Markham^[157].

Sherard Osborn, explorador, almirante de la Marina Real y miembro distinguido de la Royal Geographical Society, echó más leña al fuego: «Creo que es un error mayúsculo intentar acceder en barco al polo norte. Yo formaría parte de una expedición así únicamente si *herr doktor* Petermann nos acompañara en persona»^[158].

Despreciado por la nación adoptiva que antaño amó, Petermann se encerró en su torre de marfil de Gotha y decidió hacer caso omiso a los empeños árticos de los ingleses.

Los estadounidenses, sin embargo, intrigaban cada vez más al cartógrafo. En su opinión, su manera de hacer las cosas era de lo más peculiar e interesante. Aparentemente, habían aparcado las jerarquías y no daban importancia al asfixiante peso de la tradición. Con energía y flexibilidad, combinaban interés nacional y comercial; patronazgo estatal y financiación privada; gloria militar y orgullo ciudadano. Los norteamericanos, con sus fantásticos inventos y su ímpetu organizativo, alcanzarían el polo norte: estaba seguro de ello. Petermann había quedado impresionado tanto por la rapidez con que los Estados Unidos se habían recuperado de la guerra de Secesión como por los esfuerzos que le dedicaba a la partida de ajedrez jugada en el tablero del Gran Norte. «El mundo ha de agradecer a los estadounidenses que, aun habiendo pagado una costosa guerra, ya finalizada, puedan seguir dedicando esfuerzos a la ciencia»^[159].

Petermann sabía, claro está, que Bennett había enviado a Stanley a África y que todo fue una puesta en escena para vender periódicos. Aun así, la expedición de Stanley había dado importantes frutos en lo que respecta al conocimiento humano y había despertado el apetito del público. Tras su viaje, el explorador estadounidense se había reunido en Gotha con Petermann, quien incorporó a sus mapas los datos recabados por aquel para actualizar los mapas existentes del interior africano. Bennett había hecho una contribución real y perdurable a la ciencia, y Petermann le estaba agradecido por ello.

El alemán tenía la impresión de que Bennett y De Long debían atacar el polo norte con la misma energía, resolución y pragmatismo que habían caracterizado la incursión de Stanley en el continente negro. «Algún día, alcanzará el polo norte un navegante que muestre en su tarea la misma determinación y sensatez de que Stanley hizo gala en África. Creo que la exploración del Ártico aportará mucho a la ciencia en general. Toda nueva expedición suscita preguntas. Cuanto más vemos, más queremos ver y

conocer. El éxito es una cuestión siempre relativa», explicó Petermann al periodista del *Herald*¹⁶⁰.

Lo que más interesaba a Bennett era el *modus operandi*: ¿cómo debería De Long acercarse al polo? ¿A través de qué ruta sería más fácil romper el hielo y acceder al Mar Abierto Polar? Como era de prever, «Su *Doctoridad*» tenía historiadas teorías al respecto. En primer lugar, había que olvidar Groenlandia, pues la ruta del estrecho de Smith no había dado más que dolores de cabeza. La expedición de Charles Hall era solo el ejemplo más reciente de lo que esperaba a las expediciones que tomaban ese camino. Los exploradores se daban de bruces invariablemente con lo que Petermann y otros llamaban el mar Paleocrístico, a saber, el cinturón infranqueable de antiquísimos hielos que, según ellos, rodeaba el polo.

«Lo habitual es navegar hacia el norte por el estrecho de Smith —admitía Petermann—. Se cree que es la mejor ruta porque hace veinte o treinta años alguien aseguró que lo era, y todo el mundo lo creyó. Franklin siguió esa ruta y también Kane, Hall y Hayes. Son muchos los hombres que, tras hallar la gloria y la fama, predicaron su amor por esa región septentrional. Por esta razón se ha extendido la falsa creencia de que al polo norte solo podrá accederse por esa ruta. Algo parecido ocurrió en su día con la exploración de África: pensemos en las expediciones que se han adentrado en ese continente siguiendo senderos muy trillados y se han topado una y otra vez con el mismo final de muerte y destrucción».

Petermann estaba convencido de que era momento de abrir nuevos caminos. Había leído los tratados de Silas Bent sobre la *kuroshio* y conocía sus ideas sobre el «portal termométrico». El cartógrafo alemán coincidía con el oficial estadounidense: había que atacar el polo por el estrecho de Bering, conclusión a la que también había llegado De Long. Aquella ruta era inédita. La cálida corriente *kuroshio*, sin embargo, debía de ser lo suficientemente poderosa como para abrir un estrecho en el hielo, por el que acceder al Mar Abierto Polar.

Además, según Petermann, existía otra razón de peso para intentarlo por el estrecho de Bering. Frente a las costas del noroeste de Siberia, no lejos del estrecho que separaba Asia y América, algunos mapas mostraban una misteriosa masa de tierra llamada Tierra de Wrangel. Durante siglos, había existido como un mero rumor, un espejismo, un sueño envuelto en niebla. Nadie estaba seguro de qué era, si una isla o un continente o quizá el mágico

portal al polo. Antes de dársele el nombre de Tierra de Wrangel, había recibido otros muchos, como atestiguaban las cartas náuticas de los balleneros: Tierra de Tikegan, isla Plover, Tierra de Kellett.

En 1822, nativos de etnia chukchi de la costa noroccidental siberiana hablaron al barón Ferdinand von Wrangel, explorador al servicio del Imperio ruso, sobre una masa de tierra situada al norte, que podía verse en ocasiones con las adecuadas condiciones atmosféricas. Los chukchis no habían viajado jamás a ella, pero cada tanto, en días claros, cuando las nieblas y neblinas se deshacían y los caprichos de la refracción ártica eran favorables, parecía recortarse sobre el horizonte marino, como un sueño, el perfil de una tierra montañosa. Los chukchis la llamaban «la Isla Invisible» y contaban leyendas sobre un pueblo olvidado que aún la habitaba. Al parecer, rebaños de renos cruzaban al trote la banquisa desde la tierra firme siberiana en dirección a la extraña isla, supuestamente para pastar en ella durante su migración anual. También se habían visto bandadas de gansos y aves marinas volar hacia ella. Los animales parecían saber algo que los humanos ignoraban.

Seducido por esos testimonios, Von Wrangel navegó en busca de aquella mítica tierra, pero el hielo bloqueó su camino y ni siquiera fue capaz de vislumbrarla. Casi treinta años después, el capitán de un navío inglés que buscaba el rastro de la expedición perdida de sir John Franklin creyó atisbar una gran isla en la zona. Más tarde, varios capitanes de balleneros afirmaron haberla visto también, aunque otros ponían en duda su testimonio. Un ballenero alemán, Eduard Dallmann, incluso afirmó haber desembarcado brevemente en ella en 1866.

Algo había allí, de eso Petermann estaba seguro. Aquella tierra, por lo que contaban los balleneros y también los exploradores rusos anteriores, estaba rodeada de aguas abiertas. «Es un hecho conocido que, a poca distancia de la costa septentrional siberiana, el mar no se congela en ninguna época del año»^[161].

Petermann llevó aquellas suposiciones a su terreno: Bennett y De Long deberían surcar ese mar abierto y hacer de la Tierra de Wrangel el objetivo de aquella expedición. En su camino al polo norte, propuso, los expedicionarios de Bennett desembarcarían en la Tierra de Wrangel, la explorarían y la reclamarían para los Estados Unidos de América.

Petermann tenía su propia hipótesis oficiosa sobre la supuesta Tierra de Wrangel, que, según él, no era ni mucho menos una isla. En su opinión, se

trataba del extremo de una larga y estrecha península que nacía en el norte de Groenlandia. Creía, en efecto, que la masa de tierra groenlandesa envolvía el Ártico, formando un enorme continente boreal. De hecho, llegó a publicar en Gotha un mapa polar bastante disparatado en el que aparecía aquella imaginada Tierra Transpolar, como él la bautizó. Esa larga probóscide de tierra se extendería más de mil seiscientos kilómetros, hasta casi el polo y más allá; su extremo sería, como hemos dicho, la isla invisible de los chukchis. Esa estrecha protuberancia, sobre cuyas costas sin hielo batiría el oleaje del Mar Abierto Polar, parecía absurda vista sobre un mapa: una tierra mítica con forma de trompa de elefante. Sin embargo, cuanto más se la ridiculizaba, más se aferraba Petermann a su teoría.

La idea del cartógrafo era que los exploradores de Bennett recorrieran el litoral de la Tierra de Wrangel para descubrir hasta dónde se extendía. Si se veían obligados, podrían pasar el invierno en aquella masa de tierra, cazando renos o cualesquier otros animales que habitaran la isla. La Tierra de Wrangel sería el último peldaño en la escalada al objetivo último de conquistar el polo. Si alcanzaban el Mar Abierto Polar, el barco expedicionario podría navegar hasta el vértice septentrional del planeta; de lo contrario, lo intentarían en embarcaciones más pequeñas o con trineos tirados por perros. En cualquier caso, se haría una importante contribución a la ciencia, a saber, probar o desmentir su hipótesis sobre el continente transpolar. Y, en el intento, alcanzarían latitudes más septentrionales que ningún otro ser humano en la historia.

Petermann insistía en que aquel era el modo más viable de llegar al polo norte. «Quizá esté equivocado —dijo al reportero del *Herald*—, pero necesitare pruebas. A mi modo de ver, si una puerta no se abre, hay que probar otra. Si una ruta queda marcada por el fracaso, hemos de probar otra. No veo con malos ojos ningún plan ni expedición que promueva una labor sincera en las regiones árticas»^[162].

El alemán no ofrecía muchas esperanzas, sin embargo: cualquier travesía ártica era peligrosa. Nunca dejó de subrayar ese aspecto. «Una gran hazaña debe partir de una gran idea —había escrito antes de la partida de una expedición polar alemana—. Para acometer una tarea tal, es necesario ser un gran hombre, dotado de un gran carácter. Quien tenga dudas o escrúpulos deberá dar un paso atrás cuanto antes»^[163].

Petermann se comprometió a entregar a Bennett un juego completo de cartas náuticas y mapas del Ártico, para contribuir a la expedición en la medida de lo posible. En el entusiasmo del alemán, no obstante, subyacía

cierta tristeza, una especie de resignación, como si estuviese cumpliendo un duelo. De hecho, así era: dos años antes, una de sus tres hijas había muerto por una enfermedad misteriosa producida, según una fuente, «por un exceso de actividad mental»^[164].

La muerte de su hija había convulsionado su vida. Su humor se oscureció. La depresión le venía de familia, pues varios parientes —supuestamente, su hermano y su padre— habían cometido suicidio. Petermann y su esposa, Clara, estaban a punto de separarse. Él se volcaba en el trabajo como si no le quedara otra cosa en su vida. Se aferró a sus sueños polares como a un clavo ardiendo, desesperado. Se dio cuenta de que la expedición propuesta por Bennett era quizá su última oportunidad de reivindicar sus teorías árticas ante el gran público. Anhelaba el éxito de Bennett y De Long.

Tan pronto como regresó a París, el editor hizo mandar un triunfal telegrama al oficial: «Acabo de llegar de un apresurado viaje a Gotha, donde he visitado al doctor Petermann. Sin duda, es conocida por usted su reputada obra. Le garantizo que las tres horas que pasé con él compensan con creces el extenuante viaje. Me ha explicado que lleva treinta años estudiando el problema polar y está convencido de saber cómo alcanzar el polo norte»^[165].

Bennett informó de que la conquista del polo pasaba, nunca mejor dicho, por el estrecho de Bering. De Long, por tanto, estaba en lo cierto. «Petermann afirma que puede hacerse en verano [...] con un navío apropiado y un comandante experto en la navegación en el hielo»^[166].

Petermann lo presentó de manera tan sugerente y lo pintó tan fácil que Bennett no pudo evitar contagiarse de la enfermedad boreal. En un momento dado había sido un interés pasajero, pero ahora se planteaba viajar al polo en su propio barco. El final del telegrama del editor debió de dejar a De Long atónito: «He estado planteándome seriamente adquirir otro barco, que sumaré al que usted aportará, e iniciar yo mismo la exploración de la ruta indicada por el doctor Petermann»^[167].

«Pandora»

El deseo de patrocinar una incursión al polo norte expresado por Gordon Bennett a De Long se había hecho más apremiante, si cabe, con el tiempo. Tras su primer encuentro, editor y oficial mantuvieron un estrecho contacto a lo largo de 1876 y 1877 a través de correo postal y telegrama. Bennett trataba en todo momento de asegurarse de que De Long no cesara en sus ambiciones. «Bennett está más dispuesto que nunca a poner en marcha la expedición», escribió De Long a su esposa, Emma^[168]. En el otoño de 1876, el editor convenció al oficial de que pidiese una excedencia al departamento de la Armada para viajar a Inglaterra. Allí, juntos, buscarían el barco perfecto en el que navegar hasta el Ártico. Bennett, por supuesto, acarrearía con todos los gastos.

De Long no dudó en aprovechar la oportunidad. Cada vez le preocupaba más la propuesta recientemente hecha al Congreso por un oficial del Cuerpo de Transmisiones del ejército estadounidense llamado Henry Howgate, quien planteaba el establecimiento de una colonia en el Gran Norte, desde la cual podría prepararse cuidadosamente el asalto al polo. La idea de que la conquista del polo norte pudiera acometerse no por vía náutica, sino terrestre, inquietaba a De Long. De aprobarse dicha propuesta, organizaría las expediciones el Ejército y no la Armada, y De Long perdería su papel como líder. Por sí mismo y por la Armada, se sentía enormemente motivado para encontrar un barco adecuado lo antes posible.

De Long tomó un vapor rumbo a Inglaterra en diciembre. Estando allí, supo que una expedición británica había regresado recientemente, tras intentar alcanzar el polo siguiendo la costa occidental de Groenlandia, y por muy poco había esquivado la catástrofe. Los expertos en exploración polar de las islas no hablaban de otra cosa. La expedición, comandada por George Nares, oficial de la Marina Real, había alcanzado un nuevo máximo septentrional, pero antes de emprender la vuelta se presentaron varias dificultades, entre ellas el escorbuto. De Long no pensaba en otra cosa cuando se reunió con Bennett en Somerby Hall, la mansión campestre que el magnate poseía en el

condado de Lincolnshire. Los dos hombres, en cualquier caso, acordaron seguir adelante con la misión que se habían propuesto. De Long se puso manos a la obra. Recorrió Inglaterra de cabo a rabo en busca de un barco y contrató a varios agentes para que buscasen información y peinasen los principales puertos del país. De Long estuvo viajando tres semanas sin descanso. Comía y echaba alguna que otra siesta en los trenes: «Me he puesto patas arriba el estómago a base de té. Entre eso y el desvelo, estoy nervioso como un gato», se quejaba a Emma^[169].

A De Long le interesaban especialmente los puertos escoceses, donde dio por seguro que, habida cuenta de la consolidada industria ballenera, encontraría una nave «apropiada para luchar contra el hielo». Recorrió los muelles de Dundee y Peterhead, donde alternó con los capitanes, intentando, en ocasiones, aflojarles la voluntad con un poco de *whisky*. Sin embargo, no fue capaz de encontrar armadores dispuestos a deshacerse de sus barcos a prueba de hielo. «La demanda de barbas de ballena es fabulosa —escribió De Long disgustado—. A lo único que están dispuestos es a salir a faenar esta primavera o verano»^[170].

De Long había planeado viajar a Hamburgo y a otros puertos importantes del continente europeo, pero antes hizo una parada en Cowes, famoso fondeadero de la isla de Wight, en el canal de la Mancha. Estando allí oyó noticias de un navío, llamado *Pandora*, que había regresado triunfante de una difícil travesía por latitudes árticas; la cual, de hecho, Bennett había financiado en parte y en la que había participado un corresponsal del *Herald*. Se trataba de un velero de no mucha envergadura que en ese momento no estaba en uso, según contaron a De Long. Era posible que estuviera a la venta. En un «día de perros»^[171], en mitad de una tempestad de viento y aguanieve, De Long se dirigió presuroso a los muelles y preguntó hasta encontrar el barco en cuestión.

A De Long le encantó el *Pandora* desde el momento en que lo vio. Le pareció «un buen barco»^[172]. Se trataba de una antigua cañonera de tres palos, que contaba asimismo con una hélice impulsada por un motor de vapor. Tenía cuarenta y tres metros de eslora y más de siete y medio de manga y, completamente cargada y aparejada, su calado era de cuatro metros y medio, desplazando 570 toneladas. Tenía aparejo de bricbarca y acarreaba ocho embarcaciones menores, entre ellas tres lanchas balleneras y un cúter. Hacía gala de una proa afilada, reforzada para el hielo, y una estrecha y redondeada popa. El *Pandora* daba cabida cómodamente a una tripulación de treinta

marineros, precisamente el número de hombres que De Long se había propuesto llevar al Ártico.

Lo que más impresionó al oficial estadounidense sobre el *Pandora* fue su feliz biografía: parecía un barco tocado por la fortuna. Construido en Devonport, en Inglaterra, y botado en 1862, había servido muy eficazmente como cañonero de la Marina Real en la costa occidental de África durante cuatro años. Despojado de sus armas, se vendió a un particular, quien lo armó para el clima boreal. El *Pandora* hizo dos viajes a Groenlandia, donde no solo sobrevivió al hielo, sino que se desenvolvió magníficamente.

A De Long le agradaba el que el *Pandora* hubiera servido en la Marina Real. Hasta ese momento, la mayor parte de la exploración del Ártico la habían llevado a cabo naves del Almirantazgo británico. De Long admiraba el legado explorador de los ingleses y, como oficial de una armada aún enclenque, sentía cierta reverencia hacia aquella nación, que desde hacía mucho ejercía un sofisticado e incontestable dominio de los mares. Le resultaba gratificante que un estadounidense como él pudiera comandar un antiguo cañonero de la Marina Real británica y llegar a bordo de él al Ártico, como si la antorcha del empeño explorador le hubiera sido entregada, desde el otro lado del Atlántico, a un aspirante más joven y ambicioso.

El *Pandora* solo tenía un problema: no estaba a la venta. Su propietario era un tal Allen Young, caballero aficionado a la aventura, hombre cumplido aunque algo excéntrico. Young adoraba su velero, que había capitaneado personalmente en sus dos viajes a Groenlandia. Decía estar enamorado de las líneas de su pequeño barco, de su fiabilidad y de lo ágilmente que «respondía al timón», como él mismo explicó^[173]. El *Pandora* se había convertido en su segundo hogar y guardaba un cariñoso recuerdo de los días vividos en su cubierta.

Al parecer, Young tenía una forma peculiar de entender la aventura. En una ocasión, sorteando témpanos en la bahía de Baffin, capturó un oso polar, lo encadenó al alcázar y, tras administrarle un cóctel de cloroformo y opio, trató de domesticarlo y convertirlo en la mascota del barco^[174]. (Durante una temporada, también tuvo a bordo un cerdo). Por los galantes y coloridos servicios prestados a la patria al timón del *Pandora*, Young acababa de ser investido caballero.

Sir Allen se había aventurado por el litoral oriental de la isla de Baffin a la búsqueda del paso del Noroeste, vía marítima que, teóricamente, conectaría

con el estrecho de Bering circundando el norte de Canadá, y que obsesionó al Almirantazgo británico en su edad de oro. Como era de prever, el hielo dio al traste con su empresa, como había ocurrido en tantas otras expediciones en pos de aquel fabuloso paso. Sin embargo, el *Pandora* resistía muy bien el empuje implacable del hielo. En cierto momento de la travesía, el barco quedó «asediado sin remedio», en palabras de Young^[175]. El inglés recordaba oír los maderos del casco crujir y chirriar. La presión era tan grande que el comandante ordenó a la tripulación hacer saltar con pólvora el hielo que rodeaba al barco, «pero los témpanos seguían ahogando tristemente a nuestro pobre barquito. Estábamos dispuestos a abandonar el *Pandora*, caso de ver claro su final. Intuí que aquella sería su gélida tumba. Llegamos a perder la esperanza de escapar de ella»^[176].

Sin embargo, el *Pandora* aguantó. Young descubrió más tarde que «pese a la dura batalla librada»^[177], el barco no había sufrido gran cosa: tan solo se combó una de las palas de la hélice. Es como si aquel feliz buque tuviera un ángel de la guarda. «Todos salimos ilesos. —Se jactó Young al secretario del Almirantazgo a la vuelta—. Pudimos seguir navegando en perfectas condiciones y con total seguridad».

Durante estas aventuras en Groenlandia, el propietario del *Pandora* había desarrollado un vínculo al parecer indisoluble y eterno con su barco. De Long le ofreció un buen precio, pero sir Allen no estaba dispuesto a vender. Hacía tiempo que no daba uso al antiguo cañonero, pero no quería deshacerse de él por razones sentimentales.

O eso afirmaba. Un año después, sin venir a cuento, Young decidió vender el *Pandora* y se puso en contacto con Bennett. Este acudió desde París y pagó 6000 dólares a tocateja. Allen no tardó en lamentar su precipitada decisión y volvió a contactar a Bennett para intentar recomprar su barco. Pero Bennett no cedió ni por un instante.

En cuanto obtuvo su excedencia, De Long, que había pasado todo su año de servicio en la Armada en Nueva York, enfrascado en lecturas sobre el Ártico, regresó a Inglaterra para supervisar las labores de limpieza y armado del *Pandora*. En esa ocasión, De Long llevó consigo a Emma y la hija de ambos, Sylvie, que tenía entonces cinco años. Alquilaron una habitación en un modesto hotel situado en el número 15 de New Cavendish Street, en el West End londinense. Todos los días, durante casi cuatro meses, en la primavera y principios de verano de 1878, De Long acudió a las orillas del Támesis. Allí,

en el dique seco de los astilleros Walker's, en Deptford, se remozaba el *Pandora*. De Long quería supervisar el proceso al detalle. «Una pequeña omisión ahora podría suponer el éxito o el fracaso de la expedición más tarde», escribió^[178]. Para mejorar el barco, Bennett utilizó piezas y equipamientos de su propio velero de regatas, el *Dauntless*. De Long, según Emma, «no cejaba en la atención dedicada a la preparación del *Pandora*» y ella misma se sintió «envuelta en un torbellino»^[179] conforme se aceleraban los planes de la expedición.

A finales de primavera se celebraron muchas cenas y reuniones que a los De Long les supieron a dilatada despedida. El oficial se consideraba un mero principiante en el ámbito de la exploración ártica, pero, aun así, durante las últimas semanas que pasó en Londres fue tratado como una celebridad. Acudió a la Royal Geographical Society y se reunió con toda clase de científicos y exploradores. Veteranos aventureros polares inundaron su escritorio de solicitudes para unirse a la expedición. Un pariente del mayor mártir ártico del país, sir John Franklin, dio una fiesta para celebrar el próximo viaje de De Long, durante la cual este prometió estar atento a cualquier rastro del navegante perdido y su voluminosa expedición (que llevaba treinta y tres años desaparecida). Sir Allen Young también agasajó a los De Long y donó gran parte de sus libros y cartas náuticas para que viajasen en el *Pandora*.

Con tanto debate en torno a la expedición, la pequeña Sylvie se dio cuenta de que su padre se traía algo importante entre manos, aunque no entendía muy bien de qué se trataba.

—¿Dónde va papá? —preguntó en una ocasión^[180].

—Al polo norte —respondió su madre.

Sylvie se limitó a encogerse de hombros, convencida de que se trataba de una broma, como si su padre fuese a viajar a algún país de cuento, a la luna o al centro de la Tierra.

El *Times* dio buena cuenta de las actividades que se desarrollaban a orillas del Támesis. «El *Pandora* está siendo objeto de una concienzuda renovación en los astilleros Walker's —anunciaba el periódico— y podría decirse que casi es un barco nuevo. Estará listo para zarpar en breve»^[181].

De Long y Bennett habían decidido rematar la labor en El Havre, donde el *Pandora* permanecería en dique seco durante otro mes más, para a continuación ser rebautizado formalmente y registrado bajo pabellón estadounidense. Bennett, que había regresado a París, daba vueltas a qué nombre darle, tratando de encontrar uno sin aquella connotación ciertamente

negativa: no le daba buena espina mandar al Ártico a una tripulación completa en un barco con el nombre del personaje mitológico que abrió la caja de todos los males.

De Long había decidido capitanear él mismo el barco en su singladura desde Inglaterra hasta Francia y, a continuación, alrededor de América del Sur hasta San Francisco, donde se harían las últimas reparaciones, en el astillero de la Armada estadounidense. Emma y Sylvie lo acompañarían hasta California, junto a unos cuantos marineros. A mediados de verano del año siguiente, la expedición partiría rumbo al estrecho de Bering y el polo norte.

Una luminosa mañana de finales de junio, el *Pandora*, tras atracar brevemente en el corazón de Londres, donde se embarcaron víveres, se deslizó suavemente Támesis abajo. Desaparecieron a sus espaldas la abadía de Westminster y la catedral de San Pablo. Eufóricos, George y Emma pusieron proa al lugar que había marcado su juventud, donde él la había cortejado y más tarde se habían unido en matrimonio: El Havre.

Tres años o la eternidad

James Gordon Bennett paseaba de un lado a otro por la cubierta de su barco, estudiando sus líneas. El día era luminoso y el aire sabía a sal.

El *Pandora* no era tan elegante, tan rápido ni tan grande como los muchos navíos que había poseído antes y ni mucho menos tan hermoso. Sin embargo, le parecía un pequeño barco con mucho carácter, que, además, había protagonizado varias odiseas entre los hielos. Había que seguir trabajando en él. En cualquier caso, Bennett, que creía detectar los defectos de fabricación de un barco con una mera ojeada, estaba convencido de que su nueva adquisición estaba casi lista para asaltar el Gran Norte. No sabemos qué vio exactamente en aquel sólido navío, pero el editor tenía clara una cosa: su viaje aparecería en primera plana de todos los periódicos.

Era el 4 de julio de 1878. El *Pandora* estaba fondeado en un resguardado muelle de El Havre, justo en el mismo lugar que ocupaba el *Shenandoah* la noche en que se casaron George y Emma De Long. Aquel fue el último día de la vida del *Pandora*, que sería rebautizado en una ceremonia por la tarde.

Bennett decidió llamar a su barco *Jeannette*, en honor a su hermana. Fletó un tren desde París en el que viajó su séquito habitual de canallas y deportistas a la moda, además de unos cuantos periodistas del *Herald*, que cubrirían el acto. Su hermana, la epónima Jeannette, también acudiría, acompañada —tan de cerca como lo permitieran los protocolos victorianos— por su prometido, Isaac Bell, rico comerciante de algodón y magnate inversor de Nueva York.

El invitado más conocido, no obstante, fue Henry Morton Stanley, el explorador galés nacionalizado estadounidense que había atravesado las junglas de África al servicio del *Herald* y se había hecho famoso gracias al libro sobre aquella aventura, *Cómo encontré a Livingstone*.

Todo el mundo se reunió para almorzar en el Frascati, el famoso hotel y casino situado frente al mar. Se trataba de un lugar lánguido y lujoso al que los parisinos solían acudir escapando del calor estival. En la playa, la brisa marina agitaba los pequeños toldos de lona a rayas. Fornidos hombres en

trajes de baño de cuerpo entero nadaban en el frío Atlántico, niños pequeños hacían castillos de arena y mujeres en pololos dormitaban bajo los parasoles. (Nadar en público no era muy decoroso para la mujer en aquella época).

En el salón de recepciones del hotel Frascati se instalaron dos mesas alargadas; Bennett presidía una de ellas y De Long la otra. El editor se levantó en cada brindis y cada testimonio, y observó el desarrollo de la velada con ojos fríos y calculadores. A medida que el alcohol hacía efecto, se le iba erizando el bigote y una sonrisa traviesa se le abría paso en el rostro.

Sin embargo, Bennett no dijo una palabra, ni hizo nada. Era como si contemplase la fiesta desde lejos. El editor se mostraba sorprendentemente tímido en las aglomeraciones de personas y se sentía incómodo con cualquier protagonismo, aunque, obviamente, no podía renunciar a él en ningún momento. Era como un relojero desapasionado, el tipo de persona que prefiere hacer que ocurran cosas, para luego acomodarse y disfrutar del resultado.

De Long y Stanley se sentaron juntos y «mantuvieron vivo el fuego de la conversación durante todo el almuerzo», recordaría Emma más tarde^[182]. La personalidad del oficial difería mucho de la del ególatra, ostentoso y, en ocasiones, despiadado explorador, aunque ambos tenían mucho en común sobre lo que charlar. Los polos y el interior de África —las zonas frígida y tórrida, como a veces se las llamaba, respectivamente— seguían siendo los dos grandes misterios que restaba descubrir en el planeta y ambos hombres compartían el mecenazgo que financiaba sus incursiones en lo desconocido.

Stanley poseía algo que De Long anhelaba: el tipo de fama que dura para siempre y viene dada por un logro importante, rematado por el éxito literario. De Long tenía intención de escribir un libro sobre su odisea ártica, pero Stanley, medio en broma, medio en serio, insistió en que del relato sobre esa expedición se encargaría él: un reportaje de aventuras en exclusiva, que Bennett deseaba repetir para su periódico.

«¿Sabe qué, De Long? —preguntó Stanley—. Tengo la intención de escribir una segunda parte de *Cómo encontré a Livingstone*. ¡Se titulará *Cómo encontré a De Long!*»^[183].

A los postres, los invitados se dispersaron y salieron a pasear por el puerto, donde estaba atracado el *Pandora*. Hacía un día cálido y radiante, y una manta de bruma flotaba sobre el mar. Sylvie llevaba un sombrero de paja adornado con una cinta en la que podía leerse «Jeannette» escrito a mano, y se paseaba por el muelle comiendo albaricoques y jugando inocentemente frente al mar que había visto a su madre crecer. Los invitados fueron reagrupándose

y Jeannette Bennett se alejó brevemente con Isaac Bell: «Los enamorados estuvieron embobados el uno con el otro», afirmó Emma^[184]. Por fin, llegó la hora de la ceremonia.

Rebautizar al *Pandora* probablemente no hiciera mucha gracia a los dioses del mar. Como si no bastase la connotación de su nombre original, algunos marinos creían que, en general, cambiar de nombre a un barco traía mala suerte. Algunos afirmaban que así se ofendía al espíritu del barco; otros que era simplemente una mala idea, una forma de tentar al destino.

Sin embargo, Gordon Bennett se había pasado la vida burlándose de las convenciones. Tenía muchas supersticiones náuticas, manías y miedos irracionales, pero la cuestión del cambio de nombre no estaba entre ellas: Bennett daría a su barco el nombre que quisiera.

Desde luego, *Jeannette* no era un nombre muy imponente para un buque ártico, aunque sí a la moda. Cada vez estaba más en boga dar a los barcos (incluso a los destinados a misiones más arduas) el nombre de esposas, madres, sobrinas y tías, como si al invocar a una mujer amada —aunque pareciese cosa excéntrica, propia de un viudo o excesivamente delicada— templase de algún modo a los hados.

Lo más probable es que la decisión de Bennett estuviera condicionada por cierta culpa familiar. Cuando abandonó Nueva York para llevar una vida por todo lo alto en París, Bennett dejó de ver a su hermana. Aparte de pagar sus facturas, Bennett no había hecho gran cosa por cumplir con el testamento paterno, quien le rogó que mirase por ella. A la propia Jeannette no le hacían mucha gracia los barcos y jamás pidió a su hermano mayor que bautizara uno con su nombre. No obstante, estuvo dispuesta a viajar en vapor desde América y a tomar un tren desde París hasta El Havre para honrar la ceremonia con su presencia.

De Long condujo a Jeannette Bennett hasta la popa del barco y le entregó una botella del más fino champán. (Bennett, naturalmente, no reparó en gastos en ese epígrafe). Se cortó la cinta y, acto seguido, con una coqueta sonrisa, Jeannette rompió la botella contra el casco recién pintado del barco.

El *Pandora* pasaba a llamarse *Jeannette*. Representantes de Bennett en Washington habían logrado que se aprobase en el Congreso una medida particular para registrar el navío como estadounidense, como paso previo para declararlo parte integrante de la Armada. Un pabellón estadounidense flameaba ya orgulloso en la popa.

Henry Stanley ofreció un brindis a la muchedumbre y animó a De Long a pronunciar unas palabras. «Habría preferido no hablar —dijo De Long—. Usted, señor Stanley, tiene derecho, pues cumplió con su misión. Yo tengo aún por delante la mía»^[185]. De Long repitió lo que decía siempre: «No he de prometer que lograré una hazaña. Tenemos mucho trabajo por delante. No será una historia encantadora. Quizá estemos fuera durante tres años, quizá toda la eternidad»^[186].

Bennett presenció la ceremonia con su desafecto habitual, en segundo plano. Según palabras de Emma: «Fue imposible hacer que diese la cara y tomase parte activa en el acontecimiento»^[187]. Quizá la mente del editor estuviera en otro lugar, pues al día siguiente debía zarpar rumbo a Nueva York para otra de sus inesperadas inspecciones de las oficinas del *Herald*.

El pequeño gentío dejó el *Jeannette* y regresó al Frascati para continuar con la velada, brindando con coñac entre azuladas volutas de humo de cigarro puro. Tras esa noche, los invitados volvieron a sus lugares de origen y a sus vidas. De Long se quedaba en relativa soledad para planear y poner en marcha su viaje. Jeannette Bennett volvió a Nueva York a toda prisa junto a su prometido, con el que se casaría a los pocos meses. Pronto darían comienzo, asimismo, las obras de su elegante casa de vacaciones en Newport^[188]. Stanley, por su parte, regresó a África para seguir explorando^[189]. Su carrera como explorador le valdría ser nombrado caballero primero, para luego caer en desgracia: sus salvajes experiencias posteriores inspirarían *El corazón de las tinieblas*, la novela de Joseph Conrad.

Bennett deseó a De Long buena travesía y le dijo que lo vería en la partida del *Jeannette* desde San Francisco. Cuando De Long explicó que Emma iba a navegar junto a él casi 30 000 kilómetros a través del Atlántico y alrededor de América, quedó sorprendido y un poco impactado. De Long creyó detectar una punzada de tristeza en el empedernido soltero. «Su esposa debe tenerle en muy alta estima —le dijo Bennett—. Ninguna mujer ha hecho ni haría jamás eso por mí»^[190].

Bennett contrató a tres hombres para que acompañaran a De Long en el viaje trasoceánico, los cuales se mostraron dispuestos a participar también en la expedición al polo, si todo iba bien. Dos de ellos, Alfred Sweetman y John Cole, habían tripulado durante años los veleros de Bennett. Sweetman era un inglés larguirucho, mecánico y carpintero de ribera, tan fiable y minucioso

que casi daba miedo. (Cuando De Long le preguntó la edad, respondió que tenía «38 años y 5/6»)[191]. Cole era irlandés, un ágil contraamaestre de apenas metro y medio de altura que, según se decía, escalaba por las jarcias como un mono. Cole, al que todos llamaban Jack, se hizo a la mar con solo trece años. «Cole es uno de los mejores marineros que tendrás a tu servicio jamás, te lo aseguro —dijo Bennett a De Long—. En momentos de peligro, vale su peso en oro»[192].

Como piloto, Bennett sugirió a un tipo peculiar y de gran perspicacia, el capitán John Wilson Danenhower. Nacido en Chicago, tenía veintinueve años y se había graduado de la Academia Naval. Venía encarecidamente recomendado nada menos que por el expresidente Ulysses S. Grant, quien lo había conocido poco tiempo atrás, mientras navegaba por el Mediterráneo a bordo del USS *Vandalia*. Danenhower era un hombre alto, apuesto y formal, de rasgos elegantes y manos finas, barba bien recortada y pelo erizado y negro. Su gesto denotaba inteligencia y sensibilidad; sus orejas, grandes y expuestas, y sus penetrantes ojos oscuros le daban aspecto de no perder detalle de lo que ocurría a su alrededor. Danenhower anhelaba ardorosamente desde hacía mucho tiempo alcanzar el polo. Confesó a De Long que deseaba viajar al Ártico con todo su corazón[193].

A De Long le cayó bien desde el primer momento. Era un gran conversador y hacía gala de un irónico sentido del humor. Danenhower había leído mucho sobre astronomía, física y magnetismo, y conocía al dedillo la historia de la exploración ártica. Sus conocimientos de navegación eran incuestionables. Entre otras labores, había servido durante un tiempo en el Observatorio Naval de Washington D.C. Sin embargo, De Long tenía sus reservas sobre cierta faceta de su carácter. Un día, estando aún en El Havre, un oficial estadounidense le hizo una sustanciosa confidencia: existía el rumor de que Danenhower en una ocasión sufrió un «problema cerebral» y fue declarado loco. Cuando De Long compartió la inquietante información con Bennett, este respondió lúgubrementemente: «Si se vuelve loco en el polo, será con razón. Congelarse en el Ártico haría perder la razón a cualquiera»[194].

En cualquier caso, De Long había decidido contar con Danenhower como piloto para la circunnavegación de América del Sur, a modo de prueba. De Long pensó que si Danenhower continuaba sufriendo desórdenes mentales, la larga travesía hasta San Francisco dejaría entrever sin duda «cualesquier efectos residuales de esa antigua dolencia»[195].

Bennett se avino al plan. A su partida, hizo un único ruego a De Long; extraño, para variar: cuando Danenhower y él zarpasen de El Havre a bordo

del *Jeannette*, era imperativo que nadie dejase el barco, ni por un momento, hasta que atracasen en San Francisco. La travesía se prolongaría por más de doscientos días, pero en ninguna circunstancia deberían pasajeros o tripulación poner pie en tierra firme antes de entrar por el estrecho de la bahía de San Francisco.

Bennett no dio más explicaciones. Aquella era otra de sus disparatadas órdenes, y, por supuesto, él esperaba que fuese cumplida a rajatabla.

El *Jeannette* debía zarpar de El Havre el día 15 de julio. Esa mañana, los amigos de infancia de Emma celebraron en los muelles una fiesta, con quesos y otras exquisiteces, para desearle buen viaje. «Mis amigas estaban maravilladas por mi atrevimiento —recordó más tarde—. La mayoría de las mujeres francesas aman muchísimo su patria y se lo pensarían mucho antes de abandonarla»^[196].

Como regalo de despedida, sus amigos le hicieron entrega de varias macetas con flores para alegrar su camarote. Ató con cabos las decenas de tiestos de barro alrededor del palo de mesana, el cual atravesaba de suelo a techo el dormitorio, que quedó convertido en una pequeña jungla tropical.

Las primeras semanas de travesía fueron tranquilas. El *Jeannette* singló rumbo suroeste a lo largo de la costa de Portugal y Marruecos y dejó atrás las islas Canarias, antes de embocar el Atlántico en toda su extensión. El tiempo era bueno, la mar estaba en calma y los vientos se mostraban favorables, de modo que De Long no tuvo que usar en ningún momento el motor de vapor. «Como navegábamos a vela, no había temblores ni ruidos, y solo se oía el embate de las olas contra el casco del *Jeannette*»^[197].

El camarero, Samuel, un actor suizo de dicción impecable, cantaba hermosas arias mientras cacharreaba en la cocina. (Al parecer, había cantado durante una temporada en la Compañía de la Ópera Metropolitana de Nueva York).

Emma y George nunca habían vivido un tiempo tan feliz. Dedicaban mucho tiempo a leer libros de la espléndida biblioteca de a bordo, que contenía casi todos los libros publicados sobre viajes polares. Sir Allen Young había donado muchos de sus volúmenes sobre el asunto y Bennett había hecho lo propio con su biblioteca polar. De Long, además, consiguió reunir una impresionante colección de cartas náuticas y mapas, muchos de ellos regalados por Petermann. Tenía en su poder todas las obras cartográficas conocidas de las tierras y mares al norte del paralelo 65.

«Estábamos completamente absortos en el estudio del Ártico y en el gran objetivo que teníamos por delante», declaró Emma^[198]. Danenhower los acompañaba a menudo y juntos debatían la mejor ruta para atravesar el estrecho de Bering o trataban de deducir qué vientos y corrientes predominarían en el Ártico y qué ocurriría una vez arribasen a la supuesta Tierra de Wrangel. Durante esa inmersión intelectual, Emma cayó en la cuenta de «qué cosa poderosa es la ciencia y cómo puede convertirse en una absorbente devoción».

En ocasiones, George sacaba a Emma de su sillón de lectura y juntos paseaban del brazo por la cubierta, charlando y respirando la brisa salina, mientras la pequeña Sylvie correteaba a su alrededor. Escribió Emma durante la travesía: «Aunque muy pronto Sylvie y yo íbamos a separarnos de, respectivamente, nuestro padre y marido, jamás dijimos una palabra —ni tuvimos un pensamiento, me atrevo a decir— de aprensión o arrepentimiento»^[199].

A modo de alegre bendición

El 15 de julio, el mismo día en que el *Jeannette* zarpaba de El Havre, el *New York Herald* se hizo eco de la ocasión con un extenso artículo sobre Petermann. En la pieza, titulada «El desconocido mundo ártico: entrevista con el doctor August Petermann, distinguido profesor alemán», el periodista y su entrevistado se mostraban visiblemente emocionados y ansiosos por los descubrimientos que el *Jeannette* podría hacer en el Gran Norte. Petermann se había convertido en el gurú espiritual de la expedición, su teórico primigenio, su *éminence grise*. Aunque ni De Long ni Bennett tenían por sacrosanta la palabra de Petermann, las ideas del profesor eran el cimiento científico e intelectual de la empresa. El Sabio de Gotha había entregado a Bennett sus mejores cartas y mapas del Ártico, y había depositado todas sus esperanzas en que el éxito de la expedición confirmase sus hipótesis, con un peculiar apasionamiento.

Así, Bennett, percatándose de lo conveniente de publicitar la vinculación de Petermann con el viaje, envió un reportero del *Herald* desde Berlín a pasar una jornada con «el entusiasta y heterodoxo erudito alemán»^[200]. Era verano y día de mercado en Gotha, y la ciudad bullía de actividad. Agricultores y granjeros vendían cerezas y filetes de ternera recién cortados, y las parejas de enamorados se escabullían entre las sombreadas callejuelas. «Niños rubios andorreaban de aquí para allá y las cervecerías rebosaban de gente vestida con los más peculiares atavíos de campo, bebiendo cerveza y comiendo queso», contaba el empleado de Bennett^[201].

Petermann invitó al visitante estadounidense a su casa. La charla comenzó con un comentario sobre el dueño del periódico: «Me congratula enormemente que el señor Bennett haya propuesto esta expedición —aseveró el profesor—. Por lo que sé, además, el *Jeannette* es el navío perfecto»^[202]. Petermann aprovechó para remachar su idea del Mar Abierto Polar: «El área central de las regiones polares apenas tiene hielo», dijo, admitiendo no obstante que probablemente no sería «como el Mediterráneo ni como el golfo de México, por los que siempre es posible navegar». Aun así, se mostró

convencido de que «a un barco como el *Jeannette* no le supondrá ninguna dificultad surcar sus aguas».

Petermann creía en los barcos y su aura romántica y no creía que al polo norte se pudiese llegar por tierra. No obstante, aunque reconocía que un trineo tirado por perros podría resultar «útil», en su opinión no era una «herramienta fundamental para la expedición». «No se trata de lo que los perros puedan o no conseguir, sino de lo que puedan o no conseguir los hombres: esto determinará los resultados que obtengamos en el Ártico. Yo estoy a favor de la vía marítima. Necesitamos un buen barco y una caldera de vapor. Rendiré homenaje a los hombres que alcancen el polo en sus naves y sean capaces de llevarlas de vuelta a casa»^[203].

Al Sabio de Gotha le emocionaba la posibilidad de que De Long encontrase una civilización perdida en el polo norte. «No me sorprendería en absoluto si encontráramos esquimales en el mismo polo. No es improbable, de ningún modo».

En lo concerniente al tiempo atmosférico y la salud, Petermann previó que la travesía del *Jeannette* sería sorprendentemente sencilla. «Las regiones árticas son cien veces más salubres que el Congo que visitó Stanley», afirmó el profesor. En su opinión, la oscuridad podría poner a prueba la integridad moral de algunos hombres, pero el tiempo ártico no sería tan duro como la gente creía. «Con frío se sobrevive y se puede avanzar. Es la larga noche lo que pone a prueba el cuerpo y la mente».

—Así pues, ¿no alberga usted duda alguna de que el polo será hollado algún día? —quiso saber el corresponsal del *Herald*.

Petermann respondió:

—Hollaremos el polo norte como se holló el Congo. Y espero que la expedición que protagonice esa gesta sea la del señor Bennett^[204].

Hasta aquí la entrevista del *Herald*. «Estas últimas palabras —concluía el reportero— fueron pronunciadas por el profesor, a modo de alegre bendición, cuando nos dirigíamos a través del jardín a la cancela de entrada. Caían las sombras de la noche y el viejo pueblo parecía ronronear, resoplar y acurrucarse para dormir».

Aunque Petermann había mostrado ese día su mejor cara, en esa época sufría enormemente. Se ahondaba la depresión que sufría desde hacía dos años. Unos meses antes, en mayo de 1878, se había divorciado de su esposa, Clara, y en cuestión de días se volvió a casar, esta vez con una mujer alemana, Toni

Pfister, oriunda de la localidad de Bernburg. Sus amigos y conocidos opinaban que aquello había sido un arretrato de locura, pues apenas conocía a la mujer. A las pocas semanas, se hizo evidente que el matrimonio sería un fracaso.

Él era desdichado y ella también. Petermann echaba de menos su vida familiar con Clara y sus hijas, quienes habían regresado a Inglaterra. «La conciencia le remordía hasta el tuétano —contó uno de sus primeros biógrafos—. [205] Una funesta melancolía cayó sobre él como un telón que iba oscureciéndolo todo poco a poco» [206].

Petermann tenía los nervios a flor de piel. No podía dormir, comer ni concentrarse. Había perdido el gusto por la vida. No podía sentarse al piano ni leer sobre la actualidad internacional. Despreciaba su propio trabajo. Berlín había empezado a eclipsar a Gotha como capital de la geografía, la cartografía y la exploración. Petermann intuía que estaba perdiendo facultades y su preeminencia en ese campo se desvanecía.

El 25 de septiembre de 1878 fue hallado en su casa su cuerpo sin vida. Se había ahorcado. Debía de llevar un tiempo pensando en el suicidio, pues la nota hallada había sido escrita tres semanas antes. En sus últimos meses de vida, además, hizo una serie de crípticos comentarios a sus amigos, los cuales, en retrospectiva, cobraban sentido de manera escalofriante.

Cuando recibió la noticia de la muerte de su exmarido, Clara, en Londres, escribió rápidamente una carta a un amigo de la familia: «He pensado a menudo en cómo irán las cosas en casa de los Petermann —escribió—. Oh, Dios mío, todo esto me parece una pesadilla». El suyo había sido un «terrible hado», afirmaba Clara, aunque ella no dejaba de considerarse «su pobre mujercita, a quien tan equivocadamente juzgó» [207].

Petermann fue enterrado en calidad de prohombre local, en un parque verde y sombrío a las afueras de Gotha. Internacionalmente se le pasó a considerar una especie de mártir de la cartografía. No hay indicios de que en sus horas finales dedicara tiempo a pensar en el Ártico. Sobre su escritorio se halló un manuscrito inédito que había estado escribiendo sobre ciertos asuntos relacionados con la exploración de África. Cuando se anudaba la soga en torno al cuello, sin embargo, ya sabía que el barco que podría validar las hipótesis de sus sueños navegaba rumbo a San Francisco y que desde allí acometería la conquista del polo norte.

La entrevista que dio al *New York Herald* contiene las últimas declaraciones públicas hechas por August Petermann en vida.

Segundas oportunidades

En las cercanías del ecuador, el mar se convirtió en una balsa de aceite. En torno al *Jeannette* nadaban anguilas, delfines y tortugas. Una mañana, varios peces voladores saltaron a la cubierta «justo a tiempo para el desayuno», celebró Emma^[208].

A unos pocos cientos de millas de la costa de Brasil, el *Jeannette* se topó con una tormenta tropical. Cuando más arreciaba y las olas se precipitaban ya sobre la cubierta, la botavara del palo mayor se partió. El lienzo de la vela mayor flameaba enloquecido y el barco a punto estuvo de zozobrar. De Long y Danenhower lograron finalmente amarrar el extremo de la botavara que había quedado suelto, pero la tempestad continuó azotando el barco toda la noche. Los camarotes se habían inundado.

Tumbada en su litera, Emma abrazaba con fuerza a la pequeña Sylvie, esperando una muerte «limpia y rápida»^[209]. Con el cabeceo, se volcaron las macetas que le habían regalado sus amigos. Desde el camarote, negro como la boca de un lobo, Emma oía cómo «iban cayendo un tiesto tras otro». Llegó por fin la mañana: valorando los daños, Emma se dio cuenta de que aquellos trozos de barro cocido y plantas enmarañadas tendrían que «acabar en las profundidades del mar».

Alfred Sweetman, el hosco carpintero, improvisó una nueva botavara a partir de un madero suelto y en breve el *Jeannette* avanzaba sobre las aguas, trabajosamente pero a buena velocidad. Esa misma mañana, unas horas más tarde, un par de pájaros cantores, desviados de su trayectoria por la tormenta, volaron en círculo sobre la nave y se posaron sobre la cubierta. Probablemente provenían de tierra firme: eran dos hermosas aves de pequeño tamaño, de una especie que nadie a bordo conocía. Uno de ellos se posó en la cabeza de Danenhower y se acomodó en medio de su espeso pelo cortado a cepillo. «¡Debe pensar que es un matorral!», rio Emma. Los animales parecían agotados: sin duda habían volado cientos de millas debido a la tormenta.

Los dos pequeños visitantes se convirtieron en las mascotas del barco: todos se encariñaron con ellos y se los consideraba buen augurio. Emma los quiso cuidar en su camarote para intentar devolverles la salud: les ofreció grano, pan y queso rancio, pero los pájaros no quisieron probar nada. Uno no tardó en morir, presuntamente por agotamiento e inanición. Samuel, el cocinero, compuso unos versos dedicados «a su melancólico destino»^[210]. Tras una solemne ceremonia, se introdujo en una botella al ave, acompañada del poema, y se lanzó al mar.

El otro pájaro parecía mejorar. Sin embargo, unos días después escapó del camarote de Emma, que se había dejado la puerta abierta. La tripulación saltaba y se tiraba sobre la cubierta intentando atraparlo, pero el pájaro finalmente elevó el vuelo y se alejó del barco. «El pajarillo intentó tres veces regresar al barco y pensamos que lo conseguiría —escribió Emma—. Sin embargo, pronto se quedó sin fuerzas, cayó al agua y se ahogó. Quedamos muy apenados»^[211].

Un día, acercándose el *Jeannette* a la costa más meridional de Argentina, no lejos de Tierra del Fuego, Danenhower, el piloto, aprovechó un momento de soledad con De Long para confesarle una cosa.

Danenhower le explicó que en una ocasión había sufrido un acceso de «melancolía». Había ocurrido tres años antes, cuando navegaba a bordo del *Portsmouth*, en las inmediaciones de Hawái. No supo detallar qué había desencadenado su depresión, pero al parecer había sufrido «problemas domésticos» en su hogar, allá en Washington. Llevaba seis meses en el mar, de puerto en puerto, y esperaba con ansia una carta que no llegaba. A De Long aquello se le antojó un asunto de amores; le parecía que Danenhower, como él, tenía cierta vena romántica.

En cualquier caso, en aquella ocasión la melancolía se apoderó de Danenhower. El médico del barco le dio de baja. Como no mejoraba, al final se le envió de vuelta a Washington, donde acordó ponerse en manos de un médico y entrar en un manicomio del Gobierno.

Danenhower se había convencido de que no estaría encerrado. Pero cuando las puertas del manicomio se cerraron a sus espaldas, empezó a ser tratado como un loco: lo encerraron, lo aislaron, hicieron caso omiso de sus quejas y jamás enviaron las cartas que escribía. Intentó escapar, pero fue reducido y confinado a una celda acolchada. Probablemente no hubiera salido nunca de esa celda si sus padres no hubieran conocido al secretario de la

Armada, quien, informado del confinamiento de Danenhower, ordenó que se le diese el alta inmediatamente.

«Pensé que debía usted conocer toda la verdad, señor —dijo Danenhower a De Long—. Creo que soy tan válido como cualquier otro oficial de la Armada. Nunca, en ningún momento, perdí la razón»^[212].

Aquello supuso un duro trago para el comandante, quien, no obstante, apreció la sinceridad de Danenhower y el hecho de que hubiese compartido con él su historia *motu proprio*. «Le creí», dejaría escrito De Long más tarde^[213]. Dado que habían pasado tres años y aquellos problemas no se habían repetido al parecer, De Long decidió dar al piloto el beneficio de la duda. El comandante creía en las segundas oportunidades, a veces incluso con exceso de celo. En cualquier caso, Danenhower venía muy bien recomendado: si el presidente Grant lo tenía por buen marino, sin duda serviría bien en el *Jeannette*.

Hasta entonces, Danenhower se había desempeñado correctamente en la travesía, y era un compañero animoso e interesante. No parecía en absoluto un tipo melancólico. «Es un hombre alegre e inteligente, aplicado en su deber [...] un buen marino y un piloto correcto»^[214]. A menos que recibiera alguna mala noticia antes de zarpar de San Francisco, De Long estaba decidido a que Danenhower pilotase al *Jeannette* hasta el polo norte.

Tras ochenta días en el mar, el *Jeannette* embocaba el estrecho de Magallanes. Durante varias semanas, De Long y Danenhower surcaron las traicioneras corrientes cruzadas que fluían a través de aquella constelación de islas envueltas en niebla, hasta que, por fin, el *Jeannette* desembocó en el agitado océano Pacífico. Singlando a velocidad de crucero en paralelo a la costa chilena, De Long concluyó que debían tocar tierra y fondear el barco para terminar de reparar la botavara. Sin embargo, el capitán no podía dejar de pensar en la advertencia de Bennett: nadie debía bajar del barco. Continuarían, así pues, avanzando hacia el norte sin detenerse, para desgracia de Emma. «Llevamos tanto tiempo sin ver la tierra que mi deseo de tocar suelo firme es casi incontrolable», escribió^[215].

Era la primavera austral, pero seguía haciendo un frío helador en el extremo sur del continente sudamericano, cuyas montañas seguían cubiertas de nieve. George y Emma pasaban mucho tiempo arrebujados junto a una humeante estufa metálica, leyendo a la luz titilante del fuego. Las tormentas eran tan frecuentes que Samuel tuvo que atar cabos entre la cocina y el

comedor para poder sujetarse y que no se le cayeran los cacharros, y aun así, se tambaleaba tanto que a veces «platos y rancho terminaban por la cubierta, y nos quedábamos sin la mitad de la cena».

Más al norte, aún frente al litoral chileno, el *Jeannette* se enfrentó a una borrasca. Las olas del Pacífico, en palabras de Emma, «se encabritaban, poderosas», y el *Jeannette* «temblaba entero con los embates del mar». En un momento de terror, el barco se bandeó tan violentamente que la regala de babor tocó el agua. «El horizonte se agitaba enloquecido y la tempestad nos envolvía en su negrura. No podíamos hacer otra cosa que agarrarnos con fuerza y confiar en el barco». Sin embargo, pronto empezó a entrar agua en el *Jeannette*. Se inundaron las bodegas y parecía que fuera a irse a pique.

Entonces, en cuestión de minutos, el viento amainó, la borrasca se deshizo y el *Jeannette* se estabilizó. En el comedor, Samuel preparó frutos secos y café para la nerviosa tripulación. El imperturbable De Long bajó del puente de mando como si nada hubiera pasado. «Nadie pronunció una palabra sobre lo cerca que habíamos estado de la eternidad», sentenció Emma^[216].

Frente a las costas de Perú y Ecuador, el tiempo se moderó y las temperaturas ascendieron. Emma y George pasaban la mayor parte de las veladas en la cubierta, disfrutando del aire tropical. Ella jamás olvidaría aquellas noches de octubre que pasaron juntos: «Las resplandecientes constelaciones australes, el barco surcando suavemente los mares, el camarero silbando tan suavemente que uno apenas se atrevía a respirar para no romper el hechizo»^[217]. Solo se oían, aparte de la melodía del camarero, el crujir del casco, el lamento de los cabos tensos y el viento cantando a través del aparejo. George De Long y su esposa jamás habían sido tan felices. Durante mucho tiempo, la pasión del comandante por la navegación había sido algo abstracto para Emma, un mero obstáculo para estar juntos. Ahora, al menos durante ese viaje, los había unido.

El *Jeannette* dejó atrás rápidamente la costa meridional de México y, a continuación, la península de Baja California, enfilando después el accidentado litoral de la California estadounidense. Dos días después de Navidad, atravesaba el estrecho de entrada a la bahía de San Francisco. En la carbonera apenas quedaban tres paladas de carbón.

El viaje desde El Havre, de 18 000 millas [unos 35 000 kilómetros], había llevado 166 días. En opinión tanto de De Long como del piloto, Danenhower, el *Jeannette* se había portado magníficamente bien. Y los extravagantes deseos de Bennett se habían cumplido: nadie había puesto pie en tierra.

La Expedición Ártica Estadounidense

El teniente De Long inspeccionó su maltrecho barco al sol dorado de California. Revisó todas y cada una de las válvulas, los accesorios y las tracas de su largo casco. Se preguntó cuáles serían los puntos flacos de la embarcación y cómo encontrarlos. ¿Habría maderos podridos? ¿Junturas permeables? El mínimo fallo podría suponer su muerte y la de los hombres que tendría a sus órdenes en el Ártico. El *Jeannette* había sobrevivido a aquella primera odisea —y lo había hecho admirablemente—, pero el capitán sabía que no estaba preparado aún para batallar contra el hielo. Había mucho trabajo que hacer y solo restaban unos meses. Para resistir la presión de los bloques de hielo, el *Jeannette* debía ser reforzado como ningún otro navío antes.

Durante la mayor parte del mes de enero de 1879, el barco estuvo atracado en el astillero de la Armada de Mare Island, cerca de San Francisco, a la espera de ser inspeccionado por una comisión *ad hoc* de ingenieros navales. Aquel era el único astillero de la Armada en toda la Costa Oeste, un lugar donde se construían algunos navíos y se inspeccionaban y reparaban rutinariamente los de la Escuadra del Pacífico. Aquel recinto militar se encontraba en una península pantanosa, la mencionada Mare Island, frente a la desembocadura del río Napa, en lo más recóndito de la bahía. En torno a un dique seco se levantaban una fundición, una calderería, un taller mecánico, un aserradero, un depósito de brea e incontables cabrias y varias chimeneas.

Todas las mañanas, una campana anunciaba el comienzo del turno y un ejército de artesanos —calafates y carpinteros, herreros y latoneros, carreteros, plomeros y toneleros— marchaba a una jornada de trabajo envuelta en humos y estruendos. Mare Island era el puesto avanzado en el Oeste del floreciente poder norteamericano: un bien pertrechado taller de reparaciones para aquella armada aún pequeña pero en auge, que poco a poco cambiaba las velas por el vapor y la madera por el metal. Sobre el edificio de las oficinas se levantaba una estatua de un águila, el símbolo nacional, forrada

de cobre. El gran pájaro parecía inclinarse hacia el agua, como despidiéndose de los barcos que bajo la bandera nacional se aventuraban a los extremos más alejados del Pacífico.

En Mare Island se habían botado o remozado muchos barcos insignes: bergantines, monitores, corbetas, goletas. Sin embargo, durante gran parte del siglo XIX, la joya de la corona del astillero fue la USS *Independence*, vieja fragata de cincuenta y cuatro cañones, construida en Boston, que, según un historiador de la Armada, fue durante casi setenta años «tan propia del paisaje de Mare Island como las gaviotas»^[218].

Junto a los buques de guerra atracados en los muelles del astillero, el esbelto *Jeannette* parecía pequeño y frágil. Cuando los ingenieros de la Armada comenzaron la inspección, no se mostraron muy impresionados. En su opinión, para resistir el hielo, el *Jeannette* necesitaba todavía mucho trabajo, fundamentalmente en el casco. No se explicaban cómo el antiguo *Pandora* había sobrevivido a tres viajes por el Ártico.

Por supuesto, a estos ingenieros se les pagaba por ser prudentes. Sabían que sus recomendaciones no encontrarían eco en la jerarquía de la Armada, sobre todo porque Bennett iba a correr con todos los gastos. Aun así, su valoración fue monolítica: habría que arrancar las cubiertas, levantar mamparos, instalar calderas nuevas, remozar las carboneras y reforzar todo el casco con planchas adicionales de madera. Se habló de añadir una ambiciosa trama de vigas y abrazaderas que aportase solidez. La lista de reparaciones y renovaciones no dejaba de crecer y el presupuesto final sumó 50 000 dólares.

De Long no salía de su asombro, aun sabiendo que muchas de las reparaciones eran necesarias y los beneficiarios últimos de estas serían sus hombres y él mismo. Concluyó que las recomendaciones de los ingenieros supondrían graves problemas. «Hemos de detenerlos o nos arruinarán», declaró^[219]. A Bennett rara vez le temblaba el pulso ante las facturas que se le presentaban, pero en esta ocasión De Long creyó que debía asegurarse de que los ingenieros no se inventaban reparaciones innecesarias para expoliar a su mecenas, conocido derrochador que además se encontraba a miles de kilómetros de allí. «Creo que los intereses de usted son idénticos a los míos —escribió De Long a Bennett poco después de llegar a California—. Estoy poniendo gran celo en recortar en gastos, tanto como si las facturas debiera pagarlas de mi bolsillo»^[220].

Todos los trabajos se llevarían a cabo en Mare Island, pero De Long sabía que el organismo que realmente decidía qué reparaciones proponer —y que también opinaba sobre los equipamientos, víveres y tripulación que debía

llevar el barco— se encontraba a 5000 kilómetros, en la Costa Este. El comandante quería consultar con el Departamento de la Armada, con la Smithsonian Institution y con la Academia Naval. Además, quería conocer la opinión de los mejores científicos y especialistas en el Ártico del país y debía tener en cuenta el consejo de los representantes del *Herald*. La muerte de August Petermann en Gotha, de la que De Long supo poco después de echar el ancla en San Francisco, dejó un vacío en el corazón de todos los expedicionarios. Según De Long, había que llenar ese vacío con voces experimentadas y autoritativas que solo se encontraban en la Costa Este.

Sin embargo, De Long odiaba encontrarse a merced de fuerzas políticas con las que no podía despachar cara a cara. En California, según sus propias palabras, «no llevo pistolas suficientes para hacer ruido»^[221]. Convencido de que Washington era «sin duda el lugar donde se puede aspirar a lo mejor», escribió al secretario de la Armada y concertó un largo viaje oficial a través del continente.

De Long dejaría a Danenhower a cargo de la supervisión diaria de los trabajos en Mare Island. Su admiración por él no había hecho sino aumentar desde el desembarco en California. De Long aconsejó al piloto que emplease todo el tacto y delicadeza de que fuera capaz al tratar con los ingenieros, pero que vigilase los gastos con ojo de águila. «Las cosas pequeñas se llevan el dinero», advirtió De Long a Danenhower, asegurándole acto seguido que debía cuidar del capital de Bennett como si fuera suyo. «Dejo el asunto en sus manos y le pido que cumpla con mis deseos de la manera que vea apropiada»^[222].

Durante la primera semana de febrero, De Long, acompañado de Emma y Sylvie, subió en Oakland a un tren de la Union Pacific con destino a Washington D. C.

Durante el viaje de una semana hacia el este, empezó a rondar a De Long otra apremiante pregunta: ¿quién querría acompañarlo al polo? Hasta entonces no había dedicado demasiado tiempo a la confección del rol de tripulación y esperaba entrevistar candidatos en Washington. La expedición requeriría treinta hombres; de ellos, veinte serían marineros cualificados y no cualificados, los cuales serían comandados por cinco oficiales de la Armada. Se les sumarían un piloto de banquisa, un médico, un par de científicos civiles y uno o dos trineístas.

¿Por qué se aventuraría nadie —oficial, marinero o científico— a una misión tan arriesgada y dificultosa en el Ártico? Parte del atractivo que ejercía la empresa era generacional: la mayoría de voluntarios, como De Long, no habían vivido la guerra de Secesión, el mayor conflicto bélico de la historia estadounidense. Eran jóvenes sedientos de la gloria que sus padres se habían ganado en los campos de batalla durante la guerra y ansiaban poner a prueba su virilidad en una sobrecogedora aventura. Si no la guerra, algo que se le pareciese aun remotamente.

Unos pocos conocían ya el Ártico y se habían enamorado de su extraña luz, sus reverberantes soledades, su hermosa y cautivadora «otredad». Eran hombres que, como De Long, se habían contagiado de la locura polar y, por razones que ni ellos mismos sabían explicar, les resultaba imposible no volver.

Había que contar además con el atractivo esencial de la exploración. Nadie se quedaba corto al valorar la gloria y el glamur que envolvían la expedición del *Jeannette* a ojos de cierto segmento de la ciudadanía estadounidense. Añadamos el elemento patriótico —es decir, el anhelo de imponerse a otros países en la conquista del polo— y se entenderá por qué la propuesta de De Long ejercía una atracción irresistible entre cierto tipo de jóvenes.

De Long había recibido cientos de candidaturas de todo el país y el resto del mundo, a las más prometedoras de las cuales contestó durante el largo y traqueteante viaje en tren hacia el este. (Muchas eran cuando menos dudosas, no obstante. Por ejemplo, De Long se vio asediado por un precoz adolescente que proponía viajar al Ártico gratis y aseguró que podría «editar un periódico y organizar un espectáculo de variedades para entretener a la marinería durante las largas noches del invierno ártico»^[223]).

Para De Long lo ideal eran hombres solteros con salud de hierro: marineros excelentes, que bebieran poco y estuvieran dispuestos a trabajar por la paga que ofrecía la Armada. Las puertas estaban abiertas a los extranjeros, siempre que supieran leer y escribir inglés. Daba preferencia a los escandinavos, aunque consideraba también aceptables a ingleses, escoceses e irlandeses. Españoles, italianos y, especialmente, franceses debían «ser rechazados de entrada», escribió en una nota^[224]; un sesgo difícil de entender dado su matrimonio con una mujer franco-estadounidense y que él mismo era descendiente de hugonotes franceses. Expresó su deseo de contar con un buen músico a bordo, para animar las solitarias veladas boreales. El cocinero

debería destacar por su habilidad y ser imaginativo, habida cuenta de los raros alimentos que se vería obligado a preparar.

En cualquier caso, De Long buscaba ante todo una lealtad absoluta a la disciplina naval —«la obediencia ciega a toda orden, de la índole que sea»—, [225] cualidad que, dolorosamente, había brillado por su ausencia en las tripulaciones del *Polaris* y tantos otros barcos condenados en el polo.

John Danenhower sería el oficial piloto del *Jeannette*, eso De Long lo tenía claro. Alfred Sweetman, el carpintero británico, y Jack Cole, el contramaestre irlandés, habían cumplido adecuadamente con sus funciones en la travesía desde El Havre y De Long decidió llevarlos también. Samuel, el actor y cantante de ópera que tanto había alegrado ese viaje, se quedaría en tierra: daba por terminados sus días como camarero a bordo, pues quería regresar a los escenarios en Nueva York. Antes de dejar San Francisco para viajar a Washington, De Long se dispuso a buscar cocineros entre la creciente población china y Danenhower no tardó en entrevistar a varios candidatos en Chinatown.

De Long ya había decidido quién sería el segundo de a bordo: su viejo amigo, el teniente de navío Charles Winans Chipp. De Long no había olvidado su valiente desempeño y los sabios consejos que Chipp le había dado a bordo de la *Little Juniata*. Tenía una vasta y variopinta experiencia naval: durante más de una década en el mar, había servido en corbetas, fragatas y cañoneras y afirmaba conocer todo el globo: además del Ártico, había navegado en aguas de Siam, Formosa, Corea, Cuba, Noruega, el norte de África y el Mediterráneo oriental. Chipp era oriundo de Kingston, Nueva York, localidad histórica a orillas del Hudson situada a unos 140 kilómetros al norte de Manhattan, y se había graduado con matrícula de honor en la Academia Naval en 1868. De complexión delgada, se peinaba el ralo cabello negro hacia atrás, dejando despejada una frente cuadrangular; lucía además una majestuosa y poblada barba y una mirada fija y profunda. Su temperamento era extremadamente taciturno. «Rara vez sonrío y habla muy poco», escribió De Long^[226]. No obstante, «siempre fue sincero y de fiar», un oficial consumadamente leal. Bastó un telegrama de Bennett al Departamento de la Armada y Chipp, entonces destacado en China, fue reasignado sin tardanza al *Jeannette*. Mientras De Long atravesaba el continente norteamericano en tren, Chipp cruzaba el Pacífico a bordo de un vapor, rumbo a San Francisco.

De Long también había tomado una decisión al respecto de otro oficial de la Armada: el ingeniero maquinista del *Jeannette* sería George Melville. Lejanamente emparentado, según decían, con el gran novelista homónimo, Melville era un genio de las máquinas capaz de improvisar cualquier arreglo o modificación, un sabio de dedos permanentemente manchados de grasa que se encontraba como en casa entre calderas borboteantes y chiflidos de vapor. Tenía treinta y ocho años, una voz cavernosa, un físico corpulento y una cabeza calva de cuya parte posterior nacía una corta melena de pelo rizado y desordenado, y que hacía pensar en un nido con un huevo desproporcionadamente grande. Había nacido en Nueva York, como De Long, y se había criado en Brooklyn. Melville maldecía más que hablaba, pero rehuía la bebida, el juego y la mayoría de vicios. Había destacado por su trabajo en los astilleros de la Armada de Nueva York y Boston, donde se había hecho experto en torpedos, y había navegado en varios buques de guerra, en muchas ocasiones a las órdenes de De Long. En total, Melville había pasado a bordo más de un tercio de su vida. Era autodidacta y tenía grandes conocimientos en mineralogía, zoología y otras muchas disciplinas.

Tan apreciadas eran las polifacéticas cualidades de Melville que la Armada se mostró bastante reacia a darle la excedencia. También protestó su sufrida esposa, Hetty, que vivía con los tres hijos de ambos en Sharon Hill, Pensilvania, una pequeña localidad cercana a Filadelfia. Hetty era una hermosa mujer, pero era alcohólica y tenía un carácter terrible, a lo que se sumaban antecedentes psiquiátricos. Esta circunstancia quizá explicase la disposición de Melville a aceptar misiones largas que lo alejasen durante largas temporadas de su esposa. «Los secretos de su hogar y de su intimidad matrimonial pendían sobre él como una nube», declararía un conocido^[227]. Sin embargo, como De Long, Melville había sufrido la picadura del bicho ártico durante una misión a Groenlandia y estaba decidido a volver al Gran Norte. Había leído mucho sobre el «problema ártico» y tenía ideas propias sobre cómo resolverlo. De Long consideraba a Melville «un hombre de primera y un hermano»^[228]. Menos de un mes después se presentó en San Francisco.

La otra vacante a la que De Long había dedicado mucha reflexión era la de médico. Tras indagar en la Armada, solo encontró a un doctor de primera categoría de ese cuerpo dispuesto a viajar al Ártico: James Markham Ambler, cirujano auxiliar aprobado por el Consejo de Cirujanos de la Armada. El doctor Ambler era un hombre tranquilo y apuesto de treinta y un años, hijo de médico y proveniente de una prominente familia virginiana, concretamente

del condado de Fauquier, al pie de las montañas Blue Ridge y no lejos de la capital del país. Había servido en Caballería durante la guerra de Secesión; era solo un adolescente, pero fue hecho prisionero y languideció durante gran parte del conflicto en un campo de prisioneros nordista. Ambler se había formado en el Washington College (la actual Universidad Washington y Lee) y era graduado en Medicina por la Universidad de Maryland. Había ejercido durante tres años en Baltimore, antes de entrar en la Armada en 1874.

Entre otras cosas, Ambler había servido a bordo de una corbeta durante una larga travesía por el Caribe. Se había prometido hacía poco y, con razón, «era llamativa su carencia de entusiasmo hacia el viaje al Ártico», según refiere un historiador^[229]. Sin embargo, como superviviente de un campo de prisioneros en tiempo de guerra, al joven médico no lo amedrentaban los horrores que el Ártico pudiera deparar. De Long estaba deseando encontrarse con Ambler en Washington; el médico estaba de permiso en su cercano estado natal, visitando a su familia.

Los De Long llegaron a Washington y se inscribieron en el Ebbitt House, un distinguido hotel situado en el cruce entre la calle 14 y la F, y muy frecuentado por oficiales de alto rango de la Armada y el Ejército. Se trataba de un edificio de seis plantas con cubierta en mansarda y un restaurante a la europea que servía exquisitos platos (porrón americano a la brasa con salsa de gelatina de grosellas, por ejemplo). El general William Tecumseh Sherman vivía en una *suite* del hotel, como también David Dixon Porter, almirante en la guerra de Secesión. El Ebbitt House sería la residencia y base de operaciones de los De Long durante los siguientes tres meses.

A los pocos días, De Long se citó con el secretario de la Armada, Richard Wigginton Thompson, abogado y político procedente de la Indiana rural. Era un hombre de unos setenta años, larguirucho y aparentemente soso, de pelo blanco, ojos saltones y una enorme y protuberante nariz. Funcionario nombrado a dedo y sin experiencia náutica, se decía que su inaptitud para el puesto rozaba lo risible. Según una reveladora anécdota —posiblemente apócrifa—, poco después de que Thompson accediese a su cargo, inspeccionó un barco de guerra de nueva construcción. Cuando se bajó a la bodega, el incrédulo marinero de agua dulce exclamó: «Dios mío, ¡está hueco!»^[230].

Por despistado que fuera, el secretario Thompson se entregó a la misión de De Long y se comprometió a hacer lo necesario para investir en el joven comandante la autoridad necesaria y convertir aquel viaje en una empresa

nacional. «Mi intención es que cuando usted se haga a la mar, lo haga con los mismos poderes que se confiere al almirante de una flota —le dijo Thompson—. Esta expedición habrá de triunfar y usted deberá estar preparado para enfrentarse a cualquier desafección, insubordinación o catástrofe»^[231]. Thompson era de carácter optimista y creía que con la ruta propuesta, por el estrecho de Bering, De Long «alcanzaría las puertas del polo norte».

A instancias de Thompson, el Congreso actuó con prontitud y el 27 de febrero aprobó un proyecto de ley que formalizaba el respaldo estatal al viaje de De Long, a la vez que aceptaba que un particular, James Gordon Bennett, cubriese la práctica totalidad de los gastos. El proyecto de ley señalaba que los tripulantes del *Jeannette* «quedarían sujetos a todos los efectos al código militar y a los reglamentos y disciplina de la Armada». De Long, cuyo rango de oficial era el de teniente de navío, ejercería en esta expedición de comandante a las órdenes de la Armada y su nave izaría pabellón naval, dotándosele además de plena autoridad para tomar las medidas necesarias «caso de que se produjera alguna insurrección». El proyecto, arropado ahora por el Tío Sam, recibió un nuevo nombre oficial: Expedición Ártica Estadounidense.

Durante semanas, De Long siguió acechando a diversos personajes en las salas y pasillos del Departamento de la Armada, «incitándolos sin descanso», como él mismo expresó^[232]. Terminó consiguiendo todo lo que buscaba. Además, mantenía un contacto regular con Danenhower vía telegráfica, lo que le permitía supervisar a distancia todos los detalles de la reconstrucción del *Jeannette*. También mantenía comunicación casi diaria con Bennett, que seguía en París. «Una palabra desde San Francisco basta para hacerme una idea de cómo van las cosas. Mi reacción inmediata es acudir al departamento para pedir lo necesario», escribió al editor^[233]. Bennett le respondió con un telegrama que decía: «Está usted abriéndose camino en Washington»^[234].

En general, De Long se sentía muy satisfecho con los resultados obtenidos. El secretario Thompson le prometió que intervendría cuando fuera necesario para evitar que los ingenieros de Mare Island incurrieran en gastos frívolos o exorbitantes. Además, anunció que la Armada aportaría un buque de guerra para transportar carbón y provisiones adicionales hasta Alaska, «si llegado el momento hay alguno disponible en el puerto de San Francisco»^[235].

En resumidas cuentas, De Long había encontrado en la Costa Este todo lo que había ido a buscar. Washington, al parecer, lo había acogido a él y a su expedición con los brazos abiertos, y no solo el Departamento de la Armada,

sino la Smithsonian Institution, el Congreso e incluso la Casa Blanca. Los De Long fueron invitados a conocer una noche al presidente, Rutherford B. Hayes, y a la primera dama. Emma dijo del presidente: «Es un caballero tranquilo y agradable, pero no me ha impresionado demasiado»^[236]. Esta descripción se ajusta más o menos a lo que todo el mundo opinaba sobre el medroso carácter del republicano Hayes: héroe de la guerra de Secesión, cinco veces herido, había sido elegido —algunos decían que más que elegido, «nombrado»— en una de las elecciones más reñidas de la historia norteamericana: perdió el voto popular, pero ganó la Casa Blanca después de que el Congreso le concediese veinte disputados votos del colegio electoral. (A causa de esto, muchos demócratas juzgaban ilegítima su presidencia y hablaban de *rutherfraud*^[237]).

Que los De Long se reuniesen con el presidente Hayes fue ante todo una formalidad: «El presidente no sabía una palabra de exploración ártica —dijo Emma—. Recibiéndonos se limitaba a cumplir con su deber»^[238]. Si la velada resultó aburrida fue en parte por la política abstemia de la primera dama, Lucy Hayes, que le había ganado el sobrenombre de *Lemonade Lucy* (Lucy Limonadas). (Se decía que en la austera Casa Blanca de los Hayes, «el agua corría como el vino»).

Habida cuenta de lo mucho que parecía aburrir al presidente Hayes la inminente expedición polar, Emma esperó que su esposa, un punto más vivaz, saliera al rescate de la velada, pero «ni siquiera ella consiguió animar la cena»^[239]. Cuando los De Long se despidieron, la primera dama les hizo entrega de un gran ramo de flores, gesto que Emma apreció, pero encontró extremadamente «envarado».

Unos días más tarde, De Long conoció finalmente al futuro médico del *Jeannette*, James Ambler, quien acudió al Ebbitt House y se presentó sin mediar palabra. A De Long le cayó bien de inmediato, pero resultó que el doctor portaba malas noticias: había hecho indagaciones en el caso del «desorden intelectual» de John Danenhower y, al parecer, la situación era más inquietante de lo que parecía.

Ambler había visitado el hospital mental del Gobierno en que Danenhower estaba recluido y había entrevistado a los médicos que habían tratado su «melancolía». Al parecer, estimaban probable que Danenhower sufriera nuevos accesos de locura, especialmente en un entorno tan duro como el Ártico.

Ambler había escarbado un poco más. Consultó el historial de Danenhower conservado en la Oficina de Medicina y Cirugía de la Armada y buscó información referente al brote que había sufrido a bordo del *Portsmouth* en Hawái, en 1875. El historial especificaba que Danenhower había sido declarado «no apto para el servicio militar», señalando que, además de sufrir una incapacitante depresión, tenía unos abscesos en el cuello. (Aquellas horribles lesiones, pensó Ambler, podían ser síntoma de la sífilis; de hecho, el médico del *Portsmouth* señalaba que dichos abscesos no habían aparecido «durante el cumplimiento del servicio»). El médico dejó escrito además que el «lúgubre» y «abatido» Danenhower le hizo saber «que sentía el intenso deseo de saltar por la borda y poner fin a su desgracia»^[240].

Ambler trasladó a De Long su opinión sin tapujos: un hombre al que se había diagnosticado inestabilidad mental, depresión y tendencias suicidas no podía ejercer como oficial a bordo de un barco rumbo al polo norte. Ambler opinaba que los síntomas de la enfermedad de Danenhower —mentales y físicos— podrían reaparecer en cualquier momento. «He meditado mucho mi opinión y creo que esa insidiosa afección no tardará muchos años en reaparecer», escribió más tarde^[241].

Aquella noticia cayó sobre De Long como una bomba, pues había tomado mucho cariño a Danenhower y le había confiado plenamente todos los asuntos que se trataban en Mare Island. En efecto, solo De Long conocía mejor los detalles de la expedición que Danenhower. «No podré encontrar un sustituto para él», escribió De Long a Bennett^[242]. Le preocupaba además que Danenhower cayera en una espiral de desesperanza de la que quizá nunca podría recuperarse. «Si, en efecto, su estado mental es débil y le expulso de la expedición, quizá agudicemos el problema que todos queremos evitar». Por otro lado, sin embargo, De Long sabía que Ambler tenía razón. «Parece evidente cuál es mi deber», escribió.

Indeciso, De Long confesó su dilema al hermano de Danenhower, prestigioso abogado en Washington. De Long le pidió que inventase algún tipo de excusa familiar para que aquel no viajase al Ártico, alguna historia «de índole doméstica» que le evitase cualquier tipo de apuro personal o profesional. El comandante aseguró al hermano del piloto: «Me esfuerzo mucho por tratar con justicia y cordialidad a todos los implicados y, por extraño que le parezca, tengo muy presente tanto el interés de John Danenhower como el de su familia»^[243]. Sin embargo, el hermano se negó a tomar parte en la artimaña y aseguró que el piloto «estaba decidido a ir al polo»^[244].

La familia Danenhower tenía contactos políticos con altos cargos del Departamento de la Armada, y los padres decidieron tocar algunas teclas para garantizar que su hijo fuese declarado apto para viajar al Ártico. En cuestión de semanas, el Departamento de la Armada emitió un comunicado que despejaba todas las dudas sobre la lucidez de Danenhower, declaradas «oficialmente sin fundamento». Se pidió a De Long que «no sembrase dudas sobre la capacidad de ningún oficial a la hora de cumplir con su deber, máxime cuando han demostrado su aptitud en todos los aspectos»^[245]. De Long interpretó que retirar a Danenhower de la nómina de oficiales equivaldría a acosarlo y podría constituir una infracción de la ley marcial.

De Long tenía las manos atadas. Lo quisiera o no, Danenhower lo acompañaría al Ártico.

Durante sus tres meses en el Ebbitt House, De Long se sumergió en los detalles del viaje hasta tal punto que apenas le quedó tiempo para comer y dormir. «He estado trabajando como una hormiga, bajo un auténtico torbellino de dificultades»^[246]. Dedicaba muchas horas a adquirir víveres, equipamiento para la expedición e instrumentación científica para el *Jeannette*. Buscó un observatorio portátil que pudiera instalar sobre los témpanos de hielo para tomar medidas astronómicas y meteorológicas. Compró un pequeño cuarto oscuro en el que revelar las fotografías de la expedición. Investigó sobre los más modernos dispositivos desalinizadores. Reunió además dispositivos para el estudio del clima y los campos magnéticos, y tubos de ensayo para preservar especímenes de fauna y flora.

Encargó unas veinticinco toneladas de *pemmican* (una especie de masa nutritiva compuesta por carne seca, bayas y tocino, propia de los indios algonquinos) y diversos alimentos enlatados. Para combatir el escorbuto —lacra habitual de las expediciones árticas— experimentó con el *kumis*, bebida preparada a partir de leche fermentada de yegua, al parecer muy consumida por los nómadas de las estepas de Kazajistán. El *kumis* no le pareció muy práctico, así que probó una fórmula con zumo de lima concentrado y pidió que se despacharan a San Francisco una docena de barriles de aquel mejunje amargo y viscoso.

De Long quería que los hombres del *Jeannette* contaran con el mejor material y viajasen lo más cómodamente posible. El barco contaría con una surtida biblioteca, una enfermería de primera clase, un excelente arsenal de modernos fusiles y revólveres, juegos y entretenimientos e incluso un

pequeño armonio para conciertos. De Long se enorgullecía de «haber pensado en todas las cosas que el *Jeannette* pudiera necesitar en las salvajes tierras polares»^[247]. Emma no había visto jamás a su marido tan poseído por el trabajo. Su diligencia rayaba en lo irritante, pues «era infatigable», escribió su esposa. «Vigilaba de manera exhaustiva y minuciosa todos los detalles: no se le escapaba nada».

Adquirió manipuladores telegráficos, pilas y kilómetros de cable de cobre, que planeaba tender sobre el hielo para que los oficiales se comunicasen con los expedicionarios que salieran a explorar la banquisa. A sugerencia de la Smithsonian Institution, De Long conversó con Alexander Graham Bell sobre los «teléfonos» que tanto éxito habían tenido en la Exposición del Centenario. De Long adquirió dos, para experimentar con la comunicación a larga distancia sobre el hielo.

De Long quería además llevar al Ártico globos de aire caliente. Esta idea cautivó a Bennett, siempre presto a probar nuevos inventos y artilugios. De Long había especulado que «un globo amarrado al palo mayor del *Jeannette* permitiría divisar un horizonte más lejano»^[248]. Las indicaciones del vigía apostado en la cesta del globo ayudarían al comandante a elegir la mejor ruta entre los traicioneros témpanos. «Una sola ascensión nos podría ahorrar días de agotadores avances en la dirección equivocada». De Long opinaba además que los globos podrían asimismo ayudar a los pesados trineos a «superar las dificultades que impondrían para su arrastre el casquete de hielo y las elevaciones del terreno».

Sin embargo, tras consultar a dos de los mejores aeronautas del momento —Samuel King, de Filadelfia, y el francés Wilfrid de Fonvielle—, De Long desechó la idea. Ambos expertos indicaron que para calentar el aire y mantener el globo inflado y suspendido haría falta una cantidad ingente de carbón. Decepcionado, De Long escribió a Bennett que a menos que diesen con una «veta de carbón» en pleno Ártico, «recomendaría, por razones de economía y de sentido práctico, abandonar el proyecto del globo aerostático»^[249].

El globo quedaba descartado, pero ¿por qué no sacar provecho de la luz eléctrica? De Long llevaba décadas observando que los tripulantes de las expediciones árticas «anhelaban la luz durante los largos meses de invierno»^[250]. Tuvo una idea: las luces eléctricas —entonces conocidas como «soles artificiales»— resultarían enormemente útiles y una comodidad casi milagrosa para la tripulación. Imaginó una red de brillantes luces tendida

entre los aparejos del barco, gracias a las cuales sus hombres podrían trabajar, hacer ejercicio e incluso jugar al balón sobre la banquisa a cualquier hora.

En ese tiempo, el inventor norteamericano Thomas Alva Edison trabajaba en un destartado laboratorio de Menlo Park, Nueva Jersey. Experimentaba con bombillas incandescentes para intentar solucionar los problemas que planteaban en su versión primigenia. Existía otro método de iluminación, el arco eléctrico, menos eficaz. La luz de arco era de menor calidad y se usaba en entornos industriales. Se aplicaba una corriente eléctrica de alto voltaje a dos barritas de carbono ligeramente separadas, de manera que entre una y otra se formaba un arco eléctrico de brillo tan intenso que resultaba incómodo. Era como el que produce un soplete de acetileno. Robert Louis Stevenson lo detestaba. «Un nuevo tipo de estrella brilla en la noche de la ciudad — escribió el novelista escocés—. Horrible, sobrenatural, molesta para el ojo humano: ¡una lámpara de pesadilla!»^[251].

Aun así, De Long se empeñó en llevar luz eléctrica al gélido norte. «Querría iluminar el barco de vez en cuando, durante el invierno boreal — escribió a Edison— y permitir a la marinería sacar provecho moral y físico de ello»^[252]. Luz en el polo norte: una idea romántica pero a la vez práctica. De Long inquirió si el joven inventor tenía algún dispositivo que pudiese servir a ese propósito.

Edison respondió con entusiasmo y, desde luego, era consciente del enorme prestigio que ganaría si su luz eléctrica iluminaba el polo norte. Su bombilla incandescente estaba en pruebas, pero el sistema de iluminación por arco eléctrico funcionaba perfectamente. Edison contestó a De Long de inmediato y propuso que uno de los representantes del *Herald* acudiese a su laboratorio para examinar en persona lámparas y generadores.

El *Herald* se apresuró a enviar al jefe de la sección de ciencia, Jerome Collins, para el que Edison preparó una demostración en uno de sus laboratorios. Las quince lámparas de arco, conectadas formando un circuito cerrado, resplandecían con intensidad. Con demasiada intensidad, de hecho. Se mantenían encendidas gracias a un mecanismo manual diseñado también por Edison, quien explicó por carta a De Long que el conjunto funcionaría a la perfección, «mientras a sus marineros no les falle el músculo. Cuando no esté funcionando la caldera de vapor podrá usted recurrir a la dinamo. Su tripulación deberá encargarse de dar vueltas a la manija. Así, además, entrarán en calor»^[253]. Edison, además, ofreció un generador de vapor de dos caballos de potencia por si los hombres se agotaban.

De Long dio visto bueno a la transacción y emitió un pedido para la Edison Electric Light Company: cuatro circuitos de quince lámparas de carbono (en total, sesenta bombillas de arco), más los cables necesarios, la dinamo y el resto de equipos. Uno de los empleados del laboratorio de Menlo Park telegrafió cuando hizo el envío: «La maquinaria para iluminar el polo norte va de camino». El sistema de lámparas de arco se envió a San Francisco en tren: Edison aseguró que produciría más luz que 3000 velas. «Se ha conseguido hacer crecer plantas con este tipo de luz», observó De Long^[254].

Lo que el hombre es capaz de hacer

Mientras De Long estuvo en Washington, los artesanos del astillero de Mare Island daban vida poco a poco al nuevo *Jeannette*. El barco había sido completamente renovado y reequipado, maquinaria incluida, desde sus mismas entrañas.

En el interior, los ingenieros de la Armada habían dispuesto un entramado doble y vigas huecas de hierro para mejorar la resistencia al hielo. El interior de la proa se había rellenado con madera y su exterior se había reforzado con planchas nuevas del más sólido olmo americano. El pantoque se había reforzado con tracas de pino de Oregón de un palmo de grosor. Se taparon todas las grietas y desperfectos con pez caliente. Se pusieron nuevas cubiertas. Los camarotes se reacondicionaron y se instalaron literas para acomodar a treinta y tres hombres. Se ampliaron las carboneras para que pudieran albergar más de 132 toneladas de carbón y se agregaron potentes bombas industriales. Se pusieron a punto los motores de vapor, se tejieron velas nuevas y se dispuso un nuevo aparejo. Se repintó y calafateó el barco de arriba abajo.

Los ingenieros instalaron en la cubierta principal un cabestrante a vapor que, caso de que el hielo amenazara al barco, permitiría izar el timón y la hélice y extraerla del agua en caso de peligro. El cabestrante también podría servir para arrastrar el barco, haciéndolo avanzar a través de los canales en el hielo mediante cabos o cadenas con garfios en los extremos. Los maquinistas de Mare Island fabricaron dos nuevas calderas de última generación e instalaron un dispositivo capaz de desalar casi 2000 litros de agua al día.

Los camarotes y el castillo de proa del *Jeannette* se reacondicionaron exhaustivamente para el frío con un aislamiento de espeso fieltro. Los carpinteros construyeron nuevos voladizos y la toldilla se forró con múltiples capas de gruesa lona pintada. Se instaló además un nuevo sistema de calefacción. Se encargó un surtido completo de abrigo, botas, mitones y mantas de piel, material que sería recogido en Alaska. Se procuraron trineos,

estufas de alcohol y ocho tiendas de campaña abrigadas, diseñadas para el Ártico.

El *Jeannette* se había convertido en el navío «más sólido» y «mejor preparado de la historia para navegar entre témpanos e icebergs»^[255]. Cuando De Long llegó a California acompañado de Emma ese mes de mayo, acudió directamente al astillero para recrearse en su nuevo barco. Quedó cautivado por la transformación que se había producido en su ausencia. «Estoy totalmente satisfecho con el *Jeannette*. Es todo lo que podría desear»^[256].

De Long felicitó a Danenhower por el buen trabajo. «Ha cumplido debidamente con todos los cometidos que dejé encargados», afirmó el capitán^[257]. Pese a lo ambicioso de las reformas, el importe final no superó los 50 000 dólares. De Long lo atribuía principalmente a la labor de control de gastos de Danenhower, lo que le hacía sentir aún más remordimientos por haberse planteado expulsar al piloto de la expedición.

En junio, De Long, acompañado por oficiales destacados en el astillero, sacó al *Jeannette* a navegar por la bahía de San Francisco para probar sus nuevos motores y capacidad de maniobra. Las reformas incidían en la integridad estructural, no en la agilidad ni en la velocidad. Aunque se movía con lentitud, el *Jeannette* aprobó con nota.

Entre los meses de mayo y junio llegaron a Mare Island los víveres y aprovisionamientos que De Long había adquirido en la Costa Este. Se embarcaron las lámparas de arco de Edison, así como los telégrafos y teléfonos de Bell. El observatorio portátil se dejó parcialmente montado y se instaló el cuarto oscuro, con sus cajas de placas de vidrio y demás parafernalia fotográfica. Los estibadores cargaron las armas en la santabárbara: fusiles y escopetas recortadas Remington, revólveres automáticos ingleses, fusiles de repetición Winchester, dos escopetas balleneras, diez fusiles de los que se cargaban por el cañón, veinte mil cartuchos de munición, quinientas cápsulas fulminantes, seis barriles de pólvora y más de treinta kilos de perdigones. Por fin, llegó el turno del equipo científico y de navegación: cronómetros, hidrómetros, ozonómetros, magnetómetros, barómetros aneroides, sextantes, péndulos, microscopios, telescopios cenitales y de tránsito, tubos de ensayo, mecheros Bunsen, teodolitos.

Pese al invento de Edison y sus posibilidades, De Long sabía que la principal fuente de luz durante la travesía sería el aceite de cachalote, así que se embarcaron en el *Jeannette* casi mil litros, más cientos de kilos de sebo,

miles de pabilos y todo tipo de lámparas: faroles de mano, de ojo de buey, fanales, candiles, linternones.

En último lugar, se embarcaron los víveres y medicinas: provisiones suficientes para mantener a treinta y tres hombres vivos y sanos durante tres años. Un vistazo a los manifiestos dejaba ver que la alimentación no sería muy variada: el *Jeannette* cargaba con 1100 kilogramos de cordero asado, 1400 de ternera estofada y encurtida, y otros tantos de cerdo salado, amén de 45 kilos de lengua de vaca. La mayoría bebería café, té y consomé, así como una ración diaria de zumo de lima. Los amantes de las bebidas espirituosas podrían respirar tranquilos: uno de los almacenes del barco estaba lleno hasta el techo de barriles de jerez, *brandy*, *whisky*, ron y distintos tipos de cerveza, entre ellas *porters*, *ales* y varias cajas de Budweiser.

Por su lado, De Long había hecho muchos progresos en la contratación de tripulantes para el *Jeannette*. Oficiales, científicos y marineros llegaban ya a Mare Island desde todos los rincones del país y del mundo. Formarían parte de la tripulación también tres jóvenes cantoneses que Danenhower había contratado en San Francisco: un cocinero, un camarero y un mozo de camarotes. Los oficiales Charles Chipp y George Melville habían llegado a California un mes antes para ayudar a Danenhower con las últimas mejoras del *Jeannette*.

Otros actores clave estaban a punto de llegar también al astillero. De Long sabía desde el principio que necesitaría un piloto de banquisa, alguien muy familiarizado con el comportamiento de los hielos flotantes y la particular dureza del océano Glacial Ártico. El capitán dio con su hombre recorriendo los muelles de San Francisco. Se trataba de un experimentado capitán ballenero, oriundo de New London, Connecticut, llamado William Dunbar. Tenía cuarenta y cinco años, y el rostro curtido por el sol, el viento y la sal. Se trataba de un tipo diligente y grave, de pelo prematuramente cano y cortado a cepillo. Llevaba en la mar desde los diez años y se había dedicado a la caza de ballenas y focas, por lo que había pasado mucho tiempo en las traicioneras aguas del estrecho de Bering. Allí había desarrollado «un gran tacto en el trato con el casquete flotante», según relataba un periódico, y había aprendido a ser «un valioso hombre de recursos»^[258].

Dunbar conocía también los mares próximos a la Antártida y había navegado por todo el Pacífico sur, donde en una ocasión hubo de ser rescatado de un atolón de coral, después de que su barco naufragara en un

arrecife. Dunbar era el mayor de los expedicionarios, pero Melville lo describió como un tipo «robusto y afable, epítome del lobo de mar de la Nueva Inglaterra». Dunbar sería los ojos del barco y tendría que pasar mucho tiempo encaramado en la cofa, escudriñando los mares helados. De Long se sintió afortunado de poder contar con él.

Como naturalista, De Long contrató a un científico civil proveniente de Salem, Massachusetts, llamado Raymond Newcomb. Se trataba de un hombre reservado y pálido, con aspecto de duende. Tenía veintinueve años de edad y una rala perilla que le daba un aspecto juvenil, y venía muy recomendado por la Smithsonian Institution. Había trabajado con la Comisión de Pesca y Caladeros del Gobierno estadounidense y se describía como «estudioso de la historia natural, la ornitología y la zoología, ciencias menores»^[259]. Descendía de una distinguida familia novoinglesa (su abuelo fue héroe de la Revolución y había luchado en la batalla de Lexington). De Long veía en Newcomb a un hombre afable aunque apocado, de inteligencia, eso sí, meticulosa. El naturalista, sin embargo, había viajado muy poco y apenas por mar. Se encontraba en su salsa entre los escalpelos, glicerinas y humeantes ácidos del taxidermista, pero tendría mucho que demostrar en el Ártico.

El otro científico civil enrolado era un irlandés llamado Jerome Collins, hombre de talla imponente. Formado como ingeniero en Cork, Collins era un tipo bastante voluble y parlanchín que había ejercido como meteorólogo jefe para el *Herald* de Bennett. Fue él quien visitó a Edison en Menlo Park para tratar el asunto de la iluminación eléctrica del barco. Pionero de la previsión meteorológica, Collins había hecho mucho por el progreso de esa ciencia a nivel internacional y, en particular, por el conocimiento de los vientos y sus patrones. Desde Nueva York, analizaba los frentes tormentosos mientras avanzaban hacia el este, rumbo a Europa, y telegrafiaba a las oficinas del *Herald* en Londres y París para que los lectores estuvieran prevenidos. Sus avances en predicción meteorológica le valieron el reconocimiento del Congreso Meteorológico celebrado en París.

Collins no era precisamente un erudito de carácter grave. De joven, había sido un prominente activista del republicanismo irlandés y cofundado la sociedad secreta Clan na Gael. Antes de llegar a Nueva York, vivió brevemente en Inglaterra, donde urdió una estratagema para liberar a varios camaradas republicanos recluidos en una prisión londinense. La operación no llegó a buen puerto y tuvo que vivir una temporada escondido. A continuación, realizó un estudio sobre la viabilidad de utilizar submarinos para perpetrar sabotajes contra la Marina Real británica.

Aparentemente, el ardor político de Collins se había apaciguado con el tiempo, y su carrera profesional dio muchas vueltas. Antes de dedicarse a la meteorología, trabajó en la construcción de puertos, puentes y vías ferroviarias, y tomó parte asimismo en un ambicioso proyecto para ganarle tierra al mar en las albuferas de Nueva Jersey, frente a Manhattan.

Fue Bennett quien propuso a Collins para el viaje. El irlandés sería el meteorólogo, fotógrafo y director científico de la expedición, además de ejercer como corresponsal especial del *Herald*. Collins era un tipo versátil y divertido que sabía cantar y tocar el piano, capaz de mantener conversaciones interesantes sobre casi cualquier tema. Como se descubriría más tarde, tenía una incorregible debilidad por los chistes y los juegos de palabras.

Danenhower pensaba que Collins era la viva imagen del *diletante*, un tipo hablador de más que «sabe un poco de casi todo en general y no mucho sobre nada en concreto», según el piloto^[260]. Sin embargo, De Long, aunque con reticencias, se mostró complacido con Collins. «Es un tesoro de información general —escribió el comandante a Bennett—. Estoy seguro de que en el Ártico se convertirá en alguien»^[261].

Una de las cuestiones que más preocupaban a De Long conforme se iba acercando la fecha de partida era cuándo y cómo llegaría James Gordon Bennett a San Francisco para desear buen viaje a los tripulantes de su barco. Bennett había aceptado acudir, advirtiendo que viajaría de incógnito. El editor insistió en que su llegada al país desde Europa debería pasar desapercibida a los periódicos, incluido el suyo.

Tomaría un vapor de la línea White Star desde Liverpool hasta la Gran Manzana. Antes de atracar, cobijado por la noche, abordaría un velero que estaría a la espera. Luego «pondría pie en tierra inadvertidamente, como un fantasma», según expresó una fuente^[262], y tomaría en Nueva Jersey un tren fletado *ad hoc* que lo llevaría hasta Omaha, donde haría trasbordo a otro tren especial de la Union Pacific, el cual lo llevaría a toda velocidad hasta California, justo a tiempo para la salida.

De Long no entendía esa obsesión de Bennett por el disimulo. Se le hacía todo muy raro. «No importa el cuidado que le ponga a quedar en tercera o cuarta fila —le protestó—, todo el mundo sabe que es usted quien está tras la expedición y quien la financia». No había forma de ocultar el hecho de que, como explicaba De Long, Bennett era «el cerebro y principal promotor de esta expedición, desde el principio hasta el final»^[263].

De Long no era capaz de entender que Bennett necesitaba el misterio y el distanciamiento tanto como respirar: ansiaba las sombras, como las lechuzas que decoraban su casa, sus veleros y su despacho. Era incapaz de hacer nada abiertamente o con total seriedad. Bennett era, realmente, un fantasma y para un hombre claro y directo como De Long, un patrón cuya voluntad era imposible de adivinar. Lo único que De Long podía hacer era preguntar discretamente en la *White Star* y la *Union Pacific*. Y, luego, esperar.

Los tejemanejes y misterios de Bennett tuvieron la culpa de cierto acontecimiento inesperado que empezó a minar la paz interior de De Long. En 1878, el profesor Nils Adolf Erik Nordenskiöld, célebre explorador finlandés de origen sueco, había iniciado la travesía del paso del Noreste, a saber, el recorrido del litoral septentrional del continente eurasiático de oeste a este, desde Finlandia al estrecho de Bering. Hacía casi un año que no se sabía nada de Nordenskiöld y su barco, el *Vega*. Bennett imaginó repetir el triunfo del encuentro entre Stanley y Livingstone y se empeñó en que De Long buscase al explorador escandinavo en la costa noreste de Siberia antes de atacar el polo. Aunque Nordenskiöld no se hubiese perdido, Bennett sabía que el encuentro de ambos exploradores sería un episodio electrizante que vendería miles de periódicos en todo el mundo. Sin embargo, dar con él era una misión completamente distinta, que podría suponer semanas o meses de retraso, lo que impediría al *Jeannette* aprovechar la breve ventana estival en que la banquisa se deshiera.

De Long se exasperó ante esta nueva petición, pero no sabía desde dónde llegaba. Bennett había transmitido su deseo de buscar a Nordenskiöld a Thompson, el secretario de la Armada. «Convendrá conmigo en que, por humanidad, el auxilio al profesor Nordenskiöld habría de ser nuestro primer cometido», escribió Bennett al secretario^[264]. En respuesta, este se comprometió a «dar prioridad» al rescate del explorador finlandés y, a continuación, dictó una orden formal a De Long.

«Al alcanzar el estrecho de Bering, hará usted indagaciones en los lugares que considere oportunos para descubrir el paradero del profesor Nordenskiöld. Caso de hallar razones suficientes para creer que está a salvo, procederá usted con su viaje hacia el polo norte. De lo contrario, tomará las medidas oportunas que conduzcan al necesario auxilio del profesor», fue la nueva orden para De Long^[265].

De Long montó en cólera. No entendía por qué la Armada quería poner en peligro la conquista del polo por auxiliar a una expedición de otro país que, según intuía, no estaba perdida ni corría un peligro inminente. En su opinión

se había generado una «alarma innecesaria» al respecto del escandinavo y la mayoría de expertos en cuestiones árticas opinaban de igual modo. El plan original de Nordenskiöld era recorrer todo el litoral de Siberia, sin perder de vista la costa. En cualquier caso, no se esperaba que diese señales de vida hasta cuatro o cinco meses más tarde. «Estoy tan seguro de que Nordenskiöld está a salvo como de que saldrá el sol mañana», afirmó el capitán^[266], que nunca sospechó quién estaba tras la orden del secretario: Bennett y su obsesión por dar otra campanada periodística. Lo que preocupaba a De Long era que la búsqueda de Nordenskiöld les hiciera perder el verano. «Quizá cuando lo encontremos se nos haya echado encima el otoño y no podamos avanzar rumbo norte», temía. El *Jeannette*, en ese caso, perdería a efectos prácticos un año completo.

La respuesta de De Long a esta contrariedad fue la misma que la que instintivamente daba a cualquier nuevo obstáculo: hizo de tripas corazón, con su peculiar amalgama de obstinación y optimismo. «Creo que mi resolución crece ante las dificultades con que tropiezo», escribió a Emma^[267]. Nordenskiöld estaba bien, de eso estaba seguro. De Long tocaría tierra en un par de puertos siberianos y despejaría rápidamente las dudas al respecto. Con un poco de suerte, el desvío de la ruta prevista le haría perder una semana o dos. Cumpliría con las órdenes de la Armada y, después, continuaría rumbo norte.

Diez días antes de la fecha de partida, De Long celebró una ceremonia oficial en Mare Island. La expedición quedaba sometida a la disciplina militar y el *Jeannette* pasaba a ser oficialmente un barco de la Armada de los Estados Unidos. De Long se reunió con todos los oficiales y marinería en la cubierta principal para leer el código militar y las órdenes con que debía navegar el *Jeannette*. El capitán vestía de uniforme, con charreteras y galones dorados. Sus quevedos centelleaban a la luz de la bahía y a un costado se balanceaba un sable de vaina bien pulida. Chipp, Danenhower, Melville y Ambler permanecían en pie junto a él; iban tocados con la gorra de oficial, colocada esta, no obstante, con una leve inclinación que les otorgaba especial apostura. Emma también estaba presente, sosteniendo un pabellón de seda azul que había tejido para la expedición y que iba a izarse sobre las tierras recién descubiertas del polo norte.

Veintitrés tripulantes, uniformados de azul marino, tomaron posiciones en la cubierta junto con el piloto de banquisa Dunbar y los dos científicos civiles,

Newcomb y Collins. De Long leyó en alto fragmentos de una carta telegrafiada por Bennett, que prometió ir en auxilio del *Jeannette* si se perdía o quedaba varado. «No escatimaré en gastos o influencias para enviar un rescate», prometió el editor^[268]. Si naufragaba, los tripulantes que estuvieran casados podían quedar tranquilos: «sus viudas serán mis protegidas».

Emma izó el pabellón de seda azul, que flameó ruidosamente al viento junto al pabellón estadounidense. Zarparían entonces hacia San Francisco, donde se cargarían las últimas provisiones. Ya era oficial. La tripulación había recibido órdenes y el nombre del barco quedaba debidamente prefijado: era ya el USS *Jeannette*.

De Long no cabía en sí de orgullo por su navío y sus hombres. «Sueño con ello —escribió a Bennett—. Estamos consagrados a esta empresa, mientras el *Jeannette* se mantenga a flote y nosotros en pie. [...] Tenemos una buena tripulación, buenos víveres y un buen barco. Creo que contamos con todo lo necesario para atrevernos a hacer todo lo que el hombre es capaz de hacer»^[269].

El nuevo invasor

Una noche de la primera semana de julio de 1879, De Long descansaba con Emma en la sala de estar de su *suite* del hotel Palace, en San Francisco. Era tarde ya, y por toda la estancia había libros esparcidos, cartas, estadillos y planos de la nave. Se acercaba la fecha de partir y en la mente de De Long se agolpaban fastidiosos detalles sobre la expedición.

El Palace, que había abierto cinco años antes con un coste de cinco millones de dólares, era considerado el mayor hotel del mundo y el más opulento, «construido para superar en excelencia a cualquier otro», en palabras de Andrew Carnegie. Sus estancias tenían cuatro metros de altura y todas y cada una de sus 755 *suites* contaban con baño privado, un primitivo aire acondicionado y llamadores eléctricos que permitían al huésped trasladar sus deseos al ejército de botones del hotel. El Palace estaba asimismo equipado con novedosos ascensores hidráulicos, forrados de madera de secuoya, a los que se llamaba «cuartos elevadores».

George y Emma trataron de disfrutar de sus últimas horas juntos en el lujoso establecimiento. (Sylvie estaba viviendo provisionalmente con la hermana de Emma, en Iowa). Sin embargo, la excitación por la inminente partida pasó factura a los dos. Durante días, George se había mostrado distraído, incapaz de centrarse en las miles de pequeñas cuestiones relacionadas con el viaje. Emma lo acompañaba la mayor parte del tiempo: le leía la correspondencia, le ayudaba a hacer planes y hacía las veces de altavoz de sus pensamientos. En palabras del comandante, «cuidaba de que las emociones no me anulasen»^[270]. Tras la circunnavegación de América del Sur, Emma conocía el *Jeannette* como la palma de su mano, y se había implicado tanto en la planificación que George había llegado a considerarla una integrante vital de la expedición.

Una parte de Emma deseaba poder unirse a la expedición, pero ella sabía que era imposible. El sueño de su marido de alcanzar el polo era suyo y solo suyo. Su obsesión con el Ártico era clara y constante, como una llama inextinguible. Todo el trabajo, los viajes y los preparativos de los cinco años

anteriores desembocarían en lo que iba a ocurrir esa semana. «Durante años su mente ha girado en torno a estos momentos —escribió Emma—. Jamás imaginó que fuese a cobrar tal reputación por tan feliz giro de la fortuna. Pertenecía a esa clase de hombres que se preocupan por los grandes fines, no solo por ganar honor, sino porque lo único que satisface a su naturaleza es la consecución de cosas elevadas»^[271].

Esa misma noche, De Long apartó en un momento dado su libro y contempló a Emma. Su esposa vestía un batín de terciopelo negro y un colgante de cristal. La miró fijamente con una expresión melancólica que Emma encontró desconcertante.

«He estado pensando que serías una viuda muy guapa», dijo^[272].

Emma perdió el aliento por un segundo. Aquel comentario sombrío era muy poco propio de él. George no solía alimentar pensamientos oscuros o regodearse en sentimentalismos. El primer impulso de Emma fue ofrecerle consuelo, entregarse a las emociones que ambos sentían. Pero lo pensó mejor. Como escribió más tarde: «Temí que se abrieran las puertas al sentimiento y que ambos nos desmoronásemos»^[273]. Le preocupaba que, si alguno de los dos trastabillaba, «la desdicha, hasta entonces tácita [...] echase a perder esos últimos días juntos».

Pero George la presionó. «Si ocurriera alguna desgracia, no te asfixies bajo el peso del luto». De morir en el Ártico, quería que ella vistiese de manera sencilla y elegante. Que siguiera tan hermosa como estaba esa noche.

Recomponiéndose, Emma respondió: «No voy a enviudar»^[274].

George lo dejó ahí. No había nada que hacer. Pese a sus oscuros presentimientos, el viaje no podía cancelarse. Más tarde escribió a su esposa: «Estoy comprometido con una gran empresa de la que ni tú ni yo queremos que me retire»^[275].

Más tarde, George le indicó con un gesto que se acercara a él y la sentó en su regazo. «Le eché los brazos al cuello y apoyé la cabeza en su hombro», recordaría Emma más adelante. Intentaron prolongar el momento, dándose caricias, mientras las diligencias pasaban a toda velocidad por delante del Palace y el bullicio de la ciudad se elevaba desde las calles, colina arriba y abajo. «Durante una hora o más hablamos sosegadamente, tratando de mantener rígidamente el control»^[276].

Durante las semanas anteriores, había ocurrido algo notable: George Washington De Long se había convertido en un héroe nacional. Los

periódicos de todo el país y el resto del mundo lo alababan. De Long percibía las esperanzas que su patria depositaba en él y eso lo ayudó a mantenerse en pie en los momentos más difíciles. No conocía la celebridad pura y dura, que le producía un vago pudor. No era parte de su naturaleza ni había recibido formación para ser el centro de atención, del cual escapaba siempre que podía.

Según el *San Francisco Examiner*, De Long era el hombre que se atrevía a «obligar a la Esfinge del Norte a desvelar sus secretos»^[277]. Un periodista del *Herald* loaba a De Long por «tomar su vida y depositarla en el altar de la exploración del Ártico»^[278]. El *New-York Commercial Advertiser* declaraba: «Si este gallardo capitán coronase sus esfuerzos con el éxito, nos encontraríamos ante una de las aventuras geográficas más portentosas protagonizadas por el hombre»^[279]. Un periódico del estado de Nueva York iba más allá, afirmando que la expedición del *Jeannette* «se dispone a hacer un descubrimiento ante el que palidecería la mismísima llegada a América de Colón»^[280].

Como daban a entender estas inflamadas proclamas, el *Jeannette* transportaba las aspiraciones de una joven república que ardía en deseos de convertirse en potencia mundial: la arrogancia que latía en el corazón de la misión era algo propio de los tiempos. «Quedan por ver los descubrimientos que haga el *Jeannette*, con De Long al mando —escribió el *San Francisco Chronicle*—. De Long seguirá una nueva ruta y pondrá a prueba ingeniosos avances técnicos. ¿Triunfará el nuevo invasor en su esfuerzo por arrebatar al Ártico su largamente guardado secreto?»^[281].

En San Francisco se encontraba un corresponsal especial del *Herald* con el fin de cubrir los detalles de la partida. De Bennett, sin embargo, no había noticia. La ausencia del benefactor resultó enormemente decepcionante para De Long, que la interpretó como un mal augurio. Para variar, Bennett no se puso en contacto hasta el último instante, y solo para asegurar, no sin ciertas vaguedades, que naturalmente deseaba ver por fin su proyecto en marcha.

Desde algún lugar del Viejo Continente, Emma recibió el siguiente telegrama: «Lamento extraordinariamente no poder estar allí para desearle buena travesía. Sí espero estar presente a su regreso para felicitarlo por su éxito»^[282]. «Diga a su esposo que tengo la mayor de las confianzas en su energía y su coraje, y que le agradezco sinceramente su lealtad. Deseo que esta expedición sea un éxito para los Estados Unidos». Si De Long fracasara en su empeño, reiteró Bennett, no repararía en gastos para socorrerlo.

Era aquel el Bennett de siempre: áspero, distante, pomposo y aun capaz de prometer una ilimitada generosidad financiera. Un hombre frío sentado sobre un caldero hirviente y rebosante de dinero. Es posible que Bennett no hubiese tenido jamás la intención de acudir a San Francisco: odiaba las muchedumbres, las emociones y, sobre todo, hacer cualquier cosa que se esperase de él. A sus ojos, su despedida en El Havre era suficiente. Demostraría su fe en De Long a base de firmar cheques.

De hecho, había firmado cheques sustanciosos semanalmente. El secretario de la Armada, Richard Wigginton Thompson, había propuesto anteriormente a De Long que un barco veloz cargado de buen carbón fuese enviado hasta Alaska para que el *Jeannette* no transportase esa carga adicional. Altos cargos de la Armada también sugirieron que una fragata lo escoltase hasta el estrecho de Bering, pero tras estallar la guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia «se hizo necesario incrementar la presencia militar en el Pacífico meridional»^[283].

En los momentos previos a la partida, el secretario de la Armada envió a De Long un último mensaje deseándole suerte en el viaje y encomendando su excelente navío «a Dios todopoderoso»^[284]. Además, informó al comandante de que no había barcos disponibles para transportar carbón ni para escoltar al *Jeannette*. Esto encendió a De Long y lo obligó a buscar desesperadamente una alternativa. «El Gobierno nos ha dejado a la deriva —escribió—. Quiere que rememos solos [...] estamos contra las cuerdas»^[285]. En un momento de extremo resentimiento, escribió que la expedición «pendía de un hilo».

Sin apenas protesta, Bennett le envió un telegrama desde París para informarle de que enviaría una goleta suya, la *Frances Hyde*, de noventa y dos metros de eslora, y pagaría el carbón extra: decenas de miles de dólares que pagó sin titubear. «Cualquier letra que me gire usted será saldada», decía el mensaje^[286].

De Long contestó para expresar su gratitud: «Gracias a Dios cuento con el respaldo de un hombre que sigue estando ahí cuando los países dan de lado»^[287]. Aun así, la ausencia de Bennett en la ceremonia de despedida le había dolido especialmente. «Yo me sentía eufórico —escribió De Long a Bennett—. Por fin telegrafió usted que no acudiría. Fue un duro golpe lanzado justo al vientre de la expedición».

Los últimos días antes del embarco en el *Jeannette*, De Long se paseaba como un héroe de San Francisco. Dondequiera que fuese, lo recibían gentíos,

vítores y sombreros levantados. Las cartas a su nombre invadían el Palace. Amigos y simpatizantes le hacían llegar buenos deseos en forma de dijes y talismanes, entre ellos una flauta a la que le suponían poderes mágicos. «Si la hace sonar cerca de la orilla, estoy segura de que los lobos acudirán aullando», decía la nota adjunta^[288]. Una asociación bíblica aportó una caja de biblias para la tripulación. El gobernador de California, William Irwin, organizó un almuerzo. La Cámara de Comercio de San Francisco emitió un comunicado en el que alababa al «valiente y experto capitán» y su «selecta tropa de resueltos hombres»^[289]. Una popular médium local que afirmaba «ver con ojos inmateriales»^[290] celebró una sesión de espiritismo y determinó que De Long llegaría «más lejos que cualquier otro ser humano» y sobreviviría a la aventura para «morir tranquilo» en su cama.

De Long recibió innumerables misivas de especialistas en el Ártico, algunas bastante agoreras. Uno de ellos predijo solemnemente que en el paralelo 87, De Long y sus hombres «se toparían con un calor tropical proveniente del centro hueco de la Tierra»^[291]. Otro autor se mostraba convencido de que la expedición demostraría «la viabilidad de la comunicación trasoceánica entre el Pacífico e Inglaterra con propósitos comerciales» a través del estrecho de Bering. Lo único que tenía que hacer De Long era cartografiar la ruta, que podría quedar fácilmente marcada con un sistema de faros y boyas.

Entretanto, periodistas de todo el país batallaban por asegurarse entrevistas exclusivas con De Long. El capitán rechazó todas las ofertas, a menudo con hosquedad: «No tengo más información que aportar sobre el particular». De Long había aprendido el valor de la discreción y, además, no tenía tiempo para malgastar. «De Long ya está congelado y no hay manera de caldearlo», lamentaba un reportero.

Una tarde se celebró en la Academia de Ciencias de California una recepción en honor a De Long y sus oficiales. Estuvieron presentes destacados científicos de toda la Costa Oeste. Se mostraron muy interesados por lo que De Long descubriría en el Ártico y lo que esperaba conseguir allí. Al responder a sus consultas, De Long lo hizo con reticencias y parquedad de palabras:

Una de las cosas más difíciles, si no, de hecho, imposibles, es dar comienzo a una expedición de este tipo adelantando lo que se va a hacer. Tras alcanzar el paralelo de latitud setenta y uno, accederemos a un gran espacio en blanco. Me permitirán, por ello, que no trate de explicar lo que vamos a hacer. Si fueran tan amables de mantenernos en su recuerdo durante nuestra ausencia, intentaremos explicar lo que hemos hecho, en efecto, a nuestra vuelta, lo cual será más interesante, me atrevo a decir. Solo puedo pagarles con mi más sincero agradecimiento por el interés manifestado en nuestra particular empresa^[292].

Los científicos de la academia ofrecieron un brindis y a continuación De Long y sus oficiales abandonaron la recepción con una ovación entusiasta.

Unos días más tarde, De Long visitó el Merchants Exchange Club para departir con unos expertos muy distintos a los anteriores: capitanes balleneros muy conocedores del Ártico. La reunión había sido organizada por William Bradford, buen amigo de De Long, famoso pintor de espectaculares paisajes árticos que estaba muy familiarizado con el mundo ballenero. Bradford pensaba que sería interesante que De Long dispusiera de «cualesquier informaciones y sugerencias que los balleneros, por su experiencia, pudieran ofrecer»^[293].

La reunión con el nutrido grupo se convirtió en un seminario sobre el Ártico y sus condiciones. Bradford hizo las veces de moderador y, uno a uno, los capitanes hablaron sobre sus experiencias: eran hombres canosos y de manos manchadas de grasa, la mayoría oriundos de Nueva Inglaterra, que entendían mejor que nadie lo traicionero del Ártico. Pertenecían al mismo entorno que los marinos con que se había reunido De Long en New Bedford, Massachusetts, unos años antes, quienes le aseguraron que navegar rumbo norte a través del estrecho de Bering sería como «ir cuesta abajo». Se compartieron en esa ocasión conocimiento, leyendas y rumores: todos habían oído hablar de la misteriosa Tierra de Wrangel.

De Long les agradeció sus consejos y les hizo pormenorizadas preguntas. Los capitanes no ahorraron palabras sobre los peligros de la banquisa. El verano de 1871, treinta y dos barcos balleneros, cuyas tripulaciones sumaban más de mil hombres, habían sido destruidos tras internarse entre los hielos al norte del estrecho de Bering. Aun así, muchos de los presentes creían que, si conseguía ver el final de aquel hielo, De Long terminaría dando con el Mar Abierto Polar. «¡Cómo envidiamos al teniente De Long! —sentenció por escrito, en un inglés plagado de faltas, el capitán Benjamin Franklin Homan—. Qué hermoso, cálido y agradable debe de ser ese mar de aguas tibias en torno al polo. Allí hallará todo tipo de vida y frutos estivales. ¡Qué encantador edén en que vivir!»^[294].

Uno de los marinos guardaba un lúgubre silencio. «No se aventuró a dar opiniones ni ofreció sugerencia alguna», recordaría más tarde Bradford^[295]. Aquel hombre taciturno era Ebenezer Nye, una leyenda entre los balleneros. Se trataba de un marino adinerado, capitán del *Mount Wollaston*, que tenía además intereses en otros barcos balleneros. De cincuenta y siete años, provenía de New Bedford y llevaba embarcado desde los nueve años. Se había labrado toda una reputación de superviviente: había naufragado tres

veces en el Ártico y en una ocasión navegó a la deriva en un bote por el Pacífico sur durante veintiún días, durante los cuales perdió más de treinta kilos de peso. Bradford consideraba a Nye «uno de los mejores capitanes balleneros, entre los más valientes y veteranos [...] No hay hombre que conozca mejor los peligros de los mares fríos»^[296].

Desasosegado por la reserva de Nye, Bradford se puso en pie y se dirigió a él:

—El capitán Nye no nos ha ofrecido aún su opinión y queríamos conocerla —exhortó.

Nye se puso en pie a regañadientes:

—Caballeros, no hay mucho que decir sobre este asunto^[297]. —Señaló que él mismo pondría rumbo próximamente al norte para buscar ballenas frente a los mismos hielos a los que se dirigía De Long, no lejos de la llamada Tierra de Wrangel—. Teniente De Long, cuenta usted con un barco sólido, ¿me equivoco?

De Long asintió. Tras los trabajos de refuerzo realizados en Mare Island, De Long estaba convencido de que el *Jeannette* podría abrirse camino hasta el polo.

—¿Lo ha equipado lo mejor posible? —insistió Nye.

—Sí —repitió De Long.

—¿Y lleva consigo provisiones abundantes y todo el carbón que quepa en las bodegas?

De Long afirmó por tercera vez.

El capitán meditó sobre las respuestas que había recibido.

—Entonces, métalo en el hielo y deje que este lo empuje, y quizá pueda pasar al otro lado. O quizá termine en el infierno. Las probabilidades son parecidas.

El 8 de julio, día de la partida del *Jeannette*, amaneció lóbrego, como haciéndose eco de las palabras del capitán Nye. Durante toda la mañana retumbaron los cielos sobre San Francisco. En el Merchants Exchange Club, los marinos refunfuñaban ante la meteorología y predecían «un tiempo feo»^[298] para el *Jeannette*. «Va a tener una mar endiabladamente dura a lo largo de toda la costa», se oyó decir a un capitán^[299]. Sin embargo, poco antes de mediodía, el sol empezó a vislumbrarse entre las nubes, los vientos amainaron y se instaló una brisa ligera del suroeste, muy favorable. Al poco, se despejó el día y en el aire limpio y nítido apenas se veía una voluta de

niebla coronando el monte Tamalpais. «La naturaleza ha cedido», escribió un periodista^[300].

Las campanas tañían por toda la ciudad y una muchedumbre se agolpaba en los muelles y por las laderas de la colina Telegraph, que a primera hora de la tarde a uno de los observadores le parecía «el lomo erizado de un puercoespín gigantesco»^[301]. El decrepito muelle Meiggs, al final de Market Street, se bamboleaba bajo el peso del gentío. En el embarcadero, la policía montó una barricada y, porra en mano, procuraba mantener el control.

El barco que todos habían ido a ver se encontraba anclado ante isla Yerbabuena, cabeceando suavemente en las aguas someras de la bahía, las vergas amantilladas y la chimenea escupiendo de cuando en cuando nubecillas de humo negro. «Esa pequeña pero sólida bricbarca —contaba el *Daily Alta California*— es el blanco de todas las miradas»^[302]. En el palo mayor ondeaba el pabellón estadounidense y el pendón de seda azul que Emma había tejido. El barco había sido pintado una vez más y limpiado hasta quedar reluciente. Se notaba claramente, por ir bastante hundido, que iba cargado hasta las bordas de carbón y provisiones. Se veía a algunos expedicionarios caminando sobre la cubierta o escalando por los aparejos. Otros tripulantes se asomaban a las batayolas «contemplando con ojos tristes la ciudad de la riqueza y el lujo, cuyas calles quizá no volvieran a pisar jamás»^[303].

Decenas de veleros surcaban la bahía, elegantes barcos de recreo con nombres coquetos como *Frolic* («Retozo»), *Magic* («Magia»), *Lively* («Alegre»), *Virgin* («Virgen») o *Startled Fawn* («Cervatillo Espantado»). La flota completa del club náutico de la ciudad había respondido al llamamiento del Comodoro de escoltar a De Long hasta el mar. A los veleros se sumaron remolcadores, barcos pesqueros y vapores cargados de personas que querían despedir al *Jeannette*. Los capitanes de esta heterogénea flotilla fondeaban sus barcos, los dejaban a la deriva o navegaban en círculos esperando el momento en que por fin el *Jeannette* zarpase.

Cuando dieron las dos, todos los oficiales y tripulantes del *Jeannette* estaban ya a bordo, salvo uno: De Long. El comandante continuaba en la *suite* del hotel Palace, con Emma. Uniformado de pies a cabeza, se sentó ante su escritorio para ultimar una carta oficial dirigida a Washington:

San Francisco, California, 8 de julio de 1879

Honorable R. W. Thompson
Secretario de la Armada

Señor:

Tengo el honor de informarle de que el Jeannette se encuentra a todos los respectos preparado para navegar y zarpará a las tres en punto de esta tarde, rumbo a la región ártica. Querría expresarle que valoro la gran responsabilidad con que se me ha investido y asegurarle que me empeñaré en este importante cometido para mayor prestigio de este barco, la Armada y el país. Deseo asimismo que conste mi total convencimiento de que nada ha faltado a esta expedición, gracias a la largueza y la iniciativa del señor James Gordon Bennett.

*Su humilde servidor,
George W. De Long^[304]*

Al poco de firmar la carta, De Long hizo un gesto a Emma. Juntos tomaron uno de los «cuartos elevadores», bajaron al vestíbulo y montaron en un carruaje que los esperaba. El cochero los llevó a toda velocidad hasta el muelle situado al pie de Washington Street. Cuando los De Long salieron del carruaje, a las tres en punto, se elevó un rumor entre la muchedumbre, estimada en más de 10 000 personas.

Se trataba de un «considerable gentío», según dijo el propio De Long^[305], quien también observó que la colina Telegraph aparecía «oscurecida por los curiosos»^[306]. Al bajar del carruaje, el comandante se giró y se quitó el sombrero en señal de gratitud; a continuación, la pareja intentó avanzar entre dignatarios y personalidades, en busca del muelle. Una vez frente al mar, con miles de espectadores a sus espaldas silbando y agitando sombreros, De Long y Emma subieron a un pequeño bote y fueron velozmente trasladados al *Jeannette*. El plan era que Emma acompañara a su marido hasta el estrecho Golden Gate, donde se despediría de él. Ella y William Bradford —el amigo íntimo de De Long, que ya había embarcado— regresarían a la ciudad en uno de los veleros del convoy.

Sobre las cuatro, el *Jeannette* levó anclas y su hélice empezó a girar. El barco viró lentamente hacia la isla de Alcatraz. Tan pesada era la carga de carbón y provisiones que algunos escépticos se preguntaban si De Long podría siquiera navegar más rápido que los icebergs. El barco «se movía tan despacio —apuntó el *Chronicle*— que muchos se preguntan, mordaces, si será capaz de escapar a las lentísimas fauces del hielo en las futuras horas de peligro»^[307]. A la velocidad con que zarpó, señalaba el periódico de la localidad de Vallejo, «le llevaría diez años alcanzar el polo norte [...] si el viento le es favorable»^[308].

El *Jeannette* atravesaba la bahía dejando tras de sí una estela de humo negro. Los veleros retozaban alrededor y los pasajeros de los trasbordadores de vapor se aferraban a las barandillas, gritando adioses entre nubes de pañuelos. A Melville, el ingeniero, le pareció una despedida «regia», con tantos «alegres lobos de mar lanzando hurras y disparando al aire con

estruendo ensordecedor»^[309]. De Long cerca estuvo de emocionarse con aquella «inmensa demostración de afecto».

No obstante, el capitán no pudo evitar reparar en que la Armada no formaba parte de la celebración. «Ningún oficial de la Armada en la ovación de despedida —escribió De Long más adelante—. Me resultó mortificante»^[310]. Esa ausencia era especialmente llamativa, pues De Long sabía que tres barcos de la Escuadra del Pacífico —el *Alert*, el *Alaska* y el *Tuscarora*— estaban fondeados a pocas millas. Como si aquello no fuera suficientemente insultante, un remolcador de la Armada atravesó la estela del *Jeannette*, dirigiéndose a ocuparse de algún encargo, y ni siquiera hizo sonar su sirena. En opinión de Emma, la Armada estaba dando un «trato execrable»^[311] al acontecimiento, celosa quizá por las atenciones cosechadas por el *Jeannette* en todo el mundo. Sin duda, a sus atrincheradas jerarquías políticas les incomodaba la naturaleza híbrida del proyecto, a caballo entre lo público y lo privado.

Sin embargo, cuando el *Jeannette* estaba a punto de atravesar el estrecho de la Golden Gate para abandonar la bahía de San Francisco, el Ejército redimió los descuidos de la Armada: el 4.º de Artillería lanzó once salvas de cañón desde las murallas del Presidio. Los cañonazos resonaron sobre las aguas de la bahía, haciendo las delicias de los tripulantes del *Jeannette*. Collins, uno de los dos científicos, se regocijó en el espectáculo de «los grandes cañones retumbando y las apretadas nubes de humo blanco descendiendo lentamente hacia el mar»^[312]. Melville, el ingeniero, lo consideró «un solemne amén a las despedidas de los ciudadanos. [...] Jamás vi una partida tan auspiciosa»^[313].

De Long respondió a la cortesía del Ejército arriando y arbolando de nuevo el pabellón, y de las «descaradas gargantas»^[314] de los remolcadores que los acompañaban brotó un coro de pitos. «Vemos ahora la vieja bandera ondeando alto sobre su mástil, por encima del baluarte del Tío Sam —escribió Collins—. Adiós, valientes muchachos. Que vuestras armas saluden siempre a los amigos y aterroricen a los enemigos. Ni uno solo de los hombres a bordo muestra una sombra de melancolía en el rostro. Nos llena de dicha saber que millones nos envían amistosos sus buenos deseos»^[315].

Muy pronto, el *Jeannette* navegaba hacia el mar abierto, remontando olas conforme avanzaba rumbo noroeste. Una neblina velaba el cielo y soplaban un viento firme. Collins quiso animar el ambiente en la cámara de oficiales

sentándose al pequeño armonio y regalando a Emma y George varias piezas de la nueva opereta cómica de Gilbert y Sullivan, *H. M. S. Pinafore*. Sobre las seis de la tarde, uno de los veleros del convoy, el *Frolic*, se acercó a la popa. De Long sabía que había llegado el momento de que Emma y Bradford regresaran a tierra firme. «Es la hora [...] se acabó el tiempo —escribió Collins—. Dejamos atrás la civilización, hasta nuevo aviso»^[316].

Emma tuvo un momento de intimidad con el doctor Ambler, a quien con el tiempo había hecho su confidente. «¿Hará usted compañía a mi esposo? —pidió al médico—. Ya sabe usted cuán solitaria es la tarea de un oficial al mando»^[317].

Ambler prometió que lo sería, pero matizó sus palabras. «El Ártico es un lugar peculiar —dijo—. Sin duda, perderemos el sentido de la proporción. Sea indulgente en sus juicios sobre nosotros».

De Long interrumpió la conversación: «Es la hora». Se arrió un bote desde el pescante y Emma estrechó la mano del resto de los oficiales, despidiéndose de todos y cada uno de ellos «con una fortaleza casi heroica», en palabras de Collins^[318]. Entonces, se volvió para dirigirse a parte de la marinería: «Sean buenos amigos y aúnen esfuerzo [...] ¡deben hallar el éxito! —pidió—. Ruego que apoyen a su comandante»^[319].

George y Emma subieron al bote y Bradford los imitó. Los marineros remaron hacia el *Frolic* y «en el alcázar del *Jeannette* no quedaron ojos que no se humedecieran», según el testimonio de Collins^[320]. A Bradford el trasbordo se le hizo interminable. «El silencio era opresivo. Solo se oía el chapoteo de los remos y el crujido de los escálamos»^[321]. Tras alcanzar el costado del *Frolic*, De Long apretó la mano de su esposa y dijo sencillamente: «Adiós». Ella lo rodeó con sus brazos y se besaron. Según confesaría más tarde, solo entonces el comandante sintió en su interior «lo que significaba mi partida, con toda su fuerza. Quedé anonadado»^[322].

Emma subió al velero y, a continuación, se giró para mirar a George una última vez. Le lanzó una mirada que pareció a Bradford «una devota oración sin palabras»^[323]. Bradford se daba cuenta de que «el dolor de la despedida se veía intensificado por la frustración de no poder compartir con su esposo el duro camino que tenía por delante». De Long parecía titubear, «perturbado por un momento». Al instante, recuperada la compostura, se volvió a los hombres que le acompañaban y ordenó: «Remen». Empezó así el camino de vuelta a su barco.

Emma observó al *Jeannette* hasta que se convirtió en un mero punto gris en el horizonte. Cuando desapareció de la vista, el *Frolic* volvió la proa hacia

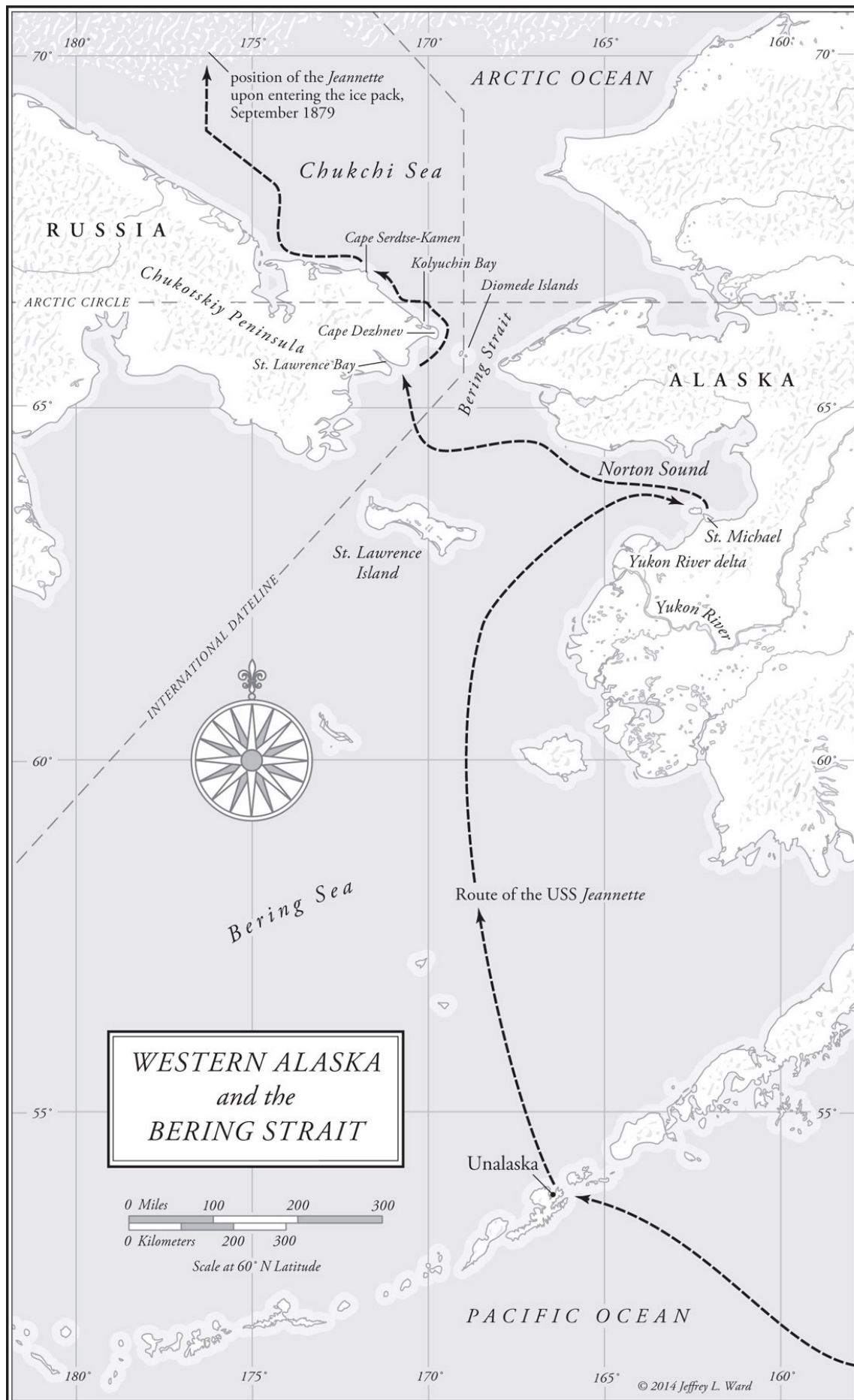
San Francisco y ella descendió bajo cubierta. «Solo ansío la soledad — escribí—. Ha tomado posesión de mí una total apatía. Me ha parecido [...] el fin de todas las cosas»^[324].

A bordo del *Jeannette*, De Long se sentó ante su escritorio. La Expedición Ártica Estadounidense había comenzado, escribió felizmente en su bitácora personal. «El barco ha iniciado su viaje hacia esa ignota región del mundo situada al norte del estrecho de Bering. Que Dios nos asista a todos»^[325].

El *Jeannette*, en palabras de un periodista del *Chronicle*, se convirtió en «una silueta oscura y alargada que se recortaba contra el colorido ocaso»^[326]. Al poco, desapareció. «De aquí a tres años, De Long anunciará probablemente su regreso. Por hoy, el mundo lo ha perdido. Navega en este instante hacia lo oscuro y solo nos queda esperar escudriñando las lindes de esa oscuridad, esperando el primer resplandor de las velas blancas del *Jeannette*».

PARTE III

Un maravilloso lugar en que aprender a ser paciente



Un callejón sin salida

Cuando el *Jeannette* navegaba rumbo norte hacia el estrecho de Bering, otro barco mundialmente famoso hacía la ruta inversa, bajando por la costa rusa del Pacífico norte. Se trataba del *Vega*, buque de exploración de Adolf Nordenskiöld. El mundo no lo sabía aún, pero el científico y explorador finlandés de origen sueco había abandonado un mes antes su base invernal del noreste de Siberia y se dirigía a Japón a velocidad de crucero, donde anunciaría su notable hazaña: Nordenskiöld se había convertido en el primer navegante en completar el paso del Noreste, a saber, la circunnavegación de Eurasia por su litoral septentrional^[327]. El *Vega* se había logrado abrir paso a lo largo de las 8000 millas de costa ártica rusa, haciendo cabotaje durante la mayor parte del recorrido.

De Long había supuesto desde el principio que Nordenskiöld estaría a salvo y que, en efecto, no había atravesado ningún peligro. El escandinavo no necesitaba ser encontrado, como tampoco Livingstone había necesitado rescate alguno en África. Sin embargo, Bennett quería su momento «De Long encuentra a Nordenskiöld» y no había más que hablar.

En cualquier caso, Nordenskiöld reapareció en un momento especialmente desafortunado para De Long, justo una semana antes de la llegada del *Jeannette* a la región del estrecho de Bering. Cuando De Long se aproximaba a aguas de Alaska, el *Vega* enfilaba ya las islas Kuriles. Como expresó un historiador del Ártico: «En algún lugar del neblinoso estrecho de Bering, entre las islas Aleutianas y el golfo de Norton, el USS *Jeannette* y el barco que debía encontrar se cruzaron con derrotas opuestas»^[328].

Mientras tanto, en Washington se preparaba otro golpe de mala suerte. A principios de verano, una goleta del Servicio Geodésico y Costero de los Estados Unidos se dirigía hacia el Ártico tras un ambicioso viaje de investigación de varios años a lo largo y ancho del Pacífico norte y el mar de Bering. Los oceanógrafos y meteorólogos contratados del Servicio Geodésico habían llevado a cabo análisis muy pormenorizados de las corrientes oceánicas, las profundidades, salinidades, temperaturas y vientos

predominantes. Específicamente, esa expedición científica se interesó por la *kuroshio*, la corriente de aguas oscuras que fluía frente a las costas de Japón. Restaba analizar la mayor parte de los datos, pero ya se habían identificado una serie de patrones claros.

Según los estudios realizados, la *kuroshio* no era tan poderosa, cálida ni homogénea como la corriente del Golfo. Tras dejar atrás la costa japonesa e internarse en mar abierto, el gran río marino se dividía en varias corrientes subsidiarias y su fuerza iba declinando. De hecho, las corrientes predominantes en el estrecho de Bering eran de aguas frías y fluían hacia el sur.

Las conclusiones finales de esa expedición científica norteamericana fueron redactadas por William Healey Dall, eminente naturalista formado en Harvard que había publicado artículos sobre antropología, paleontología, oceanografía y ornitología, y había llevado a cabo múltiples estudios meteorológicos para la Smithsonian Institution. Dall había viajado en muchas ocasiones a Alaska y era muy conocido en toda la región.

El informe de Dall sobre la Corriente Negra era inequívoco: «La *kuroshio* no continúa en ninguna de sus ramificaciones más al norte de las islas Aleutianas y Kamchatka —escribió—. Ninguna corriente de aguas templadas entra en el estrecho de Bering desde el mar homónimo. Es imposible que el estrecho transporte corriente templada alguna en cantidad suficiente para ejercer un efecto sensible en la cuenca polar. De nuestros estudios no se desprende que exista una manera sencilla de acceder al polo norte o, en general, de navegar rumbo norte con ayuda de una supuesta corriente. Las investigaciones realizadas tampoco apuntan a la hipótesis, muy extendida pero sin respaldo científico, de que puedan existir en el Mar Polar grandes extensiones sin hielo»^[329].

Cuando se publicaron estas devastadoras conclusiones, De Long había zarpado ya desde San Francisco, así que se marchó sin conocerlas. Los resultados de esos estudios ponían en entredicho casi todas las hipótesis científicas, muy acuñadas ya en el imaginario popular, que fundamentaban la expedición del *Jeannette*. (Tras la partida de este, el *Herald* afirmó que fuera de toda duda existía «una corriente que fluía desde el océano Pacífico hasta el océano Ártico a través del estrecho de Bering»). Sin embargo, los resultados de la investigación del Servicio Costero y Geodésico demostraban que esa corriente no se sumergía por debajo del casquete polar. El portal termométrico al polo no existía y, probablemente, tampoco el Mar Abierto

Polar. Las teorías de Silas Bent, Matthew Fontaine Maury y el difunto August Petermann eran estrepitosamente incorrectas.

Mientras el *Jeannette* surcaba el Pacífico rumbo norte, científicos y burócratas en Washington digerían lentamente los nuevos datos. Toda la información recabada convertía el viaje de De Long en un proyecto insensato, incluso antes de llegar a su etapa más exigente.

Otro científico, el respetado médico y químico Thomas Antisell, había estudiado en detalle los datos recopilados por la expedición del Servicio Costero. El doctor Antisell, en una alocución ante la American Geographical Society de Nueva York, se mostró despiadado en sus conclusiones. El norte del océano Pacífico no ofrecía, a efectos prácticos, ningún tipo de pasaje expedito hacia el norte. «No es otra cosa que un callejón sin salida»^[330].

«Nipped»

El 12 de agosto, algo más de un mes después de atravesar el estrecho de la Golden Gate, el USS *Jeannette* se internaba en las tranquilas aguas del golfo de Norton. Tras echar el ancla frente a St. Michael (Alaska), un decrepito cañón de hierro, fundido probablemente en la época de dominación rusa, disparó desde el fuerte unas pocas salvas en honor al *Jeannette*.

St. Michael era un asentamiento con factoría fundado por orden del zar Nicolás I en 1833. Se trataba del centro comercial y de negocios más importante de ese nuevo e inexplorado territorio del lejano norte y de toda la región. El lugar no tenía gran cosa: unos cuantos almacenes destartalados, un arsenal, unas pocas casas apiñadas en racimos y una vieja iglesia ortodoxa rusa. Aquel sería el último lugar en que De Long podría avituallarse, rellenar las carboneras, hacer acopio de pieles y enviar correspondencia.

St. Michael se situaba a menos de cien millas de la boca más septentrional del delta del Yukón, desde el que se vertía una gran nube de sedimentos entre rojizos y pardos que se internaba mar adentro. Frecuentaban aquel asentamiento balleneros, cazadores de focas, mineros, tramperos, mercantes y agentes comerciales que vendían suministros a quienes se aventuraban en el interior de Alaska. Se decía que en St. Michael se embarcaba anualmente más de un millón de dólares en pieles, curtidas y sin curtir.

Era la temporada en que llegaban los barcos procedentes de San Francisco. En esa época del año, cientos de nativos norteamericanos e inuits acampaban en el exterior del fuerte para entrevistarse con los comerciales de las compañías peleteras e intercambiar pieles y pescado seco por ron, armas y calicó. Los indígenas se agolpaban en torno a hogueras alimentadas con la madera de deriva que arrastraba el Yukón. Era la hora de la fiesta, de los concursos de lucha y tiro de soga bajo el sol de medianoche: el *mallemaroking*, como los balleneros estadounidenses y británicos llamaban a la parranda y la borrachera en tierras árticas.

De Long quería que sus hombres disfrutaran de unos pocos días del verano ártico y del festivo bullicio de aquel pequeño fuerte, allá en el más

septentrional y remoto límite del imperio estadounidense. Aun así, De Long creía que St. Michael era «un lugar desgraciado»^[331]. En su opinión, el aire olía a decadencia, a una corrupción y un libertinaje espoleados por el alcohol y la codicia. No obstante, era consciente de que aquel sería quizá el último reducto de civilización, por mínima que fuese, que pisarían en años. «Probablemente St. Michael quede en el recuerdo como una especie de paraíso en la tierra»^[332].

A De Long le llevó treinta y cinco días cubrir las casi 3000 millas que separan San Francisco de St. Michael. El barco, sobrecargado de carbón, «se mecía y se revolvía como un cerdo»^[333], como decía él mismo, aunque los primeros días habían disfrutado de una navegación muy tranquila y la tripulación estaba muy animada. Por las noches, Collins se sentaba al órgano y tocaba canciones, y los hombres rompían a cantar acompañados de panderetas y violines.

Collins, tímidamente al principio, compartía juegos de palabras con la tripulación. Roto el hielo, Collins no se pudo contener. «Algunos eran buenos —juzgó De Long— y otros rematadamente malos»^[334]. Algunos eran incomprensibles: quizá chistes solo aptos para irlandeses que el resto de la tripulación no entendía. «Durante una temporada nos dio por rehuir de manera sistemática sus chistes —escribió De Long—. Cada vez que contaba uno, le dedicábamos miradas inocentes y curiosas para que se explicara, lo cual hacía hasta dos o tres veces, hasta que por fin exclamaba que nuestra inteligencia debía de estar menguando conforme nos alejábamos de San Francisco. Ahora, no obstante, le dejamos explayarse y nosotros nos permitimos alabar los chistes buenos y condenar los malos»^[335].

En general, De Long no podía sentirse más satisfecho con sus hombres. «Somos una pequeña familia —dijo—. Mi tripulación es la mejor que haya surcado los mares. No ha habido el menor desacuerdo ni la sombra de una queja». Aquellos hombres eran una muestra muy completa de la sociedad estadounidense de la época, mayormente inmigrante: duros, independientes, esperanzados y anhelantes de una vida mejor que la que habían dejado en el Viejo Mundo. Había alemanes, dos daneses, dos irlandeses, un finlandés, un escocés, un noruego, un ruso. Había estadounidenses de origen francés y neerlandés, unos pocos con raíces en las minorías escocesas del Ulster irlandés y tres chinos.

De Long se sentía especialmente satisfecho con el cocinero chino, Ah Sam, y también con el camarero, Charles Tong Sing, contratados en el barrio chino de San Francisco. Según De Long, Ah Sam cocinaba muy bien y cada vez lo hacía mejor. Era un prodigioso panadero y, aunque la marinería se quejaba de que el café le salía muy flojo, poco a poco fue cogiendo el truco y parecía disfrutarlo. Sam y Charley eran «impermeables a los incordios de los demás» y, en palabras de De Long, «siempre estaban alegres». Parecía que «les traía sin cuidado el futuro, y no se preocupaban por el pasado».

Sin embargo, el tercer tripulante chino que De Long había contratado — Ah Sing, el mozo de camarotes— era un verdadero desastre. Nervioso, sin coordinación y despistado hasta lo indecible, Ah Sing no hablaba inglés y andaba todo el día dando vueltas de aquí para allá, tirando comida y bebida sobre las mesas del comedor o rompiendo platos y tazas. Era «un rematado inútil», en opinión de De Long. «Su estupidez ha hecho que me salgan canas antes de tiempo»^[336]. Ah Sam y Charles Tong Sing trataban de corregir al muchacho constantemente, dedicándole largas reprimendas en chino. Había algo inquietante en su dulce e inmutable sonrisa, que desquiciaba a todo el mundo, especialmente a Melville. De Long contaba en su diario: «Si le diera permiso, Melville lo bajaría a tierra y le pegaría un tiro»^[337].

De Long había decidido hacer una breve parada para cargar vellones, pieles de foca y ciervo, mantas, seis toneladas de pescado seco y ciento cincuenta de carbón en la isla de Unalaska, una de las Aleutianas. Dejó correspondencia a un vapor que navegaba rumbo sur y a continuación puso la proa dirección al neblinoso estrecho de Bering para continuar la larga travesía hacia St. Michael.

Durante varios días, el *Jeannette* encontró una mar gruesa que mareó horriblemente a los menos experimentados. Ah Sing parecía «un cadáver resucitado —según De Long—. Era una sombra de sí mismo. Su larga trenza deshecha se agitaba al viento en una masa informe de pelo. En verdad temí por su vida»^[338]. Sin embargo, quien peor lo pasó fue el chistoso irlandés. «El pobre Collins se sentía tan indispuerto que no recordaba ni su nombre —escribió De Long, y remató con sorna—: Al menos disfrutamos de unos días sin chistes»^[339]. Sin embargo, para desgracia del capitán, cuando el *Jeannette* se aproximaba ya a St. Michael, Collins, ya recuperado, «volvió a ellos».

De Long tuvo que esperar en St. Michael casi una semana al *Francis Hyde*, la goleta que Bennett había fletado desde San Francisco para transportar la

última carga de carbón del *Jeannette*. El capitán se dedicó en esos días a otras cuestiones. Compró pescado ahumado y carne cruda. Encargó a los nativos que cosieran monos de piel y mantas de piel de foca. Compró botas de reno y pellejos surtidos de lobo y visón. Preguntó a los nativos si sabían o habían escuchado rumores sobre el paradero de Nordenskiöld: nadie había oído nada. Los representantes de la Alaska Commercial Company le ofrecieron más armas y municiones. A los inuits les compró cuarenta perros de tiro: «Unos animales excelentes, jóvenes y activos, que se mostraron cariñosos conmigo cuando los visité en tierra firme»^[340].

Los planes originales de De Long eran llevar perros desde el primer momento, aun sabiendo que ni él ni ninguno de sus hombres sabía manejarlos ni cuidarlos. De Long explicó a los lugareños que necesitaba contratar a dos hombres expertos. Pronto aparecieron dos jóvenes dispuestos a enrolarse: Alexey, que se presentó diciendo que era cazador, y un amigo suyo llamado Aneguin. Aunque hablaban un poco de inglés, ninguno de los dos inuits entendieron muy bien la expedición: adónde se dirigía, qué objetivo tenía o los riesgos a que se enfrentarían. Los atrajo principalmente lo que a ellos les pareció un salario desmesurado. A Alexey se le remuneraría con veinte dólares mensuales, más un pequeño estipendio para su esposa e hijo. Además, tras la expedición, recibiría una bonificación: un fusil de repetición Winchester y mil cartuchos. A Aneguin, más joven y soltero, se le pagaría algo menos.

El *Francis Hyde* llegó por fin con el muy esperado cargamento de carbón y De Long fijó la fecha de partida el 21 de agosto. Esa mañana, los dos inuits abordaron el *Jeannette* para familiarizarse con el barco. Los acompañaba una muchacha: se trataba de la esposa de Alexey, una mujer voluminosa y tímida cuya amplia sonrisa no enmascaraba la preocupación que sentía por su marido. También subió al navío el joven hijo de la pareja. La despedida conmovió a todos los tripulantes del *Jeannette*, muchos de los cuales añoraban sin duda a sus esposas y novias. Marido y mujer se sentaron, tomados de la mano, sobre unos sacos de patatas junto a la puerta de los camarotes.

Collins, que capturó el momento en un despacho para el *Herald*, opinaba que la esposa de Alexey «se comportó con gran decoro dadas las circunstancias, mostrando una gravedad templada por el afecto hacia su esposo». Ahí se quedaron un rato, hablándose en voz baja, con lágrimas en los ojos. Las aves marinas volaban en círculos sobre la nave, cuyo casco crujía y temblaba cuando la nueva carga era depositada sobre la cubierta. La

pareja inuit «intercambiaba votos de fidelidad eterna y yo me sentí profundamente conmovido», dejó escrito Collins^[341].

De Long, pensando quizá en su despedida de Emma, se sintió igualmente emocionado. Intentó buscar algo que dar a la mujer inuit como recuerdo del barco en el que su marido viviría los próximos dos o tres años. Lo mejor que pudo encontrar fue una taza de porcelana con su plato, marcados con las palabras «UNITED STATES NAVY» en letras doradas. La esposa de Alexey aceptó el regalo con gratitud. «Parecía sobrepasada por la emoción de poseer un tesoro único como aquel —escribió Collins—, y enseguida lo ocultó entre los amplios pliegues, que hacían las veces de sacos de almacenamiento, de su vestido de pieles»^[342].

Cuando De Long anunció que había llegado el momento de que los visitantes dejaran el barco, Alexey se mostró reacio a abandonar a su mujer. «Tomados de la mano, caminaban alrededor de la cubierta sin detenerse — cuenta Melville—. Hasta que finalmente, atenazados por la duda y el miedo, se separaron con mirada amorosa»^[343].

Antes de que De Long pudiera poner rumbo al Gran Norte, debía cumplir un último encargo: descubrir qué había ocurrido con Nordenskiöld. No estaba obligado a encontrarlo, pero sí a encontrar pruebas convincentes de que su barco, el *Vega*, había pasado el invierno en puerto seguro y no necesitaba ayuda. A De Long le seguía fastidiando tener que dedicar tiempo a aquello, pero la orden provenía directamente del secretario de la Armada y no quiso eludir sus responsabilidades. Por supuesto, De Long no sabía que el misterio ya se había resuelto. Temía desperdiciar semanas, si no meses, en esa complicada búsqueda. La noche del 21 de agosto, el *Jeannette* levó anclas y, con el *Francis Hyde* en su estela, puso rumbo oeste, hacia la costa siberiana, a la busca de algún rastro del explorador supuestamente perdido.

El *Jeannette* atravesaba el mar de Bering envuelto en una violenta tempestad cuando, repentinamente, una enorme ola rompió sobre la cubierta y golpeó la parte anterior del camarote de De Long. El vidrio de la ventana estalló en mil pedazos y la estancia se inundó. «Me encontraba dormitando en mi butaca cuando, de repente, me vi sumergido en el agua y cubierto de pedazos de vidrio roto. Todas mis pertenencias flotaban a mi alrededor», escribió^[344].

El convoy se aproximaba a la bahía de San Lorenzo, ya en Rusia. Allí, De Long envió una partida de exploración a tierra firme con la misión de

recabar información sobre el paradero de Nordenskiöld. Los nativos chukchis parecían saber algo sobre un barco extranjero que había invernado entre los hielos, en esa misma costa, más al norte. Otros recordaban haber visto un vapor costeando hacia el sur el mes de julio.

Sin perder un segundo, De Long puso proa al norte y el *Jeannette* se dirigió a toda máquina a las islas Diómedes, situadas en mitad del estrecho. El 27 de agosto, en aguas abiertas, el *Jeannette* y su ténder carbonero, el *Francis Hyde*, se prepararon para la despedida. De Long ordenó embarcar una última carga de carbón y dejó al capitán del *Francis Hyde* la que sería su última correspondencia, incluida una carta para Emma. Además, decidió enviar de vuelta a San Francisco a Ah Sing, el incorregible mozo de camarotes. No tenía sentido que siguiera en el barco. «He despedido al muchacho chino — escribió De Long—. Embarcó en el *Francis Hyde* con la misma sonrisa infantil e insulsa que siempre lo caracterizó, aceptando estoicamente lo inevitable»^[345].

Entonces, el *Jeannette* viró hacia el norte y la goleta hacia el sur. En el fajo de cartas que transportaba el *Francis Hyde*, había un despacho de Collins para el *Herald*, en el que concluía lo siguiente: «Sabiendo que contamos con la simpatía de a quienes dejamos en el hogar, partimos hacia el norte confiando en la protección de Dios y en nuestra buen fortuna. ¡Hasta la vista!»^[346].

De Long puso proa al cabo Este, el extremo oriental del continente eurasiático, conocido hoy como cabo Dézhnev. Atracó allí y visitó un poblado cercano. Sirviéndose de Alexey como intérprete, supo de boca de una anciana nativa que, en efecto, el barco había pasado el invierno en la llamada bahía Kolyuchin, más al norte, en esa misma costa.

Tras cruzar el círculo polar ártico, el *Jeannette* tocó tierra de nuevo en el cabo Serdtse-Kamen. Los nativos del lugar acompañaron a algunos de los expedicionarios en una marcha de varias horas por la musgosa tundra, hasta un lugar resguardado en el que al parecer los extranjeros habían pasado a salvo el invierno. Acamparon allí y, rebuscando, encontraron unas latas de conserva en las que se leía «ESTOCOLMO», así como restos de papeles con texto garabateado en sueco. Los expedicionarios dieron también con «interesantes ilustraciones de algunas bellas profesionales de Estocolmo», según Danenhower^[347]. Los chukchis mostraron además a los tripulantes del *Jeannette* unos botones grabados con símbolos náuticos que habían recibido como obsequio: resultaron ser de uniformes suecos, daneses y rusos. Los

chukchis comunicaron a base de gestos que el vapor extranjero continuó su travesía sin ningún problema en cuanto el hielo se fundió.

De Long consideraba todo aquello prueba suficientemente convincente, de modo que cerró el caso y se desentendió de sus responsabilidades detectivescas. «Creo que en nuestros corazones nos sentimos agradecidos por haber averiguado por fin que Nordenskiöld estaba a salvo y poder continuar nuestro camino hacia la Tierra de Wrangel [...] la buena noticia nos alegrará el resto de la travesía»^[348].

Así pues, De Long era libre finalmente de continuar su viaje hacia el norte. El 31 de agosto el *Jeannette* abandonaba la bahía Kolyuchin y ponía rumbo hacia el lugar donde supuestamente se encontraba la Tierra de Wrangel. Estaba obligado a recuperar el tiempo perdido y a aprovechar la última ventana estival para alcanzar la máxima latitud posible. Por fin, después de tanto tiempo, «teníamos la impresión de que por fin comenzaba realmente nuestro viaje de exploración ártica», escribió Danenhower^[349].

Por primera vez en dos días, avanzaron a toda vela a través de un mar sin hielo, alcanzando una buena velocidad. Sin embargo, al poco comenzaron a vislumbrar los primeros fragmentos de hielo de buen tamaño. El termómetro cayó hasta los siete grados bajo cero, y con él la sensación térmica. Atravesaron al poco una borrasca que dejó los aparejos cubiertos de una fina película de hielo, repentino augurio de lo que estaba por venir. «Todas las velas eran una masa de nieve y escarcha —describió De Long—. Era hermoso»^[350]. La nieve no le preocupaba, pero el hielo sí. «Se observan cada vez más témpanos de gran tamaño en torno al barco —anotó—. Parecen tener un grosor uniforme, de unos dos metros».

Esta inesperada y precoz aparición del hielo se vio compensada por una noticia positiva: el 4 de septiembre, Dunbar, desde la cofa, anunció tierra en el horizonte. Se trataba de la isla Herald, apenas un islote en mitad del mar de Chukotka, bien conocido por los balleneros. (La isla no guardaba relación alguna con el periódico de Bennett, pues había sido bautizada en 1849 por el primero en avistarla y visitarla, el británico sir Henry Kellett, capitán del HMS *Herald*). La isla estaba claramente marcada en las garabateadas cartas de De Long, y el comandante sabía que un poco más allá, apenas cincuenta millas al oeste, tras la niebla, se levantaba la Tierra de Wrangel, el presunto continente transpolar de Petermann. El objetivo físico y conceptual de De Long se mantenía oculto a la vista.

Al día siguiente, los hombres del *Jeannette* consiguieron avistar Wrangel o, al menos, eso creyeron. «En varias ocasiones, poco antes del mediodía, divisamos tierra de forma clara y distinta. Parecía encontrarse más allá de la isla Herald, hacia el suroeste. En un principio me incliné a pensar que se trataba de algún tipo de espejismo. Sin embargo, nos pareció ver montañas coronadas de nieve con contornos bien definidos y nos convencimos de que no se trataba de una ilusión óptica. Me reafirmo en mi creencia de que hemos visto realmente Wrangel»^[351].

Tras otros varios avistamientos, todo el mundo se convenció: ¡tenían ante sí la Tierra de Wrangel! Se regocijaron en la cercanía del lugar en que por fin podrían encontrar resguardo para el invierno y desde el que explorarían por fin territorios desconocidos.

Sin embargo, la celebración fue breve, pues el barco se topaba con fragmentos de hielo cada vez mayores, que al embestirlos salían despedidos girando sobre sí mismos en el agua. De Long decidió ascender a la cofa y desde allí tratar de interpretar las erráticas trayectorias de los témpanos para continuar avanzando. El *Jeannette* enhebraba su trayectoria por pasajes cada vez más estrechos. «El hielo frota, rasca y corta los costados de nuestro barco. Pero serán las honorables cicatrices recibidas en buena lid con el hielo»^[352].

El tiempo pasado en la cofa junto al piloto recordó a De Long su aventura en la *Little Juniata*, frente a las costas de Groenlandia. A menudo tenía que embocar un paso y embestir una y otra vez fragmentos de hielo hasta que por fin se abría paso por alguna estrecha grieta. Las embestidas del barco a menudo provocaban en la superficie helada que se extendía ante la proa elaborados patrones de grietas que recordaban a telas de araña. El *Jeannette*, en la mayoría de los casos, era capaz de «apartar los témpanos a un lado y otro y colarse entre ellos», afirmaba De Long. Conforme se fueron estrechando los pasajes por mitad de la banquisa, De Long fue dando prioridad al consejo de Dunbar, el piloto. El veterano marino de Nueva Inglaterra veía cosas que a otros pasaban inadvertidas y descubría comportamientos del hielo que escapaban a cualquier otro. Según Melville, «nuestro viejo piloto y experto en el Ártico [...] tiene la agudeza y la visión que ofrecían cuatro décadas de experiencia en la mar»^[353].

En ocasiones, hubieron de recurrir al cabestrante a vapor que, equipado con cabos, polipastos y garfios, tiraba del *Jeannette* para ayudarlo a avanzar. Se formaba un fenomenal estruendo y las calderas del barco y del cabestrante

escupían humo y vapor para hacer avanzar al barco entre el hielo. A veces, para ahorrar carbón, De Long ordenaba a sus hombres y a los trineístas bajaran al hielo con los perros; todos juntos hacían hercúleos esfuerzos para remolcar al navío. En el aire pesado y húmedo reverberaban los gañidos y resoplidos de hombres y animales tratando de arrastrar el barco por entre aberturas que prometían una vía de escape. Los hombres clavaban los talones y se asían con fuerza los cabos. Mano a mano con los perros, entre aullidos, tiraban con todas sus fuerzas.

Sin embargo, a De Long se le terminaban las alternativas. En todas direcciones se extendía el hielo, agolpándose hasta el horizonte: las vías de agua libre se estrechaban y cerraban. «Habíamos intentado internarnos por todas las aberturas en la banquisa que corriesen con rumbo más o menos norte —afirmó Melville—. El hielo, además, siempre terminaba cortándonos cualquier posible retirada»^[354]. En cuanto el barco hendía un témpano con fuerza suficiente como para romperlo en dos y continuar navegando, Melville miraba a popa y veía la grieta volver a cerrarse con un enorme chasquido, como un cepo gigantesco.

La presión que soportaba el barco era terrorífica. A un lado y otro se escuchaban estruendos provenientes de los fragmentos de hielo roto que chocaban entre sí con fuerza brutal, ocasionando a veces la aparición de las llamadas crestas de alta presión. Aquí y allí, se levantaban géiseres de espuma entre las grietas. También se producían agudos chirridos cuando las enormes placas de hielo caían unas sobre otras o, con quejumbrosos chirridos, se rascaban entre sí. Las que quedaban por debajo terminaban hechas añicos, y las olas producidas por el barco bamboleaban los fragmentos arriba y abajo.

De Long intentaba encontrar el camino para llegar a Wrangel, pero parecía imposible. La banquisa los empujaba hacia el noreste, desviándolos de su meta final. Volvieron a divisar Wrangel en varias ocasiones —«una tierra plana con una serie de cumbres», según estimó De Long—, pero aquella misteriosa tierra parecía desvanecerse en la lejanía. «Hace ayer dos meses zarpamos de San Francisco con el objetivo de alcanzar ese lugar y explorarlo durante el próximo invierno —escribía De Long desesperanzado—. El hombre propone y Dios dispone»^[355].

El casco del *Jeannette* temblaba cada vez más. Embestido por la banquisa, el barco rebotaba como una bola de billar a la deriva. El hielo alcanzaba ahora los cuatro metros y medio de grosor en muchos puntos. En diversas ocasiones, la nave se encaramaba por la proa en un témpano, crujía hasta

detenerse en equilibrio y, a continuación, escarmentada, se deslizaba hacia atrás hasta regresar de nuevo al agua.

Aun así, pese a todos los obstáculos, el *Jeannette* se mantuvo firme. De Long había depositado su confianza en los ingenieros de Mare Island, quienes habían reforzado asombrosamente el casco. Hasta el momento, al menos, su duro trabajo parecía estar dando resultado. «El barco se agita de una forma tremenda —señalaba Danenhower—, pero no ha sufrido daño alguno. El casco soporta los embates del hielo con donaire»^[356].

El domingo 7 de septiembre, la tripulación notó que, por estribor, la banquisa empezaba a acumular presión. Entonces, de repente, un gran témpano empujó al *Jeannette* hasta auparlo a una repisa de hielo, haciéndolo escorar peligrosamente. Otras placas de hielo se apretaron contra el barco. La presión arrancaba del casco crujidos y lamentos, y, en cuestión de minutos, el *Jeannette* se vio completamente aprisionado. El motor sobrecalentado emitía agudos silbidos y la chimenea vomitaba espesas volutas de humo, pero la embarcación no se movía ni media pulgada. El barco se había quedado «cogido»; *nipped*^[357], como decían los viejos balleneros estadounidenses, con esa vieja costumbre suya de quitar hierro a las desgracias.

Danenhower escribió: «Reducimos la presión de las calderas, sin apagarlas, y aseguramos la nave con anclas para hielo. No podíamos continuar»^[358]. El *Jeannette* había quedado escorado en un extraño ángulo, de manera que era imposible permanecer de pie, sentarse o tumbarse en las literas sin caer rodando de ellas. Los témpanos seguían asentándose, gorgoteando, dejando escapar burbujas de aire, rompiéndose y derrumbándose sus oquedades interiores. El hielo se estaba convirtiendo en puro cemento.

De Long contempló la banquisa y trató de reflexionar en qué se había equivocado tan gravemente. Las lecturas de los termómetros no daban indicio alguno de corrientes templadas hacia el norte. ¿Dónde estaba la *kuroshio*? Si el portal termométrico existía, no era allí donde se encontraba. El Mar Abierto Polar parecía más lejano que nunca. «El hielo se extiende hasta donde alcanza la vista —escribió De Long—. No solo da la impresión de que este hielo jamás se ha roto y nunca ha sido agua [...] diríase que jamás lo será. Solo para liberarnos de nuestro cerco haría falta un terremoto»^[359].

Desde el primer momento había sabido, claro está, que el *Jeannette* terminaría atrapado en el hielo, de un modo u otro. No esperaba el capitán, sin

embargo, que ocurriera tan al sur ni aún en verano. Había esperado alcanzar el paralelo 80 antes de que entrase el invierno, pero ahí estaban, aún en el 72 y ya atrapados en el hielo. Casi sentía vergüenza. Su plan había sido tocar tierra en algún punto de la costa de Wrangel y, desde ahí, buscar una cala o ensenada resguardada en la que anclar el barco para el invierno, lejos de las durísimas embestidas de la banquisa. Ahora el *Jeannette* se encontraba a merced de fuerzas mucho más poderosas y estaba sometido a incontables caprichos y artimañas de la naturaleza que el comandante no era capaz de calibrar. Ahora, más que nunca, De Long maldecía el retraso provocado por la inútil búsqueda de Nordenskiöld. Creía, quizá con razón, que la semana perdida en la costa siberiana le había costado desembarcar en Wrangel y le impediría conseguir ningún avance importante a efectos de exploración. Ni siquiera podría romper la plusmarca de latitud hasta el año siguiente.

En cualquier caso, el comandante perdió el aliento. De Long esperaba que ese fragmento de banquisa fuese una anomalía provisional, una rareza fuera de lugar. Los balleneros le habían dicho que «a finales de septiembre y principios de octubre, en esas latitudes se vive una especie de segundo verano». Una racha de buen tiempo los liberaría de su cárcel, de eso estaba seguro. «Me parece excepcional este hielo que estamos encontrando. Cuento con que las tormentas de septiembre rompan la banquisa y abran vías de agua por las que escapar».

En otras ocasiones, sin embargo, De Long parecía resignarse a pasar el invierno en mitad del hielo. Acogía la adversidad con los brazos abiertos y se esforzaba por encontrar un sentido a lo ocurrido. «Este es un maravilloso lugar en que aprender a ser paciente —escribió—. Estoy muy decepcionado, hasta un punto que nadie imagina. Parece que no resta otra opción que hacer de la necesidad, virtud, y quedarnos donde estamos»^[360].

El hielo se cerraba en torno al *Jeannette* y, simultáneamente, una flotilla ballenera estadounidense faenaba a lo largo del margen sur de ese mismo fragmento de banquisa, a la caza de las últimas piezas de la temporada, antes de poner rumbo a San Francisco. Los capitanes de esos tres barcos balleneros divisaron un barco a unas diez millas al norte de su posición, no lejos de isla Herald. Incluso a esa distancia, el capitán Bauldry, del ballenero *Helen Mar*, se dio cuenta de que aquel vapor atravesaba dificultades.

Bauldry lo estudió con el catalejo y trató de deducir lo ocurrido. No se trataba de un ballenero, de eso estaba seguro. La temporada estaba demasiado

avanzada para que ningún barco se aventurase tan al norte, rozando el borde del mundo conocido. Sin embargo, la estela de humo negro que dejaba le decía que ese barco intentaba abrirse paso a través del hielo, embistiendo los témpanos con proa y popa, buscando los rumbos norte y oeste sin demasiado éxito.

Cuando el *Helen Mar* y los barcos que lo acompañaban, el *Sea Breeze* y el *Dawn*, regresaron a California, los periódicos sanfranciscanos publicaron las observaciones de los respectivos capitanes. Nadie volvería a ver jamás al USS *Jeannette*^[361].

Entre las olas

Ese mes de agosto, mientras De Long batallaba por seguir avanzando rumbo norte, James Gordon Bennett se encontraba en Newport, Rhode Island, veraneando con algunos de sus amigos y visitando a su hermana, Jeannette Bennett Bell. El editor tenía su velero anclado en el puerto y dedicó la mayor parte del mes a navegar, a disputar carreras de carruajes y a salir de juerga con su elegante pandilla. Su paso en falso con la familia May había sido perdonado y de nuevo los veraneantes de Newport lo aceptaban como uno más. Bennett seguía siendo el alma de la fiesta, un muy bienvenido provocador. El *Newport Mercury* contó en su edición del 2 de agosto: «Todo el mundo espera ya el inicio de las festividades y competiciones deportivas de la temporada y el señor Bennett hace gala de la energía e ímpetu necesarios para inaugurar esta meca de la vida alegre como se merece»^[362].

Bennett era miembro del muy serio y formal Newport Reading Room, club que admitía únicamente a los caballeros más acomodados y eminentes. Aquel lugar le parecía aburrido hasta la desesperación y un día, a mediados de agosto, decidió buscarles las cosquillas a sus administradores^[363]. Al parecer se había estado emborrachando con un antiguo colega inglés, Henry Augustus Candy, capitán de la Caballería británica y jugador de polo como él. Bennett retó a Candy —con dinero de por medio para dar más interés al asunto— a hacer algo que, de una vez por todas, revolucionase a los aburridos miembros del Newport Reading Room. Candy aceptó y juntos urdieron un plan.

Esa misma tarde, el capitán Candy, ataviado con el uniforme de polista y todos sus complementos, montó en su poni y se dirigió al primoroso edificio amarillo del club, situado en Bellevue Avenue. Subió montado los escalones de entrada, atravesó la doble puerta y entró en el mismísimo vestíbulo del club. «¡Caballero, no está permitido montar aquí dentro!», le gritó, según cuentan, un mayordomo enchaquetado de blanco. Candy, sin siquiera mirarlo, continuó hasta el salón, atravesando el bar y otras estancias, haciendo caso omiso a los perplejos miembros del club que leían revistas y sorbían *gin-tonics* repantigados en sus sillones. Candy, por fin, hizo caracolear con

mano experta a su montura, dio media vuelta, salió por la puerta de entrada y echó a galopar.

Candy había ganado su apuesta con Bennett demostrando además unas impecables habilidades ecuestres, pero los miembros del Reading Room expresaron *ipso facto* sus protestas y juraron que ni él ni Bennett volverían a entrar en el club jamás. La gélida reacción de la institución a la broma, aun siendo de prever, tocó a Bennett alguna fibra sensible. Indignado, decidió construir un club rival, más deportivo, más tumultuoso y menos anclado a la tradición. Lo llamaría Newport Casino.

Bennett compró una gran parcela de tierra en Bellevue Avenue, un poco más abajo del Reading Room. El Newport Casino sería el gran palacio de las diversiones y su fin era refutar a quien se atreviese a decir que Newport era un sitio soso. El club contaría con bolera, mesas de billar, canchas de hierba para jugar al tenis, teatro, restaurante, sala de baile y varios bares. Contrató al mejor arquitecto que fue capaz de encontrar: el joven Stanford White, del famoso estudio de arquitectura neoyorquino McKim, Mead & White. Se trazaron los planos y en cuestión de meses comenzaron las obras. Se planeó una grandiosa inauguración para el verano siguiente.

Bennett empezó a pergeñar una idea: el Newport Casino sería la sede de un torneo de tenis. Tras introducir con mucho éxito el polo en los Estados Unidos, Bennett se proponía repetir ese triunfo con el deporte de la raqueta, muy de moda en Inglaterra. En sus ensueños, veía aquel casino convertido en la cuna del tenis estadounidense^[364].

Bennett pasó el resto del año enfrascado en la construcción de su club. La emoción lo atolondraba: daría un merecido a esos aguafiestas del Newport Reading Room. La imaginación de Bennett se desbocó ese verano, pero galopaba en dirección contraria al polo norte.

Si por algún infortunio

Cuando el *Jeannette* dejó San Francisco, Emma De Long supo que tenía que «endurecerse como el acero», como ella misma expresó, «para soportar una larguísima vigilia»^[365]. Ese día, regresó a su habitación en el hotel Palace y se apoderó de ella una profunda apatía. No tenía energía ni fuerza de voluntad ni interés ninguno en las cosas del mundo. «No quería hacer nada, ni siquiera pensar», escribió. No la acuciaba ninguna responsabilidad urgente, pues la pequeña Sylvie se encontraba con su hermana en el Medio Oeste. Sus padres, que habían viajado a Australia, tenían planeado regresar a los Estados Unidos para presenciar la partida del *Jeannette* en San Francisco, pero su vapor traía una semana de retraso. Durante varios días, Emma convirtió su habitación de hotel en una oscura caverna de la que se negaba a salir.

William Bradford, el pintor y amigo íntimo de los De Long que la había acompañado a bordo del *Jeannette*, vivía en San Francisco parte del año y tenía un estudio en la ciudad. Un día visitó a Emma y se dio cuenta de que estaba muy afectada, así que le propuso hacer algo entretenido: ¿qué tal una excursión al valle de Yosemite?

A Emma le cambió la expresión. Nunca había estado en el que más adelante se convertiría en parque nacional y no conocía la majestuosa naturaleza del interior de California. Bradford llevaría sus materiales de pintura y su equipo fotográfico. Mientras su esposa y Emma hacían pícnic y paseaban por el valle, él pintaría paisajes.

Emma siempre encontró consuelo en la compañía de William Bradford. Era un hombre sereno, de gesto amigable, rizado pelo rojizo y unas crespas y extravagantes patillas. Tenía cincuenta y seis años y había hecho nueve viajes al Ártico, la mayoría a las costas de Groenlandia, de los que había vuelto sano y salvo, y muy emocionado^[366]. Era uno de los más elocuentes y convincentes evangelistas del mundo polar. Sus cuadros del Ártico, de meticuloso detalle, se vendían bien a ambos lados del Atlántico y, de hecho, la reina Victoria le había hecho algunos encargos personales. Era además miembro respetado de la American Geographical Society de Nueva York y

las conferencias que dictaba por todo el mundo inflamaban la imaginación al respecto del Gran Norte. Bradford daba una imagen exótica y aventurera del Ártico, que aderezaba siempre de una majestuosidad especial. Según lo describía e ilustraba en sus cuadros y fotografías, el Ártico tenía una estética propia; incluso cuando se demostraba un lugar terrible, era trascendente.

«No hay fenómeno [...] más sublime estéticamente que una tormenta descargando su furia sobre la banquisa helada —había escrito Bradford—. Ola tras ola, las aguas rompen con fuerza tremebunda contra el hielo, que se rompe y resquebraja en fragmentos enormes, los cuales son lanzados a su vez contra la obstinada y resistente banquisa. Se trata de una fenomenal guerra de elementos que queda para siempre en el recuerdo»^[367].

En esencia, la obra de Bradford bebía del gusto del ser humano por lo desconocido. El pintor llevaba un explorador en el corazón, que compartía y valoraba el impulso de George De Long y su pasión por el norte. Oriundo de un pequeño pueblo cercano a New Bedford, Massachusetts, y adscrito a la llamada escuela pictórica del río Hudson, Bradford era conocido por sus cuadros de balleneros varados, icebergs de formas caprichosas, hombres envueltos en pieles enfrentándose a osos polares y glaciales fiordos iluminados por el sol de medianoche. Aunque se trataba de paisajes solitarios y a veces desoladores, siempre lograba infundir en ellos belleza y maravilla.

Emma encontraba consuelo haciéndose acompañar de un amigo para el que aquellos severos parajes resultaban a la vez acogedores. Intentaba imaginarse a George dirigiéndose hacia ese romántico reino que Bradford describía. Sus pinturas y su carácter le contagiaban tranquilidad.

Emma acompañó al matrimonio Bradford y, en tren y coche de caballos, viajaron hacia el este, camino de las tierras altas de la Sierra Nevada californiana. Pasearon bajo las secuoyas del bosque de las Calaveras, una de las cuales sería bautizada *Jeannette* en honor a la expedición. Llegados a Yosemite, se extasiaron con la visión de las cascadas y el inmenso festón de cumbres graníticas: el Capitán, Half Dome, Sentinel Rock. Aquella excursión era justo lo que Emma necesitaba: «Aunque al principio me sentí muy desganada, poco a poco fui dejándome atrapar por el encanto de aquellos paisajes. [...] Me sentó muy bien. Dejé atrás la abulia y empecé a disfrutar de nuevo»^[368].

De vuelta en San Francisco, Emma se sintió recuperada. Sus padres habían llegado de Australia y la esperaban en el hotel Palace. Le hizo mucha ilusión

reencontrarse con su familia y llevarlos a pasear por aquella ciudad de accidentado relieve. A continuación, tomaron el tren para viajar a Burlington (Iowa), donde la hermana de Emma vivía con su esposo, el general Samuel Lyle Glasgow. El matrimonio había cuidado de la niña Sylvie durante unos meses, pero los Glasgow invitaban a madre e hija a quedarse con ellos hasta que el *Jeannette* regresara. Burlington se levantaba sobre un acantilado que daba al río Misisipi y era un importante puerto fluvial. Allí pasaría Emma gran parte de esa «larguísima vigilia». Escribía con diligencia cartas a George, sabiendo que probablemente jamás le llegasen; las consideraba sus «cartas a la nada». Redactarlas se convirtió en un terapéutico ritual. Lo hacía por triplicado y enviaba cada ejemplar a distintas factorías y puertos balleneros de Alaska, Groenlandia o las islas Spitsbergen, dependientes de Noruega. Incluyó estos dos últimos destinos con la esperanza de que el *Jeannette*, tras alcanzar el polo norte, atravesara el Mar Abierto Polar y dejara atrás los hielos para reaparecer al otro lado del mundo.

Poco después de instalarse en la casa de los Glasgow, en Burlington, Emma contrajo un misterioso virus que la mantuvo en cama durante varias semanas. Hasta entonces, no había recibido ninguna noticia del Ártico y comenzaba a preocuparse. Sin embargo, justo cuando empezó a mejorar y volvía a ser capaz de incorporarse, llegó un fajo de correspondencia desde Alaska. Por fin, las respuestas de George.

En una de ellas, su esposo mencionaba que había colgado junto a la cabecera de su cama una foto de ella y un retrato de Sylvie. No olvidaba lo mucho que se había acostumbrado a tenerlas cerca, tras el largo viaje a bordo del *Jeannette* alrededor de América del Sur. «Media docena de veces al día abro la puerta del camarote de estribor y, decepcionado, descubro que no estáis en él. Me pregunto si llegaré a acostumbrarme a no teneros a mi lado»^[369]. El 9 de agosto escribía: «Algunas veces hago cálculos y me doy cuenta de que toda la gloria que pueda conferir una expedición como esta palidece ante la felicidad de tenerte junto a mí durante cinco minutos».

George conservaba el regalo que Emma le había hecho durante sus días de noviazgo en El Havre, el pequeño recuerdo que había llevado consigo todos esos años de soltería en el mar. «Encontré el saquito azul con tu mechón de pelo y el crucifijo —escribió— y ahora lo llevo siempre en el bolsillo, con tanto amor como hace once años»^[370]. En uno de los sobres incluía una fotografía con una nota que decía: «Para que mi esposa la contemple cuando se pregunte dónde estoy».

En su mayor parte, las cartas eran áridas y estaban repletas de detalles sobre la travesía; algo natural, pues George había llegado a considerar a Emma una oficial más de la expedición. Sin embargo, en la carta del 27 de agosto, su tono se ablandó. Fue la última que De Long escribiría antes de entrar en la banquisa.

27 de agosto

Estamos en este momento cargando los últimos víveres. Zarparemos a las siete en punto de la tarde. El tiempo es bueno: sopla una suave brisa del sur y el mar está en calma. Estoy deseando partir y, sin embargo, me parece estar dando el adiós una vez más. Estoy comprometido con esta empresa y voy a ir hasta el final.

Hasta la vista, con mil besos. Si Dios me ayuda, lograré algo que te hará sentir orgullosa de llevar el apellido de tu marido. No te rindas, pues un día u otro regresaré para reclamar a mi esposa y a mi hija. Que el Señor os guarde y os bendiga, dondequiera que estéis, y que conserve vuestro amor por mí.

Si por algún infortunio no nos volviéramos a ver más en este mundo, queda segura de que en todo, obra y palabra, serás siempre a mis ojos la mejor, más fiel y más amorosa mujer que cualquier hombre pudiera desear. Mi corazón y mi alma van contigo [...] mi preciosidad, cariño mío, hasta la vista.^[371]

Un delirio, una trampa

Durante todo el mes de septiembre y también durante todo el mes de octubre, el *Jeannette* estuvo atrapado en el hielo. De Long ya no se hacía ilusiones: estarían aprisionados hasta la temporada siguiente. Había llegado la hora de montar un campamento. Ordenó a los hombres que desmontaran el timón y lo izaran a cubierta, para que no sufriera daños. Se dio a los motores una capa de albayalde y sebo y se drenaron todos los tubos para evitar la congelación del agua en su interior. Sacó de sus baúles las prendas de piel. Mandó a los carpinteros ampliar la caseta de cubierta y cubrirla con capas de fieltro para aislarla del frío. Para reducir la pérdida de calor del casco, ordenó apilar bancos de nieve en torno a la nave, hasta la altura de las bordas.

El *Jeannette* abatía rumbo al noroeste, aunque los hielos que lo rodeaban se mostraban erráticos y parecían cambiar de dirección día a día e incluso minuto a minuto. Se dieron cuenta en muchas ocasiones de que se movían en círculos y regresaban al mismo lugar, semanas o incluso meses después. El casco del barco estaba muy inclinado hacia estribor y con las ocasionales ráfagas de viento todo temblaba. Por lo demás, sin embargo, la nave parecía muy estable, congelada en su placa de hielo. Melville decía que el *Jeannette* estaba «como incrustado [...] en un molde»^[372]. Para De Long, el *Jeannette* se mantenía «firme como en un dique seco»^[373].

Durante la deriva no perdieron ojo de la Tierra de Wrangel. El *Jeannette*, flotando con la banquisa, recorrió su litoral norte, jamás visto antes por el hombre. Es como si hubieran cruzado a la cara oculta de la luna. De Long llegó entonces a dos conclusiones: en primer lugar, jamás alcanzarían Wrangel, pues la deriva de la banquisa los alejaba cada vez más, y demasiado rápidamente como para intentar desembarcar en la isla.

La segunda conclusión extraída por De Long fue que habían hecho un importante descubrimiento. Atravesaban el océano empujados por la banquisa por el lado norte de aquella supuesta Tierra de Wrangel, lo que implicaba que no existían conexiones con otras tierras más septentrionales: Wrangel no era otra cosa que una gran isla, no un continente. La hipótesis del continente

transpolar estaba equivocada. «La teoría del doctor Petermann no se sostiene ya —escribió Danenhower—. La insularidad de Wrangel es evidente»^[374]. Wrangel no tenía nada que ver con Groenlandia. (Adiós a aquel «tan cacareado continente», desdeñó el ingeniero)^[375]. Las cartas podían ya modificarse: la TIERRA DE WRANGEL quedaba degradada a ISLA WRANGEL.

Y no fue ese el único mito que De Long echó por la borda: también desmintió la existencia del portal termométrico. El hielo que tan obstinadamente los atenazaba había hecho al comandante cuestionar la celebrada teoría de Silas Bent, pero fue la pausada y cuidadosa acumulación de datos científicos lo que terminó convenciendo al capitán. A diario, sus hombres hacían orificios en el mar de hielo para medir las corrientes, la profundidad, la salinidad, la gravedad específica y la temperatura del agua. No se encontró el menor indicio de una corriente de agua tibia que fluyese hacia el norte ni en ninguna otra dirección. La *kuroshio* había desaparecido. De Long contemplaba las interminables extensiones de hielo y maldecía a los visionarios que lo habían metido en aquel aprieto. Dijo el capitán: «El portal termométrico al polo norte no es más que un delirio, una trampa»^[376].

De Long empezaba a dudar incluso de la muy llevada y traída idea del Mar Abierto Polar. Aquel hielo implacable no parecía un mero anillo que pudiera atravesarse por la fuerza. Parecía alargarse eternamente y las presiones acumuladas en la banquisa indicaban vastas extensiones de hielo cada vez más grueso. «¿Es este un mar muerto? —se preguntaba—. ¿Este hielo no sale jamás de aquí? Desde luego, a alguna parte debe de llegar. No sería de extrañar que el océano se congelase hasta el ecuador, dada esta cantidad de hielo. Diríase que este desierto gélido navegará a la deriva, de un lado a otro, hasta el final de los tiempos»^[377].

Durante las veladas envueltas en humo de tabaco que se celebraban en la cámara de oficiales, De Long y Danenhower empezaron a vislumbrar la verdad: que el polo estaba cubierto por un gigantesco caparazón de hielo perenne y, a la vez, siempre cambiante. No había grandes masas de tierra ni una cuenca de aguas abiertas, aunque la capa de hielo se movía, al parecer en el sentido de las agujas del reloj, empujada por vientos y corrientes. En palabras de Danenhower: «Algunos creemos que la región polar está cubierta por un inmenso casquete de hielo que parece moverse lentamente en la misma dirección que las manecillas del reloj; la derrota a que nos empuja la deriva, claro está, varía por momentos»^[378].

La expedición del *Jeannette* había empezado a abandonar sus ideas fundacionales y todo aquel romanticismo infundado, y a aceptar gradualmente

la verdadera realidad del Ártico. Esto, a su vez, llevó a De Long a comprender que tenían por delante un viaje mucho más peligroso de lo previsto. Quizá llegasen al polo norte, pero ciertamente no lo harían navegando.

Por el momento, De Long se obligó a centrarse en garantizar la viabilidad de la expedición. Esta era la rutina diaria: a las siete se tocaba diana y a las siete y cuarto los fogones de la cocina debían estar funcionando. Se desayunaba a las ocho y la mañana se dedicaba a los quehaceres de a bordo. A mediodía se realizaban los sondeos.

A continuación, salían al hielo para hacer ejercicio durante dos horas. Algunas veces se calzaban las botas de piel para la nieve y caminaban trabajosamente alrededor de la nave, a menudo empuñando los fusiles, por si avistaban focas, morsas u otras posibles piezas de caza. Otros días, si aparecía algún lugar agradable y suficientemente liso en el hielo, patinaban. A menudo jugaban al fútbol sobre los témpanos.

El almuerzo se servía sobre las tres de la tarde, tras lo cual se apagaban los fuegos de la cocina para ahorrar carbón. Entre las siete y las ocho se tomaba un té y un ligero refrigerio. Por la noche, Danenhower impartía clases de pilotaje elemental a todo el que quisiera, mientras los oficiales se reunían en la cámara para fumar y hacer recapitulación del día. Las luces se apagaban a las diez de la noche.

No se permitía beber ron ni ningún otro alcohol a bordo, salvo en las ocasiones festivas aprobadas por De Long. El primer día de cada mes, el doctor Ambler llevaba a cabo un examen médico a todos los oficiales y marineros, sin excepciones. Los domingos, De Long recitaba artículos del código militar relativos a la Armada y oficiaba una especie de servicio devocional breve.

Esta era la coreografía diaria general, aunque determinados tripulantes desempeñaban tareas concretas. Danenhower dedicaba la mayor parte del tiempo a hacer observaciones meteorológicas y astronómicas. El doctor Ambler, cuando no estaba examinando pacientes, controlaba los posibles excesos de dióxido de carbono en los camarotes y sometía el agua de beber a pruebas con nitrato de plata para determinar su salinidad.

Los dos inuits, Alexey y Aneguin, se ocupaban fundamentalmente de cuidar de los perros, a los que De Long llamaba «nuestra panda de matones». Alexey y Aneguin odiaban los atestados camarotes, hasta tal punto que se construyeron un cobertizo en la cubierta. Eran cazadores formidables: día sí,

día no, aparecían colgadas del aparejo focas recién matadas. Los dos alasqueños, sin embargo, hacían de vez en cuando cosas que ponían los pelos de punta al resto de la tripulación, como hablar con la luna u ofrecer tabaco al hielo. Eran capaces de predecir el comportamiento de los perros con pasmosa precisión. Una vez, tras cazar una morsa enorme, Alexey se remangó, introdujo el brazo en la garganta de su presa y, tras arrancársela, se untó de sangre la frente. «Para buena suerte», explicó. En otra ocasión, tras matar una foca, Alexey cortó sendos trozos de carne de sus patas posteriores, así como su vesícula biliar, y las depositó cuidadosamente en un agujero en el hielo: «Para hacer más foca», alegó^[379]. En cualquier caso, impresionaba a De Long la «calma dignidad»^[380] con que los dos inuits abordaban cualquier tarea.

Los dos inmigrantes chinos, Ah Sam y Charles Tong Sing no salían de la cocina, donde habían aprendido a preparar exquisiteces, como buñuelos de foca, pichones de gaviota asados y el plato favorito de la tripulación: las salchichas de morsa. («Son platos muy peculiares pero sabrosos —juzgaba De Long—. No deben menospreciarse estas carnes de foca y morsa»). Sam y Charley dormían también en la cocina, en unos camastros ocultos tras una cortina, que mantenían como los chorros del oro. Aparte de cantar y jugar a las cartas, solo les gustaba hacer una cosa para olvidar por un momento los cacharros: bajar al hielo a volar cometas de colores que fabricaban con largas serpentinas de papel, espectáculo que hacía las delicias de sus compañeros. Sam y Charley parecían «carentes de toda emotividad —apuntó De Long—, sin importar el tiempo o la circunstancia, [...] tan impasibles en este frío helador como si reinase una primavera tropical. No comulgan con el resto de tripulantes, pero se muestran, sin embargo, alegres y contentos uno en compañía del otro»^[381].

Newcomb, el naturalista recomendado por la Smithsonian, se pasaba el día cazando aves, rebuscando curiosidades entre los hielos y tamizando el barro azulado proveniente del fondo marino en busca de especímenes de fauna y flora. Su estudio se había convertido en una especie de matadero en el que se amontonaban cadáveres (o partes) de animales putrefactos que, mezclados con sus productos químicos astringentes, despedían un hedor nauseabundo. Su colección estaba formada por fetos de morsa, numerosos bivalvos y estrellas de mar, varias especies de peces árticos, dos ejemplares de la escasa gaviota de Ross y un albatros de más de dos metros de envergadura. La mayoría de tripulantes pensaba que Newcomb —a quien algunos apodaban Ninkum, por imitación de su acento neoyorquino— era un

tipo macabro y extraño. Según Melville: «Cuanto menos tenga que tratar con él, mejor»^[382].

De Long también opinaba que Newcomb era un tipo raro, pero su celo le impresionaba. «La historia natural tiene en él a un gran adalid —admitió el comandante—. Cualquier animal o pájaro que se aventure por las inmediaciones de nuestro barco corre riesgo de muerte». Newcomb rara vez se mezclaba con el resto. «Es nuestro tripulante silencioso —escribió De Long—. Pero tiene su pequeño espacio en la sala de derrota de babor, en la que guarda su instrumental. Es todo lo feliz de que es capaz»^[383].

En general, la tripulación parecía satisfecha. De Long hablaba de una «pequeña colonia» y le agradaba saber que todo el mundo disfrutaba «de buena salud y moral alta [...] Todas las noches tocan los instrumentos musicales y cantan. Hay tantas buenas voces que estoy pensando en crear una coral»^[384].

No obstante, era inevitable que cierta monotonía se adueñara del barco. «Nos es poco natural esta íntima camaradería obligada —escribió De Long—. Parece que siempre el uno estorba al otro». Reconoció que algunos días, algunos hombres parecían «mentalmente desasosegados» o sentían que «el tiempo les pesaba». Pero era de esperar. «Si la vida en el Ártico fuera cómoda —razonaba el capitán—, todo el mundo vendría. Debemos estar agradecidos de que estas sean todas nuestras incomodidades»^[385].

Las rutinas y rituales diarios funcionaban como el mecanismo de un reloj, gracias a un hombre: el teniente Charles Chipp, segundo comandante. Chipp era un tipo solitario, tan lacónico y aparentemente triste que a veces incomodaba a los demás. Pasaba la mayor parte del tiempo estudiando las auroras que solían bailar en el cielo nocturno. De Long, no obstante, se había hecho completamente dependiente de su número dos. «Chipp lo mantiene todo en orden, de manera sistemática y calma. Lo ha convertido todo en un sistema. Cuando realicé hoy la inspección, encontré el barco limpio como los chorros del oro, los hombres arregladamente uniformados y todo tan ordenado como en un buque de guerra»^[386].

A Chipp se le daba bien colocar cada cosa en su lugar, pero cuando algo se torcía, De Long confiaba ciegamente en Melville. No había nada, al parecer, que el ingeniero no supiera reparar ni existía problema insoluble para él. De Long lo describió como «un tesoro que aumenta su valor cada día que pasa»^[387]. Si una pieza de maquinaria se estropeaba, la desmontaba y la reconstruía con piezas de otros mecanismos. El verano de la partida, la biela

de una bomba se rompió y Melville anunció despreocupadamente que podía hacer una nueva o, si el capitán lo prefería, veinte más. A él le daba lo mismo.

Melville, que a todas horas llevaba encima un empalme de tubería, una varilla para soldar y un soldador, no dejaba de apañar e inventar cosas para mejorar la vida a bordo. Diseñó un nuevo método para registrar la velocidad del viento y un artefacto para corrugar las suelas de las botas que los hombres habían confeccionado con las pieles adquiridas en Alaska. Al principio, el destilador daba un agua demasiado salada, así que Melville desmontó el aparato y lo reconstruyó desde cero: el agua a partir de ese momento salió clara y dulce. Siempre que De Long le preguntaba si sería capaz de construir tal o cual artilugio, Melville sacaba su pizarrín y se lanzaba a bosquejar un diseño. La respuesta era normalmente: «Sí, puede hacerse», frase que se convirtió en el mantra del ingeniero.

Melville cantaba con voz estentórea y maldecía con tal entusiasmo que De Long tuvo que amonestarlo formalmente por blasfemia. Sin embargo, «su rostro resplandecía como una moneda de dólar y se mostraba siempre alegre», dejó escrito el comandante^[388]. Parecía dotado de una «energía indomable» y de una «espléndida [...] fertilidad de recursos».

«Melville es uno de los baluartes de esta expedición —aseguraba De Long—. Estoy seguro de que sería capaz de ingeniar un motor con los cinchos de un tonel»^[389].

Parte de la rutina diaria del *Jeannette* era colocar los cebos para las trampas de osos, habitualmente las entrañas sanguinolentas de alguna pieza cobrada por Alexey. Hasta entonces, los tripulantes habían avistado unos pocos osos polares en la distancia y se habían topado con innumerables huellas en el hielo, pero lo que De Long quería era filetes frescos de *Ursus arctos* sobre la mesa del comedor. En las primeras semanas, las únicas presas fueron dos de los perros, que fueron liberados de las fauces metálicas de los cepos aullando de dolor, heridos, aunque, por suerte, no irreparablemente mutilados.

A primera hora de la mañana del 17 de septiembre, el teniente Chipp y el piloto Dunbar salieron a examinar las trampas. A más o menos una milla de distancia del barco, dieron con un cebo que había saltado. El oso se las había arreglado para arrancar la trampa de su anclaje en el hielo, sobre el que se distinguía claramente un rastro de sangre. Además, al ser arrastrado, el cebo había dejado una ancha estela, lo que hacía muy fácil seguir los pasos del animal.

Chipp y Dunbar regresaron rápidamente al barco para informar sobre sus hallazgos y reunir víveres. Melville y De Long completaron la partida de caza. Al poco, los cuatro hombres se apresuraban a través de la banquisa. Tras una hora siguiendo el rastro distinguieron las huellas de otros dos osos, uno a cada lado del animal herido. A De Long le pareció como si «dos amigos hubieran decidido acompañarlo en su retirada para infundirle aliento».

A lo largo de otras seis millas caminaron pesadamente entre los hielos, resollando y sudando bajo las pesadas pieles. Por fin, llegaron a una hondonada en el hielo y allí divisaron a su presa, rugiendo de dolor. Era un joven macho y llevaba el cepo enganchado en una de las garras delanteras. Uno de los animales que lo acompañaban, una joven osa, estaba a su lado. «La hembra no parecía albergar intenciones de abandonarlo —juzgó De Long, admirado—. Al contrario, lo adelantaba y volvía hasta él como para animarlo a avanzar. Al vernos, ambos se irguieron sobre sus cuartos traseros y aullaron dolorosamente»^[390].

Melville afirmó que los osos se lanzaron a correr sobre la banquisa «con la poca gracia de una vaca, pero la velocidad de un gamo, haciendo que la nieve saltase a su paso como plumas en un torbellino». En algunos momentos, la «curiosidad del oso macho podía a la sensatez y lo obligaba a detenerse para inspeccionar a esas extrañas criaturas que habían logrado ponerlo en fuga, a él, el monarca de las regiones polares»^[391].

El oso atrapado y su compañera se giraron una última vez y Dunbar y Chipp dispararon sus fusiles Winchester, mientras que Melville hacía lo propio con su Remington de retrocarga. De Long dio el tiro de gracia y, como él mismo dijo, «la cosa terminó pronto»^[392].

Chipp y Dunbar fueron enviados de vuelta al barco en busca de trineos y perros para transportar las piezas. Pocas horas después regresaban, seguidos de casi la totalidad de la tripulación del *Jeannette*. Al parecer, todo el mundo quería tomar parte de aquel juego de sangre y aquella tarde pronto «se declaró festiva», escribió el capitán^[393]. Los hombres montaron una balanza y pesaron a ambos animales: la hembra pesaba ciento noventa y un kilos; el macho, doscientos sesenta y tres.

Eran osos pequeños, de hecho: Dunbar, un mes después, mataría a uno que llegó a alcanzar media tonelada. Pero eran los primeros que atrapaban y siempre se les recordó con cariño. Collins, que había llevado consigo su equipo fotográfico, tomó imágenes de los cazadores y sus trofeos. Los osos fueron a continuación despellejados y las pieles se apilaron en los trineos junto con la carne, previamente aderezada. Al caer la tarde, todo el mundo

estaba embadurnado de sangre y grasa. Sin embargo, «todo el mundo parecía estallar de júbilo»^[394], como «tras haber obtenido una gran victoria», pues sabían que esa noche tendrían carne fresca para cenar.

Newcomb, el asesino en serie de pájaros, no se amilanó ante aquella captura de caza mayor. Se alejó del barco en soledad y cazó «siete hermosas gaviotas jóvenes», según él mismo señaló^[395], y las añadió a su creciente colección de cadáveres por disecar.

Mediado octubre, a medida que la oscuridad ártica descendía sobre la tripulación, De Long decidió que era el momento de probar las luces eléctricas de Edison. Estaba deseando elevar la moral de la tripulación iluminando el barco por las noches con aquel novedoso ingenio estadounidense.

Jerome Collins se había tomado muy a pecho hacer funcionar las luces de Edison. Su cargo era el de científico jefe de la expedición y era él quien había entrevistado a Edison en Menlo Park y quien había encargado personalmente las lámparas de arco, la dinamo y el resto del equipo. Collins tenía aún más fe que De Long en los beneficios que la luz eléctrica tendría sobre la tripulación.

Sin embargo, De Long había empezado a alimentar dudas sobre Collins. Entre sus cometidos, el meteorólogo irlandés debía encargarse de hacer las fotografías de la expedición. Collins había expuesto numerosas placas con su cámara de fuelle cónico y doble basculamiento de la American Optical Company, como las del día de la cacería del oso. Sin embargo, había un problema: Collins salió del cuarto oscuro sin una sola imagen visible. El motivo lo avergonzaba profundamente: no encontraba los productos químicos de revelado que había pedido en San Francisco. Buscó y rebuscó en las bodegas, sacando todo lo que contenían las cajas donde debían de estar las placas. Al parecer, los líquidos no llegaron a embarcarse. Sabía que él era el único responsable de aquel error.

Por suerte, a Melville se le había ocurrido llevar consigo un equipo fotográfico particular que incluía líquidos de revelado. De ahí en adelante, sería el ingeniero quien haría la mayor parte de fotografías de la expedición.

Otra de las responsabilidades de Collins era la construcción de un observatorio sobre el hielo, una estructura cubierta de lona y asegurada a la banquisa mediante anclajes, en la que se guardaría toda la instrumentación meteorológica. A petición de De Long, Collins y el teniente Chipp tendieron cable telefónico desde el observatorio hasta el barco para permitir la

comunicación entre ambos. Collins conectó el nuevo invento de Bell, que funcionó durante breves instantes. Hasta que dejó de funcionar, claro está. El frágil cable de cobre no conducía correctamente la señal, y se rompía y enganchaba constantemente en la irregular superficie helada. Al parecer, el hilo del número 24 que había llegado desde el laboratorio de Bell tenía el calibre equivocado. De un modo u otro, los teléfonos no funcionaban. La culpa no era de Collins, pero de alguna manera De Long lo interpretó como otro indicio de la ineptitud general del científico jefe.

Melville demostró que el auténtico líder de los aspectos científicos de la expedición era él: tenía más conocimientos y recursos y era más hábil con instrumentos que supuestamente Collins dominaba. Este era un verdadero experto en cuestiones meteorológicas, pero parecía que la ciencia que más le interesaba era la del juego de palabras, de los que ya había agotado el repertorio. Los hombres se habían hartado de sus chistes: «¡Me das dolor de cabeza!», le gritó Newcomb en una ocasión^[396]. Pero Collins no cejaba en su empeño. También se le terminaron los números musicales. Se sentaba ante su pequeño órgano a tocar briosamente —y por centésima vez— su selección de éxitos de Gilbert y Sullivan, sin reparar en que nadie los soportaba ya.

De lo que sí se dio cuenta Collins era de que Melville había usurpado su cargo. Dolido y resentido, Collins se retiró a su camarote y empezó a desobedecer algunas órdenes de De Long. No salía a hacer ejercicio y se negó a que el doctor Ambler le hiciera la exploración mensual. Se dormía tarde, fumaba por la mañana y descuidaba sus quehaceres. Cada día que pasaba se marginaba un poco más.

Collins terminó encontrándose en una situación insostenible. Es probable que simplemente no estuviera hecho de la pasta necesaria para ese tipo de trabajo. Era un hombre de talento, pero no era capaz de llevarlo a la práctica en el contexto de una expedición marítima. Jamás había pasado tanto tiempo a bordo de un barco, ni en el Ártico ni en otras latitudes, y jamás había rendido cuentas a un hombre tan formidable y riguroso como George De Long. Su problema fundamental era que no entendía que De Long ejerciese su autoridad absoluta sobre el barco y sobre todo lo que ocurriese a bordo o sobre el hielo. Además, como buen irlandés, Collins adolecía de una marcada sensibilidad persecutoria, la cual trató de aplacar, sin poder sacudírsela jamás totalmente de encima. Sus roces con De Long eran inevitables.

Parte del problema radicaba en su estatus ambiguo. No era oficial ni marinero, sino algo entremedias: un civil muy formado que almorzaba con los oficiales pero no era militar. Pensó que la situación era para él una especie de

«trampa», según sus propias palabras^[397], y probablemente tenía razón. Era quizá el hombre más instruido a bordo y, como corresponsal elegido personalmente por Bennett, suponía que tenía derecho a saltarse la disciplina naval. De Long no pensaba lo mismo, sin embargo. En cualquier caso, Collins se creía con derecho a ser tratado con más respeto.

Por todas estas razones, para Collins era vital que las luces de Edison funcionaran. Se trataba de una prueba definitiva: si la superaba, quizá recuperase el lugar que le correspondía a bordo del USS *Jeannette*.

El 15 de octubre, Collins sacó las sesenta lámparas de carbono de sus cajas y De Long ordenó izarlas sobre el aparejo. Se puso en marcha el pequeño motor de vapor que venía con las lámparas, una caldera de las llamadas Baxter, y Collins lo conectó a la dinamo de Edison, que, a su vez, estaba conectada al circuito de bombillas. Durante varias horas, Collins se afanó entre cables y máquinas. Se aplicaron hasta setenta libras de presión de vapor, pero el dispositivo de Edison no dejó escapar una chispa de luz. El pequeño galvanómetro del artilugio apenas tiritaba.

Los hombres levantaban la vista y miraban hacia el aparejo con esperanza, pero las bombillas no llegaron a encenderse. Nadie ocultó su decepción. Era como si el país entero los hubiera dado de lado.

Collins estaba totalmente desconcertado. Era cierto que no habían probado las lámparas en San Francisco, pero en Menlo Park las había visto funcionar con sus propios ojos, iluminando el laboratorio de Edison con «una luz más intensa que la de tres mil velas». ¿Por qué no funcionaban ahora?

De Long pidió a Melville que solucionara el problema. Tras desmontar el aparato de Edison, el ingeniero concluyó que debió de mojarse durante la turbulenta travesía del mar de Bering. Secó el aparato y trató de desconectar los cables y aislarlos de nuevo, pero resultó inútil: ni siquiera Melville, el mañoso vulcano del *Jeannette*, fue capaz de hacer funcionar el artilugio.

Unos días más tarde, el doctor Ambler contó a De Long un curioso sueño que había tenido sobre las lámparas de Edison. En él, sir John Franklin, el explorador británico perdido en el Ártico, visitaba el *Jeannette*. Ambler le hacía visitar el barco y le mostraba con gran ilusión las lámparas de Edison, invento con el que nadie habría podido siquiera soñar en tiempos de Franklin. Sin embargo, el explorador británico le interrumpió bruscamente: «Su máquina eléctrica —le aseguró en el sueño— no vale un bledo»^[398].

«Empiezo a pensar que Franklin tenía razón —escribió De Long—. La luz de Edison se ha mostrado irremisiblemente inútil. Ya hemos perdido bastante tiempo tratando de dar uso a ese aparato»^[399]. Quizá la culpa fuese del inventor, pero De Long culpó mayormente a Collins. En cualquier caso, las lámparas habían sido enviadas «adonde se enreda la madre selva», dijo De Long echando mano de la riqueza expresiva de su idioma (es decir, habían quedado relegadas al olvido)^[400]. Disgustado, el comandante ordenó a Collins que recogiese las bombillas y las guardara de nuevo en la bodega. Collins fue presa del mayor de los abatimientos y su ánimo se oscureció como el cielo de la larga noche ártica.

Los días se hicieron más cortos y fríos y la luz natural era cada vez más débil. El sol parecía esquivar los cielos polares, y el 16 de noviembre desapareció completamente. No regresaría hasta varios meses después: hasta entonces dependían de las velas de sebo y las lámparas de aceite. La promesa hecha por Thomas Alva Edison y su empresa de «iluminar el polo» se había disipado en el aire.

Durante los siguientes setenta y un días, un manto de negrura envolvió al *Jeannette*.

Para siempre, casi

Apenas una semana después de que De Long declarase las lámparas de Edison «irremisiblemente inútiles», en el laboratorio de Menlo Park, Nueva Jersey, el inventor hizo un descubrimiento histórico. Durante varios meses, Edison había estado trabajando en una bombilla incandescente más segura y fiable, que despedía una luz agradable y homogénea, y no parpadeaba ni se apagaba inesperadamente. El secreto estaba en la sustancia que componía el filamento. Edison había probado con el platino y el carbono, con astillas de madera, con hilo de algodón y lino e incluso con sedal de pesca. Por fin, según declaró ante los reporteros, había dado con la solución. Edison afirmó que, de tan sencilla, «la entendería hasta un limpiabotas»^[401].

La noche del 21 de octubre de 1879, Edison estaba experimentando con un filamento elaborado a partir de hilo de coser carbonizado. Colocó sobre una pequeña plataforma de su laboratorio una bombilla con el filamento, en cuyo interior se había creado el vacío. Cuando se le aplicó energía, la bombilla se encendió con una luz fija durante una hora, luego dos y luego tres. Edison, cansado de esperar después de cuarenta horas de luz continua, aumentó la potencia hasta que el filamento empezó a sisear y terminó calcinándose.

«He perfeccionado la luz eléctrica», cacareó desde las páginas del *New York Times*^[402]. Aunque no era del todo cierto, la lámpara incandescente estaba más cerca de convertirse en una realidad, marcando una enorme diferencia con respecto a las lámparas de arco que había comprado De Long. Su empresa hizo asimismo importantes mejoras en las dinamos: el modelo que Edison ofreció a los expedicionarios había causado innumerables problemas a sus clientes. El inventor perfeccionó el diseño y la siguiente generación de dinamos se demostró admirablemente fiable.

En noviembre, tras solicitar la patente para su nueva lámpara, Edison probó un nuevo tipo de filamento elaborado a partir de bambú carbonizado, que brilló durante más de 1200 horas seguidas. Llegado diciembre, Edison había empezado a hacer demostraciones públicas del invento y recibía sus

primeros pedidos comerciales. «La luz eléctrica será tan barata que solo usarán velas los ricos», afirmaba^[403].

Se había inaugurado una nueva era. De Long, por desgracia, había zarpado unos meses antes de tiempo. Un periodista del *Herald* de Bennett preguntó a Edison durante cuánto tiempo podrían dar luz sus lámparas y el inventor, con la boca llena de tabaco de mascar, respondió: «Para siempre, casi»^[404].

Manos invisibles

Coincidiendo más o menos con la desaparición del sol, el hielo comenzó a moverse de nuevo. El estruendo era terrible: primero, el crujido del hielo batallando contra sí mismo; después, los terribles lamentos del hielo embistiendo el barco. La turbulencia comenzó a primera hora de una fría mañana de noviembre. Despertaron a De Long «crujidos y chasquidos como los que no se han escuchado jamás en tierra firme», según escribió. «Retumbos, rugidos y agudísimos chirridos combinados con el fragor de una casa derrumbándose. Solo así podría describirse ese sonido»^[405].

De Long salió a la cubierta para estudiar la superficie de la banquisa, que comparó con un «patio de mármol a la deriva»^[406]. Pronto se le unieron los demás. A Melville aquel sonido le recordaba al de «la artillería a lo lejos», aunque se hacía más intenso cada vez. «Titánicos bloques de hielo cabeceaban y bandeaban, como zarandeados por manos invisibles, y los vastos cuerpos de hielo resonaban con estridencia en un canto espeluznante»^[407].

Danenhower opinaba que la banquisa estaba «más desordenada que un cementerio otomano»^[408]. Los hombres observaban horrorizados mientras los grandes fragmentos de hielo eran «empujados aquí y allá como juguetes», según el testimonio de Newcomb, y arrancaban ocasionalmente quejumbrosos lamentos de la madera del barco, «como los de un leviatán que agonizara». El ruido era tan inquietante que los perros gañían sin descanso. Para Newcomb, «su coro de aullidos parecía de otro mundo»^[409].

Entonces, el hielo empezó a apretar el casco, a estrangularlo literalmente. De entre las juntas se desprendían trozos de brea y fibras de estopa. Las cubiertas empezaron a abombarse. Las tracas del casco soportaban un empuje tal que De Long pensó que se partirían en cualquier momento.

En varias ocasiones ordenó a sus hombres que se preparasen para abandonar el barco. Se apilaron víveres en la cubierta, se cargaron los trineos con provisiones para cuarenta días y se dejaron los botes listos para arriar. De Long dio instrucciones a sus hombres para que durmieran vestidos y que

dejaran mochilas y sacos de dormir listos. No había mucho más que hacer, aparte de escuchar y esperar.

«Vivimos en un suspense atroz —escribió De Long—. Pasar el invierno en mitad de los hielos puede parecer emocionante cuando se lee sobre ello junto a una cálida chimenea, pero la realidad es capaz de hacer a cualquier hombre envejecer prematuramente. En un momento u otro puede producirse la catástrofe y no podemos hacer otra cosa que dar gracias cada mañana por que no haya ocurrido nada durante la noche y, por la noche, por que no haya sucedido nada desde la mañana. Es como vivir sobre un arsenal esperando una explosión»^[410].

Hubo un momento en el que De Long se convenció de que había llegado el fin del *Jeannette*. Sobre el hielo iluminado por la luna, los hombres vieron y escucharon algo parecido a la erupción de un volcán. Habían colisionado dos enormes placas de hielo, creando una cresta de presión. En el lado de la línea de choque más próxima al barco, los témpanos se hundían y amontonaban unos sobre otros, creando un efecto dominó que avanzaba en dirección al *Jeannette*. De Long, Chipp y otros tripulantes vieron desde la cubierta de la toldilla cómo se acercaba aquella especie de tsunami de hielo a la velocidad de una locomotora. De Long se aferró al estay mayor y gritó: «¡Agárrense fuerte!». El fragor se acercaba y los hombres, con los ojos muy abiertos, tanteaban la oscuridad en busca del cabo u obenque más cercano y, rezando entre dientes, se preparaban para la colisión. «La ola helada se acercaba cada vez más —escribió Melville—, mientras nosotros, silenciosos y sobrecogidos, contemplábamos su terrible avance»^[411].

La ola chocó contra el costado del barco con una fuerza descomunal, abriendo un agujero en la borda de estribor y esparciendo por la cubierta innumerables fragmentos y astillas de madera. El barco tembló y se tambaleó, y los hombres se enrollaron los cabos en torno a los antebrazos. La violenta y terrible sacudida, sin embargo, duró apenas segundos, y las erupciones continuaron al otro lado del barco, como si una bestia descomunal hubiese buceado por debajo de la quilla. Los hombres quedaron en silencio. Solo se escuchaba el lloriqueo de los aterrorizados perros.

Milagrosamente, el *Jeannette* no había sufrido desperfectos demasiado graves. «El barco está bien —reconoció Newcomb maravillado—, pero nadie sabe por cuánto tiempo. Tengo preparadas mi arma y mi mochila por si es necesario llegado el momento abandonar el barco para dirigirnos a [...] Dios sabe dónde»^[412]. A Melville lo asombraba que el *Jeannette* hubiera salido indemne. «Todavía no ha llegado su hora», fue toda su reflexión^[413]. Dio

gracias al trabajo hecho en Mare Island: «El sólido entramado de vigas ha resistido vigorosamente la presión», señaló.

Como pecadores indultados, los tripulantes se volcaron con afán a la reparación del barco. «Los hombres han cantado y hecho bromas con aparente *sang froid* —opinó Melville—. Han limpiado las cubiertas de hielo y han apartado los grandes fragmentos que habían quedado encajados sobre las bordas. La tripulación ha trabajado con indoblegable disciplina»^[414].

Para De Long, el *Jeannette* se había salvado gracias a la Providencia: «Esta cárcel de hielo no es lugar para un barco. Deseo de todo corazón que lo podamos abandonar pronto. Sin embargo, hay que mostrarse del todo suspicaz y no reconocer la mano divina en este tipo de milagros asombrosos»^[415].

En las postrimerías de noviembre, el hielo por fin se asentó. El 2 de diciembre, De Long juzgó las condiciones lo suficientemente amables como para que todo el mundo volviera a dormir como de costumbre. «Esta noche me desvestiré antes de acostarme», escribió^[416], dispuesto a disfrutar de un lujo al que llevaba tres semanas renunciando. De Long sufría de insomnio, así que apenas había dormido una hora seguida durante el asedio del hielo.

Tomó el hábito de salir a pasear por el hielo antes de ir a dormir. Disfrutaba mucho de esas caminatas a medianoche. Eran los únicos momentos que podía pasar en soledad, inmerso en sus reflexiones. Se ponía las pieles, encendía su pipa de espuma de mar y deambulaba alrededor del casco del barco, sobre el hielo inmaculado, más allá de las pilas de basura y ceniza. Bajo el resplandeciente cielo tachonado de estrellas, de nuevo enclaustrado en la banquisa, pero a salvo, el *Jeannette* parecía «salido de un cuento de hadas». Desde una distancia de cien metros, la escena resultaba «de una belleza salvaje y sobrecogedora». El «majestuoso silencio» hacía al capitán sentir «cuán insignificante es este barco en comparación con las grandes obras de la naturaleza». En su paseo, De Long era obsequiado a menudo con auroras boreales, lluvias de meteoritos, halos lunares u otros fenómenos ópticos más infrecuentes, como la paraselene. Una noche, un misterioso orbe luminoso flotó sobre los témpanos cerca del *Jeannette*: la esfera luminosa al parecer intensificaba y atenuaba su luz, y se extinguía y volvía a encenderse para seguir con su baile sobre el hielo.

«Esta noche ha sido una de las más hermosas que haya visto nunca», escribió De Long tras uno de sus paseos^[417]. «El cielo estaba despejado, la

luna brillaba con fuerza y todas las estrellas titilaban. El aire permanecía en perfecta calma y ni un murmullo rompía el encanto de la noche. El barco y sus alrededores componían una imagen perfecta. Los largos cables que unían el *Jeannette* con el observatorio rodeaban la sombra redondeada y cubierta de escarcha que formaban los perros dormidos sobre el hielo. El *Jeannette* destacaba recortándose contundentemente contra el cielo: todos los cabos y antenas estaban cubiertos de una gruesa capa de nieve: sencillamente, un hermoso espectáculo»^[418].

Sin embargo, De Long siempre terminaba recomponiéndose, como avergonzado por sus líricas divagaciones. «Empiezo, pero no sé terminar —escribía—. Es como si conociera la música, pero no la letra. Estos arrebatos poéticos son demasiado para mí».

Desde el momento en que quedaron atrapados en el hielo, De Long empezó a preocuparse por la salud mental de Danenhower. Los terrores del hielo, la melancolía inducida por la oscuridad polar, la claustrofobia que podría desatarse viviendo en condiciones cercanas al encarcelamiento... La experiencia ártica en general era un perfecto vivero para la locura, en opinión del comandante. Así pues, decidió vigilar discretamente a Danenhower, temeroso de que reapareciese la depresión del piloto, dado su historial de «desorden intelectual» y «problemas cerebrales».

Hasta el momento nada había ocurrido. El piloto no habría podido causar mejor impresión ni agradar más a De Long. Danenhower había sido su principal apoyo, junto con Chipp y Melville. Se había confirmado como un tipo de recursos, trabajador y bienhumorado. Muchas noches se quedaban hasta tarde en la cámara de oficiales, fumando, leyendo, estudiando las cartas y celebrando seminarios a puerta cerrada sobre el Ártico. De hecho, era Danenhower quien le había dado ánimos a él. «Gracias a Danenhower, nos hemos ahorrado muchos ratos de abatimiento —escribió De Long—. Todos lo apreciamos mucho»^[419]. No obstante, añadía: «Hay algo sobre él que no soy capaz de calibrar. No he desarrollado con él la confianza implícita que quisiera».

El único problema médico real que sufría Danenhower por el momento tenía que ver con su ojo izquierdo. Había desarrollado algún tipo de conjuntivitis y le dolía. El doctor Ambler no le dio demasiada importancia al principio: el piloto trabajaba mucho en un escritorio mal iluminado, enfrascado a todas horas en cartas náuticas, haciendo cálculos o comprobando

el instrumental, así que la irritación ocular parecía inevitable. Estando el barco inmovilizado, no había mucho pilotaje que hacer en términos estrictos, pero Danenhower hacía continuamente observaciones para determinar la posición exacta del *Jeannette* y colaboraba asimismo en las investigaciones de los científicos de a bordo. Danenhower estudiaba tanto que, según De Long, los libros le estaban «haciendo perder la cabeza»^[420]. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el piloto tenía que tomarse un respiro y descansar la vista.

Sin embargo, a las pocas semanas, la dolencia de Danenhower empeoró. El dolor era tan mortificante que apenas era capaz de pensar. Cuando el doctor Ambler lo examinó de nuevo, se dio cuenta de que algo no marchaba bien en el iris del piloto. Parecía inflamado y reaccionaba «trabajosamente». Había adquirido un tono extraño, como parduzco, y un fluido espeso rezumaba del globo ocular.

A finales de diciembre, Ambler decidió revisar el historial médico de Danenhower. Tras muchas preguntas del médico, el piloto confesó que había contraído una enfermedad venérea, que no obstante creía curada. El doctor Ambler lo contradijo: sufría iritis sifilítica. Se trataba de un síntoma bastante habitual de la sífilis en su segunda etapa de desarrollo. La sífilis era una enfermedad perniciosa y extraña que afectaba de diversas maneras tanto al cuerpo como a la mente. A menudo se confundía con otras enfermedades, hasta tal punto que los médicos la apodaban «la gran impostora». Ambler había tratado otros casos de iritis sifilítica y sabía que podía ser muy grave. A menos que Danenhower tuviera mucho cuidado —o mucha suerte—, terminaría perdiendo el ojo. Y cabía la posibilidad de que se reprodujese en el ojo derecho.

Ambler inyectó a Danenhower mercurio en una nalga. Era este entonces el tratamiento habitual —de dudosa eficacia, no obstante— para la sífilis, y producía numerosos efectos secundarios nocivos. (Los médicos tenían un dicho al respecto: «Una noche con Venus y toda la vida con Mercurio»^[421]). Para aplacar el dolor, Ambler aplicó una gasa empapada en tintura de opio. Además, le recetó una pequeña dosis de atropina en forma de gotas, a fin de dilatar la pupila. El objetivo era mantenerla abierta para evitar que el iris se adhiriese al cristalino. Si las gotas no funcionasen, tendría que operar: insertaría una sonda en el tejido ocular para deshacer las adherencias, antes de que iris y cristalino quedasen unidos en una cicatriz permanente.

Danenhower debería evitar cualquier tipo de luz, incluso la de las velas y la luna. Ambler dio instrucciones al piloto de que se colocase unas gafas

ahumadas de ventisca para que el ojo enfermo no recibiese luz alguna. Como si el aposento de Danenhower no fuera ya lo suficientemente sepulcral, se cegó el ojo de buey con un trozo de lona. El piloto tendría que dejar su trabajo astronómico y de pilotaje. Desde ese momento, quedaría confinado a su calabozo.

El médico lo había condenado a un periodo indefinido de aislamiento. Ambler hizo a Danenhower un favor, no obstante: le prometió que no hablaría a De Long sobre la sífilis, al menos por el momento. Ambler explicó al capitán que Danenhower había sido dado de baja y que su ojo izquierdo estaba «inutilizado». No mencionó la enfermedad venérea, pero sí le confirmó que Danenhower podría perderlo.

De Long recibió la noticia con sobrecogimiento. Perdió las esperanzas en su amigo y compañero al mando. «Se le ha prohibido participar en las tareas comunes —escribió De Long— y no podemos hacer nada salvo sentarnos a charlar con él en la oscuridad de cuando en cuando. Se muestra animado, no obstante. Tiene un temperamento fuerte, así que ha aceptado la situación y está decidido a presentar batalla»^[422].

La mañana de Navidad llegó oscura y desapacible: el viento aullaba y la temperatura era tan baja que los tornillos y abrazaderas del barco chascaban al contraerse en el interior de la madera. Había hecho tanto frío de madrugada que uno de los perros de la manada se había quedado adherido al hielo y hubo que liberarlo con ayuda de una pala. Era imposible hacer observaciones porque no se podía limpiar el vapor y la escarcha de las lentes del instrumental. Bajo la cubierta, una cochambre verdosa, producida por condensación, largamente acumulada, recubría mamparos, baos, forros y casi cualquier otra superficie interior.

«Esta es la experiencia más temible que he vivido en mi vida —escribió De Long—. Y, sin duda, el escenario es el más temible del mundo»^[423]. Aquella mañana de Navidad, De Long no tenía, al parecer, nada que celebrar. No podía saber, naturalmente, que esa misma semana, en Washington, el Departamento de la Armada lo había ascendido al rango de capitán de corbeta. Embargado por el recuerdo de Emma, de Sylvie y de las comodidades del hogar, apenas fue capaz de arrastrarse fuera de su camastro.

De Long recuperó el ánimo cuando algunos de sus hombres se acercaron a la popa para pasarle una minuta que habían impreso a escondidas en la pequeña imprenta del *Jeannette*: a las tres de la tarde se celebraría un

banquete de Navidad, tras el que habría un número musical. A De Long se le hizo la boca agua cuando leyó los suntuosos platos^[424]:

SOPA

Juliana.

PESCADO.

Salmón especiado.

CARNES.

Pavo navideño a la ártica (foca asada).

Fiambre de jamón.

VERDURAS.

Guisantes en lata. Succotash.

Macarrones con queso y tomate.

POSTRE.

Budín inglés de ciruela de lata con salsa fría.

Tartaletas de fruta. Dátiles de Mascate, higos, almendras, avellanas, nueces inglesas, pasas y surtido de dulces llegados directamente de Francia en barco.

VINOS.

Fino de Jerez.

CERVEZA.

Stout londinense.

Chocolate francés y café.

Pan marinero.

Cigarros puros.

VAPOR ÁRTICO JEANNETTE.

Inmovilizado en la banquisa, 72 grados de latitud norte.

El festín navideño fue opíparo, tanto que a los hombres se les saltaban las lágrimas. En la sobremesa se propusieron brindis y todo el mundo dio un trago o dos a un «fino brebaje»^[425] (en palabras de De Long) que Melville había preparado a base de *whisky* irlandés y algunos ingredientes secretos. A continuación, Alexey ejecutó una danza alasqueña y los demás, bailes tradicionales. Adolph Dressler tocaba el violín y Albert Kuehne, el acordeón. El ambiente festivo fue como un bálsamo para los hombres, con una única nota discordante: Collins no quiso asistir. Se quedó encerrado en su estancia, taciturno. Desde el fracaso de las lámparas de Edison, había caído en un marasmo y se negaba a salir. Ese día en particular, se negó a dar muestras de alegría.

Sin embargo, los hombres se las arreglaron para convencer a Collins de que participase en el número musical que estaba planeándose para el día de Año Nuevo. A Collins le gustó mucho la idea. Él se encargaría de

coreografiar el número, escribiría las escenas y diálogos y podría salpimentar el espectáculo con todos los chistes que quisiera.

A medianoche del 31 de diciembre de 1879, el vigía de guardia anunció el Año Nuevo con un rápido tañido de la campana de a bordo. Los oficiales y tripulantes se reunieron en el alcázar y lanzaron tres hurras por el *Jeannette*. La mañana siguiente se distribuyó un programa impreso: en la portada, uno de los marineros, con la cara pintada de negro, anunciaba la actuación de los «Famosos Cantantes Negros del *Jeannette*». Entre otros números, habría una obertura orquestal, un solo de violín, un baile irlandés a cargo del infatigable contramaestre Jack Cole y la actuación del «mundialmente reconocido Aneguin, llegado del Gran Noroeste, con su original comedia».

A las ocho y media de esa noche, todo el mundo se reunió en la toldilla, donde se había levantado una tarima con un telón y faroles que hacían las veces de candilejas. El proscenio se había decorado con banderas. Danenhower, con el ojo izquierdo cubierto por una gruesa venda, se sentó en la última fila. Collins inauguró el espectáculo con una batería de «acertijos», como él los llamaba. Al parecer, eran malísimos, pero sus compañeros se alegraban tanto de verlo de nuevo en su salsa que a nadie le importó.

—¿En qué se parece esta cuaderna al señor James Gordon Bennett?

—¿En qué? —respondía la marinería.

—En que los dos mantienen este barco a flote^[426].

Risas.

—Y ¿sabéis por qué al USS *Jeannette* nunca se le terminará el combustible?

—¿Por qué?

—¡Porque tenemos a Cole a bordo!

Collins siguió contando chistes de esta guisa, haciendo caso omiso a las risotadas, y acertijos o rimas con los nombres o apellidos de todos y cada uno de los marineros. A continuación, dio comienzo el espectáculo propiamente dicho, con canciones, sátiras y bailes. Los números se intercalaban con *tableaux vivants*, como los llamaba Collins, escenas mudas temáticas tituladas, por ejemplo, «Marineros dolidos por un compañero muerto» (dos hombres en silencio lloran una botella vacía de *brandy*) o «Nuestra amada reina Anne» (Aneguin vestido de mujer). Los números eran tan improvisados como divertidos e hicieron las delicias de todos. En palabras de De Long, el solo de violín de Kuehne fue «realmente magnífico, máxime teniendo en cuenta que la vida del marino no propicia la agilidad y la delicadeza de los dedos»^[427]. Ah Sam y Charles Tong Sing recitaron una balada cantonesa y

después simularon una pelea de cuchillos. Por fin, el señor Cole ofreció un baile irlandés, que ejecutó «con la gravedad de un juez», en palabras de De Long.

Desde el día que dejaron San Francisco no se había vivido tal júbilo y camaradería entre marineros y oficiales. «Dimos el toque de queda a las once de la noche —cuenta De Long—. Quedamos todos satisfechos con el barco, con los cantantes y actores, con nosotros mismos en general y con la fiesta que habíamos celebrado el primer día del año de nuestro Señor de 1880»^[428].

CUARTA PARTE

No perdamos el aliento





Queridísimo esposo mío:^[429]

Estoy empezando a tener la impresión de que debería saber de ti pronto. Espero que hayas dejado atrás cartas que alguien encuentre y traiga de vuelta. Anhelo ver tu letra y ¡qué no daría por verte en persona!

A las cinco en punto de cada tarde tengo la sensación de que pronto estarás de vuelta en casa y de que debo estar lista para recibirte. A menudo te imagino en tu camarote a bordo, sentado en tu gran silla, fumando tu pipa después de cenar, solo y feliz, y desearía poder acompañarte y compartir esos momentos contigo. Adiós para el resto del año; este es el último correo ártico de 1880 y mi última oportunidad de enviarte noticias. Esperemos que la alegría no se postergue demasiado y que no me haga yo vieja esperándote.

Emma



En el solitario mar de hielo

¡GRAN INAUGURACIÓN
 de la
 NUEVA CASA DE LA ÓPERA JEANNETTE!
Esquina de la avenida del Alcázar de Popa con Bowery
Entradas al precio popular de 0,00 dólares
La representación comenzará a las ocho y media de la noche
Podrán solicitarse trineos a las diez de la noche
Deguste los mejores espirituosos en la destilería Lee,
a pocos pasos del teatro

Había transcurrido todo un año desde aquel fin de año de 1879, pero nada había cambiado: la misma tarima iluminada con lámparas, los mismos actores hambrientos de sol y los mismos músicos tocando los mismos instrumentos. El mismo tiempo temible en el exterior y los mismos estómagos ahitos del mismo festín navideño; los mismos labios agrietados sorbiendo el mismo ron aguado. Collins estaba de nuevo al mando, dedicando juegos de palabras a un público deseoso de vivir otra noche de fiesta. Cole bailó sus bailes bravíos, los inuits danzaron sus danzas nativas y Sam y Charley cantaron sus baladas cantonesas. Nada había cambiado.

Finalizaba 1880 y el USS *Jeannette* seguía atrapado en el hielo. Durante una breve temporada, en los días más calurosos de agosto, pareció que el barco fuese a escapar de su prisión, pero la banquisa siempre volvía a cerrarse, implacable como siempre. Llevaban dieciséis meses atrapados y habían recorrido 1300 millas a la deriva: una distancia que superaba con creces la que les separaba del polo norte. Sin embargo, la trayectoria seguida había sido alambicada, plagada de abruptas idas y venidas, hasta tal punto que, en línea recta, habían avanzado solo 300 millas rumbo noroeste desde el lugar en que por primera vez se internaron entre los témpanos.

Por supuesto, los nervios afloraban, pero todos estaban vivos y, en su mayor parte, sanos. Aunque las reservas de carbón habían disminuido de manera alarmante, el barco seguía siendo un hogar caldeado y acogedor.

Algunos perros habían muerto, pero, por lo demás, el *Jeannette* conservaba intacta su tripulación de hombres y animales: era un arca que surcaba pulgada a pulgada el mar helado.

Sin embargo, encarar un segundo año en la banquisa era una condena tan dura que se imponía un poco de alboroto y levedad. Así, para dar la bienvenida a 1881 se organizó una segunda ronda de números de entretenimiento. Al entrar en la «casa de la ópera», los invitados recibieron unas flores de papel de colores. Tras la obertura musical, Collins recitó un poema:

*En el mar solitario y helado nos damos la mano
para dar la bienvenida amaneciendo a otro año.
Hoy nos reunimos por vivir la alegría
y ¡canten felices cubierta y toldilla!
Cuán velozmente nuestras ideas vuelan
a lejanas tierras, mares y escenas.
Nuestros camaradas, conjurando un místico hechizo,
preguntan: «¿Cómo estarán la esposa, el hermano, el hijo?»^[430].*

A continuación comenzó el concurso. Los disfraces eran un poco más animados que el año anterior y los decorados, más historiados. Por lo demás, la representación fue del surrealismo acostumbrado. Entre los distintos números, el más exitoso fue con diferencia el protagonizado por Walter Sharvell, joven estibador de carbón británico que se transformó, según el propio De Long, en una «muy atractiva señorita»^[431], con su peluca, sus medias blancas y un busto prodigioso que hacía saltar las costuras de un ajustado vestido de calicó. Esta *drag queen* de andar por casa flirteó con los marinos y bailó coqueta, y satisfizo de sobra a una tripulación exclusivamente masculina que llevaba sin ver a una mujer casi quinientos días.

Los marineros clausuraron el espectáculo cantando «The Star-Spangled Banner» y De Long se levantó para dedicar unas palabras al Año Nuevo. El comandante recapituló las vivencias de los últimos doce meses, pero no fue capaz de ocultar su amargura y decepción. No estaban más cerca del polo norte que el día que entraron en el hielo. Iban «a la deriva, como un moderno *Holandés Errante* —anotó De Long en su bitácora—. Treinta y tres personas extenuadas en cuerpo y alma». 1880, un año de languidez, de monotonía unicolor, había pasado de largo en vano: un año congelado en el tiempo. Y, al parecer, nada iba a cambiar.

Sin embargo, las cosas no eran tan grises. Cuando echaba la vista atrás, De Long distinguía cosas buenas y malas. Los momentos de heroísmo, los pequeños placeres, el trabajo bien hecho. A bordo de su barco se habían inventado artilugios mecánicos, y oficiales y marineros habían presenciado espectáculos atmosféricos demasiado extraños y maravillosos para ser descritos con palabras. Se habían embarcado en estimulantes cacerías de osos, una de las cuales se saldó con un macho de 427 kilogramos. Se habían vivido días tan soleados que los hombres quedaban rojos como langostas y, en el otro extremo, un día de febrero la temperatura alcanzó los cincuenta y ocho grados centígrados bajo cero. Habían jugado incontables partidas de damas, póquer, ajedrez y tablas reales. Cuando se instaló de nuevo el buen tiempo, lijaron y repintaron el casco de su querido barco. El Cuatro de Julio, izaron las banderas y el empavesado y dispararon salvas en honor a la patria. Finalizado el breve verano ártico, el hielo «reanudó sus horribles chirridos y chasquidos —contaba De Long—, como celebrando la vuelta del frío».

Vivir sobre el hielo había dejado de ser novedad hacía tiempo, señalaba Melville. «Las reservas de chistes y chascarrillos se habían agotado completamente. De tanto manosearlos, los juegos de palabras habían perdido su filo —escribió—. Los tripulantes desgranaban sus afinidades y las almas gemelas paseaban, charlaban o cazaban en pareja. En los camarotes había cada vez más lectura y menos conversación y los oficiales parecían cada día más unidos entre sí»^[432].

Si no se hubieran podido mover en todo ese tiempo de allí o el barco no se hubiera desplazado, los hombres probablemente se habrían internado en regiones ignotas de la psique, y habrían descubierto facetas de la personalidad y espacios del fuero interno que desconocían totalmente. De un modo que pocos podrían imaginar, durante aquel tiempo juntos todos terminaron mostrando la pasta de la que estaban hechos realmente. En los servicios dominicales, los pensamientos del capitán inevitablemente se dirigían a la historia de Job: «Se sabe que vivió muchas tribulaciones y dificultades a las que se enfrentó con paciencia prodigiosa —había escrito—. Aunque, que se sepa, Job jamás estuvo atrapado en mitad de la banquisa»^[433].

En sus momentos más oscuros, De Long consideró la posibilidad de abandonar el *Jeannette* y partir a pie en dirección a Siberia o Alaska. Pero no fue capaz de dar el paso. «Aborrezco la idea. Ya hemos pasado por mucho —reconoció—. Nos quedaremos con nuestro barco mientras él se quede con nosotros»^[434].

El peor momento había sucedido el 19 de enero de 1880. Desde los intestinos del barco emergió un grito desaforado. Era Chipp: «¡A las bombas!». El *Jeannette* había terminado por sucumbir al atenazamiento, los temblores y las presiones acumuladas. Hacía aguas a un ritmo muy preocupante, que se estimó en más de 4000 galones [más de 15 000 litros] por hora. Cuando se descubrió dónde estaba el problema, el agua de la sentina llegaba ya a la cadera. Hacía tanto frío —la temperatura del aire debía de rondar los treinta grados centígrados bajo cero— que el agua marina se convertía en aguanieve al poco tiempo de entrar al casco.

Sobre la cubierta, De Long puso en marcha el protocolo de emergencia para abandonar el navío. En las bodegas, sin embargo, un marinero de carácter llamado William Nindemann dio un paso adelante y dio la cara. William Friedrich Carl Nindemann era un inmigrante de treinta años procedente de la isla de Rügen, en el Báltico alemán. Nada en él era ordinario. Había sufrido tanto a lo largo de su vida que su caso no tenía parangón entre el resto de tripulantes. Nindemann fue uno de los náufragos del *Polaris* y tras el hundimiento quedó en el grupo de Tyson y las otras dieciocho personas, sobre el témpano a la deriva. No contento con aquella experiencia, regresó a Groenlandia con la expedición de rescate. Pero incluso antes de la tragedia del *Polaris*, Nindemann se había labrado reputación de superviviente: tres años antes, fue tripulante de un velero particular estadounidense hundido frente a las costas del norte de África. Nindemann fue rescatado por tunecinos que lo hicieron su rehén y pidieron un rescate de 15 000 dólares. Nindemann, al parecer, era un tipo de fortuna insólita, no solo adicto al Ártico, sino inmune a las asperezas de la vida en el mar. Se había nacionalizado estadounidense apenas unos meses antes de zarpar con el *Jeannette*, en el que se había enrolado como segundo piloto.

Nindemann destacó desde el primer momento entre la marinería. Era el que más trabajaba, el que menos se quejaba, el hombre con más recursos y el primero en presentarse voluntario a cualquier tarea peligrosa. El segundo día de singladura, una pesada escotilla casi le secciona un dedo. El doctor Ambler, alarmado, se lo cosió, y el alemán no dejó escapar ni un gemido, negándose a que le dieran de baja siquiera por una jornada. «Nindemann trabaja como una mula —afirmó De Long— y parece no conocer la fatiga»^[435].

El alemán, además, era insensible al frío. Su aparato circulatorio parecía funcionar de manera distinta al del resto de los hombres. En las heladoras cacerías de osos apenas vestía ropa de abrigo. Su camarote estaba más frío

que el de cualquier otro y sus pies no sufrían con la escarcha. Como dijo Collins en uno de sus pareados: «No ha habido hombre desde Adán / que ame el Ártico como Nindemann»^[436].

Con la sentina y las bodegas inundadas, Nindemann no dudó en meterse en el agua. Se afanó en la oscuridad gélida intentando cerrar las aberturas por las que entraba el agua, valiéndose de cualquier cosa: fieltro, estopa, sebo, yeso, cenizas, cola. Gran parte de ese tiempo lo acompañó otro incondicional, el carpintero y maquinista británico Alfred Sweetman. Ninguno de los dos parecía sentir la aguanieve que les empapaba hasta las rodillas; quienes trataron de echar una mano apenas aguantaron unos minutos y salían con los pies azules y palpitando.

Mientras Nindemann y Sweetman trabajaban, Melville diseñó contra reloj un sistema de bombas y sifones de vapor, para lo cual desmontó el generador de Edison, algunas de cuyas piezas utilizó. Se sacó a continuación de la manga una especie de molino de viento que ayudaría a sacar más agua aún, improvisando unas palas a partir de latas usadas. El artilugio no tardó en «echar a andar con un elegante traqueteo», en palabras de De Long. «Este aparato debería ser legado a la posteridad»^[437].

Nindemann y Sweetman, mientras tanto, seguían trabajando. Cuando el caudal de la vía de agua se redujo a unos pocos cientos de galones por hora, se dispusieron a construir un mamparo hermético en el rasel de proa, la parte de la bodega más cercana a ese extremo de la nave. Trabajaron durante dieciséis días seguidos, casi sin descanso, durmiendo por turnos de unas pocas horas y saltándose muchas comidas. Cuando el nuevo mamparo estuvo terminado, se calafateó minuciosamente. Las vías de agua, por fin, quedaban contenidas. Nindemann y Sweetman cayeron entonces derrotados: habían salvado el barco. De Long hizo una anotación especial en su bitácora, recomendando a los dos hombres para la Medalla de Honor del Congreso.

Aunque su trabajo había sido un éxito, las filtraciones no desaparecieron completamente. Las bombas hubieron de continuar con su traqueteo durante el resto de la travesía, recordatorio de que solo unas pocas piezas mecánicas mantenían a raya la catástrofe.

De Long quiso conocer mejor a Nindemann. Había algo extraordinario en ese muchacho. El comandante quería comprender de dónde venía la fiereza de su ética de trabajo. Era un masoquista perfecto, un hombre que parecía acelerar sus ritmos cuanto más frío hacía. No tenía rango militar, pero a ojos de De Long formaba ya parte de la vanguardia de la expedición.

Nindemann no reaccionaba a los halagos y mantenía las distancias. Aparentemente, era inmune a la emoción. Lucía bigote negro y piel curtida, y chapurreaba inglés con un fuerte acento. Era un hombre de acciones, más que de palabras. Tampoco asistía al servicio dominical de De Long. «Yo creo en la Naturaleza —decía—. La Naturaleza es mi Dios. No creo en el Más Allá. Es aquí, en el mundo, donde recibimos todos nuestros castigos»^[438].

Durante 1880, los perros pasaron a desempeñar un papel protagonista en la aventura del *Jeannette*. Cazaban y hacían las veces de animales de tiro, y entretenían a los hombres. También causaron incontables quebraderos de cabeza, pero se revelaron, en cualquier caso, indispensables. Una vez, se recurrió a treinta de ellos para arrastrar una colosal morsa, trofeo que alcanzó casi 1300 kilos de peso. Oficiales y marineros se habían familiarizado con los perros y les habían dado nombres. Todo el mundo tenía sus favoritos. Kasmátka. Tom. Quicksilver («Mercurio»). Jack. Prince («Príncipe»). Smike («Flacucho», por un personaje de *Nicholas Nickleby*). Bismarck. Paddy. Skinny («Flaco»). Foxy («Astuto»). Plug-Ugly («Feúcho»). Dewclaws («Espolones»). Snuffy («Husmeador»). Snoozer («Siestero»). Joe. Jim. Armstrong. Wolf («Lobo»). Bingo. Comían casi de todo —pescado podrido, entrañas de foca, grasa de morsa, comida estropeada y cualquier tipo de porquería— y nunca enfermaban. «Están gordos como buñuelos —observó De Long— y son tan holgazanes como el ser humano en el trópico»^[439].

Los perros se peleaban constantemente, en ocasiones a muerte. Aun así, observaban en todo momento sutiles reglas de convivencia que traían consigo muchos momentos de extraordinaria ternura. Solo Alexey parecía entenderlos. Era capaz de prever los enfrentamientos antes de que se produjeran.

Una vez, Dunbar y él salieron con unos cuantos perros a cazar morsas. En un momento dado, Bingo se soltó de su arnés, a lo que los demás perros reaccionaron intentando perseguirlo, probablemente por puros celos. Alexey dijo a Dunbar: «Otros perros quieren azotes él» (por desertar)^[440]. La partida de caza regresó al barco por la tarde, sin haber conseguido presa. Media hora más tarde, Hans Erichsen informó a De Long que Bingo había muerto en una feroz pelea.

La predicción de Alexey se había revelado inquietantemente cierta. Escribió De Long: «Aunque habían pasado tres o cuatro horas, los perros recordaban que Bingo había desertado. Lo encontraron a escasa distancia del

barco, cuando estaban de vuelta, y se abalanzaron sobre él. Lo mordieron tanto que cuando Erichsen llegó ya no se pudo hacer nada. Murió a los diez minutos de subirlo a bordo. Lo despellejamos para usar su piel en el futuro y su cadáver reposa congelado sobre la toldilla. Probablemente termine alimentando a sus asesinos»^[441].

De Long se había encariñado con uno de los perros, Snuffy, un auténtico superviviente. En la primera parte del viaje, Snuffy, tras una pelea, desarrolló una infección que hizo que su cabeza y morro se hinchasen espantosamente. Lo que De Long admiraba de Snuffy era su «asombroso poder para aferrarse a la existencia». «Sé que nunca nos será útil de nuevo, prefiero darle toda la vida de que pueda disfrutar en esta despiadada región. De vez en cuando, da la impresión de que está a punto de tirar la toalla. Hoy, por ejemplo, se ha tumbado sobre una vieja colchoneta, en la pila de la basura, y parecía que iba a exhalar su último aliento. Como estábamos estudiando las cartas de navegación, pospusimos el sacrificio para la tarde. Cuando salimos a cubierta y bajamos al hielo, comprobamos que no había muerto. Estaba a unas cien yardas de nosotros, tan vivaracho y tan lejos de la garra de la muerte como nunca lo habíamos visto»^[442].

De Long reparó en que otro perro, Jack, protegía a Snuffy. «Jack lo vigila, lo defiende de los demás, lo guía y lo lava», escribió De Long. Al capitán lo conmovían esas delicadas atenciones, de las que Jack no parecía obtener un beneficio tangible. En última instancia, no obstante, el estado de Snuffy empeoró, hasta el punto de que en opinión de De Long era una crueldad alargarle la vida. «En cuestión de días —anotó De Long—, se había convertido en una sombra de sí mismo. Echado sobre el hielo, el calor que despedía había derretido la nieve bajo su cuerpo, que poco a poco iba hundiéndose en la banquisa y desapareciendo de la vista»^[443].

Así pues, llevaron a Snuffy al otro lado del casco y allí lo sacrificaron. «El pobre animal se ha marchado», narraba De Long. Jack, su gran amigo de la manada, parecía «incapaz de entender su desaparición». Jack se quedó junto a la cavidad que había dejado el cuerpo de Snuffy en el hielo «anhelante e inquisitivo. Qué vida esta...», sentenció el comandante^[444].

Danenhower era otro superviviente, otro hombre hecho a sí mismo. El piloto se había pasado todo el año de 1880 encerrado en su camarote, a oscuras. Su avanzada sífilis había empezado a manifestarse con otros síntomas, entre ellos, lesiones en las piernas, alrededor de los labios y en el interior de la

boca. Parecía que iba a perder definitivamente la vista del ojo izquierdo. Aunque el doctor Ambler le administraba religiosamente atropina, la sustancia gomosa del interior de su ojo reaparecía constantemente, haciendo que el iris se adhiriese al cristalino.

En enero el dolor se le hizo insoportable y el doctor Ambler decidió operar. Dio a Danenhower un poco de opio y los tres marineros más fuertes se encargaron de sujetar al paciente por brazos y pies. Entonces, Ambler, con ayuda de un escalpelo y una sonda de caucho, practicó un corte en la córnea y exploró la cámara anterior del ojo. Extrajo «mucho fluido turbio»^[445] mediante un aspirador, tal y como explicó en su informe médico. El dolor era mortificante, pero Danenhower lo soportó estoicamente.

Cada tanto, De Long asomaba la cabeza en el improvisado quirófano para comprobar cómo marchaba la intervención. «No sé realmente qué admirar más —señaló—, si la habilidad y celeridad del cirujano o el coraje y resistencia de Danenhower»^[446].

El procedimiento fue un éxito relativo. Durante los seis meses siguientes, Ambler tendría que operar de nuevo en varias ocasiones para «drenar la materia purulenta» del ojo. En total, Danenhower fue intervenido más de una docena de veces a lo largo de 1880.

En ese momento, De Long ya conocía la verdad: que Danenhower tenía sífilis y también que ya lo sabía cuando se enroló. El doctor Ambler había intentado mantener el secreto el mayor tiempo posible, pero cuando aparecieron las heridas en la boca de Danenhower, quedó claro que había algo más. Al recibir la noticia, el comandante quedó muy sorprendido y montó en cólera. La sífilis explicaba no solo las lesiones de ojo y piel, sino el «problema cerebral» y los accesos depresivos que salpicaban su historial. Era de sobra sabido que la sífilis podía enloquecer al hombre. Poco importaba que Danenhower se creyese curado; en ese tiempo no existía remedio para esa dolencia. A ojos de De Long, Danenhower había cometido un pecado imperdonable, un engaño deliberado que ponía en peligro a toda la expedición. Sabiendo lo que sabía, Danenhower debía haber dado un paso atrás desde el primer momento.

Aun así, el comandante no podía evitar sentirse conmovido por la silenciosa dureza de carácter y compostura con que Danenhower llevaba su condena. «El escalpelo y la sonda son ahora sus compañeros habituales —escribió De Long—. No hay mejoría. Él soporta su encierro y el dolor que le producen las intervenciones como un héroe. Pero jamás ayudará a la expedición y temo mucho que jamás sea capaz de ayudarse a sí mismo»^[447].

En sus reflexiones sobre el año transcurrido, 1880, De Long lamentaba ante todo la circularidad de la derrota del barco. Pese a todos los sufrimientos y esfuerzos, habían regresado más o menos al mismo lugar del que habían partido. Reflexionó mucho sobre las máquinas, que repiten determinadas tareas y continúan funcionando mientras tengan combustible. Se quejaba de lo que él llamaba «el suministro mecánico de alimento, calor y abrigo para que el motor humano continúe funcionando». El hombre «es un tipo de máquina superior a cualquier otra, en resumidas cuentas. Pongámoslo en marcha y démosle cuerda cada tanto y funcionará monótonamente, como un reloj»^[448].

También reservó un pensamiento en su bitácora para los animales de granja y las bestias de carga, que recorren un mismo camino, por lo demás estrecho, y jamás ven otro lugar. «A menudo pienso si el caballo que tira del mecanismo en un aserradero no se preguntará, de algún modo, por qué recorre una y otra vez su camino interminable, y para qué diantres. El animal no ve por lo general la sierra y ante sus ojos no se culmina tarea alguna. Sus jornadas terminan como empiezan, en el mismo lugar. ¿Hasta qué punto el juicio de los equinos les permite prever que la jornada siguiente y todas las demás serán idénticas? Si ese caballo tiene la facultad de razonar hasta ese punto, me apiado de él y entiendo ahora su sentir y sus pensamientos»^[449].

Pese a estas reflexiones algo sensibleras, De Long usualmente se mostraba muy contenido. «El hombre piensa, mientras habita esta región, una ingente cantidad de tonterías —escribió—, y comete tales estupideces que de buena gana se ríe después de ellas»^[450]. El comandante insistía en describirse como un tipo optimista de corazón. Su lema era: «*Nil desperandum*» («Desesperar, nunca»). «A lo largo de nuestro encarcelamiento, ha habido algo indefinible e inexplicable que me tiene convencido de que todo saldrá bien. Una vocecilla interior me insiste en que este no puede ser, ni mucho menos, el punto final de mi celo y mis empeños»^[451].

Así pues, aquella Nochevieja de 1880, De Long se puso en pie ante sus hombres e intentó transmitir parte de la esperanza que lo impulsaba y animaba a él cada día. Nunca se le habían dado bien los discursos y no tenía nada planeado. Aspiró su pipa por unos minutos, bebió dejándose llevar por el espíritu festivo de la velada y, a continuación, se dirigió a la tripulación.

Como en todos los acontecimientos de la vida, esta travesía puede dividirse en dos partes: la que ha sido y la que será. Estamos a punto de dar la espalda al año que ya termina y volver el rostro hacia el nuevo. Durante los últimos dieciséis meses hemos navegado trece mil millas a la deriva. Hemos hecho frente al peligro a diario. El hielo ha embestido nuestro barco, lo ha atenazado, asfixiado, aplastado. Habría reventado su casco de no ser tan fuerte como los

corazones de los hombres que lleva dentro. Llevamos un año achicando agua y hemos mantenido el *Jeannette* habitable. Y aquí seguimos todos. Encaramos el futuro con la firme esperanza de hacer algo que sea digno de nosotros mismos y de la bandera que ondea sobre nuestras cabezas. No perdamos el aliento^[452].

Hubo algo en sus palabras que prendió en la tripulación. La toldilla vibró con sus vítores: «¡*Nil desperandum!* ¡No perdamos el aliento!». A medianoche, tocaron las tradicionales ocho campanadas para despedir el año viejo, y las ocho nuevas para saludar al nuevo. De Long dio las buenas noches a los hombres y estuvo un rato en la cámara de oficiales con Melville y Dunbar, antes de retirarse para escribir unas líneas en su bitácora: «El año 1881 ha sido oficialmente inaugurado en el Vapor Ártico de los Estados Unidos *Jeannette*, en la latitud 73 grados, 48 minutos norte y longitud 177 grados, 32 minutos este. Comienzo el año nuevo en esta bitácora pasando página y espero que Dios también pase página en la bitácora de nuestras fortunas»^[453].



Querido esposo:

He puesto un abeto de Navidad para Sylvie y le ha encantado. Lo decoramos la víspera y la mañana de Navidad la llevé al salón, y allí vio el árbol en todo su esplendor, rodeado de innumerables muñecas y baratijas. Éramos pocos en torno a ese árbol la mañana de Navidad, fue triste. Esperemos que la próxima Navidad sea diferente.

Este es el momento idóneo del año en que hacerse buenos propósitos, y yo he puesto empeño en ello. Ante todo, voy a dejar de preocuparme y voy a mostrarme alegre, esperanzada y enérgica. Supongo que ahora mismo estaréis sumidos en la oscuridad total, pero veréis el sol en febrero. ¡Lo estaréis deseando!

Tu amada, Emma



La tierra descubierta

A lo largo de la primavera de 1881, el *Jeannette* continuó su irregular avance por la banquisa ártica, con rumbo general noroeste. El hielo mostraba nuevas grietas y fisuras, primeros signos del deshielo venidero, pero las perspectivas de liberación eran pocas.

El 17 de mayo amaneció sin cambios, lúgubre. Sin embargo, a última hora de la tarde, los plomizos cielos se abrieron y dejaron entrever el horizonte. A las siete, el siempre vigilante Dunbar se encontraba oteando los hielos a la deriva desde la cofa con su catalejo, mientras el resto de los hombres se afanaba en sus quehaceres vespertinos. Dunbar llevaba un tiempo actuando de manera extraña, como si algo lo agitase. Algún sutil cambio en el viento y en los patrones de la deriva del hielo inquietaba su sentido de marino. Durante una semana o más, tuvo la impresión de que, a lo lejos, a sotavento, fuera del alcance de la vista, algo obstruía el libre movimiento del hielo y, en consecuencia, la banquisa se resquebrajaba y fragmentaba.

Súbitamente, Dunbar vociferó con voz áspera. Se dirigió a los hombres que faenaban abajo, en cubierta, pero su anuncio fue tan inesperado que en un primer momento nadie atendió a lo que realmente significaba. «¡Tierra a la vista! —gritó—. ¡Tierra por proa a estribor!».

Era una imagen en la distancia, a unas cincuenta millas quizá. Una mancha grisácea que se elevaba orgullosa por encima de las acumulaciones de nieve y hielo y las crestas de presión. Los días posteriores, el comandante De Long estudió aquella aparición, preguntándose si se trataría de un espejismo o algún otro efecto de refracción de la luz. No estaba seguro de qué podía ser, pues a menudo la supuesta masa de tierra desaparecía tras la bruma y la niebla, o la envolvían nubes bajas. Pero pasados unos días, la nube se disipó y la isla se pudo ver a ojo desnudo: se trataba de una elevación cónica, como un volcán, cuya pronunciada ladera, moteada de nieve, parecía hendida por multitud de desfiladeros. No cabía duda: aquello era tierra, la primera que veían en más de cuatrocientos días, desde que perdieron de vista Wrangel a

principios de 1880. En su bitácora, el alivio de De Long se hizo palpable: «No solo hay hielo, pues, en este mundo»^[454].

La deriva los acercaba a aquella tierra. De Long consultó sus cartas náuticas. Ninguna de ellas, ni siquiera las más actualizadas, que Bennett había obtenido de manos de Petermann, mostraban tierra en cientos de millas a la redonda. Durante el año anterior habían navegado a la deriva por un sector del Ártico que ninguna embarcación había surcado jamás. En el rostro de De Long debió de dibujarse una sonrisa, pues la conclusión era irrefutable: «Hemos descubierto algo —escribió—. Nuestro viaje, gracias a Dios, no nos dejará con las manos vacías»^[455].

De Long había empezado a adoptar un tono rapsódico en sus apuntes personales. «Desconozco —y no me importa, de hecho— cuál será el papel que esta desolada isla, erigida en mitad del desierto helado, desempeña en la economía de la Naturaleza. Se trata de una tierra firme, que se quedará inmóvil el tiempo suficiente como para que un hombre pueda averiguar dónde se encuentra»^[456].

Bautizó la nueva tierra como isla Jeannette y empezó a trazar planes para poner pie en ella. La tripulación estaba en éxtasis. «De inmediato, los jóvenes profetas treparon a los afloramientos helados cercanos al barco para otear la tierra descubierta. Todos se regocijaron, como si hubiera aparecido ante sus ojos una segunda Tierra de Gosén», narró Melville^[457]. Los hombres estudiaron aquella isla con los catalejos y empezaron a imaginar caza mayor saltando por las orillas de la isla. «Algunos de los oteadores más entusiastas —relataba Melville— distinguían claramente renos yendo y viniendo. Otros de agudeza visual aún mayor eran capaces incluso de distinguir machos y hembras»^[458].

Más tarde, el 25 de mayo, Dunbar divisó aun otra masa de tierra. En un principio pensó que era una península de la isla Jeannette, pero el 27 de mayo se hizo evidente que se trataba de una isla diferente, bastante más grande que Jeannette y situada a unas treinta millas al noroeste de esta. De hecho, la deriva empujaba al barco directamente hacia ella, quedando a un lado la pequeña Jeannette.

Así pues, el comandante De Long y la tripulación mudaron sus afectos, dispuestos a encariñarse con aquella nueva tierra, de mayor tamaño. De Long la llamó isla Henrietta, en honor a la madre irlandesa de Bennett y a la goleta con que este había ganado la primera regata trasatlántica de veleros. (Era, como Jeannette, un nombre delicado y femenino para tan duro trofeo, pero recordemos que estos hombres llevaban veintitrés meses sin ver a una mujer).

No podían dejar de mirar la isla: Henrietta era «blanco de todas las miradas [...] tan placentera como un oasis en medio del desierto». Se convirtió en su talismán, en un fetiche. «La contemplamos, hacemos comentarios sobre ella, estimamos la distancia que nos separa de sus orillas, suplicamos que una tormenta nos empuje hasta ella. Sin duda, aceptaríamos encantados que en Henrietta existiese una mina de oro que nos hiciese a todos tan ricos como el fisco (pero sin sus deudas)»^[459].

Los tripulantes fantaseaban con encontrar un puerto seguro en Henrietta y poder plantar un campamento temporal. Podrían así reparar las averías del barco, comer carne fresca y saborear el placer, vagamente recordado, de caminar por tierra firme. «Disfrutaremos poniendo el pie en esa tierra tanto como si se tratara de Central Park —afirmó De Long—. La mayoría de marineros y oficiales solemos dedicar una larga mirada a la isla antes de ir a dormir, para asegurarnos de que no se ha derretido»^[460].

Finalizado mayo, el contorno de Henrietta se hizo más nítido y adquirió profundidad. Collins y Newcomb la bocetaron sobre papel: presentaba promontorios escarpados, puntas rocosas y glaciares cargados de hielo. Parecía una masa de tierra circular, de unas cuatro millas de diámetro, un pedazo de roca más de los aparecidos durante la Creación, coronado por nieves eternas, forjado por el calor, azotado por el viento e incrustado sin remisión en el hielo. Con todo, De Long esperaba que el interior de la isla o las calas ocultas de su litoral albergasen vida. Quizá hubiese osos o morsas que cazar, madera de deriva, agua dulce o aves cuyos huevos aprovechar. El comandante soñaba con un precoz idilio veraniego que permitiese a los expedicionarios recobrar sus energías.

Sin embargo, con el impredecible devenir de la banquisa, preocupaba a De Long que el barco errase en el rumbo y dejase atrás la isla Henrietta, como había dejado atrás la isla Jeannette. El 31 de mayo, temiendo que la oportunidad se le escapara de las manos, decidió despachar una pequeña partida de hombres y perros para que pusieran pie en la isla e hicieran un rápido reconocimiento. Se trataba de un plan enormemente arriesgado: con las corrientes y el hielo resquebrajándose por doquier, los voluntarios podrían fácilmente quedar aislados en un témpano y flotar a la deriva hasta la muerte. Podía abrirse una grieta bajo sus pies, o alguna tormenta inesperada o la inoportuna caída de la niebla podrían hacerles perder de vista el barco el tiempo suficiente como para que fuese imposible rescatarlos.

No obstante, De Long pensó que lo que la misión de reconocimiento pudiera descubrir compensaba con creces los riesgos. Eligió a la flor y nata de

la tripulación para la misión a Henrietta. Melville, atrevido y competente, dirigiría la expedición. Dunbar, el mayor conocedor de las trampas que tendía el hielo, haría las veces de guía. Cuatro de los tripulantes más fuertes y capaces transportarían el equipo: Nindemann, Erichsen, Sharvell y James Bartlett, el fogonero. El propio De Long ansiaba liderar la expedición —lo deseaba «con mucha fuerza», según sus propias palabras—, pero Chipp había enfermado del vientre, y fue dado de baja junto con Danenhower. De Long concluyó que sería una irresponsabilidad por su parte abandonar el barco y a su tripulación para embarcarse en aquella misión gloriosa.

A las nueve de la noche, Melville y sus acompañantes se reunieron sobre el hielo. Llevarían quince perros y una de las pequeñas embarcaciones auxiliares, que montarían sobre uno de los trineos estilo McClintock. Iban pertrechados de fusiles, munición, una tienda de campaña y provisiones para diez días. En total, transportaban casi una tonelada de suministros y equipo. El resto de la tripulación formó un corro alrededor y los despidió con vítores y varias salvas del gran cañón de latón. Era la primera vez, en casi dos años, que el grupo se dividía. En el palo mayor se izó una inmensa bandera negra para que los exploradores no perdieran de vista el *Jeannette*.

Melville dio la señal y hombres y perros partieron a la carrera, entre gañidos, ladridos y rumor de botas sobre el hielo, rumbo a Henrietta, la isla coronada de nieve. Según las estimaciones más aceptadas, la isla se encontraba a solo doce millas, aunque tendrían que atravesar el terreno más escarpado imaginable, un «tumulto blanco», en palabras de Melville, «un caos helado»^[461].

A apenas quinientos metros del barco los detuvo un canal de aguas abiertas, lo que les obligó a bajar el bote del trineo y echarlo al agua. Debían trasbordar víveres y también a los perros, porque se negaban a tirarse al agua helada. Sus aullidos resonaban en los afloramientos de hielo. Dos de los huskies se soltaron de sus arneses y salieron corriendo en dirección al barco. Cuando llegaron de vuelta al *Jeannette*, los marineros más veloces se encargaron de capturarlos y los llevaron de nuevo junto a Melville, quien los volvió a amarrar al trineo.

Durante todo el día y bajo la resplandeciente noche polar, De Long mandó a un vigía observar la evolución de la partida exploratoria. Melville y sus hombres avanzaban penosamente sobre los témpanos, haciendo aquí y allí incomprensibles rodeos. Casi resultaba cómico lo lento de su progreso. Parecían una columna de escarabajos tratando de avanzar en un desierto lleno de obstáculos. Al tiempo, se convirtieron en una serie de puntos en el hielo,

luego un borrón, después una mera mota, hasta que a mediodía del día siguiente desaparecieron de la vista, perdidos tras las escarpadas crestas blancas.

El comandante De Long pronto hubo de preocuparse de otros problemas. La presión del hielo sobre la popa se había intensificado conforme avanzaba la semana. Las filtraciones que plagaban el casco desde que el *Jeannette* quedó atrapado en el hielo la primera vez habían empeorado, y De Long ordenó montar de nuevo el molino de viento y que las bombas de agua achicasen las veinticuatro horas del día. Las grandes palas oblongas vibraban al frío viento y gracias a su impulso se extraían casi cuatrocientos litros cada hora de las bodegas inundadas. Sin embargo, pese a todo este esfuerzo, la tripulación seguía sin dar abasto. Según los cálculos de De Long, en el barco entraban cada día 4874 galones de agua de mar, el equivalente a 18 450 litros.

Para aliviar parte de la presión ejercida sobre la popa, De Long armó a sus hombres de picos, martillos y sierras de calar para hielo, y ordenó cavar una zanja en torno al timón y el pozo de la hélice. «Está duro como el pedernal — se lamentaba De Long— y resiste como un amigo viejo y curtido»^[462]. Tan poderosamente comprimían los témpanos el casco que cuando se liberaba un poco la presión de entre las juntas salían grandes cantidades de estopa. En algunos lugares, el patrón granuloso de la superficie de las tracas de madera quedaba impreso sobre los trozos de hielo retirados.

Para más inri, De Long se encontró con una auténtica crisis de salud a bordo, la más grave desde el inicio de la travesía. La mañana posterior a la marcha de Melville, el doctor Ambler reveló que un buen número de los tripulantes que habían quedado en el *Jeannette* sufrían una misteriosa «indisposición». Fuera lo que fuese, Ambler temía que fuese contagiosa. («¿Y ahora qué?», exclamó De Long desesperado). Desde hacía semanas, los marineros se venían quejando de una serie de síntomas peculiares: apatía, dificultad para dormir, falta de apetito, pérdida de peso, anemia, sabor metálico en la boca y, ante todo, fuertes retortijones. Algunos sufrían un leve temblor de manos; otros al parecer expulsaban sangre en la orina.

Las quejas se habían ido multiplicando y la lista de afectados incluía a Chipp, Newcomb, Kuehne, Alexey, Ah Sam, Charles Tong Sing e incluso al propio doctor Ambler. En particular, aquejaban terribles dolores a Newcomb, quien se mostraba «acongojadísimo», en palabras de De Long^[463]. Newcomb se sentía especialmente desgraciado porque había querido con todas sus

fuerzas acompañar a Melville a la isla Henrietta; en su opinión, como naturalista de a bordo, tenía el deber de estudiar las aves y demás fauna que pudiera habitar la isla. Pero no pudo ni salir de su camastro.

El doctor Ambler no se mostraba muy seguro de qué dolencia podía ser aquella, pero tras varios días de pesquisas médicas, creyó encontrar indicios suficientes sobre la probable causa de aquella extraña enfermedad: se trataba de una intoxicación por plomo. De estar en lo correcto, el asunto era grave. El saturnismo o intoxicación plúmbica podía derivar en delirios, ataques, fallo renal y, finalmente, la muerte. El médico sabía que debía encontrar cuanto antes el foco tóxico: de ello dependía la supervivencia de la expedición.

Durante días, Melville y sus cinco acompañantes batallaron contra el hielo. Los muros glaciales de la isla cada vez parecían estar más cerca, pero el avance resultaba cada vez más complicado y lento, mucho más de lo que Melville había imaginado. Dunbar abría camino, enarbolando un banderín de seda negra. Avanzaban apenas unas millas cada día, escalando y destrepando trabajosamente los fracturados témpanos. «Se apilan ante nosotros millones de toneladas de hielo en forma de bloques —escribió Melville—, como tenebrosas pilas de los caídos en esa batalla que libran desde el principio de los tiempos las masas de hielo. Grandes cuerpos de hielo parecen huir sin descanso de la furiosa persecución a que los someten los que les van a la zaga»^[464].

El bote, cargado con la tienda y toda la comida, se bamboleaba sobre el trineo McClintock. Los hombres tiraban junto con los perros, con arneses y largas correas. En ocasiones, los huskies estorbaban más que ayudaban. Se gruñían y lanzaban dentelladas, y en varias ocasiones hubo que separarlos. En ese terreno caótico, los perros enmarañaban una y otra vez sus correas y arneses, y terminaban en muchas ocasiones, en palabras de Melville, «enredados hasta lo imposible, más que anguilas en un cesto»^[465].

Al cuarto día de travesía, se hizo patente que jamás llegarían a Henrietta arrastrando una embarcación cargada con casi una tonelada de provisiones. Melville, así pues, decidió dejar el bote y todos los víveres, salvo los necesarios para una jornada, con idea de hacer un último esfuerzo por llegar a tierra firme. Era un día soleado y el perfil de Henrietta destacaba con tal nitidez contra el cielo azul que Melville creyó poder tocar las «rocas negras de perfil aserrado» de la isla. Estas estaban, según sus palabras, «entreveradas de vetas de mineral de hierro» y parecían haber sido forjadas en un «alto

horno gigantesco»^[466]. A toda prisa, los hombres izaron el bote a un promontorio de hielo y, para marcar el camino de vuelta, ataron un trapo oscuro a un remo que clavaron en el hielo. Para asegurarse, Erichsen fijó además su colorido gorro de fieltro en el extremo del remo.

Melville entendía que abandonar el bote y los víveres era «peligroso» y que para regresar sanos y salvos necesitarían «un auténtico golpe de suerte», especialmente si entraba mal tiempo. No se le ocurría, por lo demás, ningún otro modo de alcanzar Henrietta que les diera opción de regresar al *Jeannette* vivos.

Aliviados de carga, avanzaron bastante rápido. A la siguiente mañana, tras desayunar unas manitas de cerdo bañadas en caldo de cordero, se pusieron en marcha, pero al poco tiempo dieron con una nueva contrariedad. El sol implacable del día anterior había dañado gravemente los ojos de Dunbar, que apenas podía ver. El viejo y curtido ballenero había pasado la mayor parte de su vida en el mar, a menudo en el Ártico, pero jamás se había visto aquejado por esta dolencia, conocida desde antiguo: la fotoqueratitis u oftalmia de la nieve. Dunbar debía hacer las veces de guía, pues era quien mejor vista tenía de todos ellos, y siempre se adelantaba para elegir el camino idóneo. Pero tras las horas de sol de la jornada anterior, no era capaz de distinguir ni su propia mano. Los ojos le escocían, le picaban y le lloraban continuamente. Tenía las pupilas contraídas y las córneas inflamadas. Según su testimonio, veía extrañas motas de luz bailando ante sus ojos. Aun así, Dunbar era demasiado orgulloso para reconocer la frustrante verdad. No lo hizo hasta que resultó obvio para el resto que algo marchaba mal.

Melville trató de reconfortar a Dunbar y le propuso montar en el trineo. No tenía sentido trastabillar sobre el hielo como un borracho: podía terminar haciéndose daño. Sin embargo, el viejo piloto se negó a ser una carga. Cuando Melville le ordenó subir al trineo, Dunbar bramó: «¡Dejadme aquí!».

«Rogó encarecidamente, hasta resultar incómodo, que lo abandonásemos en el hielo —escribió Melville—. Era la primera vez en su vida que caía así y le resultaba muy doloroso»^[467]. Pese a las vigorosas protestas de Dunbar, los hombres lo montaron en el McClintock («con mucho disgusto para el viejo caballero», puntualizó Melville) y la expedición reemprendió el camino a Henrietta. Erichsen enarboló el banderín negro y relevó a Dunbar en las labores de orientación.

Ya no veían la isla, velada por una tormenta de nieve. Melville mantenía un rumbo fijo de brújula y sabía que estaban acercándose. Avanzaban a buen ritmo cuando, de repente, el trineo rompió el hielo en un punto y a punto

estuvo de hundirse en las gélidas aguas marinas. Dunbar maldecía agarrado al trineo y Erichsen acudió presto en su ayuda. El danés, grande y musculoso, se acuclilló para ayudar al piloto, lo agarró de los hombros y lo sacó a tirones del agujero, dejándolo caer sobre el hielo como si fuera un muñeco. Melville, admirado por «la fuerza hercúlea»^[468] de Erichsen, se preguntó cómo podría la expedición sobrevivir sin él. En aquella ocasión, había salvado la vida a Dunbar.

Esa noche del 2 de junio, los seis hombres pisaron por fin las orillas de la isla Henrietta. Aliviados, eufóricos y agotados, caminaron por una estrecha playa hasta un pedregal cubierto de musgos y líquenes. Era la primera vez que tocaban tierra firme en 642 días. Dunbar se mostró regocijado por poder «lijarse las pezuñas», como él decía. Resultaba maravilloso y a la vez extraño caminar por suelo rocoso. Era muy distinto a caminar en un barco que se escoraba a un lado u otro, y no se parecía tampoco a caminar sobre las placas flotantes de hielo cubiertas de nieve. Los músculos de sus piernas se habían deshabituado y al principio todos andaban con paso dudoso y bamboleante.

Aunque la isla Henrietta era un lugar antiguo —las rocas volcánicas que pueden encontrarse en la isla tienen quinientos millones de años—, Melville y sus hombres eran, según todos los indicios, los primeros seres humanos en pisarla. Ser consciente de ello prendió en el ingeniero un complicado festival de emociones: el instante del descubrimiento le había parecido a la vez hermoso y fascinante. Para eso vivían los exploradores, eso era lo que los empujaba y animaba. Aquella era la alegría por la que merecían la pena tantos sufrimientos. Al mismo tiempo, Melville se sentía hechizado. Nadie había estado allí nunca, jamás. Quizá nadie debía. «El silencio era terrible». Habían desembarcado en «un monstruo negro», cuyos empinados promontorios se cernían sobre ellos «como desde hacía siglos, cual centinelas que nos desafiaran ante nuestra imprevista llegada»^[469].

Habían llegado al fin del mundo. Henrietta era el punto de tierra emergida más septentrional en unas mil millas a la redonda: un satélite solitario en el Gran Norte. En aquella parte del planeta, no hay ningún trozo de tierra tan cercano al polo norte^[470].

Melville reclamó aquella isla virgen para su país «en el nombre del Gran Jehová y el presidente de los Estados Unidos de América», y la bautizó dejando caer sobre la tierra unas gotas de extracto de maíz que traía en un frasco. Erichsen plantó la bandera estadounidense en el suelo rocoso. Más tarde, a mitad de ascensión de uno de los flancos de la isla, los hombres contemplaron satisfechos el campo de hielo que tanto les había costado

atravesar. Bajo la luz espectral, distinguían el *Jeannette* a unas diez millas de distancia, aún encallado en el hielo. Su posición, no obstante, había variado de manera inquietante.

Al día siguiente tendrían que darse prisa. Pero por el momento, no les quedaba otra cosa que levantar la tienda de campaña y meterse dentro. En palabras de Melville, cayeron enseguida «en los brazos de Morfeo»^[471].

A bordo del *Jeannette*, el doctor Ambler y el capitán De Long buscaban frenéticamente el foco de la intoxicación. Otros tripulantes sufrían los síntomas y Ambler se alarmaba.

Las primeras sospechas recayeron sobre el sistema de destilación de agua. De Long mandó dismantelar el aparato al completo y estudiar minuciosamente si en algún punto el plomo entraba en contacto con el agua. Se encontraron un par de juntas de ese metal, pero estaban en buenas condiciones y parecía poco probable que en ellas estuviera el origen de los agudos síntomas que sufrían algunos hombres.

Ambler necesitó otro día para descubrir la clave del misterio. Esa noche, los oficiales y marineros dieron cuenta, como en casi todas las cenas, de unos tomates estofados. Uno de los hombres mascó algo duro y acto seguido se sacó de la boca una bolita de metal. Los demás tripulantes rebuscaron en sus raciones y encontraron también pequeños trozos metálicos. Nadie le dio mucha importancia. Alguien bromeó: «¿Quién le ha estado disparando a los tomates?».

Pero el doctor Ambler sospechó algo. Tras inspeccionarlas minuciosamente, determinó que las bolitas metálicas eran de plomo. Dedujo que el ácido natural de los tomates, al correr del tiempo, había reaccionado con la soldadura de plomo que cerraba las latas de conserva. Algunas, en efecto, parecían deterioradas, su interior revestido de un residuo negro que Ambler rápidamente identificó como óxido de plomo. La tripulación lo había estado ingiriendo en cantidades cada vez mayores según pasaban los meses.

Lo inexplicable era que unos sufrieran síntomas y otros no. Cada tripulante tenía un metabolismo distinto, desde luego. «Es curioso que algunos no hayamos notado ningún efecto, pues todos seguimos la misma dieta», se maravillaba De Long. Por otro lado, el comandante señaló que a Charles Tong Sing —quien, junto con Newcomb, era el más afectado de los «inválidos del plomo»— le entusiasmaba el tomate: «Su gusto por este fruto es notable y lo come sin medida»^[472].

Desde el comienzo de la expedición, el doctor Ambler había insistido en que la tripulación comiese tomates regularmente para evitar el escorbuto; estos, como los cítricos, eran considerados, acertadamente, buenos antiescorbúticos (aunque el motivo, su alto contenido de vitamina C, no era aún conocido para la ciencia). Sin embargo, esta medida preventiva quedaba anulada por otra de las imposiciones del viaje ártico: el alimento salvador tenía que conservarse en un tipo de envase que podía resultar letal.

«¿De qué sirve estar a salvo del escorbuto durante dos años si el saturnismo puede terminar con nosotros en un tercio de ese tiempo?», se lamentaba De Long^[473].

El doctor Ambler decidió tomar medidas, pese a encontrarse bastante indispuerto. Los tomates tóxicos fueron desechados y se diseñó una nueva dieta, y se elevó la ración diaria de concentrado de lima. En cuestión de días, los enfermos empezaron a mejorar. Lo que más preocupaba en ese momento, no obstante, eran Melville y sus hombres. Quizá estuvieran intoxicados y alguno de ellos hubiese quedado inmovilizado.

Para ese entonces, el capitán De Long alimentaba ya una «inquietud insoslayable» al respecto de Melville y su partida. Según sus cálculos, debían estar ya de regreso. Dos días atrás había entrado una niebla espesa y muy fría, que limitaba la visibilidad a menos de cincuenta metros. Desde la cofa no solo se había perdido de vista a la avanzadilla, sino a la isla completa.

De Long escudriñaba la niebla durante horas, deseando perforarla con la mirada y tratando en vano de distinguir formas humanas debatiéndose sobre el hielo. No podían más que «esperar a ciegas en aquel espacio que nos era más familiar». Cada tanto, ordenaba disparar una salva, esperando que Melville y sus hombres la oyeran, pues, dadas las circunstancias, todas las señales visuales eran inútiles. De Long empezó a arrepentirse de la decisión que había tomado. Enviar a sus hombres a explorar la isla había sido quizá un clamoroso error.

La mañana del 3 de junio, muy temprano, Melville y sus hombres tomaron un desayuno ligero y se dispusieron a explorar la isla Henrietta. Casi la mitad de su extensión estaba cubierta de glaciares. No vieron signos de vida, salvo grandes poblaciones de aves —principalmente, araos— que anidaban en los acantilados rocosos, encalados de blanco por sus excrementos. Los pájaros, que no habían visto jamás a un ser humano, se mostraban confiados. Sharvell,

arma en mano, escaló para acercarse a sus nidos y cazó unos cuantos. Los araos, confundidos, no presentían en absoluto el peligro.

Los hombres recorrieron toda la isla haciendo bocetos, tomando medidas y solazándose en la primera prerrogativa del descubridor: dar nombre a los lugares. Bautizaron, así, el monte Sylvie, el monte Chipp, el cabo Dunbar y los promontorios Bennett. Escalaron una elevación que Dunbar llamó cabeza Melville, pero los demás apodaron cabeza Calva, en honor a la resplandeciente testuz del ingeniero. Allí, en una grieta en la roca a ochenta metros sobre el nivel del mar helado, erigieron un hito con piedras. En su interior, Melville colocó una caja de cinc con varios ejemplares del *New York Herald* y un cilindro de cobre, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, en el que se introdujo una crónica de la travesía del *Jeannette* hasta ese momento, manuscrita por el capitán De Long^[474].

Melville, aunque «emocionado por el éxito de la misión»^[475], no quiso quedarse más tiempo en la isla. Sabía que tenía que volver a toda prisa en busca del bote y los víveres, y a continuación de vuelta al barco, antes de que la deriva lo empujara definitivamente fuera del alcance de la vista. Los hombres recolectaron unos pocos recuerdos: un poco de musgo, algunas piedras y los pájaros cazados por Sharvell. Tras apenas veinticuatro horas sobre aquella roca volcánica, la partida comandada por Melville recolocó el equipaje sobre el trineo y partió en busca del bote, con Erichsen abriendo camino, el banderín de seda negra bien alto.

El tiempo era «muy triste» y «cruel», y había tanta niebla que durante dos jornadas completas hubieron de viajar a ciegas, orientándose con la brújula. Los canales que se cerraban y abrían ralentizaban el avance y en varias ocasiones el grupo quedó semihundido. El hielo se resquebrajaba y estallaba con sonoros chasquidos que asustaban a los perros. Lo peor de todo es que Nindemann había caído enfermo. Se doblaba de dolor por unos horribles calambres, muy probablemente causados por el saturnismo que también aquejaba a la tripulación del *Jeannette*. Melville jamás había visto a Nindemann en ese estado: siempre había sido el marinero más duro y leal. En ese momento, el alemán parecía estar «sufriendo la agonía de los desahuciados», en palabras de Melville^[476].

Esa noche, cuando estaban ya todos en la tienda, Melville rebuscó en el botiquín y sacó un frasquito de extracto de guindilla para Nindemann. El extracto, destilado a partir de guindillas y otros pimientos muy picantes, se utilizaba habitualmente para tratar los calambres. Pero Nindemann tenía los dedos tan fríos y doloridos que no era capaz de abrir el frasco. El siempre

alegre Erichsen intervino, consiguió extraer el tapón y administró a Nindemann unas cuantas gotas. Pero, torpemente, el gran danés se derramó sobre las manos parte del extracto que contenía el frasco. Sin darle importancia, sacó del botiquín otro frasco más, este de un suave aceite emoliente, que frotó con profusión sobre su maltrecho cuerpo, la ingle escocida, los irritados ojos y el rostro quemado. De repente, parecía que le ardiese el cuerpo: había olvidado que tenía las manos llenas de extracto de guindilla. «Fue tan inesperado para él como divertido para nosotros», contó Melville^[477]. Dando alaridos, con los ojos ardiendo y abiertos como platos, Erichsen salió como un poseído de la tienda, se quitó toda la ropa y se tiró por la nieve para calmar el escozor de la piel, agitándose, en palabras de Melville, «como una anguila». Todos, incluso Nindemann, rompieron a reír en sonoras carcajadas.

Dunbar, dirigiéndose a la silueta desnuda que se sacudía en el exterior de la tienda, exclamó entre risas: «¡Erichsen, vas a fundir la nieve!»^[478].

Llegado el 3 de junio, a De Long lo carcomía la preocupación. ¿Dónde estaba Melville? El comandante sabía que enviar una partida de rescate con tan poca visibilidad sería inútil y, además, una locura. Lo único que podía hacer era ordenar que se siguieran disparando salvas y esperar que Melville las oyera y recuperase el rumbo hacia el barco.

La mañana del 4 de junio, el tiempo mejoró. El aire estaba frío pero límpido y las palas del molino de viento giraban ruidosamente con la brisa helada. Los vigías no ubicaron a Melville y sus hombres, pero la isla Henrietta se distinguía mejor que nunca. De Long ordenó a sus hombres que encendieran una gran hoguera sobre el hielo, que alimentaron con alquitrán y brea para que produjese un espeso humo negro. Si estaba a veinte millas a la redonda, Melville tendría que verla. Sin embargo, seguía sin dar señales de vida.

Un oso polar, atraído al parecer por el acre olor del humo, apareció caminando pesadamente por las inmediaciones del barco. Lo vieron rascarse la espalda contra uno de los postes que sostenían la cuerda de tender ropa, que estaba clavado en el hielo, y a continuación husmeó alrededor de los pocos perros que habían quedado y que descansaban echados en el hielo. Edward Starr fue el primero en reaccionar. Agarró un fusil y disparó, pero falló. Saltó al hielo y persiguió al oso, disparando dos veces más. «El oso huyó», escribió De Long^[479]. El animal parecía acelerar conforme «oía la bala silbar sobre los

hielos. ¡Ay de nosotros! Nuestras seiscientas libras de carne fresca se han dado a la fuga».

A las seis de la mañana del 5 de junio, el vigía dio la voz de alarma desde la cofa: «¡Partida a la vista!». De Long corrió a la cubierta y, en efecto, allí estaba el banderín de seda negra, apareciendo y desapareciendo entre las acumulaciones de hielo, a varios kilómetros de distancia aún. Tanto se emocionó que corrió hacia el puente para coger su catalejo y ver mejor. De repente, cuando subía los escalones de dos en dos, algo le golpeó en la cabeza, dejándolo casi inconsciente. Se incorporó, mareado. Le chorreaba la sangre por la cara y manchó los tablones de la cubierta. Ah Sam miró alarmado al comandante y le dijo: «¡Oh, señor! ¡Grande agujero!».

De Long, con la emoción por recibir noticias de Melville, había olvidado el molino, que llevaba poco tiempo instalado. Una de las palas, que tenían agudas aristas, le había abierto en la cabeza una brecha de un palmo de longitud, lo suficientemente grave como para que el doctor Ambler mandase llevarlo a la enfermería. Antes, sin embargo, el comandante quiso que le confirmaran que todos los integrantes de la expedición de Melville estaban sanos y salvos. En la lente temblorosa del catalejo, los hombres emergieron tras una cresta helada. De Long se sintió «enormemente aliviado» al distinguir seis pequeñas formas avanzando trabajosamente sobre la banquisa. Erichsen lideraba el grupo, tocado de su viejo sombrero de fieltro y empuñando la bandera.

«Gracias a Dios —escribió De Long—, hemos desembarcado en una parte ignota de esta Tierra y se ha consumado una peligrosa travesía sin lamentar desastre alguno»^[480].

El doctor Ambler cosió y emplastó la herida del comandante, quien no tardó en unirse a los demás para dar la bienvenida a los descubridores sobre el hielo. Se abrazaron, rieron y bebieron *whisky*, y los perros «aullaron como poseídos»^[481]. Melville no sabía «quién estaba más complacido, si los recién llegados o los que les daban la bienvenida». Cuando Melville preguntó por el aparatoso vendaje que el comandante lucía en la cabeza, De Long respondió avergonzado que había tenido «un encontronazo con el molino de viento». Acto seguido, sonrió y abrazó a Melville. «Bien hecho, viejo amigo —lo felicitó—. Me alegro de verte de vuelta»^[482].

Novedades

Esa misma semana, mientras De Long y sus hombres se regocijaban por haber conquistado un desconocido pedazo de tierra, otro navío estadounidense escalaba trabajosamente la costa oriental de Siberia, a través del estrecho de Bering, procedente de Alaska. Este barco, el vapor reforzado *Corwin*, surcaba las aguas abiertas que bordeaban el perímetro aserrado de la banquisa, esperando que el verano fundiese las puertas heladas del Ártico.

El comandante del *Corwin*, Calvin Hooper, era oficial del llamado Servicio Aduanero de Cúteres, predecesor del actual servicio de guardacostas estadounidense. El *Corwin*, que en mayo había zarpado de su puerto base, San Francisco, tenía muchos cometidos que cumplir durante aquella travesía: repartir correo por el Ártico, comprobar la seguridad de la flota ballenera, impedir el contrabando de *whisky* y armas de fuego, velar por el cumplimiento de los tratados comerciales —concretamente, los relativos a la compraventa de pieles en Alaska— y, por fin, inspeccionar las bodegas de algunos barcos para garantizar que se respetaba la veda anual de focas. Sin embargo, Hooper tenía una misión especialmente urgente: descubrir el paradero del USS *Jeannette*. Con el *Corwin* viajaban las esperanzas y los temores de una nación entera.

Hooper visitó varios pequeños asentamientos de la costa siberiana. En esas escalas comenzó a reconstruirse la historia del *Jeannette*, filtrada a través de múltiples idiomas y distorsionadas en el detalle, tras haber viajado de boca en boca y de poblado en poblado. Los *chukchis* hablaban de un barco americano que se había hundido en algún lugar del norte, a cientos de millas, siguiendo la costa, tras quedar encallado en el hielo y navegar meses a la deriva. La madera de su casco, convertida en astillas, había quedado esparcida por encima de los témpanos. Los tripulantes habían sufrido enfermedades y horribles tribulaciones. Supuestamente, algunos nativos habían visto cadáveres.

Hooper mostró interés, con ciertas reservas. «No obstante la bien conocida mendacidad de los aborígenes de estas tierras —escribió—, las

noticias tienen visos de realidad»^[483]. ¿Podrían estar hablando del naufragio del *Jeannette*? ¿Sería alguno de los varios balleneros estadounidenses —como el *Vigilant* o el *Mount Wollaston*, este capitaneado por el profético Ebenezer Nye— que habían desaparecido el otoño anterior? ¿O era todo una ficción inventada por los astutos chukchis para obtener algo a cambio?

Fuese como fuese, el comandante Hooper debía continuar indagando. La primera semana de junio, el *Corwin* alcanzó la banquisa, siguiendo el rastro de la tragedia.

Durante el año anterior, periódicos de todo el país habían llamado a la puesta en marcha de una expedición de rescate que encontrase a De Long. Algunos periódicos fueron más lejos, llegando a afirmar que De Long y sus hombres habían muerto. Emma De Long había intentado hacer presión discretamente para que la sociedad civil apoyase una expedición de rescate. A principios de 1881, se multiplicaron las peticiones de una solución al misterio del *Jeannette*: la ciudadanía quería saber qué había sido de De Long y sus hombres. Era como si la nación hubiese echado a un puñado de compatriotas por un agujero excavado en la tierra o los hubiese catapultado a otro planeta. Ahora, el orgullo nacional obligaba a ajustar cuentas: había que encontrar un desenlace a aquella historia.

En realidad, eran muchos los expertos en el Ártico que se mostraban optimistas al respecto del *Jeannette* y opinaban que la ausencia de noticias era indicio de que había dejado atrás la barrera de hielo y avanzaba hacia el polo. «No veo motivos para [...] mostrar preocupación alguna por el *Jeannette* —valoró en la prensa el explorador ártico austrohúngaro Karl Weyprecht—. No puede esperarse que un barco cuyo objeto es hacer descubrimientos en regiones deshabitadas mantenga la comunicación con su puerto de partida. [...] El señor De Long no tiene por qué rondar las inmediaciones del límite de la banquisa para complacer a quienes esperan recibir noticias. La ausencia de estas [...] debe considerarse un signo de éxito»^[484].

Bennett coincidía con Weyprecht. Había escrito a Emma De Long: «Espero que las agoreras profecías sobre el *Jeannette*, vertidas por irresponsables periódicos del exterior, no la hayan atemorizado. Yo estoy absolutamente seguro de que el barco y su tripulación están sanos y salvos. El hecho de que sigamos sin oír hablar de la expedición es la mejor prueba de su triunfo»^[485]. En una reunión de la American Geographical Society celebrada en Nueva York, el explorador ártico Isaac Hayes propuso olvidar cualquier

preocupación. «No creo que el *Jeannette* haya sido aplastado por el hielo ni nada por el estilo», declaró. Emma, que se encontraba presente, recibió una ovación cerrada cuando se la nombró. «Veo entre nosotros a la señora De Long —señaló Hayes—. Quiero expresar mi convencimiento de que esta noche su marido ha de encontrarse tan seguro, si bien no tan feliz, como si estuviera aquí sentado junto a ella»^[486].

Los presentes pensaron que quizá Hayes estuviera en lo cierto, pero el caso es que las peticiones para pasar a la acción inundaban el Congreso. La American Geographical Society imploró a la Casa Blanca y la Armada que hicieran algo, y el nuevo presidente, James Garfield, que había accedido al cargo el mes de marzo anterior, respaldó una misión de socorro. El Congreso dedicó casi 200 000 dólares para la preparación de un barco de rescate y la Junta para la Expedición de Rescate del *Jeannette*, creada a la carrera y al mando de un eminente contraalmirante, se puso enseguida manos a la obra. Bennett aportaría financiación adicional, caso de ser necesaria. La Junta insistía en que la búsqueda era estrictamente preventiva: no había razón para preocuparse. «La historia de la exploración ártica estaba marcada por grandes peligros, milagrosas salvaciones [...] y éxitos que desafiaban a la razón humana —concluía el primer informe de la Junta—. Creemos que el *Jeannette* y su valiente tripulación están a salvo»^[487].

De todos modos, Emma De Long se preocupaba cada vez más por la integridad de su marido y de la tripulación. Había recibido muchas cartas de la esposa de George Melville, Hetty, quien estaba segura de que todos los hombres del *Jeannette* habían perecido. Las cartas de Hetty Melville, quien se tenía por vidente, eran extrañas. En ellas aseguraba que «jamás volvería a ver a su marido en este mundo». Repetía una y otra vez que había recibido una visita del espectro de su esposo: «Vino a mí como dijo que haría, caso de morir, envuelto en el blanco más puro»^[488]. Emma concluyó que la señora Melville debía de sufrir algún tipo de enfermedad mental, aunque sus propias preocupaciones sobre el *Jeannette* no hicieron sino agudizarse cuando el barco de socorro empezó a preparar su partida hacia el Ártico en la primavera de 1881.

El *Corwin* fue el primero de tres navíos enviados desde los Estados Unidos. El segundo, el buque de guerra *Alliance*, zarparía desde Norfolk, Virginia, con doscientos hombres y singlaría rumbo al polo norte desde Noruega, por si el *Jeannette* hubiese atravesado el polo y aparecido al otro lado del casquete. Un tercer barco de rescate, el *Rodgers*, saldría desde San Francisco más adelante, ese mismo verano, y seguiría una variante de la ruta a

través del estrecho de Bering en dirección al mar helado. Bennett se aseguró de que tanto el *Alliance* como el *Rodgers* embarcasen a sendos corresponsales del *Herald*, y Emma De Long entregó a los comandantes sendas copias de la correspondencia para su marido, las «cartas a ninguna parte» que llevaba todo el año escribiendo.

Las instrucciones recibidas por el comandante Hooper y el *Corwin* de manos de Washington llegaban cargadas de esperanzas. No se barajaba la posibilidad de que el *Jeannette* hubiese sufrido una catástrofe. «En el Ártico, hará usted indagaciones minuciosas al respecto de la ruta y el paradero del vapor *Jeannette* y, de ser posible, establecerá comunicación con él y le asistirá en lo necesario, siempre que sea posible». Las órdenes para Hooper expresaban cierta confianza en que el comandante trajese «novedades»^[489] sobre los exploradores perdidos. De paso, pedirían a todos los balleneros, comerciantes, nativos y cazadores de focas y morsas que estuvieran alerta y se ofrecería una recompensa por cualquier información útil que condujese al hallazgo del *Jeannette*. Al final de esa travesía, el *Corwin* habría recorrido más de 15 000 millas.

La misión de Hooper era alcanzar el estrecho de Bering lo antes posible y, cuando el hielo lo permitiese, poner rumbo a Wrangel a toda máquina. De Long había afirmado desde el inicio de su viaje que el objetivo de la expedición era buscar el polo norte desde Wrangel. El comandante había dicho a Emma que planeaba dejar una serie de mensajes en botes de cinc que enterraría en el hielo cada veinticinco millas y luego marcaría claramente con hitos. Las órdenes de Hooper eran localizar esos hitos y seguir las instrucciones.

El vapor *Thomas Corwin* era el navío más apto para navegar en aguas boreales de toda la costa occidental. Se trataba de un vapor aparejado como goleta de gavias, con una sola hélice y casi 42 metros de eslora. Había sido construido en Portland en 1876, su casco era de sólido pino de Oregón y las tracas estaban reforzadas con hierro galvanizado y cabillas de madera de acacia de tres espinas. Aunque no tan preparado para enfrentarse al hielo como el *Jeannette*, el *Corwin* llevaba tres años sirviendo muy honrosamente en el Ártico y su casco había sido recientemente forrado con gruesas placas de madera de roble para resistir la presión de la banquisa.

El hombre que lo comandaba era un imperturbable marino con poca instrucción formal, pero dotado de un don sobrehumano para las matemáticas y la navegación. Oriundo de Boston, Calvin Leighton Hooper tenía treinta y nueve años y era un hombre de cabeza fría y poco dado a las ligerezas, de

resplandeciente cabello aceitado e imponentes patillas de boca de hacha. A los doce años, dejó la casa familiar para hacerse a la mar como mozo de camarote; a los veintiuno empezó a trabajar como segundo de a bordo en un clíper y, tras la guerra de Secesión, se consagró al Servicio Aduanero de Cúteres. La suya era una profesión híbrida que le exigía ejercer de comandante de barco, diplomático, detective, oficial de aduanas y alguacil fronterizo en alta mar. Su barco estaba artillado y su cargo le daba autoridad para incautar mercancías y embarcaciones, imponer multas, detener sospechosos y, si las circunstancias obligaban a ello, eliminarlos. La expresión implacable de este lobo marino hacía pensar que no le temblaría el pulso al hacer ninguna de estas cosas. Alaska, la escasamente poblada nueva posesión estadounidense, era un territorio salvaje y violento. Allí no había ley: Calvin Hooper era la ley.

Aparte de los cometidos mencionados anteriormente, Hooper y la tripulación del *Corwin* debían llevar a cabo incesantes mediciones geográficas y científicas: sondajes, lecturas de temperatura y presión, recolección de especímenes, bosquejo del perfil costero y actualización de cartas náuticas.

El científico más famoso —aunque en ese momento aún no lo fuera— a bordo del *Corwin* era un botánico de origen escocés que había estado estudiando el papel desempeñado por los glaciares en la formación del valle de Yosemite, en California. Se trataba de un hombre enjuto, de astrosa barba pelirroja y vibrante mirada azul, que le daban el aspecto de genio algo loco. Escribía en el *Evening Bulletin* de San Francisco, y en lo hondo de su alma era, ante todo, un poeta. Su nombre era John Muir.

Antes de convertirse en el naturalista más importante de los Estados Unidos, antes de librar las batallas conservacionistas que inspirarían la creación del sistema de parques nacionales del país y prender la mecha del ecologismo, John Muir fue un polígrafo implacable que aprovechaba los encargos de revistas y periódicos para viajar a remotos parajes naturales vírgenes. Como el resto de vecinos de San Francisco y su bahía, Muir estaba muy al tanto del viaje del *Jeannette* y era consciente de que todo el país esperaba noticias sobre su paradero. San Francisco se tenía por el hogar y puerto base del *Jeannette* y los periódicos especulaban sin cesar sobre el posible hado de la expedición.

A Muir, sin embargo, no le interesaba especialmente el misterio del *Jeannette*. Era conocido de Cooper y decidió aceptar su invitación de

embarcar en el *Corwin* por la oportunidad que le daba de estudiar misterios aún más insondables: el papel del hielo en la formación de los continentes y los puentes de tierra que antiguamente los unían o el flujo y reflujo de los océanos actuales y antiguos.

Muir había visitado el sur de Alaska en dos ocasiones y se había enamorado de su inmensidad prístina. No había superado nunca, sin embargo, el círculo polar ártico y tampoco conocía el permafrost ni la fuerza demoledora de la banquisa polar. Un historiador de las ciencias naturales escribió más tarde que, con su viaje a bordo del *Corwin*, Muir quería «escudriñar las profundidades del tiempo pasado [...]. En el corazón, Muir era un hombre de naturaleza, que buscaba respuestas a preguntas cada vez más amplias»^[490]. Interesaban al escocés los procesos geológicos primordiales que, aun pasados millones de años, eran aún visibles en la gran escala.

Muir había inmigrado a los Estados Unidos de niño, pero seguía hablando con cierto deje escocés. Había crecido en Wisconsin y estudiado algunos años en la universidad estatal en Madison, la capital del estado, antes de embarcar en una expedición a pie de mil millas a través del sur estadounidense, hasta Florida, desde donde cruzó a Cuba. Tras muchas peripecias, recaló en California, donde vivió trece años. Allí pasó mucho tiempo en las sierras, donde pastoreó ovejas, descubrió un glaciar alpino, llevó a cabo estudios de campo sobre la secuoya gigante, trabajó sin éxito en un extenso volumen sobre la Edad de Hielo, hizo las veces de guía en el valle de Yosemite y coronó por primera vez algunos de los picos más altos del estado.

Muir se había casado hacía poco y había prometido a su esposa, Louisa, que pondría coto a su ansia exploratoria y sentaría la cabeza junto a ella. El plan era instalarse en la gran explotación de frutales que su suegro poseía en las doradas colinas al noreste de Oakland. Sin embargo, la llamada del viaje se probó irresistible: solo dos meses después del nacimiento de su primera hija, Muir se enroló en el *Corwin* para una travesía de al menos medio año. Si el barco quedaba atrapado en la banquisa, pasaría un año más fuera del hogar. Sería, pensó Muir, «una estupenda temporada rodeado de hielo»^[491].

Cuando el *Corwin* zarpó desde San Francisco, la primera semana de mayo, las amapolas parcheaban las colinas de Marin. Desde los veleros que navegaban a sus flancos por la bahía, la gente saludaba al vapor, en una versión discreta de la despedida que los sanfranciscanos habían dado al *Jeannette* años antes.

El *Corwin* contaba con veinte tripulantes, entre ellos varios mozos de camarote japoneses. Cuando dejó atrás el estrecho de Golden Gate, el navío puso rumbo norte y durante dos semanas surcó el Pacífico, para luego bordear las islas Aleutianas, donde hubo de enfrentar tormentas de nieve y una feroz tempestad.

Hooper ordenó hacer varias escalas en las Aleutianas. Muir opinaba que la forma de vida de los nativos aleutas se había echado a perder por el contacto con la «civilización», primero rusa y luego estadounidense. Balleneros, cazadores de focas y comerciantes peleteros les habían dado a conocer nuevos vicios, acabando a la vez con su estilo de vida natural y su forma tradicional de hacer las cosas. «Tras liquidar viejas deudas contraídas con una u otra compañía», escribió Muir, los aleutas «invierten el resto de su peculio en cerveza, alhajas y ropajes peores que sus propias pieles, y caen enseguida en una disipación agoniosa: se tiran del pelo obsesivamente, pegan a sus mujeres, etcétera. En pocos años, sufren problemas de salud, empiezan a cazar con desgana y descuidan a sus hijos, que a veces mueren. En general, van a la ruina»^[492].

El *Corwin* entró en el mar de Bering e hizo escala en las islas Pribilof, en las que la Compañía Comercial de Alaska mataba y despellejaba anualmente unas cien mil focas. Cuanto más al norte se aventuraba el *Corwin* —en busca de lugares cada vez menos contaminados por influencias exteriores—, mejor iban las cosas. En la costa de Siberia, cerca de la bahía Plover, Hooper mandó echar el ancla frente a un pequeño asentamiento en el que vivían una treintena de chukchis. Él y sus hombres fueron invitados a una de las chozas, medio enterrada en el suelo, cuya cubierta no era más que un entramado de huesos y madera de deriva cubierta de pieles de morsa. En su interior, Muir se sorprendió de descubrir «varios dormitorios acogedores, limpios y lujosos, con paredes, suelo y techo forrados de pieles, e iluminados mediante un cacharro con aceite de ballena en el que flotaba un poco de musgo, a modo de pabilo». Muir encontró a esa gente alegre, bien alimentada, en aparente equilibrio con su mundo: «Tras pasar el día cazando bajo la tormenta, el chukchi se refugia en este santuario de pieles, se desviste, extiende los miembros cansados y duerme completamente desnudo, por severas que sean las condiciones en el exterior»^[493].

Conmovieron a Hooper la hospitalidad de los chukchis a la mesa, aunque los alimentos que ofreciesen a los estadounidenses fueran, a ojos del comandante, incomedibles: morsa fermentada, entrañas de foca hervidas, carne de ballena cruda, bayas conservadas en aceite rancio y sangre

coagulada. Si bien la comida «producía náuseas», según escribió Hooper, «nadie queda indiferente ante la generosidad de los nativos, que sin pensarlo dos veces racionan y ofrecen a los invitados sus viandas mejores, y en muchos casos todo lo que tienen»^[494].

Los estadounidenses fumaron y bebieron té con los chukchis, que los convencieron de participar en algunos juegos tradicionales: carreras a pie, lanzamiento de lanza y levantamiento de piedras y troncos. Aunque eran fuertes y diestros, los nativos afirmaron no saber nadar. Irving Rosse, el médico del *Corwin*, escribió: «Tienen la mayor de las aversiones al agua y, aun así, son muy hábiles en el manejo de pequeñas canoas, cuya forma recuerda a una lanzadera de telar, y que usan a modo de velocípedo náutico». El médico señalaba asimismo que trataban con extrema habilidad a sus hijos («que no hacen gala de la irritabilidad habitual en nuestras guarderías»), pero se mostraba intrigado y repugnado por su promiscuidad sexual: «Las mujeres son ofrecidas libremente al forastero en señal de hospitalidad, y muestran una predilección clara por los hombres blancos»^[495].

Muir escribió mucho sobre los chukchis, sobre su forma de sonreír y de reír, sobre su natural confiado, sobre los breves momentos de ternura entre padres e hijos. Le infundía ánimos haber conocido ese estilo de vida que, aunque frágil, guardaba una integridad ancestral. Tras presenciar la despedida de un marido y su esposa que lloraba mansamente, Muir se sintió movido a parafrasear a Shakespeare: «“El solo contacto de la naturaleza convierte en prójimo al mundo entero” y, aquí, los contactos eran muchos entre los salvajes chukchis». En su opinión «se comportaban mejor que los hombres blancos y no eran ni la mitad de avariciosos, desvergonzados o insinceros [...]. Este pueblo me interesa mucho y merecerá la pena regresar para conocerlos más a fondo»^[496].

Fue a finales de mayo, en la llamada bahía Marcus, situada en la costa siberiana a la altura de la isla de San Lorenzo, cuando los tripulantes del *Corwin* oyeron mencionar por primera vez el naufragio del barco estadounidense. Unos chukchis llegaron al barco en bote, subieron a bordo y contaron la historia con muchos aspavientos. Afirmaban que tres cazadores de focas habían salido al hielo bastante más allá del cabo Serdtse-Kamen —un desolado promontorio de tierra situado a cientos de millas de la bahía Marcus— y habían descubierto un barco varado en mitad de la banquisa, en cuya cubierta y camarotes había muchos cadáveres. Los cazadores de focas, al

parecer, se habían llevado una bolsa con dinero, escribió Muir, «y todos los enseres y artilugios que fueron capaces de transportar, algunos de los cuales habían mostrado a otros nativos. La historia se había propagado de un asentamiento a otro por la costa, rumbo sur, hasta el lugar en que nos encontrábamos»^[497].

Muir creyó aquel relato. Pensó que los chukchis lo habían contado «de buena fe y ellos mismos parecían persuadidos de la historia». Sin embargo, como Hooper, Muir también barajaba la posibilidad de que los nativos buscasen la recompensa. «Escuchamos su testimonio con cierta indulgencia», declaró Muir^[498].

Al día siguiente, algo más al norte, en la bahía de San Lorenzo, Hooper conoció a más chukchis que habían oído la historia del barco encallado. Los nativos abordaron el barco para vender colmillos de morsa y botas de piel de foca; uno de ellos, un anciano llamado Yarucha, se sentó en la cubierta empapada de aguanieve del *Corwin*, pidió agua para beber y comenzó a contar la historia «con frenética gesticulación y una voz resonante y vehemente, como un bramido», recordó Muir. Haciéndose entender a través de un intérprete chukchi que hablaba un pasable inglés ballenero («tres cuartas partes de blasfemias y un cuarto de jerga», según Muir)^[499], Yarucha relató que el hielo había partido los mástiles, los botes habían sido aplastados y el agua marina había inundado las bodegas. El viejo continuó contando que la banquisa que rodeaba el navío estaba cubierta de «espantosos restos de cadáveres». No estaba seguro, en cualquier caso, de si se había producido un naufragio o dos.

Hooper sospechó de la teatralidad de Yarucha y de la minuciosidad con que había contado la historia. «Relató los hechos con seriedad y espectacularidad. Quienes no conocen a los chukchis no saben que gran parte se improvisa sobre la marcha»^[500], reflexionaba el comandante. Yarucha no callaba: narraba, en opinión de Muir, «como un torrente increíble, [...] como un manantial perenne. A veces, su voz parecía emanar del fondo de su pecho y recordaba al rugido de un león. [...] era incapaz de contener su locuacidad, ni siquiera mientras comía»^[501]. El comandante Hooper supo muy pronto de boca de otro lugareño que Yarucha tenía buena reputación como cuentacuentos; era, según opinó el comandante, «uno de los peores granujas de esa costa»^[502]. Uno de los chukchis aseguró además que era «un mal tipo, como un perro».

Hooper preguntó a Yarucha sobre la Tierra de Wrangel, el lugar donde, según creía, De Long había quedado atrapado en algún momento de su

travesía. El comandante mostró al anciano una carta náutica y le preguntó si conocía aquella misteriosa masa de tierra situada en medio del océano, al norte. Yarucha contestó de inmediato: «Oh, sí, muchos zorros blancos allí». Dijo que los nativos de la costa más nororiental de Siberia solían atravesar la banquisa para cazarlos. Sin embargo, «empezamos a hacerle preguntas que no era capaz de responder —escribió Hooper— y terminó reconociendo que no conocía a nadie que hubiese pisado la isla, pero que había escuchado historias sobre ella en su juventud»^[503].

Por otro lado, la historia de Yarucha sobre el naufragio norteamericano discrepaba en importantes detalles con lo que el comandante había oído en la bahía Marcus. No obstante, el comandante zanjó: «A fin de cuentas, parecía existir un fondo de verdad. Quedé definitivamente convencido de que los nativos habían descubierto algo en el norte».

Hooper se dio cuenta de que a bordo del *Corwin* no podría alcanzar la posición del barco perdido. La banquisa le cerraba el paso y quizá no se retirase hasta un mes después. Tendrían que contratar guías chukchis y tiros de perros, y despachar una pequeña partida para continuar con la búsqueda por tierra, siguiendo la costa siberiana.

Cuando Hooper anunció sus intenciones, Yarucha replicó que era inútil: toda la tripulación del barco estaba muerta y la banquisa habría empujado sus restos muy lejos.

«Los buscaremos, vivos o muertos», aseguró Hooper^[504].

Yarucha insistió en que no tenía sentido. El hielo y la nieve eran demasiado blandos para viajar en trineo en esa época del año. Cuando se convenció por fin de que los estadounidenses no tirarían la toalla y se obstinaban en encontrar a sus compatriotas perdidos, Yarucha los contempló diciéndoles con la mirada que eran «unos sucios blancos y unos locos incorregibles», en palabras de Muir^[505], y continuó con su monólogo.

Hooper recorrió varios pueblos en ambas costas del estrecho de Bering para comprar perros y contratar trineístas nativos. Hizo una escala especialmente exitosa en las islas Diómedes, dos peñascos volcánicos situados a sendos lados de la línea internacional del cambio de fecha, en mitad del estrecho. Apenas tres millas separaban ambas islas, pero Gran Diómedes pertenecía a Rusia y Pequeña Diómedes a los Estados Unidos, como continúa ocurriendo hoy. Hooper compró a los inuits diecinueve perros, por cada uno de los cuales pagó un saco de harina.

El comandante del *Corwin* volvió la proa hacia Siberia para buscar allí más perros y guías. En un asentamiento, el comandante conoció a un hombre al que llamaban Joe el Chukchi, que hablaba un poco de inglés, y lo contrató como intérprete. Hooper partió luego hacia un lugar llamado Tapkan, un poblado de veinte chozas levantadas a lo largo de una lengua de arena. Los nativos salieron a recibir a los expedicionarios de Hooper y, según Muir, los recibieron «muy amablemente» y los invitaron a sentarse sobre unos «buenos asientos de piel de reno. Todos ellos sonreían cordialmente cuando estrechábamos las manos e intentaban imitar nuestros saludos. Cuando charlamos sobre el viaje por tierra que pretendíamos hacer, las mujeres se unían al corro y los niños escucharon atentamente»^[506]. Nordenskiöld había invernado con el *Vega* muy cerca de allí, dos años antes, y uno de los nativos les mostró un tenedor, una cuchara y una brújula de fabricación rusa, que el explorador escandinavo les había obsequiado.

Hooper y sus hombres fueron invitados a pasar a una de las chozas de piel de reno. Una mujer daba de mamar a un bebé y otra asaba un hígado de foca sobre unas brasas. Tras parlamentar con algunos de los ancianos de Tapkan, Hooper consiguió reclutar a unos cuantos hombres y comprar varios perros. Por fin, cuando ya marchaban sobre el hielo, de vuelta al *Corwin*, uno de los chukchis oyó un sonido que le rompió el corazón: «Su hijo pequeño lloró amargamente cuando supo que su padre se marchaba, y rechazaba cualquier consuelo que intentaban darle las mujeres aldeanas —escribió Muir—. Nos alejamos a toda marcha sobre el hielo y a media milla del poblado aún podían oírse sus llantos»^[507].

Ya a bordo, el *Corwin* maniobró para poner de nuevo rumbo al norte y los habitantes de Tapkan seguían allí a lo lejos, apiñados al borde del hielo, preguntándose sin duda muchos de ellos si volverían a ver a aquellos vecinos y a sus perros.

La noche siguiente, en pleno mar de Chukotka, el hielo atenazó con tanta fuerza al *Corwin* que el timón de madera de roble del barco se partió. Sus restos fueron izados a la cubierta y la tripulación dedicó unas cuantas horas a improvisar a toda prisa un nuevo timón, al son del aullido de los perros.

Esquivando los témpanos que el viento empujaba, Hooper trató de hacer avanzar penosamente el navío hacia la isla Kolyuchin, donde desembarcarían perros y hombres para dar comienzo a la expedición por tierra. Dirigiría la partida el comandante segundo, William Herring, a quien acompañaría

Reynolds, tercero de a bordo, un marinero llamado Gessler y varios trineístas. Joe el Chukchi haría las veces de intérprete. Llevarían veinticinco perros, cuatro trineos y víveres suficientes para dos meses, así como un bote de piel, por si encontraban aguas infranqueables.

Hooper se aseguró de que el comandante segundo Herring había comprendido correctamente las órdenes. Tal y como describió Muir, los exploradores debían «recorrer la costa en busca de la tripulación del *Jeannette* y estar atentos a cualquier noticia sobre su paradero, entrevistar a los nativos y buscar hitos o señales de cualquier tipo en los accidentes geográficos de especial prominencia». Deberían cubrir la mayor distancia posible en dirección noroeste, al menos hasta el cabo Jarkin, y a continuación regresar a Tapkan, donde el *Corwin* se reencontraría con ellos más o menos un mes más tarde.

Los hombres y los perros se alejaron trabajosamente del barco a través de la banquisa y finalmente pusieron pie en la tierra firme de la isla Kolyuchin. «Los perros, extasiados, retozaron e hicieron carreras», aunque, según escribió Muir, «en el luminoso y civilizado sur nadie sería capaz de imaginar esta amenazadora combinación de agitadas aguas, cielo, hielo y ventisca»^[508]. El *Corwin* puso rumbo de vuelta a Alaska para encargarse de otros cometidos y seguir recabando información. «Retomamos nuestra travesía —garabateó Muir en su diario— mientras la partida de exploración terrestre poco a poco se desvanecía en la nevosa tiniebla»^[509].



Mi queridísimo esposo:

Debemos sentir una gratitud desmedida por los muchos esfuerzos que se están dedicando a vuestro auxilio. Hay tantos barcos buscándoos que, sin duda, alguno de ellos os habrá de encontrar. Va a ser un verano duro para todos nosotros, pues anhelamos recibir noticias vuestras y, esperemos, también vuestro regreso. ¡Qué amarga decepción sería tener que esperar otro año! Aun así, no dejaré de confiar hasta que no se apague el último rayo de esperanza.

El invierno ha pasado raudo en Nueva York. He ido muy poco al teatro; no me ha apetecido, lo cual es raro. No lo disfruto tanto como cuando íbamos juntos.

A veces te imagino rodeado de hielo, incapaz de controlar las maniobras del barco y agotado por aplazar las esperanzas. No me obcecaré con ello. Espero y rezo por que siga reinando la amistad a bordo y os sigáis ayudando unos a otros y que ninguna enfermedad aqueje a tu pandilla de exploradores.

*Tu mujer, que te adora,
Emma*



Estertores de muerte

Durante la primera semana de junio de 1881, el *Jeannette* continuó su deriva hacia el oeste y la isla Henrietta fue desvaneciéndose hasta convertirse en apenas una mota grisácea en el horizonte a popa. Aunque Melville no había encontrado en la isla nada especialmente atractivo —ni caza mayor ni fondeaderos seguros ni madera de deriva—, De Long no podía ocultar su nostalgia: «Podemos considerarla algo del pasado y en pocos días desaparecerá probablemente de nuestra vista»^[510].

El barco seguía atrapado en el interior de una gigantesca placa de hielo, pero los témpanos habían empezado a resquebrajarse y ablandarse con el atemperamiento del mar. Aquí y allí, los tripulantes divisaban amplias aberturas en el hielo por las que afloraba el agua. Qué placer a los ojos para esos marinos que tanto tiempo llevaban sin ver el mar: aguas abiertas que se rizaban en espumosas olas. El océano franco era lo que mejor conocían y, de alcanzarlo, su única manera de regresar a casa.

No obstante, De Long no pensaba aún en volver. Según sus cálculos, el barco se situaba en ese momento a poco más de 700 millas del polo norte y en su interior se mantenía vivo el sueño de alcanzarlo, o al menos, de batir una nueva plusmarca surcando el mar abierto hasta un nuevo máximo septentrional. Dado el lamentable estado del barco, sabía que aquello era una fantasía, pero era incapaz de librarse de ella, especialmente ahora que el mar daba la cara.

El estado de ánimo de De Long era tan pétreo como caprichoso el clima esa primavera polar. En el transcurso de una hora brillaba el sol, caía la niebla, soplaban un viento tempestuoso, llovía, aparecían brumas, cubrían la cubierta pequeños cristales de hielo y volvía a brillar el sol. En torno al barco retumbaba la banquisa derritiéndose, y sus lamentos sobrecogían a la tripulación. Los témpanos y bloques, viejos y nuevos, chocaban entre sí, despedazándose y lanzando fragmentos de hielo al aire. Por el momento, el *Jeannette* continuaba cómodamente encajado en el centro de su isla helada («nuestro témpano amigo», como lo llamaba Melville) y permanecía ajeno al

caos circundante. «Avanzamos lenta y majestuosamente —observó De Long—. El perfil del *Jeannette* se recorta digno contra el telón de fondo de la naturaleza más salvaje»^[511].

Inestabilidades climáticas aparte, se apreciaba un proceso inconfundible: la primavera daba rápidamente paso al verano. «Por fin —escribió De Long— parece que el frío tiende a templarse. Ya era hora». El sol rozaba el horizonte, pero no desaparecía ya tras él. Con el aumento de la temperatura, hacían acto de presencia nuevas formas de vida. Era como si la Tierra se desprendiera quejumbrosamente.

Una mañana, desde la cofa, Dunbar creyó divisar unas ballenas que emergían en una distante abertura en el hielo. Otro día, una enorme bandada de éideres, compuesta por más de quinientos ejemplares, atravesó el cielo dirección norte. (Se debatió por qué seguían ese rumbo: ¿habría más islas a mayor latitud o existiría, a fin de cuentas, el continente polar imaginado por Petermann?). Los perros, excitados por las aves, corrieron tras la bandada hasta el mismo borde de la placa de hielo.

Con tantos indicios de que el verano volvía, tanto De Long como el resto de la tripulación recuperaron el ánimo. Las aguas abiertas y la tibieza del clima presagiaban la liberación. Un día u otro se abriría un canal de aguas y el *Jeannette* volvería a flotar. «Sabíamos que se acercaba el momento decisivo —afirmó Danenhower—. El momento en que el *Jeannette* quedaría liberado de su ciclópeo cepo»^[512].

La liberación, sin embargo, podría también traer problemas consigo. El hielo había maltratado tanto al barco, y durante tanto tiempo, que nadie sabía con seguridad si el *Jeannette* se mantendría a flote cuando la banquisa lo dejase ir. Era posible que la trampa de hielo, pese a suponer un riesgo, fuera lo único que evitase la zozobra del barco. Danenhower temía el momento en que fueran «arrojados al caos» que los rodeaba^[513]. El oficial de derrota estaba convencido de que, una vez se retirase el hielo, el *Jeannette* afrontaría más peligros que «en la garra del monstruo».

Transcurrió esa primera semana de junio y el hielo poco a poco aflojó su tenaza, con resultados en principio prometedores. En las bodegas, Melville observó que se reducía la presión sobre el casco: las tracas y maderos que se habían alabeado recuperaban su rectitud original. Por primera vez en casi un año, las filtraciones quedaron en apenas un goteo.

El resplandor perpetuo del sol reveló a los miembros de la tripulación la cantidad de mugre que el barco había acumulado durante el invierno, lo que Melville llamaba «el repugnante resultado de convivir cuarenta perros y treinta y tres hombres en un mismo espacio durante seis meses»^[514]. Dieron comienzo las tareas de limpieza primaveral: De Long ordenó a la marinería que frotase todas y cada una de las superficies, sacudiese todas y cada una de las mantas y cepillase todas y cada una de las pieles. Las bodegas, que apestaban como los establos de Augías, se barrieron y limpiaron de huesos, excrementos de rata y perro, pelos y entrañas de animales diversos. Se drenaron los estancamientos de agua que, en palabras de De Long, durante tanto tiempo habían «regalado las narices de todos los tripulantes». Se sacaron al hielo todos los objetos movibles, se cepillaron y se dejaron secar al sol. Oficiales y marineros, hambrientos de luz natural, se solazaban en el extenuante trabajo al aire libre. Tras el largo invierno, todos tenían la cara «tan pálida que parecía lavada con lejía», según Melville. «Parecíamos verduras crecidas en un cuarto oscuro»^[515].

Tras el descubrimiento de la isla Jeannette y el exitoso desembarco en la isla Henrietta, crecía entre la tripulación un tímido optimismo. Todo el mundo tenía la impresión de que la expedición, pese a las terribles penalidades sufridas, había logrado cosas importantes, de las que no era la menor haber explorado cientos de millas de mares y tierras jamás visitadas por el hombre. Danenhower estimaba importantes aquellos descubrimientos geográficos, concernientes, entre otras cosas, a las corrientes o la meteorología del Ártico. Además, habían desterrado muchas ideas erróneas y, en opinión de De Long, habían «echado por tierra muchas teorías de otras personas»^[516]. Quedaban refutadas definitivamente las hipótesis del Mar Abierto Polar y los portales termométricos. Se había demostrado asimismo que la corriente *kuroshio* no alteraba el clima ni ablandaba el hielo más al norte del estrecho de Bering. Habían confirmado que la Tierra de Wrangel era solo una isla y no estaba conectada en forma alguna a Groenlandia. Por fin, gracias a los sondeos del lecho oceánico, se había hallado una importante verdad geográfica: que la cuenca polar estaba cubierta en su totalidad por un océano que permanecía congelado durante todo el año.

Los estadounidenses habían determinado algo más: ya fuese por las corrientes o los vientos, el casquete polar, aunque erráticamente, giraba en una dirección predominante. El *Jeannette* se había desplazado en general a lo largo de un rumbo que los acercaba al polo. Así pues, los balleneros no

estaban del todo equivocados: aquella era, de algún modo, la ruta natural hacia la cima del mundo, navegando «cuesta abajo».

Los estudios realizados a bordo del *Jeannette* contribuyeron asimismo a la medicina y la bromatología: sorprendentemente, nadie había muerto y nadie se había visto aquejado por el temido escorbuto. «Si escapamos sanos y salvos sin lamentar una muerte», escribió Danenhower, «podríamos calificar esta expedición de gran éxito»^[517].

Al final de esa semana, los ánimos a bordo se debatían entre un nuevo optimismo y una ansiedad creciente. Los hombres se afanaban en sus tareas habituales, pero no podían ignorar el cosquilleo que les producía saber que pronto ocurriría algo decisivo, quizá maravilloso, quizá catastrófico. De Long declaró: «Está por llegar el momento crucial de nuestro viaje»^[518].

En torno a la medianoche del 11 de junio, llegó, en efecto, el momento decisivo. Mientras la mayoría de los hombres dormían en la resplandeciente noche polar, la banquisa se abrió con un prolongado crujido y el *Jeannette* resbaló hasta el agua. A Danenhower le pareció como si «el barco se deslizase por una ladera o por una rampa de botadura»^[519]. El *Jeannette* se bamboleó suavemente en las aguas gélidas hasta estabilizarse.

Tras casi dos años, el barco flotaba de nuevo. Era una sensación extraña. Todos los hombres salieron de las literas, se vistieron a toda velocidad y subieron a cubierta a disfrutar del momento.

El *Jeannette* no solo flotaba, sino que parecía conservar toda su solidez. Melville y De Long examinaron el barco por dentro y por fuera. En la bodega apenas había filtraciones. Las aguas de la laguna marina abierta en el hielo eran transparentes y calmas. Podrían estudiar el casco de nuevo, como no lo habían hecho desde los astilleros de Mare Island. Tras escudriñar cada pulgada visible, el comandante se sintió eufórico: el barco parecía estructuralmente intacto. No había «daño alguno en el exterior del casco», según De Long^[520], quien no vio «dificultad alguna en mantener el barco a flote y navegar». Todos aquellos meses dedicados a reforzar el casco habían merecido la pena: el *Jeannette* había resistido casi dos años aprisionado por el hielo polar.

Oficiales y marinería celebraron su buena fortuna. El barco, como expresó Danenhower, «se había deshecho por fin de sus grilletes helados» y «flotaba tranquilamente sobre una hermosa agua azul, [...] un pequeño estanque en que el barco podría incluso acicalarse como un cisne»^[521]. En las cercanías

flotaban algunos témpanos de aspecto amenazador, pero por el momento, el *Jeannette* parecía a salvo.

La visión del *Jeannette* era idílica, meciéndose suavemente en su pequeño estanque. Tanto que a las tres de la tarde del día siguiente, 12 de junio, De Long pidió a Melville que sacase la cámara y tomase una fotografía del hermoso navío. Feliz de cumplir con su deber, Melville saltó al hielo con trípode, cámara y material fotográfico. Mientras preparaba todo, Bartlett y Aneguin llegaron de cazar, arrastrando una foca que dejaba un rastro de sangre sobre la nieve.

El hielo estaba quieto, informó Melville, y el barco tenía un aspecto «sorprendentemente pintoresco»^[522], balanceándose levemente al sol. Melville escondió la cabeza bajo el paño negro para tomar la que, sin embargo, sería la última fotografía conocida del *Jeannette*.

Media hora más tarde, mientras Melville se encontraba en el cuarto oscuro revelando la fotografía, los témpanos comenzaron a cerrarse de nuevo. Los hombres escucharon un terrorífico fragor y el hielo cercó al barco como nunca antes. La presión volvió «con una intensidad tremenda —en palabras de De Long—, haciendo al casco crujir por todas sus juntas»^[523]. Sabía que el *Jeannette* quedaría de nuevo «inmovilizado por un tiempo». Se puso a toda prisa la ropa de abrigo y salió a cubierta. El ruido era horrendo, como si el *Jeannette* fuera una criatura torturada y mutilada. Newcomb sentía de manera clara y distinta «su lamento y su agitación» y escuchó «un rumor que atravesaba el navío de proa a popa; las juntas de la cubierta chascaban y los aparejos se sacudían». De Long recorrió toda la nave, tratando de localizar cualquier nuevo daño. «La cubierta principal empezó a combarse —describió—. El costado de babor parecía estar a punto de ceder». Dos placas de hielo distintas atenazaban el casco con fuerza incalculable. El barco, en lugar de elevarse por encima de la banquisa por la presión, empezaba a hundirse bajo las placas.

De Long bajó al hielo con Dunbar para estudiar la situación.

—Bien —preguntó el comandante—. ¿Qué opina?

Dunbar respondió con tono grave:

—Antes de mañana el barco estará bien bajo los témpanos, bien fuera del agua^[524].

Mientras todo esto ocurría, Melville seguía en el cuarto oscuro, reacio a dejar la imagen a medio revelar. Trabajó a oscuras, escuchando los crujidos y

chirridos, mientras bañaba la fotografía que había tomado del *Jeannette* en una bandeja de productos químicos.

Minuto a minuto, la presión se fue intensificando. De repente, un puño de hielo rompió el costado de estribor a la altura de la carbonera y en muy poco tiempo la bodega quedó inundada. «El *Jeannette* ha sido apuñalado en un punto vital y se hunde rápidamente —escribió Newcomb—. No hay barco construido capaz de resistir esta presión»^[525]. Algunos de los hombres, convencidos de que aquel era el fin, corrieron a sus literas y agarraron las mochilas que tenían preparadas para emergencias.

Por fin, llegó la llamada que todos habían temido, pero para la que tanto se habían preparado, intermitentemente, durante meses: «¡Abandonen el barco! —gritó De Long—. ¡Abandonen el barco!».

El comandante gritó con vigor y sin miedo. Era como si se hubiera resignado hace mucho a ese momento, como si le hubiera reservado un lugar solemne en sus adentros. De Long se mantuvo en el puente de mando, supervisando el caos, dando caladas a su pipa.

Meses antes, De Long había redactado un plan de emergencia, en el que detallaba qué equipos y provisiones deberían salvarse y en qué orden. Los hombres habían estudiado el plan y lo habían ensayado en múltiples ocasiones. Cada miembro de la tripulación tenía un cometido que cumplir y un protocolo que seguir. Todo el mundo se puso a trabajar y De Long coreografió la operación con total tranquilidad.

Se apoyaron sobre las regalas una serie de tablones de gran tamaño que harían las veces de rampas. Las bitácoras del *Jeannette* y otros documentos oficiales se envolvieron en lienzos y se bajaron al hielo de mano en mano. El doctor Ambler escoltó a los convalecientes de saturnismo. Alexey y Aneguin sacaron a los perros. Danenhower se quitó la venda del ojo y recogió todos los instrumentos de navegación y cartas náuticas. Starr bajó a la santabárbara, que se inundaba rápidamente, y rescató cajas y cajas de municiones. Cole y Sweetman, al mando del pescante, arriaron los cúteres y una de las lanchas balleneras al hielo. Dunbar estudió la banquisa que rodeaba el barco para determinar cuál era el lugar más seguro en que montar el campamento. El resto de los tripulantes sacaron víveres, pieles, tiendas, la estufa de alcohol, las medicinas, cabos, armas, remos, arneses, trineos y el pequeño bote de madera.

Oyendo la conmoción que se adueñaba del barco, Melville renunció a su fotografía y dejó la placa de vidrio en su bandeja de líquido. Salió a toda prisa del cuarto oscuro y vio una espantosa grieta que se abría en el techo de la sala

de máquinas, en forma de zigzag. *Ipsa facto*, salió a cubierta y se dispuso a ayudar a sus compañeros.

Cuando dieron las ocho de esa tarde, el *Jeannette* se escoraba veintitrés grados a estribor. Ningún miembro de la tripulación podía mantenerse en pie sin agarrarse a algo. El hielo continuaba estrangulando al barco. La cámara de oficiales se había inundado. Por doquier se oían clavos saltando, madera crujiendo y metal chirriando. «Cada sucesiva embestida se propagaba hasta el centro del barco y resonaba con terrible claridad por sus costados, como estertores de muerte»^[526]. Según Newcomb, «las escalas saltaron de sus sujeciones y bailaban sobre la cubierta como baquetas sobre el parche de un tambor»^[527].

De Long se sintió satisfecho por haber rescatado los enseres más importantes. Quedaron atrás las inútiles bombillas de Edison y el equipo provisto por Bell. Las placas fotográficas expuestas durante la expedición estaban almacenadas en el fondo de la bodega y jamás se recuperarían (tampoco la de la fotografía recién tomada por Melville). De Long juzgó poco seguro que la tripulación trepase por el casco, pues estaba a punto de desaparecer bajo el agua, así que ordenó a todo el mundo salir del *Jeannette* y quedarse en la banquisa. El nivel del agua se elevaba tan rápidamente que los últimos rezagados no pudieron salir de la bodega por las escalas y debieron ser rescatados por un respiradero.

El comandante De Long parecía querer unos momentos de soledad con su barco moribundo. Caminó tambaleándose por las cubiertas inclinadas, aferrándose a los cabos y a las bitas. Él había sido el primer y último capitán del *Jeannette*; el único comandante de ese barco. Odiaba tener que abandonarlo: había sido toda su vida durante los últimos tres años. Él lo encontró, con él circunnavegó el cabo de Hornos y él había apadrinado su remodelación en San Francisco. Lo había hecho surcar miles de millas por mares no cartografiados y lo había llevado más lejos que cualquier otro navío en aquella región del Ártico. El *Jeannette* era suyo, en todos los sentidos emocionales. Era él quien sufría la verdadera pérdida.

Su decepción rayaba en el reproche a sí mismo. «Será duro que en la posteridad se me conozca como el hombre que emprendió una expedición polar y hundió su barco en el paralelo 77. [...] Me pregunto qué diferencia habría si me hubiese ido a pique con él»^[528].

De Long permaneció unos momentos más en silencio. El perturbador estruendo producido por el desmembramiento de la nave había concluido y ahora solo se escuchaba el rumor del agua llenando su interior. De Long agitó

su gorra de piel de oso a modo de triste saludo y se despidió: «Adiós, viejo barco»^[529]. A continuación, saltó al hielo, dictando con gravedad la orden de que nadie más lo abordase.

Pasaron la noche sobre el hielo, treinta y tres hombres y sus perros, contemplando cómo su hogar hasta entonces desaparecía lentamente. Organizaron las pertenencias y enseres en largas filas ordenadas y armaron las tiendas. El tiempo no era demasiado frío —cinco grados bajo cero— y se había extendido entre los hombres, sorprendentemente, cierta jovialidad. Melville llegó a calificar el ambiente de «alegre» (aunque pensaba en la alegría de la pandilla de niños que silba cuando pasa junto al cementerio para ahuyentar el miedo). Alexey declaró que se sentía «mucho bien». George Lauterbach tocaba la armónica y los hombres entonaron canciones y contaron chistes: cualquier cosa para no pensar en lo que ocurría a pocos metros.

A medianoche, el *Jeannette* estaba completamente volcado, como un animal mortalmente herido. Los penoles de las vergas más bajas se clavaban en el hielo. De Long vio que no tenía sentido seguir contemplando la agonía del barco, así que ordenó a los hombres retirarse a pasar la noche.

Se refugiaron en las tiendas, echaron por el suelo mantas forradas de hule y se metieron en los sacos de dormir. Una hora después, todos los hombres se despertaron sobresaltados por un fuerte estrépito. Justo bajo la tienda del comandante se había abierto una gran grieta, exactamente bajo el lugar donde dormía De Long. De no haber otros hombres durmiendo a un lado y otro y sosteniendo la manta sobre la que este se había echado, De Long y probablemente Erichsen habrían caído al agua helada.

Se colocaron tablones sobre la grieta para que nadie cayese. Dunbar reevaluó las condiciones del hielo en las inmediaciones y concluyó que no era estable. Así, a la orden de De Long, se levantó el campamento, se desplazaron unos cien metros hasta un lugar más seguro —transportando alimentos, botes, trineos y perros— y se montó el campamento de nuevo. Cuando finalmente todo quedó en silencio de nuevo eran más de las tres de la madrugada.

A esa hora, el *Jeannette* casi había desaparecido. El extremo de la chimenea estaba cerca de quedar sumergido. Aún escorado, el navío se balanceaba con el empuje del hielo. Cada tanto, de las tripas del barco emanaba algún gañido o suspiro, pero la lucha definitivamente había terminado.

A las cuatro de la mañana, en el cambio de guardia, ocurrió algo notable. Con un estruendoso crujir de maderas, el *Jeannette* se enderezó de nuevo, como una marioneta, y flotó durante un corto tiempo. Era como si hubiese resucitado. Al poco, sin embargo, empezó a hundirse, cada vez más rápido. Kuehne, uno de los que cambiaban guardia, gritó: «¡Si queréis ver por última vez al *Jeannette*, abrid los ojos!»^[530].

El barco se fue a pique y las vergas se partieron en dos, hacia arriba, quedando los fragmentos partidos en paralelo a los mástiles y los penoles tocándose. El conjunto tenía el aspecto, en palabras de Melville, «de un gran esqueleto que hiciese palmas por encima de su cabeza»^[531].

Por fin, dejando tras de sí un último remolino de agua, el *Jeannette* desapareció bajo las aguas. No quedaba nada, según Danenhower, «de nuestro viejo y buen amigo, el *Jeannette*, que durante muchos meses había resistido el abrazo de la bestia ártica»^[532]. Se hundió en las coordenadas 77° 15' N, 155° E, poco más de setecientas millas al sur del polo norte.

La sensación era indescriptible. Los hombres habían quedado en absoluta soledad, según Melville, «de un modo que muy pocos podrían entender. Nuestro medio de escape, del que tan buenos recuerdos teníamos, había sido destruido ante nuestra mirada. Nos encontrábamos totalmente aislados. No había razón por la que esperar el auxilio de nadie»^[533].

Se encontraban a casi mil millas de la masa de tierra más cercana, la costa ártica de Siberia central. No obstante, aunque fueran capaces de alcanzarla arrastrando todos los víveres y las embarcaciones, los recibiría uno de los territorios más remotos e implacables del planeta. Poco se conocía de los dispersos asentamientos humanos en esa zona del mundo, cuyo litoral y ríos apenas habían sido cartografiados. Siberia era infame por ser el lugar donde el zar exiliaba de por vida a criminales y opositores. De Long y sus hombres entendían la fragilidad de su situación: su única esperanza era un lugar desesperanzador.

Sin embargo, compensando la desolación y el desamparo, los expedicionarios se sintieron también aliviados en cierto modo. Habían estado atrapados en el hielo durante veintiún meses, pero por fin terminaba ese periodo de inactividad, espera e incertidumbre, avanzando inevitablemente con la deriva y sufriendo el tedio propio de una cárcel. Sabían lo que les esperaba. Solo contaban con unos meses para salvarse. Se dieron cuenta de que tenían por delante una épica batalla por la supervivencia y, sin embargo, se sentían ansiosos por librarla. «Estábamos satisfechos —aseguró Melville—

porque sabíamos que el barco había dejado de ser útil y podíamos empezar desde cero y emprender, cuanto antes, nuestra larga marcha hacia el sur»^[534].

La noche estaba tranquila y la banquisa guardaba un inquietante silencio, como si el hielo, ahíto, estuviese digiriendo la presa recién devorada. Los hombres contemplaron el agujero en el hielo que se había tragado el *Jeannette*. Nada quedaba de él, salvo un baúl de madera que flotaba bocabajo en el agua. El réquiem en honor al barco, relató Newcomb, fue «el aullido melancólico y solitario de uno de los perros»^[535].

PARTE V

El final de la creación



«Todos kaput»

A lo largo del mes de junio, el barco de rescate *Corwin* recorrió varias veces en zigzag el mar de Bering, echando el ancla frente a fuertes y asentamientos en ambos lados del estrecho. Abriéndose paso entre témpanos y niebla, el comandante Calvin Hooper había hecho sus recados habituales mientras esperaba el regreso de los trineos que recorrían el litoral siberiano en busca del barco estadounidense, supuestamente naufragado. El *Corwin* se cruzó con unos cuantos balleneros compatriotas, la mayor parte oriundos de New Bedford o Nantucket, cuyos capitanes informaron de que la temporada estaba siendo excepcional: tras un invierno inusualmente tibio, el hielo retrocedía más lejos y más rápido de lo esperado y muchos barcos habían logrado llenar sus bodegas con aceite y huesos. En ocasiones, a lo lejos, Hooper había visto los largos penachos de humo negro que emitían los hornos en que se hervía la grasa de ballena para convertirla en aceite.

El suave invierno y la rapidez con que el hielo se retiraba despertaron en el capitán Hooper cierto optimismo. Si De Long había quedado atrapado en algún lugar más al norte, probablemente ese verano reencontraría la libertad. «Si el *Jeannette* sigue existiendo —escribió Hooper—, hay razones para creer que este año podrá surcar de nuevo las aguas abiertas, pues sin duda la banquisa se retirará más que en temporadas anteriores»^[536].

Una de las responsabilidades de Hooper era patrullar los cabos e islas alasqueños a la caza de contrabandistas de ron, licor que hacía estragos entre los nativos. En el cumplimiento de ese cometido, el *Corwin* hizo escala en la isla de San Lorenzo, una media luna de roca rodeada de hielo, en mitad del mar helado, frente a la desembocadura del río Yukón. La isla de San Lorenzo formaba parte del territorio de Alaska y tiene unos ciento sesenta kilómetros de largo por unos treinta de ancho. Tres años antes, la isla daba cobijo a más de 1500 yupiks que vivían en una docena de poblados diseminados a lo largo de la costa. Era la suya una cultura antigua y próspera, desarrollada principalmente en torno a la caza de la morsa. En un solo invierno, sin

embargo, la población casi se había extinguido a causa de la hambruna o de algún tipo de enfermedad.

Sobre las seis de la tarde del 24 de junio de 1881, Hooper echó anclas en la costa meridional de la isla, frente a un pequeño poblado esquimal. El comandante, junto con Muir, Edward Nelson —naturalista de la Smithsonian— y el médico del barco, Irving Rosse, remaron hasta la orilla en un pequeño bote, estudiando el terreno con sus binoculares. La isla, en palabras de Muir, era «una masa de lava negra de aspecto lúgubre, moteada de volcanes, cubierta de nieve y sin un solo árbol»^[537]. Tras dejar el bote, caminaron por una playa de grava y después por la esponjosa tundra de líquenes y musgos cubiertos de nieve. Aquí y allí aparecían brezos y otras flores silvestres, pero no se veía un alma. «Empezamos a temer que no quedase nadie vivo», dijo Muir^[538].

Los sobresaltó un ruido. Varios esquimales gritaban desde un grupo de chozas de verano situadas sobre una elevada colina que se levantaba junto a la aldea. Bajaron a saludar a los estadounidenses: parecían, en palabras de Muir, «alegrarse mucho de vernos». Hooper les preguntó dónde habían marchado los habitantes del lugar. Esbozaron una amplia e inquietante sonrisa y contestaron:

—Todos *kaput*^[539].

—¿Muertos? —inquirieron los estadounidenses.

—Sí, muertos.

Hooper preguntó dónde descansaban los restos de esos aldeanos. Los nativos condujeron a los estadounidenses a la parte posterior de una de las casas: allí, sobre una ladera rocosa, yacían ocho cuerpos descompuestos. Sus anfitriones, escribió Muir, «sonreían ante el dantesco espectáculo de las calaveras sonrientes y los huesos blanquísimos asomando entre la piel arrugada y marrón»^[540].

Hooper y sus compañeros caminaron desorientados por la aldea y solo entonces pudieron calibrar la extensión de la hambruna. Muir contó unos doscientos cadáveres en total, la mayoría «vestidos aún con pieles también putrefactas», si bien a algunos de ellos «los cuervos los habían despojado de todo recubrimiento»^[541]. Muchos yacían sobre pilas de «conchas y desperdicios de las cocinas, donde habían sido arrojados por los familiares supervivientes mientras tuvieron fuerzas para transportarlos».

Había tantos cadáveres sobre el suelo o amontonados en el interior de las casas que, según Hooper, «era casi imposible caminar sin pisarlos»^[542]. Muir contó una treintena en el interior de una única vivienda, «casi la mitad

colocados unos encima de otros en un rincón, como leña; la otra mitad sobre las camas, como esperando la fatalidad con tranquila apatía»^[543].

Por evitar aquel macabro espectáculo, los escasos supervivientes —poco más de una decena— se habían retirado a vivir en las chozas estivales, en lo alto de las colinas.

¿Qué había ocurrido exactamente en la isla de San Lorenzo? Muchos balleneros sospechaban una epidemia de algún tipo, pero otros creían que aquella mortandad se debía a la desastrosa campaña de caza del verano y otoño de 1878. El desastre tuvo que ver con el abundante ron y *whisky* vendido por los contrabandistas estadounidenses a los yupiks, que detuvo en seco las dinámicas de vida habituales de la comunidad: «Mientras dura el ron, no hacen otra cosa que beber y pelear», escribió Hooper^[544]. La embriaguez, según Muir, «llevó a los yupiks a descuidar el acopio de alimentos para el invierno». Junto a una de las chozas, Hooper contó ocho barricas de *whisky* vacías.

El invierno de ese año, 1878, había sido extremadamente duro, con mucho más hielo de lo habitual, lo que dificultaba la caza de focas y ballenas. A principios del año siguiente, 1879, todos los yupiks de la isla de San Lorenzo estaban al borde de la inanición. Se comían sus propias ropas de piel de foca y las cubiertas de piel de morsa de sus chozas y embarcaciones, lo cual aplacó temporalmente la hambruna, pero los hizo enfermar gravemente. Cuando no tuvieron qué comer, sacrificaron a sus perros. Llegó un momento en que no quedó nada comestible y los pobladores de la isla de San Lorenzo empezaron a morir poco a poco.

Las cifras mareaban: más de mil personas —dos tercios de la población de la isla— habían perecido en 1879, el mismo año en que el *Jeannette* pasó por delante de las costas de San Lorenzo en su camino al polo. No obstante, la hipótesis generalmente admitida explicaba solo parte de aquel suceso. La dureza del invierno y, en particular, el alcohol fueron factores importantes. Se sumaba a ello un fenómeno mucho más amplio que certificaba el alcance de aquella inanición masiva: durante el decenio anterior, los balleneros estadounidenses del Ártico, buscando aumentar el valor de sus capturas, se habían volcado en la caza de la morsa. A lo largo de la década de 1870, los balleneros estadounidenses habían capturado unas 125 000 morsas en la región del estrecho de Bering. La morsa se había revelado un lucrativo complemento al negocio ballenero. Los balleneros extraían aceite de la grasa

del animal y vendían los colmillos en lejanos mercados, como Inglaterra o China. Durante la temporada de 1876, se mataron más de 35 000 morsas en el estrecho de Bering.

En comparación con la arriesgada y rigurosa caza de la ballena, la de morsas podía ser absurdamente sencilla. En lugar de arponear desde embarcaciones abiertas que volcaban con facilidad, los balleneros descubrieron que podían bajar a la banquisa, acercarse a las morsas y abatirlas con fusiles en número incontable. Daba comienzo entonces el desuello, despiece y extracción de la grasa de los animales. De la grasa obtenida de un macho se extraían en los hornos balleneros instalados a bordo hasta 75 litros de aceite. En menos de una década, la eficiente explotación de la morsa había destruido en su mayor parte la principal fuente de alimento de los yupiks y su estilo de vida basado en la caza de temporada. Llegada la década de 1880, la morsa estaba casi extinta en amplias extensiones del mar de Bering.

Se trataba de la versión ártica de una historia bien conocida por los norteamericanos: la de los bisontes y los nativos de las Grandes Llanuras. Allí, como en el Ártico, la matanza indiscriminada del principal sustento de toda una raza había conducido, en unos pocos años, a desplazamientos desastrosos, a la dependencia más ruinosa y al apocalipsis cultural.

John Muir quedó muy afectado por lo que presenció en la isla de San Lorenzo. «La escena era indescriptiblemente abominable —escribió, incidiendo en los duros contrastes entre naturaleza y vida humana—. Gaviotas, patos y chorlitos nadaban y revoloteaban felices; el mar puro se deshacía en espumas salinas contra la orilla; la tundra florecida se extendía como un manto hasta los volcanes coronados de nieve». Sin embargo, en la aldea «reinaba la muerte más vil y flagrante»^[545].

En opinión de Muir, la presencia estadounidense en el Ártico no había resultado en absoluto beneficiosa para sus habitantes. Lo ocurrido en la isla de San Lorenzo era un ejemplo muy significativo de las grandes fuerzas que operaban ya sobre la frontera más septentrional de los Estados Unidos. Muir comprobó que aquel gélido entorno natural era tan vasto como vulnerable, y estaba muy condicionado por los frágiles ritmos de la migración, por las interdependencias demográficas y por usos humanos instaurados desde hacía milenios. Sin embargo, aquel tejido natural y humano parecía estar deshilachándose ante sus propios ojos.

Alaska era posesión estadounidense desde hacía apenas una década. La influencia del zar, débil en un primer momento, había terminado por desaparecer. Aunque no podría decirse ni mucho menos que el contacto con los tramperos y comerciantes rusos llevase mejoras a las vidas de los nativos alasqueños, sí es cierto que el interés ruso por las pieles rara vez llegó al nivel organizativo y la despiadada eficacia de los balleneros y comerciantes de pieles estadounidenses. La introducción sistemática de unos pocos elementos —los fusiles de repetición, el alcohol, el dinero y la industrialización del despiece y extracción de grasa de cetáceo— empujaron a las culturas nativas de Alaska a un colapso fulminante.

«Incluso en los casos en que el alcohol no está presente —escribió Muir—, los escasos alimentos, prendas de ropa y armas ofrecidos a los nativos por los comerciantes no hacen sino degradar a aquellos, restándoles confianza en sí mismos y eficacia a la hora de cazar». Muir expresaba su preocupación del siguiente modo: «A menos que nuestro Gobierno extienda alguna ayuda a estas gentes que ahora habitan nuestro territorio, en unos años [...] hasta el último de ellos habrá desaparecido de la faz de la Tierra»^[546].

El 29 de junio, el *Corwin* echaba el ancla junto a una cresta de hielo, a unas pocas millas náuticas del pequeño poblado de Tapkan. Soplaban un fuerte viento del norte y el barco se bandeaba entre ola y ola. El comandante Hooper estudiaba la costa con sus binoculares cuando, de repente, distinguió una bandera estadounidense flameando sobre una tienda blanca: el comandante segundo Herring y su expedición terrestre habían regresado. Se sintió eufórico y aliviado. A bordo, todo el mundo se puso manos a la obra. Todos los tripulantes estaban ansiosos por reencontrarse con sus compañeros. «En todo el barco se especulaba sin cesar: ¿habrían encontrado al *Jeannette*?»^[547].

Hooper comenzó a mandar los preparativos necesarios para enviar un bote a tierra, hasta que se dio cuenta de que los hombres de Herring habían levantado el campamento y avanzaban afanosamente por la banquisa hacia el *Corwin*. Les llevó gran parte del día, pero finalmente Herring alcanzó el barco y subió a bordo. Para entonces, la mar estaba muy agitada y el comandante Hooper decidió que el *Corwin* no podía permanecer anclado en ese punto del litoral. Se dispuso a la carrera el pago para los trineístas de Tapkan: un fusil, munición, un rollo de calicó y algunos otros objetos. Liquidadas las cuentas, Hooper levó anclas y el *Corwin* puso proa al mar abierto.

Cuando el oleaje remitió por fin, Hooper convocó a Herring y al resto de expedicionarios en su camarote y escuchó el relato de lo ocurrido a lo largo del mes anterior.

Herring y su partida, formada por tres estadounidenses y tres trineístas nativos, dejaron la isla Kolyuchin el 2 de junio^[548]. Lo pasaron muy mal al principio, pues se rompió un trineo, los perros se peleaban continuamente y el hielo estaba muy derretido. Por fortuna, toparon con unos cazadores de focas nativos que los guiaron hasta su poblado, situado a unas veinticinco millas al oeste.

El asentamiento de Kolyuchin consistía en veintiséis chozas habitadas por unas trescientas personas. El anciano más venerable les brindó una cálida bienvenida y los acogió en su hogar, donde bebieron varias tazas de té ruso. Herring preguntó si habían oído hablar de un barco estadounidense naufragado en algún lugar al oeste de allí, pero el anciano no había recibido ninguna noticia al respecto. Contó a Herring que la mayoría de habitantes de ese asentamiento nunca habían visto a un hombre blanco, lo que explicaba la curiosidad hacia los visitantes. Los nativos les ofrecieron un festín a base de carne de reno y bacalao fresco, y aquella noche la velada se extendió hasta las cuatro de la madrugada, entre tazas de café e historias compartidas.

Tras descansar durante un día, Herring y sus acompañantes se pusieron de nuevo en marcha. Durante una semana avanzaron a trancas y barrancas rumbo oeste por la costa ártica, haciendo hogueras por la noche con madera de deriva para calentarse y secar sus pieles empapadas. Pasaron por varios poblados, pero la mayor parte del tiempo recorrían parajes absolutamente desolados. Por el camino, buscaron en vano hitos o indicios del *Jeannette*. Alcanzaron un pequeño asentamiento de apenas cinco chozas llamado Onman, donde varios nativos dijeron a Herring que habían oído la historia del barco averiado, agregando que, si seguía veinte millas al oeste, llegarían al pueblo de Wankerem, donde le podrían informar mejor.

Así pues, el comandante segundo Herring se apresuró en llegar a Wankerem, donde fue amablemente invitado a instalarse en una de las chozas. Herring obsequió a sus anfitriones con tabaco y café, y explicó el propósito de su visita. Los nativos sonrieron, asintieron con la cabeza y sin tardanza hicieron llamar a tres hombres, que conocían la historia del naufragio de primera mano. En interpretación de Joe el Chukchi, este fue el relato que escucharon:

El otoño pasado, cuando se estaba formando el nuevo hielo, salimos a cazar focas cerca de la isla que nosotros llamamos Konkarpio, cuando vimos un barco encallado que la banquisa empujaba hacia la isla. Los tres mástiles yacían cortados junto al casco; habían hecho leña de ellos.

En los camarotes encontramos cuatro cuerpos, tres de ellos en sus camas y otro flotando en el agua. Llevaban un tiempo muertos. La piel seca se había ennegrecido y estirado. El viento estaba cambiando de dirección y no quisimos quedarnos más tiempo allí. Recogimos algunos objetos y dejamos el barco. La noche siguiente, el viento empezó a soplar desde el sur y el barco naufragado comenzó a alejarse de la costa. Jamás lo volvimos a ver.

El comandante segundo Herring inquirió sobre los objetos que habían recogido del barco. Preguntó si habían encontrado libros o papeles. «No, esas cosas no tienen utilidad para nosotros», respondieron los nativos.

Herring explicó que su principal objetivo era identificar el navío. ¿Había algo inusual en él o que lo diferenciase de los demás barcos?

Los cazadores de focas cavilaron un instante y por fin contestaron: «Vimos que alguien había colocado un par de astas de reno en la parte superior del barco». Herring quedó intrigado por este inusual detalle: no parecía el tipo de decoración que un comandante como De Long permitiría en un navío de la Armada estadounidense. Tras garabatear un bosquejo del barco con las indicaciones de los tres cazadores, Herring dedujo que las astas habían sido colocadas en el tormentín.

Herring quería saber más sobre los objetos que los hombres se habían llevado del barco. Los tres cazadores desaparecieron y regresaron de inmediato con un pequeño botín formado por dos serretas para madera, un hacha, un arpón, un frasco de láudano, una cuchilla, unos anteojos, un candelero y una sartén metálica que portaba el sello de su fabricante (había sido manufacturada en Filadelfia). Ninguno de aquellos objetos, sin embargo, portaba nombres particulares, aunque había un cuchillo de cocina con la letra V labrada en el mango.

Herring dio las gracias a los cazadores y les pagó un buen precio por todos aquellos objetos, que en su opinión le ayudarían a identificar el barco. Preguntó a los habitantes del poblado si habían oído alguna vez hablar de un lugar llamado Wrangel, una tierra misteriosa situada en algún lugar hacia el norte, entre los hielos. Como contó más tarde a John Muir, «todos negaron con la cabeza y afirmaron que no tenían conocimiento de tierra alguna en aquella dirección. Sin embargo, un viejo les contó que largo tiempo atrás oyó contar algo sobre un grupo de hombres que habían llegado desde una lejana tierra en el norte».

Tras asegurarse de que en cientos de millas a la redonda nadie había oído hablar de ningún otro navío estadounidense, Herring decidió regresar a

Tapkan, antes de que el avance del verano hiciera más traicionero el hielo del litoral. Ordenó a sus hombres preparar los trineos y los perros para la larga vuelta. Alcanzaron Tapkan a mediados de junio.

Mientras esperaban al *Corwin*, los estadounidenses fueron invitados a la celebración de la primera cacería exitosa de ballenas del poblado de Tapkan. Se llevó hasta la choza del jefe una cabeza cortada de morsa y se colocó ceremoniosamente en el suelo, en el centro. Un nutrido grupo de nativos se reunió en torno al bigotudo trofeo y, a continuación, el jefe, tras un elaborado discurso, ordenó a su hijo más joven que colocase en el interior de la boca de la morsa una ofrenda de carne bendecida de reno y foca. La ceremonia continuó en el exterior: se arrojaron trozos de carne hacia los puntos cardinales, y siguieron cánticos, danzas y tambores; los estadounidenses, exhaustos por la larga travesía, quedaron felizmente intrigados por aquella celebración.

Durante su estancia en Tapkan, el comandante segundo Herring conoció a un grupo de cazadores de morsas que afirmaban no solo haber avistado el *Jeannette*, sino haber subido a bordo. Había ocurrido a finales del verano de 1879: De Long había hecho escala en las inmediaciones del cabo Serdtse-Kamen, en busca de noticias sobre Nordenskiöld. Los cazadores dijeron a Herring que el barco era un «vapor de tres mástiles»^[549] y que los acompañaban dos inuits alasqueños, lo que habían deducido por las características perforaciones y ornamentos labiales. Además, contaron a Herring que transportaban «un gran número de perros y trineos».

Todos aquellos detalles se ajustaban a la realidad e impresionaron a Herring. Pensó que aquella descripción daba «indicio de que los nativos [...] prestan atención a toda embarcación que pase cerca de la costa. Si un navío o una partida de hombres blancos hubiera visitado el poblado, los nativos lo habrían sabido y nosotros también»^[550].

El comandante Hooper escuchó con atención el relato del comandante segundo Herring. Le llamaron la atención dos detalles. En primer lugar, la letra V grabada en el mango del cuchillo de cocina, que él mismo inspeccionó. Por otro lado, las astas que según los cazadores los tripulantes del barco habían colocado en el tormentín del barco. El ballenero *Vigilant* llevaba unas astas justamente en el pequeño mástil que hace de extensión del bauprés. Era una especie de sello propio, bien conocido entre los capitanes de la flota ballenera.

En opinión de Hooper, no cabía duda. El barco naufragado no era el *Jeannette*, sino el *Vigilant*, una bricbarca ballenera de New Bedford, Massachusetts, capitaneada por Charles Smithers. Otros balleneros del Ártico habían avistado por última vez al *Vigilant* en octubre de 1879, al suroeste de la isla Herald, donde habría quedado atrapado en el hielo. El *Vigilant* supuestamente transportaba un cargamento de aceite y barbas de ballena valorado en 16 000 dólares. Smithers había navegado desde Hawái con treinta tripulantes. Hooper los dio por muertos.

Sin embargo, todavía había esperanzas de encontrar al *Jeannette*. El comandante se afirmó en su convencimiento de que los hombres de De Long habían sobrevivido y estaban varados en la misteriosa Tierra de Wrangel o sus cercanías.

El capitán Hooper intuyó que la rapidez con que se retiraba la banquisa y la inusual tibieza de las temperaturas le ofrecían una oportunidad inmejorable para alcanzar Wrangel. La primera semana de julio, el *Corwin* levó anclas y dejó la costa siberiana para dirigirse a St. Michael, en Alaska.



12 de junio de 1881

Queridísimo esposo mío:

Tengo la clara intuición de que te veré u oiré de ti este mismo verano, y estoy deseando que llegue el momento.

Que el Señor te bendiga y te guarde dondequiera que estés y te devuelva a nosotros sano y salvo, y contigo a todos cuantos te acompañan. Da recuerdos de mi parte a mis amigos del Jeannette (no me atrevo a decir «a bordo del Jeannette» por si se hubiera ido a pique y estuvierais batallando por vuestra vida sobre el hielo o en los botes).

En cualquier caso, amor mío, mantendré el ánimo elevado en cualquier circunstancia y te recibiré con los brazos abiertos, comoquiera o cuandoquiera que regreses [...].

Emma



«Nil desperandum»

Muy animados, De Long y sus hombres comenzaron la larga marcha a través del océano helado, sabedores de que cada paso los acercaba más al mundo conocido, o al menos a un lugar en el que encontrar a otros seres humanos. Parecían, en palabras de Melville, una perezosa comitiva de «insectos vagabundos»^[551] que se extendiera varios kilómetros. Se trataba de un esfuerzo extenuante, vertiginoso y, aun así, todos se sentían extrañamente felices por verse liberados de los confines del barco, aliviados por estar de nuevo en movimiento, dispuestos a aceptar las condiciones impuestas por su lucha compartida. Su objetivo era la costa ártica de Rusia, pero en sus mentes se dirigían a casa, iban en busca de sus esposas, madres y novias, en busca de pollos bien criados y verduras frescas de huerto, en busca de camas mullidas y salones caldeados, en busca del chisme y la invención y, si no de la gloria, de los vítores de una patria agradecida.

De Long y Dunbar, pertrechados con binoculares y brújulas, se adelantaron a los demás, desapareciendo tras la niebla, para marcar el camino con banderines negros clavados en el hielo. Llamaron «camino» a la ruta seguida, aunque se trataba más bien de una sugerencia de trayecto menos peligroso que los demás: huellas zigzagueantes que sorteaban cambiantes laberintos de fisuras, crestas de presión, afloramientos de hielo y lagunas de resplandeciente agua de deshielo. A saber, el comandante y su piloto de banquisa —cuyo problema de visión por fin se había solventado— se dejaban llevar por su intuición.

«¡Manteneos en el camino! —gritaban—. ¡No os salgáis del camino!». Los hombres no podían sino reír ante lo absurdo de aquella frase. Como expresó Danenhower, no había más que «nieve hasta la rodilla» y «bloques de hielo, para nivelar los cuales habría hecho falta un escuadrón completo de zapadores»^[552]. Sin embargo, no cejaron en su empeño, quemada la piel y agrietados los labios, envueltos en pieles apestosas, protegiéndose con anteojos rajados, entonando canciones de galeras mientras avanzaban

penosamente a través de las imposibles extensiones de hielo escarpado y pantanales de aguanieve.

El sol de junio, cuando aparecía con toda su fuerza a través de la niebla, lucía con una extraña intensidad que todo lo penetraba, como si estuviera ensayando sus rayos X sobre la nieve. Bajo el sol, la banquisa lucía sucia, a veces salpicada de indicios de vida: pinzas de crustáceos, excrementos de oso, valvas de mejillón, huesos blanquísimos, plumas de ganso, semillas, madera de deriva, esponjas secas. La rotación oceánica y los movimientos de las placas de hielo lo mezclaban todo, lo viejo y lo nuevo, lo animal y lo vegetal, en una especie de caótico potaje boreal.

El doctor Ambler se ocupaba de los enfermos, y Alexey y Aneguin de los perros. El resto pasaba sus días como animales de carga, enganchados a los arneses y tirando con todas sus fuerzas de los cabos de cáñamo. Arrastraban en total más de ocho toneladas de víveres y equipos, sobre trineos improvisados. Estos se habían construido con duelas de las barricas de *whisky* y sus pesados patines de madera de roble iban herrados con trozos de hueso de ballena pulido. Además de las tres maltratadas embarcaciones, transportaban, entre otras cosas, botiquines, munición, cacharros de cocina, hornillos, remos, tiendas de campaña, fusiles, lona de las velas, las bitácoras y diarios de a bordo, el instrumental científico y unos 750 litros de alcohol de quemar.

En lo referido a la comida, al inicio de la marcha inventariaron 1800 kilogramos de *pemmican*, 680 de pan marinero, catorce de lengua de vaca, casi setenta de extracto de carne Liebig, cinco y medio de manitas de cerdo y cantidades importantes de ternera lechal, jamón, *whisky*, *brandy*, chocolate y tabaco. Cada pequeña cantidad había sido cuidadosamente pesada antes de partir y luego repartida con mimo entre cada uno de los trineos y tripulantes para que todo el mundo, salvo los enfermos, cargase con el mismo peso.

Muchas veces era demasiada carga para transportar en un único viaje, así que había que dar varios viajes (a veces, tres) para hacer avanzar toda la carga a lo largo de la ruta. Así, muchos hombres hacían cinco millas entre idas y vueltas, para avanzar una única milla. En una jornada de esta penosa labor, digna de Sísifo, se llegaban a recorrer veinticinco millas o más, en las que la lucha contra el hielo era constante. Habría sido un trabajo de esclavos incluso sobre un terreno duro y seco; aquel hielo medio deshecho, con sus agujeros ocultos y canales de agua, constituía la superficie más complicada que se pudiera imaginar. Era un paisaje, según De Long, «enormemente confuso»^[553].

Los hombres a menudo tenían que echar las embarcaciones al agua, cruzar algún canal de aguas abiertas, subir de nuevo al hielo y volver a montarlas sobre los trineos. En otras ocasiones, usaban un pequeño témpano a modo de trasbordador, sirviéndose de un cabo fijado con garfios como guía. La cuadrilla de «peones camineros» empuñaba picos para abrir limpiamente una zanja practicable en el hielo más escarpado, aplanar la cúspide de los afloramientos más altos o creaban lo que De Long llamaba «pasarelas» o «puentes elevados» que salvaban lagunas de agua esmeralda.

Al final de cada jornada, según Melville, los hombres «terminaban completamente destrozados»^[554]. Algunos se desmayaban por el agotamiento. Otros tiritaban por la hipotermia, tras caer al agua helada. De Long, que en muchas ocasiones se colocó el arnés junto a sus hombres, afirmó: «Somos el grupo de mortales más hambriento y exhausto que camine sobre la faz de la Tierra. [...] Nos duelen todos y cada uno de los huesos»^[555]. Danenhower, haciéndose eco del comandante, señaló que al final de cada día, sin excepción, todos los hombres afirmaban que aquella había sido «sin duda, la jornada de trabajo más dura de toda su vida».

Al principio de aquella difícil travesía a pie, un sorprendido De Long había escrito: «Ahora, justamente, empezamos a vivir magníficamente [...] y disfrutamos de una estupenda salud. [...] Todo el mundo se siente alegre y jovial y en nuestro campamento se respira un animado ambiente [...] todo el mundo canta»^[556]. Melville observó que los hombres no dejaban de «dar hurras» y a menudo «rompían a reír o chachareaban con optimismo. [...] Ninguna tripulación de ningún barco ha soportado una penosa tarea como la nuestra, y con tan poca queja»^[557]. Avanzaban con esfuerzo inigualable por el hielo entonando viejas baladas y canciones de viaje irlandesas, como «The Rocky Road to Dublin» (El pedregoso camino a Dublín).

*I was a-hobblin' with a loud array,
They joined me in the fray.
We quickly cleared the way
On the rocky road to Dublin.*^[558]

Por duro que fuese, el paisaje helado también resultaba muy hermoso. El agua marina lamía constantemente la base de los témpanos, produciendo un susurro que resultaba muy reconfortante por su regularidad, como el zumbido de un millón de insectos. De vez en cuando, la compañía se topaba con monumentos helados tan elegantes como extraños, hechos de hielo viejo y compactado, que resplandecían con un azul aguamarina, como de otro mundo.

En algunas partes, cierta especie de algas dejaba una pátina de naranja rojizo sobre el hielo: nieve de sandía, la llamaban.

De Long se fijó en el particular centelleo del sol a través de la niebla: «titila y guiña como los ojos de un borracho», metaforizó^[559]. El aire, pesado y cargado de humedad, parecía dotado de vida propia, pues «emitía lamentos o chillidos por doquier», cuando, pulgada a pulgada, se elevaban sobre la banquisa protuberancias de hielo, resultantes de la colisión de grandes placas. Cada tanto, un témpano enorme se daba la vuelta con estruendoso gorgoteo, quedando atrapados en los recovecos y cuevecillas de su parte inferior pequeños peces, que saltaban y se agitaban buscando enloquecidos una manera de escapar de aquella trampa.

De Long y compañía habían dejado el lugar del hundimiento del *Jeannette* la tarde del 18 de junio. Antes de partir, De Long garabateó una breve nota: «Levantamos campo y comenzamos a caminar sobre el hielo en dirección sur, esperando, con la ayuda de Dios, alcanzar las islas de la Nueva Siberia. Desde allí surcaremos el mar en nuestras embarcaciones hasta la costa continental»^[560]. El comandante enrolló el papel en un trozo de hule negro y lo metió en una pequeña barrica de agua vacía, que dejó sobre el hielo «esperando que llegase a algún lugar».

Como con todo lo ocurrido previamente en su viaje, De Long había previsto la posibilidad de una retirada y había trazado, largo tiempo atrás, un meticuloso plan. Parecía tenerlo todo pensado. En primer lugar, decidió invertir las horas de vigilia y sueño: dormirían de día y marcharían en el frío de la noche. En esa época del año, finales de junio, la temperatura nocturna rondaba los siete grados bajo cero, y la nieve era más firme. Además, había luz suficiente, pues nunca se hacía del todo de noche. Por otro lado, caminando en la penumbra evitaban la fotoqueratitis y la transpiración. Cenarían a las ocho de la mañana y se meterían en la tienda para dormir mientras las empapadas pieles se secaban al sol, a una temperatura que a veces ascendía hasta los cinco grados positivos.

De Long había dedicado muchas horas a perfeccionar la organización de sus hombres. Había dividido a los treinta y tres miembros de su expedición en tres grupos de once. Cada uno de ellos, con un oficial al frente, tenía asignada una embarcación, un trineo y una parte del campamento. Cada trineo y cada embarcación tenían su nombre, su bandera y su lema. Uno de estos era «*In*

hoc signo vinces» («Con este signo vencerás»); otro era «*Nil desperandum*» («Desesperar, nunca»).

Este sistema organizativo condicionaría profundamente la marcha de vuelta al hogar. Los hombres de cada cuadrilla caminaban juntos, descansaban juntos, cocinaban y comían juntos, dormían juntos y, si fuera necesario, morirían juntos. De Long había reflexionado mucho sobre ello. Esperaba inflamar así el compañerismo y la lealtad al grupo para sobrellevar aquel titánico esfuerzo: ningún hombre dejaría caer a sus compañeros y, además, todos se esforzarían para que su cuadrilla hiciera su trabajo mejor que las demás. Se trataba de una propuesta sencilla y a la vez inteligente, que explotaba el orgullo personal, pero también el de grupo.

Al dividir la expedición en tres grupos, evitaría protestas perniciosas. De Long había estudiado a fondo la historia de la exploración ártica y se mantenía alerta ante cualquier perspectiva de motín. No olvidaba cómo terminó el capitán Hall durante el viaje del *Polaris*. De Long entendía lo que podía ocurrir si, tras someter a los hombres a penalidades extremas, les daba manga ancha y les permitía expresar sus frustraciones. En las mentes de la tripulación, cualquier injusticia, real o imaginada, fácilmente se magnificaba, y cualquier incidente o comentario mal interpretado se propagaba rápidamente.

La marcha había comenzado con la moral alta, pero De Long sabía que el ánimo podría venirse abajo en cualquier momento y, por ello, debía manejar la situación con mano firme. Le preocupaba especialmente Collins, quien continuaba enfurruñándose y mostrándose taciturno, y cuya hostilidad hacia él resultaba palpable. Danenhower, además, podía ser fuente de problemas; el piloto afirmaba que su ceguera sifilítica no era tan incapacitante como creían los demás. Al caminar por la nieve, sin embargo, se tambaleaba como un borracho. Que le dieran de baja hirió su orgullo. Reconociendo ciertas amenazas potenciales, De Long razonó que separar a los hombres en tres grupos distintos a lo largo de muchas millas de hielo disminuiría la posibilidad de que algún germen de insurrección se extendiera entre ellos.

De Long no tenía duda de que aquella sería una marcha tan larga como trabajosa y sabía que los hombres sufrirían profundas frustraciones y resentimientos. Arrastrarse por la banquisa ártica en busca de aguas abiertas exigiría «un esfuerzo sobrehumano». No recordaba haber leído en los anales de la exploración sobre ninguna travesía parecida a aquella. Según sus estimaciones, se encontraban a casi mil millas de la costa siberiana, aunque en su camino quizá se toparan con la llamada Nueva Siberia, un archipiélago

poco conocido y mal cartografiado de islas desiertas cubiertas de permafrost. No existía, por supuesto, la posibilidad de que los rescataran. Hasta donde sabía, nadie en todo el planeta tenía la menor idea de dónde se encontraban o siquiera de si seguían vivos.

Su supervivencia dependía únicamente de ellos. Como expresó Danenhower: «Trabajamos por nuestra vida»^[561], lo cual era literalmente cierto. De Long sabía que «caminando rumbo sur, en última instancia» llegarían «al mar abierto». Durante meses, no serían más que bestias de carga, enganchados a un arnés y trabajando como esclavos doce horas cada día. Seis hombres se encontraban demasiado enfermos como para transportar carga: los duraderos síntomas del saturnismo les despojaban de toda «fuerza motriz». Algunos de los convalecientes podían caminar sin carga, otros estaban tan débiles que tenían que ser transportados en camilla. El más débil era Chipp. Estaba tan extenuado que no era capaz de vestirse solo, ni siquiera de levantarse. El doctor Ambler lo atiborraba de *brandy* y de opio, y señalaba que «estaba muy dolorido e inquieto. [...] Todas las circunstancias van en su contra. [...] Está pálido y su pulso es débil»^[562].

«¿Cómo vamos a sacarlo de esta? —se preguntaba De Long, preocupado por su viejo amigo—. Anoche estuvo quejándose y retorciéndose todo el tiempo. Me preocupa mucho».

De Long sabía que contaban con un condicionante importantísimo en su tarea: solo contaban con sesenta días de provisiones. Podrían ganar unos días más cuando la comida se agotara si mataban a los perros. Pero aquello sería el final. Por otro lado, había que tener en cuenta que el verano ártico no duraba para siempre. El comandante entendía que pasara lo que pasara, estaban obligados a alcanzar la costa siberiana antes de que entrase el invierno. Se trataba de una batalla contra el calendario y contra el consumo calórico: tenían que desplazarse rápido pero también de manera eficiente. «Nuestro futuro no es muy halagüeño», escribió De Long en una afirmación que llegaba a ser optimista^[563]. Se preguntó hasta qué punto se vería afectada la psique de sus hombres.

Su principal apoyo era Melville. De Long sabía que sin él aquella hégira sobre el hielo sería absolutamente inviable. El ingeniero jefe se había mostrado duro como el hierro y sensato en todas las circunstancias. Su sentido de la justicia parecía infalible y su ingenio para la improvisación, inacabable. Parecía inmune a la enfermedad y no se quejaba nunca. La opinión de De Long sobre Melville era más poderosa, por sucinta: «Mientras se mantenga como está —fuerte y bien—, me irá bien»^[564].

A bordo del *Jeannette*, los hombres jamás habían pasado hambre. Nunca había faltado el alimento en dos años de travesía. La dieta era variada y la tripulación siempre quedaba satisfecha. Ahora, en mitad de la banquisa, la dieta se reducía a dos tipos de alimento: el extracto de ternera Liebig, que tomaban como consomé caliente; y el *pemmican*, la nutritiva mezcla de carne seca, bayas machacadas y grasa animal que había servido de sustento a muchas expediciones a lo largo de la historia en América. El *pemmican* era muy alimenticio y aguantaba años, pesaba poco, se almacenaba fácilmente y rara vez se estropeaba. Sin embargo, aburría hasta la muerte. De Long señalaba con disgusto cómo el *pemmican* se había convertido en «el pescado, la carne y el postre de todos»^[565]. Su sabor salado y su textura pegajosa terminaban resultando nauseabundos, por el hartazgo. Se pegaba al paladar, a la lengua, a los dientes, a los dedos y a las manos. En el estómago producía indigestos gases. Se lo encontraba por doquier, dentro y fuera. Ellos mismos eran *pemmican* andante.

Además —y esto no había manera de expresarlo con delicadeza— el *pemmican* les producía estreñimiento. Se asentaba dentro del cuerpo y atoraba las regiones inferiores, como cemento. La escatología comparativa se convirtió en el tema de conversación en torno a los fuegos de campamento. El doctor Ambler puso en entredicho su dignidad profesional convirtiéndose en distribuidor de laxantes, aceite de hígado de bacalao y supositorios. (Los diarios de Ambler no tardaron en llenarse de relatos encantadores: «Lauterbach mejor esta mañana; ha hecho de vientre con toda libertad. [...] Alexey se encuentra bastante bien hoy; ya se le han puesto en marcha los intestinos. [...] Yo mismo sangré al hacer de vientre una vez».

El *pemmican* hizo soñar a los hombres como nunca antes con comida. Recordaron con nostalgia los insulsos pero, en comparación, excelentes platos que comían a bordo del *Jeannette*. Sentados en torno a las pequeñas hornillas, sacándose los trozos de carne seca de entre los dientes, se embarcaban en animadas charlas sobre las excelentes recetas que cocinarían cuando llegasen a casa. Chipp soñaba con una perdiz asada con crujiente pan tostado. A De Long no le sacaban de las ostras fritas. Newcomb pediría un pastel de calabaza. Otros querían careta de cerdo con verdura, mazorcas de maíz, estofado de carne o un postre bien sustancioso. Melville fantaseaba con un porrón picudo asado de una pieza: el ingeniero se explayó contando cómo prepararía el ave, y sus compañeros no tardaron en debatir sobre «el lujo de

poder trincharlo y elegir solo las partes que más gusten, cada uno según su preferencia. ¡Ñam!»^[566].

Aparte de la pobreza dietética, los expedicionarios sufrían un problema aún más molesto: la constante humedad. El mundo ártico se fundía poco a poco según avanzaba el verano y los hombres tenían la impresión de jamás estar secos del todo. La piel arrugada había adquirido la textura de las almejas y se descamaba. Los sacos de dormir eran como algodón en rama empapado. Sus botas manaban aguanieve a cada paso. Las suelas de piel, en palabras de Melville, «estaban tan blandas como una tripa de animal fresca»^[567]. Cuando se echaban a dormir, el calor de sus cuerpos fundía la nieve de debajo de las mantas forradas de hule, y a las pocas horas se encontraban flotando en un charco de agua helada. El doctor Ambler escribió que «dormir con la ropa mojada, en un saco mojado echado sobre el hielo, hace que todos los huesos y músculos duelan a la mañana siguiente. Hoy no he sido capaz de respirar una sola vez sin que me doliese algo»^[568].

Como para burlarse de la miseria que atravesaban, apareció una nota manuscrita entre el equipaje con un mensaje muy peculiar. La encontró Starr metida en una bolsa de café: era un escrito jocoso, redactado obviamente por quienes hubiesen empaquetado ese café en Nueva York, la primavera de 1879. Starr leyó en voz alta, intentando aguantar la risa: «Con estas líneas querría expresar mis mejores deseos para que su gran empresa sea un éxito. Probablemente, cuando lean estas líneas recuerden los cómodos hogares que dejaron atrás para mayor gloria de la ciencia. Si lo estiman conveniente, ruego encuentren un momento para escribirme unas palabras. Mi dirección es la siguiente: G. J. K., apartado de correos 10, Nueva York»^[569].

Pero entonces surgió un problema más. A los perros les ocurría algo. El primero fue Jim, que sufrió un repentino trastorno mientras tiraba del arnés. Lo apartaron del tiro y se quedó echado en el hielo durante un rato, tiritando y agitándose, como presa de un frío helador, aunque el día era soleado y tibio. Unos días después, Foxy sufrió un acceso similar y al poco apareció ahogado en una profunda charca. Tom experimentó un tipo de ataque algo diferente. Estuvo desorientado y atontado varios minutos. Entonces, cuando parecía estar volviendo en sí, se abalanzó sobre su compañero de tiro, Wolf, y lo atacó con furia salvaje.

De Long no tenía ni idea de cuál podría ser la causa de aquellos trastornos. ¿Algo en el alimento? ¿Desnutrición? ¿Una enfermedad

contagiosa? ¿Agotamiento? Fuese lo que fuese, no podía permitirse el lujo de perder más perros, pues el tiro estaba ya muy diezmado. Algunos perros se habían vuelto tan violentos y conflictivos que se les consideró inútiles y terminaron siendo sacrificados para alimentar a sus compañeros. Jack, uno de los mejores perros, y el favorito de muchos hombres, fue eximido de tirar para que terminara de curarse una herida que tenía en los cuartos traseros. Un día, trasbordando un canal de agua que se ensanchaba rápidamente, el perro Jack quedó aislado en un témpano por culpa de la confusión reinante. Pasaron varias horas hasta que se dieron cuenta de que faltaba y, a esas alturas, De Long dictaminó que era demasiado peligroso regresar en su busca. No se lo volvió a ver.

Algunos de los hombres empezaron a sufrir crisis emocionales cuyos síntomas no eran muy distintos a los que aquejaban a los perros. El primero en quebrarse fue el último que De Long habría imaginado: Edward Starr. De Long lo consideraba «un hombre de conducta tan uniforme como irreprochable»^[570]. Junto con Nindemann y Erichsen, había demostrado una capacidad sobrehumana para el trabajo y un carácter siempre previsible. Un día, mientras arrastraba la carga junto a Melville y otros, Starr alargó el brazo, sacó de la embarcación que transportaba un par de suelas de bota y las tiró al hielo, gruñendo de asco. Melville se giró hacia él y lo abroncó: eran sus suelas, que había dedicado horas a pegar y coser.

—¡Recójalas, y no vuelva a hacerlo! —ordenó Melville^[571].

Pero Starr se negó a obedecer.

—Me da igual de quién sean esas suelas. Estaban dentro de mi saco de dormir —respondió a voz en grito.

Melville estaba lívido. Repitió la orden y Starr de nuevo se negó, con modos aún más hoscos.

De Long intervino y ordenó a Starr que obedeciese el mandato de Melville. Starr volvió a negarse y se quedó ahí en pie, lanzando invectivas sin destinatario particular.

—¡Bonito sitio para poner unas suelas empapadas! —gruñó.

De Long, echando mano de todo su carácter, ordenó a Starr guardar silencio y repitió la orden en dos y hasta tres ocasiones. El resto de hombres observaban asombrados. Por fin, de mala gana, Starr obedeció, aunque sin dejar de farfullar.

—¡No se mueva de donde está! —ordenó de nuevo De Long, acercándose a él—. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

Starr, entonces, desconcertó a todos alegando que no era consciente de que Melville le hubiese acusado de nada.

—Queda usted bajo arresto —declaró el comandante^[572].

Tendría que ocuparse de aquel asunto más tarde.

Aquella era la primera vez que alguien cuestionaba abiertamente la autoridad de De Long. Era una pequeña grieta, un incidente desencadenado por un cúmulo de circunstancias absurdas y sin importancia. Pero auguraba lo que estaba por venir.

El octavo día de marcha, De Long tomó medidas astronómicas para determinar cuánto habían avanzado. Era el 25 de junio. La marcha había empezado con muchas esperanzas, pues el esfuerzo hecho hasta entonces y el optimismo entre sus hombres no podía ser mayor. El sextante indicó una latitud de 77° 46' N. Esa lectura llamó la atención del comandante: no podía ser correcta, pues era superior a la del lugar en que el *Jeannette* se había ido a pique. La expedición jamás había estado tan al norte.



Mi querido esposo:

Ansío tanto verte que no puedo siquiera escribir correctamente. Estoy deseando que transcurra el verano y lleguen noticias, buenas o malas. He sido paciente tanto tiempo que me parece imposible aguantar mucho más. Aun así, hago todo lo que puedo.

Qué cansado y abatido debes de encontrarte; cuán desesperado por tu largo exilio; cuánto debes de añorar tu hogar, familia y amigos. Qué penalidades y privaciones debes de estar sufriendo. Rezo por que salgas victorioso y seas largamente recompensado por tus sacrificios. La pequeña Sylvie y yo intentaremos hacer que los olvides cuando regreses a nuestros brazos.

Estoy haciendo todo tipo de planes para disfrutar de nuestra felicidad futura, a tu vuelta, y sin duda tú estarás haciendo lo propio. Debemos intentar llevarlos a cabo para vivir plenamente la vida, con tanta alegría como esta vida terrena nos conceda.



El continente fantasma

Los chamanes se reunieron entre las altas hierbas del prado, al pie de la empalizada y de la cruz ortodoxa de la vieja iglesia rusa. Un tibio día de verano, en un prado moteado de coloridas flores árticas, se celebró la ceremonia de invocación de los dioses boreales. Los nativos de los asentamientos costeros y otros del interior se agolpaban a lo largo de la orilla. Bailaban, entonaban cánticos y golpeaban sus tambores, conjurando a los espíritus del Gran Norte.

Hooper había llamado a St. Michael, en Alaska, para comprar carbón y provisiones antes de poner proa rumbo a Wrangel y el polo en pos del comandante De Long. Aunque se mostraba escéptico al respecto de aquel ritual, pidió a los chamanes que preguntasen a los espíritus sobre el paradero del *Jeannette*. ¿Vivía aún De Long? ¿Merecía la pena internarse en los hielos a bordo del *Corwin* en busca de los exploradores perdidos?

Las respuestas a estas preguntas eran de especial interés en St. Michael, puesto que en la expedición de De Long viajaban dos inuits oriundos de aquel asentamiento, que llevaban dos años desaparecidos: Alexey y Aneguin. Los vecinos de St. Michael recordaban vivamente a los hombres de De Long; las pieles que compraron, los perros que embarcaron, su ambiciosa meta de llevar aquel barco más al norte de lo que ningún hombre se había atrevido antes. La esposa de Alexey seguía esperándolo y estaba preocupada, como el resto de pobladores del asentamiento.

John Muir quedó maravillado por la extraña energía que emanaba aquella «ruidosa muchedumbre» que pululaba por las playas aledañas al fuerte y entre los almacenes de la Alaska Commercial Company. «Los indígenas se agrupaban sobre la orilla rocosa. Era una escena salvaje, inaudita —escribió Muir—. Las mujeres indias levantaban carpas y cortaban brazadas de hierba seca para echarla al suelo y extender sobre ella sus pieles; los niños miraban con sus ojos observadores y extraños; grupos de guerreros apuestos, decorados sus cuerpos con todos los colores del arcoíris, con expresión lúgubre, cruel, fría y digna; y [...] grandes montones de pieles ajadas de oso

negro o pardo, de marta, visón, zorro, castor, nutria, lince, alce, lobo o lobezno; muchas de ellas aún con las garras y el pelo, como si pudieran aún luchar por su vida»^[573].

Rodeaba St. Michael un extenso malpaís cubierto de tundra en el que se abrían más de cincuenta cráteres, conos y *maar*. Los inuits de muchos lugares, incluso los venidos de más lejos, creían que las almas de los recién muertos accedían al trasmundo a través de aquel reino humeante y mefítico. Muir descendió por uno de aquellos cráteres y observó que «las cenizas y la piedra pómez cubrían abundantemente la cresta del cráter y las laderas interiores del cono. [...] El rumor que se oía en ocasiones era, supuestamente, causado por los espíritus guiando en su camino a algún indio recién muerto»^[574].

Era quizá el poder emanado por aquel paisaje ardiente lo que atraía a los curanderos cada verano, a fin de estudiar la vida, la muerte y todo lo relacionado con el otro mundo. Estos eran maestros de la prestidigitación y la ventriloquía, tallaban elaboradas máscaras y tejían extravagantes guantes largos. Ornamentaban sus cuerpos profusamente con tatuajes, garras de oso y colmillos de animales que repiqueteaban con cada movimiento que hacían.

Los chamanes dieron una respuesta inequívoca al capitán Hooper: no había esperanza alguna de encontrar al *Jeannette*. El barco se había perdido para siempre en el hielo ártico.

¿Qué había sido entonces de De Long y sus hombres? ¿Dónde se encontraban?

Su destino estaba sellado, dijeron los chamanes. Jamás se los volvería a ver.

Y eso no era todo. Se hizo una muy seria advertencia al capitán Hooper: si el *Corwin* se aventuraba en el hielo, sufriría el mismo hado que el *Jeannette*. Si continuaban su viaje al norte, jamás regresarían.

Esta noticia de última hora llegada desde el más allá no amilanó en lo más mínimo a Calvin Hooper. El capitán era un laico convencido, obstinado en su desprecio a la superstición. Sin embargo, el joven inuit que había contratado como intérprete quedó tan afectado por el pronunciamiento de los chamanes que abandonó la expedición ese mismo día. Estaba convencido de que el *Corwin* terminaría en el infierno.

Hooper consiguió sustituirlo por un inuit mestizo llamado Andrews, que parecía bastante competente y al que no arredraban los malos augurios. A modo de precaución, Hooper decidió embarcar carbón, víveres y suministros

suficientes como para pasar un invierno entero, caso de quedar atrapados en el hielo, como predecían los chamanes.

A Muir, muchos de los indígenas acampados en St. Michael le parecieron «insolentes» y «peligrosos». Tenía la impresión de que las relaciones con los comerciantes habían socavado su autonomía: «Cazan menos y se pasan las horas muertas jugando y peleando»^[575].

Muir se mostraba convencido de que aquellas cuitas de los indígenas no harían sino agravarse conforme los mineros estadounidenses fuesen llegando a Alaska. Había cada vez más rumores sobre la existencia de oro y plata; de hecho, una expedición de buscadores de oro venía de remontar el río unas cien millas. Habían llegado desde San Francisco en una goleta, según relató Muir, «en busca de una supuesta montaña de plata maciza». Con la resignación propia de los californianos del norte, muy familiarizados con las obscenidades de la fiebre del oro, Muir creyó intuir el futuro que esperaba a aquella tierra. «Más temprano que tarde habrá una nueva fiebre del oro», escribió^[576]. También aquellas remotas tierras salvajes se verían invadidas por hombres pertrechados de picos y cedazos.

Muir observó en St. Michael las mismas influencias perniciosas que en la isla de San Lorenzo. En particular, la introducción del fusil de repetición había alterado los métodos de caza de la población nativa. Unos pocos años antes, las montañas que rodeaban St. Michael daban cobijo a miles de cabezas de cérvidos salvajes. Ahora, armados con fusiles para bisontes, los cazadores esquimales y de otras etnias mataban caribúes por cientos y los dejaban, según Muir, «ahí tirados. Ni siquiera los despellejaban». Los cazadores «les cortaban la lengua y dejaban que los lobos se comieran los cadáveres»^[577].

Antes de zarpar en dirección al Gran Norte, Hooper dejó a los representantes de la Alaska Commercial Company un fajo de cartas que Emma De Long había escrito para su marido a lo largo del año anterior. Además, hubo de transferir una parte importante de su cargamento al *St. Paul*, un vapor, propiedad de la Alaska Commercial Company, que navegaba de regreso a San Francisco. Entre otras cosas, envió de vuelta las reliquias que los cazadores de focas del asentamiento de Wankerem habían recogido del ballenero estadounidense naufragado (el *Vigilant*, según Hooper).

(Ese mismo verano, más adelante, el Merchants Exchange Club expondría aquellos artefactos con la esperanza de que alguien identificase cuáles eran los navíos siniestrados y sus tripulaciones perdidas. Se determinó que los anteojos habían pertenecido al Ebenezer Nye, el curtido capitán ballenero que había hecho a De Long un augurio fatal: «Meta [el barco] en el hielo y deje

que este lo empuje a la deriva, y quizá pueda pasar al otro lado. O quizá termine en el infierno. Las probabilidades son parecidas». Aquello tenía sentido, pues se sabía que el barco de Nye faenaba en la misma zona que el *Vigilant*. Como una profecía autocumplida, Nye y las tripulaciones tanto del *Vigilant* como del *Mount Wollaston* habían perecido en el mismo campo de hielo sobre el que tanto habían advertido a De Long).

El 9 de julio, cuando el capitán Hooper levó anclas y zarpó de St. Michael, el mar los recibió con múltiples prodigios. El médico, Irving Rosse, escribió sobre «curiosas refracciones y otros extraños fenómenos»^[578]. Muir describió un «extraño ocaso rojo que provocó muy grotescos espejismos sobre la tierra, [y] humos espesos que se alzaban desde la tundra en llamas»^[579]. Sin embargo, Hooper, no se dejó asustar por la amenazante climatología y ordenó poner rumbo noroeste, al estrecho de Bering y al Ártico propiamente dicho. Los esperaba, en palabras de Muir, «el lugar de la creación más septentrional y castigado por el frío»^[580].

Su meta era la Tierra de Wrangel, pero durante todo el mes de julio, la isla estuvo enclaustrada en el hielo y velada por una neblina húmeda. No pudieron alcanzarla, ni tan siquiera verla. Muir bautizó a Wrangel «aquel país misterioso», «la orilla jamás hollada», «la isla mucho tiempo ha perdida». Nelson se refirió a ella como la tierra «tan largamente debatida por los geógrafos». Rosse la declaró «la cuestionada tierra septentrional» y empezó a preguntarse si no sería «un mito»^[581].

El capitán Hooper estaba decidido a demostrar la existencia de Wrangel de una vez por todas a la vez que trataba de localizar la expedición de De Long. Finalizado julio, el *Corwin* no había traspuesto aún la isla Herald. Hooper sabía que, cerca de allí, tres balleneros estadounidenses habían avistado por última vez al *Jeannette*, la primera semana de septiembre de 1879.

Aunque pequeña —no tenía más de seis millas de largo—, la isla Herald era muy escarpada. Su cima rocosa se elevaba a más de trescientos metros sobre el nivel del mar. Si pudieran alcanzarla, disfrutarían de una amplia perspectiva sobre el mar Ártico y Wrangel y podrían, quizá, divisar el barco perdido. Hooper se marcó como objetivo protagonizar la primera ascensión a la cumbre de aquella isla. En John Muir tenía a un montañero de primera clase que sin duda sabría trazar la ruta idónea hasta la cima.

A las diez de la noche del 30 de julio, tras muchos «choques, empujones y complicadas maniobras a través de estrechos y laberínticos canales»^[582], en palabras de Hooper, este echó el ancla a unos cientos de metros de aquella isla envuelta en el hielo y la niebla. Mientras la mayoría de los hombres saltaban a los témpanos y emprendían, presas de una locura conquistadora, la marcha hacia el islote infestado de aves, Muir estudiaba con los binoculares los acantilados para escoger una ruta de ascenso ideal. El naturalista echó mano de su piolet y partió en dirección a la empinada ladera glaciar, a solo unos cientos de metros de donde el ruidoso grupo de exploradores, todos ellos inexpertos fuera del mar, habían puesto pie en tierra. Pronto se hundieron hasta las caderas en la pesada nieve y en varias ocasiones se pusieron en peligro unos a otros por los desprendimientos de rocas. Muir, no obstante, avanzaba a paso vivo. Labró con el piolet escalones en el hielo y escalaba a buen ritmo junto a miles y miles de aves que, «posadas en estrechas repisas, recordaban a botellas en los estantes de un *pub*»^[583]. En cuestión de una hora había ascendido el acantilado y se dirigía a buen paso a la cima.

Muir disfrutó enormemente de aquella soledad. Pasó varias horas caminando en torno a la cima más elevada, tomando notas, dibujando bosquejos y recolectando apresuradamente especímenes de plantas. No encontró ni rastro del *Jeannette*: ni hitos, ni objetos abandonados ni prueba alguna de presencia humana.

El paisaje, en cualquier caso, era apabullante. Lo estudió detenidamente con sus binoculares. En su posterior descripción, cayó en el lirismo que luego le daría la fama en el ámbito del conservacionismo natural: «Pasé en soledad la hora de medianoche en la cumbre más alta. Es una de las experiencias que más impresión me han causado en mi vida —escribió—. El silencio más profundo parecía aplanar un paisaje virgen e inconmensurable, con el océano congelado extendiéndose infinitamente hacia el norte»^[584].

Al oeste, Muir pudo avistar claramente «la misteriosa Tierra de Wrangel [...], una línea ondulante de valles y colinas que se eleva sobre una blanca y azul pradera helada». Era una isla real, atravesada de montañas y de perfil amable. Contemplándola, se sintió impaciente por que el hielo desapareciera para poder llegar hasta ella y coronar sus cumbres. «Aquellas montañas gris claro se elevaban contra el horizonte e hipnotizaban de manera natural la mirada del montañero»^[585].

Una hora después, el médico, Rosse, alcanzó a Muir en la cima. Los dos hombres erigieron un hito para marcar su llegada. «Era medianoche —escribió Rosse— y el sol resplandecía esplendoroso sobre aquel yermo de

hielo, mar y granito»^[586]. Rosse colocó entre las piedras del hito una botella en la que introdujo una crónica del desembarco del *Corwin*, así como un ejemplar del *New York Herald* de fecha 23 de abril de 1881.

Mientras tanto, el resto de los tripulantes del *Corwin* se dispersaron por las orillas y los promontorios de la isla, buscando rastros del *Jeannette*. No encontraron nada. Quedaba claro que De Long, dondequiera que estuviese, no había tocado tierra allí. «Si hubiesen construido un hito en algún lugar llamativo, lo habríamos visto»^[587].

Cuando el *Corwin* se alejaba ya de la isla Herald y empezaba a tantear una ruta a través del laberinto de hielo en busca de aguas abiertas, un joven macho de oso polar nadó hasta la misma popa del barco. Hooper pensó que «olfateaba el aire como intentando descubrir, por su aroma, quién era aquel extraño visitante»^[588]. El capitán echó mano de un pesado fusil y apuntó. Quería carne fresca para las cocinas y una piel cálida y mullida para su camarote.

Muir mostró empatía por el oso, que, sorprendido por el barco, intentaba descubrir qué era aquel «gran monstruo negro y humeante» que había invadido su hogar. «Se trata de un animal noble de enorme fuerza, que vivía valientemente [...] entre los hielos eternos. Aquel ejemplar nada pudo hacer frente a la puntería de Hooper. Al final recibió una bala en el cogote y su sangre tiñó las aguas azules»^[589].

Durante las dos primeras semanas de agosto, el *Corwin* sondeó la banquisa, en busca de un camino hacia Wrangel. El pequeño navío, tal y como Rosse dijo, «embestía contra el hielo, en su intento de trazar un recorrido laberíntico, asediado por todos lados por grandes masas de hielo»^[590]. Parecía como si Wrangel estuviera jugando con ellos: la isla se escondía entre las nubes y aparecía de nuevo entre jirones de bruma, adoptando unas dimensiones inquietantes a causa de las distorsiones atmosféricas del Ártico. Hooper escribió que las montañas de Wrangel «parecían salir al encuentro, para luego desvanecerse y perderse de vista».

En un momento dado, la tripulación descubrió un trozo de madera sobre el hielo: se trataba de la verga de trinquete de un barco. «Aún traía enredados trozos de cabos —declaró Muir— y diríase que llevaba clavada en el hielo un invierno o dos»^[591]. Tras estudiarla, Hooper opinó que podría provenir de un ballenero, aunque no descartó la posibilidad de que perteneciese al *Jeannette*.

Por fin, el 12 de agosto, el *Corwin* encontró una prometedora abertura en el hielo y logró acercarse lo suficiente a la costa sudoriental de Wrangel como para botar una lancha. Hooper ordenó que disparasen una salva. El estruendo rebotó en la falda de la montaña y el eco confirmó que habían dado cuenta de su presencia «a cualquiera que se encontrase en las inmediaciones», en palabras de Muir^[592]. Según se acercaban a la isla en la lancha, Hooper y sus acompañantes se percataron de lo grande que era Wrangel, lo variado de su terreno y lo vasto de su montañoso interior. No es de extrañar que los marineros que, desde hacía décadas, vislumbraban la isla ocasionalmente, siempre de manera momentánea, creyeran que era un continente. Wrangel tiene 125 kilómetros de largo y estaba alfombrada en aquel momento de una tundra salpicada de coloridas flores árticas. El blanco invernal había dado paso a un efímero interludio de dorados y ocres veraniegos, con apenas unos pocos neveros visibles en las alturas.

Aunque solo veían una pequeña parte de sus 7600 kilómetros cuadrados, Hooper y sus hombres sabían que aquella isla estaba muy lejos de la isla Herald. Había algo especialmente hipnótico y poderoso de aquel paisaje prehistórico: «Esta naturaleza grandiosa y salvaje y su frescor intocado», como lo expresó Muir. Al estudiar la isla con sus binoculares, el naturalista descubrió «pequeñas cavidades de distintos tonos que salpicaban la superficie de la isla y hendiduras que hacían pensar en cauces de arroyuelos. [...] Contemplamos aquella extensión salvaje, que se extendía halagüeña ante nosotros y estábamos ansiosos por explorar: laderas y elevaciones redondeadas cubiertas de glaciares, montañas esculpidas en el hielo y anchos valles que discurrían hasta tocar el horizonte»^[593].

Desembarcaron en un arenal de grava negra que se extendía ante la boca de un ruidoso río. No lejos del esqueleto de una ballena boreal, algunos de los hombres izaron una improvisada bandera estadounidense en un mástil de madera de deriva y Hooper declaró Wrangel posesión estadounidense, rebautizándola Nueva Columbia.

Algunos de los hombres se dispersaron por la playa, mientras otros caminaron tierra adentro. A lo largo de la costa encontraron varios objetos: un trozo de una caja de galletas, la duela de un barril, un palo de un barco. Sin embargo, esos desperdicios y restos de naufragios estaban muy deteriorados y erosionados, como si hubieran llegado empujados por el hielo. Hooper y sus hombres no encontraron señales de que ningún tripulante del *Jeannette* hubiese pasado por allí. No había indicios, de hecho, de que ningún ser humano hubiese puesto el pie jamás en aquella isla.

«No debe de existir sobre la faz de la Tierra —reflexionaba Muir— ninguna otra tierra tan atrozmente solitaria». Ciertamente, si algún tripulante del *Jeannette* hubiera desembarcado en Wrangel, habría construido un hito junto a aquel río y habría dejado su huella sobre la delicada tundra. «De haber caminado alguna persona sobre este suelo en verano, cuando no hay nieve, su rastro sería legible durante años hasta para el observador menos versado»^[594].

Los hombres del *Corwin*, sin embargo, no encontraron nada.

No podía quedarse mucho más tiempo, pero Muir se había prendado de aquella isla. Claro está, ignoraba que De Long ya sabía que no se trataba de un continente. Fuera cual fuese su tamaño, Muir dedujo que aquel era un lugar primitivo en el que prosperaba la fauna, pero donde el ser humano no tendría futuro. (De hecho, Wrangel alberga tal abundancia de vida silvestre que los biólogos la apodarían más tarde la Galápagos del Norte. La isla da cobijo a la mayor población de morsas del Pacífico, así como a una de las mayores colonias de gansos blancos del planeta. La habitan asimismo búhos nivales, zorros árticos y un sinnúmero de *lemmings* y aves marinas. A diferencia de la Siberia continental, no hay en ella mosquitos).

Wrangel era un lugar especialmente apto para el oso polar, en opinión de Muir (que no se equivocaba, aún hoy es el mayor criadero de osos polares del mundo). «Encontramos osos por doquier a lo largo de la orilla helada —escribió—, y parecían orondos y fértiles, y muy acomodados, como si este paisaje les hubiera pertenecido siempre. Son los reyes sin rival de estos gélidos páramos. Esta Tierra de Wrangel podría muy bien llamarse Tierra del Oso Blanco»^[595].

En cierto modo, Wrangel era un lugar fuera del tiempo: la fauna y la flora que la poblaban provenían de muchos milenios atrás. Dado que la isla jamás quedó completamente cubierta de hielo durante las glaciaciones y tampoco inundada durante las épocas en que el hielo se retiraba, en sus valles interiores podía encontrarse una tundra única en el planeta, que no había cambiado desde el Pleistoceno.

Cuando los faraones construyeron las pirámides, en Wrangel corrían los mamuts lanudos: este fue el último lugar en que vivió esa especie; en concreto, una subespecie enana sobrevivió en ella hasta el 1700 a. C., seis mil años después de que ese mamífero desapareciera del resto del planeta. Sus largos colmillos curvados podían encontrarse en abundancia en la isla,

enterrados en la grava de las playas, en los cauces de los ríos o en lo hondo de los barrancos.

Sin embargo, Hooper y sus hombres no pudieron quedarse el tiempo suficiente como para encontrar ninguno de esos trofeos prehistóricos. La isla era demasiado grande para ser explorada en una sola jornada o siquiera en una semana. A regañadientes, Hooper reconoció que debía marcharse. El movimiento del hielo estaba cambiando y el *Corwin* corría peligro. El capitán disparó varias veces al aire para hacer regresar a los exploradores y, regresados estos, abordaron todos la lancha. En el camino de vuelta al barco, los embargó la emoción de haber descubierto una nueva tierra y haberla reclamado para su país. «No conocemos a ciencia cierta la extensión del nuevo territorio —escribió Muir—. [596] No es probable tampoco que seamos capaces de calcularla hasta dentro de muchos siglos o hasta que se produzca algún cambio considerable en el clima polar» [597].

Hooper había tirado la toalla en su búsqueda del *Jeannette*. Ordenó poner rumbo al estrecho de Bering y, más allá, a San Francisco, sin ser consciente de que si hubiera continuado navegando hacia el oeste, bordeando la banquisa a lo largo del litoral siberiano durante unas pocas semanas, se habría cruzado probablemente en el camino del barco desaparecido.

Una segunda tierra prometida

Casi a mil millas al noroeste de la isla Wrangel, el capitán De Long y sus hombres se lamían las heridas dentro de sus empapadas tiendas de campaña, sobre el casquete del mar de Siberia oriental, que se descongelaba a marchas forzadas. Era el Cuatro de Julio, día nacional estadounidense, y habían pasado veintidós días desde el hundimiento del *Jeannette* y dieciséis desde que echaran a andar sobre la banquisa.

Los hombres intentaron poner su mejor cara por el cumpleaños de su patria. Las banderas estadounidenses flameaban sobre las tiendas. De algún escondrijo apareció una botella de *brandy*. Lauterbach tocó la armónica, lo que arrancó aullidos a los perros, que se acurrucaban, al resguardo del viento, bajo las lanchas balleneras vueltas del revés. No podía disimularse, de todos modos, la baja moral. Se había desvanecido el delirio duro y feliz de las primeras semanas, y la cálida camaradería nacida en torno al esfuerzo común se erosionaba rápidamente. No se entonaban ya canciones de marinería.

Los hombres estaban exhaustos. Tenían la piel tirante y llena de habones, los labios agrietados, los rostros hinchados, las manos llenas de ampollas y costras. Todos y cada uno habían desarrollado alguna variante de fotoqueratitis y problemas tanto en los pies como en el estómago. Los expedicionarios eran un desfile de heridos y enfermos. Todos los huesos dolían, todos los tendones palpitaban, cada inspiración ardía.

El doctor Ambler había perdido la cuenta de torceduras, calambres, contusiones y espasmos musculares. Se le estaban terminando los analgésicos. Algunos hombres desarrollaron extrañas neuropatías por las que les hormigueaban pies y manos, y otros muchos sufrían congelaciones. A Danenhower se le inflamó de nuevo el ojo, problema especialmente preocupante para Ambler. El saturnismo de Chipp lo había dejado casi moribundo. Nauseabundas ampollas sanguinolentas cubrían los pies de Kaack. Alexey tenía una herida supurante en la pierna que no se acababa de curar, pese a que Ambler regularmente se la limpiaba con una solución de colodión y le cambiaba las vendas. Erichsen no dormía por las noches por un

terrible dolor de muelas y a Lauterbach lo aquejaban unos retortijones de tal calibre que, en palabras de De Long, «tenía cara de estar permanentemente velando un cadáver»^[598].

Algunos hombres sufrían convulsiones cada tanto. Otros parecían estar perdiendo la cordura. La sed y el hambre eran compañeros constantes. Las tiendas tenían agujeros. Las pieles apestaban. Las botas empapadas rezumaban agua helada a cada pisada. Una nueva oleada de desesperación, en fin, los zarandeaba a cada paso. La misión de tratar de alcanzar aguas abiertas parecía cada vez más inútil, pues las tres embarcaciones que arrastraban estaban tan destartadas («la madera estaba tan golpeada y agujereada que parecían cestos», juzgó Danenhower)^[599] que se dudaba que pudiesen flotar.

Los perros, por su lado, tenían tanta hambre que se comían sus arneses de cuero y estaban tan agitados que no respondían a las órdenes. «Sus correas se enredaban de tal manera que ponían a prueba la paciencia de todos, provocando los más soeces juramentos y blasfemias», explicaba Ambler^[600]. El hecho era que los perros estaban muriendo poco a poco de hambre. «Cada uno de los hombres tenía su animal favorito y compartía con él su ración de alimento —escribió Danenhower—. Pero no bastaba»^[601]. Muchos de los perros más hambrientos o enfermos sufrían ataques epilépticos y morían, lo que aumentaba el peso que los humanos debían transportar.

Muchos de los expedicionarios no podían ya arrastrar carga. Algunos ni siquiera podían caminar. Unos pocos no podían ni tenerse en pie. A estos, De Long los llamaba «los inútiles». Los campamentos eran, según la descripción de Melville, «un lugar que inspiraba compasión [...] una pila formada por andrajos, sacos y viejas barcas destrozadas»^[602].

Hasta ese momento, De Long se las había arreglado para mantener una notable disciplina entre las filas sin recurrir a la fuerza. De hecho, no había llamado la atención a nadie en toda la travesía. Aun así, en el aire se empezaban a mascar indicios de disidencia e incluso de motín. No obstante, nadie se creía mejor líder que De Long y tampoco nadie tenía mejores ideas sobre hacia dónde ir o qué hacer. Si la insatisfacción y el descontento general se hubieran extendido, habrían desembocado en una insurrección. Los pequeños defectos de carácter se magnificaban. Nimiedades eran juzgadas como crímenes. Los resentimientos parecían infantilizarlo y consumirlo todo.

De Long tenía dificultades principalmente con los dos científicos civiles. Newcomb se demostró incapaz de ayudar en nada: no hacía ningún tipo de trabajo, salvo lo que el doctor Ambler llamaba «gandulear de un lado al otro». Se pasaba los días en la retaguardia, mascullando impropiedades mojigatos

dirigidos a los oficiales. Melville encontraba que Newcomb no era «ni útil ni decorativo». El joven naturalista era el miembro más débil y frágil de toda la partida, pero también el más obstinado. A Ambler casi no le quedaba paciencia para tratar con él. «No ha aprendido aún a obedecer sin replicar — escribió el médico—. Si no desiste, terminará haciéndose daño»^[603].

Mientras tanto, la situación con Collins no había hecho sino deteriorarse. El odio que se profesaban el irlandés y De Long se había hecho tóxico. De Long mantenía a Collins en una especie de arresto domiciliario, aislado de los demás, temiendo quizá que tratase de poner en marcha un motín. El resto de oficiales parecía compartir el desdén por Collins. Aunque tenía bastante puntería, por lo demás era torpe e inepto, a menudo más un estorbo que una ayuda sobre el hielo. (Melville decía que se movía «pesadamente, como una vaca irlandesa»). En un momento dado De Long gritó a Collins malhumoradamente: «¡No quiero verlo a usted tocar nada, a menos que yo se lo mande!»^[604]. Al menos, en su solitaria infelicidad, Collins había dejado de hacer chistes y juegos de palabras.

Ante tal decadencia, De Long no hizo sino salpicar su diario con varias joyas del eufemismo. Contemplando un rompecabezas de hielos amontonados y agua derretida que llevaría semanas atravesar, predijo estoicamente: «Nos va a llevar un tiempo salir de aquí». Desorientado en la niebla durante casi una semana, De Long solo se permitió afirmar: «No estamos seguros de cuál es nuestra posición». Inmovilizado por una ventisca lacerante, garabateó que el tiempo de aquel día no era «en absoluto satisfactorio». Tras caer en una grieta y quedar hundido hasta el cuello en el agua gélida, De Long mencionó irónicamente que aquella jornada le había deparado «un tropiezo algo problemático».

Dejarse literalmente la piel para avanzar solo una milla o dos al día resultaba «bastante descorazonador», reconoció De Long. Sin embargo, el comandante parecía crecerse ante las dificultades. ¿De dónde venían su capacidad para resistir el dolor, su desprecio de cualquier tipo de apatía y su ética de trabajo, aparentemente forjada en acero? Era un masoquismo que, no obstante, se alimentaba de la esperanza. El comandante siempre era capaz de encontrar alguna rendija de luz.

Volviendo a su diario tras otro día de pesadilla, escribió: «Estoy cansado, aterido, mojado, hambriento, soñoliento, decepcionado y asqueado, pero mañana lo intentaré de nuevo»^[605].

Otros compartían esa misma determinación y visión de las cosas. Entre los marineros, sobresalían Nindemann, Louis Noros, Bartlett, Sweetman y

Erichsen. Eran fuertes como bueyes y parecían inmunes a la enfermedad. Siempre se mostraban dispuestos a ayudar y los guiaba una voluntad inquebrantable. Entre los oficiales, el puntal de De Long seguía siendo Melville. El ingeniero lo hacía todo bien.

No obstante, incluso contando con hombres así, De Long hubo de admitir que aquella travesía por la banquisa era una misión imposible, desde los puntos de vista físico, mental y espiritual. «No hay trabajo en el mundo más duro que arrastrar esta carga —escribió—. Arrastrar, arrastrar. Los resbalones y los tirones, la presión repentina de los arneses sobre el pecho... Es terrorífico someterse a esta prueba diaria. Picar el hielo, duro como pedernal, deja todos los huesos doloridos. Los hombres no pueden hacer esto [...] durante diez horas y media al día sin caer exhaustos»^[606].

Ambler fue más allá e imaginó que «nunca nadie ha hecho un esfuerzo como este y no se volverá a hacer jamás». Recordando sus días como prisionero de guerra durante la guerra de Secesión, añadió: «Vi a mucha gente pasarlo realmente mal, y jamás conocí a hombres como estos. Llevamos en marcha cuarenta días, atravesando todo tipo de [...] dificultades, sin un lamento. Hoy, tras diecinueve horas de trabajo, se muestran alegres y sonrientes»^[607].

De Long no podía sino estar de acuerdo con Ambler, pero el comandante veía también que el buen ánimo de sus hombres flaqueaba. Las reservas de *pemmican* empezaban a agotarse y llevaban tiempo sin cruzarse con un solo animal. Las aguas abiertas no se vislumbraban por ningún lado: el laberinto móvil de escombros helados parecía extenderse para siempre, y no había referencias geográficas en el horizonte que sirvieran como meta para el esfuerzo colectivo. La costa central siberiana estaba a más de quinientas millas aún. El tiempo se agotaba y De Long lo sabía: el breve verano ártico tocaría pronto a su fin y quedarían atrapados en el hielo invernal.

Entonces, al menos, podrían entender el terreno que pisaban. El suelo se congelaría por completo bajo sus pies y formaría una superficie fiable, con la que los pies pudieran interactuar. Aquel hielo medio derretido era inconsistente e impredecible. Todas sus características —color, textura, solidez, expansividad, estructura cristalina, resistencia, capacidad para absorber o reflejar la luz— parecían variar constantemente.

Era lo que Petermann había llamado el mar Paleocrístico, producto de milenios y milenios de congelación y descongelación del agua marina. Se

podría observar y estudiar durante horas sin detectar patrón coherente alguno. Las agujas de hielo daban paso a charcas, pozos de agua granizada, gruesas crestas de nieve acumulada por el viento, grandes fragmentos de hielo nuevo que se agolpaba en capas, pequeñas albuferas de aguas abiertas, espacios sembrados de fragmentos y esquirlas de hielo que parecían los restos de una batalla, espectrales esculturas de azulado hielo antiguo o esas llanuras cubiertas de nieve de textura ondulada y azotada por el viento que los rusos llaman *sastrugi*. La banquisa seguía una lógica inescrutable. Las fuerzas de repulsión y atracción que la regían eran ejemplo vivo de lo azaroso.

Los hombres continuaron su camino trastabillando de charco en charco, buscando algún tipo de indicio útil o pauta predecible, alguna guía que les permitiera fijar el pensamiento. Pero parecía imposible. Ese paisaje a caballo entre el hielo y el agua era el corolario ártico del número pi: una secuencia que jamás se repetía ni daba pistas sobre su naturaleza. El hielo parecía dar misteriosas vueltas de tuerca en cada recoveco, cada formación delicada y cada arquitectura, cada vía de agua titubeante, cada cresta de presión y cada elevación del terreno, cada grieta forrada de lo que parecían panales de cristal.

Al principio, De Long se esforzaba en sus notas por encontrar el vocabulario que caracterizase aquella exasperante vastedad helada. Página tras página, intentó variar las descripciones. «Tal embrollo, tan salpicado de agujeros», dice en un momento. Hablaba de «feas aberturas en el hielo», de campos de hielo «horriblemente fragmentados e inhóspitos», de «hielo que parece alabastro», de «canales abiertos que serpentean hasta convertirse en estrechos capilares, los cuales terminan resquebrajando el hielo amontonado». Por fin, cansado al parecer de las descripciones, optó por recurrir a una palabra multiusos en inglés: *mess*. A ella le sumaba calificativos como «pavoroso», «putrefacto», «horrible», «confuso», «disperso», «cambiante»...

Otro de los problemas que planteaba aquella agua sólida, tan llevada y traída por el océano, era que resultaba prácticamente imposible encontrar la que pudiera beberse. De Long había dado instrucciones a un par de hombres para que extrajeran hielo solo de las elevaciones más altas, y que no escarbaran más de un par de centímetros. El agua obtenida solía tener buen sabor, aunque el doctor Ambler, mediante una prueba con nitrato de plata, demostró que su salinidad seguía siendo alarmantemente elevada. La conclusión era obvia: la sal permeaba aquel mundo gélido hasta en los lugares más superficiales. Llevaban más de un mes bebiendo casi salmuera sin saberlo, añadiendo aún más sal al *pemmican*, ya salado de por sí. De Long pudo tachar otro ítem más en la larga nómina de las ideas peligrosamente

equivocadas de August Petermann: la de que el casquete polar era una fuente ilimitada de agua dulce. «Hemos refutado esa hipótesis hasta la saciedad», expresó De Long^[608].

No había manera de comprobar si aquella ingesta continuada de agua salada había producido o exacerbado los problemas de salud de los expedicionarios. A De Long le preocupaba especialmente el escorbuto, que muchos relacionaban en la época con el consumo excesivo de sal, así que ordenó incrementar la ración de zumo de lima. El capitán sabía, de todos modos, que no podrían continuar así mucho tiempo. Tenían que encontrar agua dulce.

Aquel Día de la Independencia los hombres trataron de disfrutar. Todo el mundo se quitó los astillados anteojos de vidrio ahumado y dejó de lado su mayor y más inmediata preocupación: atravesar el hielo. De Long, solo en su tienda de oficial, había caído, sin embargo, en un poco habitual marasmo. Lo asaltaban recuerdos agridulces de tres años atrás. «Nuestras banderas ondeaban a modo de celebración, pero para mí es un día muy triste —escribió—. Hoy, hace tres años, el *Jeannette* fue bautizado en el puerto de El Havre. Se dijeron en esa ocasión muchas cosas agradables y se forjaron grandes expectativas, todas las cuales se han ido a pique con el barco. No pensé que tres años más tarde quedaríamos huérfanos sobre el hielo. A nuestros seres queridos, de vuelta en el hogar, solo podremos contarles la historia de un barco perdido»^[609].

Aquel maravilloso día, en El Havre, con Emma a su lado, Bennett había dicho que enviaría a Stanley al Ártico en caso de que el *Jeannette* se topara con algún problema. Siendo realista, De Long entendía que estaban muy lejos de poder ser rescatados por nadie. Bennett no podía ayudarlos; nadie podía ayudarlos en el país entero, que ese día, cuando allá saliera el sol, celebraría su centésimo quinto aniversario. Las barras y estrellas que restallaban agitadas por el viento sobre las tiendas parecían reírse de De Long, pues simbolizaban a un tiempo la incapacidad de su patria por ayudarlo y su propia soledad irredimible. Nadie los salvaría si no se salvaban ellos mismos.

La responsabilidad de tener a su cargo las vidas de tantos hombres empezaba a pesarle. «Mi deber hacia mis subordinados es llevarlos de vuelta sanos y salvos. Debo dedicar toda mi energía física e intelectual a ese fin», escribiría ese mismo día. Debía «mirar a los ojos al infortunio y [...] aprender la moraleja»^[610].

Ocho días después, el 12 de julio, la suerte de De Long pareció cambiar de signo. A primera hora de la mañana algo parpadeó en el horizonte. Dunbar, como de costumbre, fue el primero en darse cuenta. Se había adelantado a los demás, plantando las banderolas negras sobre la nieve. Por un segundo, en el horizonte meridional, se abrió entre las nubes un resquicio a través del que juró haber vislumbrado una isla de grandes dimensiones, luminosa y erizada de montañas. En ese momento, igual de abruptamente, las nubes se cerraron, y Dunbar se preguntó si aquella visión había sido real.

Poco después, tras la cena, las nubes se abrieron de nuevo y en esa ocasión casi todo el mundo vio algo. «Apareció ante nosotros una imagen clara», escribió Melville^[611]. Se elevaron entre los hombres gritos espontáneos de júbilo. Danenhower habló de «una isla cubierta de nieve, con el perfil del lomo de una ballena», aunque «muy distorsionada por los efectos ópticos atmosféricos», hasta el punto de que «muchos creían que allí no había nada». De Long se mostró extremadamente escéptico. «Hemos divisado algo que ciertamente parecía tierra —concedió—. Pero la niebla a veces adopta formas tan engañosas que nunca se puede estar seguro de nada».

Aun así, el capitán no pudo contener la curiosidad y sacó las cartas de Petermann para estudiar la irregular topografía de las islas de Nueva Siberia. Según sus cálculos, la isla más cercana a su posición en ese momento —rotulada en el mapa como *ostrov Faddeyevsky*— se encontraba a más de 120 millas al suroeste, demasiado lejos. Lo que habían visto no podía ser esa isla. «No puedo creer que lo que hoy hemos visto sea tierra», concluyó, desechando el avistamiento como mero espejismo.

Sin embargo, al día siguiente los hombres volvieron a ver la isla. En esta ocasión, no quedó ningún género de dudas, pues se distinguían perfectamente varios detalles. «El sol se reflejaba claramente en la parte sur de la masa de tierra —escribió Melville—, y la isla se distinguía muy bien: los picos azulados de sus elevadas montañas, las extensiones de hielo y agua a sus pies y una nube blanquecina y centelleante que flotaba perezosamente por encima». Era «la escena perfecta», dijo el ingeniero. «Nos infundió nuevas esperanzas», como una «segunda Tierra Prometida»^[612].

De Long modificó el rumbo en dirección a la isla, que, en efecto, debía de ser Fadéyevski. A partir de entonces, los ánimos cambiaron. Aquella tierra firme quería decir comida, agua dulce, madera de deriva y, por fin, la posibilidad de ser rescatados. Ofrecía un punto fijo, además, sobre el que verter el ímpetu y las esperanzas. La isla estaba a mucha distancia, pero tuvo

un efecto electrizante. Todo el mundo reaccionó con entusiasmo a la nítida llamada al trabajo de Nindemann. Dijo Melville: «Todos los hombres se convirtieron en auténticos héroes»^[613].

Conforme se fueron acercando a la isla, empezó a aparecer fauna. Los cielos se poblaron de araos, gaviotas de Ross, alcas, cormoranes pelágicos y otras aves. En el hielo, más adelante, se vislumbraron los contornos oscuros de algunos mamíferos marinos. El 14 de julio, con la autorización de De Long, Collins se adelantó pertrechado de un rifle para intentar cazar algo. Una hora después regresó con una foca. Los hombres estaban tan hambrientos de carne fresca que De Long pasó por alto el hábito de colgar primero el cadáver, hasta que se disipara el calor corporal. Sin dilación, descuartizaron el animal, extrajeron el sebo y la espina dorsal y cortaron la carne aún tibia en pequeños trozos que hirvieron en un caldo hecho con extracto de ternera.

El sabor los extasió. «Fue un festín que recordaré durante mucho tiempo —afirmó De Long—. Nos sentíamos como si hubiéramos cenado en Delmonico's»^[614]. Ambler no se mostró tan convencido. A él le supo «muy bien» en un principio y comió «una buena ración, aunque al final no disfruté tanto de esa carne»^[615]. Después convirtieron el sebo en grasa, con la que impermeabilizaron de nuevo botas y tiendas.

Unos días después, Collins y Ambler salieron de caza juntos y se cobraron una pieza aún mayor: una morsa. Collins disparó primero al animal mientras nadaba, acertándole cerca del ojo. «La morsa cayó —relató De Long— y pensaron que había muerto». Sin embargo, momentos después, la escucharon emitir un áspero bufido y la vieron expeler un géiser de sangre. Ambler se encargó de rematarla, disparándole cinco veces en el cráneo. Dunbar, que también los acompañaba, se apresuró a cortar con su cuchillo una abertura en una de las aletas y ató con un cabo al animal, que ya empezaba a hundirse en la nieve semiderretida.

Entre varios arrastraron a la morsa hasta el campamento. Se trataba de un joven macho de unos 700 kilogramos. De Long quedó entusiasmado por la próspera captura. «Las partes más selectas, a saber, los solomillos, las chuletas, los sesos, el corazón, el hígado y las aletas darán para tres comidas copiosas para toda la compañía, y los perros podrían comer durante toda la jornada si quisieran»^[616]. Cuando despedazaron al animal, encontraron en su estómago gambas, anémonas, pepinos de mar y varios eperlanos. Aprovecharían todas y cada una de las partes del cadáver: la piel se cortaría en trozos para reemplazar las suelas de las botas, el sebo se transformaría en grasa para cocinar, los huesos servirían como piezas de repuesto para los

maltratados trineos, y los colmillos serían entregados como trofeo a los tiradores, Collins y Ambler (que terminarían usándolos como pico). De Long juzgó «excelente» el estofado, aunque «no tan bueno como el de foca, pues la carne de morsa es más recia y tiene un sabor más fuerte»^[617]. Newcomb opinó que la piel «no era muy distinta a las manitas de cerdo; creo que con vinagre estaría muy rica»^[618].

Cuatro días más tarde, la despensa seguiría llenándose. El 24 de julio avistaron un joven oso polar. Tenía el pelaje tizado de marrón probablemente debido a incursiones en tierra firme. Alexey y Aneguin siguieron al animal durante un rato y le dispararon dos veces desde lejos, pero fallaron. Unas horas más tarde, Carl Görtz volvió a verlo. El animal se había acercado a unos 400 metros del campamento, atraído aparentemente por el aroma de la carne de morsa cocinándose. «Görtz se arrastró por el hielo hasta acercársele a unas cien yardas —apuntó De Long— y le metió en el cuerpo dos balas, con excelente resultado»^[619].

Las comidas que prepararon con la carne del oso superaron incluso los dos festines anteriores. Sirviéndose de las latas de *pemmican* como plancha, hicieron filetes y chuletas. Como relata Melville: «Asamos las zarpas y estofamos las faldas, usando su propio sebo como combustible»^[620]. Dos días después, el cadáver había desaparecido. De un par de sentadas, se habían comido un oso de más de 200 kilos.

El efecto que tuvo toda esa carne fresca fue espectacular. Regresaron las risas. Los hombres se mostraron más dispuestos a charlar y comentar la situación y creció su resistencia física. Todos los enfermos, incluido Chipp, fueron dados de alta. Mientras marchaban en dirección a la isla, las canciones de marinería volvieron a resonar en el aire.

Durante unos días, la masa de tierra desapareció tras una niebla espesa y lechosa. La cada vez mayor presencia de animales parecía confirmar que se acercaban, pero no estaban seguros del todo. Un día, si bien la isla no se vio, el cielo se despejó durante un buen rato y el comandante pudo calcular con exactitud la posición. Las noticias eran tan increíblemente positivas que ordenó a Melville que informase al resto del grupo mientras él recogía sus instrumentos.

«¡Muchachos! —llamó el ingeniero con su voz más potente—. El comandante afirma que la semana pasada recorrimos veintiuna millas y ahora tenemos, además, la corriente a favor»^[621]. El hielo se había ralentizado en su

marcha hacia el norte y sus avances hacia el sur dejaban de ser inútiles. Por fin hacían progresos reales.

Se elevó un vigoroso grito de alegría entre los hombres, que retomaron la marcha con lo que Melville calificó como «vigor renovado», tratando de dilucidar el mejor camino entre la niebla.

Fue en esos momentos alegres pero inciertos cuando el doctor Ambler se topó con una mariposa que revoloteaba sobre los témpanos. Fue un encuentro tan hermoso e inverosímil que los hombres no podían sino sonreír admirados. Una mariposa: llevaban más de dos años sin ver ninguna criatura voladora de ese tipo. Obviamente, la banquisa no podía ser su hogar, sino que «la habrían empujado desde tierra los vientos», aventuró De Long. Una tierra que debía estar muy cerca y que debía también ofrecer cierta calidez y estabilidad para que en ella pudiese desarrollarse una forma de vida tan poco habitual en esa latitud.

Avanzaban penosamente hacia la isla, y uno de los hombres volvió a ser dado de baja: Danenhower, cuyo ojo sifilítico no dejaba de empeorar. El doctor Ambler tenía que dedicarle cada vez más atención al problema. El médico garabateó en sus notas que el ojo de Danenhower estaba «inflamado, hinchado y enrojecido». Probablemente necesitaría cirugía de nuevo, pero la mayoría de instrumentos necesarios se habían perdido con el barco. No podía sino tratarlo con quinina y ungüentos antiinflamatorios y drenarlo de cuando en cuando. Pero el ojo no mejoraba.

Agravaba aún más la condición de Danenhower el que no admitiese su problemático estado de salud. Realmente creía que no le ocurría nada grave. Sin embargo, durante la caminata no dejaba de caer en grietas y de tropezar con el mínimo obstáculo. Tenía el ojo malo vendado y el otro medio cegado por las gafas de nieve. Probablemente, la enfermedad hubiera afectado a su sistema nervioso y a su equilibrio. El piloto se había convertido, según Ambler, «en un lastre». El orgullo de Danenhower y su deseo de no fallar a sus compañeros le impedían reconocerlo. Insistía en que podía arrastrar carga y que, de hecho, era uno de los hombres más fuertes de la expedición.

Tras unos días de enfrentamientos entre el doctor Ambler y Danenhower, De Long se vio obligado a intervenir. Hizo llamar al piloto a su tienda. «No ve —dijo De Long—. Es obvio. Se tropieza continuamente».

Danenhower protestó y replicó que, al contrario, estaba fuerte y sano y veía lo mismo que todos los demás.

De Long le interrumpió: «Danenhower, es usted una carga. No hará sino entorpecer cualquier tarea en la que pretenda ayudar».

El piloto preguntó qué quería hacer con él.

«Me niego a asignarle ninguna tarea mientras el doctor Ambler no le dé el alta. Por ahora, deberá montar en el trineo de enfermos».

Danenhower trató de quejarse de nuevo, pero De Long se lo impidió con un: «Puede retirarse».

Danenhower salió de la tienda devastado y comido por el resentimiento. Se presentó de nuevo ante Ambler y se tumbó sobre el trineo de enfermos, para ser transportado por sus compañeros, como transportaban el *pemmican*. El doctor miró a Danenhower disgustado. Recordó que en Washington, tiempo atrás, había recomendado encarecidamente al comandante que no enrolase a aquel piloto en la expedición. Esperaba que su paciente de sífilis «sufriera una gran mortificación» por haber decidido ir al Ártico cuando sabía perfectamente «que estaba enfermo y podía resultar en baja». Danenhower, perversamente obstinado, «lo había ocultado hasta donde fue capaz»^[622].

Su ocultación ponía en peligro su vida y la de todos los compañeros. En palabras de Ambler: «No creo que ningún hombre haya tenido que [...] sufrir a un paciente como este». Sin embargo, Ambler no tardó en verse absorbido por otros pensamientos. Muy lejos de allí, en Virginia, su prometida estaría celebrando su cumpleaños. Escribió en su diario: «Mi damita [...] debe de haber cumplido veintiún años. Lo pasamos muy bien juntos en esta fecha, hace tres años». Sentado a solas, durante la cena, Ambler «bebió a su salud con lo más elegante que tenía a mano, una taza de latón con té»^[623].

Los hombres avanzaban a trancas y barrancas a través de la niebla. En varias ocasiones, las nubes se apartaron y dejaron ver la isla, pero las refracciones eran tan extrañas y caprichosas que resultaba imposible calcular cuán lejos estaba o las condiciones del hielo que los separaba de ella. De Long estudiaba los caleidoscópicos cambios con sus binoculares. «Cuando más observo, más me confunde», admitió. Ambler, por su parte, apuntó en su diario: «La isla parece alejarse conforme avanzamos hacia ella»^[624]. Primero parecía estar rodeada de banquisa; pero al instante daba la impresión de elevarse sobre las olas. Luego, de repente, desaparecía, para volver a aparecer de nuevo al poco. «Estuve sentado durante una hora estudiando el terreno, observando cada cambio. He quedado atónito», relató el comandante^[625].

Igualmente irresoluble le pareció a De Long la pregunta de cuál de las islas de Nueva Siberia era aquella hacia la que marchaban. Volvió a desenrollar las cartas náuticas y determinó que debía de ser una de las Liájovski (las islas Gran Liájovski y Pequeña Liájovski eran las más meridionales del archipiélago de Nueva Siberia). De ser así, sus cartas erraban en más de cien millas. Cavilando sobre aquel dilema, De Long se dio cuenta de que no había tenido en cuenta otra posibilidad: quizá aquella no fuese, a fin de cuentas, una de las islas de Nueva Siberia. Quizá fuera otra isla desconocida, como Henrietta, jamás vista por el hombre ni cartografiada. «Tengo la esperanza —escribió el comandante en un acceso de emoción— de que hayamos hecho otro descubrimiento»^[626].

La niebla se espesó y los hombres perdieron otra vez de vista la isla, durante varios días. Sabían, no obstante, que se estaban acercando, porque oían el imposible crujir del hielo frotándose contra las orillas, así como el graznido de lo que parecían millones de aves. A menudo divisaban pájaros solitarios sobrevolándolos con alguna captura en el pico.

El 28 de julio, el sol resplandeció entre las nubes y, de repente, la isla apareció como por arte de magia, dibujada con todo detalle ante ellos. Estaba a menos de una milla de distancia. Su punto más alto parecía elevarse varios centenares de metros sobre el mar moteado de pozos de agua derretida. La isla, considerablemente mayor que Henrietta o Jeannette, estaba cubierta por gigantescos glaciares. Sus cabos parecían alfombrados de musgo y en varios lugares se apreciaban escarpados acantilados manchados de guano. Melville distinguió «masas perpendiculares de roca basáltica negra, parcheada aquí y allí de líquen rojo, y ensuciada por eones de podredumbre vegetal». Por doquier sobre la isla aparecían «rocas gigantes partidas y pulverizadas por la acción del tiempo»^[627].

Los hombres se quitaron las gafas ahumadas, soltaron los cabos de arrastre y tragaron saliva. Newcomb describió la isla como «una tierra de torrentes atronadores, glaciares, inaccesibles formaciones rocosas de gran intrincación y riscos de grandiosidad indescriptible»^[628]. Las aves formaban bandadas de miles de ejemplares y volaban «tan apretadas unas contra otras que oscurecían el sol». Bajo el ensordecedor griterío de los araos y las gaviotas, de las variedades común y tridáctila, se distinguía otro sonido, un tono grave y continuado, que Newcomb describió como «un zumbido como el que produciría un gigantesco enjambre de abejas»^[629]. Era el mismo piar de los pájaros, unido a los gorjeos y arrullos que emitían al acicalarse, cortejarse

y darse calor unos a otros en sus miles de nidos y lugares de descanso. El mismo sonido de la vida.

Los hombres quedaron deslumbrados por el espectáculo. Algunos no pudieron contener las lágrimas. Jamás habían visto ni oído tantísimos seres vivos amontonados en un mismo lugar.

Por muy cerca que estuviera, De Long sabía que llegar hasta la isla sería una pesadilla. El hielo que los separaba de la orilla era un amenazante caos, «confuso e inquietante», sembrado de tantos obstáculos que, en su opinión, «haría desistir hasta a un goliath»^[630]. Ambler predijo que «a todos les esperaban nuevos sufrimientos»^[631]. Sin embargo, los expedicionarios se sentían tan motivados tras ver la isla de cerca, que De Long decidió aprovechar esas energías renovadas y propuso un último esfuerzo.

Cuando por fin plantaron el pie sobre el rocoso litoral, el 29 de julio, De Long reunió a sus hombres, ateridos, empapados y destrozados de cansancio. Casi tuvo que gritar para hacerse oír sobre el agudo estruendo de los pájaros: «Esta tierra a la que tanto esfuerzo nos ha costado llegar era desconocida hasta ahora. Tomo posesión de ella en el nombre del presidente de los Estados Unidos de América»^[632].

Tres vítores reverberaron entre los acantilados y, entonces, los hombres se dispersaron por la isla para tratar de encontrar madera de deriva con la que encender una hoguera. «Todo el mundo está extenuado —explicó De Long—. Habría sido imposible ir más lejos». Pese a la indescriptible fatiga, se deleitaron con la sensación de tener tierra firme bajo los pies. Excepción hecha de Melville y el pequeño grupo que visitó isla Henrietta, los hombres del *Jeannette* llevaban 697 días sin caminar sobre tierra seca. El doctor Ambler se regocijó por la sutil sensación de lo que él describió como una «renovación de las conexiones eléctricas entre mi cuerpo y la tierra»^[633].

Muy pronto el fuego crepitó sobre la pedregosa playa. Las banderas estadounidenses flamearon sobre el orgulloso campamento de De Long. Esa vez, pensó, no parecían estar burlándose de él.

Ocho preciosos días

Al principio, los oídos no fueron capaces siquiera de registrar el sonido. Era algo parecido a una vibración muy grave, proveniente de lo más profundo de la Tierra. La mayoría de los hombres roncaban metidos en sus sacos de piel de foca y estaban demasiado cansados como para darse cuenta siquiera. Pero entonces, el suelo «se agitó y tembló», según Melville, «con el rugido de un trueno lejano»^[634]. Aquel estruendo ganaba intensidad y se aplacaba, irregularmente, haciendo que los pájaros emprendieran el vuelo desde sus lugares de descanso en el acantilado. Dentro de las tiendas, algunos ojos se abrieron repentinamente; los rostros contorsionados por la sorpresa pero aún confundidos por el sueño. Era un ruido y una sensación que ninguno de ellos había experimentado nunca. Muchos afirmaron que se trataba de un terremoto.

De Long y sus hombres salieron de las tiendas trastabillando y elevaron incrédulos la mirada a través de la tamizada luz del alba ártica. Se estaba produciendo un desprendimiento de tierras en las pedregosas laderas cercanas, a más de 300 metros de altura, justo sobre el lugar donde se encontraba el campamento. La roca derrumbada «se acercaba a nosotros con velocidad espantosa», describió Melville^[635].

Por suerte, la expedición había acampado sobre una barra de grava que estaba separada de la ladera por una estrecha lengua de mar. Las rocas cayeron violentamente sobre el agua y se apilaron con estruendo, «levantando olas y haciendo saltar la espuma hasta quince metros de altura», observó el ingeniero. De haber acampado al otro lado de la lengua de agua, «estaríamos ahora mismo enterrados bajo una montaña de piedras»^[636].

Una nube de polvo y tierra en suspensión se posó sobre el campamento y obligó a los hombres a retirarse mientras cobraban conciencia de su buena fortuna. ¿Estaba la isla tratando de decirles algo? Era como si aquel prístino trozo de tierra ártica, jamás hollado por el hombre, objetara de la presencia de los expedicionarios y lo quisiera expresar de la forma más contundente posible. La avalancha depositó «una cantidad fenomenal de roca

fragmentada», según escribió De Long, quien, extrañamente, parecía poco impresionado por la cercanía de la catástrofe. Tras los sufrimientos pasados, escribió, se sentían «listos para lo que sea». «Casi nada nos sorprende ya»^[637].

A De Long hubo algo que sí le llamó la atención: la isla en la que habían desembarcado era un buen pedazo de tierra. La primera mañana, la del 30 de julio, envió varias partidas de reconocimiento en todas las direcciones, todas las cuales trajeron de vuelta noticias extraordinarias. Habían encontrado cabos, mesetas, conos volcánicos, varios glaciares y numerosos afloramientos rocosos sembrados de carbón. Recogieron un par de astas de reno, ópalos, amatista y lava basáltica, así como huesos de distintos mamíferos marinos. Dieron asimismo con rastros de osos, zorros, liebres y perdices. La isla se extendía por muchas millas y era demasiado grande para ser explorada en un día o dos.

De Long, apreciando la magnitud de su descubrimiento, decidió bautizarla isla Bennett. Por lo que a él respectaba, aquella isla pasaba a formar parte del territorio estadounidense. «Añadí esta isla Bennett a suelo norteamericano»^[638], escribió, para a continuación dar al gran promontorio a cuyos pies habían acampado el nombre de cabo Emma.

Ostrov Bennetta, tal y como la rotulan los mapas rusos contemporáneos, tiene un área de unos 190 kilómetros cuadrados y es, de lejos, la más grande de las islas del archipiélago inhabitado conocido como islas De Long. (En contraste, la isla Henrietta se extiende apenas siete kilómetros cuadrados). La isla Bennett alcanza en su máxima altura 426 metros sobre el nivel del mar y, aunque pedregosa y desarbolada, gran parte está cubierta de tundra y de la vegetación que se le asocia (líquenes, musgos, juncos y otras plantas de los prados). La isla surgió en el Pleistoceno tardío: era una montaña en el puente de Beringia, que conectaba Siberia y América del Norte y hoy es el lecho oceánico.

Durante su estancia en la isla Bennett, el comandante De Long se debatió entre dos impulsos enfrentados. Por un lado, quería explorar y cartografiar la isla: en efecto, aquel era el primer descubrimiento geográfico importante de la expedición. Por otro lado, sabía que estaban compitiendo contra el reloj ártico. Su supervivencia y la de sus hombres obligaban a seguir avanzando rápidamente hacia el sur. No obstante, antes debían recobrar las fuerzas, reparar las embarcaciones y prepararse en general para el esfuerzo que les restaba. De Long no sabía cómo resolver esa delicada trigonometría: descansar, explorar, seguir avanzando. Sabía que, decidiera lo que decidiese,

el destino de sus hombres seguiría pendiendo de un hilo. «Quedarnos aquí mucho tiempo —reconocía— sería algo muy importante para nosotros»^[639]. No podía dejar de lado el hecho de que aquella isla era un oasis, aunque desierto, y tenía vida, por tenue que fuese. Sin embargo, quedarse en aquel pedazo de roca demasiado tiempo significaría una muerte segura.

Melville urgió a De Long a que le permitiese explorar la isla. «Cualquier persona con instinto viril o heroico —escribió— se daría cuenta del valor de esta exploración [...] solo los débiles, timoratos o excesivamente prudentes la evitarían»^[640].

Al final, pasaron ocho preciosos días en la isla Bennett. Ese fue, en muchos sentidos, un idilio, «un breve receso de nuestra ardua labor», como expresó Melville. Bebían agua dulce de los arroyos que bajaban de la montaña, directamente de los glaciares. Calentaron agua en el fuego y se dieron el primer baño en meses. No pasaron frío gracias a la gran cantidad de madera de deriva dispersa por las playas, a menudo apilada en montones que a De Long le parecían «muelles caídos de madera podrida»^[641]. Nacían de la tundra pedregosa hermosas flores árticas, así como una variante comestible de coclearia o «hierba del escorbuto», como De Long la llamó, que dio un toque de verdor a la dieta de los expedicionarios.

Y en ningún momento faltaba la carne. Había aves marinas por doquier, tantas que oscurecían el cielo, y sus nidos rebosaban de huevos. De Long enviaba partidas de hombres a los acantilados, que traían pájaros a decenas. La mayoría de los pájaros eran tan confiados que bastaba con acercarse a ellos y golpearlos con una piedra. Su carne era correosa, pero hecha a la plancha con grasa de oso tenía mucho éxito. Melville adoraba los «ricos estofados de carne de gaviota, colimbo, arao y demás aves marinas», y De Long aseguró en sus escritos que «jamás había probado cosa tan exquisita».

Otros encontraban que la carne de los pájaros era demasiado pesada. «Causaba el mismo efecto en el estómago que la carne de ternera joven —contaba Danenhower—, y casi todo el mundo se sintió indispuerto en alguna ocasión, incluido el médico»^[642]. El propio Ambler dijo sucintamente: «Dieta de aves. Las viejas están duras y las jóvenes, tiernas»^[643]. Newcomb, amante de los pájaros, se limitó a decir que aquellas criaturas aladas eran «aceptables» como alimento. No obstante, cuando se les añadía una generosa guarnición de ensalada de coclearia, los sustanciosos estofados bajaban más fácilmente.

De Long se daba cuenta de que haberse topado con aquella isla había sido casi un milagro, un golpe de suerte llegado justo cuando pensaba que sus

hombres no podrían dar un paso más. Ahora, con cada día transcurrido, veía cómo se reavivaban los ánimos y, de nuevo, a sus hombres les chispeaban los ojos. «Se diría que la Providencia nos marca el rumbo —escribió—. Hay mucho por lo que sentirse agradecido. Todos tenemos una salud excelente, pese al enorme esfuerzo realizado; es maravilloso disfrutar de este apetito a la hora de comer, y dormimos a pierna suelta».

Otra de las razones que hacían de la isla Bennett un refugio muy bienvenido por De Long era que el comandante no se sentía ya obligado a mantener tanto rigor disciplinario. Dijo a Chipp que diera «a todos los hombres las mismas libertades de que disfrutarían sobre suelo estadounidense»^[644]. Durante los ocho días que pasaron en la isla, De Long encargó a sus subordinados tareas más llevaderas, como estudiar las mareas y recoger especímenes animales y muestras de la geología de la isla. Por lo demás, intentó que todo el mundo se sintiera como de permiso en algún puerto. Al comandante le pareció fundamental para mantener la moral y cordura de todo el mundo, incluido él mismo. Todos necesitaban un respiro.

Collins pudo socializar con el grupo de nuevo y se le dio libertad para moverse por la isla a su antojo, siempre que llevase consigo su cuaderno e hiciese bosquejos topográficos. También Danenhower disfrutó de libertad de movimientos, con dos advertencias: que no se quitase la venda del ojo y que no se pusiera en peligro tratando de ascender las inestables laderas que rodeaban el campamento. Newcomb volvió a realizar las tareas para las que había sido enrolado: él era, después de todo, el naturalista de la expedición, experto en ornitología, y estaban en una isla salvaje e inexplorada atestada de pájaros, muchos de ellos pertenecientes a especies raras o poco conocidas.

Cada mañana, Newcomb agarraba su cuaderno y su escopeta y salía «de excursión», como él lo llamaba, durante todo el día y normalmente en soledad. Por fin había llegado a su paraíso particular. Ante él tenía el motivo por el que se había enrolado en aquella expedición: era la primera vez que se le pedía hacer uso de sus conocimientos de manera directa.

Un día, ascendió por un valle flanqueado por agujas de roca «que parecían elevarse como un castillo antiguo». Se sintió a la vez entusiasmado e intimidado por ser el primer ser humano que caminaba entre aquellas antiguas formaciones. «Probablemente, yo sea el primer hombre que pone el pie en este lugar —escribió—. Contemplando el paisaje, esperaba casi que algún

gigantesco caballero apareciese tras una roca y me preguntase cómo y con qué derecho me atrevía a invadir sus dominios»^[645].

Otro día, Newcomb escaló unos 400 metros de «piedras muy fragmentadas y traicioneras», con el fin de observar de cerca una colonia de araos. Newcomb podía pasar días enteros junto a las aves. Las observaba cautivado, sentado en una repisa elevada, cubierta de líquenes rojos y manchada de excrementos. «Envidio bastante a esas hermosas criaturas y su acogedor hogar», afirmó. Los araos «se posan en largas filas, como ciudadanos en una asamblea municipal, y hacen mucho ruido. Sus graznidos reverberan entre los riscos». Aquel era «el mayor criadero de aves» que había visto en su vida, de cualquier especie de pájaro^[646].

Descendiendo la pronunciada ladera, Newcomb tuvo que utilizar la vaina de su cuchillo a modo de piolet para evitar caer a una muerte segura. De repente, escuchó a alguien que le gritaba desde abajo: «¡Señor, cuidado!». Era Sharvell, que lo miraba con terror. Cuando Newcomb se giró, vio que se le venía encima un alud de «enormes rocas y tierra». Su escalada al parecer había producido desprendimientos por encima de su posición. «Vi la oportunidad de guarecerme tras unas rocas, a las que llegué en el momento justo en que los proyectiles alcanzaban el lugar donde me encontraba», recordó más tarde Newcomb. Dejó claro que se había salvado «por los pelos»^[647] y continuó felizmente con sus estudios ornitológicos.

De vuelta al campamento, Sweetman, el carpintero, se dedicaba a los milagros de la ingeniería naval. Las tres embarcaciones se encontraban en mal estado, a su juicio. Dudaba incluso que flotasen. A la lancha ballenera se le había rajado el codaste y la traca de la quilla se había hundido. Las tres necesitaban parches, refuerzos y brea, y era necesario diseñar algún tipo de aparejo para colocar las bastas velas que les permitieran llegar a la costa siberiana.

Con herramientas limitadas y ningún material para trabajar, salvo madera de deriva y huesos de morsa, Sweetman se puso manos a la obra. El comandante, que se quedaba siempre en el campamento tomando lecturas barométricas y haciendo observaciones astronómicas, observaba admirado el trabajo del carpintero, todo un mago con las manos, en opinión de De Long. Por supuesto, Melville añadió también unas cuantas buenas ideas, y en pocos días las tres embarcaciones estaban listas para navegar.

A esta buena noticia, hubo que añadir otra: Nindemann, durante la exploración del litoral meridional de la isla, había divisado grandes espacios de mar abierto. Así lo describió a su comandante: «He visto anchos canales que se extienden en dirección suroeste, y el hielo se abre a cada momento creando otros más». En el mar, ante su campamento, empezaban a formarse pequeñas vías de agua. De Long entendió que aquella era su oportunidad. El mundo helado por fin parecía dar un pequeño respiro, justo a tiempo, las últimas semanas del verano ártico.

De Long, paseando por los alrededores del campamento, encontró un trozo de madera de deriva que tenía una marca peculiar. Lo estudió detenidamente y llegó a la conclusión de que se trataba de un golpe de hacha, y de que aquel madero de color gris macilento había formado parte de una valla antaño. Era imposible saber desde qué isla o continente habría llegado flotando, pero le conmovió encontrarlo en aquella desolada orilla. Era el primer signo de civilización que encontraba en dos años, un recuerdo sutil de que el mundo seguía vivo fuera de aquella empresa portentosa.

Reparadas las embarcaciones y abiertas las aguas, De Long vio en aquel trozo de madera trabajada la señal de que más allá del horizonte sur había una sociedad humana a la que navegar de vuelta.

No obstante, antes de partir, De Long debía solucionar un problema muy inmediato: ¿qué hacer con los perros? De los cuarenta que habían embarcado en Alaska, quedaban veintitrés. Muchos estaban enfermos, extenuados o se habían asalvajado tanto que resultaba impensable transportarlos. De Long no veía sentido en desperdiciar más alimento dándoselo a ellos: hasta desembarcar en la isla Bennett, habían estado comiendo una libra de *pemmican* al día cada uno.

Había que sacrificar a algunos. De Long estudió a todos y cada uno de los animales y charló extensamente con Alexey y Aneguin, quienes mejor los conocían. Fue una tarea odiosa, pero finalmente se escogieron once animales. «Estaban exhaustos o sufrían constantes ataques —escribió De Long—. La cantidad de alimento que consumen no es compensada por el trabajo que realizan. Mi deber es mirar por las vidas humanas»^[648].

El 5 de agosto dio a Erichsen la orden. Uno a uno, el danés llevó a los animales tras un montículo. Reverberaron once disparos en las paredes de roca circundantes. Los hombres se estremecían de tristeza. («Pobres animales», es todo lo que Danenhower era capaz de decir)^[649]. A De Long lo

perturbaron especialmente las muertes de Jim y Tom; eran dos de sus favoritos, y leales trabajadores. El único consuelo que le quedaba es que todavía contaba con doce perros sanos, entre ellos Snoozer, que se había convertido en la auténtica mascota de la expedición.

De Long no previó que se comieran los perros sacrificados. Aparte de que el perro no era plato de gusto para nadie, eran animales enfermos. Por otro lado, tras una semana en la isla Bennett, los hombres no tenían necesidad.

Era casi imposible enterrar los cadáveres bajo la durísima capa de permafrost, así que, tras una breve ceremonia, se los arrojó al mar.

Al día siguiente, tras deshacerse de algunos de los trineos y otros enseres innecesarios, los hombres empezaron a cargar las embarcaciones. El interludio en la isla Bennett tocaba a su fin.

Había que zarpar cuanto antes: de un día para el otro podría cerrarse literalmente la puerta del verano. El mundo de hielo y nieve regresaría con sed de venganza. «Durante nuestra breve estadía en esta isla —escribió Melville—, ¡ha habido tantos cambios! Cuando desembarcamos, el agua corría en torrentes desde el glaciar». Pero, en palabras del ingeniero, el invierno «ya había llegado, en realidad. [...] El agua dejaba de correr y aparecía hielo nuevo». Las plantas árticas «que tanto nos habían alegrado la vista con su colorido, se enfundaban ya su librea invernal»^[650]. De Long indicó que tras una semana de temperaturas no demasiado bajas, todo el mundo «empezaba de nuevo a notar frío a todas horas». Algunos se golpeaban los pies con palos para recuperar la circulación, «como castigándose a sí mismos». Esta técnica, de dudosa eficacia, «hacía que nos cosquilleasen los pies, pero no mejoraba nuestro estado».

A las nueve y media de la mañana del 6 de agosto —cincuenta y cinco días después del hundimiento del *Jeannette*—, De Long dio la orden y los hombres empujaron las tres pesadas embarcaciones, cargadas hasta las bordas, hasta los bajíos. Según De Long, era un día «raro, en general»^[651]: tres grados bajo cero y un sol volátil que se esforzaba por asomar entre las nubes. Los cúteres quedaron muy hundidos en el agua debido al peso de la carga, pero las reparaciones de Sweetman surtieron efecto.

Antes de despedirse de la isla Bennett, dejó un mensaje en un hito de piedra que Dunbar había levantado sobre el acantilado y en el que había clavado una pala. El mensaje decía:

Isla Bennett, cabo Emma

Latitud, 76° 38' N, longitud 153° 25' E. Levantamos campo y nos dirigimos caminando sobre el hielo, esperando, con la gracia de Dios, alcanzar las islas de Nueva Siberia, y desde allí navegar hasta la costa continental. Tenemos tres embarcaciones, provisiones para treinta días y ropa de abrigo suficiente. Tras descansar en esta isla Bennett, partimos en excelente estado de salud. No hemos sufrido ninguna baja y el escorbuto no ha hecho acto de presencia. Aunque a veces vemos muchas aguas abiertas al suroeste, no sabemos aún si podremos continuar nuestro viaje por mar o si deberemos de nuevo arrastrar toda nuestra carga sobre el hielo^[652].

George W. De Long, comandante de la Expedición Ártica Estadounidense.

Se echaron al mar entonces las tres embarcaciones, cabeceando impulsadas por el viento. Las astrosas velas se hinchaban, fijadas a mástiles y antenas más bien endebles, que golpeteaban ruidosamente unos contra otros. De Long contempló con cariño una vez más su descubrimiento, aquella isla cuyas elevaciones «se elevaban como una cúpula [...] que nadase entre las nubes»^[653]. Surcaron las aguas rumbo sur, enhebrando estrechos canales entre los témpanos. El invierno parecía cercarlos de nuevo. «Nuestra hermosa isla —afirmó Melville— quedaba envuelta en un manto blanco. [...] Lo último que vimos de ella fue apenas un contorno sombrío, curvado como el lomo de un animal marino, alzándose hacia el cielo, como buscando mezclar la pureza de su nieve con la gloria plateada de las nubes»^[654].



Mi queridísimo George:

Te alegrarás de saber cuán universal es el interés por el Jeannette y su tripulación. He recibido telegramas y cartas a decenas. Por descontado, periódicos de todo el país se han mostrado deseosos de entrevistarme, pero yo siempre me niego, con cordialidad pero firmemente. No quiero que mi marido sea protagonista de aún otra historia. Quiero que se quede cómodamente en su hogar. ¡De lo contrario, con toda seguridad me divorciaré!

Emma



El mundo conocido

Era el turno de la llamada «banquisa esqueleto». De las lagunas de hielo semiderretido y los estrechos canales sin salida, de los acertijos acuáticos casi imposibles de resolver. Los témpanos estaban demasiado blandos y llenos de agujeros como para avanzar sobre ellos arrastrando la carga, pero no había suficientes aguas abiertas como para avanzar navegando. Los expedicionarios sondearon y recorrieron aquel laberinto helado a veces remando, a veces remolcando las embarcaciones, de témpano en témpano. Aquellos canales interminables «eran tan intrincados y se complicaban tanto —pensó De Long— que hacen pensar en el laberinto de Hampton Court»^[655].

De Long lo llamaba la «banquisa esqueleto» porque le parecían un montón de huesos enredados unos con otros^[656]. Era como un cementerio de dinosaurios flotando sobre un mar azul pizarra. Un relicario de hielo: costillas, vértebras con apéndices que recordaban a alas, cráneos rotos con sus órbitas oculares, con sus respectivos globos oculares de hielo, color blanco intenso.

Durante quince días batallaron entre el hielo y sobre él. A veces se aventuraban durante media jornada por un canal prometedor, solo para descubrir que terminaba estrechándose y cerrándose. En otras ocasiones, tenían que subir embarcaciones y material a la placa de hielo y portear la carga durante más de un kilómetro, hasta un canal más amplio. Otras, se valían de picos, escoplos y cabos para fracturar un témpano y poder pasar a otra lengua de mar. Así fueron avanzando penosamente hacia el sur: un día, nueve millas; otro día, cinco; otro, doce. Danenhower calificó ese tipo de marcha anfibia como «muy dura, pero mucho más llevadera que arrastrar los botes sobre el hielo todo el tiempo»^[657]. Melville opinaba que era «un trabajo de titanes [...] atravesar todas esas ensenadas, fisuras y elevaciones, hundiéndonos hasta las rodillas o hasta el cuello»^[658].

De Long trataba de bordear los témpanos, aunque no demasiado cerca, pues muchos presentaban agudas protuberancias que se proyectaban por debajo del agua y podían hacerlos embarrancar o, directamente, perforar el

casco de cualquiera de las embarcaciones. Las olas mordisqueaban sin descanso el hielo, escarbando en él túneles y recovecos ocultos. «El hielo estaba muy roto y agujereado —escribió De Long—. Se abrían en él orificios que comunicaban con el mar»^[659]. Melville describió, por ejemplo, un témpano «castigado por la acción de las olas, por encima del cual saltaba la espuma de las olas hasta una altura de quince metros. En algunos lugares el mar había excavado agujeros verticales que lo atravesaban; entonces, cuando el mar batía, se elevaban hacia el cielo mil surtidores de agua, como si de un banco de ballenas se tratase»^[660].

Muchas veces, los hombres pasaban varios días sin salir de sus embarcaciones. Se acurrucaban unos contra otros: unos bogaban mientras otros avanzaban a pie por el hielo cercano, buscando la ruta idónea. Los que permanecían en el interior de las embarcaciones pasaban largas horas ateridos, dando pisotones contra el casco para desentumecer los pies empapados del agua que se filtraba en la barca. Comían *pemmican* o tomaban caldo de ternera, hecho con el agua obtenida de un cargamento de nieve de la isla que transportaban dentro de las embarcaciones. Aunque avanzaban lentamente y los días se hacían insoportablemente aburridos, los marineros no podían apenas dormir o siquiera relajarse, porque las embarcaciones tenían muchas vías y había que achicar agua constantemente.

Y eso no era todo: las tres embarcaciones iban tan cargadas con hombres y víveres que en cuanto el mar se encrespaba un poco, la situación se hacía peligrosa. En ocasiones los estrechos canales se abrían para formar ensenadas nevadas, en las que los cúteres y la lancha, según Melville, «hacían cabriolas y se embalaban, como caballos de circo»^[661]. De Long, preocupado de que alguna de las embarcaciones volcase, no veía otra solución más que reducir el peso total embarcado en un tercio.

Así pues, el capitán empezó a buscar cosas que deberían abandonar. Llevó a cabo un inventario de cada uno de los objetos transportados por la expedición: desde las bobinas de hilo a las bolas de brea, pasando por la madera, las hachuelas, las limas y las leznas. A continuación, echó por la borda todo lo que no le pareció absolutamente imprescindible.

Sin embargo, los objetos más pesados y engorrosos del inventario, aparte de las propias embarcaciones de madera, eran los largos trineos utilizados para transportar las embarcaciones, que tenían sólidos patines de roble. Desde que zarparan de la isla Bennett, los habían transportado sobre las embarcaciones, apoyados sobre las bordas, al través. Daba la impresión, así, de que las embarcaciones tuvieran unas grandes y torpes alas de madera, que

a menudo se hundían bajo el agua o las hacían bandearse y a veces casi zozobrar. «Los trineos —reconocía el doctor Ambler— son una gran molestia por el volumen que ocupan en la popa. Nos ralentizan e interfieren con el pilotaje».

Era evidente lo que De Long se veía obligado a hacer. Era una apuesta muy arriesgada, pues si se deshacían de ellos, quedarían confinados al medio acuático y no podrían ya viajar por el hielo. El plan era desensamblar los trineos y usar la madera para calentarse, previendo que el resto de la travesía hasta la costa siberiana sería en bote. Si volvían a encontrar grandes extensiones de hielo, no habría nada sobre lo que transportar las frágiles embarcaciones, cuyas quillas terminarían destrozándose irreparablemente contra el hielo. Además, tratar de arrastrar la pesada carga sin patines sería una lucha sin sentido para aquellos hombres, exhaustos ya.

Así pues, De Long hubo de confiar en que la naturaleza no volviera a cerrarles el paso con masas extensas de hielo. Era una apuesta delicada, pues el verano ártico terminaba, los días se hacían más cortos y la oscuridad regresaba poco a poco a los cielos nocturnos. En cualquier caso, mediaba agosto, y cada pequeño avance rumbo sur daba razones para el optimismo: conforme se acercasen al paralelo 75, crecía la probabilidad de que el hielo desapareciera del todo.

Pero quizá no. De Long sabía que la literatura ártica estaba repleta de historias de marinos que se habían visto atrapados sobre témpanos sorprendentemente extensos, durante veranos sorprendentemente cálidos y a latitudes sorprendentemente meridionales. El impredecible Ártico se las arreglaba para apretar por todos los flancos y sacaba tajada de cualquier error humano. Renunciar a los trineos bien daba a los hombres cierta idea de la bondad de la situación, pero podía también significar una muerte segura.

Quemar la madera de los trineos para calentarse tenía otra apremiante razón: las reservas de alcohol de quemar casi se habían agotado. Al menos durante unos días, toda esa madera obviaría la necesidad de consumir el valiosísimo combustible. En cuanto dieron con un trozo de hielo lo suficientemente sólido como para poder plantar el campamento sobre él, De Long mandó a Sweetman y Nindemann que hicieran pedazos los trineos y también la cuarta embarcación, un diminuto bote. La madera se racionaría estrictamente y se utilizaría solo para cocinar, no para calentarse. Esa noche, mientras preparaban sus modestas cenas sobre el pequeño fuego hecho con la madera de los trineos, los hombres se preguntaban si no estarían en realidad contemplando sus propias piras funerarias.

De Long dirigió su atención a otro asunto: los doce perros restantes. El problema no era tanto su peso como su impredecible comportamiento. En las barcas se mostraban agitados y cada vez que se removían en su interior, entraba agua por los escálamos. Los perros se habían convertido en una amenaza. Aunque sabía que tenía que hacer algo, De Long era incapaz de actuar. Podrían volver a necesitarlos para arrastrar carga (aunque habiendo destruido los trineos, era poco probable). O, Dios no lo quisiera, podrían volver a necesitar una fuente de proteínas. De Long era un auténtico amante de los perros y quería que la docena completa lo acompañasen «hasta el final», según él mismo expresó.

Sin embargo, muy pronto intervino de nuevo el azar. Un día, cuando el trío de embarcaciones rodeaba con mar calma una gran placa, cuatro perros —Smike, Armstrong, Dick y Wolf— saltaron al hielo y echaron a correr. A De Long, que se había adelantado considerablemente al mando del primer cúter, la noticia tardó en llegarle bastante tiempo, y para ese momento era demasiado tarde. «El tiempo nos es demasiado precioso», dijo^[662]. No podían detenerse y enviar a una partida de hombres en busca de los perros para embarcarlos de nuevo, así que las tres embarcaciones continuaron con su penosa travesía. Esa noche, mientras cenaban, los hombres pudieron oír, reverberando sobre el hielo, los «lastimeros aullidos» de los perros varados^[663].

Unos días más tarde, otros perros siguieron el ejemplo y huyeron. De Long extrajo de mala gana la conclusión de que «lo más sensato» era sacrificar al resto de los perros. No quería que ningún otro se perdiera entre los hielos de la banquisa para sufrir y terminar muriéndose de hambre. «Muy a mi pesar —escribió De Long—, he tenido que ordenar sacrificarlos»^[664]. Algunos de los hombres quedaron muy afectados por la decisión: a Erichsen le dolió especialmente la muerte de su amado Prince.

Al final, De Long decidió perdonar la vida a dos de ellos: Kasmatka y Snoozer. En palabras de Danenhower, esos dos animales parecían «los únicos que mantenían cordura suficiente como para continuar el viaje junto a los hombres»^[665]. Sin embargo, Kasmatka era demasiado grande y torpe, y tras unos pocos días también fue sacrificado. La expedición había partido con cuarenta perros de los que solo quedaba uno. «Me quedaré con Snoozer» —juró De Long— «hasta que suponga un peligro para nosotros no deshacernos de él»^[666].

Entretanto, el ojo del teniente Danenhower continuaba inflamándose, especialmente los días soleados. Aunque se cubría a todas horas el ojo enfermo con un parche y usaba también gafas, su estado no mejoraba. El ojo secretaba copiosas cantidades de mucosidad y, según Ambler, «tenía muy mal aspecto»^[667], pues la infección en el área inferior de la córnea no dejaba de crecer. El doctor la trataba con yoduro y quinina y daba cuenta de la evolución en su diario: «inflamado», «congestionado y pegajoso», «rojo e inflamado», «capilares esclerotizados». Ambler temía verse obligado a extraer el ojo a Danenhower, pues no contaba con el instrumental apropiado y tampoco tenía anestesia. Los hombres tendrían que sujetarlo contra el hielo y Ambler intervenirlo valiéndose únicamente de una lima y sin otro anestésico que un poco de alcohol.

Extrañamente, Danenhower continuaba negando que su ojo plantease ningún tipo de problema e insistía en que se le diera el mando de una de las tres embarcaciones. Él formaría parte de la tripulación de la lancha ballenera capitaneada por Melville, aunque su rango era superior al de este. Como graduado en la Academia Naval y oficial de derrota, consideraba su experiencia y autoridad menospreciadas. Sin embargo, De Long tenía muy clara su postura al respecto: Danenhower no podría comandar a otros hombres ni ocupar ningún puesto de responsabilidad que pudiera ponerlos en peligro.

El oficial piloto se hacía mala sangre y cada día se mostraba más hosco. Abrigaba, además, la sospecha de que se conspiraba contra él. Amenazaba con vengarse, dando a entender que cuando estuvieran de vuelta recurriría a sus contactos familiares para que De Long fuese apartado de la Armada de por vida. Ambler, que lo vigilaba de cerca, llegó a la conclusión de que el oficial rayaba en el delirio. Refiriéndose a la «muy peculiar psique» de Danenhower^[668], Ambler escribió: «Se ha instalado en la idea de que se le trata injustamente y de que hay un complot para arrebatarse lo que él consideraba un derecho. Ha creado muchas molestias con sus reiterados intentos de ser investido de responsabilidades. En mi opinión, ningún hombre aquejado de la dolencia que él sufre [...] debe comandar una embarcación y un grupo de hombres, en ninguna circunstancia».

Pero Danenhower parecía incorregible. Seguía acudiendo a De Long e insistiendo en que le diera el mando de la lancha de Melville.

—Señor, está usted de baja —replicaba De Long—. No puede usted ejercer el mando. No ve bien.

Danenhower lo negaba una y otra vez:

—Soy perfectamente capaz de cumplir con mis deberes.

—No puedo permitirle que ponga en riesgo las vidas de otras personas — replicaba el comandante, añadiendo que la actitud del piloto, que se quejaba por cualquier cosa, era «muy impropia de un oficial».

—¿Debo tomarme su negativa como una reprimenda personal? —quiso saber Danenhower.

—¡Puede usted tomársela como le plazca! —bramó De Long, ordenándole que abandonase su tienda^[669].

El 20 de agosto, catorce días después de abandonar la isla Bennett, De Long y sus hombres acamparon sobre una gran placa de hielo, tras una dura noche de travesía. Tenían la moral alta, porque veían aguas abiertas hacia el sur. Parecía que por fin habían alcanzado el final de la banquisa esqueleto y podrían adentrarse en el océano libre de hielo. Para rematar, poco antes del mediodía Georg Boyd informó a voces a De Long de que había divisado tierra al suroeste.

De Long, prudente como de costumbre, se colocó los binoculares y estudió la borrosa forma avistada, se aclaró la garganta y afirmó «que no estaba seguro» de que aquello fuese tierra. Sin embargo, llegadas las dos de la tarde «la tierra se distinguía claramente»^[670]. Tras estudiar las cartas náuticas de Petermann, De Long se dejó llevar por el optimismo. «No abrigo duda de que se trata de la isla de Nueva Siberia», declaró más tarde. *Ostrov Novaya Sibir*, según la llamaban los rusos, se alzaba en el horizonte, a unas veinte millas de su posición. Nueva Siberia era una isla baja pero muy extensa, de más de 10 000 kilómetros cuadrados. Según las notas de Petermann, estaba deshabitada, pero la visitaban periódicamente buscadores de colmillos de mamut enviados por el zar. A De Long le emocionó aquel descubrimiento: por fin hallaban mundo conocido. Por primera vez desde que abandonaran la isla Herald, dos años atrás, De Long avistaba una tierra ya documentada en los mapas.

Deseando embarcarse en su primera jornada de travesía por el océano abierto, dedicaron el resto del día y gran parte de la noche a parchear los cascos, reparar los aparejos, redistribuir los víveres, empaquetar nieve en el interior de los botes y echar por la borda los últimos objetos innecesarios. En su tienda, esa noche, De Long escribió: «Espero buen tiempo mañana, cuando, con la bendición de Dios, dará comienzo nuestra travesía»^[671].

Sin embargo, la mañana siguiente, De Long salió de la tienda y quedó estupefacto: al sur no había más que hielo. De un día para el siguiente, un

brusco cambio en los vientos había empujado la banquisa desde el norte hacia el sur, en dirección a Nueva Siberia. Se había cerrado por completo el camino a la isla. No había canales ni vías de agua, solo una extensión móvil de hielo. «Hemos quedado encerrados de nuevo por tal cantidad de hielo que se diría imposible haber llegado hasta este lugar por mar», afirmó De Long^[672]. Melville no podía ocultar su sorpresa: «No se ve agua por ningún lado —dijo—. Los vientos han acumulado el hielo en torno a nosotros. Parecía que jamás podríamos huir de aquel lugar salvaje»^[673].

De Long envió una partida de reconocimiento para comprobar las condiciones del hielo. Los hombres enviados echaron por tierra toda esperanza: por delante se extendía una amalgama de hielo en capas y charcos de aguanieve. No podrían atravesar la banquisa recién formada ni en barca ni en trineo. En cualquier caso, De Long se había deshecho de estos últimos, así que tampoco podrían transportar los cúteres y la lancha. Para más inri, no tenían perros que tirasen de la carga, salvo Snoozer.

De Long no podía creer su mala fortuna. Unas pocas horas antes tenían vía libre y ahora los aprisionaba el hielo, otra vez. No tenía otra opción que mantenerse alerta y esperar otro cambio en los vientos. Dijo Melville: «No podemos hacer otra cosa más que esperar un cambio favorable [...] y eso es lo que nos disponemos a hacer, acostumbrados como estamos a tratar de quitar hierro a cualquier desgracia»^[674]. El doctor Ambler empezó a sospechar que sobre ellos se cernía una conspiración. «El destino parece estar contra nosotros», opinó^[675].

Durante un día y luego dos y luego tres, siguieron atrapados en el hielo. La inacción oprimía a De Long. Estaban desperdiciando un tiempo precioso, durante el cual no hacían sino malgastar los valiosísimos víveres, sin solución de continuidad. Los días hicieron una semana, y continuaban sin poder desplazarse. A cada página de su diario, la preocupación del comandante aumentaba. «Otro día perdido. [...] La jornada ha transcurrido estúpidamente. [...] Hemos dejado atrás otro tedioso día. [...] Hemos desperdiciado siete días. [...] La situación no ha variado: desaliento y desesperanza. Consumimos provisiones y no hacemos ningún progreso»^[676].

Aunque De Long había dividido las raciones a la mitad, las reservas menguaban a un ritmo alarmante. Tenían mucho *pemmican* todavía —unos 600 kilogramos—, pero todo lo demás se agotaba rápidamente. Se les terminó el azúcar y el pan marinero. Se bebieron los últimos tragos del zumo de lima.

Colaron los últimos cafés. Quemaron el resto de la madera que quedaba de los trineos. «Nuestra coyuntura es más grave que nunca —sentenció Melville—. Ahora mismo, nuestra existencia depende puramente de las provisiones»^[677].

También se les terminó el tabaco y eso es de lo que más echaban de menos. Unos pocos hombres escondían pequeñas reservas personales, pero apenas quedaba nada. En su lugar, muchos empezaron a fumar una mezcla de hojas de té y posos de café, que olía a rayos, pero al menos calmaba el ansia. Principalmente, daba a los expedicionarios algo que hacer y con lo que distraerse del tedio, que los evadiera de su desgracia.

Al principio, De Long desdeñó ese falso tabaco, pero cuando se le empezó a terminar su tabaco de pipa, barajó la idea de probarlo: «Creo que mañana le daré una oportunidad, pues esta noche, tras la cena, fumaré mi última cazoleta de tabaco».

En cuestión de días, el propio De Long empezó a mostrarse irritable y nervioso: «Confieso que lo he pasado muy mal por no poder fumar»^[678]. No obstante, el siempre alegre Erichsen acudió pronto al rescate. El gran danés le tendió «un pequeño paquete del apreciado género —escribió De Long—. Acepté solo una cazoleta, pero insistió en que tomase más, afirmando que en la tienda 6 tenían aún tabaco para unos días». De Long aceptó el obsequio con sincero agradecimiento y se dispuso a compartir el tabaco con Ambler y Nindemann.

Aquella noche, después de cenar, De Long se sentó para disfrutar con gran deleite de su pipa, haciéndole un guiño a Shakespeare: «Por fin Ricardo vuelve a ser el mismo», declamó^[679].

Unos días más tarde, cuando se le terminó ese tabaco, el comandante sucumbió por fin al sucedáneo. «Tras un día de total infelicidad por no poder fumar, esta noche he probado las hojas de té y, para mi agrado y sorpresa, me han aliviado de manera notable»^[680].

La condena se alargaba sin remisión. Ocho días, luego nueve, y seguía sin producirse movimiento alguno. En realidad, aquello no era exactamente cierto: la masa de hielo que se extendía ante ellos se negaba a desaparecer, pero no estaba quieta. Aquella llanura de pedazos de hielo y nieve semiderretida sobre la que habían acampado no había dejado de navegar; casi todo el tiempo en la dirección que más les convenía: el sur. Cada vez que se aclaraba la niebla, De Long comprobaba que su posición había cambiado

notablemente. Nueva Siberia les iba quedando cada vez más al este y al suroeste había aparecido una nueva isla.

Se trataba de Fadéyevski, según determinó De Long: otro fragmento del archipiélago de Nueva Siberia, vagamente cartografiado. La isla, también deshabitada, portaba el nombre de un trampero ruso, Fadéyev, quien, tiempo atrás, había pasado en ella una temporada cazando animales y había construido una diminuta cabaña. De Long se percató de que los vientos y corrientes predominantes habían empujado el témpano sobre el que navegaban a través de un estrecho canal que separaba Nueva Siberia y Fadéyevski. Aunque sin poder moverse, durante todo aquel tiempo habían avanzado en una dirección conveniente.

El noveno día desde su acampada sobre el hielo, el 29 de agosto, un entusiasmado Chipp anunció a De Long que se había abierto una prometedora vía de agua hacia el suroeste, más o menos en la dirección de Fadéyevski. De Long ordenó levantar campo de inmediato y mandó trasladar todos los víveres y las embarcaciones varios cientos de metros, arrastrándolos sobre el hielo, hasta la orilla de ese nuevo canal. Esa noche, montaron las tiendas junto al mar y, a primera hora del día siguiente, los hombres se prepararon para zarpar, tras comprobar que el canal se había ensanchado. En él flotaban esquirlas y fragmentos de hielo que se desplazaban a gran velocidad, aunque tras diez días de aprisionamiento, De Long estaba más que dispuesto a intentarlo. «No resultó nada fácil cargar las embarcaciones en aquel averno helado», escribió^[681]. Sin embargo, lograron dejar atrás la banquisa y dieron comienzo a aquella nueva travesía embargados por la cautela. Enfilaron el canal esperando que sus procelosos meandros los condujeran de algún modo hasta Fadéyevski.

Tardaron todo un día, pero la isla parecía a su alcance. Aunque los bajíos no se lo pusieron fácil, finalmente echaron el ancla frente a las desoladas costas de Fadéyevski. La isla Bennett había ofrecido roca y más roca sobre la que caminar, pero aquel era el primer suelo de tierra sobre el que caminaban desde que zarpasen de Alaska. «Tras diez días de tensión, me sentí muy aliviado —reconocía De Long—. Sentir bajo los pies la hierba y el musgo me caldeó el corazón, y también los pies, que recuperaron por fin su temperatura propia». Los hombres ascendieron desde la playa hacia una especie de terreno aterrazado, cubierto de esponjosos líquenes, donde montaron el campamento y recolectaron una pila de madera de deriva. «Snoozer retozaba feliz y

perseguía a los *lemmings*, cuyas madrigueras abundan en la isla —relató De Long—. Mientras tanto, los seres humanos nos dedicamos, con formas algo más graves, a buscar caza comestible»^[682].

Los marinos encontraron excrementos de algún tipo de cérvido, que además parecían frescos, así como astas forradas de terciopelo y el rastro de una liebre. Una bandada de gansos negros aleteaba sobre la tundra. Otro grupo localizó un pequeño lago, que de inmediato se convirtió en la fuente de agua potable. Newcomb descubrió dos enormes huesos fosilizados, que identificó como la tibia y el peroné de un mamut lanudo. A unos tres kilómetros del lugar donde habían desembarcado, Sweetman y Ah Sam hallaron una cabaña semiderruida, a orillas de un ruidoso arroyo de aguas transparentes, probablemente la construida por el mismísimo Fadéyev décadas antes. No había signo alguno de presencia humana. De Long envió a varios cazadores para que rastrearán las huellas de los animales, y quedó claro que se habían internado en la isla, espantados sin duda por la llegada de la expedición. Los tiradores abatieron una decena de patos, pero no tenía demasiado sentido malgastar un tiempo y energía preciosos en perseguir a los cuadrúpedos: la isla, en efecto, tiene una extensión de casi 8000 kilómetros cuadrados, y salpicaban su pantanosa tundra innumerables lagos y lagunas.

Así pues, De Long decidió levantar un campamento provisional la noche del 30 de agosto, y desplazarse después. La mañana siguiente alcanzaron la bahía y abrazaron la costa sur de Fadéyevski, avanzando hacia el oeste. No había hielo a la vista, pero las aguas eran peligrosamente someras y las tres embarcaciones quedaban varadas a menudo en los bancos de arena. Sin tener que poner pie en la orilla, los marinos comprobaron que la isla era un hervidero de vida: divisaron patos, gansos, lechuzas y algunas focas. Sobre las cinco y media de la tarde, De Long trató de echar el ancla cerca de la costa para preparar la cena y montar otro campamento, pero los bajíos eran tan extensos que no pudieron acercarse a menos de medio kilómetro de la orilla.

Cuando cayó la oscuridad, quedó claro que tendrían que pasar la noche en las barcas, una noche que pasaron en vela, «empujando y tirando constantemente de nuestras embarcaciones para evitar quedar embarrancados —en palabras de De Long—. No durmió nadie, todos esperábamos con angustia y desasosiego la luz de la mañana»^[683].

Durante los tres días siguientes, continuaron bordeando de cerca la isla y cubrieron unos ciento quince kilómetros de litoral. Los doce patos cazados en Fadéyevski yacían amontonados en el fondo del cúter de De Long: el comandante los reservaba para un festín posterior. El mar estaba encrespado y

De Long resolvió que, a menos que mantuvieran una gran velocidad, las olas rebasarían las bordas y harían perder el control de las embarcaciones. «De vez en cuando —afirmó—, el mar entraba en las barcas, calándonos hasta los huesos y obligándonos a achicar sin descanso». Los interminables embates del mar empapaban a los hombres. «¡Cielo santo! —escribió Melville—. ¡Qué agua gélida!»^[684].

El segundo cúter, el capitaneado por Chipp, era el más lento de los tres y siempre quedaba rezagado. Tanto que terminó por desaparecer. Durante cuarenta y ocho horas, De Long no tuvo idea de dónde habían quedado Chipp y los nueve tripulantes a su cargo, entre los que figuraba su querido piloto de banquisa, Dunbar. De Long y Melville decidieron desembarcar sobre una plataforma de hielo e izaron banderines negros en los mástiles de sus respectivas embarcaciones, esperando alguna señal de Chipp. De Long no podía ocultar su preocupación: Chipp, su mano derecha y lugarteniente, su viejo amigo de los días de Groenlandia. «Parece decidido que la preocupación y la inquietud serán mis constantes compañeras de viaje —escribió De Long pensando en el hado de Chipp—. Conforme avanzan los días, no hacen sino acrecentarse»^[685].

A última hora de la tarde del 3 de septiembre, De Long respiró aliviado: se divisó el cúter de Chipp, al norte, costearo la banquisa. Los hombres perdidos se reunieron por fin con su comandante y los vítores se elevaron sobre las tres embarcaciones. «¡Cómo nos regocijó verlos!», exclamó Melville por escrito. Chipp y su tripulación lo habían pasado horriblemente mal. Su cúter había quedado varado y había estado cerca de inundarse. Chipp, Dunbar y el resto estaban extenuados, como si hubieran recibido una paliza, especialmente Dunbar. El ballenero sufría desmayos y tenía problemas para mantener el equilibrio. Tras examinarlo, el doctor Ambler determinó que sufría «ataques de vértigo» y palpitaciones^[686]. «Dunbar parece bastante enfermo», anotó De Long, quien lo vio «perder la estabilidad y caer hacia un lado cuando intentó sentarse. Me temo que ha sufrido más a bordo de ese cúter de lo que está dispuesto a reconocer. Se trata de una situación grave, pero en la alegría momentánea del reencuentro nadie se atreve a hacer un pronóstico al respecto»^[687].

Ambler se ocupó de Dunbar como mejor supo y De Long decidió celebrar el retorno del cúter de Chipp cocinando los doce patos que había reservado. «Temía que se echasen a perder —dijo De Long—. Por suerte, hemos hecho de ellos una cena espléndida»^[688]. Dando buena cuenta del sabroso estofado,

brindaron por la salud de todos y juraron no volver a separarse antes de llegar a lugar seguro.

Al día siguiente, el 4 de septiembre, se presentó de nuevo el viejo enemigo a cerrarles el paso. Dedicaron gran parte de la mañana a arrastrar las pesadas embarcaciones a lo largo de lo que De Long describió como un «banco de hielo deshecho y traidor». Sin los trineos, las quillas se llevaban golpe tras golpe y los pantoques quedaban expuestos a violentas embestidas. «De las quillas se desprendían esquirlas de madera y el cuerpo de las embarcaciones sufrió múltiples arañazos», lamentaba De Long. En un momento dado, De Long se hundió hasta la barbilla en un agujero en el hielo. Durante el resto de la jornada «las pieles se adherían desagradablemente a mi cuerpo, helándome hasta los huesos, pese a la ración de *brandy* que me ha dispensado el doctor»^[689].

Aquella noche, desembarcaron en Kotelny, una península o casi isla que está unida a Fadéyevski por un estrecho istmo plano. Kotelny y Fadéyevski forman, con diferencia, la masa de tierra emergida más grande del archipiélago de Nueva Siberia y una de las cincuenta mayores del mundo. Fue descubierta por el cazador y comerciante ruso Iván Liájov en 1773 y a principios del siglo XIX fue visitada en varias ocasiones por tramperos y buscadores de fósiles y marfiles. Como el resto de aquellas islas, estaba deshabitada.

Rodeados de colinas que De Long comparó con «despabiladeras» por su forma acampanada^[690], los hombres se dispusieron a disfrutar de una magra refacción. En las orillas de Kotelny, al menos, había enormes cantidades de madera que quemar. «Sobre la playa descansaban largas hileras de madera de deriva empujada por el viento y apilada lejos del alcance de las olas por la acción del hielo», según escribió Melville. Pronto crepitó un alegre fuego. «Aunque el humo ahogase y las pavesas nos quemaran, nos quedamos cerca del fuego y nos calentamos hasta quedar casi secos», contó De Long. En opinión de Melville, aquel era «el primer auténtico fuego de campamento que disfrutábamos desde que dejásemos los Estados Unidos. [...] Nos calentamos las caras mientras se nos helaban las espaldas, y pudimos secar casi completamente nuestros empapados abrigos».

Muchos de los leños que fueron pasto de las llamas presentaban lo que Melville llamó «la marca de la amigable hacha». Esos indicios de actividad humana levantaron significativamente el ánimo en el campamento. En

palabras de Melville: «Cuán elocuentes son los signos de la civilización para nuestros corazones, pues nos evocan escenas y amigos distantes»^[691].

De Long y sus hombres disfrutaron tanto de las cálidas hogueras de Kotelny que se quedaron dos noches más en la isla. De Long tenía unas dolorosas llagas en los pies que prácticamente lo inmovilizaban: resultaron ser sabañones, un problema circulatorio. Otros desarrollaban una incipiente congelación de los miembros. Más que comer, lo que necesitaban era mantenerse secos y calientes. De Long probablemente habría preferido quedarse en Kotelny unos días más, si la caza hubiese resultado más exitosa. Sin embargo, no había mucha suerte: una manta de lo que De Long llamaba «niebla de regulación»^[692] reducía la visibilidad a escasos metros. Las únicas presas potenciales a las que pudieron acercarse fueron «unos pocos patos negros», según Melville, «que nadaban tímidamente por las aguas abiertas»^[693].

Kotelny resultó más propicia en lo referido al hallazgo de artefactos de fabricación humana. Varios hombres se adentraron en las lodosas colinas, como niños felices a la caza del tesoro. Nindemann encontró el fleje de un barril de pescado. Herbert Leach halló un colmillo de mamut conservado en perfectas condiciones y otros encontraron otros ejemplares de menor tamaño. Alexey dio con una cabaña sorprendentemente bien construida, entre cuyos troncos se habían colocado trapos y barro para cerrar las aberturas. En ella encontró una taza y varias herramientas de madera, y una moneda, un kópek ruso datado en 1840. Algunos de aquellos objetos —especialmente la moneda— parecían absolutamente fuera de lugar en aquella neblinosa isla ártica. Divirtió a los hombres volver a pensar en la idea misma del dinero y su absoluta irrelevancia en aquel medio salvaje.

Las únicas criaturas que parecían prosperar en Kotelny eran los *lemmings*, los pequeños roedores boreales cuya población va cíclicamente de la superpoblación a casi la extinción. Probablemente estaban en el pico abundante del ciclo, pues según De Long correteaban en «cantidades ingentes», acechados en ocasiones por búhos nivales. El campamento montado por De Long estaba infestado de esos pequeños animales, que pululaban por todos lados, colándose incluso dentro de las tiendas, y cuyos chillidos resonaban por doquier. En palabras del comandante: «El señor Collins tuvo, al parecer, un compañero de lecho anoche: un *lemming*. Cuando salió de su tienda esta mañana, uno saltó de la capucha de su abrigo de pieles y se enterró en la arena a la velocidad del rayo»^[694].

El 6 de septiembre, De Long y sus hombres abandonaron Kotelny. Se enfrentaban a unas deplorables condiciones de viaje. El viento se había intensificado y golpeaba los mares, coronando de blanco las olas, sobre las que flotaban incontables y caprichosos fragmentos de hielo. «Estuvimos muy cerca de ser aplastados», contó Danenhower^[695]. «Si nos hubiera golpeado uno de esos trozos de hielo, habríamos muerto», reconocía Newcomb^[696].

Navegar por aquellas amenazantes aguas resultó mucho más difícil de lo que jamás hubieran imaginado. «Bogábamos por nuestras vidas —dejó dicho Melville—. El mar rugía y tronaba. [...] Los marinos, cegados por el viento y la espuma, manejaban con hombría los remos, sangrando las manos desnudas y heladas. Las embarcaciones se encabritaban veleidosas, a merced de las salvajes olas». Por primera vez desde el inicio del viaje del *Jeannette*, los integrantes de la expedición hubieron de demostrar realmente sus arrestos como marinos, en el sentido más fundamental y acuciante. Melville quedó impresionado: «Calados hasta los huesos por aquella mar gélida y cruel, estos hombres, que ya soportaban una pesada carga, hicieron maravillas»^[697].

Remaron día y noche ascendiendo y descendiendo gigantescas olas, rumbo oeste noroeste. Los menos acostumbrados a navegar —Ah Sam y Collins— se marearon muchísimo. Durante más de treinta horas, las embarcaciones se bandearon y cabecearon y cerca estuvieron de volcar en varias ocasiones. Los vientos eran tan fuertes que De Long ordenó a los hombres que arrizaran las velas —es decir, las plegaran en dos para reducir la superficie expuesta—, lo cual mejoró la estabilidad, pero redujo la velocidad. Nadie pegó ojo; todo el mundo mantuvo ojo avizor ante lo que Melville llamó «los peligros que, con múltiples rostros, acechan constantemente». El menor error del timonel les haría «dar con los huesos en el fondo del mar»^[698].

La lancha ballenera de Melville era la que más de cerca rozaba el desastre. En un momento dado, según palabras de Danenhower, «una pesada ola de agua verde barrió todo el babor e inundó la lancha hasta las bancadas; esta zozobró y empezó a hundirse, pero los hombres, armados con cubos, achicaron el agua rápidamente y la lancha reflató. Yo nunca había pasado miedo en un barco, pero ha sido una situación peligrosa y terrible. Si otra ola hubiese inundado nuestra lancha, no habría sobrevivido ningún tripulante»^[699].

El 8 de septiembre —transcurridos ochenta y ocho días del hundimiento del *Jeannette*—, De Long divisó un solitario témpano que flotaba perezosamente en mitad de aquel mar de Láptev. El comandante avisó a las otras dos embarcaciones y resolvió tratar de desembarcar en él. «Me apiadé

de las criaturas agotadas y empapadas que me rodeaban», escribió^[700]. En palabras de Melville, parecían «la más desastrada caterva de mortales que hayan caminado, ateridos, sobre la faz de la Tierra»^[701]. Melville se encontraba tan incapacitado por el frío que se puso a cantar solo para revivir sus «sesos, empapados y congelados». Según Ambler: «Tengo los miembros tan rígidos y entumecidos por los calambres y el frío que en ocasiones dudaría hasta de seguir vivo, salvo por el hecho de que mi cerebro continúa funcionando». El médico, no obstante, quedó asombrado por el estoicismo de los hombres, que aceptaron sin rechistar aquella condena. «Todos los demás están en tan malas condiciones como yo, si no peor —escribió Ambler—. Sin embargo, aguantan sin queja»^[702].

Se encontraban justo al sur del paralelo 75, a poco más de cien millas al noreste de la costa de Siberia. Levantaron las tiendas y se quitaron las pieles congeladas. Snoozer se hizo un roscó sobre el hielo, junto a los hombres, que masticaban sus raciones de *pemmican* y sorbían té hervido sobre los hornillos de alcohol. Sin pronunciar palabra, se arrastraron al interior de sus sacos de piel de foca y, como expresó Melville, «durmieron el sueño de los justos»^[703].

Mares arbolados y terribles

Los ocho hambrientos cazadores formaban una fila irregular que recorría el estrecho istmo de tierra. Todos empuñaban fusil o escopeta y marchaban al compás rumbo sur. Habían avistado un reno hembra con su cría y estaban peinando aquella inestable barra de arena —el «sendero de guerra», como lo llamó De Long—,^[704] seguros de que antes o después darían con la presa.

A primera hora de la mañana del 10 de septiembre, De Long y sus hombres decidieron tomar un descanso allí, en la ventosa orilla de la isla Semiónovski, a unas cien millas al noreste de la costa siberiana. De Long había hecho desembarcar a los cazadores en el extremo septentrional de la isla y los emplazó a reencontrarse unas horas después en el extremo meridional. Los días de explorar tierra firme estaban por terminar: Semiónovski sería su última parada, el último trozo de tierra del archipiélago de Nueva Siberia que pisarían antes de adentrarse rumbo sur en el peligroso mar de Láptev, en busca del ansiado continente.

Isla era un apelativo bastante generoso para un lugar como Semiónovski. Se trataba de una lengua de tierra de unos pocos kilómetros de largo y apenas 200 metros de anchura: un solitario arenal medio sumergido en el mar de Láptev, sin signos de haber sido jamás habitado. El litoral de la isla parecía erosionarse de tal manera que el doctor Ambler predijo que, en cuestión de pocos años, de aquella «lengua de tierra» probablemente no quedaría más que «un rosario de islotes»^[705]. (Tenía razón: a lo largo del siguiente medio siglo, Semiónovski seguiría hundiéndose y terminó desapareciendo bajo el mar a principios de la década de 1960; hoy es un banco de arena submarino, conocido principalmente por el peligro que supone para la navegación). Sorprendió a De Long el ritmo erosivo: «El extremo sur de la isla parece estar siendo recortado a cuchillo —escribió—. Grandes montones de tierra [...] descansan sobre la playa [y] se ven amplias grietas en lugares donde sin duda se producirán deslizamientos»^[706].

Semiónovski fue descubierta en 1770 por un comerciante ruso que seguía los rastros de renos que, al migrar, parecían adentrarse en la banquisa desde la

costa siberiana. Probablemente, la hembra de reno y la cría que perseguían los cazadores descendían de aquellos animales. Los hombres supusieron que la madre había parido tarde, el hielo se había derretido y los dos animales habían quedado aislados en aquel arenal.

Los cazadores vieron a los dos renos en varias ocasiones. La cría se las arregló para escapar, pero la madre trastabilló y fue finalmente abatida de un tiro certero por Noros. Los hombres arrastraron la presa hasta el borde del terraplén que descendía hacia la playa y la arrojaron sobre la arena. De Long ordenó desembarcar, despedazar el cadáver, encender fuego y preparar comida. Se asó la carne y en menos de una hora no quedaba nada, salvo los huesos y las astas, que conservaron para hacer sopa. Hasta Snoozer se dio un festín. «El reno pesaba unas 120 libras —escribió Melville—. Tocamos a una libra entera de deliciosa caza, que regamos con té. Un bocado de reyes, ciertamente»^[707].

Uno de los hombres encontró una charca de agua dulce. Se trataba de agua sin un gramo de sal, pero, en palabras de Melville, «tenía un sabor desagradable, a pantano, y en ella flotaban animáculos y larvas de color rojizo». Los expedicionarios, sin embargo, estaban tan contentos de poder calentarse frente a un fuego con la barriga llena de carne que no les importó. Según relató Melville: «Cuando por fin tocó retirarse, a nadie le preocupó que los sacos de dormir estuvieran mojados, pues disfrutábamos aún de la exquisita y casi olvidada sensación de sentirnos repletos de comida abundante y sabrosa. La alegría embargaba cuerpos y mentes, tanto más cuanto sabíamos que al día siguiente nos esperaba un estupendo caldo de carne»^[708].

Pronto cayeron dormidos y disfrutaron de un largo y satisfactorio sueño nocturno. De Long escribió en su diario: «Nuestras preocupaciones menores parecían difuminarse ante la calidez y seguridad que nos ofrecía la isla Semiónovski»^[709].

Al día siguiente, 11 de septiembre, los hombres vieron a la cría de reno, que se había acercado al campamento, sin duda en busca de su madre. Alexey y otros cazadores partieron en pos del animal y lo persiguieron hasta el otro extremo de la isla, pero fueron incapaces de capturarlo. Sobre las colinas de tierra y lodo, los cazadores encontraron las huellas de un gran predador —un oso o, más probablemente, un lobo— y supusieron que el joven animal había hallado su destino final.

El resto se ocupó en otros quehaceres. Ambler salió a pasear en busca de hallazgos geológicos y encontró lo que supuso un colmillo fósil de mastodonte; Newcomb, por su lado, dio una larga caminata para estudiar las aves. Otros se dispersaron por la isla, buscando en vano señales de partidas de rescate que la hubiesen visitado en busca del *Jeannette*. El resto se dedicó a reparar las embarcaciones y a preparar el desafío que supondría la siguiente etapa por mar. Aquel era un día tranquilo y neblinoso, y la temperatura se mantenía algo por encima del grado centígrado negativo. De Long había planeado dejar Semiónovski la mañana siguiente. Se produjo un agitado debate al respecto de si las embarcaciones resistirían una travesía de varios días en aquel bravo océano. De Long sabía de sobra, tras las jornadas de navegación transcurridas, que las tres embarcaciones se comportaban de manera muy distinta unas de otras.

El primer cúter, el del comandante, era probablemente el más estable, pero también el que cargaría con más hombres —catorce— y mayor cantidad de víveres, a los que se sumaban los papeles y documentos de la expedición y los ejemplares y muestras científicas. También Snoozer viajaría con De Long. Ese cúter tenía seis metros y veinte centímetros de eslora y una manga máxima de algo más de un metro y ochenta centímetros. Como otras embarcaciones, era de casco trincado, es decir, sus tracas de madera se solapaban unas sobre otras, como las escamas de un pez. Su carena iba forrada de cobre, tenía seis remos y una sólida quilla de madera de roble. Aunque lenta («una nave parsimoniosa», la juzgaba Melville), se trataba de una excelente «embarcación para el mar, que cumplía espléndidamente con su función»^[710].

Melville comandaba, como se dijo anteriormente, una lancha ballenera. Estas tienen un diseño algo distinto al de los cúteres: su popa y proa eran puntiagudas y estaban pensadas para el esfuerzo agotador del arponeo de cetáceos y la imprescindible maniobrabilidad. Tenía casi siete metros y medio de eslora y era, por tanto, la más larga de las tres embarcaciones, y también la más rápida con todo el trapo desplegado. Danenhower recordaría que el jefe del astillero de Mare Island le había dicho que aquella era «una de las embarcaciones mejor construidas que había visto nunca»^[711]. «La experiencia lo prueba, tras la cantidad de golpes que se llevó durante la dura travesía sobre el hielo», añadió. La lancha ballenera había necesitado reparaciones constantes, pero era muy sólida, y Melville estaba convencido de que resistiría.

La embarcación que más preocupación despertaba era la de Chipp, el segundo cúter. Se había demostrado el componente más lento de la flotilla y era, de lejos, el más pequeño de los tres (tenía menos de cinco metros de eslora). Aunque muy bien construido, cuando la mar se arbolaba, sufría. De Long buscó compensar esa flaqueza haciendo que las otras dos transportasen más carga de la que les correspondía. El segundo cúter solo llevaría ocho tripulantes.

Pese a sus defectos, algunos hombres preferían viajar en el cúter de Chipp, por la sencilla razón de que era la menos deteriorada de las tres naves. Durante la larga travesía por la banquisa, la pequeña embarcación de Chipp no había sufrido demasiado, pues apenas sobresalía del trineo. Además, con Chipp navegaban los marinos más hábiles y experimentados de la expedición: Dunbar, Sweetman y el propio Chipp. Si alguien podía enfrentarse al peligro en el mar y salir airosos, ellos eran.

No obstante, a De Long no dejaba de inquietarle el asunto y el propio Chipp le hizo saber sus reservas. Escribió Melville: «Por primera vez, Chipp se ha quejado de su embarcación. Hasta entonces, había sido la favorita, y se la creía sólida y eficiente»^[712]. Danenhower, quien creía que el segundo cúter era «una muy mala nave de mar», se contagió de la aprensión de su comandante. Aunque apenas veía, acompañó a Chipp a cazar unas perdices esa tarde, y el piloto encontró que, aunque «se encontraba en mejor forma de lo habitual y con buen ánimo», Chipp «no se mostraba del todo optimista»^[713].

Ese día, domingo, De Long se mostró reflexivo y evitó cualquier celebración. Leyó su Biblia durante un buen rato. Aquel era, según anotó, «el nonagésimo primer día desde el hundimiento de nuestro barco, cuando fuimos arrojados a los hielos»^[714]. Tras tantas penalidades y más de 500 millas de mortificante travesía sobre el hielo (miles de kilómetros, si sumamos el desplazamiento relativo y el absoluto, debido al movimiento de la banquisa), estaban cerca de alcanzar la costa rusa sin haber lamentado una sola baja. La dolencia cardíaca de Dunbar preocupaba al comandante, como también el ojo de Danenhower, pero, en conjunto, sus hombres gozaban de una notable salud. Si el tiempo era bueno, zarparían por la mañana.

Armándose de optimismo y satisfecho por la buena marcha de los preparativos, De Long redactó un texto contando cómo había llegado la expedición a aquella isla y lo escondió junto al terraplén, bajo un poste de seis metros que clavaron en el lodo.

Domingo, 11 de septiembre de 1881

Esta nota quiere dar cuenta de nuestra llegada a esta isla y también informar de que nos proponemos partir. Ha sido depositada aquí, caso de que alguna partida de socorro la encuentre antes de que podamos ponernos en contacto con los Estados Unidos por nuestros propios medios. El Jeannette, tras navegar a la deriva durante dos inviernos, empujado por la banquisa, fue aplastado y se hundió [...] en la latitud 77 grados, 15 minutos norte y la longitud 155 grados este. Treinta y tres personas, entre oficiales y marineros, lograron alcanzar esta isla ayer por la tarde y tienen la intención de seguir camino mañana por la mañana, rumbo a la desembocadura del río Lena, a bordo de tres embarcaciones. Estamos todos bien, no padecemos escorbuto y esperamos, con la ayuda de Dios, llegar a algún poblamiento humano en las inmediaciones del Lena, la semana entrante. Tenemos provisiones para unos siete días.

George W. De Long,

comandante de la Expedición Ártica Estadounidense

La mañana siguiente se levantaron a las cinco, desayunaron a las seis y partieron a las siete y media. El tiempo parecía propicio: el mar estaba en calma y libre de hielo, una fuerte brisa soplaba del noreste y la temperatura era suave, de unos cero grados. De Long dio instrucciones a Melville y Chipp de no rezagarse demasiado y quedarán «al alcance de la voz», según sus propias palabras. A lo largo de la mañana hicieron exactamente eso: singlaron en fila y avanzaron a buen ritmo, sin incidente alguno, durante más de dieciséis millas. En un momento dado, Melville comunicó que estaba teniendo problemas, así que las tres embarcaciones echaron el ancla junto a un pequeño témpano. La lancha ballenera había chocado al parecer contra un gran fragmento de hielo sumergido y el impacto había hundido una sección del pantoque a popa. Sin embargo, el problema no lo fue para el siempre capaz Melville, quien no tardó en cerrar la herida de su nave.

Alrededor de mediodía, anclaron de nuevo en un fragmento de hielo flotante para almorzar a base de té y *pemmican*. La moral estaba alta. «Todo el mundo se mostraba feliz —escribió Melville—, con esperanzas de que aquella brisa no se intensificara demasiado y nos permitiera alcanzar Siberia tras una noche de travesía marítima»^[715]. Los hombres llenaron las embarcaciones de nieve para beber y De Long, Melville y Chipp se paseaban sobre el témpano, departiendo estrategias de navegación que les permitiesen singlar juntos si se levantase viento, dadas las diferentes velocidades de cada embarcación.

De Long quería que se hicieran todos los esfuerzos posibles para que las tres embarcaciones navegaran juntas. Pondrían la proa hacia el delta del río Lena, concretamente hacia un lugar marcado en las cartas como cabo Barkin.

Los tres oficiales permanecían en corro sobre el hielo, encorvados sobre un mapa de Petermann. De Long dijo a Melville y a Chipp que el cabo Barkin debía de estar a «unas ochenta o noventa millas, rumbo suroeste». Desde allí, según el comandante, seguirían el curso del río hasta encontrar alguno de los asentamientos nativos. De acuerdo con las cartas y las notas de que disponían, a lo largo y ancho del delta podían encontrarse diversas aldeas, y no tendrían problema en establecer contacto con sus habitantes. Estarían a salvo, les aseguró, pues «muchos aborígenes pueblan la región, tanto en verano como en invierno»^[716].

Sin embargo, si el mar los separase, cada una de las tripulaciones debería luchar por buscar la costa por separado. No deberían preocuparse por la supervivencia de los demás hasta no haber asegurado la propia. El objetivo último era reunirse en uno de los mayores asentamientos del delta, llamado Bulun, que se encontraba según el mapa a unas cien millas de la costa, río arriba. «No me esperen —ordenó De Long—. Busquen un piloto entre los nativos y remonten el río hasta algún lugar seguro, lo antes que puedan. Asegúrense de que tanto ustedes como sus hombres están bien antes de preocuparse por los demás»^[717].

En ese momento, De Long pasó a centrarse en la travesía marítima que tenían entre manos, pues las condiciones climatológicas habían dado un giro preocupante. Contempló el océano y reparó en que la brisa había refrescado y las olas se encrespaban. El tiempo estaba empeorando. Comprobó sus instrumentos y vio que la presión atmosférica había caído: si querían llegar a Siberia antes de que la tormenta los atrapara, debían apresurarse.

Así pues, los tres oficiales se dieron la despedida y se desearon la mejor de las suertes. Y, sin dilación, se adentraron en mares que ya eran, según Danenhower, «arbolados y terribles»^[718]. De Long recordó a sus subordinados que debían tratar de mantenerse a la vista. Las tres embarcaciones surcaron las olas, rumbo suroeste.

El orden de la comitiva debía ser De Long en cabeza, luego Melville y por fin Chipp.

De Long quería ser la mamá pata seguida de sus patitos, pero el mar, cada vez más agitado, no tardó en dar al traste con ese plan. Mantenerse dentro del alcance de la voz de los otros dos comandantes se reveló imposible, y muy complicado incluso mantenerse a la vista. De Long avanzaba a todo trapo en cabeza. Ganó ventaja, pero su pesada carga elevaba tanto la línea de flotación

que las olas superaban continuamente las bordas, ralentizando la marcha y regando a los catorce tripulantes, que debían achicar sin descanso. (Snoozer, acurrucado bajo las bancadas, parecía una rata mojada. Ambler, que navegaba con De Long, se quejaba de que «las olas barrían la popa y la proa [...] y despachamos una que casi nos hunde»).

El cúter de Chipp, como habían previsto, se quedó muy atrás, tanto que en ocasiones casi desaparecía en el horizonte a popa. La pequeña embarcación parecía estar atravesando dificultades. Siempre que De Long miraba atrás, Chipp, Dunbar y los otros seis tripulantes parecían estar maniobrando laboriosamente o afanándose entre velas que flameaban confusamente. El mar se fue picando cada vez más conforme avanzaba la tarde y el cúter de Chipp desaparecía completamente de la vista cuando caía en el seno entre dos olas. De Long no creía que Chipp y su embarcación pudiesen aguantar mucho más castigo por parte de la Naturaleza.

La lancha de Melville, mientras tanto, se embaló tanto que incluso le costaba mantener su posición a la popa de la nave capitana. Melville probó a arrizar el velamen y, aun así, seguía adelantándose. Se fueron endureciendo tanto las olas como el viento y Melville determinó que intentar ralentizar su embarcación podía resultar peligroso. Las olas avanzaban más rápido que la nave, estrellándose contra la popa, casi barriendo a Melville y sus diez marineros de la lancha.

A última hora de la tarde, las olas eran desmesuradas. Se había desatado una tempestad en toda regla, cuya furia parecía crecer con cada minuto. Los tripulantes de De Long, aun luchando por su propio pellejo, trabajaban más eficazmente que los de Melville. Ola tras ola inundaban la lancha ballenera, así que Melville hizo señas a su comandante y, acercando su embarcación a la capitana por un instante, gritó: «¡Tengo que dejarla correr o terminaré zozobrando!»^[719]. De Long lo autorizó y Melville desplegó todo el trapo. De repente, se adelantó con una sacudida y rebasó al cúter de De Long. Este vio que Melville seguía teniendo problemas en el gobierno de la lancha, pero al menos avanzaba a buena velocidad.

Entonces, De Long miró de nuevo a popa. No había rastro del segundo cúter. Se había desvanecido. El comandante sabía en lo hondo de su pecho que Chipp estaba condenado. Algunos de los hombres de De Long, escudriñando el horizonte, creyeron ver por un segundo una embarcación volcada sobre la cresta de una ola distante, pero casi había caído la noche, así que nadie estaba seguro. De Long sabía también que no podría dar media vuelta para ir en busca de su amigo; en una tormenta como aquella,

equivaldría a una muerte segura. Además, en su cúter no cabía un hombre más, así que no tenía sentido plantear ningún tipo de rescate. Si el cúter de Chipp había volcado, él y sus hombres no habrían vivido más que unos pocos minutos. La temperatura del agua apenas superaba los cero grados.

De Long se giró de nuevo para estudiar el océano a proa, y ya no vio la lancha de Melville. También él había desaparecido de la vista. Era difícil ver entre la espuma y las nubes de aguanieve y agua pulverizada: desde la cima de cada ola, los tripulantes del cúter de De Long oteaban el horizonte gris, sin conseguir avistar nada. Cayó la oscuridad sobre el mar de Láptev y la tormenta aulló. De Long y los trece hombres que formaban su tripulación sabían que estaban solos.



Querido padre:

¿Cómo te encuentras? Estoy tomando lecciones de música y voy a la escuela aquí. [...] Te enviaré mis exámenes. Estoy esforzándome mucho para darte una sorpresa cuando regreses. [...]

Algún día deberemos tener una casa bonita que sea nuestra. Mamá está ahorrando todo su dinero para comprar una.

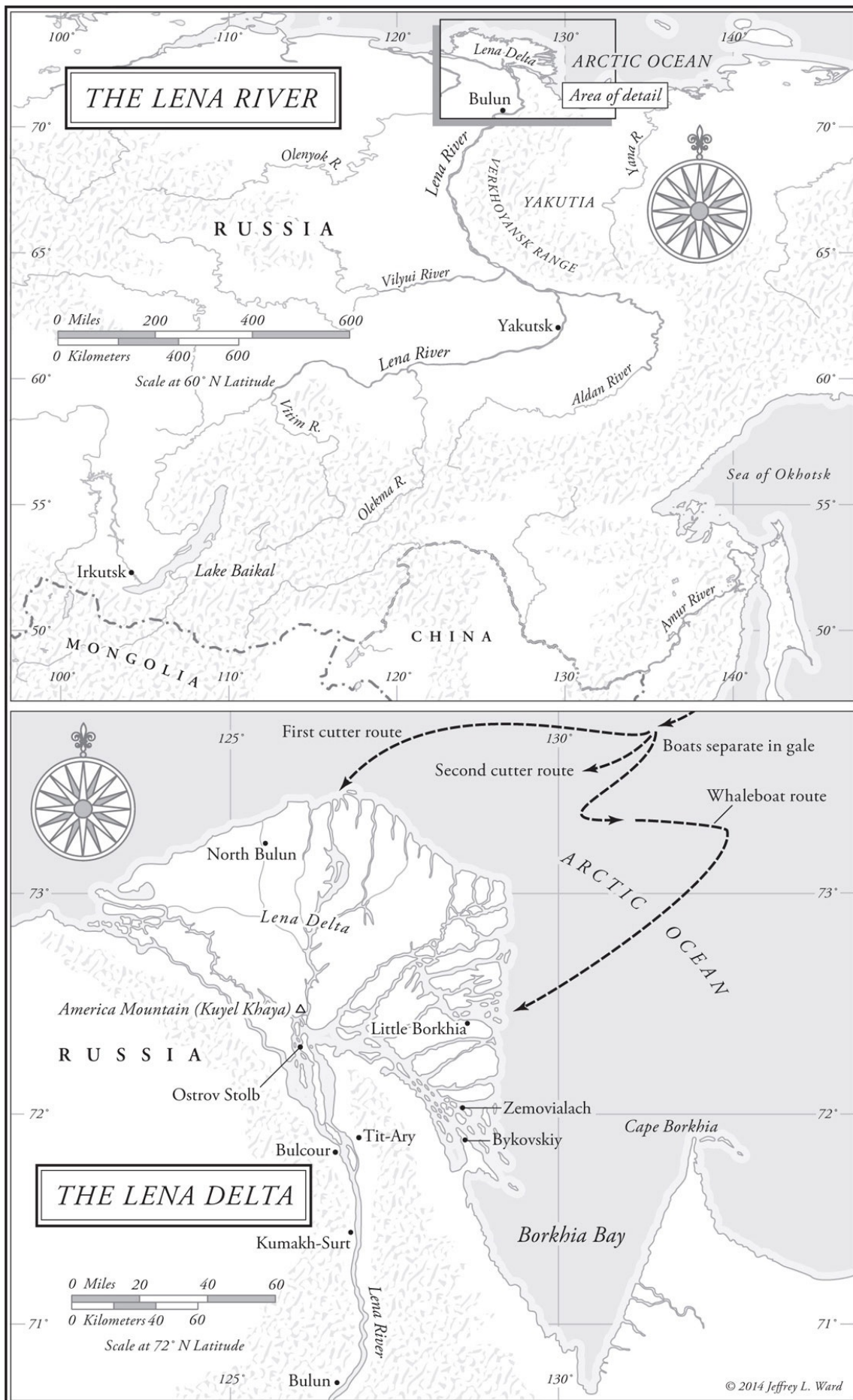
Te echamos mucho de menos y queremos que vuelvas pronto. [...] Rezo por ti todas las noches y le pido a Dios que te bendiga y te dé el éxito, y que te traiga sano y salvo a casa, donde te esperamos mamá y tu hija, que te quiere,

Sylvie De Long



PARTE VI

El susurro de las estrellas



Catorce afortunados

Durante toda la noche, la tormenta golpeó el cúter de De Long, zarandeándolo sin descanso entre olas gigantescas. Una ráfaga de viento rajó la vela mayor por la mitad. Otra partió el mástil. El comandante y Nindemann se dispusieron a improvisar un arreglo, pero pronto se percataron de que no tenía sentido siquiera tratar de gobernar la nave bajo aquel viento huracanado. Pusieron proa al centro de la tormenta y cabalgaron el mar salvaje como pudieron.

Nindemann recibió el encargo de construir un ancla de capa, artefacto utilizado para dar estabilidad a las embarcaciones cuando hay mala mar. Aplicó todo su ingenio y se sirvió de varios remos, un barril de agua y varios trozos de madera, todo lo cual lastró con un piolet. El invento ayudó a controlar el cúter, pero el agua seguía entrando y los hombres hubieron de achicar durante toda la noche. Una ola especialmente grande llenó la embarcación «hasta las bancadas», según Nindemann^[720]. «Si hubiera llegado otra ola enseguida, por pequeña que fuese, nos habría hundido». «La borrasca arreciaba —anotó Ambler más tarde—. Estábamos a punto de naufragar, de tanta agua como entraba. Llevábamos toda la noche cayendo a un pozo de mar del que parecía imposible escapar. Apenas nos daba tiempo a achicar parte del agua antes de que embistiera la siguiente ola. Achicar, achicar sin descansar un instante»^[721].

Amaneció y no parecía que fuese a amainar. Bajo la luz amortiguada, De Long mantuvo la vista incansablemente en el horizonte. No se veían indicios de tierra y tampoco de Chipp ni de Melville. Los tripulantes del cúter de De Long, en los pocos momentos de descanso, no podían sino inquietarse por el hado de sus compañeros. Todo el mundo parecía aceptar con resignación la aparente realidad: las otras dos embarcaciones de la comitiva habían volcado y sus tripulaciones —diecinueve hombres en total— habrían muerto. Otros catorce tripulantes y el perro Snoozer se hacinaban en el primer cúter: De Long, Ambler, Nindemann, Noros, Erichsen, Kaack, Görtz, Collins,

Ah Sam, Alexey, Walter Lee, Dressler, Nelse Iverson y Boyd. Por muy mal que pintasen las cosas, se consideraban ahora hombres con suerte.

A lo largo del día no pudieron hacer otra cosa que dejarse llevar de un lado a otro, entre las crestas y senos de mar gris, y esperar a que el mal tiempo se aplacara. Sobre las seis de la tarde, de súbito, los vientos perdieron fuerza y la ganó el ánimo del comandante. No así las olas, que parecían más amenazantes que nunca. Así pues, los hombres se vieron obligados a pasar otra noche más agolpados en el cúter, zarandeados por el mar, en tensión constante por los incesantes embates. «Una condena inacabable —escribió Collins—. Faltos de toda esperanza, salvo en la misericordia de Dios todopoderoso, tratábamos de mantenernos hombro con hombro».

«Llevamos sin dormir treinta y seis horas —escribió Ambler—. Sabe Dios hacia dónde viajamos durante la noche»^[722]. Al menos, podían dirigir la mirada al cielo, pues las nubes habían desaparecido y en su lugar resplandecían la luna y las estrellas. De cuando en cuando, la aurora boreal formaba volutas luminosas en la clara bóveda nocturna.

Llegada la mañana siguiente, la del día 14 de septiembre, el mar se había aplacado bastante y ya era posible maniobrar la nave y retomar la travesía. Cuando De Long preguntó a los tripulantes si había algo en el cúter que pudieran convertir en vela, Nindemann encontró una hamaca y la vieja funda de uno de los trineos. Görtz y Kaack sacaron agujas de coser y se dispusieron a crear un remedo de vela. El comandante ordenó levar y desmontar la improvisada ancla de capa y Nindemann reparó el mástil roto. En poco tiempo recuperaban el control de la nave y se lanzaban en busca de las orillas siberianas.

Había razones para la esperanza, pero la mayoría de los hombres —especialmente De Long— se negaron a celebrar nada. Los sabañones del comandante estaban de vuelta, lo que le impedía comandar el timón. Se quejaba de que no sentía los pies y de lo que Ambler describió como un «tic nervioso en la garganta»^[723]. De Long se metió en el saco de dormir, a la popa del cúter, bebió un poco de *brandy* y trató de escribir en su diario, pero le resultó imposible: no se sentía las manos.

Erichsen, a quien también aquejaban problemas en los pies, tomó el timón resueltamente, y así navegaron toda la tarde y la noche. Sobre las diez de la mañana siguiente, la del 15 de septiembre, Nindemann se puso de pie en el extremo de la proa y avistó unas manchas sobre el horizonte que, en su opinión, debían de ser tierra. Informó a De Long, quien seguía echado, tratando de recuperar la sensibilidad en pies y manos, pero el comandante se

mostró dudoso. Ambler trató de ver la tierra supuestamente divisada por Nindemann, sin éxito. Pero unas horas más tarde, la masa sólida apareció repentinamente, a la vista de todos. No era ninguna ilusión óptica.

¡Siberia! El continente asiático, por fin. El delta del poderoso río Lena. ¿Cuántas veces a lo largo de los últimos tres meses habían temido no llegar jamás a tierra firme? Por primera vez desde que abandonaron el barco naufragado, tenían un motivo real y tangible, frente a sus narices, para creer en la salvación.

Había un problema, no obstante. Erichsen, al timón, no distinguía en el horizonte nada que se pareciera a la desembocadura del río o de alguno de sus brazos. Es más, estudiando la franja de mar que los separaba de la tierra, los hombres repararon en que frente a la orilla se extendía una barrera de hielo recientemente formado, justo frente al punto donde las aguas del Lena se entremezclaban con las corrientes oceánicas.

En pocas horas se toparon con aquel nuevo obstáculo. Se trataba de hielo de agua dulce, formado hacía poco tiempo, frágil, de apenas unos centímetros de grosor. En un primer momento dio la impresión de que no costaría trabajo romperlo, pero la mañana siguiente, la del 16 de septiembre, el cúter quedó atrapado y sus tripulantes hubieron de romper el hielo con los remos para poder seguir avanzando por estrechas grietas.

El método funcionó hasta que se presentó abruptamente una nueva dificultad: el cúter embarrancó en los bajíos. Se encontraban aún a unos cinco kilómetros de la orilla, y aquellas extensas llanuras de marea estaban cubiertas por menos de un metro de mar. De Long y sus hombres, por fin, ponían el pie en cierto tipo de tierra firme: los limos de aluvión vertidos por uno de los mayores ríos del mundo.

El río Lena nace a casi 5000 kilómetros al sur del océano Glacial Ártico, en una cordillera cercana al lago Baikal, en la Rusia profunda, no lejos de la frontera con Mongolia. En su curso hacia el norte, atraviesa las solitarias masas forestales de Yakutia y recibe un afluente tras otro: los ríos Kirenga, Vitim, Olekma, Aldán, Vilyui. El Lena es el undécimo río más largo del mundo y su cuenca es la novena más extensa: una vasta extensión cubierta de taiga y tundra pantanosa, infestada de mosquitos, de más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados. El Lena arrastra una cantidad extraordinaria de sedimentos: el desmesurado caudal del río expulsa en su ancha

desembocadura una lengua de lodos y materiales sólidos que se adentra más de ochenta kilómetros en el océano.

El Lena es uno de los pocos sistemas fluviales del mundo de grandes dimensiones que fluye hacia el norte, y en dirección a un mar congelado la mayor parte del año. En otoño, con la llegada del frío, el Lena empieza a helarse por su desembocadura y no por su curso alto, de modo que aparece una barrera natural que contiene su poderoso caudal. Instalado el invierno ártico, el río continúa fluyendo, pero se topa con un tapón de hielo cada vez mayor en su curso bajo.

La respuesta del agua es buscar incontinentemente nuevos caminos hacia el mar. El hielo, en el caso del Lena, magnifica y distorsiona la tendencia que los cursos fluviales tienen de ramificarse en sus desembocaduras. La presión acumulada tras la presa de hielo que cada invierno se forma frente a su desembocadura obliga al río a dividirse en cientos de brazos que riegan un área de unos 2600 kilómetros cuadrados. El caos de cauces y corrientes de agua dulce forma uno de los deltas más extensos y complejos del planeta.

Desde el aire, el delta del Lena parece el corte en sección de un enorme tumor que creciese en la costa siberiana y se adentrase en el mar de Láptev. Se trata de una masa de tierra de unos 200 kilómetros de anchura, surcada por una confusa red de brazos fluviales. Estos abrazan llanuras arenosas moteadas de miles de lagunas, lagos y meandros cegados. Forman el delta más de 1500 islas, aunque esta cifra varía constantemente. El río se divide en siete brazos principales que, a su vez, se dividen en decenas de esteros menores que fluyen como vasos capilares hacia el océano. El río recorre su camino incansable hasta principios del invierno, cuando el frío se hace tan intenso que este descomunal sistema de canalización natural queda completamente bloqueado: el curso del Lena se congela completamente hasta 5000 kilómetros tierra adentro, creando una superautopista de hielo.

Un informe aparecido en 1882 decía: «Resultaría a todas luces imposible trazar mapas fiables de esta desolada región, pues rápidamente quedan invalidados por los muchos cambios que traen consigo las estaciones»^[724]. El mapa de Petermann era el único existente con cierto nivel de detalle, pero era más bien hipotético y presentaba errores de peso: en él aparecían ocho bocas, cuando en realidad son más de doscientas. Los pocos topónimos que indicaban poblaciones o hitos geográficos estaban erróneamente situados o directamente no existían.

Se trataba de un paisaje sobrecogedor el que se extendía ante la mirada de De Long y sus hombres, aquella tarde del 16 de septiembre de 1881. Se

encontraban a unos cinco kilómetros aún del delta emergido, pero no podían seguir avanzando, varada la embarcación en los depósitos de lodo expulsados por el río.

Cuando De Long se incorporó para valorar aquella nueva dificultad, solo se le ocurrió una solución: ordenó a todo el mundo que desembarcase para aligerar la carga del cúter y tratar de reflotarlo al menos unos centímetros. Los hombres se echaron a las agitadas aguas, rodearon la embarcación y se dispusieron a guiarla hacia tierra, empujando en ocasiones. Solo Snoozer y unos pocos hombres incapacitados se quedaron a bordo.

Los hombres podían observar a través de las someras y cristalinas aguas que el lecho de limo gélido sobre el que caminaban presentaba patrones casi ornamentales, debidos a la acción de las corrientes. Pequeños peces nadaban rápidamente, en todas direcciones. La profundidad iba del medio metro al metro y poco, aunque en general disminuía conforme se aproximaban a la orilla. Las botas se clavaban en el lodo y en más de una ocasión, al tirar, los hombres sacaban los pies descalzos. Frustrados, algunos se quitaron los *mukluk* y los arrojaron al interior del cúter para continuar sin ellos.

En varias ocasiones, la embarcación embarrancó de nuevo, obligando a sus tripulantes a alzarla y orientar la proa hacia zonas de mayor profundidad. Era una labor mortificante, empeorada por la baja temperatura del agua que traía el río, que no tardó en entumecer pies y piernas. La mayor parte de los hombres gruñían y empujaban aferrados a las bordas del cúter, y unos pocos se adelantaban unos metros, rompiendo el hielo recién formado con los remos y tratando de vislumbrar el camino más sencillo a tierra.

No hicieron grandes progresos a lo largo de la jornada. Avanzaron quizá algo más de kilómetro y medio. La subida de la marea facilitaba el trabajo; al bajar esta, el cúter se clavaba sin remisión en el barro. A última hora de la tarde, según cuenta Nindemann, «todo el mundo estaba destrozado»^[725]. Embarcaron de nuevo junto a Snoozer y los impedidos y compartieron una triste cena a base de lengua de vaca. Después, Ambler pidió a todos que se quitasen las botas para examinar los pies. Lo que vio no le gustó nada: apenas un día de vadeo en aquellas gélidas aguas había pasado una onerosa factura, pues todas las extremidades estaban hinchadas y presentaban un tono azulado. Ambler temía congelaciones galopantes entre los tripulantes. Boyd, Erichsen, Collins, Ah Sam y el capitán De Long eran los más afectados, pero ningún hombre se libraba.

El mar, pese a su poca profundidad, se había revuelto bastante y «entraba en el cúter una y otra vez», en palabras de Nindemann^[726], «empapando a

todo el mundo» e «inutilizando los sacos de dormir». Acurrucados sobre el fondo curvo de la embarcación y tiritando, los hombres pasaron lo que De Long juzgó una «noche extremadamente incómoda, horrible»^[727]. El cúter seguía semienterrado en los bajíos del Lena, cabeceando ocasionalmente según marcaba el flujo de la marea y las corrientes.

La mañana siguiente, a primera hora, De Long y sus hombres retomaron la lucha en pos de tierra firme. A mediodía habían avanzado menos de un kilómetro a través de aquel laberinto de barro y agua. La situación era dantesca; parecía que el continente jugase con ellos: se encontraba a apenas tres kilómetros, pero eran incapaces de alcanzarlo. De Long temía que jamás llegasen a la orilla o que, si lo conseguían, las extremidades se les terminasen congelando.

Se vio obligado, así pues, a tomar una decisión radical: tendrían que abandonar el cúter en el banco de arena y continuar vadeando hasta la orilla con sus cosas auestas. De Long quería conservar la embarcación como fuese, sabedor de que la necesitarían para remontar el río, pero se terminó convenciendo de que o se deshacían de ella o terminarían muertos. Debían dejarla allí.

Hicieron fardos, cargaron con ellos y avanzaron a trancas y barrancas hacia la orilla en fila india. Snoozer hacía lo que podía por seguirles, chapoteando y tratando de nadar. Nindemann y Noros, los más fuertes de los catorce, lideraban la procesión; además, conducían una balsa improvisada, hecha con remos y trozos sueltos de madera, sobre la que colocaron el *pemmican* y otros objetos pesados.

De Long, que cargaba con algunos de los diarios y bitácoras del *Jeannette*, trastabillaba en la retaguardia junto a los tripulantes más golpeados por la congelación. Aquellos cuadernos, tamaño folio, pesaban bastante, pero eran enormemente valiosos para el comandante. Era todo lo que quedaba de la expedición, el único registro de su viaje y la sola prueba tangible de sus logros exploratorios y científicos. Los salvaguardaría a toda costa, «mientras tenga hombres para cargar con ellos».

Durante la travesía, el agua a veces llegaba por las rodillas, otras veces por la cintura. Muy a menudo aparecían fuertes corrientes que a cada esforzado paso les hacían perder el equilibrio. Aunque el agua perdiera profundidad, los hombres no eran capaces de elevar las entumecidas piernas lo suficiente como para pisar la fina capa de hielo; tenían que romperla

empujando, lo que les laceraba las espinillas hasta sangrar. Snoozer avanzaba con tantas dificultades que Alexey tuvo que subírselo a los hombros y transportarlo casi todo el camino.

Poco más de una hora más tarde, Nindemann y Noros arrastraban la balsa sobre tierra seca. Uno a uno, los otros doce siguieron sus pasos, saliendo casi a rastras de las llanuras de lodo cubiertas de mar. Lanzando exhaustos vivas, se reunieron en la playa. Estaban aturdidos, eufóricos, aliviados por haber superado aquella nueva dificultad. Por fin, descansaban sobre el continente asiático. Desde el lugar en que se había hundido el *Jeannette*, habían recorrido casi 1000 millas, unos 1500 kilómetros, aunque la mayoría de los hombres habían hecho numerosas idas y vueltas sobre la banquisa para trasladar enseres, así que la distancia total podía sobrepasar fácilmente los cuatro mil. Su odisea había concluido una etapa y comenzaba ahora otra completamente distinta. Se había completado una metamorfosis: habían sido criaturas del hielo, luego de mar y por fin se convertían en criaturas de tierra.

La playa estaba desolada. La madera de deriva se amontonaba en una hilera paralela a lo que parecía un brazo de río estancado. Unas pocas gaviotas volaban en círculo sobre sus cabezas. La incansable brisa marina empujaba una friísima llovizna racheada. Estaba demasiado nublado, así que De Long no pudo calcular su posición exacta. No vio signo alguno de Melville, de Chipp ni de ningún otro ser humano: ni objetos ni huellas ni construcciones de ningún tipo. Aquel lugar parecía tan dejado de la mano de Dios y tan solitario como las islas de Nueva Siberia.

Esto sorprendió a De Long. Supuso que habían desembarcado frente a algún canal secundario y aislado del río, no cartografiado por Petermann. Los mapas y notas de este indicaban que a lo largo y ancho del delta se levantaban varios asentamientos y que en las bocas del Lena a menudo había tráfico de pequeñas embarcaciones. A De Long se le había asegurado que no tardarían en encontrar nativos y por esa razón, de hecho, habían puesto la mira en aquel punto concreto de la costa.

Sin embargo, la información aportada por Petermann era errónea casi en su totalidad. Los yakutos nativos y los miembros de otras tribus de la zona se aventuraban por la parte más septentrional del delta, pero en pequeños grupos, y únicamente durante algunas semanas estivales. Se refugiaban en toscas cabañas y se dedicaban a poner trampas para zorros, cazar renos y pescar, como habían hecho durante siglos. Mediado septiembre, sin embargo, solían regresar a sus aldeas, río arriba, para evitar las peligrosas inundaciones producidas por la aparición de las barreras de hielo ártico a finales de verano.

De Long había llegado una semana tarde. «Tenemos que afrontar la situación y prepararnos para alcanzar algún asentamiento a pie», escribió con tono grave^[728].

Lo que De Long no sabía es que sí que había una aldea cercana a la costa, en el noroeste del delta. Se trataba de Bulun Norte, un asentamiento en el que vivían un centenar de nativos y que se levantaba en un terreno elevado, a salvo de las inundaciones otoñales. Si De Long hubiese desembarcado apenas trece kilómetros al oeste, habría dado con un brazo del río conducente a dicha aldea, sin tener que bajar siquiera del cúter. Pero ¿cómo iba a saberlo? Ni ese brazo del río ni ese asentamiento aparecían en el mapa de Petermann.

Los que aún podían caminar regresaron al cúter varado para llevar a la playa un segundo cargamento y volvieron después una tercera vez. Cayó la noche y los hombres recolectaron una gigantesca montaña de madera de deriva. Muy pronto ardía un resplandeciente fuego sobre la playa. Los expedicionarios colgaron pieles y ropa interior empapada, y permanecieron en pie, medio desnudos, apretándose, masajeándose y golpeándose las insensibilizadas extremidades para devolverles algo de vida.

El doctor Ambler estaba sobrecogido por las condiciones en que encontró los pies de los expedicionarios. La mayoría presentaba síntomas de congelación: ampollas amoratadas, piel cerúlea, lesiones nerviosas, indicios de necrosis en el tejido... «Todo el mundo presentaba congelaciones graves», contó Nindemann^[729]. Los más afectados eran Collins, Boyd, Erichsen y Ah Sam. El cocinero chino se metió como pudo en su saco de dormir, gimiendo de dolor.

A Ambler le preocupaba especialmente Erichsen. El danés tenía las piernas horriblemente hinchadas y sus pantorrillas estaban duras como la piedra. Cubrían sus pies horribles ampollas que, al ser drenadas por el médico, secretaron un pus amarillento mezclado con sangre. Ambler le aplicó petrolato, le cubrió los pies con una venda de algodón y lo acomodó junto al fuego.

La mayor parte del grupo trataba de recuperarse junto a las llamas, pero Nindemann y Noros no dejaron de trabajar. En la oscuridad más absoluta, volvieron al cúter una vez más para recuperar algunos artículos restantes. Una hora después, estaban de vuelta. Dejaron caer las cosas sobre la arena de la playa, se dieron la vuelta y partieron hacia la embarcación de nuevo, dispuestos a hacer un cuarto viaje.

Aquellos bravíos hombres no parecían humanos. Tenían pies insensibles al frío y la humedad, y sus sistemas circulatorios desafiaban toda comprensión humana. Parecía que la sangre corría a otra velocidad por sus venas y arterias; nadie podía mantener su ritmo. «Cuando regresamos al cúter estaba ya oscuro —relató Nindemann— y no veíamos ni la playa ni la hoguera, pero nos guiamos por el camino que habíamos abierto en el hielo». A De Long estos dos hombres, especialmente Nindemann, no dejaban de sorprenderlo. El capitán había redactado una nota para recomendar la concesión de la Medalla de Honor del Congreso al alemán, cuando este contuvo la inundación de las bodegas del *Jeannette*. Sus continuados esfuerzos desde aquella ocasión le hacían merecedor de otra condecoración más, si cabe.

Nindemann y Noros no se echaron a descansar hasta medianoche, pero durmieron satisfechos e indemnes, pese a sus repetidas travesías anfibias por las llanuras de marea.

El 19 de septiembre, tras reorganizarse y enterrar todos los enseres prescindibles —papeles, cronómetros, instrumentos de estudio de la naturaleza— en un escondrijo marcado por el mástil de una de las tiendas, De Long y sus hombres se dispusieron a marchar dirección sur, a través de las llanuras pantanosas del delta. Con víveres para apenas unos días, De Long sabía que debían darse prisa en encontrar una salida a aquel dédalo de lodo, arena y agua, y localizar el brazo principal del río. Leyó a los hombres un pasaje del Evangelio según san Mateo:

No os afanéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

El doctor Ambler, sobrepasado por tener que atender tantos pies amoratados y congelados, se mostraba pesimista. «Dada la situación, nuestras posibilidades de encontrar un asentamiento son escasas —escribió el médico—. Debemos seguir adelante y remontar el río»^[730].

De Long, quien apenas podía caminar, trató de dar un barniz optimista a sus previsiones. El capitán se mostró más resuelto que nunca. En el escondrijo, cercano al campamento, dejó la caja de uno de los instrumentos científicos, en cuyo interior depositó una nota:

Lunes, 19 de septiembre de 1881

Delta del río Lena.

Las siguientes catorce personas pertenecen a la tripulación del Jeannette, desembarcaron en este lugar la tarde del día 17 del corriente mes, y continuarán a pie esta tarde para tratar de alcanzar algún asentamiento a orillas del Lena: Ambler, Collins, Nindemann, Görtz, Ah Sam, Alexey, Erichsen, Kaack, Boyd, Lee, Iverson, Noros y Dressler, además de yo mismo, De Long. En la isla Semiónovski hemos dejado enterrado un mensaje bajo un poste. Las treinta y tres personas, entre oficiales y marineros, que viajaban en el Jeannette abandonaron la citada isla en tres embarcaciones la mañana del día 12 del corriente mes, a saber, hace una semana. Esa misma noche fuimos separados unos de otros por una tempestad y no sabemos nada de los demás desde entonces. El cúter por mí comandado arribó a la costa la mañana del día 16 del corriente, y a mi entender nos encontramos en el delta del Lena. Tras intentar durante dos días llegar a tierra firme sin embarrancar, o al menos alcanzar alguna de las bocas del río, decidí abandonar mi cúter. Caminamos hasta la orilla, cargando nuestras provisiones y equipos. Ahora debemos, con la ayuda de Dios, llegar a pie a algún poblado. Estamos todos bien, tenemos provisiones para cuatro días, armas y munición, y llevamos con nosotros únicamente los documentos y diarios del barco, mantas, tiendas y algunos medicamentos. Tenemos bastantes opciones de salir de esta situación.^[731]

George W. De Long, comandante



Esposo querido:

He de demostrar valor y esperanza cara a la galería. No debo preocupar a nadie con mis problemas. Quiero estar alegre por Sylvie. Ella no es capaz de entender la situación y no quiero que la entienda. Creo que antes no era yo consciente de cuán tierna y profundamente te amo, y no soy capaz de comprender por qué ahora me presto a tales declaraciones, impropias de una dama. Ya conoces mi característica reserva. No obstante, sé que tú anhelas el amor y el afecto tanto como yo.

Cae la noche ahora. Escribo en la biblioteca. La pequeña Sylvie descansa en la cama, profundamente dormida. Ha rezado por que su padre esté sano y salvo. En la chimenea arde un fuego alegre, los dos perros se estiran sobre la alfombra de piel, frente a ella. ¿Te gustaría pasar la noche conmigo? ¿O es más agradable allá donde ahora te encuentras? Supongo que no debería bromear así, no al menos antes de que nos reencontremos y pueda valorar cuántas bromas estarías dispuesto a aguantar.

Emma



Recuérdense en Nueva York

Los náufragos caminaron durante dos días por el laberíntico delta de arena y barro. Les inquietaba no tomar el rumbo apropiado. No podían desplazarse en línea recta. Siempre avistaban por delante de ellos un banco de arena más seca, alguna lengua de tierra más sólida, alguna pista clara que pudiera sacarlos de aquel atolladero. Nunca estaban seguros de si el cauce que seguían era el del río o el de alguna corriente subsidiaria que se perdiese o desaguara en algún pantano impracticable. En el mapa de Petermann, aquella zona estaba rotulada de la siguiente manera: «Pantano sobre tierras permanentemente heladas».

A lo lejos, un abombamiento montañoso se cernía sobre el mosaico interminable que se extendía ante ellos: canales sinuosos, albuferas de agua salada, anchas ensenadas, canales de aguas inmóviles y otros con fuertes corrientes. Todo ello se helaba, poco a poco. Los nativos y los animales sabían que era hora de abandonar aquel lugar: de hecho, ya se habían marchado. El instinto avisaba de que había mucho más hielo por llegar y que ese hielo produciría inundaciones, y que las inundaciones provocarían catastróficas reconfiguraciones de ese nuevo hielo acumulado, fenómeno que se daba todos los años con la puntualidad de un reloj. Los pocos patos y gansos rezagados que veían en la distancia se agrupaban en bandadas, como preparándose para migrar. A aquellas alturas del verano, cualquier ser vivo que quedase por allí, ya fuera ave o mamífero, era un vagabundo perdido, tan desubicado como lo estaban De Long y sus hombres.

Era aquella una tierra dura, más apropiada para los mamuts, los tigres de dientes de sable y los rinocerontes lanudos que para los seres humanos. Una tundra pleistocena de dimensiones fabulosas. Festoneaban las riberas de los canales troncos y ramas de una resplandeciente madera grisácea, los cuales habían flotado miles de kilómetros río abajo desde otra tierra en la que sí crecían los árboles: los verdes bosques siberianos que conocemos con el nombre de *taiga*. De Long no tenía otra opción más que seguir los canales fluviales en los que se acumulaba más madera, pues no se podían separar de

aquel combustible, al igual que el viajero del desierto no se alejaría de una corriente de agua dulce.

En cierto sentido, aquella era la peor época del año para andorrear por aquel infierno pantanoso. En verano, se podía caminar y también navegar en balsa; en invierno, todo se congelaba, creando una superficie homogénea sobre la que caminar con relativa facilidad, pese al frío. Sin embargo, en aquel momento la situación no era una ni otra, y moverse resultaba especialmente difícil. La nieve acumulada empezaba a ocultar los hitos geográficos y las pistas que ofrecía la tierra firme, pero el velo helado que se formaba ya sobre el río no era lo suficientemente grueso como para sostener a un hombre. Hacía un frío terrible y, sin embargo, no podían aprovechar las pocas ventajas que ofrecían las bajas temperaturas.

Al menos no había mosquitos. En la canícula, los insectos atormentan sin piedad a toda criatura de sangre caliente que se atreva a adentrarse en el delta del Lena. Se sabía que los enjambres de mosquitos eran capaces de tumbar un alce o de volver locos a los hombres. De Long se salvó de ellos por apenas dos semanas.

Según avanzaban, De Long no podía dejar de pensar en las víctimas de congelaciones. Boyd y Ah Sam eran los más afectados, pero parecían mejorar. Erichsen, sin embargo, empeoraba. Los dos días de marcha lo habían dejado prácticamente agonizando. Nindemann le había hecho una muleta con una rama, pero Erichsen caminaba con mucha dificultad, cojeando, arrastrando torpemente los pies, los ojos empañados en lágrimas. Resultaba irónico que fuera precisamente el único escandinavo del grupo el más afectado por la congelación. Además, todos lo tenían por invencible: «Es más duro que el cuero bien curtido»^[732], había loado Collins en una de sus rimas. El danés era un tipo grande y afable, de complexión fuerte y carácter luminoso, tan dispuesto siempre a ayudar que a sus camaradas les costó trabajo darse cuenta de lo grave que era su condición.

Durante uno de los peores momentos de la jornada anterior, Erichsen se sentó sobre la tundra nevada y se negó a moverse. «¡No puedo seguir! — gritaba—. ¡No puedo seguir!». Cuando Nindemann acudió en su ayuda, Erichsen le imploró que se alejase de él y afirmó que se quedaría allí, y allí moriría. No quería retener más al resto. Nindemann le pidió a su amigo que no tirase la toalla y le aseguró que lograrían salir de allí. Que pronto estarían celebrando su salvación en San Petersburgo. Pero Erichsen le contestó vociferando: «¡Id vosotros hasta San Petersburgo! ¡Yo no puedo seguir!»^[733].

De Long y el doctor Ambler se acucillaron junto a Erichsen y lograron convencerle por fin de que se incorporase y empezase a caminar de nuevo. Sin embargo, De Long se mostró muy alarmado. Escribió: «Su estado es verdaderamente grave»^[734].

Esa noche, después de cenar, todos comprobaron el muy precario estado de salud de su compañero. Cuando Ambler retiró el vendaje del pie derecho de Erichsen, quedó espantado por lo que vio: del pulpejo del pie se desprendió un trozo de carne podrida que cayó al suelo. Ambler no dijo nada al paciente. Lo apartó discretamente y se ocupó de limpiar la herida. Había llegado a ver un trozo de hueso. Estremecido, vendó el pie de nuevo a Erichsen y fue a hablar con De Long.

Erichsen no había llegado a verse el pie, pero sabía que algo no iba bien. Se volvió a Nindemann, buscando una confidencia.

—Nindemann, ¿tú sabes algo sobre congelamiento de la carne?^[735]

Nindemann, que lo había experimentado en Groenlandia, trató de contestar con la mayor transparencia.

—Sí —contestó—. Cuando aparece, la carne se vuelve azul y luego negra. Erichsen reflexionó sobre ello un instante y a continuación dijo:

—Cuando el doctor me ha quitado la venda, se me ha caído un trozo de carne. Lo he visto.

Nindemann no podía decirle la verdad.

—Erichsen, debes de haber delirado.

—No —insistió el danés, con el gesto encogido por la preocupación—. Estoy seguro. Se me ha caído un trozo de pie^[736].

La tarde del 21 de septiembre, dos días después de la partida desde la costa, De Long y su columna de hombres divisaron algo en la distancia que les reavivó el corazón. Más adelante, sobre una curva del río, se levantaban dos cabañas de madera, una junto a otra. Una estaba vieja y medio derrumbada, pero la otra parecía construida hacía poco tiempo. A De Long no le parecieron meros cobertizos para la temporada estival, sino «estructuras pensadas para vivir en ellas». Todo el mundo se hizo la misma anhelante pregunta: ¿estarían ocupadas?

Los que marchaban a la vanguardia —Alexey, Nindemann y Noros— apretaron el paso. Abrieron las chirriantes puertas, pero, para su desgracia, ambas cabañas estaban vacías. Encontraron cenizas recientes en ambos hogares, sin embargo. Inspeccionados los interiores, Nindemann concluyó

que los ocupantes habían dejado el lugar hacía no más de dos semanas. Ambler juzgó que las cabañas «estaban en buen estado». Dentro, los hombres encontraron un tablero de ajedrez, cubiertos de madera, lápices gastados y «pruebas», en palabras de De Long, «del uso de herramientas por parte de trabajadores más o menos cualificados». En las cercanías encontraron un cepo con la cabeza de un zorro, cuyo cuerpo, según opinó el comandante, «había sido devorado o arrancado de cuello para abajo»^[737]. A lo largo del río podían verse otras estructuras de madera, aparentemente para colgar y secar carne.

¿Dónde se encontraban los ocupantes de las cabañas? Aquel era obviamente un campamento de cazadores y tramperos, pero parecía más o menos estable. ¿Sería el asentamiento que aparecía rotulado en el mapa de De Long como Tscholbogoje? Al comandante lo preocupó esa posibilidad. ¿Y si todos los asentamientos que aparecían rotulados en el mapa no eran más que cabañas de cazadores? Aquello no era asunto baladí. En palabras de De Long: «Si este par de cabañas son un “asentamiento”, las posibilidades de poder finalizar con éxito este viaje se reducen enormemente»^[738].

Si aquellos dos cobertizos eran realmente Tscholbogoje, De Long calculó que deberían recorrer al menos otros 130 kilómetros antes de encontrar un poblado real. Pensó que sus hombres no llegarían tan lejos. Solo tenían *pemmican* para dos días más y tres de sus hombres «cojeaban de tal modo que no podían recorrer más de cinco o seis millas al día». El trío de impedidos — Ah Sam, Boyd y, especialmente, Erichsen— planteaba al comandante todo un dilema. «Por supuesto, no podemos dejarlos aquí —escribió—, [pero] no son capaces en modo alguno de mantener el ritmo necesario»^[739].

De Long hizo un plan: pasarían esa noche en las cabañas y, por la mañana, dos de sus hombres más fuertes continuarían adelante, con la esperanza de encontrar ayuda o un poblado. Los demás se quedarían allí y las cabañas harían las veces de campamento base en el que esperar el rescate. En la relativa calidez de su interior, Ah Sam, Boyd y Erichsen podrían recuperarse lo suficiente como para caminar de nuevo, caso de que no llegase ayuda antes de una semana.

Aquella tarde, los hombres recolectaron madera, y muy pronto ardían sendos fuegos en las cabañas. Muy cerca, Nindemann encontró una gaviota muerta, atrapada en un cepo para zorros en el que habían puesto pescado como cebo. Pero cuando Ah Sam empezó a desplumar el animal para cocinarlo, se dio cuenta de que la carne estaba completamente podrida.

De Long envió a Alexey con un Remington para que cazara algo mientras hubiera luz. Rezó por que la fortuna le sonriera; el comandante sabía que, de

lo contrario, pronto llegaría la hambruna. «A menos que la Providencia envíe algo», escribió De Long, no tendrían otra opción que comerse a Snoozer. A partir de ese momento, se le agotarían las opciones. De Long remató esa entrada de diario con una desasosegante pregunta: «¿Y cuando nos hayamos comido al perro...?»^[740].

Alexey no regresó a las cabañas hasta las nueve. Tocó con fuerza a la puerta y espabiló a los hombres, la mayoría de los cuales se habían quedado dormidos. Tenía buenas noticias; de hecho, las llevaba consigo en brazos: las ancas de un animal recién cazado. «Comandante —anunció Alexey presa de la excitación—, he capturado dos renos, a unas tres millas de aquí». Traía consigo los cuartos traseros y, como prueba, las lenguas de los dos animales. «Con su habilidad sin parangón —escribió De Long—, Alexey se acercó a una manada y a una distancia de algo más de veinte metros abatió a dos de ellos. ¡Bien hecho, Alexey! Ciertamente, la hora más oscura es siempre la que antecede al alba»^[741].

Podrían recoger el resto de la carne por la mañana: en ese momento había que celebrar. De Long ordenó preparar una cena. Los hombres, felices de desembarazarse del sueño para comer, filetearon la carne y en menos de una hora se estaban dando un atracón.

A la mañana siguiente, De Long envió a Nindemann, Alexey y otros cinco hombres en busca del resto de la carne, de la que se alimentaron durante los dos días siguientes, mientras Ambler se afanaba en devolver a Erichsen, Ah Sam y Boyd la capacidad de caminar. La obtención de tal cantidad de carne fresca cambió completamente los planes de De Long, que decidió no enviar a los hombres río arriba. Por el momento, nadie abandonaría el grupo: «Podemos estar aquí un día o dos, mientras los enfermos se recuperan —escribió el comandante—, y mientras tengamos reno, podemos seguir cazando, y cocinar la carne sobrante para llevarla más adelante con nosotros»^[742].

Alexey no volvió a tener suerte con las capturas, así que dos días después, De Long decidió continuar con la marcha hacia el sur. Se mostró reacio a abandonar la calidez y la comodidad de las cabañas: con los fuegos encendidos, los termómetros habían marcado una temperatura constante de veinte grados en el interior. Pero tenían que seguir caminando. Erichsen parecía ir mejor y Ah Sam y Boyd estaban casi curados. De Long dejó un desvencijado fusil Winchester en una de las cabañas, como «sorpresa para el

siguiente visitante»^[743]. Antes de partir, el comandante escribió una nota, que tradujeron a seis idiomas, y la dejó en el interior de una de las cabañas. En ella se pedía a quien la hallase que se pusiera en contacto con el secretario de la Armada de los Estados Unidos:

*Vapor de Exploración Ártica Jeannette
En una cabaña en el delta del Lena
Probablemente cerca de Tscholbogoje
Sábado, 24 de septiembre de 1881*

Las siguientes personas, catorce en total, son oficiales y tripulantes del Jeannette, y alcanzaron este lugar el 21 de septiembre a pie, desde el océano Ártico. Hemos matado dos renos, lo que nos proporciona sustento por ahora, y hemos visto muchos más, así que nuestra inquietud por el futuro se ve aliviada. Tres de nuestros hombres cojean, pero son ya capaces de andar, y estamos por reemprender nuestro viaje. Llevamos con nosotros raciones de ciervo y pemmican para dos días, y tres libras de té.

George W. De Long

Cuatro días de marcha después, De Long y sus hombres se toparon con otra cabaña, de mayor tamaño. En ella cabían los catorce. A De Long le pareció «un palacio», aunque supuso que en los Estados Unidos, cualquiera de los expedicionarios la consideraría «una pocilga infecta en la que no viviría ni un perro». La cabaña había sido construida sobre una alta colina que se levantaba junto a un ensanchamiento del río. Como las anteriores, parecía haber estado ocupada recientemente. A juzgar por los «rescaldos y los restos de carne»^[744], sus ocupantes debían de haberse marchado la noche anterior, calculó De Long. En las inmediaciones, Alexey encontró huellas de mocasines sobre la nieve que, a su juicio, tendrían uno o dos días. A unos pocos kilómetros, el cazador y Nindemann dieron con un diminuto cobertizo en el que se había almacenado pescado que todavía estaba fresco.

De Long trató de calcular la posición. Según dedujo, se acercaban al final del delta y a un lugar que en el mapa estaba marcado como Sagastyr. Lo que no sabía era si Sagastyr era una aldea o simplemente otra cabaña abandonada (quién sabe si aquella misma a la que acababan de llegar). El comandante empezaba a darse cuenta de que su mapa era totalmente erróneo. «Es difícil conciliar el mapa con el territorio», lamentó^[745].

De Long no tenía ni idea de dónde se encontraban. Sin embargo, el rastro de huellas de mocasín y otros dos rastros más hallados el día siguiente alimentaron las esperanzas de la compañía de que había algún tipo de aldea cerca. ¿Quiénes eran aquellas personas cuyas huellas habían encontrado? En

ocasiones, el comandante tenía la extraña sensación de que alguien los seguía y los espiaba. Aquella era una tierra fantasmagórica, cuyos habitantes no se dejaban ver fácilmente. Se preguntó si algún superviviente de las tripulaciones de Chipp o Melville habría contactado con los nativos. Quizá el rescate estuviera en marcha. «Si Chipp o Melville han llegado a algún sitio habitado, lo más natural es que hayan enviado a alguien en nuestra busca»^[746]. Esa podría ser la explicación de las recientes huellas. Quizá en ese preciso instante había alguien buscándolos.

Con esta posibilidad en mente, De Long ordenó que se hiciera un fuego en la parte más alta del promontorio donde se levantaba la cabaña e improvisó con madera del río un mástil al que ató una manta oscura. Durante los siguientes días se quedarían en la cabaña y harían todo lo posible por llamar la atención del exterior. Ambler escribió: «Dios quiera que el humo de este fuego sea visto por alguna partida que pueda acudir en nuestro auxilio»^[747].

Ambler pensaba que la cabaña era «un regalo del cielo», pues todos estaban «más o menos exhaustos»^[748]. Necesitaban urgentemente descansar. Los cuatro días anteriores habían sido extenuantes. Las temperaturas habían rozado los veinte grados centígrados bajo cero por la noche y, en el campamento, se les caían encima fragmentos de lona de las deterioradas tiendas, «como si fuéramos el género de un comercio», en palabras de De Long^[749]. Habían caído tantas veces al agua helada que ni lo recordaban, y en una ocasión a punto estuvieron de volcar al intentar atravesar un brazo del río con mucha corriente, sobre una balsa hecha con palos. Sin embargo, estaban a salvo de nuevo y, al menos, tenían bastante para comer. El día anterior, Alexey había matado un gran macho de cérvido, justo cuando se terminaban las últimas raciones de *pemmican*.

«Huelga decir cuán aliviado se sintió mi fatigado espíritu —escribió el comandante al respecto del botín obtenido por Alexey—. Si [Alexey] hubiera fracasado, habríamos tenido que comernos al pobre Snoozer». De Long llegó a ver la mano de Dios tras aquellos afortunados hallazgos de caza y refugio. «Somos ejemplo de que la Divina Providencia intercede a veces por los necesitados y los desprotegidos. Lo único que necesito para aplacar del todo mis preocupaciones es recibir noticias sobre las otras dos embarcaciones y sus ocupantes»^[750].

Desde luego, el comandante exageraba, pues tenía una larga lista de problemas que resolver, el principal de los cuales llevaba el nombre de Erichsen. Los cuatro días anteriores, su mejora se había estancado. Se encontraba, de hecho, muy débil. Tras consultar con Ambler, De Long

escribió en su diario: «La úlcera de Erichsen se ha comido tanta piel que sus tendones y músculos han quedado al descubierto. El médico teme verse obligado a amputarle la mitad de los dos pies, si no los pies enteros»^[751].

El mal olor de la carne en descomposición era terrible. Ambler se ocupaba de ir recortándola. Los dedos de los pies del danés eran trozos de carne negra. Además, se quejaba de rigidez en la mandíbula y de «debilidad en el lado derecho del cuerpo». El doctor dudaba que Erichsen pudiera seguir adelante. «Dios sabe que nuestra empresa está lejos de concluir y que este hombre terminará sucumbiendo —escribió Ambler—. Si encontrásemos un asentamiento pronto, podría quizá salvarle los pies, pero, de lo contrario, perderá ambos, y quizá la vida. Y el resto también moriremos»^[752]. A este respecto, Ambler se mostró inflexible: aunque Erichsen lo suplicara, no lo abandonarían. «Ningún hombre se quedará solo», dijo Ambler.

Al día siguiente, una gaviota sobrevoló el campamento, atraída al parecer por la manta oscura que ondeaba sobre la colina. Alexey disparó al instante al incauto pájaro, que dio para una sopa no demasiado sustanciosa. Algunos hombres pusieron trozos de entraña de la gaviota en los anzuelos e intentaron pescar en el hielo, pero los peces no picaban. Nindemann salió a cazar por los alrededores, buscando «cualquier cosa». Pero tampoco tuvo suerte.

El doctor Ambler, por su lado, dedicó una jornada completa a una tarea más que penosa, que documentó en su diario con los consabidos tecnicismos: «He amputado cuatro dedos del pie derecho de Erichsen y uno del pie izquierdo, serrando junto a la articulación metatarsiana»^[753]. La amputación fue sorprendentemente indolora para Erichsen, quien había perdido completamente la sensibilidad en los pies. Cuando el dolor por fin se abrió paso, Ambler le administró opiáceos y trató de tranquilizarlo. El médico, sin embargo, había perdido todas las esperanzas. Los demás hombres no podían creer que el duro y fornido danés hubiera quedado en ese estado. Collins lamentó que la dolencia y la intervención terminaran por «lisiar a un hombre grande y capaz, poniendo fin a su vocación marinera». De Long se sintió personalmente responsable por la desgracia de Erichsen. «Te encoge el corazón ver cómo cortan carne y huesos a un hombre que yo esperaba devolver a sus amigos sano y salvo. Que Dios se apiade de nosotros»^[754].

Todas las noches, los expedicionarios se ocupaban de que no se extinguiera el fuego que ardía en el exterior de la cabaña. La bandera negra flameaba al viento. Pero nadie apareció. Las huellas habían desaparecido en la nieve que se acumulaba. De Long no se quitaba de encima la sensación de que alguien los observaba, aunque los presuntos espías evitaban dar la cara.

Su hipótesis, la de que otros supervivientes del *Jeannette* los buscaban por el delta, perdía fuerza. «No entiendo qué es lo que ha ocurrido finalmente — escribió—. Si los otros se hubieran salvado, habrían venido en nuestra busca».

Y el hecho es que durante los días anteriores, alguien, en efecto, había seguido a De Long y sus hombres. Una semana antes, dos cazadores yakutos de la aldea de Zemovialach se habían cruzado con el rastro de huellas de la expedición. Las siguieron durante varios días, hasta las primeras dos cabañas en las que habían descansado los estadounidenses. Allí encontraron cenizas frescas en los hogares y el viejo Winchester abandonado por De Long. Se quedaron con él y siguieron el rastro durante varias jornadas más.

Sin embargo, llegó un momento en que se detuvieron. Ambos nativos, estudiando a los extraños desde una distancia prudencial, empezaron a sospechar que eran «contrabandistas»^[755], como más tarde expresaron: ladrones convictos. Los yakutos temían que, de ser descubiertos, aquellos peludos y sucios forasteros los matasen. Discretamente, se desviaron hacia su aldea, que se encontraba a más de 150 kilómetros al sureste, en un distante brazo del Lena.

De Long alargaba la estancia en la gran cabaña, pero a la vez no dejaba de perfeccionar los planes para seguir adelante. Tras explorar el terreno, se convenció de que la única manera de llegar al lugar llamado Sagastyr, si es que existía, era cruzando el río sobre cuyas elevadas orillas se había construido la cabaña. Pero aquello era mucho más fácil de decir que de hacer: el canal tenía más de 400 metros de anchura. Habría que construir una sólida balsa o bien esperar a que se congelara la superficie del río para cruzar a pie.

En ese momento la capa de hielo era demasiado fina, así que no podían apenas moverse. «No es agradable la sensación de estar en una trampa», afirmó De Long^[756].

La otra cuestión era qué hacer con Erichsen. ¿Podría sobrevivir al resto de la travesía? ¿Podría quizá Nindemann construir algún tipo de trineo o camilla para cruzar con él el río y transportarlo a través de la tundra que se extendía al otro lado? Ambler lo operó una segunda vez y amputó algunos dedos más, aunque estaba cada vez más convencido de que tendría que cortarle ambos pies. El paciente sufría de rigidez en la mandíbula y Ambler barajó la

posibilidad de que llegase una fiebre elevada «y se lo llevase al otro barrio»^[757]. Erichsen deliraba a menudo y no dejaba dormir a los demás por las noches, pues vociferaba extrañas frases en danés. «Está débil y tembloroso —describió De Long—, y en el momento en que cierra los ojos no deja de hablar. [...] Es un horrendo acompañamiento en este lugar tan desolado»^[758]. Ambler sentenció ante De Long: «A menos que reciba atención médica muy pronto y pueda descansar durante un buen tiempo en un poblado, Erichsen corre el riesgo de perder la vida»^[759].

De Long se encontró ante un dilema pavoroso: la supervivencia de Erichsen se contraponía a la de todo el grupo. «Si continuásemos la marcha, es probable que muriera en cuestión de días —razonó el comandante—; si ordeno que todo el mundo permanezca en la cabaña, sus días se alargarían, a riesgo, no obstante, de que el resto muera de hambre. Nos encontramos ante una verdadera crisis vital». Al final, De Long decidió seguir su instinto: nadie quedaría atrás. Erichsen sería trasladado, sin importar las dificultades que ello conllevara.

La mañana del 1 de octubre, 111 días después del hundimiento del *Jeannette*, De Long decidió que el hielo del canal era lo bastante grueso y resistente. Dejó en la cabaña una nota en la que afirmaba que si bien no tenía «miedo del futuro», uno de sus hombres no se encontraba bien y «se le habían amputado los dedos de los pies por congelamiento».

Avanzaban cautelosamente a través del gran río helado, desplegándose para repartir el peso. Aun así, el hielo crujía a cada paso, en ocasiones resquebrajándose alarmantemente. Tras asegurar a Erichsen a una especie de trineo hecho con dos gruesas ramas deformes, lo arrastraron valiéndose de varios cabos largos, de manera que quienes tiraban estuviesen lo suficientemente alejados entre sí, y repartir así el peso.

Finalmente, consiguieron llegar todos al otro lado sanos y salvos. Reunidos en la orilla, se dispusieron a iniciar otra jornada más de travesía complicada y agotadora. Recorrieron unos veinte kilómetros por un terreno imposible, tirando del pobre Erichsen, que no dejaba de balbucear. Dos días después, continuaban vagando en aquel entorno salvaje, avanzando a ritmo decreciente. Llegaron a detectar el rastro de una persona en la nieve y lo siguieron durante buena parte del día, hasta que las huellas se difuminaron. De Long empezó a darse cuenta de que Sagastyr no se encontraba cerca; de hecho, terminó convenciéndose de que aquel asentamiento era «un mito».

El mapa era «sencillamente inútil», determinó De Long^[760]. «Debo continuar marchando como pueda hacia el sur, y confiar en Dios para que me

guíe hasta algún tipo de poblado, pues llegué tiempo ha a la conclusión de que no tenemos manera de valernos por nosotros mismos». La topografía mantenía su impasible complejidad: no había lógica que seguir. «Me desconcertaba cuán frecuentemente los brazos del río se estrechaban hasta convertirse en una mera veta de hielo —escribió De Long—. El curso de las corrientes se mostraba irregular y errático. Nuestra marcha, a un lado y otro, era a la vez fatigosa y lenta. De nada vale negarlo: estamos bastante débiles».

De Long reconoció que, habida cuenta del estado en que se encontraban, deberían probablemente abandonar los pesados documentos, pero no se sentía capaz de tomar la decisión: aquellos papeles habían llegado a serle tan preciados como la vida. «Mientras pueda caminar, estos papeles viajarán conmigo», afirmó^[761]. Podía intentar esconderlos y marcar el lugar con un hito de madera, pero sabía muy bien que aquellas llanuras se inundaban periódicamente. Cualquier papel enterrado terminaría estropeándose irremediablemente.

Collins, en particular, se tomaba muy mal tener que cargar con los libros del comandante. (En su propio diario, se había quejado de las «bitácoras y etcétera, que con su peso diezman la fuerza de los hombres»). A esas alturas, el irlandés, que todavía alimentaba un rescoldo de rencor, encontraba defectos de todo tipo en el «plan general de operación»^[762] de De Long y comparaba a este con una «sanguijuela que estuviera chupando nuestras opciones de salvación». Confesó a algunos de los compañeros con quienes más confianza tenía que había anotado todas las decisiones mal tomadas por De Long, que llevaba esas notas en un bolsillo de su abrigo, y que, caso de que le ocurriese algo, le fueran enviadas a los redactores del *Herald* en Nueva York.

Alexey se alejaba de cuando en cuando del grupo para intentar cazar, sin éxito. De Long había mandado comer las últimas raciones de *pemmican*: ahora sus hombres y él empezarían a pasar hambre de verdad. Ya no le quedaban opciones. El 3 de octubre, ordenó a Iverson que soltara a Snoozer a un lado del campamento y le disparase en la cabeza. Luego lo despellejaron y despedazaron. «Poco después se preparó un estofado del que comió todo el mundo, salvo el doctor y yo. A nosotros nos pareció una bazofia nauseabunda», dijo De Long^[763]. El estofado se preparó a partir de la cabeza, el corazón, los riñones y el hígado. «A algunos hombres no les gustó mucho», observó el alemán^[764].

La temperatura aquella noche cayó a casi veinte grados bajo cero y los hombres se mantuvieron toda la noche junto al fuego, acurrucados unos contra otros. Alexey y De Long trataron de calentarse entre sí. «De no

haberme envuelto en su piel de foca, calentándome con su propio cuerpo, creo que me habría congelado hasta morir —confesó De Long—. Aun así, no dejé de temblar y estremecerme». Por su propia protección, a Erichsen lo dejaron atado al trineo, que había sido colocado junto al fuego. Sin embargo, sus «gruñidos y sus incoherentes palabras reverberaban en el aire de la noche —escribió De Long—. Una noche tan terrible y desgraciada como espero no volver a vivir jamás»^[765].

En algún momento de la noche, Erichsen, en su delirio, se quitó los mitones y los arrojó a la nieve. Los demás no se dieron cuenta hasta la mañana, cuando ya era demasiado tarde: las manos se le habían congelado y eran casi hielo. Boyd e Iverson las frotaron hasta que la sangre empezó a circular de nuevo, pero Ambler sabía que el danés perdería ambas. No era consciente de lo que había hecho; era evidente que había perdido el juicio. Sobre las seis de la mañana, apretaron las cinchas que lo mantenían en el trineo y continuaron la marcha hacia el sur.

Unas horas más tarde, se toparon con otra cabaña. Se refugiaron e hicieron fuego. Ambler examinó a Erichsen y concluyó que, en palabras de De Long, «estaba ciertamente muy apagado». Apenas tenía pulso y seguía inconsciente. La gangrena había avanzado desde los tobillos hasta las pantorrillas. De Long pidió a sus hombres que rezaran por él.

Dos días después, a las 8:45 de la mañana del 6 de octubre, Ambler se volvió hacia los hombres agolpados en el interior de la cabaña y agitó la cabeza. «Se terminó —dijo el doctor, cerrando los párpados del danés—. Descanse en paz»^[766].

Hans Erichsen, el marino de carrera de treinta y tres años, pescador en el mar del Norte, nacido en Ærøskøbing, Dinamarca, había muerto. «Nuestro camarada ha dejado esta vida —escribió De Long—. ¿Qué va a ser del resto de nosotros, en el nombre de Dios?»^[767].

No tenían herramientas con las que cavar una tumba y, aunque las tuvieran, habría resultado imposible, debido al permafrost. «La tumba del marinero es el mar», razonó De Long, así que decidieron encomendarlo al río. Le quitaron la ropa, que el comandante distribuyó entre los hombres, envolvieron el cuerpo en un trozo de lona de una tienda y lo lastraron con tierra. Iverson se hizo cargo de su Biblia y Kaack le cortó un mechón de pelo. Sobre el cuerpo se extendió una bandera y de esa guisa lo trasladaron a la orilla del río.

Tras una breve y solemne ceremonia, abrieron un agujero en el hielo con una hachuela y echaron a Erichsen al frío Lena. Tres salvas de fusil resonaron sobre el río. Nindemann grabó un epitafio sobre una vieja tabla que encontró en la cabaña y lo colgó en la puerta de esta. Decía:

IN MEMORIAM
H. H. ERICHSEN
6 DE OCTUBRE DE 1881
USS JEANNETTE

La mañana del 9 de octubre amaneció con un tiempo claro y relativamente cálido. El aire estaba nítido tras varios días de glaciales neblinas. De Long convocó a Nindemann para debatir un plan que llevaban gestando varios días. Quería que este aprovechara la ventana de buen tiempo para adelantarse y buscar ayuda.

Desde la muerte de Erichsen, habían aparecido varios casos más de congelamiento entre los hombres. De Long estaba afectado, al igual que Collins y Lee. Quedaban apenas unas libras de carne de perro y pasaban el día tomando un reconstituyente hecho a base de *brandy* y té rancio hervido en agua del río. «Estamos todos acabados —se lamentaba De Long— y parece que jamás saldremos de este laberinto»^[768]. Su última esperanza era enviar a Nindemann en busca de auxilio.

De Long lo escogió a él por ser el más fuerte del grupo y el que más opciones tenía de lograrlo. Sin duda, el contramaestre alemán era un hombre de recursos, lo que se sumaba a su gran competencia y, como había demostrado durante su heroica aventura groenlandesa, a un instinto de supervivencia fuera de lo común. Collins se presentó voluntario para acompañarlo, pero De Long desdeñó el ofrecimiento del irlandés: «En su condición, señor Collins, no llegaría usted ni a cinco millas del campamento»^[769]. Era también cierto que el comandante no se fiaba; algunos especularon más tarde, sin pruebas tangibles, que el comandante temía que Collins, caso de llegar a lugar seguro, corriese al telégrafo más cercano y transmitiera al *Herald* una versión sesgada de todo lo ocurrido durante la expedición.

Probablemente, el segundo hombre más en forma tras Nindemann era Alexey, pero De Long quería que el inuit se quedara junto al grupo, pues era el mejor cazador. Con su destreza y alguna ayuda divina, habría razones para

el optimismo. «Confío en Dios —dijo— y creo que Él, que nos ha alimentado hasta este día, no nos hará morir de necesidad ahora»^[770].

Louis Noros era el siguiente en la lista de los capaces. Acompañaría a Nindemann y obedecería sus órdenes. Viajarían ligeros de equipaje, «solo con lo puesto», como expresó Nindemann^[771], más un fusil, cuarenta cartuchos de munición, unas mantas y un poco del grog que habían preparado. «Si dais con caza, volved con nosotros», les dijo De Long.

De no encontrar nada, el comandante les ordenó continuar rumbo sur, en busca de una aldea llamada Kumaj-Surt, que según sus cálculos se encontraría a unas cuatro jornadas de marcha. «Nindemann, haga lo que pueda —le pidió De Long—. Si encuentra ayuda, regrese lo antes posible. Si no, estarán tan perdidos como nosotros. Ya ve en qué condición nos encontramos»^[772].

De Long dio a Ambler la opción de acompañar a Nindemann y a Noros, pero el médico declinó. «Juzgué que mi lugar estaba junto al comandante y el resto de hombres», escribió^[773].

El capitán pronunció una oración y a continuación los hombres se reunieron en torno a Nindemann y Noros y estrecharon sus manos. Todos tenían lágrimas en los ojos. Collins, con la voz temblando de la emoción, pidió a Noros: «Cuando lleguen a Nueva York, recuérdeme»^[774].

Entonces, los dos hombres les dieron la espalda e iniciaron la marcha, rumbo sur, siguiendo la ribera del río. «Que Dios los asista», rezó Ambler^[775]. Cuando desaparecieron tras la curva del río, los hombres de De Long lanzaron tres hurras.



Querría tanto estar contigo, verte, cuidarte... No quiero imaginar el estado en que te encontrarás. Intento esperar pacientemente a que lleguen noticias de mi esposo, quien, sin duda, debe de estar soportando muchos sufrimientos. Huelga decir lo muy preocupada que estoy. He sido valiente durante todos estos difíciles años y lo seguiré siendo. No soy una mujer ingenua y no perderé la cabeza. Trataré de apartar de mi mente cualquier mal presentimiento y cualquier melancolía. ¡Cuánto deseo estar junto a ti ahora!

Emma



Hasta mi último dólar

Llegado el otoño de 1881, Emma De Long se encontraba seriamente preocupada por el *Jeannette*. El *Corwin* había atracado en San Francisco el 21 de octubre y había informado de que, pese a haber peinado más de 8000 millas de mar en Alaska y el Ártico siberiano, su tripulación no había dado con un solo indicio del paradero del *Jeannette*. Los nativos ni siquiera habían oído hablar de ese barco. Además, el histórico desembarco del *Corwin* en Wrangel había probado que no existía la masa de tierra transpolar, lo que aniquilaba una de las últimas esperanzas de Emma: que su marido y el resto de la expedición hubieran logrado llegar hasta el polo norte y más allá.

Emma estaba tan ausente que resultaba risible. Rompía y tiraba cosas, se marchaba de las tiendas sin pagar. No podía pensar en otra cosa que en el *Jeannette*. Su preocupación se agudizó aún más el 11 de noviembre, cuando el buque de guerra *Alliance* regresó de su viaje exploratorio por las aguas al norte de Noruega. Había zarpado el 16 de junio desde Norfolk, Virginia, con una tripulación de casi 200 hombres y había recorrido 12 000 millas de océano. El comandante George Henry Wadleigh informó de que no había encontrado rastro del *Jeannette* ni de sus hombres. Uno de los mejores reporteros de Bennett, Harry Macdona, viajaba a bordo y más tarde publicó en el *Herald* una serie de exitosos artículos relatando ese viaje.

El *Alliance* había hecho escala en Reikiavik, convirtiéndose así en el primer navío estadounidense que echaba el ancla en Islandia. (Los islandeses quedaron cautivados por los visitantes norteamericanos, especialmente por los varios marineros negros, a los que contemplaban, según cuenta Macdona, como «curiosidades escapadas de un museo»^[776]). A continuación, Wadleigh puso rumbo a Hammerfest, en Noruega, y luego a Spitsbergen, isla situada ya en el océano Glacial Ártico. Por el camino, el *Alliance* se había cruzado con muchos balleneros y cazadores de focas y morsas que no sabían nada del *Jeannette*. Los hombres de Wadleigh distribuyeron octavillas redactadas en varios idiomas en las que se ofrecía una recompensa por cualquier pista que llevase a localizar al barco perdido.

El *Alliance* alcanzó la latitud de 80° 10' N y llegó a estar a unos 950 kilómetros del polo norte; según se cree, el punto más septentrional alcanzado jamás por un navío militar. Sin embargo, a Wadleigh lo detuvo la banquisa. Vista la contundente barrera de hielo con que toparon, Macdona se preguntó si el hombre llegaría algún día a alcanzar el polo norte: «Quien haya visto este desierto de hielo, apilado en colinas y empujado por fuerzas que la mente no puede comprender hasta formar verdaderas crestas montañosas, convendría conmigo en que pasarán muchos años de terribles ordalías antes de que el hombre alcance ese punto geográfico extremo»^[777].

A su regreso a los Estados Unidos, un oficial del *Alliance* se hizo eco sucintamente de los temores de Emma De Long: «No albergamos tantas esperanzas como antes al respecto del *Jeannette* y su tripulación»^[778].

Entretanto, el tercer navío que había recibido la misión de encontrar a De Long, el USS *Rodgers*, había recorrido miles de millas de las costas de la península de Kamchatka y otras partes de Siberia ese verano. Sin embargo, su comandante, el teniente de navío Robert Berry, dio la misma noticia: no había signos del *Jeannette*. Una partida de tripulantes del *Rodgers* había desembarcado en la isla Wrangel unas semanas después que John Muir y sus colegas, y había explorado la isla palmo a palmo, adentrándose más de treinta kilómetros en ella, sin encontrar nada: De Long, al parecer, jamás había puesto un pie en aquel pedazo de tierra. El *Rodgers* había fondeado en una ensenada de la costa noreste de Siberia, donde pasaría el invierno, y el plan era enviar hombres con trineos de perros a recorrer la costa hacia el oeste, hasta el río Kolimá, en busca de De Long. A bordo del *Rodgers* viajaba otro corresponsal más del *New York Herald*^[779].

El fracaso de esas tres búsquedas durante el verano de 1881 no hizo sino redoblar el anhelo de la ciudadanía por descubrir qué había sido de De Long y el resto de tripulantes del *Jeannette*. Para la primavera del año siguiente, 1882, se planearon múltiples expediciones de rescate, en las que se implicaron también otros países. Desde la búsqueda de la expedición de sir John Franklin, no había mostrado el mundo tal interés por el paradero de un grupo de exploradores. En Copenhague, el teniente de navío Howgaard, de la Real Armada Danesa, recolectaba fondos para poner en marcha una ambiciosa expedición de auxilio que recorrería toda la costa siberiana, revisitando la ruta que con tanto éxito había seguido Nordenskiöld en su búsqueda del paso del Noreste. En San Petersburgo, los zares rusos enviaron un aviso a todos los oficiales destacados en el norte de Siberia y a los representantes de los grupos tribales. En Canadá, el Departamento de la Colonia escribió a los altos cargos

de la Compañía de la Bahía de Hudson, apremiándoles a informar a todos los tramperos y demás empleados destacados en la costa ártica norteamericana, para que se mantuviesen alerta.

La Royal Geographical Society, mientras tanto, trazaba un plan propio. «El pueblo estadounidense puede estar seguro de que los geógrafos ingleses no solo sentimos la más profunda simpatía por los audaces exploradores del *Jeannette*, sino que de buen grado haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrarlos»^[780], expresó en diciembre Clements R. Markham, de dicha sociedad.

Un redactor del *New York Herald* opinó que el alud de buenas voluntades sobrepasaba incluso el vivido tras la desaparición de Franklin. «Por segunda vez en la historia de la investigación polar, se ha perdido una expedición en el Ártico —dijo el *Herald*—. Deberá ponerse en marcha, así pues, una operación de auxilio como la que permitió buscar a Franklin, con una diferencia: aquella búsqueda la protagonizaron ingleses y estadounidenses a lo largo de un segmento específico del círculo polar; esta será una búsqueda universal a lo largo de los límites de la “región desconocida”, en la que participarán casi todas las naciones civilizadas del mundo»^[781].

Durante el año anterior, Bennett había seguido con atención las conversaciones en torno al rescate, aunque otros asuntos habían distraído su atención. Había dado por fin visos de realidad a otro sueño, la creación de un nuevo periódico, que se llamaría *Paris Herald* y estaría dirigido principalmente a expatriados estadounidenses, como él mismo. Había comprado una hermosa casa en un precioso pueblo de la Costa Azul llamado Beaulieu. Gran parte del año la había dedicado, además, a organizar extravagantes partidas de caza en su casa de campo cercana a Versalles y a hacer cruceros por el Mediterráneo.

Además, Bennett había estado ocupado durante los últimos meses en la apertura del Newport Casino, otra de sus creaciones, que se reveló un éxito mayor del que nadie hubiera esperado. Se trataba de una mansión de piedra, madera y pizarra, con grandes porches, barras al aire libre y una cuidadísima cancha de tenis, con gradas para dar asiento a miles de espectadores. «No hay nada comparable en el Nuevo Mundo o el Viejo», alababa un periodista del diario con ocasión de la gran inauguración del casino^[782]. «Dudosamente podría encontrarse un lugar más bullicioso hoy», remataba.

En agosto, el Newport Casino celebró el primer campeonato nacional de la recién inaugurada Asociación Nacional de Tenis de Cancha de los Estados Unidos, el primer torneo de tenis celebrado en suelo norteamericano. Se

proclamó campeón un estudiante de Harvard llamado Richard Dudley Sears, quien ganó cinco partidos seguidos. Tal y como había soñado Bennett, el Newport Casino fue la cuna del tenis de competición en los Estados Unidos, y el torneo anual que allí se celebraba sería el antecesor del actual Abierto de Estados Unidos. (El Newport Casino sería sede del campeonato hasta el verano de 1915, cuando se trasladó a Forest Hills, Nueva York).

Aun consagrando tanto tiempo a su casino, Bennett mantuvo un contacto regular con Emma De Long e incluso llegó a invitarla a Newport^[783] a finales del verano de 1880, para que conociera su «casa de campo». La pequeña mansión, llamada Stone Villa, estaba convenientemente situada frente al casino, en Bellevue Avenue. El editor la invitó a navegar en su nuevo velero, el *Polynia*, que había mandado construir por un precio de 55 000 dólares. Su hermana, Jeannette Bell, veraneaba también ese año en Newport, y acababa de tener un hijo. Bennett, sin embargo, no mostró interés alguno en desempeñar el papel de tío consentidor: firmó un cheque de 100 000 dólares a su nombre, lo colocó a los pies de la cuna y jamás volvió a mirar a su sobrino a la cara.

Bennett había prometido a Emma que no repararía en costes para encontrar a su esposo. El editor se tomaba la cuestión polar como un emocionante partido de polo o tenis: era un deporte que aceleraba la sangre, un desafío vigorizante. Se mostraba seguro el editor de que todo saldría bien y repetía una y otra vez que, de lo contrario, era necesario aceptarlo, pues formaba parte de los riesgos asumidos. Según sus palabras, no existía manera más honrosa de morir que al servicio de la exploración: por la Armada, por el país, por la ciencia. Y, por supuesto, por el *New York Herald*. «El *Herald* lo es todo —declaró en una ocasión ante un reportero—. El hombre no es nada».

Sin embargo, cuando 1881 tocaba a su fin, hasta Bennett pensaba que el *Jeannette* debía de haber topado con alguna calamidad. Se resignó a aceptar la posibilidad de que el barco hubiese quedado atrapado en el hielo o yaciese en el lecho del océano. Con respecto a De Long y sus hombres, James Gordon Bennett mantenía el optimismo. Envío a Emma un telegrama desde París que decía:

No tema por su esposo y su valiente tripulación. Si el Gobierno cayese en la ruindad de no enviar otra expedición de auxilio, lo haré yo de mi bolsillo, aunque haya de gastar hasta mi último dólar. Ojalá pudiera infundirle a usted mi completa certidumbre de que el Jeannette está en lugar seguro. Bennett.^[784]

Una loca pantomima

Nindemann y Noros marchaban a través de aquella tierra salvaje surcada por el Lena y el invierno siberiano caía sobre ellos con toda su fuerza^[785]. Cada noche era más fría que la anterior, con temperaturas que ya bajaban de los veinte grados centígrados bajo cero. Parecía en ocasiones que lo único que impedía que se congelaran hasta morir era mantenerse en movimiento. Hasta los sonidos que los rodeaban parecían quebradizos, como si todo estuviera a punto de romperse. Cualquier fluido que rozase su cara se congelaba. La nieve crujía bajo los pies. El frío se había convertido en una presencia corpórea, que arrancaba la vida al delta del río como el fuego consume el oxígeno de una habitación. En las horas más frías de la noche, el aliento se congelaba en el aire y flotaba hasta el suelo en nubes centelleantes. Los nativos llamaban «susurro de las estrellas»^[786] al débil tintineo que dicho vaho helado parecía emitir. (Una estación meteorológica soviética al este del Lena registraría unos años más tarde la temperatura más baja conocida en el hemisferio norte, algo más de sesenta y siete grados centígrados bajo cero) ^[787].

Nindemann y Noros llevaban un ritmo constante y decidido, pero estaban demasiado débiles y no avanzaban muy rápido: unos veintiún kilómetros diarios. Noros empezó a escupir sangre y llegó a considerar pegarse un tiro. En sus momentos más bajos, solo el recuerdo de su familia que lo esperaba en Fall River, Massachusetts, le disuadía de quitarse la vida.

Gran parte de la travesía les parecía un sueño: un velo blanco perpetuo y una sucesión de días indiferenciados, puntuados por unos pocos momentos de claridad acechante: por ejemplo, un búho nival que los observaba. O un amasijo de viejos trineos hechos pedazos con los que hicieron fuego. O el cadáver de un nativo metido en una caja y sepultado sobre una colina. O un cuervo que los sobrevolaba una y otra vez, una y otra vez.

La única referencia geográfica que se erguía sobre las interminables llanuras del Lena era una isla rocosa que se elevaba como el tapón de una botella, en mitad del anchísimo cauce. Aquel enorme pedazo de roca es

conocido como *ostrov Stolb*, literalmente, «isla de roca». Con tiempo despejado, es visible desde cientos de kilómetros. La refracción daba a la isla Stolb formas extrañas o la hacía flotar por encima de la llanura; a veces adoptaba la forma de un castillo o de una ballena emergiendo del mar o de alguna enorme bestia prehistórica. Para Nindemann y Noros hizo las veces de baliza constante en su marcha al sur.

Sin tienda ni ningún otro tipo de refugio, los dos hombres buscaban cobijo nocturno como animales: una grieta en el suelo a orillas del río, al socaire del viento tras un risco, bajo las maderas de una decrepita balsa abandonada en el hielo, en abrigos excavados en la nieve con sus propias manos.

Vivían de restos. Un día, Nindemann cazó una perdiz nival. Otro, atrapó un *lemming*, que asaron con pelo y todo. Hacían infusión con las raíces de una especie de sauce enano. Un día encontraron en la orilla unas cabezas de pescado y se las comieron. El resto del tiempo se veían obligados a mascar las suelas de las botas o retazos de piel de foca arrancados de sus pantalones, que empapaban en agua y tostaban al fuego.

Tras una semana de travesía, se encontraban tan débiles que ni siquiera podían caminar si el viento soplaba en contra. Habían perdido casi todas las esperanzas cuando, la noche del 19 de octubre, se toparon con un grupo de cabañas vacías, en un lugar que los nativos conocen como Bulkur. Hicieron fuego en el interior de una de ellas y se derrumbaron sobre un montón de hierba. En total, habían recorrido 207 kilómetros desde que dejaron al resto de expedicionarios, diez días antes.

Tras la noche, en una de las cabañas, bajo un montón de redes rotas, encontraron una gran cantidad de pescado seco pulverizado, con la textura del serrín. No sabía a nada: los nativos no lo comían, sino que lo secaban al fuego y lo usaban como combustible para lámparas. Sin prestar atención al moho verdoso que crecía en él, los hombres se metieron aquella pútrida harina de pescado en la boca. Pronto cayeron muy enfermos y al día siguiente ambos sufrían de diarreas graves acompañadas de una mucosa sanguinolenta: supieron de inmediato que habían contraído disentería. Aun así, siguieron comiendo el pescado, pues la agonía, al parecer, merecía la pena con tal de llenar el estómago.

Sobre mediodía del 22 de octubre, escucharon un extraño ulular desde el interior de la cabaña. Parecía como si una gran bandada de gansos hubiera pasado por encima de la cabaña en vuelo rasante. La desnutrición les había

afectado al oído y ya no se fiaban siquiera de lo que oían. Nindemann abrió la puerta y se asomó. Vio algo moverse. Entonces, como en una nube, creyó ver la cabeza y astas de un reno. Agarró el fusil y estaba ya cargándolo cuando, de repente, apareció ante él un nativo envuelto en pieles, y tras él, un trineo y un tiro completo de renos que bufaban y pisaban sobre la nieve.

El nativo quedó boquiabierto al ver que en la cabaña de su familia, en Bulkur, se habían instalado dos extranjeros medio muertos, de repugnante aspecto. Nindemann y Noros rompieron a llorar ante el visitante, pues no habían visto a ningún ser humano, excepción hecha de sus compañeros del *Jeannette*, en 809 días.

Nindemann se acercó trabajosamente hasta el indígena para saludarlo. Al ver el fusil, este retrocedió amedrentado y se hincó de rodillas, alzando los brazos y rogando a Nindemann que no disparase. Nindemann dejó el arma en un rincón y rogó al extraño que entrara. El hombre se mostró remiso, pero dio un paso adelante cuando Nindemann le ofreció un poco de pescado. Al inspeccionarlo y ver el moho, el hombre, llamado Ivan, negó con la cabeza e indicó con gestos y muecas que aquello no se debía comer.

Ivan, reparando en el estado deplorable de las botas de Nindemann, regresó a su trineo y le ofreció un nuevo par de *mukluks* de piel de reno. Nindemann le dio las gracias y a continuación, junto con Noros, se lanzó a una loca pantomima con la que trataron de comunicar que no eran los únicos, que había once hombres más perdidos en el delta, más al norte. Pero era inútil. Ivan no daba señas de comprender. Por su parte, dio a entender que debía marcharse y levantó cuatro dedos. Nindemann interpretó que regresaría en cuatro horas, o quizá cuatro días. Ivan montó en su trineo y azuzó a los renos. Partió hacia el oeste, siguiendo el río. En cuestión de minutos había desaparecido.

Nindemann y Noros se hundieron en el silencio y se miraron, temiendo haber cometido un error garrafal al dejar al nativo marchar sin ellos. Aterrados, pensaron que quizá no volverían a ver nunca al visitante, perdiendo con él su última oportunidad de salvación. Nindemann se maldijo por haber blandido el fusil. Quizá lo habían asustado.

Sin embargo, esa misma noche, Ivan regresó a Bulkur acompañado por dos hombres corpulentos. Montaban trineos tirados por decenas de renos. Los visitantes traían consigo pescado fresco, que limpiaron y cortaron. Noros y Nindemann lo devoraron crudo hasta el último bocado. Luego, Ivan les ofreció dos abrigos de piel de reno y mantas y los condujo hasta los trineos, asegurándolos como si fueran una mercancía valiosa.

Muy pronto, los trineos partieron surcando la noche, sobre la nieve y el hielo. Recorrieron unos veinticinco kilómetros hacia el oeste, hasta que de la oscuridad surgieron unas cuantas tiendas de piel que se arracimaban sobre una colina. En las cercanías pastaba una manada de unos cien renos. A través de las pieles traslúcidas de las tiendas, los marinos distinguieron el resplandor titilante del fuego y olfatearon en el aire el delicioso aroma de comida cocinándose. Oían risas y charlas animadas, el rumor amortiguado de niños y mujeres.

Solo entonces los dos náufragos se convencieron de su buena fortuna: estaban salvados.

Aunque aún no lo sabían, Nindemann y Noros se habían topado con un grupo de yakutos, una gran tribu de cazadores y pescadores seminómadas cuya existencia gira en torno a los renos. En sus rasgos faciales son similares a los mongoles, pero su idioma está emparentado con el turco. En el siglo XIII, los yakutos migraron hacia el norte de Siberia central desde las taigas del lago Baikal. En la década de 1830, los rusos se habían ocupado de convertir a la mayoría de los yakutos al cristianismo ortodoxo —en ocasiones, a punta de pistola—, pero estos mantenían sus creencias animistas y tenían en los chamanes a sus guías espirituales.

Los yakutos eran un pueblo orgulloso y abierto, que conocía desde siglos atrás los misterios del delta y había perfeccionado con el tiempo diversas técnicas para sobrevivir en el frío extremo. En efecto, se diría que amaban aquel clima helado, que les permitía mantener a raya los largos tentáculos del zar y disfrutar en soledad de aquellas tierras. Gran parte de la libertad de que gozaban nacía de su capacidad para prosperar en un lugar del mundo en el que poca gente querría vivir. En Yakutia solía decirse: «Dios está muy arriba y el zar está muy lejos».

Nindemann y Noros fueron recibidos calurosamente en el campamento, donde se les ofreció agua caliente para lavarse. Nindemann, sin embargo, no pudo: tenía las manos inutilizadas por el frío y las uñas rotas y crecidas como garras. Una mujer yakuta, percatándose de su miserable estado, se arrodilló junto a él y le lavó cuidadosamente la cara, sucia y medio congelada. Aquel tierno gesto, aquel primer contacto con un ser humano, lo abrumó. Nindemann jamás olvidaría a aquella mujer.

Tras un banquete a base de carne de reno, Nindemann y Noros trataron de explicar, junto al fuego, el terrible aprieto en que se encontraban: había otros

marinos perdidos y hambrientos, al norte. Once hombres, atrapados en el hielo. Intentaron explicar la situación dibujando en las cenizas, haciendo figuras con palitos y gesticulando imaginativamente. Pero los yakutos no entendían nada. Se limitaban a sonreír y a asentir con la cabeza. Probablemente, seguían intentando averiguar cómo aquellos dos vagabundos habían terminado en el delta del río, desde dónde habían llegado, de qué nación —o planeta— provenían. Sospechaban posiblemente que Nindemann y Noros eran fugitivos, exiliados políticos o piratas. Los dos occidentales, viendo que no sacaban nada en claro, decidieron dejar de intentarlo por esa noche y cayeron presas del sueño.

La mañana siguiente, los yakutos levantaron el campamento y partieron rumbo sur, justo en la dirección contraria que debían seguir si querían rescatar a sus compañeros. En torno a mediodía, el grupo de trineos tirados por renos ascendió una alta colina, desde la que se divisaba la isla Stolb, el enorme peñasco en mitad del Lena que había servido como referencia a Nindemann y Noros durante parte de su travesía. Nindemann intentó de nuevo contar la historia del *Jeannette* y de sus compañeros, que seguían muriéndose de hambre y frío. Dibujó en la nieve y rogó al líder del grupo que marcharan en aquella dirección. Pero el más anciano de los yakutos solo esbozó una triste sonrisa, sin dar indicación de haber entendido o de ir a ordenar un cambio de rumbo.

Al día siguiente, la comitiva llegó al pequeño poblado de Kumaj-Surt, el lugar que De Long quiso que alcanzaran Nindemann y Noros. Era un día festivo y los dos marinos fueron paseados por todo el asentamiento como si fueran curiosidades. «Todo el mundo se detenía para observarnos —recordó Nindemann—. Todos querían saber quiénes éramos y de dónde veníamos»^[788].

Una persona entregó a Nindemann un barco de juguete, del que trató de servirse el alemán para contar la historia del *Jeannette*. Los lugareños se apiñaron en torno a él mientras relataba la desdichada historia: que el barco había partido desde América y atravesó el océano, que había quedado atrapado en el hielo y navegó a la deriva durante dos años, que la banquisa lo aplastó y terminó hundiéndose, que treinta y tres hombres se vieron obligados a marchar durante tres meses sobre el hielo, arrastrando tres embarcaciones, hasta encontrar aguas abiertas, que las tres embarcaciones se habían separado durante una tormenta.

«Luego les enseñé un mapa de la costa —relató Nindemann—. Y les indiqué que nuestra embarcación había llegado a la costa del delta, pero no

sabíamos qué había sido de las otras dos». Indicó con un lápiz el punto en que habían desembarcado y, gesticulando vigorosamente, representó cómo habían caminado a lo largo de la ribera del Lena, marcando el lugar donde Erichsen murió y había sido echado al río. «Todo el mundo agitaba la cabeza, como lamentándolo», escribió Nindemann^[789].

Nindemann trató de explicar entonces que él y su compañero allí presente habían dejado al comandante con los demás hombres, para luego caminar a través del delta durante diez días. Rogó a los yakutos que los ayudaran a regresar y rescatar al resto de la expedición, antes de que murieran.

Cuando terminó su historia, Nindemann observó a los nativos que lo rodeaban y se dio cuenta por sus expresiones vacías de que, si bien habían quedado embelesados por su representación, seguían sin tener ni idea de qué estaba hablando. «A veces me daba la impresión de que entendían todo lo que les explicaba —afirmó Nindemann—. Pero al momento, llegaba a la conclusión de que no era así en absoluto»^[790]. Algunos de ellos quizá pensaran que tenían ante sí a un loco. No parecía, en efecto, que los aldeanos de Kumaj-Surt pudieran prestar ayuda de ningún tipo.

La incapacidad para comunicar la grave situación en que se encontraban sus compañeros y el ser consciente de que el tiempo se agotaba casi llevaron a Nindemann a perder los nervios. Al día siguiente, en su cabaña, sufrió el embate de la tristeza y la frustración, y el llanto se apoderó de él. Una mujer yakuta se apiadó y se sentó con él, hasta que, por fin, esta fue capaz de entender una de las peticiones que le hizo. Quería que le llevaran a Bulun, otro de los lugares mencionados por De Long, un poblado de mayor tamaño situado más al sur, a orillas del Lena. Allí, Nindemann esperaba encontrar a alguien que hablase inglés o su alemán nativo. Quizá podría dar con alguna autoridad rusa con quien entenderse y que aceptase organizar una expedición de salvamento.

Los yakutos reunieron un tiro de renos y un trineísta. Los marinos redactaron una nota para las autoridades en Bulun en la que explicaban quiénes eran y lo ocurrido a De Long y el resto.

Fue entonces cuando llegó al poblado un hombre corpulento y con cierto aire de misterio, llamado Kuzma. Era ruso. Aunque no lo contó en un primer momento, resultó ser un ladrón deportado a Siberia por sus delitos, aunque al

parecer había recibido educación y viajado bastante. No quedó claro qué hacía Kuzma en Kumaj-Surt, pues vivía a más de 150 kilómetros de allí, en la costa nororiental del delta. Kuzma no hablaba inglés ni alemán, pero su mera presencia despertó nuevas esperanzas en Nindemann y Noros. Al ver a los desaliñados marinos, lo primero que dijo fue: «*Jennetta? Amerikanski?*». Nindemann dio por hecho que Kuzma habría leído algo sobre la expedición del *Jeannette* en la prensa rusa o habría oído hablar de ella de boca de algún mandatario local. En cualquier caso, parecía saber algo, y aquello resultaba prometedor.

Cuando Nindemann y Noros hablaron de que había otros once norteamericanos perdidos, entre ellos su comandante, Kuzma asintió con la cabeza vigorosamente. Parecía que de repente conociese todos los detalles de la historia. Al ver la nota escrita por los marinos, sin embargo, Kuzma hizo algo incomprensible: se la arrebató y se la guardó en el bolsillo. Nindemann protestó a voz en cuello, pero Kuzma se negó a devolverla. En breve, desapareció del poblado sin dar ninguna explicación.

Los nativos entregaron a los dos occidentales pieles nuevas y pescado ahumado de sobra para el viaje hasta Bulun. Al día siguiente, partieron en el trineo acompañados de un hábil conductor yakuto. Llegaron a Bulun el 29 de octubre. Se trataba de un acogedor asentamiento formado por unas treinta y cinco cabañas, a las que se sumaba una diminuta iglesia ortodoxa. Nindemann y Noros fueron bienvenidos y de inmediato conducidos ante el pope y el oficial militar ruso. Se les asignó una cabaña en la que dormir y pasaron los siguientes días recuperándose de la disentería y descansando, a la espera de recibir noticias del oficial. Su aspecto seguía inspirando lástima: cojos, desnutridos, con la piel muy deteriorada y una larga y astrosa barba. Hicieron algunos intentos más de comunicar a los lugareños la urgencia de organizar una partida de rescate, pero sin éxito.

La noche del 2 de noviembre, Nindemann y Noros oyeron crujir la puerta exterior de su cabaña. La interior, forrada por dentro de grueso fieltro y piel de reno, se abrió un par de palmos y tras ella apareció un fornido hombre envuelto en pieles. El desconocido entró silenciosamente, pero la luz era tan tenue que los marinos apenas distinguían sus rasgos. Nindemann estaba tumbado en una especie de catre y Noros se encontraba junto a la mesa, cortando rebanadas de pan negro con un cuchillo.

Había algo sospechoso en aquel visitante. Se quedó ahí, junto a la puerta, sin decir nada. En su rostro se dibujaba una extraña sonrisa.

—¡Hola, Noros! —saludó el hombre con voz resonante—. ¿Cómo estás?

Noros levantó la mirada del pan que estaba cortando y vio que el desconocido se dirigía hacia él. El hombre se retiró la capucha. Conocían ese rostro, y esa calva.

A Noros se le llenaron los ojos de lágrimas. Gritó:

—¡Dios mío, señor Melville! ¡Está usted vivo![791]

Íncubo del terror

Habían pasado cincuenta y un días desde que las tres embarcaciones se separasen en la tormenta. Cincuenta y un días desde que el cúter de De Long perdiera de vista la lancha ballenera de Melville en aquel mar de Láptev azotado por la galerna^[792]. El comandante y sus compañeros se habían resignado a dar las otras dos embarcaciones por perdidas. Nindemann y Noros recibieron a Melville como quien da la bienvenida a un resucitado. Apenas supieron contener la alegría al ver vivo a uno de sus compañeros, al escuchar de nuevo hablar inglés, al saber que no estaban solos en aquella tierra extraña.

«¡Melville! —gritó Noros—. ¡Creíamos que solo quedábamos nosotros! ¡Estábamos seguros de que todos los de la lancha estabais muertos, y también los del segundo cúter!».

Melville se quitó las pieles y abrazó a sus dos amigos en la calidez húmeda de la oscura cabaña. Él también tenía la piel quebrada y castigada por el frío: presentaba en el rostro unos pocos moratones por congelamiento, aunque estaba en mucho mejor forma que Nindemann y Noros. A Melville también se le saltaron las lágrimas al ver a sus dos compañeros: eran lágrimas de alegría y alivio, pero también de tristeza, pues al ingeniero le conmovía el estado en que se hallaban sus amigos. Era evidente que aquellos dos espectros de ojos hinchados habían visto muy de cerca su propia muerte.

La historia que Melville les relató se parecía mucho a la que ellos mismos habían vivido. La suya había sido una odisea de privaciones y esfuerzos titánicos, caminando sin rumbo por la inmensidad helada. Según Melville, habían convivido con el «íncubo del terror». Sin embargo, finalmente habían tenido suerte.

La tarde del 12 de septiembre, los once hombres que tripulaban la lancha ballenera —Melville, Danenhower, Newcomb, Leach, Bartlett, Cole, Charles Tong Sing, Henry Wilson, Frank Mansen, Lauterbach y Aneguin— se habían adelantado «a la velocidad de una centella», tal y como lo expresó

Melville^[793]. Sin embargo, al arreciar, la tormenta arrancó una parte del timón, haciendo ingobernable la lancha. Los hombres de Melville se preguntaron si podrían sobrevivir en aquella mar arbolada. Estudiando los mares vacíos, tuvieron la seguridad de que serían los únicos supervivientes de la expedición. «Todos creímos que solo nuestra embarcación resistiría la tormenta», explicó Melville.

El ingeniero puso la proa al viento y, como había hecho De Long, construyó un ancla de capa a base de lienzos, remos y mástiles de tienda, que lastró con teteras de cobre atadas a un sedal de pesca. El artilugio no era precisamente elegante, pero funcionaba de maravilla, y fue lo que permitió a Melville y los suyos cabalgar la tempestad.

Aun así, se pasaron la noche «bombeando y achicando agua con toda la energía» de que disponían. Las olas entraban de a tres y los hombres tuvieron que sincronizarse en el achique para poder enfrentar las sucesivas inundaciones. Los mejores achicadores resultaron ser Aneguin y Charles Tong Sing, quienes, acucillados juntos en el fondo, sacaban agua como posesos. Sin embargo, los espacios de calma entre las series de tres olas eran cada vez más breves, y muy pronto, «la cruel espuma nos mojaba y nos helaba [...] convirtiéndose en aguanieve en cuanto entraba en el cúter». Comenzaba de nuevo entonces el frenético achique de agua. Melville se dio cuenta de que el amanecer «no hizo otra cosa más que hundirnos más en la desgracia, pues permitió darnos cuenta del mal estado en que nos encontrábamos»^[794]. Melville estaba rígido como un maniquí y tenía las manos «hinchadas y cubiertas de ampollas». «La sangre estancada me rajaba la piel», afirmaba. No veían tierra, solo un interminable horizonte agitado de aguas grises como el peltre. Sobre el fondo estriado de la embarcación se había almacenado cuidadosamente nieve de la que obtener agua potable, pero debido a las inundaciones, ya no les quedaba nada.

Sin instrumentos de navegación, Melville y Danenhower dirigieron la lancha hacia el delta guiándose por el sol y las estrellas. Su cúter se había desviado hacia una derrota muy distinta a la seguida por De Long. El ingeniero puso la proa rumbo prácticamente sur y se aproximaba a la parte sureste del delta, mientras que De Long se alejaba hacia el oeste, en dirección a las bocas más septentrionales del Lena, menos conocidas y habitadas. Al final, las dos embarcaciones tocaron tierra en puntos alejados varios cientos de millas.

El 14 de septiembre, la lancha ballenera embarrancó en un bajío lodoso, aunque Melville seguía sin ver tierra. Desembarrancaron y se abrieron paso

rumbo este sureste, enhebrando estrechas vías de agua entre barras de arena, hasta que desembocaron en un amplio canal que resultó ser uno de los principales brazos del Lena, que bajaba con fuerte corriente y extendía por el mar una gigantesca voluta de aguas pardas. Allí viraron al oeste y alternadamente remaron y soltaron velas para remontar la corriente. El agua salada se endulzaba poco a poco. Por fin, la mañana del 17 de septiembre divisaron dos manchas a lo lejos: se trataba de la verdadera desembocadura de aquella rama del río. Por fin alcanzaban Siberia.

Sin embargo, tras una jornada río arriba, Melville no podía ocultar su desconcierto. Su mapa, copiado del *Geographische Mitteilungen* de Petermann, mostraba varios lugares marcados con la leyenda: «CABAÑAS INVERNALES DE NATIVOS». Pero los hombres oteaban ambas riberas y no veían signos de presencia humana de ningún tipo: solo un río de caudal rápido y aguas de aroma almizclado, de más de cuatro millas de ancho, sobre cuyas arenosas orillas se amontonaba la madera de deriva. En palabras de Melville: «Maldijimos con toda nuestra alma a Petermann y todas sus obras, que nos han hecho, literalmente, perder el norte»^[795].

Llevaban más de 120 horas arrebujaos en la atestada lancha y se encontraban en condiciones abyectas. «El frío nos había desangrado de toda vitalidad, entumeciéndonos la mente, el habla y el movimiento», relató. Newcomb se quejó de dolor en las encías —indicio claro de escorbuto— y los demás sufrían fotoqueratitis en diverso grado y pitidos en los oídos que no desaparecían.

Sin embargo, era en las extremidades donde más problemas tenían. «Teníamos las manos agrietadas y sangraban; era espantoso —escribió Melville—. Las ampollas se sumaban a las llagas y teníamos la carne blanda y esponjosa al tacto. No sentíamos apenas nada en pies, piernas y manos»^[796]. Leach tenía los pies en un estado lamentable (al parecer, casi tan mal como los tenía Erichsen en tierra); cuando se quitó las botas, el marinero comprobó que los dedos habían adoptado una tonalidad azul oscuro y que las uñas se le estaban curvando hacia atrás, describió Melville, como las barbas de una pluma cuando se la acerca al fuego.

Los diez hombres se sentían muy desgraciados y, a la vez, algunos de ellos estaban enloqueciendo. Cole hablaba solo y a veces parecía haber perdido el contacto con la realidad. Danenhower, aún indignado por la decisión del comandante de dar a Melville el mando de la lancha ballenera, decía cosas sin sentido y sufría accesos violentos. (No está claro si Melville conocía la enfermedad de Danenhower, pero era evidente que la sífilis se

manifestaba en aquellos episodios de locura). En una ocasión, Newcomb al parecer lo ofendió por alguna trivialidad y Danenhower saltó y empezó a estrangular al desvalido naturalista, gritando: «¡Si no me obedece, le voy a matar!»^[797]. Los demás tuvieron que separarlos.

Solo una cosa mantenía unidos a los hombres a través de aquellos momentos bajos y les permitía sobreponerse a todos los fracasos y transgresiones: la camaradería y el sufrimiento compartido, la convicción de que lo que habían dejado atrás validaba cualquier esfuerzo futuro. La magnitud de su lucha había forjado una fraternidad en la que reinaba la indulgencia. «La desgracia y los peligros que enfrentamos juntos han espoleado el compañerismo, un vínculo que nos une a todos», dijo Melville^[798].

Cuando parecía que aquella tortura alcanzaba su clímax, se cruzó en su camino la bendición: la mañana del 19 de septiembre, divisaron una serie de cabañas que les pareció un campamento de pescadores. «Estábamos tan alegres como si hubiéramos arribado a alguna metrópolis moderna», aseguró Melville^[799]. Desembarcaron y junto a las destartadas y groseras estructuras encendieron un gran fuego con madera del río. El calor, aunque bienvenido, hizo sufrir a los hombres, que sentían como si les clavaran en las extremidades un millón de agujas electrificadas.

Aunque el campamento parecía abandonado —al menos en aquella estación—, al poco tiempo aparecieron a la vuelta de una lengua de arena tres nativos paleando en sendos cayucos. Sin embargo, ignoraron los gritos desaforados de los hombres y continuaron en otra dirección. O quizá los asustaron aquellos once forasteros de extraño aspecto que habían tomado su campamento.

Cuando vio que los nativos se alejaban, Melville ordenó a unos pocos de los hombres que botaran la lancha para seguirlos. Muy pronto los alcanzaron, pero los nativos, «amedrentados por el miedo o la suspicacia», se alejaron de nuevo hasta quedar fuera de su alcance. Melville los saludó en inglés, alemán y francés, pero fue inútil. «Todos se rieron de mí ante los poco fructíferos intentos de comunicarme chapurreando lenguas de las que apenas hablo media palabra», recordaría más tarde^[800].

Tras mucho aspaviento, uno de los nativos, más joven y menos tímido que los demás, se acercó un poco. Repitiendo y gesticulando, Melville pudo determinar que su nombre era Tomat. Se tenía por guerrero orgulloso y era un

poco dandi: llevaba varias bolsas de tabaco y una pipa ceremonial colgada al cuello. Engalanaba sus pantalones de piel con adornos de cobre y portaba un cuchillo atado al muslo. Era apenas un adolescente: un improbable salvador para un desastrado grupo de marineros naufragados provenientes del otro lado del mundo. En su cayuco transportaba redes de pesca tejidas con crines blancas de caballo, algunos peces recién capturados y un ganso muerto. Melville dijo a los hombres que agarrasen el cayuco de Tomat por la borda para que no pudiera marcharse. El joven se alarmó momentáneamente por la maniobra, pero tras algunos gestos más, Melville pudo convencerle a él, y luego a sus compañeros, de que se les unieran junto a la hoguera, en la orilla.

Tomat y sus compañeros eran miembros de la tribu evenki (también conocida como tungús), otro grupo de cazadores y pescadores seminómadas que viven dispersos por el norte y centro de Siberia. De origen mongol y conocidos por la crianza de los duros caballos árticos, los evenkis habían sido parcialmente cristianizados y hablaban un idioma totalmente distinto al yakuto. Melville y sus hombres invitaron a los tres nativos a sentarse junto al fuego, y estos propusieron cocinar el ganso.

Se preparó apresuradamente un estofado y los norteamericanos trataron de comunicarse con los tres evenkis, pero muy pronto tiraron la toalla y se contentaron con mostrarles sus pertenencias y que los nativos hicieran lo propio. Tomat estaba particularmente impresionado por los fusiles estadounidenses y por la pequeña fotografía familiar que Newcomb le mostró. Tomat jamás había visto una fotografía; la besó una y otra vez y se persignó, creyendo sin duda que los allí retratados eran santos.

Tomat y sus compañeros se mostraron amistosos, pero tras unas horas Melville dedujo que aquellos nativos sin recursos no podrían ayudarlos; parecían renuentes a conducirlos a su poblado, dondequiera que se encontrase. Once estadounidenses hambrientos eran demasiados para una comunidad que se las arreglaba como podía para sobrevivir en aquella tierra infértil. Tomat creía, aparentemente, que Melville y sus hombres eran seres sobrenaturales que habían surgido del hielo en algún lugar lejano, al norte. Melville empezó a «distinguir en su conducta cierto temor hacia nosotros». Sospechó además que «se planteaban marcharse a hurtadillas y dejarnos en la estacada»^[801].

Melville empezaba a darse cuenta de que, pese a haber hecho contacto con otros hombres, todavía no estaban ni mucho menos salvados. Debían adentrarse aún más en el delta del Lena y encontrar algún poblado lo suficientemente grande como para dar cobijo a un grupo tan numeroso y

necesitado como aquel. Melville preguntó repetidas veces por Bulun, asentamiento claramente marcado en el mapa de Petermann. Tomat, cerrando los ojos y haciendo como que roncaba, dio a entender que Bulun estaba «a muchas siestas» de distancia y que intentar llegar hasta allí resultaría peligroso.

En su lugar, Tomat los condujo a su casa, un lugar dejado de la mano de Dios conocido como Pequeña Borjia, en el que había más lápidas que personas vivas. Durante varias noches, los norteamericanos vivieron en una estructura parecida a una yurta que estaba «increíblemente sucia», según palabras de Melville^[802]: «Apestaba a pescado podrido y huesos; aun así, estábamos muy felices por que nos hubieran acomodado en tal albergue, pues había anochecido y arreciaba la ventisca».

Desde Pequeña Borjia, Melville y sus hombres avanzaron por los «meandros del río, que asemejaban serpentines», rompiendo el hielo que ya se formaba sobre la superficie. El 25 de septiembre, alcanzaron un conjunto de cabañas al que se conocía con el nombre de Arrhu. Cuatro días después llegaban al poblado de Zemovialach, levantado en una pantanosa isla en mitad del río: vivían allí unos treinta evenkis y unos pocos yakutos, y fue el primer lugar que realmente merecía el nombre de *pueblo*.

La intención de Melville era continuar viaje hasta Bulun, pero habían llegado a Zemovialach en un momento del invierno en el que ya no se podía navegar, pero tampoco era seguro marchar sobre el hielo. Mediante gruñidos y empáticos gestos, los lugareños insistieron en que era demasiado peligroso tratar de viajar hasta Bulun antes de que el río se congelase del todo.

Melville pidió que alguien lo llevase al menos a él hasta Bulun, pero no encontró a ningún nativo dispuesto a emprender aquel peligroso viaje. Seguir adelante sin un guía era suicida, opinó Melville, «una falsa heroicidad»^[803]. En Zemovialach no había suficientes perros como para organizar una partida; los pocos que Melville vio eran «chuchos miserables». Ciertamente, los exploradores de Melville no estaban en condiciones de seguir adelante: «Observé a mis hombres: se encontraban débiles y hambrientos, y tenían los ojos hundidos en las cuencas». «Estudié los desvencijados útiles y equipajes, y las ropas escasas y raídas que traíamos con nosotros, y me fijé luego en los pies y piernas inutilizados. El riesgo era demasiado elevado»^[804].

Así pues, arrastraron la lancha ballenera para sacarla del río, la dejaron fuera del alcance del hielo y se instalaron en la periferia del poblado, en un par de *balagan*, típicas estructuras de madera de forma piramidal con techumbre cubierta de tierra, suelos forrados de pieles y placas de hielo a

modo de ventanas. Tendrían que esperar dos o tres semanas, quizá más. Aquella inmovilidad era exasperante —«la inacción era peor que la muerte en el camino», opinó Melville—, pero no podían hacer nada al respecto. Estaban atrapados allí, en aquella isla en mitad del Lena, esperando que el hielo terminase de solidificarse en torno a ellos. Sin posibilidad de comunicación con el mundo exterior, se convencieron de ser los únicos supervivientes del USS *Jeannette*.

Su encarcelamiento *de facto* en Zemovialach se demostró una auténtica bendición, pues tanto Melville como los demás estaban muy faltos de reposo. Los nativos parecían entender esto mejor incluso que el propio Melville, y atendieron a sus ateridos invitados con extrema generosidad. Las mujeres del poblado eran especialmente empáticas, según indicó Melville: «inspeccionaban nuestras extremidades congeladas, agitando la cabeza compasivamente e incluso vertiendo lágrimas, emocionadas por nuestra desgracia»^[805]. (En palabras de Danenhower, que había quedado ya medio ciego: «Las nativas siempre se mostraron muy amables, pese a su fealdad»^[806]). Los lugareños no tenían ni idea de quiénes eran aquellos extranjeros, de qué país provenían o por qué habían recalado por aquella parte del mundo. Algunos pensaban que habían nacido del mismo hielo. La gente de Zemovialach siempre cedía a la tripulación de la lancha los asientos de honor cuando visitaban los acogedores *balagan* de los nativos, que lo compartían todo.

Ese «todo», sin embargo, no era mucho. Los evenkis eran un pueblo humilde que encaraba el invierno como podía. Su dieta era tan pobre en vitaminas y minerales que la ceguera era rampante en la comunidad. Aun así, donaban diariamente una ración de pescado de río, formada por cuatro piezas de buen tamaño, a lo que añadían lo que Melville denominaba «una pizca de sebo rancio de reno que calentaban en una sartén sucia y llena de pelos del mismo animal»^[807]. Con ese sebo preparaban «caldos aclarados», a saber, estofados de pescado y reno convenientemente «aguados» con agua del río.

Además, todos los días, los evenkis compartían con ellos tres o cuatro gansos. Este último plato planteaba cierto problema con los estadounidenses, pues los nativos tenían la peculiar tradición de comerse las aves en avanzado estado de fermentación. Les gustaba cazar durante la temporada de muda de la pluma y dejar secar los cadáveres sin desplumar, colgándolos junto a sus cabañas durante el resto del verano. Llegado el otoño, los pájaros «atufaban»,

como gustaba decir a los hombres. Según Melville: «La carne de esos gansos era [...] vieja y fragante, tanto que cuando los colgábamos se les salían los intestinos y todos los jugos internos». Era demasiado hasta para los exploradores, acostumbrados a comer casi cualquier cosa.

Durante este periodo de «ociosidad impuesta», como Melville describía aquella cautividad en Zemovialach, los hombres mataban el tiempo cantando o jugando con ajadas barajas de cartas. Se daban baños de agua caliente. Remendaban sus ropas, rasgadas y llenas de agujeros, cosiendo viejos parches. Bebían tazas y tazas de té amargo y fumaban cigarrillos de una tosca mezcla de tabacos rusos. Limpiaban y se acicalaban los cabellos hirsutos y enredados, valiéndose de peines que los evenkis hacían con colmillos de mamut lanudo. Jugaban intensas partidas de ajedrez con rudimentarias piezas de madera del río tallada. Escribían cartas, que esperaban poder enviar en cuanto alcanzasen algún lugar civilizado. Por las mañanas, paseaban hasta el río, cubierto de hielo, y ayudaban a los evenkis a halar las redes con la pesca del día.

Aneguin encontró tiempo hasta para enamorarse. Como nativo inuit, su aspecto era parecido al de sus anfitriones evenkis, o al menos así lo creían estos. Aneguin hablaba además un poco de ruso, de modo que se entendía con ellos. Muy pronto lo consideraron uno más. Melville escribió: «Aneguin visitaba a menudo a sus hermanos y hermanas de piel cobriza, que se ofrecieron a remendarle sus mocasines y demás prendas; finalmente, empezó a rumorearse que Aneguin había encontrado una novia en el pueblo, lo que este reconoció no sin ruborizarse. Alabando las cualidades de su amor, dijo: “Yo mucho bien ella mujer pequeña”»^[808].

A Melville le preocupaba que brotase el escorbuto y, dadas las fétidas condiciones de gran parte de los alimentos que consumían, reconoció el riesgo de que algunos de sus hombres contrajeran disentería o fiebres tifoideas. Si bien la cocina local planteaba muchas dudas, Melville sabía que su vida y la de sus compañeros dependían totalmente de aquellos generosos evenkis y yakutos. «Lo que más temía era que los nativos, de hábitos algo incoherentes, levantaran el campo una noche y desaparecieran en la oscuridad», expresó Melville^[809].

Al ingeniero también lo preocupaba Cole, cuya salud mental empeoraba por momentos. Parecía habitar un mundo de fantasía y se pasaba el día diciendo cosas ininteligibles. Melville lo declaró *non compos mentis*: «no se muestra díscolo, sino alegre, y dice todo tipo de tonterías. Ha perdido el contacto con el tiempo y las circunstancias». Cole no paraba de decir que

estaba «cansado de aquellos tipos extraños y misteriosos» que los rodeaban, y repetía una y otra vez que quería ver a «la vieja». Se imaginaba, de cuando en cuando, púgil profesional, así que lanzaba puñetazos al aire, golpeando involuntariamente a quien se cruzara en su camino.

El estado de salud de Leach también se deterioraba paulatinamente: el congelamiento de sus pies le producía un dolor pavoroso. Apoltronado junto al fuego, exánime, febril y abatido, parecía escapar de él, poco a poco, cualquier aliento de vida. «Parece que la gangrena se ha abierto paso — escribió Melville—. Si se descuidan sus pies por un día, el mal olor es insoportable. Bartlett prepara todos los días una tetera de agua caliente en la que Leach se da baños de pies y se cura las llagas, retirando la carne muerta con ayuda de una navaja, para lo cual demuestra gran pericia»^[810].

Gracias a las constantes atenciones de Bartlett, Leach terminó por recuperarse. Conforme se le fue entibiando el ánimo, su pensamiento voló de vuelta al hogar y decidió redactar una carta para su madre, que vivía en Penobscot, estado de Maine:

Querida madre:^[811]

Hemos vivido sobre el hielo hasta que nuestro barco, nuestro hogar, nos ha sido arrebatado. Entonces comenzaron nuestras penalidades. Dimos con una feroz tempestad, que cerca estuvo de poner fin a nuestros sufrimientos. Yo tenía los pies rígidos por el congelamiento y las piernas heladas hasta la cintura, tanto que creo me las podrían haber arrancado sin notar yo nada. Cuando por fin llegamos a tierra, me encontré en graves apuros. No podía caminar de tan dolorido que estaba y los pies se me habían empezado a pudrir. Bartlett, uno de los compañeros, rebanó todas las partes putrefactas con un cuchillo y me cortó casi la mitad del dedo gordo del pie, del que ahora asoma un hueso. Me cuesta caminar y creo que continuará costándome durante un tiempo. Trato de mostrarme lo más afable de que soy capaz. La vida no se librará de mí tan fácilmente. Oh, madre, no tienes idea de por cuánto hemos pasado. Cuando miro atrás, los recuerdos no parecen referirse a la realidad, sino a un extraño sueño.

Creo que ya me he extendido lo suficiente sobre mis miserias. ¡Cielo santo! ¡No sabes cuánto anhelo ver a la gente que espera en casa! Envía memorias afectuosas a todo el mundo, tanto de nuestro pueblo como de otros lados, y quédate mi mayor beso para ti.

*Tu hijo, que te quiere,
Herbert*

Los estadounidenses llevaban en Zemovialach casi dos semanas, cuando tuvieron la oportunidad de conocer a un curioso visitante. Era un ruso grande y de barba poblada, con uniforme militar, que se ganaba la vida en el delta, yendo de aquí para allá, comerciando y haciendo trueque. Era Kuzma. Vivía, según contó, a día y medio en trineo de perros, en un diminuto asentamiento llamado Tamús. A Kuzma lo rodeaba un halo de misterio: parecía un tipo

muy vivo pero competente, y se interesó por la trágica historia de Melville. «Aquel hombre parecía brillante e inteligente —describió el ingeniero—. Enseguida supe que de él podía esperar mucho más que de cualquier otra persona que hubiéramos conocido hasta ese momento»^[812].

Melville había tenido la oportunidad de aprender un poco de ruso que mezclaba con el inglés. Kuzma pronto estuvo al corriente de la historia de los estadounidenses, a grandes rasgos: supo que Melville y sus hombres eran estadounidenses, que su barco había naufragado y que habían llegado a Zemovialach a bordo de una pequeña embarcación. Estaban cautivos allí, hasta que el hielo se endureciese. Kuzma obsequió a los occidentales con un poco de tabaco, cinco libras de sal, varios sacos de harina de centeno, azúcar y té, así como un reno para comer.

Melville negoció un pacto con Kuzma: si el ruso viajaba a Bulun y traía consigo alimentos, pieles y un tiro de renos, Melville le regalaría la lancha ballenera y le pagaría además 500 rublos. Como recado, Kuzma debería propagar la noticia de que los *amerikanski* ofrecían una recompensa de mil rublos a cualquiera que diese información sobre el paradero de los otros dos grupos, aunque fuesen objetos personales de alguno de sus compañeros. Kuzma aceptó, pero insistió en que tendría que esperar otra semana antes de viajar, pues el hielo todavía era frágil.

Melville no confiaba del todo en Kuzma. Había algo sospechoso en él. En aquella parte de Siberia, Melville había aprendido, según su propio testimonio, «que mentir no es considerado un pecado; antes al contrario, la mentira ingeniosa es loable como un logro»^[813]. Melville, sin embargo, no tenía otra opción que cerrar el trato.

Kuzma no mentía, pero tampoco decía toda la verdad. Lo que Melville no sabía es que el deportado ruso estaba condenado a muerte. De hecho, si se atreviese a volver por Bulun, sería ejecutado. Tenía que esperar a que el *starosta*, es decir, el nativo más anciano de su asentamiento, un hombre llamado Nikolái Chagra, lo acompañase. Aquella circunstancia motivaría aún más retrasos; de cualquier modo, el 16 de octubre, Kuzma por fin marchó rumbo a Bulun. Si las condiciones eran propicias, estimaba estar de vuelta en cinco días.

Los hombres esperaron en Zemovialach durante dos semanas completas. «Echábamos muchas y prolongadas miradas de anhelo desde lo alto de nuestras cabañas —escribió Melville—. Pero en vano. No había ni rastro de Kuzma». Por fin, el ruso apareció el día 29 de octubre: «Jamás se dio bienvenida tan calurosa, ni a la amante más añorada»^[814].

De inmediato, se hizo patente que Kuzma no había cumplido con su parte del trato. No traía alimentos, ropas ni renos y, como se apresuró a explicar, ni siquiera había llegado hasta Bulun. Sin embargo, durante aquel viaje había ocurrido algo interesante. En un poblado minúsculo llamado Kumaj-Surt, Kuzma había descubierto algo que lo había empujado a volver a toda prisa en busca de los occidentales. Por toda explicación, Kuzma sacó de su bolsillo un trozo de papel arrugado y se lo entregó al ingeniero. El mensaje que leyó en él lo dejó petrificado:

El vapor ártico Jeannette ha naufragado^[815] [...] desembarcamos en Siberia el 25 de septiembre, aproximadamente; necesitamos ayuda para el capitán, el médico y otros (9) hombres.

William F. C. Nindemann

Louis P. Noros

Marineros de la Armada de los Estados Unidos

Sírvanse responder a la mayor brevedad: necesitamos alimentos y abrigo

Kuzma relató que había conocido a dos norteamericanos que estaban más muertos que vivos, y que ellos habían escrito aquel mensaje. En esos momentos probablemente estarían recuperándose en Bulun. Lo que Kuzma no supo deducir fue que esos once marinos supervivientes de los que le habían hablado Nindemann y Noros no eran en realidad los compañeros de Melville; Kuzma no entendió que los que seguían perdidos en el delta era un grupo diferente de expedicionarios. Kuzma dio por hecho que el «comandante» mencionado por Nindemann y Noros no era otro sino Melville.

Melville decidió pasar de inmediato a la acción. Dejaría al resto de hombres en Zemovialach y partiría a toda prisa hacia Bulun, donde iniciaría la búsqueda de De Long con Nindemann y Noros. Tras recibir aquella noticia, se maldijo por no haber intentado alcanzar Bulun antes. Kuzma lo ayudó: reunió un grupo de perros que venían de Tamús, se hizo con dos trineístas evenkis y construyó un trineo.

La mañana del 31 de octubre, con la temperatura rozando los treinta grados centígrados bajo cero, Melville y sus trineístas partieron deslizándose a toda velocidad sobre la tundra gélida, arrastrados los trineos por once «perros mestizos de todos los pelajes y tamaños [...] una heterogénea cuadrilla que no hacían sino aullar, gañir, morder y perseguirse unos a otros»^[816]. Con el caudal del río congelado por completo, hicieron un tiempo de viaje sorprendentemente bueno. Los trineístas azuzaban solo ocasionalmente a los perros con unas varas con punta de hierro; así,

atravesaron la ventisca a toda velocidad y llegaron a Bulun tras tres días extenuantes.

Era casi de noche cuando Melville desmontó de su trineo y se adentró entre las cabañas del asentamiento. Los curiosos yakutos se agolparon a su alrededor y enseguida le condujeron a la pequeña morada de los dos *amerikanski*. Melville abrió la puerta y se topó con los rostros de dos queridos compañeros de fatigas a los que llevaba cincuenta y un días sin ver.

Nindemann y Noros recibieron con deleite la noticia de que habían sobrevivido no solo Melville, sino todos los tripulantes de la lancha ballenera. Se quedaron ahí de pie, junto al ingeniero, relatando su trágica historia, incluidas las amputaciones de Erichsen y su funeral sobre el hielo. Melville resolvió partir lo antes posible de vuelta al delta del Lena. Quedó sobrecogido y muy sorprendido de saber que De Long y los demás podrían seguir vivos. Haría todo lo posible para reunir los perros, trineos y víveres necesarios para una búsqueda de varias semanas. Tenían que darse prisa y ponerse en marcha antes de que el invierno cayera con todo su peso sobre ellos.

Melville quería que Nindemann y Noros lo acompañaran, pero aquello era «absolutamente imposible»^[817], según el propio ingeniero pudo comprobar. Estaban en tan mala condición física que «no podían apenas caminar, y vomitaban y defecaban con violencia, efecto sin duda de haberse alimentado a base de pescado podrido». En su lugar, Melville, que también había desechado su copia del mapa de Petermann, encargó a Nindemann y Noros que bosquejasen un plano de la ruta que habían traído, en el que apareciesen el lugar donde habían tocado el continente, la cabaña en que De Long los esperaba, la cabaña en que habían sido encontrados por los nómadas yakutos y los diversos hitos geográficos hallados por el camino.

Melville se quedó despierto hasta tarde redactando telegramas: uno debería ser enviado a las oficinas londinenses del *New York Herald*, otro al embajador estadounidense en la capital rusa, San Petersburgo, y otro más a William Henry Hunt, el secretario de la Armada en Washington. El urgente mensaje de Melville viajaría hacia el sur con una serie de tiros de perros y renos, hasta la ciudad de Irkutsk, donde se encontraba la estación telegráfica más próxima. Melville sabía que el mensaje tardaría semanas, si no meses, en llegar a su destino a orillas del lago Baikal, a 4500 kilómetros de allí.

Melville dejaría a Nindemann y Noros en Bulun y dispondría que el resto de los tripulantes de la lancha se reuniesen con ellos allí. El grupo reunido

partiría en dirección a Yakutsk, una pequeña ciudad a orillas del Lena, a unos 1500 kilómetros al sur, lo más parecido a la civilización en esa parte de Siberia.

Tras contratar los tiros de perros, un guía cosaco y varios exploradores yakutos, Melville partió de vuelta al delta del Lena el día 5 de noviembre. En la cabaña de Nindemann dejó un mensaje para Danenhower, dándole instrucciones de conducir al grupo de hombres hasta Yakutsk. «Tengo un plano bastante bueno, que me ayudará a encontrar a nuestros compañeros perdidos —afirmó Melville—. Si el tiempo y el clima lo permiten, iré hasta la costa norte para recuperar los documentos del barco, el cronómetro, etcétera. Quizá me lleve un mes. No teman por mi seguridad. Los nativos cuidarán de mí».

Una tiniebla blanca

Melville despidió a sus amigos y se preparó para dirigirse de vuelta a los heladores páramos del Lena. Debió de hacer de tripas corazón, pues también a él lo aquejaban los congelamientos, y seguía muy fatigado y desnutrido, tras meses alimentándose de comida en mal estado. Regresaba al delta en la época más peligrosa; en efecto, el invierno siberiano caía sobre la tierra como una manta y traía consigo ventiscas huracanadas, oscuridad constante y temperaturas que podían caer por debajo de los cuarenta y cinco grados centígrados negativos.

El ingeniero era consciente de que iba muy mal preparado. Aunque no se le daban mal los idiomas, no conocía el yakuto, y los nativos «encontraban enormes dificultades para entender mi ruso»^[818]. Melville apenas tenía experiencia con los tiros de perros ni sabía cómo sobrevivir en la tundra. En su misión, recorrería un desolado laberinto casi tres veces mayor que los Everglades de Florida, por poner un ejemplo. Unos Everglades helados con apenas hitos geográficos, los cuales, en cualquier caso, empezaban a ocultar ya la nieve y el viento.

Melville era consciente de que encontrar a De Long en aquel mundo blanco era un empeño quijotesco y, en aquella época del año, extremadamente peligroso. No obstante, seguía existiendo la posibilidad de que el comandante y el resto de compañeros siguieran vivos: mientras así fuera, el ingeniero sabía que debía intentarlo. Intentó imaginar a sus camaradas allá fuera, languideciendo, mordisqueando cabezas de pescado o las suelas de sus botas mientras se les ennegrecían las extremidades y el calor escapaba de sus cuerpos. Solo podía esperar que, como Nindemann y Noros, los hubieran encontrado unos nómadas piadosos, o que hubiesen avistado alguna barcaza en uno de los brazos del Lena, o que los hubiese recogido una partida enviada desde algún barco de rescate, o que hubiesen dado con una gran manada de renos migrantes cuyas carne y pieles les permitiesen sobrevivir.

Aunque De Long y sus hombres hubiesen perecido, Melville tenía el convencimiento de que aquella búsqueda tenía todo el sentido. Sabedor de

que habitaban el delta lobos, zorros, aves carroñeras y algunos osos polares, quiso, caso de que sus compañeros hubieran muerto, «salvar sus cuerpos de ser mutilados por las fieras»^[819].

Aún le preocupaba más la llegada de las inundaciones primaverales. «Tal y como estaban las cosas, resultaba evidente que si me retrasaba hasta la primavera, todo rastro de mis camaradas sería barrido por las inundaciones, que sumergen completamente al delta: los troncos que arrastran quedan varados a doce metros sobre el lecho del río»^[820], señaló Melville.

Además, el ingeniero estaba decidido a recuperar todos los registros e instrumentos científicos que pudiera encontrar, antes de que las inundaciones los echasen a perder. Nindemann había marcado en el bosquejo de plano el lugar de la playa donde habían enterrado los papeles, diarios, cronómetros y especímenes naturales. Encontrar el escondrijo se probaría difícil, Melville lo sabía, pero ese material merecía la pena ser rescatado.

En Bulun, Melville conoció al comandante Grigori Beshov —«un gran ejemplo de virilidad cosaca»^[821], lo describió Melville, «de gran estatura y presencia imponente»—. Beshov era un hombre de recursos y ofrecía tiros de perros, provisiones y dos guías nativos. Aunque Melville no tenía nada que dar a cambio en aquel momento, prometió al oficial que el gobierno de los Estados Unidos pagaría a los nativos y compensaría cualquier otro gasto en el que incurriera la expedición de auxilio, más la comisión que Beshov tuviera a bien cobrar.

Los dos guías, Vasili y Tomat, eran nativos jóvenes y fuertes que conocían bien el delta y su red de cabañas y refugios de caza. Sin embargo, se mostraron bastante suspicaces al respecto de la misión; pensaban que Melville estaba fuera de sus cabales. Su pueblo, generación tras generación, huía del delta al llegar el invierno. Aquella expedición iba contra sus hábitos e instintos más básicos; para Vasili y Tomat aquel viaje rayaba en lo suicida. Sin embargo, los dos hombres necesitaban el dinero y, sabiendo además que había vidas humanas en juego, se mostraron dispuestos a intentarlo.

El 5 de noviembre, Vasili, Tomat y Melville montaron en sus trineos y pusieron rumbo al norte. «Parto lleno de esperanzas y miedos. Espero lo mejor del futuro y temo, por otro lado, lo peor»^[822], dejó escrito Melville.

Durante días y días atravesaron aquella tiniebla blanca. Era un mundo onírico, envuelto en un sudario de niebla y de nieve apilada formando crestas, sobre la que no aparecían marcas de hombres ni animales. «El desierto yermo y

desolado, despojado de todo sustento posible», escribió Melville. Los patines de los trineos chirriaban y crujían al rozarse contra el hielo. Tomat y Vasili gritaban órdenes a los perros en su ignota lengua túrquica. Los perros se debatían en sus arneses. Los vientos siberianos aullaban.

Melville primero quiso alcanzar Bulkur, el lugar donde el nativo llamado Ivan había encontrado a Nindemann y Noros, dentro de la cabaña de pesca. Tomat y Vasili afirmaban conocer bien el lugar y, aunque la nieve lo cubría todo, se mostraban muy seguros de conocer el camino.

Durante aquellos días, subido en la parte de atrás del trineo, Melville no pudo evitar preocuparse por sus pies, afectados ya por el congelamiento. Se habían hinchado, inflamado y cubierto de ampollas. Parecía como si «el frío los hubiera privado de cualquier sensación»^[823]. En un minúsculo asentamiento llamado Buruloch, una ajada mujer yakuta se apiadó de él y frotó sus pies con grasa de ganso caliente, un remedio muy maloliente que no obstante fue mano de santo.

Cuando la comitiva llegó a Bulkur, Melville hizo fuego y se calentó los pies, hasta que estos volvieron poco a poco a la vida. Revisó a continuación la cabaña y dio con «varios pequeños objetos que Nindemann y Noros habían olvidado o dejado allí adrede». El ingeniero también encontró los restos de pescado pulverizado que sus compañeros habían comido y sabiamente se negó a probarlos. En cualquier caso, los víveres que ellos llevaban no eran mucho mejores: pescado crudo congelado, que Vasili y Tomat cortaban en dados. Además, hervían astas y pezuñas de reno y tomaban el caldo resultante, espumándolo previamente. Para beber, hicieron un poco de té. Tras la cena, se echaron a dormir. Los perros se acurrucaron contra un banco de nieve, junto a la entrada.

La mañana siguiente, Melville estudió el terreno. En los lugares en que los vientos habían levantado la nieve pudo reconocer vagamente, sobre el hielo endurecido, las viejas huellas que Nindemann y Noros dejaron en su «huida de las fauces de la muerte»^[824], en palabras de Melville. Aquí y allí distinguía los lugares en que los hombres «habían roto el hielo, aún joven». Durante muchos días, Melville y los guías siguieron el rastro a lo largo del río, hasta el lugar que Nindemann había marcado en su bosquejo de mapa como «Trineos». Allí, Nindemann y Noros habían utilizado la madera de algunos viejos trineos para hacer fuego: Melville localizó los restos carbonizados de aquella hoguera. En otra cabaña, algunos días después, encontró un cinturón cuya hebilla le era familiar: había sido forjada en la fragua del *Jeannette*.

Melville se sentía como un detective a la caza del tesoro, recopilando pequeñas pistas a la vez que recorría aquella inmensidad imposible, interpretando con ahínco el tosco mapa de sus compañeros, el cual, sin embargo, se reveló sorprendentemente preciso. Hasta ese momento, las indicaciones de Nindemann habían sido exactas: el delta se configuraba ante Melville tal y como lo había capturado el alemán en su memoria. Melville se había acercado a apenas unas millas del lugar en que Nindemann y Noros se habían separado de De Long.

Sin embargo, durante los siguientes días, conforme se adentraban en las llanuras totalmente congeladas, Melville se dio cuenta de que «había perdido el rastro». Las huellas se desvanecían o la nieve las ocultaba, y por las pocas cabañas que encontraban hacía muchos meses que no pasaba nadie. El mapa de Nindemann no parecía ajustarse ya a aquel paisaje abrumador. El delta no era, en su conjunto, «otra cosa que un enorme archipiélago»^[825], concluyó disgustado Melville.

Vasili y Tomat empezaron a preguntarse si merecía la pena continuar aquella búsqueda. Los perros estaban muy cansados y medio muertos de hambre. La temperatura se había desplomado por debajo de los cuarenta grados negativos y los azotaba sin remisión una ventisca que había reducido la visibilidad a apenas unos metros. Los guías imploraban a Melville regresar a Bulun. Sin embargo, el ingeniero se mantuvo «inexorable», según sus propias palabras. Melville motivaba a los nativos sin descanso, pues durante aquellos días mejoró su ruso y llegó a chapurrear el yakuto, que mezclaba con «algunas fórmulas expletivas» de su «rica lengua materna, seleccionadas al azar, cuyo sentido llegaron en última instancia a deducir gracias a mi vehemencia al pronunciarlas»^[826]. Melville sentía que se acercaba a De Long y estaba seguro de que pronto descubrirían alguna pista. No podía dejar la búsqueda en ese momento.

Sin embargo, las condiciones climáticas no dejaron de empeorar y Melville empezó a sospechar que Tomat y Vasili planeaban abandonarlo. Una mañana lo intentaron, en efecto: salieron a hurtadillas de la cabaña, cargaron los trineos y se dispusieron a partir, dejándolo allí probablemente para siempre. El ingeniero se dio cuenta demasiado tarde: salió trastabillando por la puerta, cogió la fusta de Tomat y le asestó «un golpe que le hizo perder el equilibrio». Tomat y Vasili echaron a correr hacia los trineos y Melville sacó el arma y disparó al aire. «La bala pasó silbando sobre sus cabezas, e *ipso facto* ambos nativos se echaron al suelo. Se hincaron de rodillas, se giraron y persignaron aterrados»^[827], rogando al occidental que no los matase.

Solventada momentáneamente aquella crisis, Melville se dio cuenta de que tenía que idear un plan que le valiera de nuevo la confianza de los yakutos. Decidió que pondría rumbo al pequeño asentamiento de Bulun Norte, una mota de civilización no lejos del litoral ártico, de los pocos lugares que quedaban habitados en el delta durante el invierno. Bulun Norte estaba a ciento veinte verstas —unos ciento treinta kilómetros— al noroeste. Allí podrían hacerse con más provisiones y cambiar los perros. Desde Bulun Norte podrían avanzar hacia el este, en paralelo a la costa, con la esperanza de encontrar el escondrijo con las bitácoras y el instrumental. A partir del escondrijo intentarían recuperar el rastro de De Long tierra adentro.

A Vasili y Tomat les gustó el nuevo plan —o lo que entendieron de él—. En pocos días llegaron a Bulun Norte, cuyos habitantes les dieron una cálida bienvenida. Melville y sus acompañantes fueron conducidos a la yurta principal, en cuyo interior, lleno de humo y untado de grasa de foca, se apiñaban una decena de almas. «Nunca jamás se vio un grupo de mortales tan variopinto y apestoso en un lugar tan atestado»^[828], describió Melville.

Según los lugareños, por aquella parte del delta varios nativos habían visto extrañas pisadas en la nieve. Además, descubrieron muchas trampas desmontadas cuya madera había sido utilizada para hacer fuego. Los yakutos de Bulun Norte estaban «muy intrigados» y querían «saber de quién eran las huellas», dijo Melville, «temerosos en un primer momento de que alguna banda de rufianes o contrabandistas o fugitivos se hubiese cruzado en su camino».

Entonces, algunos hombres se acercaron a Melville y le mostraron objetos que habían encontrado en el delta. Un nativo le enseñó un fusil Winchester roto que alguien había dejado en una cabaña: Melville lo reconoció de inmediato, provenía de la santabárbara del *Jeannette*. Se adelantó una anciana y, tras rebuscar «en las entretelas de su pecho», según palabras de Melville, extrajo una nota que había escrito De Long el día 22 de septiembre. La nota, encontrada por un cazador, decía:

Jueves, 22 de septiembre de 1881

Vapor de Exploración Ártica Jeannette

En una cabaña en el delta del Lena, supuestamente cerca de Tch-ol-booje.

A quienquiera que encuentre este papel:^[829]

Por favor, haga llegar ese mensaje al secretario de la Armada de los Estados Unidos de América. El lunes, 19 de septiembre, dejamos una gran cantidad de efectos cerca de la playa, sobre los cuales erigimos un gran poste. Entre ellos hay instrumentos de navegación, un cronómetro, las bitácoras del buque correspondientes a dos años de navegación, tiendas, medicamentos, etcétera. Llegó el momento en que nos era del todo imposible seguir transportando este material. Nos ha llevado cuarenta y ocho horas recorrer estas doce

millas, debido a la incapacidad de algunos de nuestros hombres. Anoche abatimos dos renos, lo que supone víveres abundantes durante un tiempo. Hemos visto muchísimos renos más, así que el futuro no nos preocupa a ese respecto.

Teniente de navío George W. De Long, comandante

Motivado por este hallazgo, Melville deseó marchar cuanto antes. La mañana siguiente, la del 13 de noviembre, dejó Bulun Norte con un tiro de perros nuevos y varios guías yakutos más, que ayudarían a Tomat y Vasili. Al día siguiente alcanzaron la costa, donde vieron bloques de hielo «a la deriva, abandonados como los monumentos de los antiguos druidas»^[830]. En unas pocas horas, Melville divisó el mástil que señalaba el lugar, justo como describía el mensaje del comandante. Cuando Melville lo señaló a los trineístas, «apenas fueron estos capaces de contener el anhelo por descubrir qué había allí escondido». Cavaron en la nieve y la arena y encontraron un conjunto de objetos dispares: armas, tiendas, instrumental médico y de navegación, una biblia de gran formato y, para alivio de Melville, todos los diarios de a bordo, en buenas condiciones. Los yakutos estaban sobrecogidos, «maravillados y encantados, [...] pues nunca habían visto un botín tan rico»^[831].

En el escondite hallaron también una gran lata llena de muestras de rocas, musgos y otros especímenes naturales recogidos en isla Bennett. Melville cargó cuidadosamente la lata en el trineo junto al resto de objetos, mientras los yakutos lo observaban confundidos. Desconcertados, buscaron en el contenido de la lata. «Tras una breve charla entre ellos, estallaron en risotadas: para ellos era una idiotez supina que un hombre, a punto de morir de inanición, cargase con esas piedras inútiles teniendo ante sí tan larga travesía», relató Melville^[832].

Durante varias horas, el ingeniero buscó en vano el primer cúter, el que De Long dejó abandonado en los bajíos. Concluyó que se lo había tragado el hielo. No encontró, por fin, indicio alguno de la embarcación de Chipp ni de ninguno de sus tripulantes.

Melville y los trineístas acamparon en una cabaña no lejana de la costa e hicieron fuego. Entre los objetos rescatados, los yakutos hallaron un recipiente forrado de mimbre que contenía una pequeña cantidad de alcohol. «Los nativos se habían enterado muy pronto de que yo transportaba conmigo bebidas espirituosas», escribió Melville, «y todos se congregaron alrededor con la esperanza de celebrarlo».

«¡Solo un poco! ¡Solo un poco!», rogaba Tomat.

Melville se negó, argumentando que aquel alcohol «solo servía para hacer fuego»: era alcohol de quemar, no para beber. Sin mediar palabra, uno de los

yakutos le arrebató el recipiente y salió corriendo. «Lo atrapé antes de que llegase a la puerta de la cabaña», relató Melville, «y el alcohol se cayó al suelo; el nativo se arrojó boca abajo y empezó a lamer el precioso fluido». Furioso, Melville vació el resto del frasco sobre las cenizas del hogar, «y el alcohol prendió, y ardió durante un buen rato, para desgracia del pobre Tomat y sus amigos»^[833].

Desde la costa ártica, Melville modificó el rumbo hacia el interior de nuevo, estudiando las notas de Nindemann para localizar la ruta seguida por De Long. Durante varios días siguieron el rastro sin mayor problema: Melville encontraba huellas cada tanto e incluso el rastro del trineo improvisado sobre el que la tripulación del cúter transportó al moribundo Erichsen. Durante varios días más, Melville buscó sin éxito la cabaña en que había muerto el danés y donde debía estar la tabla sobre la que Nindemann había grabado el crudo epitafio para su compañero muerto.

Melville temía haber perdido el rastro por segunda vez y, de nuevo, los yakutos empezaron a recelar. No obstante, el propio Tomat contó a Melville algo que dio esperanzas al explorador: los yakutos mantenían reservas de alimentos repartidas por todo el delta. Así es como sobrevivían en el delta con aquel clima impredecible y durísimo, y así eludían la catástrofe en sus largas incursiones: una pila de pescado congelado en una cabaña, unos pocos gansos en otra más allá. De hecho, según Tomat, a apenas unos kilómetros de donde se encontraban se había guardado la carne de veintitrés renos, encima de una plataforma elevada sobre pilotes, a salvo de inundaciones y alimañas. Melville se preguntó si De Long y sus hombres habrían tenido la suerte de dar con alguna de esas reservas. Quizá habían sobrevivido hasta ese mismo momento. De lo contrario, «qué triste que hubieran estado tan cerca de su salvación, sin saberlo», pensó^[834].

Llegó el 20 de noviembre sin nuevos descubrimientos. Melville estaba por abandonar la búsqueda. Se dio cuenta de que estaba poniendo en riesgo su vida y la de sus acompañantes. Estaban ateridos y desmoralizados y los perros se encontraban «completamente extenuados». El invierno siberiano se había demostrado un enemigo demasiado fuerte.

En la década de 1860, el científico francés Louis Figuier había escrito elocuentes páginas sobre aquella misma región en su libro *La Terre et les mers*, un ejemplar del cual formaba parte de la biblioteca del *Jeannette*: «La tundra es la tumba verdadera de la Naturaleza, el sepulcro del mundo

primigenio. [...] La atmósfera se hace densa; las estrellas se atenúan y titilan; toda la Naturaleza duerme y su sueño parece la muerte». En la tundra, según Figuiet, «las personas e incluso la nieve despiden vapor constantemente; dicho vapor se convierte de inmediato en millones de agujas de hielo, que en el aire hacen un ruido parecido al crepitar de la seda gruesa al ser frotada. Los renos se apiñan para darse calor y solo el cuervo, el pájaro oscuro del invierno, surca el sombrío cielo con su aleteo lento, marcada la trayectoria de su vuelo solitario por una larga estela de vapor desvaído»^[835].

Ese era el paisaje que había derrotado a Melville. Tendría que regresar en otra época del año. En ese momento solo podía recuperar rumbo sur y regresar a Bulun, un viaje de una semana deshaciendo camino por el dédalo helado. El recuerdo de aquel viaje quedaría empañado por el velo de la desgracia. «Cuando la noche se cernió sobre nosotros, mientras nos debatíamos sin objetivo claro bajo la nieve, pensé que no sería muy diferente sobrevivir a morir. Se diría que aquella terrible travesía no tenía fin. Estaba despierto y era consciente de los otros seres humanos que me acompañaban, pero había perdido la capacidad de sentir y el don de la palabra, y existía como un muerto viviente», dijo^[836].

Melville empezó a darse cuenta de por qué De Long había enterrado todos aquellos objetos: a los perros les costaba horrores transportarlos. Preocupaba al ingeniero que aquel peso extraordinario terminase con la vida no solo de los perros, sino de toda la expedición. «De cuando en cuando, se me ocurría esconder de nuevo el botín en el primer lugar seguro que encontrásemos y volver a por él más adelante; pero tras reflexionar un momento, recordando la pertinacia con que nos habíamos aferrado a todo ello —el relato y los valiosos hallazgos resultantes de dos años de esfuerzos y sufrimientos—, apretaba los dientes bajo la tormenta y me juraba a mí mismo cargar con ellos hasta el final, a cualquier coste»^[837].

Melville llegó de vuelta a Bulun el 27 de noviembre, con el rostro quemado por el frío y el viento, hasta tal punto de quedar irreconocible. El ingeniero y sus guías yakutos habían recorrido más de dos mil doscientos kilómetros de tundra durante veintitrés días.

La mayoría de los supervivientes del *Jeannette* habían partido rumbo sur con Danenhower, en busca de la ciudad de Yakutsk; solo Nindemann, Noros y unos pocos más seguían en Bulun, esperando dar la bienvenida a Melville. El ingeniero les dijo cuánto lamentaba no llevar buenas nuevas, salvo el

hallazgo de las bitácoras y demás objetos. «Siento haber fracasado en la búsqueda de mis camaradas perdidos», escribió, aunque se decía «satisfecho de haber hecho todo lo posible. Si De Long y sus hombres siguen vivos y han encontrado a algún yakuto, se encontrarán sin duda sanos y salvos, como lo estoy yo; si murieron, los nativos me habrán aconsejado sabiamente, al advertirme de que yo también podría morir si persistía en encontrarlos en esta época del año»^[838].

En el curso de la búsqueda, Melville creó algo de gran valor: un preciso mapa del delta del Lena, sin duda el más detallado hasta la fecha y de todo punto mejor que el de Petermann. Si De Long hubiera contado con aquel mapa dibujado por su subordinado, él y sus hombres probablemente se habrían ahorrado muchas adversidades.

Tras recuperarse durante unos días en Bulun, Melville se preparó para seguir el camino de sus compañeros hacia el sur. El pequeño y paupérrimo poblado no podía sostenerlos más tiempo: los americanos ya suponían una carga excesiva para los escasos recursos ganaderos y alimentarios de la comunidad. Así pues, Melville, Nindemann, Noros y el resto seguirían adelante y viajarían en trineo de renos hasta Yakutsk, la capital del óblast de Yakutia, donde se reunirían con el resto de supervivientes del *Jeannette*, terminarían de curarse, intentarían comunicarse con el mundo exterior y planearían una búsqueda mucho más exhaustiva del comandante, Chipp y el resto. Regresarían al delta en primavera, cuando el tiempo mejorase, pero antes de que las crecidas del Lena inundaran el delta con toda su furia.

Melville dio las gracias al comandante Beshov por su ayuda y le pidió que siguiera instando a la escasa población nativa del delta a estar ojo avizor, mientras él se encontraba en Yakutsk. «Es mi deseo y el del gobierno de los Estados Unidos de América»^[839], escribió Melville a Beshov, «que mis camaradas perdidos sean objeto de una búsqueda diligente e ininterrumpida. Es necesario que todos los asentamientos —todas las casas y cabañas, grandes y pequeñas— sean inspeccionadas para localizar libros, documentos o a los integrantes mismos de la expedición».

El 1 de diciembre, Melville se reunió con sus compañeros, recopilaron todas las reliquias procedentes del *Jeannette* que habían encontrado en la playa y emprendieron la marcha en dirección a Yakutsk.



LONDRES, 22 DE DICIEMBRE DE 1881

Se ha recibido el siguiente telegrama en las oficinas londinenses del *Herald* a las dos horas y veinte minutos de esta madrugada:^[840]

Irkutsk, 21 de diciembre, 2:05 P. M.

El Jeannette ha sido aplastado por el hielo en la latitud 77 grados, 15 minutos norte, longitud 157 grados este.

En trineos y embarcaciones hemos podido escapar hasta llegar a cincuenta millas al noroeste del río Lena, donde una tempestad separó los cúteres y la lancha ballenera en que navegábamos.

Esta última, comandada por mí, ingeniero jefe Melville, tocó tierra en la boca oriental del Lena el 17 de septiembre. Detuvo su avance el hielo formado en la superficie del río. Encontramos un asentamiento nativo y, en cuanto el río se heló, me puse en comunicación con las autoridades rusas, en la persona del comandante Beshov.

El 29 de octubre supe que el cúter comandado por el teniente de navío De Long, el doctor Ambler y otros doce hombres había tocado tierra en la boca norte del Lena. Todos están al parecer en lamentables condiciones de salud y muy afectados por los congelamientos. El comandante Beshov ha enviado exploradores en su auxilio y procurará mantener la búsqueda hasta encontrarlos.

Del segundo cúter no se han recibido noticias. Por favor, envíen giro telegráfico de inmediato a Irkutsk.

(Firmado), Melville, Departamento de la Armada, Washington D. C.



22 de diciembre de 1881

Al ingeniero Melville, Armada de los Estados Unidos, Irkutsk:

No repare en esfuerzos ni gastos para garantizar la seguridad de los hombres del segundo cúter^[841]. Que los enfermos y aquejados de congelamientos reciban toda la atención necesaria. En cuanto sea materialmente posible, serán trasladados a climas más benignos. El departamento aportará los fondos necesarios.

Hunt, secretario



*Departamento de Estado
Washington D. C.*

El secretario de Estado ha recibido hoy en Washington un despacho del señor Hoffman, encargado de negocios de los Estados Unidos en San Petersburgo, en el que este asegura que las autoridades rusas aplicarán las medidas más enérgicas para localizar y auxiliar a los hombres perdidos^[842].

Tras recibir noticia del Jeannette, el señor James Gordon Bennett, residente en París, giró de inmediato la cantidad de 6000 rublos a San Petersburgo, por vía de los señores Rothschild, con el ofrecimiento de aportar cualquier otra suma exigida para cubrir el rescate y cuidados del teniente de navío De Long y sus hombres.



Queridísimo George:

Espero poder ver a mi amado esposo en un mes o dos, a lo sumo. Ojalá estés bien como para poder llegar a San Petersburgo. Me gustaría reunirme contigo allí. Querría tanto acompañarte, cuidarte. No temo el viaje, pero sí las condiciones en que puedas encontrarte ahora mismo. No sé qué posibilidades existen de llegar hasta Siberia: felizmente recorrería cualquier distancia si continúas indispueto. He teleografiado al señor Bennett para preguntarle si sería posible que yo viajase para poder cuidar de ti. Bennett respondió que ya ha enviado a un corresponsal; aunque hubiese llegado a tiempo para partir con él, los preparativos adicionales necesarios para que una mujer pueda soportar la dureza del invierno siberiano habrían provocado graves retrasos. Creo, de cualquier modo, que yo podría cuidar de ti mejor que cualquier otra persona, y devolverte la salud y la fuerza.

Emma



Toda la nación rusa

A lo lejos, en la margen occidental del Lena, se elevaba la ciudad como un espejismo: torres fortificadas, agujas de madera, cúpulas bulbosas y una extensión de casas destartalladas, de cuyas chimeneas brotaba el humo de mil fuegos alimentados por madera de abedul.

Yakutsk, la capital del vasto óblast siberiano de Yakutia, era entonces un pueblo de unos cinco mil habitantes. La mayoría eran nativos, aunque también abundaban los exiliados políticos y los delincuentes deportados. Fundada por los cosacos, que construyeron en 1632 el primer *ostrog* —un tipo de fuerte de madera—, Yakutsk fue un importante puesto comercial, que desempeñó un papel clave en el comercio de marfil de mamut y el monopolio peletero de los zares. Yakutsk era considerada ya entonces la urbe más fría de la Tierra —título que sigue ostentando hoy— y es el lugar poblado más grande construido enteramente sobre permafrost. Pese a ello, todos los veranos la capa superior de tierra se deshela y se transformaba en un pantanal, lo que obligaba a construir las casas sobre pilotes para evitar que los cimientos se empaparan y pudrieran.

Melville había tardado casi un mes en llegar a Yakutsk en trineo de renos, tras atravesar la cordillera de Verjoiansk y remontar el valle del río Yana. Durmió en cabañas y, ocasionalmente, en establos de familias yakutas. Cruzó el círculo polar ártico y luego regresó al cauce del río Lena, que, congelado, hacía las veces de camino carretero. El viaje, de más de mil kilómetros, fue arduo pero no trajo ninguna calamidad.

Tras entrar en Yakutsk, el 30 de diciembre, Melville fue conducido a la residencia de la máxima autoridad rusa, el gobernador general, Georgi Chernev. Se trataba de un hombre corpulento que vestía uniforme completo; recién inaugurada la sesentena, se mantenía soltero. «Erguido como el mástil de una lanza»^[843], describió Melville, «tenía pelo blanco y ondulado, barba, nariz aquilina, buena complexión, rostro apuesto y aire marcial».

Chernev inspeccionó a Melville, examinando su rostro cubierto de costras y sus pieles raídas con tal interés que por un momento el ingeniero no supo

qué hacer: lo avergonzaba su ajada indumentaria. Sin embargo, acto seguido Chernev abrazó al americano y lo besó en ambas mejillas. «Hijo mío, hijo mío», exclamó, entristecido por todo lo que Melville había sufrido. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras lo abrazaba una y otra vez. «Chernev era militar, así que no tenía que excusarme por mi apariencia»^[844], apostilló Melville.

El gobernador general llevaba una semana esperando al americano. Chernev lo invitó a pasar y a sentarse a la mesa: se había preparado en su honor un opíparo almuerzo compuesto por caldo, pescados, ternera, patatas y otras verduras, un poco de clarete, un poco de madeira, un vaso de vodka. Remataron con puros y una botella de champán.

Durante la semana anterior, Chernev se había reunido en varias ocasiones con Danenhower, quien había llegado a Yakutsk al mando de los primeros supervivientes del *Jeannette* el día 17 de ese mes. El gobernador general había entregado a los exploradores ropa nueva, los había acomodado en apartamentos limpios con dormitorios bien caldeados e iluminados con lámparas de queroseno, y les había animado a darse regularmente baños de vapor en los famosos *banya* rusos. Puso a su disposición toda la comida y el dinero que necesitara. Ordenó que un guarda cosaco vigilase a Cole, cuya demencia no había hecho sino empeorar desde que dejasen el Lena, y los médicos trataron los congelamientos de Leach y el ojo de Danenhower. Chernev trató a los hombres del *Jeannette* como si fueran apreciados soldados de su propia guarnición.

El gobernador general quería asegurarse de que Melville estaba cómodo. Preguntó si podía hacer algo más por ellos.

Y sí, lo había. Melville quería regresar al delta del Lena en cuanto lo permitiera el tiempo y retomar la búsqueda de su superior y el resto de sus compañeros. Quería perros, renos y un guía competente que hablase varios idiomas. Dinero y tabaco para poder recompensar a quienes los ayudaran por el camino. Cartas en las que las autoridades expresaran oficialmente su apoyo. Provisiones suficientes para llevar a cabo una búsqueda que podía extenderse por dos o tres meses.

«Hijo, tendrá usted todo lo que necesite»^[845], aseguró Chernev a Melville. «Y el apoyo de toda la nación rusa».

Cuando Melville se reunió con los demás supervivientes del *Jeannette* en sus cálidos aposentos, quedó impresionado por el buen aspecto de sus

compañeros. Vestían botas ajustadas y elegantes camisas blancas de cuello planchado. Tenían en la habitación un samovar prestado para preparar té. «Parecían felices y bien acomodados»^[846], escribió Melville. «Se llevaban bien con los vecinos y muchos de ellos incluso se habían buscado novia. De habernos quedado más tiempo, habrían llegado a casarse».

Danenhower había perdido completamente la visión del ojo izquierdo y el derecho sufría «por simpatía», como él mismo explicó. Sin embargo, por lo demás, parecía de buen ánimo y salud. «Soy siempre optimista»^[847], escribió el piloto a su madre en una carta enviada desde Yakutsk, «y mi predisposición es ver siempre la parte buena de las cosas. Este espíritu me ha ayudado a superar experiencias muy duras a lo largo de los últimos tres años».

Solo había empeorado uno de los hombres: Jack Cole, que había perdido totalmente el juicio. Ante sus patochadas, sus compañeros no sabían si reír o entristecerse. Dijo a Melville que pronto se casaría con la reina Victoria. También que había ganado una fortuna y que creía que el cosaco que lo vigilaba (y que, a veces, se veía obligado a reducir al marinero) era su «sirviente personal». Por razones que escapaban a todo el mundo, Cole pedía continuamente cerillas para encender un fuego.

Un fotógrafo de Yakutsk tomó un retrato de grupo a los trece supervivientes del *Jeannette*: Melville, Danenhower, Newcomb, Nindemann, Noros, Wilson, Charley Tong Sing, Aneguin, Lauterbach, Bartlett, Cole, Mansen y Leach. La fotografía se convirtió más tarde en un grabado que aparecería en periódicos de todo el mundo. Los hombres aparecen apretados unos contra otros, envueltos en gruesas pieles. Danenhower cubre su ojo izquierdo con un parche negro. Ninguno luce feliz ni triste: todos hacen gala de una expresión implacable, decidida, orgullosa.

Para los yakutos, aquellos *amerikanski* eran una curiosidad. Hasta donde se recordaba, ningún estadounidense había pasado por allí desde 1787^[848], cuando un explorador y espadachín oriundo de Connecticut, John Ledyard, visitó esa parte de Siberia dentro de una vuelta al mundo iniciativa de Thomas Jefferson, entonces embajador de los Estados Unidos en Francia. En las anchas y nevadas calles de Yakutsk, los nativos se arremolinaban en torno a los hombres del *Jeannette* y les ofrecían comida y regalos. Estos yakutos urbanitas eran distintos de los empobrecidos nativos que habían conocido en el Lena. Vivían en sólidas casas de madera con puertas hechas de cuero sin curtir. Como los mongoles, amaban los caballos, y a lo largo de los siglos, habían criado una raza de duros ponis que aguantaban muy bien el frío. Los yakutos bebían gran cantidad de leche de yegua y preferían la carne de

caballo a la de ternera. La lengua que hablaban era tan parecida al turco contemporáneo que, según se decían, «lo entendían hasta en Constantinopla»^[849].

Trabajaban el metal y labraban el marfil con gran pericia. Sorprendía la cantidad de marfil de mamut que se vendía y compraba en aquella parte del mundo: gracias al permafrost, aparecían a menudo enormes colmillos en perfectas condiciones. Con el marfil, los yakutos creaban joyas, botones, peines, figuritas y todo tipo de utensilios. Según sus leyendas, el mamut era un animal que vivía en la tierra como los topos y moría al entrar en contacto con el aire libre^[850].

Estando en Yakutsk, los supervivientes del *Jeannette* recibieron las primeras noticias del mundo exterior. Tenían aún casi tres mil kilómetros de viaje hasta la estación telegráfica más cercana, en Irkutsk, aunque a la capital yakuta llegaban de cuando en cuando rumores o retazos de noticias internacionales. Melville se enteró, por ejemplo, de que en 1880 los estadounidenses habían elegido a un nuevo presidente, Garfield: la investidura ocurrió cuando el *Jeannette* estaba encallado en el hielo. En julio del año siguiente, 1881, no obstante, Garfield fue asesinado de un disparo por un demente. El presidente luchó por su vida durante semanas pero falleció en última instancia a causa de la infección.

El asesinato de Garfield había causado mucha impresión en los rusos que Melville conoció en Yakutsk, pues en marzo de ese mismo año se produjo un suceso similar en Rusia: el zar Alejandro II había sido asesinado en San Petersburgo en un atentado anarquista. Alejandro II había emancipado al campesinado de la servidumbre y había planeado otras importantes reformas de corte liberal, pero su sucesor, Alejandro III, revirtió muchas de ellas. Aunque San Petersburgo estaba a más de ocho mil kilómetros de Yakutsk, el impacto producido por el asesinato se hizo notar.

Yakutsk, que ya albergaba a una nutrida población exiliada, recibía inmigrantes diariamente. Venían de todo el Imperio ruso: Moscú, Crimea, Polonia... Muchos eran personas formadas y la mayoría no sabían por qué se les había deportado. Rara vez las deportaciones, muchas de por vida, se debían a la comisión de un delito. Los deportados simplemente eran víctimas de una «orden administrativa» que les obligaba a viajar al este y los recluía en aquella prisión sin barrotes. Las muchas versts de tierra que mediaban entre Siberia y sus respectivos lugares de origen bastaban para disuadirles de la

huida. Traían consigo historias trágicas que hicieron a Melville darse cuenta de que el drama del *Jeannette* no era sino uno más en el amplio muestrario del infinito dolor humano.

Uno de los exiliados que Melville conoció fue un joven intelectual nihilista llamado Leon: «un joven delgado, de tez oscura pero cadavérica»^[851], describió el ingeniero, «y pelo oscuro y largo, hasta los hombros». Leon había sido arrestado durante una protesta en las calles de Moscú y exiliado a Siberia de por vida. Por el camino, un oficial cosaco mostró al joven el documento que certificaba su detención, que decía: «No tenemos pruebas que inculpen a este hombre, pero es estudiante de derecho y sin duda muy peligroso».

Leon presentó a Melville a un grupo de jóvenes intelectuales e idealistas que también sufrían el exilio impuesto y llevaban años planeando escapar de Siberia en barco. «Cuando me presenté ante ellos, los embargó la más descabellada de las ilusiones», entendió Melville, «pues hasta entonces consideraban imposible escapar a través del hielo del Ártico, lo que equiparaban a cruzar un océano de fuego. Sin embargo, antes de mi marcha, me aseguraron que lo intentarían». Los exiliados juzgaban a los hombres del *Jeannette* «una curiosidad fenomenal», según describió Melville. Daba idea de su desesperación el que encontraran solaz en la historia de un naufragio tan trágico como fue el del *Jeannette*. «Para ellos éramos un símbolo claro de esperanza»^[852], dijo Melville.

Leon y sus amigos deportados habían tomado prestadas unas pocas brújulas y otros instrumentos, y se habían propuesto construir un sextante. Habían recopilado asimismo cartas náuticas y víveres para la travesía. Su plan era demencial: querían hacer el viaje del *Jeannette*, pero a la inversa. Construirían una pequeña embarcación y descenderían el río Yana, más de mil seiscientos kilómetros de curso fluvial hasta el océano Ártico. Luego recorrerían los más de tres mil kilómetros de costa siberiana, hasta el estrecho de Bering y Alaska, donde pedirían asilo a los Estados Unidos de América. «Esperaba ardientemente que su empresa llegase a buen puerto», deseó Melville. «Vi en ellos una juventud, inteligencia y refinamiento que no debían quedar enclaustrados de por vida en el desierto ártico»^[853].

(El año siguiente, Melville supo que Leon y otros doce deportados consiguieron poner en marcha sus planes. «Eludiendo a sus perseguidores, lograron tras muchas dificultades descender el río [Yana], dejaron atrás el poblado que se levanta en su desembocadura y encontraron el mar. Las olas, sin embargo, les aterraron»^[854]. Dos de los escapados se entregaron a las

autoridades; el resto fue capturado poco después. Todos fueron enviados a un rincón aún más lejano y sórdido de Siberia).

Para dar la bienvenida al año nuevo, el gobernador general Chernev organizó una fiesta en la que ejerció de maestro de ceremonias. Se bebió, se bailó y se jugó, y una gran orquesta tocó toda la noche. Asistió la élite local y también los hombres del *Jeannette*. Un oficial de alta gradación explicó a Melville con una sonrisa: «Más esta noche que ninguna otra, todo hombre debe tener a su lado a la mujer propia, y no la de otro hombre»^[855].

Cuando dio la medianoche, Chernev anunció el inicio de 1882. Propuso un brindis por la vida y la buena salud del nuevo zar y de los intrépidos tripulantes del USS *Jeannette*. Melville se emocionó por el cariño demostrado, pero conforme avanzaba la noche y corrían sin fin el champán y el vodka, el ingeniero fue sintiéndose cada vez más asqueado. Tenía la impresión de que toda la población de la ciudad llevaba varias semanas borracha y lo estaría aun otra más, pues las festividades y celebraciones religiosas y civiles no terminaban aún. «En Rusia, las bebidas embriagantes son un lastre y una maldición. Estoy convencido de que los rusos sobrepasan a cualquier otra nación sobre la faz de la Tierra en su ingenio para eludir el trabajo y emborracharse»^[856].

Los supervivientes del *Jeannette* se quedaron en Yakutsk solo una semana más. Melville finalmente recibió el telegrama del Departamento de la Armada en el que acusaban recibo del enviado por él anteriormente. El secretario había recomendado que los supervivientes viajasen a «climas más benignos», donde deberían prepararse para el largo viaje de vuelta a América: primero atravesarían seis husos horarios hasta San Petersburgo, luego navegarían hasta Londres y, por fin, tomarían un vapor con destino a Nueva York. Danenhower llevaría consigo a nueve hombres: a todos menos a Bartlett y Nindemann, los dos que Melville juzgó más competentes y útiles en la venidera expedición de vuelta al delta del Lena.

El 9 de enero, Danenhower y sus acompañantes partieron en trineo hacia Irkutsk, la gran ciudad al sur. El gobernador general Chernev y la mitad de los vecinos de Yakutsk se presentaron para despedirlos en lo que Melville describió como «un día gélido y melancólico». Melville, Bartlett y Nindemann despidieron a sus compatriotas con lágrimas en los ojos; también se emocionaron muchos de los habitantes de la ciudad, especialmente los exiliados, envidiando sin duda las libertades que los exploradores disfrutaban

en su país de origen. Los deportados estaban allí, en palabras de Melville, «para ver a los estadounidenses regresar a América. Observaban con ansia a los viajeros y los envidiaban. Sentí lástima por ellos, pobres deportados que veían marchar deseosos a aquel pequeño grupo de marinos, como si fuesen almas felices camino del cielo»^[857].



En mi última carta no era plenamente consciente de la situación. Pensé que te encontraría acompañado del señor Melville y atendido en todo lo necesario. Los diarios dicen ahora que aún no te han encontrado y que Nindemann y Noros os dejaron hambrientos y aquejados de graves congelamientos. Estas noticias dibujan un panorama terrible. No sé si volveré a ver a mi amado esposo.

El mero imaginar lo que habréis sufrido me devasta. Ojalá no hubiera hecho caso a nadie; ojalá hubiera marchado en tu busca e intentado llegar hasta ti, sin importar las consecuencias. ¡Cómo quisiera estar ahora viajando hacia donde estés, tratando de hacer algo por mi esposo! Tú, que tan impaciente eres, entenderás bien el sufrimiento de ver pasar apáticamente un día tras otro, esperando y observando, temiendo y esperando. Mi queridísimo marido, aún no me rindo.

No puedo sino encomendarme a la Providencia. He luchado un día tras otro, lidiando con expectativas y miedos, rezando a Dios a cada minuto. Mi mente no está ya en condiciones siquiera de escribirte. Todos los días, todas las horas me pesan. Supongo que, a estas alturas, tu destino está ya decidido, sea cual sea.



Más que los centinelas a la mañana

Una semana más tarde, Melville dejó Yakutsk en sentido contrario^[858]: hacia el norte, de nuevo en busca del delta del Lena. Lo acompañaban entonces Nindemann y Bartlett, y también llevaba consigo un retén de soldados y guías contratados. El gobernador general Chernev había cumplido con su promesa: la nación rusa, al parecer, daba todo su apoyo a los americanos. Al fin, el ingeniero contaba con los recursos necesarios para llevar a cabo una búsqueda exhaustiva: salvoconductos, intérpretes, hombres capaces de explorar o de hacer trabajos duros de cualquier tipo, herramientas, perros y renos, sólidos trineos y un convoy de provisiones que los acompañaría desde Yakutsk. En el delta los esperaban, además, depósitos de alimentos, con diez mil raciones de pescado seco. Jamás se había visto por aquellas latitudes tal aprovisionamiento de hombres y recursos.

Sin embargo, con todo y con eso, los trabajos de búsqueda se revelaron extremadamente dificultosos. Llevó a Melville más de un mes alcanzar el delta, solo para toparse con incesantes tempestades. Durante más de un mes soplaron vientos huracanados. Melville y sus hombres no podían apenas moverse.

A mediados de marzo, el viento empezó a amainar y Melville decidió aprovechar la coyuntura. Partió con Nindemann y algunos de los mejores yakutos y puso rumbo directo hacia el lugar donde el alemán y Noros habían dejado a De Long. Desde allí, Melville planeó iniciar una búsqueda sistemática, cuadrante a cuadrante, en dirección sur.

Pasó una semana y no tuvieron suerte. Sin embargo, el 23 de marzo, mientras recorrían una amplia curva descrita por un brazo ciego del río, Melville divisó algo oscuro sobre la nieve, a unos cientos de metros por delante de ellos: alguien había colocado cuatro palos, apoyados unos contra otros y atados con cuerda por el extremo superior. Colgaba de la estructura un fusil de caza que Melville reconoció al instante: era el Remington de Alexey. El ingeniero reflexionó que aquello no era buena señal, pues Alexey era el

único cazador del grupo y dependían de él. Melville buscó en el interior del arma, pero no encontró ningún mensaje. No entendía qué hacía el fusil ahí. Si era un hito, ¿qué marcaba?

Había una gruesa capa de nieve, pero Melville tuvo la certeza de que De Long y los demás habían acampado en ese lugar, junto a ese solitario meandro. Pidió a los yakutos que peinasen la llanura circundante, mientras él y un nativo llamado La Kentie ascendían una pequeña elevación cercana para calcular la posición con la brújula y ampliar el campo de visión. Mientras ascendían, vio por casualidad, en el suelo, un raído jirón de tela. Acto seguido, aparecieron un par de mitones medio enterrados en la nieve. El ingeniero encontró a continuación los restos de una hoguera. Alguien había arrastrado unos enormes troncos desde la orilla del río, algunos de los cuales estaban carbonizados. Cerca había también un gran trozo de hielo del río del que obviamente habían usado para obtener agua dulce.

Fue entonces cuando Melville distinguió, cerca de los troncos quemados, un objeto que sobresalía entre la nieve y le era familiar. Se trataba de la tetera de cobre, ennegrecida por incontables horas al fuego. Melville se acercó trabajosamente para sacarla de la nieve y en su camino a punto estuvo de tropezar con otro objeto: un brazo humano, cubierto de hielo y girado en un inusual ángulo. La Kentie dejó caer la brújula y retrocedió asustado, santiguándose.

En torno al lugar donde se había hecho el fuego, Melville descubrió los cuerpos de otros dos hombres. Llamó a Nindemann, que estaba lejos, inspeccionando la orilla río abajo. Quería que su compañero estuviera a su lado, que participase con él del hallazgo y fuese testigo.

Mientras esperaban al alemán, Melville y La Kentie siguieron inspeccionando los alrededores. Encontraron el baúl de las medicinas, una hachuela y un cilindro de latón, de más de un metro de largo, en el que se guardaban la gran colección de cartas náuticas y los dibujos hechos durante la expedición.

A unos metros del brazo y la mano humanos que habían quedado al aire, Melville encontró un librito. Al abrirlo, reconoció de inmediato la letra. Era el «diario de banquisa» que el comandante De Long había empezado a escribir cuando se hundió el *Jeannette*. El librito, forrado en cuero, estaba muy deteriorado por el frío y el agua, pero el texto era legible. Gracias al diario y a lo que pudo inferir de los restos encontrados, Melville pudo hacerse una idea bastante vívida de los últimos movimientos de De Long, y también de lo que

sufrieron. Melville leyó primero el final. Luego buscó la primera entrada. El viento agitó las páginas mientras él hojeaba. Empezó a leer.

El 9 de octubre, el día que Nindemann y Noros dejaron atrás al resto del grupo, De Long y sus hombres disfrutaron de un golpe de suerte. Ese día, Alexey cazó tres perdices nivales, con las que pudieron preparar un caldo. Vivificados por el alimento, los once hombres pudieron avanzar a trompicones unos pocos kilómetros hacia el sur, tras los pasos de Nindemann y Noros. En la orilla del río, encontraron una canoa en estado de putrefacción y esa noche la usaron como refugio.

Al día siguiente, 10 de octubre, Alexey vio más huellas de perdiz, pero no fue capaz de dar con ellas. El grupo acampó en una grieta abierta en un banco de nieve; no comieron nada, salvo una cucharada cada uno de incolora e insípida glicerina que el doctor Ambler llevaba en su baúl. Insatisfechos, algunos empezaron a mascar sus propios abrigo de piel de reno. «Todos estamos débiles, sin fuerza»^[859], escribió De Long. «Que Dios nos ayude».

Durante los dos días siguientes no se movieron siquiera; estaban demasiado cansados para caminar contra el feroz viento. Cada vez más hambrientos, recogieron líquenes y raíz de sauce enano ártico con los que hacer una infusión. «Estamos todos cada vez más flojos»^[860], dice en su testimonio De Long. «Apenas nos quedan fuerzas para recoger leña, siquiera».

El día 13, De Long anotó que era el día número 123 desde el hundimiento del *Jeannette*. Empezaba a desesperar de verdad. No tenían nada para comer, salvo la infusión de raíz de sauce enano. De Long no dejaba de mirar hacia el sur, con la esperanza de que Nindemann reapareciese para ayudarlos acompañado de nativos. «No podemos andar contra el viento y quedarnos aquí significa morir de hambre»^[861], escribió. «No tenemos noticias de Nindemann. Quedamos en manos de Dios. A menos que Él interceda, estamos perdidos».

Consiguieron avanzar un par más de kilómetros, cuando, de un momento al siguiente, se dieron cuenta de que faltaba Walter Lee. Lo encontraron unos cientos de metros más atrás, tirado en la nieve, suplicando que lo dejaran solo. Afirmaba que solo quería morir. Estaba exangüe y parecía desorientado. Los demás hombres se reunieron en torno a él y rezaron juntos. Fueron capaces finalmente de incorporarlo y consiguieron que moviese de nuevo los pies. Lograron cruzar una corriente de agua, al otro lado de la cual se resguardaron,

tras un banco de nieve. No tardó en desatarse una tormenta, lo que garantizaba otra «noche pavorosa».

El día siguiente no obstante, trajo de nuevo alguna fortuna: Alexey cazó otra perdiz y por la noche pudieron completar la infusión de sauce con otra sopa. La mañana del 15 de octubre, hirvieron dos botas viejas y comieron el cuero como mejor pudieron. Alexey no estaba bien. De Long relató en el diario que se sentía «hecho pedazos» y se negaba a cazar. Todo el mundo esperaba señales de Nindemann. Con la media luz del nuevo amanecer, De Long creyó divisar el humo de un fuego de campamento en el horizonte meridional.

A la mañana siguiente, Ambler anunció que Alexey estaba muriendo. El médico no podía hacer nada por él. Tenía el pulso débil y las pupilas dilatadas. Ambler bautizó al inuit y De Long leyó textos sagrados en pie junto a él.

Al anochecer, Alexey había muerto. Ambler consignó como causa de la muerte «agotamiento por hambruna y exposición a los elementos»^[862]. De Long envolvió el cuerpo con un pabellón de la Armada y al día siguiente lo colocaron sobre el río congelado y cubrieron su cuerpo con placas de hielo. Sus compañeros recordaron a la esposa y el pequeño hijo de Alexey, que subieron a bordo del *Jeannette* en St. Michael, Alaska.

De Long sabía que Alexey no era el único: la vida se desdibujaba en todos ellos. Tiritaban continuamente, no eran capaces de coordinar las manos y se movían a trompicones: sus sistemas circulatorios retiraban la sangre de las extremidades para mantener en funcionamiento los órganos vitales. Al borde de la inanición, sus cuerpos habían empezado a metabolizar los nutrientes almacenados en músculos y tejidos. Se estaban consumiendo desde dentro.

Llegado el 19 de octubre, los hombres no podían apenas moverse. Apenas tenían fuerzas para recortar un trozo de lona de una tienda con el que improvisar calzado, pues se habían comido las últimas botas y *mukluks* de piel de foca.

Empezaban a desfallecer Lee y Kaack. En palabras de De Long, estaban «acabados». El comandante leyó textos sagrados. Solía recitar este pasaje del Libro de los Salmos: «De lo profundo, Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. [...] Mi alma espera en Jehová más que los centinelas la mañana».

Kaack murió sobre medianoche del 21 de octubre y Lee al día siguiente, hacia mediodía. Los hombres trataron de depositar a sus dos camaradas en el hielo, junto al lugar donde descansaba Alexey, pero no fueron capaces de

reunir las fuerzas necesarias. Collins y Ambler ayudaron al comandante a sacar los cadáveres de Kaack y Lee de las tiendas para al menos no tener que ver los cadáveres.

Quedaban, por tanto, ocho hombres. Para entonces, todos tenían la mirada perdida en la lejanía; la misma mirada que habían visto en los ojos de Kaack y Lee. Aunque se les hubiera cruzado algún animal, estaban tan débiles que no habrían sido capaces ni de apuntar. Se les habían hinchado horriblemente los vientres. Algunos de los moribundos se acercaron a rastras al fuego e incluso se echaron directamente sobre los rescoldos. El pensamiento se nublaba, el juicio flaqueaba, el mundo que los rodeaba, en su percepción, había menguado al mínimo inmediato. El corazón de los más débiles probablemente había entrado en arritmia. Algunos sin duda alucinaban.

De Long escribió:

23 de octubre, domingo. Día 123 [desde el hundimiento del Jeannette]^[863]. Todo el mundo está muy débil. Hemos dormido o descansado todo el día y hemos logrado traer madera suficiente antes de que oscureciera. Hemos leído parte del servicio divino. Los pies duelen. No tenemos calzado.

Tras esta entrada, el diario es una retahíla de ásperas notas sobre los días que pasaban y los compañeros que morían. De Long, como un náufrago en una isla desierta, trataba de conservar toda energía consignando solo los datos desnudos.

Lunes, 24 de octubre. Día 134. Ha sido una noche dura.

Martes, 25 de octubre. Día 135.

Miércoles, 26 de octubre. Día 136.

Jueves, 27 de octubre. Día 137. Iverson está moribundo.

Viernes, 28 de octubre. Día 138. Iverson ha muerto a primera hora.

Sábado, 29 de octubre. Día 139. Dressler ha muerto durante la noche.

Domingo, 30 de octubre. Día 140. Boyd y Görtz han muerto durante la noche. El señor Collins está a punto de morir^[864].

Aquí termina el diario del comandante De Long. Melville cerró el librito y contempló el cauce congelado del río Lena.

Cuando llegó Nindemann, Melville señaló con la cabeza. «Aquí están», anunció. Tres cuerpos congelados yacían a los pies de Melville: los de Ah Sam, el doctor Ambler y el comandante De Long. Por lo que contaba el diario, no lejos de donde habían encontrado el fusil de Alexey, junto al río, deberían aparecer ocho cadáveres más.

Melville ordenó a dos yakutos que excavaran en la nieve a lo largo del río. Durante horas, se emplearon «a fondo», según Melville. Por fin, hallaron trozos de madera y cenizas. También desenterraron de la nieve una taza, jirones de ropa, un mitón de lana y dos latas con libros y papeles. De repente, los dos yakutos salieron de una de las cavidades que estaban excavando «como alma que lleva el diablo»^[865], según relató el ingeniero.

«¡*Pomree! ¡Pomree! ¡Dwee pomree!*», gritaban desaforadamente.

Melville se asomó al agujero y distinguió la cabeza parcialmente descubierta de una persona y, acto seguido, los pies de otra. A regañadientes, los yakutos continuaron su trabajo y no tardaron en dar con la espalda y los hombros de un tercer cuerpo.

Durante dos días continuó aquel macabro trabajo de excavación. Algunos de los cuerpos estaban tan congelados y aprisionados en el hielo que hubo que sacarlos haciendo palanca con troncos. Melville y los excavadores encontraron los cadáveres de Kaack, Lee, Iverson, Dressler, Boyd y Görtz. Buscaron durante mucho tiempo a Alexey, sin éxito.

Tendieron los cuerpos sobre la nieve. Nindemann revisó cuidadosamente los bolsillos y metió todo lo que encontró en bolsas separadas, que marcó con el nombre de cada uno de ellos. Impresionó a Melville el aspecto «natural» que tenían los cadáveres. «Sus rostros estaban notablemente bien conservados», escribió. «Parecían mármol y hasta se les había congelado el rubor en las mejillas. Tenían los rostros aún llenos, pues el congelamiento los había hinchado ligeramente; no así las extremidades, que habían quedado tristemente escuchimizadas, o los vientres, hundidos hacia dentro»^[866].

Melville vio asimismo que se habían comido todo el calzado. «No quedaba un mocasín entero, ni un solo trozo de piel o pellejo de animal», resaltó. «Las ropas de los muertos estaban chamuscadas, pues se tumbaban al parecer muy cerca del fuego. A aquellos que murieron primero les quitaron sus prendas de abrigo. Boyd apareció tumbado casi encima del fuego; sus ropas estaban totalmente carbonizadas»^[867].

Finalmente, los excavadores encontraron a Collins. La cabeza del irlandés había sido cubierta con un retazo de franela roja. Guardaba un rosario en uno de sus bolsillos y en torno a su cuello colgaba un crucifijo de bronce. Nindemann estudió su rostro por unos momentos. En él le pareció ver algo distinto: Collins se había sentido desgraciado durante gran parte de la expedición y quizá se estaba llevando a la tumba sus rencores hacia De Long. «Estaba tumbado de espaldas»^[868], explicó Nindemann, «con los puños apretados. En su rostro se dibujaba una mueca de gran amargura. Ningún otro

miembro del grupo tenía esa expresión. Collins había muerto apretando los dientes, como atravesando un durísimo trance».

A Kaack y Lee les habían quitado la ropa pero, por lo demás, sus cuerpos habían sido respetados. No había signos de canibalismo, aunque Melville barajó quizá esa posibilidad cuando no encontraron el cuerpo de Alexey. En cualquier caso, de habérselo comido los demás, aparecerían en la zona indicios claros, pero los excavadores no encontraron nada que sustentase tal hipótesis. Melville y Nindemann extrajeron una conclusión más sencilla: el hielo que sostenía el cuerpo de Alexey se habría roto y este cayó al Lena, cuya corriente lo habría arrastrado lejos de allí.

Melville había encontrado a todos los integrantes del grupo de De Long, salvo al inuit. El ingeniero decidió estudiar separadamente el caso de De Long, Ambler y Ah Sam, pues sus cadáveres habían aparecido a casi un kilómetro del resto.

Melville trató de discernir cómo se habían sucedido los acontecimientos. La expedición venía desde el norte, así que Alexey debió de morir el primero, y depositaron su cuerpo en el hielo, cerca de la estructura de ramas con el fusil colgado. Melville razonó que esta quería ser un hito para futuros buscadores, pero también un monumento al cazador caído. Tras la muerte de este, los expedicionarios acamparon e hicieron fuego unos cien metros río arriba. En torno a ese fuego murieron siete hombres más: Kaack, Lee, Iverson, Dressler, Boyd, Görtz y finalmente Collins.

Llegado ese momento, solo quedaban Ah Sam, el doctor Ambler y De Long. Melville creyó entonces resolver el acertijo. De Long debió de ascender por la elevación del terreno para hacer un fuego, en un último esfuerzo por atraer la atención de algún nativo. No obstante, a esas alturas, el comandante sabía que lo más probable es que no tardasen en seguir los pasos de sus compañeros. Sin duda, previó que las inundaciones primaverales arrastrarían los cuerpos de los demás, borrando para siempre cualquier traza de la expedición. Así pues, los tres hombres restantes dedicaron su último aliento a ascender y tratar de acampar en un lugar elevado. Arrastraron madera ladera arriba y un trozo de hielo de río para beber agua, y llevaron consigo el cilindro de latón con los mapas, el baúl con los medicamentos de Ambler, la tetera y una hachuela. Quizá planeaban regresar más tarde a por los libros y documentos, y puede que también a por los cuerpos, pero probablemente se dieron cuenta de que no les restaban fuerzas suficientes.

En palabras de Melville: «Quedaron exánimes y no fueron capaces de completar la tarea, así que se derrumbaron por el esfuerzo, dando por perdida la documentación. Hicieron fuego y un poco de infusión; la tetera que encontré tenía en su interior hielo y brotes de sauce enano. Extendieron un retal de lona de las tiendas para proteger el fuego del viento sur, pero soplaban tan fuerte que la lona se cayó»^[869].

Ah Sam habría sido, probablemente, el primero en morir. Cuando Melville lo sacó de debajo de la nieve, comprobó que el cocinero chino estaba bocarriba, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si alguien se los hubiera colocado cuidadosamente en esa posición, y expresión serena.

Es probable que De Long fuese el siguiente. No había escrito nada en su diario desde el día 30 de octubre («El señor Collins está a punto de morir»), aunque Melville reparó en que había una página arrancada. Consideró la posibilidad de que De Long empezase una nota personal para Emma. De ser así, no fue hallada.

De Long apareció tumbado sobre su lado derecho, con la mano derecha bajo la mejilla y la cabeza orientada al norte. Tenía los pies levemente estirados y el brazo izquierdo levantado, girado hacia atrás en un extraño ángulo y con la mano desnuda. Melville imaginó que quizá De Long, en sus últimos momentos, había alzado el brazo izquierdo para arrojar el diario a sus espaldas, lejos de las ascuas del fuego. El brazo se le había congelado en esa improbable postura: era el objeto rígido con que Melville casi se tropezó cuando buscaba restos de la expedición en la ladera.

El ingeniero, al apartar la nieve, descubrió que De Long llevaba bajo las pieles un ajado abrigo tipo Ulster y, bajo este, una chaqueta del uniforme de la Armada. De su cuello colgaba un cronómetro. En las cercanías halló asimismo el banderín de seda azul que Emma había tejido para la expedición y que debería haber ondeado sobre el polo norte. En los bolsillos del comandante, el ingeniero encontró un reloj de plata, monedas de oro de veinte dólares, dos pares de anteojos y una bolsita de seda a modo de relicario. En su interior encontró un mechón de pelo y un crucifijo de oro con seis perlas engastadas.

El último en morir habría sido el doctor Ambler, en opinión de Melville. No podía saberlo a ciencia cierta, pero había indicios: el médico sostenía en su mano derecha el Colt reglamentario que pertenecía a De Long. Probablemente lo cogió tras morir el comandante.

Cuando examinó su cadáver de cerca, Melville vio que había sangre en su boca y barba, y también en la nieve cercana. Pensó primeramente que Ambler

había puesto fin a su agonía suicidándose. Pero no encontró ninguna herida y cuando examinó el revólver, vio que el tambor contenía tres cartuchos intactos. El arma no había sido disparada.

El ingeniero siguió inspeccionando el cuerpo y descubrió el origen de la sangre. Ambler se había llevado la mano izquierda a la boca y el ingeniero reparó en que había una profunda incisión en el trozo de carne entre el índice y el pulgar. El doctor, cerca ya de su final, se había mordido la mano, buscando quizá la calidez de la carne o de la sangre. O quizá hubiera perdido ya el juicio.

Melville trató de imaginar aquellos últimos momentos de Ambler: una mano apretada en torno al revólver, en la otra un insólito alivio. «En esa desoladora escena de muerte», escribió Melville, «el médico esperó, sin duda anhelando que algún ave o alimaña se acercara a alimentarse de los otros cuerpos y pudiera abatirla. Así se mantuvo su solitaria guardia hasta el final, arma en mano, sin dejar el puesto»^[870].

Emma De Long, poco antes de desembarcar del *Jeannette*, tras zarpar este de San Francisco, había rogado al doctor: «¿Hará usted compañía a mi esposo? Ya sabe usted cuán solitaria es la tarea de un oficial al mando». El médico le respondió que así lo haría. Había cumplido con su promesa. De Long y Ambler habían muerto uno al lado del otro.

Sujeto entre la cinturilla de los pantalones y el vientre del médico, Melville encontró un diario personal que este había empezado el día del hundimiento del *Jeannette*. Era mayormente una bitácora técnica en la que se detallaban las enfermedades tratadas y los medicamentos administrados. Sin embargo, hacia el final, Ambler había dejado escrita una carta dirigida a su hermano, que vivía en Virginia. Estaba datada el 20 de octubre, víspera de la muerte de Kaack y Lee, y dos días antes de que Nindemann y Noros fueran rescatados por los nativos yakutos en Bulkur, casi doscientos kilómetros al sur de allí:

A orillas del Lena

Jueves, 20 de octubre de 1881

A/A de Edward Ambler, esq.

Oficina postal de Markham, condado de Fauquier, Virginia

Querido hermano:^[871]

Escribo estas líneas con la muy desvaída esperanza de que, por la misericordiosa providencia de Dios, lleguen hasta ti. Yo mismo albergo pocas esperanzas de sobrevivir. Estamos cada vez más débiles y no encontramos alimento desde hace una semana. Apenas tenemos fuerzas para recoger madera que nos caliente y en un día o dos nos resultará imposible hacerlo.

Os escribo a todos, a madre, a la hermana y a mi hermano Cary, y a su esposa y familia, para daros prueba segura del profundo amor que ahora y siempre he sentido por todos vosotros. Si hubiera sido la voluntad de Dios veros de nuevo, habría querido disfrutar de la paz del hogar una vez más. Mi madre sabe que mi corazón va unido al suyo desde mis primeros años de vida. Dios la bendiga en este mundo y le dé una vida larga, pacífica y exenta de incomodidades. Que Su bendición os colme a todos.

Por mi parte, quedo resignado. Inclino la cabeza y me someto a la voluntad divina. A todos mis amigos y parientes, hasta siempre.

Vuestro hermano que os ama,

J. M. Ambler



5 DE MAYO DE 1882

IRKUTSK

1:20 P. M.

Se acaba de recibir por vía urgente desde Yakutsk el siguiente despacho:^[872]

He hallado al teniente de navío De Long y el resto de sus hombres. Todos están muertos.

Se han recuperado asimismo los libros y documentos que portaban.

Continúo a la busca del grupo de hombres comandados por el teniente Chipp.

Melville



Con un lúgubre lamento para siempre

Los diez cuerpos fueron cuidadosamente envueltos en la lona de las tiendas y cargados a los trineos^[873]. Partió así una comitiva fúnebre que Melville lideró a lo largo de unos veinte kilómetros: una docena de tiros de perros atravesando la tundra en dirección a una colina, conocida por los lugareños como Kuyel Jaya, que se eleva unos ciento veinte metros por encima de la planicie. Aquel risco elevado era, en palabras de Melville, «frío y austero como una esfinge que mirase, ceñuda, justamente hacia el lugar donde nuestros compañeros habían perecido». Los yakutos solían evitar ese promontorio, pues pensaban que allí vivían brujas, pero era el accidente geográfico más destacable en la parte norte del delta y estaba a salvo de las inundaciones.

Melville y sus hombres construyeron un enorme féretro de unos siete metros de largo, siete de ancho y dos de profundo, sirviéndose de maderas recogidas del río y ensambladas sin clavos. En su interior se depositaron los cuerpos, con los rostros orientados al sol naciente. Se cubrió la gran caja y se fijó la tapa con golpes de martillo.

A continuación, los hombres extrajeron del permafrost multitud de rocas cubiertas de líquen y las colocaron encima del féretro hasta levantar una especie de pirámide. Con ramas y troncos, construyeron una enorme cruz de seis metros de alto y un travesaño de más de tres metros y medio. La erigieron valiéndose de las riendas de los trineos y la fijaron con calzos. Sobre ella grabaron con escoplo y martillo la siguiente inscripción: EN MEMORIA DE LOS OFICIALES Y TRIPULANTES DEL VAPOR ÁRTICO *JEANNETTE* QUE MURIERON EN EL DELTA DEL LENA, OCTUBRE DE 1881^[874].

Aquel lóbrego trabajo se prolongó hasta el 7 de abril. Melville bautizó al lugar *Monument Point*, pero los yakutos le dieron otro nombre: *Amerika Jaya*, es decir «la montaña de América». Los días claros, la cruz era visible desde una distancia de más de ciento cincuenta kilómetros, flotando sobre el horizonte ártico.

Melville, Bartlett y Nindemann pasarían otro mes recorriendo la costa ártica, buscando infructuosamente algún rastro de Chipp y sus hombres. En ese momento, con sus compañeros yakutos como testigos, presentaron sus últimos respetos a George De Long y a la odisea grandiosa y terrible del USS *Jeannette*.

«En el sobrecogedor silencio de aquella extensión yerma»^[875], escribió Melville, «dejamos descansar con toda nuestra ternura a los camaradas muertos. Nos conmovieron la sencillez de las exequias, la opresiva quietud, la extraordinaria blancura de la tierra salvaje. Las nieves perpetuas serían su mortaja y los feroces vientos polares ulularían con un lúgubre lamento para siempre. Sin duda, no existe lugar más apropiado para el descanso eterno de los héroes».



Podremos olvidar todo esto cuando nos reencontremos; pasará como un mal sueño; una pesadilla temible que sabremos dejar atrás. Por peligrosa que sea a día de hoy tu situación, puedo confiar en Dios y albergar esperanza un poco más de tiempo. Sueño mucho contigo y en mis sueños estás bien, solo un poco triste y no tan fuerte como antes. ¡Oh, querido! No soy capaz de expresar mi amor y la empatía y el dolor que me producen tus sufrimientos. Rezo a Dios sin descanso. Querido esposo mío, lucha, batalla, vive, ¡vuelve a mí!



Epílogo

Mientras haya un trozo de hielo que me mantenga en pie

Poco después del mediodía del 13 de septiembre de 1882, el *Parthia*, trasatlántico de la Cunard, remontaba el río Hudson para fondear en el puerto de Nueva York. Era un despejado día otoñal^[876]: el cielo tenía un color azul oscuro y sobre el agua centelleaban los rayos de sol. A lo lejos, aparecieron a hurtadillas las humeantes torres de Manhattan. Melville llevaba cuatro años sin pisar su ciudad. Estaba a punto de vivir momentos de felicidad absoluta, pues volvía a su hogar después de mucho, aunque era incapaz de obviar la gravedad de la ocasión: exactamente un año antes, en mitad de la tormenta, su lancha se separaba de los cúteres de De Long y Chipp.

La mayoría de supervivientes del *Jeannette* habían llegado a Nueva York el mes de mayo anterior, con el grupo de Danenhower. Pero ahora Melville estaba en boca de todo el mundo y nadie quería perderse su llegada. Miles de personas se reunieron en los muelles esperando el atraque del barco. Para la opinión pública, los esfuerzos realizados por el ingeniero para encontrar a sus compañeros muertos, batallando sin apenas esperanzas contra los elementos en Siberia, eran el *leitmotiv* de una épica historia de lealtad y camaradería, inmortalizada en canciones, poemas y artículos periodísticos, de los cuales el *New York Herald* publicó decenas. De Long era tenido por el mártir del *Jeannette*, pero Melville emergía como su héroe vivo. Todos los periódicos, no solo el *Herald*, querían hablar con él.

James Gordon Bennett no estuvo entre quienes recibieron a Melville en el puerto. El editor, en cualquier caso, había gastado en los supervivientes todo el dinero que fue necesario, como había prometido. Desde luego, había conseguido sus titulares superventas: envió a varios reporteros a Siberia y capitalizó la historia del *Jeannette* de formas que eclipsarían incluso los

despachos enviados por Stanley desde África. Uno de sus corresponsales, William Henry Gilder, había cruzado el estrecho de Bering en busca del *Jeannette* a bordo del USS *Rodgers*, uno de los barcos que acudieron en su rescate. Sin embargo, se vio obligado a retirarse a tierra firme cuando un incendio arrasó con el navío. Uno de los oficiales del barco, Charles Putnam, quedó aislado en un témpano a la deriva y no se le volvió a ver. En trineo de perros, Gilder recorrió más de tres mil kilómetros rumbo oeste a través de Siberia, hasta que oyó rumores que se correspondían con el desastre del *Jeannette*.

Otro reportero del *Herald*, John P. Jackson, encontró el sepulcro de De Long y sus hombres y desenterró los cuerpos, supuestamente para recopilar reliquias y papeles y volverlos a enterrar, aunque lo más probable es que buscase indicios de canibalismo, asesinatos o alguna otra bajeza. (No encontró nada). Cuando Emma De Long supo que la tumba de su marido había sido profanada, dijo a Bennett: «Este ha sido el trago más amargo de toda mi vida». Aun así, el sensacionalista reportaje de Jackson, como el de Gilder, desapareció en minutos de los quioscos de prensa.

A bordo del *Parthia* viajaban con Melville otros dos celebrados supervivientes de la expedición, Nindemann y Noros, así como un valioso cargamento. Embalados con esmero en cajas de madera, el barco transportaba todos los documentos, bitácoras, mapas y especímenes naturales recogidos durante el viaje del USS *Jeannette*. Melville tenía también los diarios del comandante, incluido el que escribió durante la larga marcha a través del delta y hasta su muerte. Además, guardaba los relicarios y alhajas encontrados en los cuerpos de sus camaradas muertos. Durante seis meses había guardado con ojo vigilante aquella preciada carga.

Para llegar a Nueva York, Melville, Nindemann y Noros habían recorrido casi veinte mil kilómetros por medio mundo: desde el delta del Lena, a través de la tundra, hasta Yakutsk; a continuación, a través de la taiga, hasta Irkutsk; y a través de las estepas, en trineo de caballos, hasta el inicio de la línea ferroviaria en Oremburgo. Por fin, hicieron mil quinientos tediosos kilómetros en tren hasta Moscú.

En San Petersburgo, el zar invitó al trío a visitar Peterhof, uno de los palacios imperiales. Los marinos llegaron en un carruaje imperial. Les fueron ofrecidos coñac y puros y, tras el agasajo, se les hizo pasar al salón de recepciones del palacio.

Alejandro III era un hombre áspero y corpulento, de mirada intensa y reluciente calva. El zar saludó a Melville y los dos marineros; conocía con detalle la historia del *Jeannette* y quiso expresar sus condolencias a los americanos en nombre de toda la nación rusa. «Confío en que fuese el rigor de nuestro clima y no la frialdad de corazón de algún súbdito mío lo que ha causado la muerte de sus camaradas»^[877], dijo. La emperatriz, María Fiódorovna, examinó con mimo las manos y dedos de Melville, que todavía presentaban secuelas del congelamiento. «Espero que no vuelvan a probar fortuna en el norte helado»^[878], deseó.

Desde Rusia, Melville y sus acompañantes pasaron por Berlín e hicieron escala en el lugar de nacimiento de Nindemann, la isla báltica de Rügen. Allí, el alemán y sus compañeros fueron recibidos a las puertas de su pueblo «por una cuadrilla de rústicas doncellas»^[879], según contó un periódico, «que les entregaron ramos y coronas de flores».

La siguiente etapa los llevó hasta el puerto de Liverpool, donde embarcaron en el *Parthia*. Cuando el trasatlántico se aproximaba a Nueva York, lo abordó un velero privado, el *Ocean Gem*, a bordo del cual viajaban dignatarios de la ciudad, oficiales de la Armada y familiares de los expedicionarios. Los tres supervivientes que faltaban por llegar a los Estados Unidos trasbordaron al velero, donde fueron colmados de bienvenidas y abrazos. Estaban allí el hermano de Melville, dos hermanas y una sobrina. La prometida de Nindemann, una señorita apellidada Newman, esperaba en silencio en la cubierta; un periodista del *Herald* señaló que la pareja «se habló con los ojos, con tal felicidad dibujada en sus rostros que a su alrededor cayó una lluvia de sonrisas»^[880].

Estaba también a bordo el padre de Emma De Long, el capitán James Wotton. Al acercarse a Melville, Wotton rompió a llorar: «¡Dios santo!», exclamó Melville, igualmente emocionado. «¡Ha perdido usted a un hijo y yo a un amigo!»^[881].

Pese a la durísima odisea, Melville parecía en buena forma. Un pariente afirmó que «estaba como siempre, un poco más flaco, quizá»^[882]. Sus ojos, señaló el periodista del *Herald*, «resplandecían con aquel viejo brillo afectuoso». Aquella mirada, sin embargo, debía de ocultar tristeza, también porque Melville había sabido que, en su ausencia, su esposa Hetty había perdido la cabeza y a punto había estado de morir por culpa de la bebida^[883]. En Sharon Hill, Pensilvania, los vecinos del matrimonio la habían visto pasear por la ciudad con un carrito vacío, arrullando a un bebé imaginario. Para alivio de Melville, Hetty no había viajado a Nueva York, pero sabía que

tendría que lidiar con ese asunto en unos pocos días, en cuanto regresara a su ciudad.

El *Ocean Gem* fondeó en el muelle de la calle 23. Flanqueados por dos largas hileras de marines uniformados de gala, los exploradores caminaron hasta los carruajes que los esperaban. Melville tenía por delante una larga jornada, con discursos que pronunciar y mandatarios a los que saludar. Pero antes debía hacer una visita en el centro de la ciudad. Llevaba consigo objetos personales y cajas de papeles que debía llevar a Emma De Long.

Cuando, algún tiempo atrás, recibió la noticia de que su marido había muerto, Emma De Long cayó brevemente en un estado catatónico. Se encontraba en ese momento en Burlington, Iowa, lejos del mundo, apartada de los periódicos de la Costa Este y de los ojos curiosos de la sociedad. No le costaba tomarse las trágicas noticias recibidas casi como una abstracción, un mensaje enviado desde otro mundo. «Era como si me hubiera rodeado el mar»^[884], declaró. «Solo buscaba la paz y la soledad. Quería que me dejaran tranquila, no hablar con nadie, no sentir nada».

Sin embargo, tras el encuentro con Melville cayó en la cuenta de que le correspondería, quisiera o no, representar a los expedicionarios del *Jeannette*, clasificar los papeles de su difunto marido, corregir y publicar sus diarios, atender a su legado y al de todos los que habían participado en aquel viaje, estuvieran vivos o muertos. Como era acostumbrado cuando la Armada perdía un barco, habría una investigación oficial que exigiría su cooperación y testimonio. Tendría que consolar a los seres queridos de quienes murieron y pelear por la concesión de medallas, condecoraciones y pensiones. Le gustase o no, era la cara pública de la expedición. Quizá se vería obligada a desempeñar el papel de Esposa del Explorador durante el resto de su vida.

Una y otra vez se preguntó si la expedición del *Jeannette* había merecido la pena: la angustia, el sufrimiento, la pérdida de vidas humanas... A fin de cuentas, había servido para avanzar apenas un paso en la conquista final del grial ártico. «¿Dicen que se ha pagado un peaje demasiado elevado por los nuevos conocimientos adquiridos?», preguntó en una ocasión. «No se calcula de ese modo el valor del empeño humano. El sacrificio es más noble que la comodidad, la vida entregada se consume con una muerte solitaria, y el mundo es más rico gracias al regalo que hacen quienes han sufrido»^[885].

Emma se mudó al apartamento de sus padres en Nueva York, a cuya puerta, aquel buen día de septiembre, recién llegado del muelle, tocó Melville.

Quería presentar sus respetos a la esposa de su superior y entregarle efectos personales, papeles y diarios. Su propósito era también jurarle lealtad, al modo, casi, de un caballero andante. Pidió disculpas en nombre de su esposa, Hetty —«la desgraciada mujer con la que me uní en matrimonio»^[886], como la describió él—, quien le había estado enviando a Emma cartas muy chocantes y había hecho algunos comentarios desaforados ante la prensa. «He llevado una vida muy desgraciada durante diecisiete años», escribió Melville más tarde a Emma, aludiendo a su vida marital. «Parece que no encontraré alivio hasta que intervenga la muerte».

Melville aseguró a Emma que no cejaría en su compromiso con todos los asuntos relativos al *Jeannette*. Se sentía inmensamente orgulloso de haber tomado parte en aquella expedición. No obstante, el ingeniero le advirtió de que, con los años, aparecerían quienes criticarían y pondrían en duda aquella hazaña. Periodistas y estudiosos relatarían los hechos de manera contradictoria; y quienes se dejaran tentar por la vanidad tratarían de sacar tajada. Melville hizo saber a Emma que lucharía incansablemente por la memoria de su marido, su querido comandante.

«Tendré la frente muy alta, por usted y por mi comandante»^[887], le aseguró. «Mientras haya un trozo de hielo que me mantenga en pie».

Aquella noche, la ciudad de Nueva York ofreció a Melville, Nindemann y Noros un banquete de honor en Delmonico's, probablemente el mejor restaurante de Manhattan en aquel entonces. Asistieron más de ciento cincuenta personas de etiqueta para brindar por los tres supervivientes.

A lo largo de la noche, diversos dignatarios se dirigieron al público: un juez federal, un senador, el ingeniero jefe de la Armada y muchos otros. Tras el agrisado brindis final, fue Melville quien se levantó para decir unas palabras. Su alocución fue muy breve, casi brusca. «Señores», empezó, con voz atronadora. «En el nombre de mis dos camaradas y en el mío propio, solo puedo decir que cumplimos con nuestro deber e hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano. De lo contrario, no se nos podría calificar de hombres»^[888].

El homenaje más elocuente fue el que pronunció el alcalde de Nueva York, William Russell Grace. El alcalde dirigió una mirada a Nindemann y Noros y recordó el día en que estos se despidieron de su comandante y el resto de hombres. «En aquella despedida a orillas del Lena, con nieve hasta las rodillas, los expedicionarios dieron tres hurras a los dos compañeros que se adelantaron en busca de auxilio. Las últimas palabras que salieron de aquel

sepulcro que ya se cerraba fueron: “Cuando lleguen a Nueva York, recuérdense”. Y sí, desde luego que los recordamos. Recordamos que tuvieron el valor a atreverse y, lo que es más, el valor de resistir. Su historia está grabada a fuego en nuestros corazones. Esta ciudad y este país dan a estos tres caballeros la bienvenida a su hogar con una alegría templada solo por el dolor de haber perdido a muchos hombres valientes que ya no regresarán jamás»^[889].

Tras el banquete, Melville y sus dos camaradas desfilaron en carruaje por toda la ciudad. Cuando pasaron por Broadway, quedaron admirados. Toda la avenida estaba iluminada: una recién instalada red de potentes lámparas de arco convirtió en día la noche neoyorquina.

En 1883, los restos de George De Long, junto con los de sus compañeros, fueron recuperados del monte América y llevados a los Estados Unidos en un largo e historiado cortejo funerario organizado conjuntamente por la Armada de los Estados Unidos y el gobierno ruso. El secretario de la Armada calificó a De Long y sus hombres de «mártires de la ciencia». Tras un funeral oficiado en Manhattan y al que acudieron miles de personas, De Long fue enterrado, junto con cinco compañeros, en el cementerio Woodlawn del Bronx. Ese mismo año se publicaron con gran éxito los diarios del viaje, revisados por Emma De Long. Aunque la expedición del *Jeannette* había sido objeto de una investigación oficial por parte de un tribunal militar y motivó una sesión en el Congreso bastante controvertida, todos los procedimientos judiciales restañaron la buena reputación y capacidad de mando de De Long. En 1884, el ayuntamiento de Nueva York llamó Jeannette Park a una franja de terreno a orillas del río Este (lo que hoy es Vietnam Veterans Plaza); seis años más tarde, se erigió en el recinto de la Academia Naval, en Annapolis, una réplica del monumento levantado por Melville y los demás en el Lena (mirando, en este caso, al río Severn). En el noroeste de Alaska se bautizó una cadena montañosa en honor a De Long, y también llevaron su nombre dos buques de la Armada. En Rusia, las islas descubiertas por él —Jeannette, Henrietta y Bennett— fueron llamadas en su conjunto *ostrova De Long*.

Durante más de un siglo después de su muerte, la obra de August Petermann siguió siendo muy respetada en el mundo de la cartografía. En 2004, casi siglo y medio después de su fundación, *Petermanns Geographische*

Mitteilungen detuvo sus imprentas en Gotha y echó el cierre para siempre. El legado del geógrafo pervive en decenas de topónimos repartidos por todo el planeta: las montañas Petermann, en Australia; la isla Petermann, frente a las costas de la Antártida; o el glaciar Petermann, en Groenlandia, uno de los mayores del mundo. Su nombre está inmortalizado también en el espacio: en la región polar de la Luna hay un cráter bautizado con el apellido del cartógrafo. Hoy, sus valiosos mapas alcanzan los miles de dólares en las subastas y son codiciados por coleccionistas de todo el mundo.

La teoría del Mar Abierto Polar quedó desterrada a efectos prácticos con el viaje del *Jeannette*, aunque cabe destacar que recientes modelos climáticos prevén que, para 2050, grandes porciones del casquete polar se derretirán completamente durante los veranos. Tras la expedición del *Jeannette*, ningún otro explorador ártico se embarcó con la intención de encontrar un mar abierto en torno al polo norte. Sin embargo, un prestigioso explorador, el noruego Fridtjof Nansen, quedó deliberadamente atrapado en la banquisa ártica, al norte de Siberia, en un intento de recrear la deriva del *Jeannette*. Nansen había leído en un artículo publicado en 1885 que una piel de foca que había pertenecido a George De Long había aparecido en la costa sudoccidental de Groenlandia, supuestamente siguiendo las corrientes que empujaban a todo el casquete, en un lento viaje de cuatro años y ocho mil kilómetros, pasando por el polo o muy cerca de él. Dando por hecho que la aparición de ese objeto demostraba el rumbo predominante de las corrientes árticas y, por tanto, del hielo que flotaba sobre ellas, Nansen trató de reproducir en 1893 el viaje del *Jeannette* en un barco mejor diseñado. La expedición del noruego cerca estuvo de alcanzar el polo norte. Tres años después de zarpar, su sólido buque, el *Fram*, salió de la banquisa por el Atlántico norte, fracasado en su propósito pero indemne.

George Melville no pudo sacarse ya el Gran Norte de la cabeza. En 1884 regresó al Ártico para buscar a otra desastrosa misión polar estadounidense, la expedición Greely, y siguió ejerciendo como incansable adalid del empeño estadounidense por alcanzar el polo norte. Melville se divorció de Hetty, volvió a casarse y se instaló en Washington, donde vivió la mayor parte del resto de su vida. Ascendió en el escalafón militar hasta ser nombrado ingeniero jefe de la Armada y, en última instancia, contraalmirante. Melville

puso en marcha una profunda reorganización de la flota, ultimando en gran parte el paso de la madera al metal y de la vela al vapor. Cuando se retiró, en 1903, la Armada estadounidense contaba con una de las flotas más modernas y poderosas del mundo. Conferenciante muy reclamado, Melville escribió asimismo un popular libro sobre la expedición del *Jeannette*, titulado *En el delta del Lena*, en el que defendía a De Long hasta las últimas consecuencias. Melville murió en Filadelfia en 1912. Dos barcos de la Armada fueron bautizados con su nombre, un buque oceanográfico y un buque nodriza. Actualmente, además, se entrega el premio George W. Melville, máxima condecoración de la Armada al mérito en ingeniería naval.

Tras recuperarse completamente, John Danenhower gozó de cierta popularidad y dictó muchas conferencias, convirtiéndose en uno de los mayores expertos del país en la expedición de De Long y en exploración ártica en general. «Es hora de hacer un descanso en la exploración de la cuenca ártica», opinó Danenhower. «Hay otros rumbos más pertinentes en los que hacer gala de virilidad y heroísmo». Danenhower se casó y tuvo dos hijos. Sirvió como oficial en la Armada estadounidense durante muchos años, labor que aparentemente le hacía feliz. Sin embargo, en 1887 reapareció su melancolía. En abril de ese año, en Annapolis, se disparó en la cabeza con un revólver Smith & Wesson del calibre 32.

John Muir jamás regresó al Ártico. Tras su viaje a bordo del *Corwin*, se involucró cada vez más en la lucha conservacionista, que culminó con la fundación, junto a otros compañeros, del famoso Sierra Club en 1892. Muir es considerado uno de los padres del ecologismo y desempeñó un papel clave en la creación del parque nacional de Yosemite. Murió en 1914. *The Cruise of the Corwin*, el relato de aquella travesía firmado por él y publicado póstumamente, es hoy un clásico de la literatura ártica.

Tras ganar varias medallas y condecoraciones navales, Charles Tong Sing se echó al juego y el delito, cumpliendo varias condenas. Como líder de una poderosa mafia china en Nueva York, se le imputaron al menos seis asesinatos y pasó a ser conocido como Scarface Charley («Charley Caracortada»), a cuenta de una cicatriz de casi trece centímetros, secuela de

una herida sufrida a bordo del *Jeannette*. Un artículo publicado en 1883 en el *New York Times* señalaba: «Recientemente se ha ganado una notable mala fama en Chinatown por su fiereza y su poderío físico, y es sospechoso de varios robos tan audaces como bien planeados». Más adelante, Charley Tong Sing se alejó del hampa y, al parecer, abrió un restaurante chino en Los Ángeles y trabajó como intérprete judicial y brevemente como agente de policía en Portland, Oregón. Se desconocen las circunstancias de su muerte.

William Nindemann recibió la Medalla de Honor del Congreso. Se casó con la mencionada señorita Newman en Nueva York, como tenía planeado, pero pronto quedó viudo y hubo de criar en soledad a su único hijo, Billy. Nindemann pasó dos décadas trabajando codo con codo con el ingeniero hiberno-estadounidense John Holland, considerado uno de los padres del submarino moderno. Nindemann sirvió como artillero y torpedero a bordo de los prototipos de Holland. Nindemann, asimismo, entregó varios de los nuevos buques submarinos a Japón, que fueron utilizados en la guerra Ruso-Japonesa. En 1913, Nindemann murió en Brooklyn. Era la víspera del primer aniversario de la muerte de su hijo, que murió ahogado en un accidente de canoa en el río Hudson.

James Gordon Bennett, Jr., siguió publicando hasta su muerte el *New York Herald* y su periódico hermano, el *Paris Herald* (antecesor del *International Herald Tribune*). El editor no dejó jamás la buena vida, el mejor ejemplo de la cual se materializó en el velero de sus sueños, que construyó en 1901. El *Lysistrata*, de 95 metros de eslora, contaba, entre otras instalaciones, con baño turco, sala de teatro y un establo acolchado para vacas lecheras que le dieran crema fresca todas las mañanas. El interés de Bennett por el deporte no hizo sino agudizarse con la edad. Creó competiciones de vela y automovilismo, y en 1906 creó una carrera internacional de globos aerostáticos, la llamada Coupe Aéronautique Gordon Bennett, que aún se celebra. Mantuvo su soltería la mayor parte de su vida, aunque finalmente, a la edad de setenta y tres años, se casó con Maud Potter, viuda de George de Reuter, de la familia propietaria de la agencia de noticias Reuters.

Bennett murió en 1918 en su mansión de Beaulieu, en la Costa Azul francesa, rodeado de sus queridos perros. Se le enterró en París, cerca de la actual Avenue Gordon Bennett, en un mausoleo decorado con lechuzas de

piedra. En 1924, el *Herald* se fusionó con su archirrival, el *New York Tribune*. Además de la isla Bennett, lleva su nombre un asteroide, 305 Gordonia. Su nombre, asimismo, pervive en el Reino Unido, donde se sigue usando en ocasiones la expresión exclamativa ¡*Gordon Bennett!* para denotar absoluta incredulidad.

El último superviviente del *Jeannette* fue Herbert Leach, el marinero que navegó en el cúter de Melville y casi murió por congelamiento en el delta del Lena. Oriundo de Penobscot, Maine, Leach trabajó durante la mayor parte de su vida en una fábrica de zapatos en Massachusetts. En 1928 participó junto a Emma De Long en la inauguración de una gran estatua de granito erigida en el cementerio Woodlawn en memoria George De Long y el resto de caídos del *Jeannette*. Murió en 1933.

En 1909, los exploradores estadounidenses Robert Peary y Matthew Henson alcanzaron el polo norte, si bien son muchos los detalles de esta hazaña discutidos por los expertos. Durante uno de sus primeros intentos de alcanzar el polo, Peary dio con una carta manuscrita que Emma De Long había escrito a su marido en 1881. La carta, al parecer sellada con lacre, había terminado, no se sabe muy bien cómo, en una remota cabaña en Groenlandia, donde estuvo guardada, sin que nadie la tocara, durante dos décadas. Peary jamás la devolvió.

En 1938, Emma De Long, con más de ochenta años, publicó sus memorias, tituladas *Explorer's Wife* («La esposa del explorador»). (Ese año se produjo una especie de *revival* del *Jeannette*, pues aparecieron la novela superventas *Hell on Ice* [«El infierno sobre hielo»], que más tarde Orson Welles convertiría en obra de teatro radiofónica). Emma De Long no volvió a casarse y vivió sola hasta el fin de sus días —felizmente, según ella— en una granja de Nueva Jersey que adquirió. «Todo lo que me queda», afirmaba, «es el recuerdo de mi esposo». No solo era viuda, sino que había perdido a su única hija: Sylvie De Long sirvió en la Primera Guerra Mundial como enfermera de la Cruz Roja, se casó y tuvo dos hijos, pero murió en 1925 por una mastitis. Emma De Long murió en 1940 a la edad de noventa y un años. Descansa junto a su esposo en el cementerio Woodlawn.

Agradecimientos

Investigar la historia de la expedición del *Jeannette* y escribir sobre ella ha sido una peripatética aventura que se ha extendido tres años y me ha llevado a trabajar en tres continentes distintos. Debo expresar mi agradecimiento a muchas personas. En primer lugar, a Katharine De Long, descendiente lejana de George De Long, por poner a mi disposición uno de esos obsequios mágicos con el que todos los historiadores fantaseamos pero raramente podemos disfrutar: un viejo baúl, rescatado de un desván, lleno de cartas amarillentas. En este caso, el baúl contenía la correspondencia y documentación personal de Emma De Long, que Katharine tuvo la gentileza de prestarme durante todo el periodo de mis investigaciones.

Mi trabajo en París y en El Havre no encontró obstáculo alguno gracias a los esfuerzos incansables de Maria Vicenza Aloisi, veterana investigadora de Time-Life. Doy las gracias asimismo a Bernadette Murphy, del *International Herald Tribune*, por guiarme en los sótanos del diario y permitirme ojear los mohosos archivos sobre James Gordon Bennett que allí se conservan. Elizabeth Alice llevó a cabo un gran trabajo de investigación en la mansión de Bennett en Beaulieu-sur-Mer y otros lugares frecuentados por el editor en el sur de Francia. He de expresar mi gratitud hacia David Howard y los redactores de la revista *Bicycling* por llevarme a París, en primer lugar, con el encargo de cubrir el Tour de Francia.

En Alemania, hizo las veces de intérprete, investigador de campo y guía Mieke Hagenah, mujer de recursos inagotables. Gracias a Horst Richardson y a Gunther y Michaela Karsten por la generosa hospitalidad que me brindaron en Erfurt, así como a la doctora Petra Wigel, del archivo Perthes-Verlag, en Gotha. Gracias también a Andrea y a Sven Johns por su cálida acogida en Berlín y al historiador y biógrafo Philipp Felsch, por arrojar luz sobre la vida y los tiempos de August Petermann.

En Stanford, me ofrecieron su ayuda Mand MacCalla y el programa Edwards Media Fellows, en la forma de una beca que me permitió estudiar los voluminosos archivos de esa institución referidos a las décadas de la

historia estadounidense conocidas en nuestra historiografía como *Gilded Age* («la Edad del Pan de Oro», literalmente). Se mostró también muy colaborativo, y por ello le he de reservar un agradecimiento, el personal del John Muir National Historic Site, en Martínez (California), el Mare Island Museum y el Vallejo Naval & Historical Museum, en ese mismo estado.

Mark Mollan, de los National Archives, en Washington D. C., me prestó una gran ayuda a la hora de consultar las fuentes primarias que se conservan allí acerca del *Jeannette*. He de reservar también una mención para Jim y Penny Conaway, Jessica Goldstein y Peter Breslow, y Ken y Florri DeCell por su generosidad durante mis estancias en Washington. James Cheevers, conservador jefe del U. S. Naval Academy Museum, en Annapolis, me prestó una ayuda vital en las primeras etapas de este proyecto.

Estoy obligado a expresar un especial reconocimiento para el periodista e historiador Mitchell Zuckof, de la Universidad de Boston, por su generosidad al compartir conmigo abundantes materiales de estudio al respecto del *Jeannette*. Los archivistas de la Redwood Library y Athenaeum de Newport se mostraron enormemente generosos y facilitaron mi labor investigadora, como también lo hizo el personal del Newport Casino, que es hoy día el International Tennis Hall of Fame and Museum.

La revista *National Geographic* apoyó este libro de diversas maneras, entre ellas enviándome con un encargo a Noruega —donde supe de la expedición del *Jeannette*— y, a continuación, a la isla Wrangel. Pensando en quienes trabajan en su redacción, reservo un especial reconocimiento para Jamie Shreeve, Victoria Pope, Oliver Payne, Brad Scriber, Nicholas Mott y Chris Johns. Me habría sido imposible trabajar en Rusia sin la ayuda de Ludmila Mekertycheva, legendaria investigadora, traductora y arreglador de *National Geographic*. En Moscú, conté con las utilísimas reflexiones y conocimientos de los periodistas Jim Brooke y Jeffrey Tayler, del fotógrafo Serguéi Gorshkov, del director de la reserva de isla Wrangel, Aleksander Grúzdev, y de Mijaíl Stishov, del World Wildlife Fund. Pude viajar en rompehielos a la isla Wrangel, frente a las costas árticas de Siberia, gracias a la generosidad y el intenso trabajo del personal de Heritage Expeditions, especialmente David Bowen, Rodney Russ y Leanne Dunhill.

La revista *Outside* me alentó a seguir adelante con este trabajo desde el primer momento y me ayudó a financiar mis viajes, especialmente al delta del río Lena, en Siberia, uno de los espacios más inaccesibles del mundo, a fin de encontrar el monumento al *Jeannette* en el monte América. Mi agradecimiento más sincero para Mary Turner, Chris Keyes, Amy Silverman

y el resto del equipo de *Outside*. En Yakutsk, me prestaron su ayuda los conservadores del Museo de los Pueblos del Norte, por lo que les estoy agradecido. Sin la ayuda del capitán Vitali Zhdanov y su segundo, Andréi Krukov, no habría podido explorar el remotísimo lugar que vio el final de De Long, de modo que gracias también a ellos por hacerme un hueco en su magnífica barcaza diésel, la *Puteyskiy*.

En Santa Fe, tuve la suerte de contar con dos asistentes de primera clase: Devon MacLeod y Alexi Horowitz, profesionales creativos, alegres, meticulosos y obstinados. Doy gracias también a mi amigo Dag Dascher, intérprete del alemán, y a William Talbot y Richard Fitch, grandes conocedores de la cartografía de época. Gracias también a Dick Stolley, James McGrath Morris, Kevin Fedarko, Molly Leonard, Matthew Hecht, Gene Aker, Elizabeth Hunke y los doctores Renny Levy y Robert Reidy. El increíble Revell Carr me dio muy sabios consejos en materia náutica. Mando desde aquí un gran abrazo a toda la gente de Iconik, mi búnker de escritura donde consumí grandes dosis de cafeína, y a mi buen amigo y mago de la fotografía, Gary Oakley.

Reservo un cariñoso recuerdo para George Getschow, de Mayborn, el congreso sobre ensayo literario, que me insufló el oxígeno creativo necesario en un momento de crisis, y también a Steven Hayward y Barry Sarchett, del Colorado College, donde pasé un tiempo como profesor visitante y mi trabajo recibió una muy necesitada inyección de inspiración. Caroline Alexander, Nat Philbrick, John Bockstoce, David Quammen, Jim Donovan, Ian Frazier y Bill Broyles me ofrecieron valiosísimos consejos. Debo un agradecimiento especial al doctor Kevin Wood, del Joint Institute for the Study of the Atmosphere and Ocean, y a John Hattendorf, del U. S. Naval War College. Tuve la suerte de poder contactar con los descendientes de varios miembros de la expedición del *Jeannette*, entre ellos Amy Nossun Johnson, Geoffrey Wilson y Maggie Baker. El buen ojo de Ken DeCell mejoró notablemente mi primer manuscrito.

Por este y el resto de mis libros, estaré eternamente agradecido al gran Sloan Harris y a los empleados de ICM. Me gustaría dar las gracias especialmente a Heather Karpas, de ICM Nueva York, así como a Bernstein, de Los Ángeles. Quiero también expresar mi gratitud a Todd Doughty, Melissa Danaczko y, por supuesto, al imparable Bill Thomas, de Doubleday, que es mi fiel amigo, además de editor, desde hace quince años.

Por fin, mi mayor alabanza: desde Londres a El Havre y San Francisco, pasando por Siberia, mi mujer y mis hijos me esperaron tras cada curva y

meandro de esta odisea polar. Son la razón por la que me hace profundamente feliz regresar a casa.

Bibliografía

Bitácora del «Jeannette», diarios y publicaciones oficiales

- Ambler, James Markham. «The Private Journal of James Markham Ambler, M. D., Passed Assistant Surgeon, United States Navy, and the Medical Officer of the Arctic Exploring Steamer *Jeannette*». Publicado en *The United States Naval Medical Bulletin*, Navy Department Bureau of Medicine and Surgery (volumen 11). Washington: Government Printing Office, enero de 1917.
- Danenhower, John Wilson. *Lieutenant Danenhower's Narrative of the Jeannette*. Boston: James R. Osgood and Company, 1882.
- De Long, George Washington. *The Voyage of the Jeannette: The Ship and Ice Journals of George W. De Long, Lieutenant-Commander U. S. N. and Commander of the Polar Expedition*. Edición de Emma De Long. 2 vols. Boston: Houghton, Mifflin, 1883-1884.
- Harber, Giles. *Report of Lieut. Giles B. Harber, U. S. N., of His Search for the Missing People of the Jeannette Expedition, etc.* Washington D. C.: Government Printing Office, 1884.
- Jeannette Inquiry. Before the Committee on Naval Affairs of the United States House of Representatives, Forty-eighth Congress*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1884.
- Loss of the Steamer Jeannette: Record of the Proceedings of a Court of Inquiry Convened at the Navy Department, 1882*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1882.

Archivos, museos y
documentos particulares

Archivos, museos y documentos particulares

Archivos Nacionales, Washington D. C. Documentación oficial de la Armada de los EE.UU. sobre la expedición de exploración ártica del USS *Jeannette*, Registros Navales, lotes 24, 43 y 45.

Archivos Nacionales de San Francisco, San Bruno (California). Cartas enviadas al Bureau of Steam Engineering al respecto de los trabajos de preparación del USS *Jeannette*.

Documentación personal de Emma Wotton De Long, en la que se incluyen fotografías, cartas y manuscritos. Entregadas en préstamo al autor por Katharine De Long, descendiente de los De Long.

Universidad Rutgers, New Brunswick (Nueva Jersey), documentos pertenecientes a Thomas Alva Edison.

Thomas Edison National Historic Park, West Orange (Nueva Jersey).

Museo de la Academia Naval de los EE.UU., Annapolis (Maryland). Colección de documentos de la familia De Long y de artefactos pertenecientes a la expedición del *Jeannette*.

Biblioteca de la Universidad de Erfurt en Gotha. Gotha, Alemania. Correspondencia de August Heinrich Petermann, colección Perthes.

Vallejo Naval and Historical Museum, Vallejo (California). Documentación sobre la reconstrucción y botadura del USS *Jeannette*.

Monografías

Annual Report of the Superintendant of the United States Coast and Geodetic Survey. Volumen 15, 1883.

Bent, Silas. *An Address Delivered Before the Saint Louis Mercantile Library Association, January 6th, 1872, upon the Thermal Paths to the Pole, the Currents of the Ocean, and the Influences of the Latter upon the Climates of the World*. San Luis: R. P. Studley Co., 1872.

Geographical Society of the Pacific. *An Examination into the Genuineness of the Jeannette Relics: Some Evidence of Currents in the Polar Regions*.

- San Francisco: John Partridge, Printer and Publisher, 1896.
- Hooper, Calvin. *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, in the Arctic Ocean, 1880*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1881.
- . *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, in the Arctic Ocean, 1881*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1884.
- Hooper, Samuel L. *Occasional Papers of the California Academy of Sciences: The Discovery of Wrangel Island*. San Francisco: Academy, 1956.
- Knorr, E. R. *Papers on the Eastern and Northern Extensions of the Gulf Stream*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1871.
- Melville, George. «Remarks on Polar Expedition». *Proceedings of the American Philosophical Society* 36 (29 de octubre de 1897): 454-461.
- Nelson, Edward W. *Report upon Natural History Collections Made in Alaska Between the Years 1877 and 1881*. Washington D. C.: Government Printing Office, 1887.
- Petermann, August H. *The Search for Franklin: A Suggestion Submitted to the British Public*. Londres: Longman, Brown, Green, and Longmans, 1852.
- Rosse, Irving C. *The First Landing on Wrangel Island— with Some Remarks on the Northern Inhabitants*. Nueva York: 1883. Reimpresión: Lexington (Kentucky): Filiquarian Publishing, 2012.

Hemerotecas

Chicago Tribune

Daily Alta California

Newport Daily News

Newport Mercury

New-York Commercial Advertiser

The New York Herald

The New York Times

The Philadelphia Inquirer

The Philadelphia Public Ledger

The San Francisco Call

San Francisco Chronicle

The Times (Londres)

The Vallejo Evening Chronicle

Artículos seleccionados

Hanlon, John. «The Cradle of Tennis Was Meant to Be Rocky». *Sports Illustrated*, 2 de septiembre de 1968.

Horch, Frank. «Photographs and Paintings by William Bradford». *American Art Journal* 5, número 2 (noviembre de 1973): 61-70.

Houston, Robert B., Jr. «If It Had Been God's Will: Dr. James M. M. Ambler and the *Jeannette* Expedition». *Virginia Cavalcade*, verano de 1986, 16-29.

Kilkenny, Anne-Marie Amy. «Life and Scenery in the Far North: William Bradford's 1885 Lecture to the American Geographical Society». *American Art Journal* 26, números 1-2 (1994): 106-108.

Lamb, Julia. «“The Commodore” Enjoyed Life— but N. Y. Society Winced». *Smithsonian*, septiembre de 1978, 132-40.

Maury, T. B. «The Gateway to the Pole». *Putnam's Monthly Magazine*, noviembre de 1869.

Tammiksaar, E., N. G. Sukhova e I. R. Stone. «Hypothesis Versus Fact: August Petermann and Polar Research». *Arctic* 52, número 3 (septiembre de 1999): 237-244.

Libros

- Albanov, Valerian. *In the Land of White Death: An Epic Story of Survival in the Siberian Arctic*. Nueva York: Modern Library, 2000.
- Anderson, Alun. *After the Ice: Life, Death, and Geopolitics in the New Arctic*. Nueva York: HarperCollins, 2009.
- Baldwin, Hanson. *Admiral Death: Twelve Adventures of Men Against the Sea*. Nueva York: Simon and Schuster, 1939.
- Bancroft, Hubert Howe. *The Works of Hubert Howe Bancroft*. Volumen 33, *History of Alaska, 1730-1885*. San Francisco: A.L. Bancroft & Company, 1886.
- Berens, S. L. y John E. Read. *Nansen in the Frozen World*. Chicago: National Publishing Co., 1897.
- Berton, Pierre. *Prisoners of the North*. Nueva York: Carroll & Graf, 2004.
- Bockstoe, John R. *Whales, Ice, and Men: The History of Whaling in the Western Arctic*. Seattle: University of Washington Press, 1986.
- Borneman, Walter R. *Alaska: Saga of a Bold Land*. Nueva York: HarperCollins, 2003.
- Brandt, Anthony. *The Man Who Ate His Boots: The Tragic History of the Search for the Northwest Passage*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2010.
- Cane, André. *James Gordon Bennett: Hôte Prestigieux et Fantastique de la Côte d'Azur*. Saint-Paul-de-Vence, Francia: Bernard de Gourcez, 1981.
- . *James Gordon Bennett*. Saint-Paul-de-Vence, Francia: Bernard de Gourcez, 1937.
- Carlson, Oliver. *The Man Who Made News: James Gordon Bennett*. Nueva York: Duell, Sloan and Pearce, 1942.
- Caswell, John Edwards. *Arctic Frontiers: United States Explorations in the Far North*. Norman (Oklahoma): University of Oklahoma Press, 1956.
- Cherry-Garrard, Apsley. *The Worst Journey in the World*. Nueva York: Penguin Classics, 2005.
- Clarke, Arthur C. *Voice Across the Sea*. Nueva York: Harper & Row, 1959.
- Crockett, Albert Stevens. *When James Gordon Bennett Was Caliph of Bagdad*. Nueva York: Funk & Wagnalls, 1926.
- De Long, Emma Wotton. *Explorer's Wife*. Nueva York: Dodd, Mead, 1938.

- De Long, George W. y Raymond Lee Newcomb. *Our Lost Explorers: The Narrative of the Jeannette Arctic Expedition as Related by the Survivors*. Hartford: American Publishing Company, 1882.
- De Long, Thomas A. *The De Longs of New York and Brooklyn*. Connecticut: Sasco Associates, 1972.
- Di Duca, Marc. *Lake Baikal: Siberia's Great Lake*. Chalfont St. Peter (Reino Unido): Bradt Travel Guides, 2010.
- Di Robilant, Andrea. *Irresistible North: From Venice to Greenland on the Trail of the Zen Brothers*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2011.
- Dolin, Eric Jay. *Leviathan: The History of Whaling in America*. Nueva York: Norton, 2007.
- Dowdeswell, Julian y Michael Hambrey. *Islands of the Arctic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Ellsberg, Edward. *Hell on Ice: The Saga of the Jeannette*. Connecticut: Flat Hammock, 1938.
- Emerson, Charles. *The Future History of the Arctic*. Nueva York: PublicAffairs, 2010.
- Espenhorst, Jurgen. *Petermann's Planet: A Guide to German Hand-atlases and Their Siblings Throughout the World, 1800-1950*. Schwerte (Alemania): Pangaea Verlag, 2003.
- Felsch, Philipp. *Wie August Petermann: Den Nordpol Erfand*. Suecia: Sammlung Luchterhand, 2010.
- Figuier, Louis. *Earth and Sea*. Londres: T. Nelson and Sons, 1870.
- Fiske, Stephen. *Off-Hand Portraits of Prominent New Yorkers*. Nueva York: Arno Press, 1884.
- Flaubert, Gustave. *The Letters of Gustave Flaubert, 1830-1857*. Volumen 1. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1980.
- Fleming, Fergus. *Barrow's Boys: A Stirring Story of Daring, Fortitude, and Outright Lunacy*. Nueva York: Grove, 2001.
- . *Ninety Degrees North: The Quest for the North Pole*. Nueva York: Grove, 2001.
- Frazier, Ian. *Travels in Siberia*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2010.

- Frost, Orcutt. *Bering: The Russian Discovery of America*. New Haven, EE. UU.: Yale University Press, 2003.
- Gifford, Bill. *Ledyard: In Search of the First American Explorer*. Nueva York: Harcourt, 2007.
- Gilder, William Henry. *Ice-Pack and Tundra: An Account of the Search for the Jeannette and a Sledge Journey Through Siberia*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1888.
- Gordon, John Steele. *A Thread Across the Ocean: The Heroic Story of the Transatlantic Cable*. Nueva York: Perennial, 2002.
- Gray, Edward G. *The Making of John Ledyard: Empire and Ambition in the Life of an Early American Traveler*. New Haven, EE. UU.: Yale University Press, 2007.
- Gusewelle, C. W. *A Great Current Running: The U. S.-Russian Lena River Expedition*. Kansas City: Lowell Press, 1994.
- Guttridge, Leonard F. *Ghosts of Cape Sabine: The Harrowing True Story of the Greely Expedition*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 2000.
- . *Icebound: The Jeannette Expedition's Quest for the North Pole*. Annapolis, EE. UU.: Naval Institute Press, 1986.
- Hamilton, Richard F. *President McKinley, War and Empire*. New Brunswick (Nueva Jersey): Transaction Publishers, 2007.
- Harvey, Miles. *The Island of Lost Maps: A True Story of Cartographic Crime*. Nueva York: Random House, 2000.
- Hearn, Chester G. *Navy: An Illustrated History*. Londres: Zenith, 2007.
- . *Tracks in the Sea: Matthew Fontaine Maury and the Mapping of the Oceans*. Nueva York: International Marine/McGraw-Hill, 2002.
- Heuglin, M. Theodor von y August Heinrich Petermann. *Reisen Nach dem Nordpolarmeer in den Jahren 1870 und 1871. In (drei) Theilen und Einem Wissenschaftlichen Anhang*. Prólogo de August Petermann. Braunschweig: Druck und Verlag von George Westermann, 1872.
- Hoehling, A. A. *The Jeannette Expedition: An Ill-Fated Journey to the Arctic*. Nueva York: Abelard-Schuman, 1967.

- Holland, Clive. *Farthest North: Endurance and Adventure in the Quest for the North Pole*. Londres: Robinson, 1994.
- Hudson, Frederic. *Journalism in the United States: From 1690 to 1872*. Nueva York: Harper & Brothers, 1873.
- Jefferys, C. P. B. *Newport: A Concise History*. Newport, EE. UU.: Newport Historical Society, 2008.
- Kalman, Bobbie y Ken Faris. *Arctic Whales and Whaling*. Nueva York: Crabtree, 1988.
- Karsten, Peter. *The Naval Aristocracy: The Golden Age of Annapolis and the Emergence of Modern American Navalism*. Annapolis, EE. UU.: Naval Institute Press, 2008.
- Kennan, George. *Siberia and the Exile System*. 2 volúmenes. Nueva York: Century Co., 1891.
- . *Tent Life in Siberia: An Incredible Account of Siberian Adventure, Travel, and Survival*. Nueva York: Skyhorse, 2007.
- Kish, George. *North-east passage: Adolf Erik Nordenskiöld— His Life and Times*. Ámsterdam: Nico Israel, 1973.
- Kolbert, Elizabeth, ed. *The Arctic: An Anthology*. Londres: Granta, 2008.
- , ed. *The Ends of the Earth: An Anthology of the Finest Writing on the Arctic*. Nueva York: Bloomsbury, 2007.
- . *Field Notes from a Catastrophe: Man, Nature, and Climate Change*. Nueva York: Bloomsbury, 2006.
- Laney, Al. *Paris Herald: The Incredible Newspaper*. Nueva York: D. Appleton-Century, 1947.
- Lansing, Alfred. *Endurance: Shackleton's Incredible Voyage*. Nueva York: Carroll & Graf, 1959.
- Larson, Edward J. *An Empire of Ice*. New Haven, EE. UU.: Yale University Press, 2011.
- Lecanu, G  rald. *Memoire en Images: Le Havre*. Saint-Cyr-sur-Loire, Francia: Alan-Sutton, 1995.
- Lessard, Suzannah. *The Architect of Desire: Beauty and Danger in the Stanford White Family*. Nueva York: Dial, 1996.

- Linder, Chris. *Science on Ice: Four Polar Expeditions*. Chicago: University of Chicago Press, 2011.
- Littlepage, Dean. *Steller's Island: Adventures of a Pioneer Naturalist in Alaska*. Seattle: Mountaineers, 2006.
- Loomis, Chauncey C. *Weird and Tragic Shores: The Story of Charles Francis Hall, Explorer*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1971.
- Lopez, Barry. *Arctic Dreams: Imagination and Desire in a Northern Landscape*. Nueva York: Bantam, 1986. [Versión en español: Lopez, Barry. *Sueños árticos*. Madrid: Capitán Swing, 2017. Traducción de Mireia Bofill].
- Lot, Arnold S. *A Long Line of Ships: Mare Island's Century of Naval Activity in California*. Annapolis, EE. UU.: United States Naval Institute, 1954.
- Lourie, Peter. *Whaling Season: A Year in the Life of an Arctic Whale Scientist*. Nueva York: Houghton Mifflin Books for Children, 2009.
- Markham, Albert Hastings. *The Life of Sir Clements R. Markham*. Londres: Murray, 1917.
- Matthiessen, Peter. *Baikal: Sacred Sea of Siberia*. San Francisco: Sierra Club Books, 1992.
- Maury, Matthew Fontaine. *The Physical Geography of the Sea*. Nueva York: Harper & Brothers, 1856.
- McGhee, Robert. *The Last Imaginary Place: A Human History of the Arctic World*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- McGinniss, Joe. *Going to Extremes*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1980.
- McGoogan, Ken. *Fatal Passage*. Nueva York: Carroll & Graf, 2001.
- . *Race to the Polar Sea: The Heroic Adventures of Elisha Kent Kane*. Berkeley (California): Counterpoint, 2008.
- Melville, George. *In the Lena Delta*. Londres: Longmans, Green and Co., 1885.
- Middleton, Nick. *Going to Extremes*. Londres: Channel 4 Books, 2001.
- Millard, Candice. *The Destiny of the Republic: A Tale of Medicine, Madness and the Murder of a President*. Nueva York: Doubleday, 2011.

- Morris, James McGrath. *Pulitzer: A Life in Politics, Print, and Power*. Nueva York: HarperCollins, 2010.
- Mowat, Farley. *The Polar Passion*. Salt Lake City (Utah): Peregrine Smith Books, 1973.
- . *The Siberians*. Nueva York: Bantam Books, 1970.
- Muir, John. *The Cruise of the Corwin*. Nueva York: Houghton Mifflin, 2000.
- Murphy, David Thomas. *German Exploration of the Polar World: A History, 1870-1940*. Lincoln (Nebraska): University of Nebraska Press, 2002.
- Nansen, Fridtjof. *Farthest North: The Incredible Three-Year Voyage to the Frozen Latitudes of the North*. Nueva York: Modern Library, 1999.
- . *The First Crossing of Greenland*. Londres: Birlinn, 1902.
- Nichols, Peter. *Final Voyage*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 2009.
- Niven, Jennifer. *Ada Blackjack: A True Story of Survival in the Arctic*. Nueva York: Hyperion, 2003.
- . *The Ice Master: The Doomed 1913 Voyage of the Karluk*. Nueva York: Hyperion, 2000.
- Noble, Dennis L. y Truman R. Strobridge. *Captain «Hell Roaring» Mike Healy: From American Slave to Arctic Hero*. Tallahassee (Florida): University Press of Florida, 2009.
- Nordenskiöld, Adolf Erik. *The Voyage of the Vega Round Asia and Europe*. Nueva York: Macmillan and Co., 1882.
- Nourse, J.E. *American Explorations in the Ice Zones*. Boston: D. Lothrop Company, 1884.
- O'Connor, Richard. *The Scandalous Mr. Bennett*. Nueva York: Doubleday, 1962.
- Ovsyanikov, Nikita. *Polar Bears: Living with the White Bear*. Hong Kong: Voyageur, 1996.
- Parry, Richard. *Trial by Ice: The True Story of Murder and Survival on the 1871 Polaris Expedition*. Nueva York: Ballantine, 2001.
- Perry, Richard. *The Jeannette, and a Complete and Authentic Narrative Encyclopedia of All Voyages and Expeditions to the North Polar Regions*. San Francisco: A. Roman, 1883.

- Petermann, August Heinrich y Thomas Milner. *The Atlas of Physical Geography*. Londres: William S. Orr and Co., 1850.
- Philbrick, Nathaniel. *In the Heart of the Sea: The Tragedy of the Whaleship Essex*. Nueva York: Penguin, 2000.
- . *Sea of Glory: America's Voyage of Discovery; The U.S. Exploring Expedition*. Nueva York: Penguin, 2003.
- Poe, Edgar Allan. *The Narrative of Arthur Gordon Pym and Related Tales*. Nueva York: Oxford University Press, 1994. [Versión en español: Poe, Edgar Allan. *El relato de Arthur Gordon Pym*. Barcelona: Libros del Rojo Zorro, 2015. Traducción de Julio Cortázar].
- Potter, Russell A. *Arctic Spectacles: The Frozen North in Visual Culture, 1818-1875*. Seattle: University of Washington Press, 2007.
- Rawicz, Slavomir. *The Long Walk*. Guilford, CT: Lyons Press, 2010.
- Riffenburgh, Beau. *The Myth of the Explorer*. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Riordan, Pauline y Paul Bourget. *World Weather Extremes*. Fort Belvoir (Virginia), EE.UU.: U.S. Corps of Army Engineers, Engineer Topographic Laboratories, 1985.
- Robertson, Charles L. *The «International Herald Tribune»: The First Hundred Years*. Nueva York: Columbia University Press, 1987.
- Robinson, Michael F. *The Coldest Crucible: Arctic Exploration and American Culture*. Chicago: University of Chicago Press, 2006.
- Sachs, Aaron. *The Humboldt Current: Nineteenth-Century Exploration and the Roots of American Environmentalism*. Nueva York: Penguin, 2006.
- Sale, Richard. *The Scramble for the Arctic: Ownership, Exploitation and Conflict in the Far North*. Londres: Frances Lincoln, 2009.
- Sante, Luc. *Low Life: Lures and Snares of Old New York*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1991.
- Seitz, Don C. *The James Gordon Bennetts: Father and Son*. Nueva York: Bobbs-Merrill, 1928.
- Smits, Jan. *Petermann's Maps: Carto-bibliography of the Maps in «Petermanns Geographische Mitteilungen,» 1855-1945*. Goy-Houten,

- Países Bajos: Hes & De Graaf, 2004.
- Smyth, W. H. *The Sailor's Word-Book*. Londres: Conway Maritime, 1991.
- Steele, Peter. *The Man Who Mapped the Arctic*. Vancouver: Raincoast, 2003.
- Stefansson, Vilhjalmur. *The Adventure of Wrangel Island*. Nueva York: Macmillan, 1925.
- Still, William N., Jr. *American Sea Power in the Old World: The United States Navy in European and Near Eastern Waters, 1865-1917*. Westport (Connecticut): Greenwood, 1980.
- Stross, Randall. *The Wizard of Menlo Park: How Thomas Alva Edison Invented the Modern World*. Nueva York: Three Rivers, 2007.
- Taylor, Jeffrey. *River of No Reprieve: Descending Siberia's Waterway of Exile, Death, and Destiny*. Nueva York: Mariner Books/Houghton Mifflin, 2006.
- Thomas Edison: Life of an Electrifying Man*. Minneapolis: Filiquarian Publishing, 2008.
- Thubron, Colin. *In Siberia*. Nueva York: HarperCollins, 1999.
- Toll, Ian W. *Six Frigates: The Epic History of the Founding of the U. S. Navy*. Nueva York: Norton, 2006.
- Tyson, George E. *Arctic Experiences: Aboard the Doomed Polaris Expedition and Six Months Adrift on an Ice-Floe*. Nueva York: Harper Brothers, 1874. Reimpresión: Nueva York: Cooper Square Press, 2002.
- Vidal, Gore. *1876: A Novel*. Nueva York: Random House, 1876. [Versión en español: Gore Vidal: *1876*. Barcelona: Grijalbo, 1977. Traducción de Neri Daurella].
- Wheeler, Sara. *The Magnetic North: Notes from the Arctic Circle*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2011.
- Williams, Glyn. *Arctic Labyrinth: The Quest for the Northwest Passage*. Nueva York: Allen Lane, 2009.
- Williams, Henry Llewellyn. *History of the Adventurous Voyage and Terrible Shipwreck of the U. S. Steamer «Jeannette» in the Polar Seas*. Nueva York: A. T. B. De Witt, 1882.

Worster, Donald. *A Passion for Nature: The Life of John Muir*. Nueva York: Oxford University Press, 2008.

Young, Allen. *Cruise of the 'Pandora'. Extracts from the Private Journal Kept by Allen Young, Commander of the Expedition*. Londres: William Clowes & Sons, 1876.

Young, Allen William. *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*. Londres: Edward Stanford, 1879.

ILUSTRACIONES



James Gordon Bennett, Jr.

**A Shocking Sabbath Carnival of
Death.**

SAVAGE BRUTES AT LARGE.

**Awful Combats Between the
Beasts and Citizens.**

THE KILLED AND WOUNDED.

**Gen. Duryee's Magnificent
Police Tactics.**

BRAVERY AND PANIC

**How the Catastrophe was Brought
About—Affrighting Incidents.**

PROCLAMATION BY THE MAYOR.

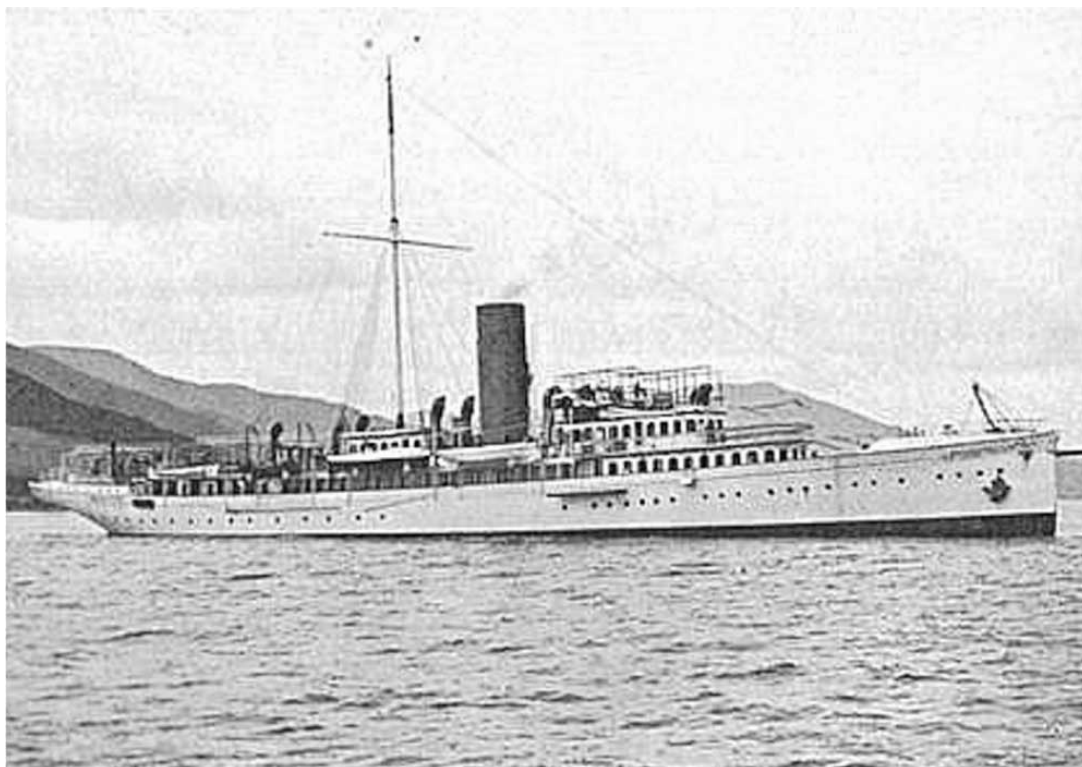
**Gov. Dix Shoots the Bengal
Tiger in the Street.**

CONSTERNATION IN THE CITY.

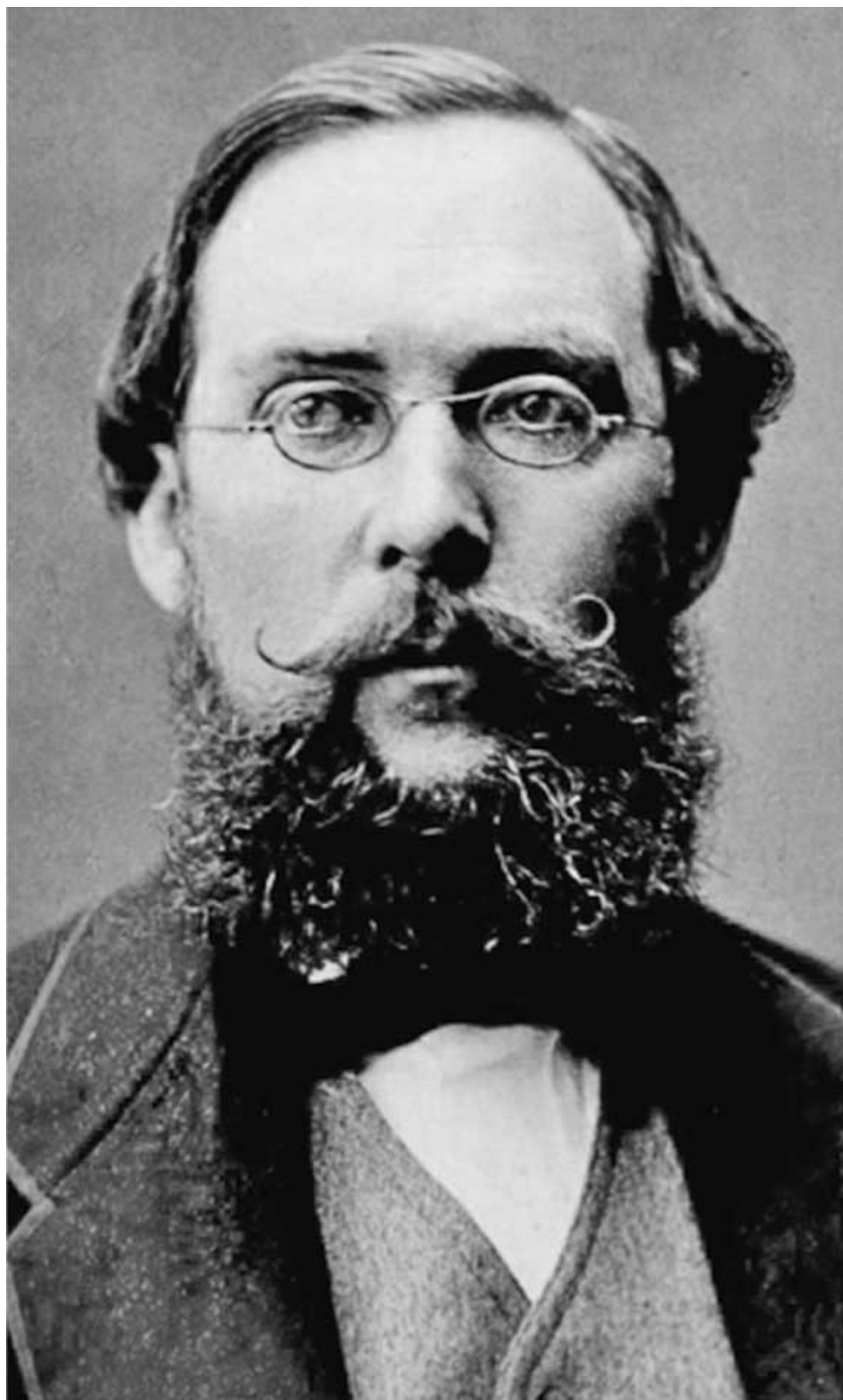
Another Sunday of horror has been added to those already memorable in our city annals. The sad and appalling catastrophe of yesterday is a further illustration of the unforeseen perils to which large communities are exposed. Writing even at a late hour, without full details of the terrors of the evening and night, and with a necessarily incomplete list of the killed and mutilated, we may pause for a moment in the widespread sorrow of the hour to cast a hasty glance over what will be felt as a

great calamity for many years. Few of the millions

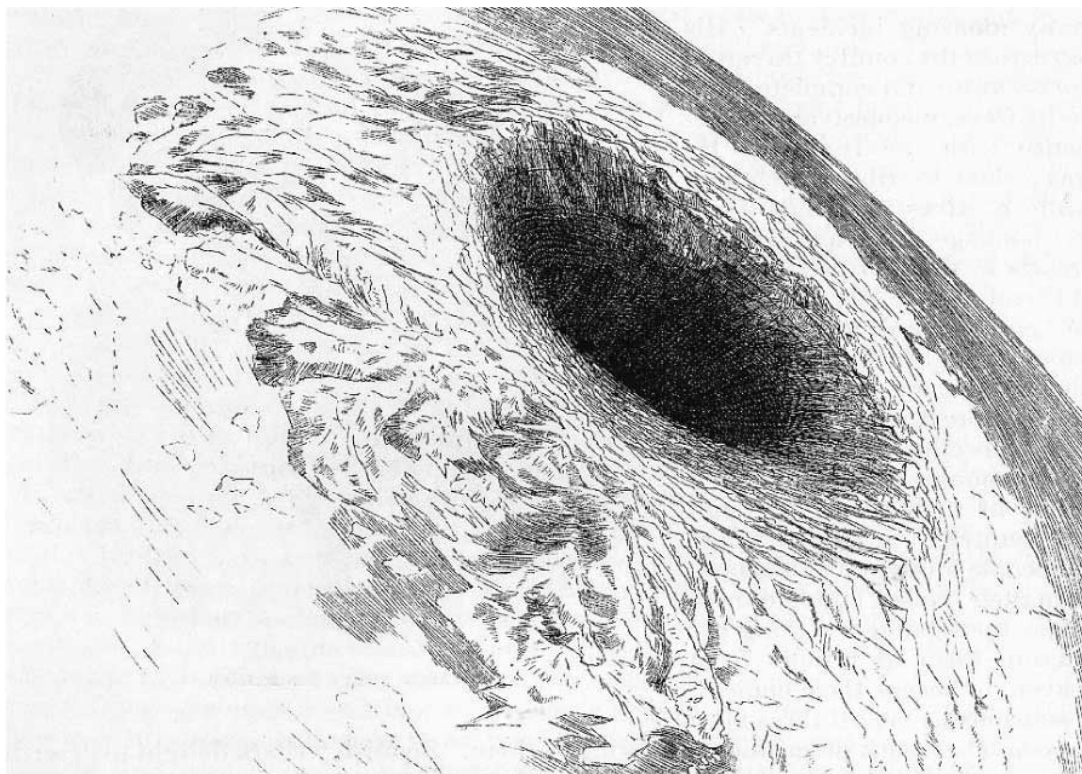
El engaño de los animales salvajes en el *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874



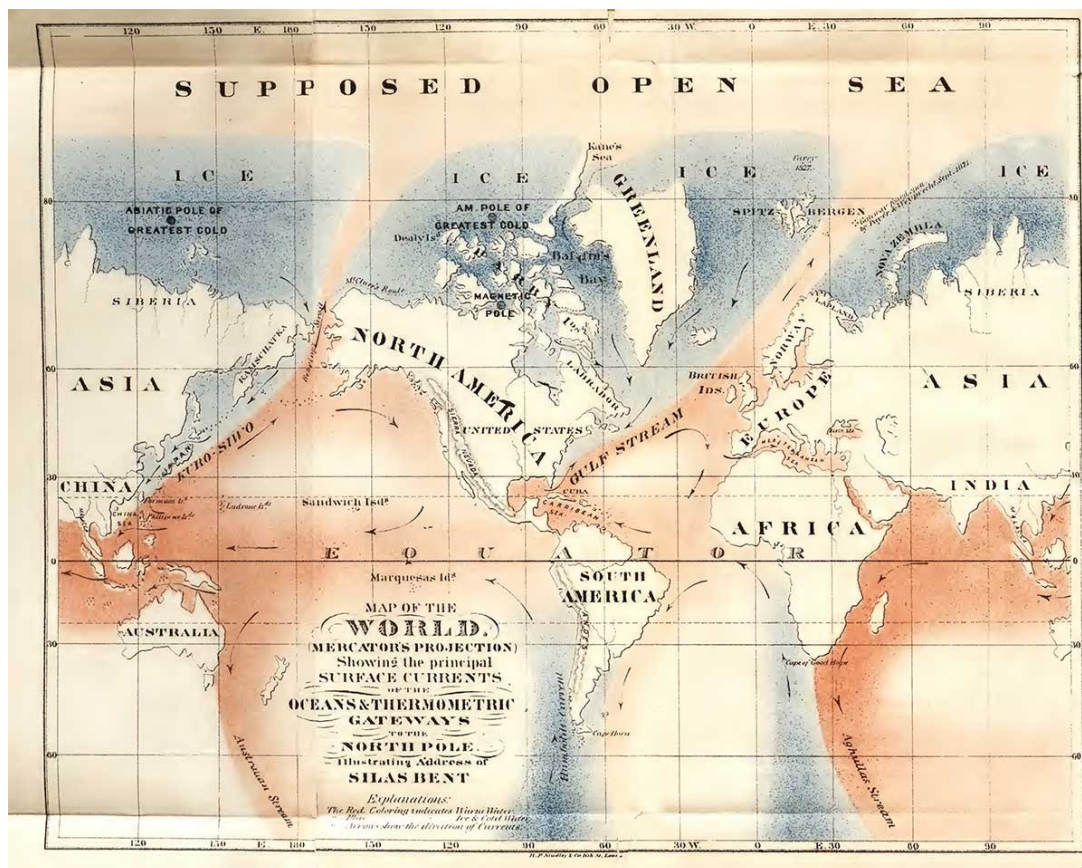
EL *Lysistrata*, uno de los muchos yates de Bennett



Dr. August Petermann



Representación artística de la popular teoría de la tierra hueca de John Cleves Symmes



Las «puertas termométricas» hacia polo, tal como las imaginó Silas Bent en 1872



George y Emma De Long



Sylvie, la hija de George y Emma De Long



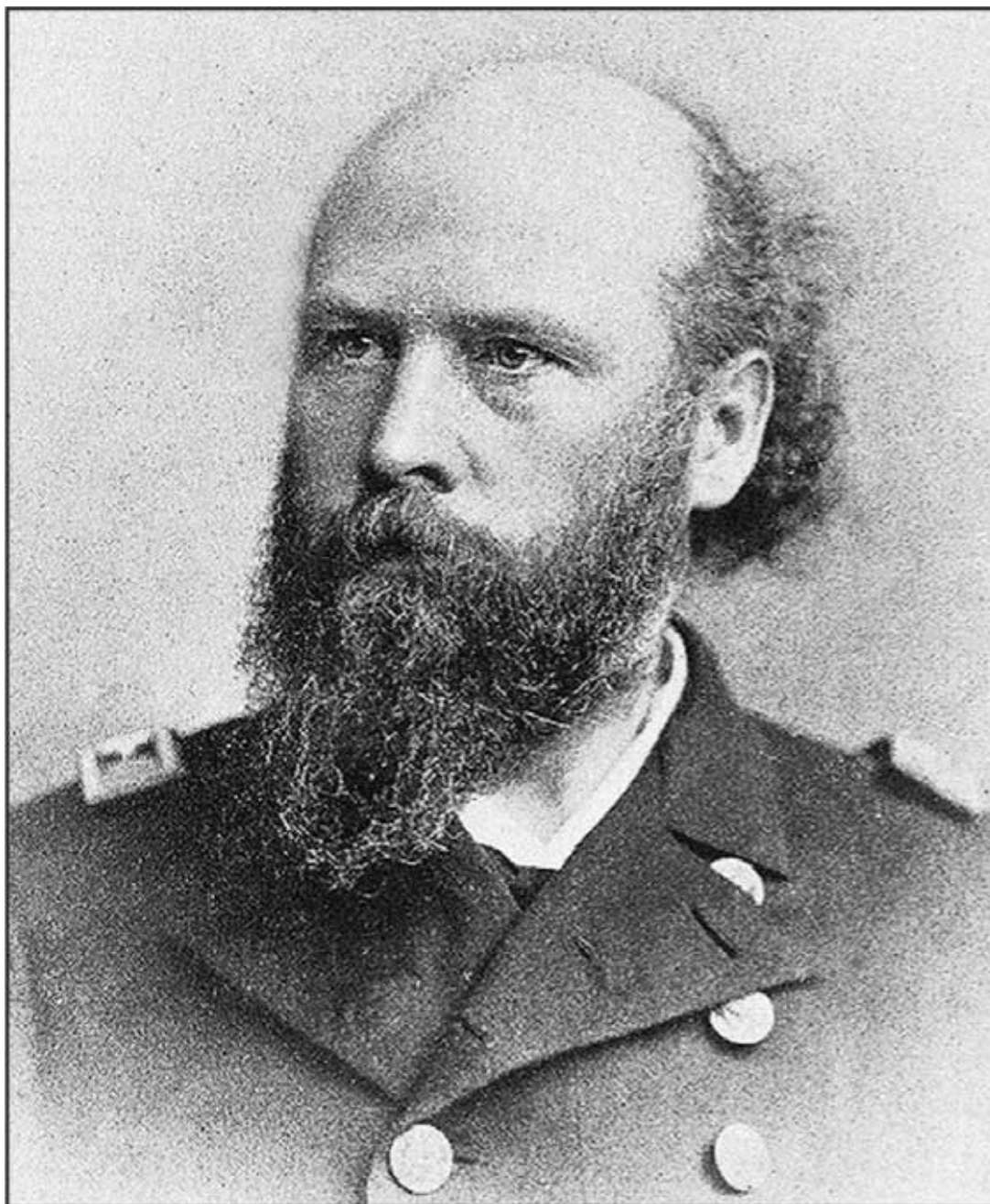
Segundo comandante Charles Chipp



Dr. James Ambler, cirujano de la Armada



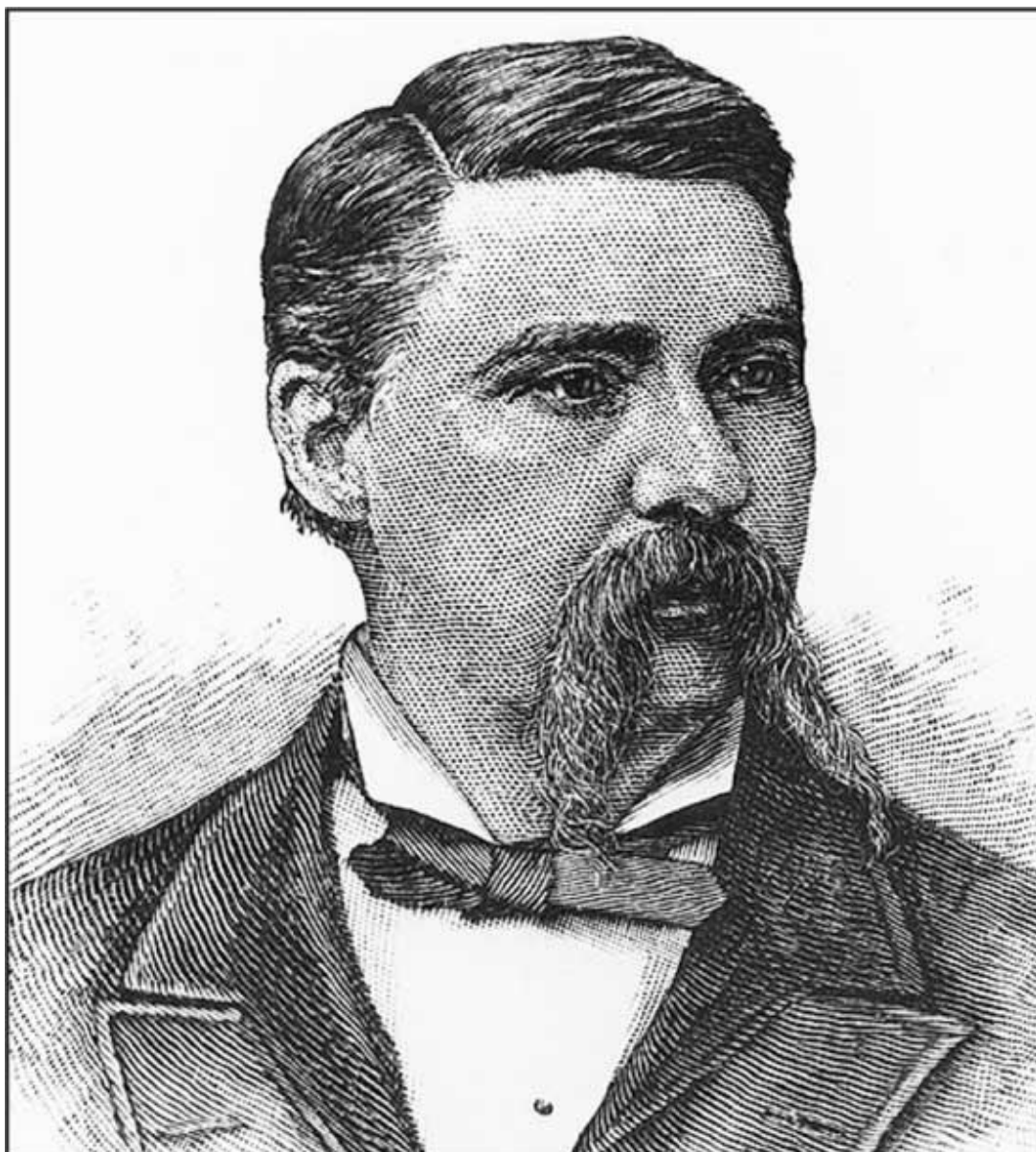
Teniente George De Long, comandante de la expedición



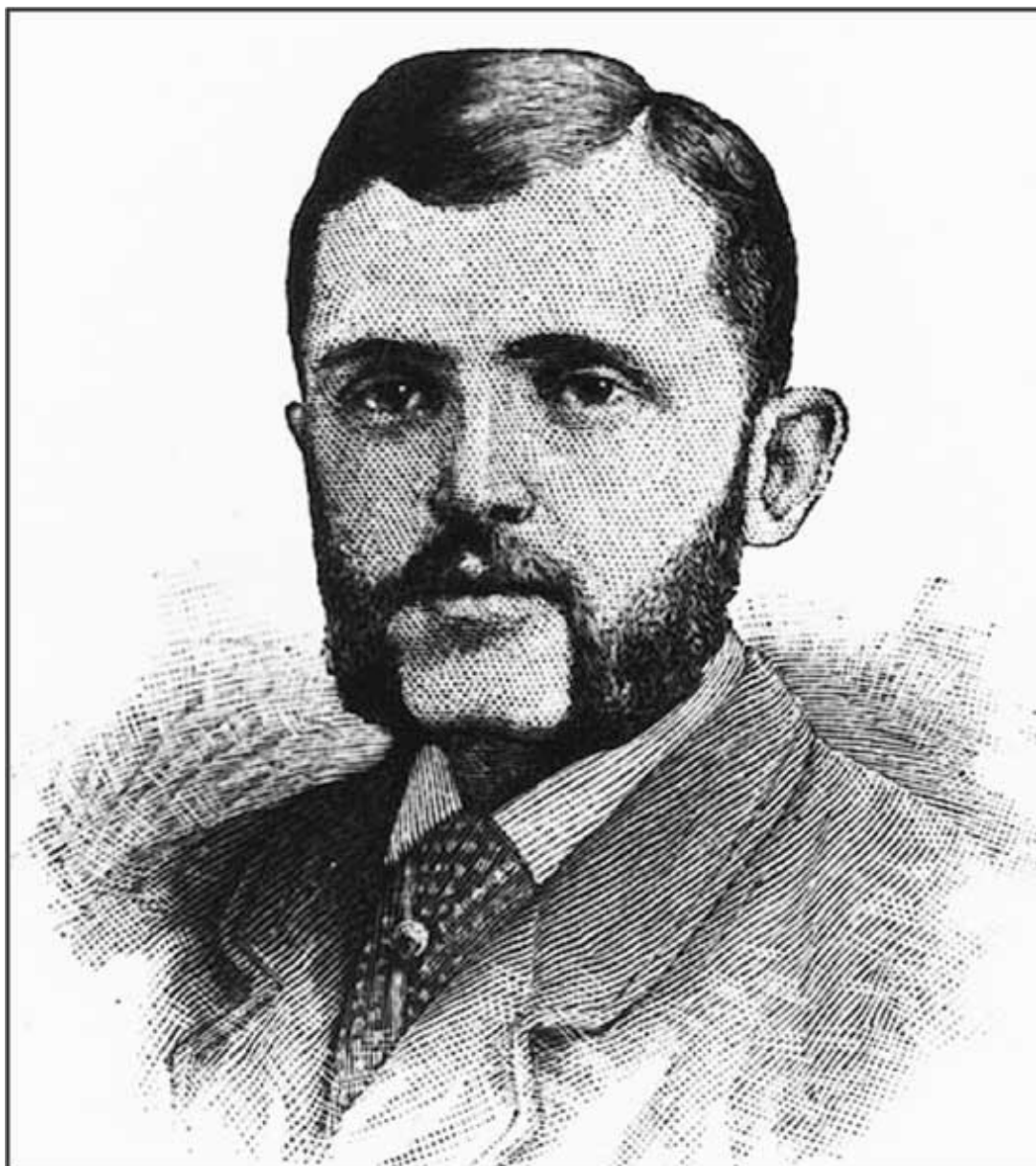
George Melville, ingeniero



John Danenhower, oficial de derrota



Jerome Collins, meteorólogo y corresponsal de *The New York Herald*



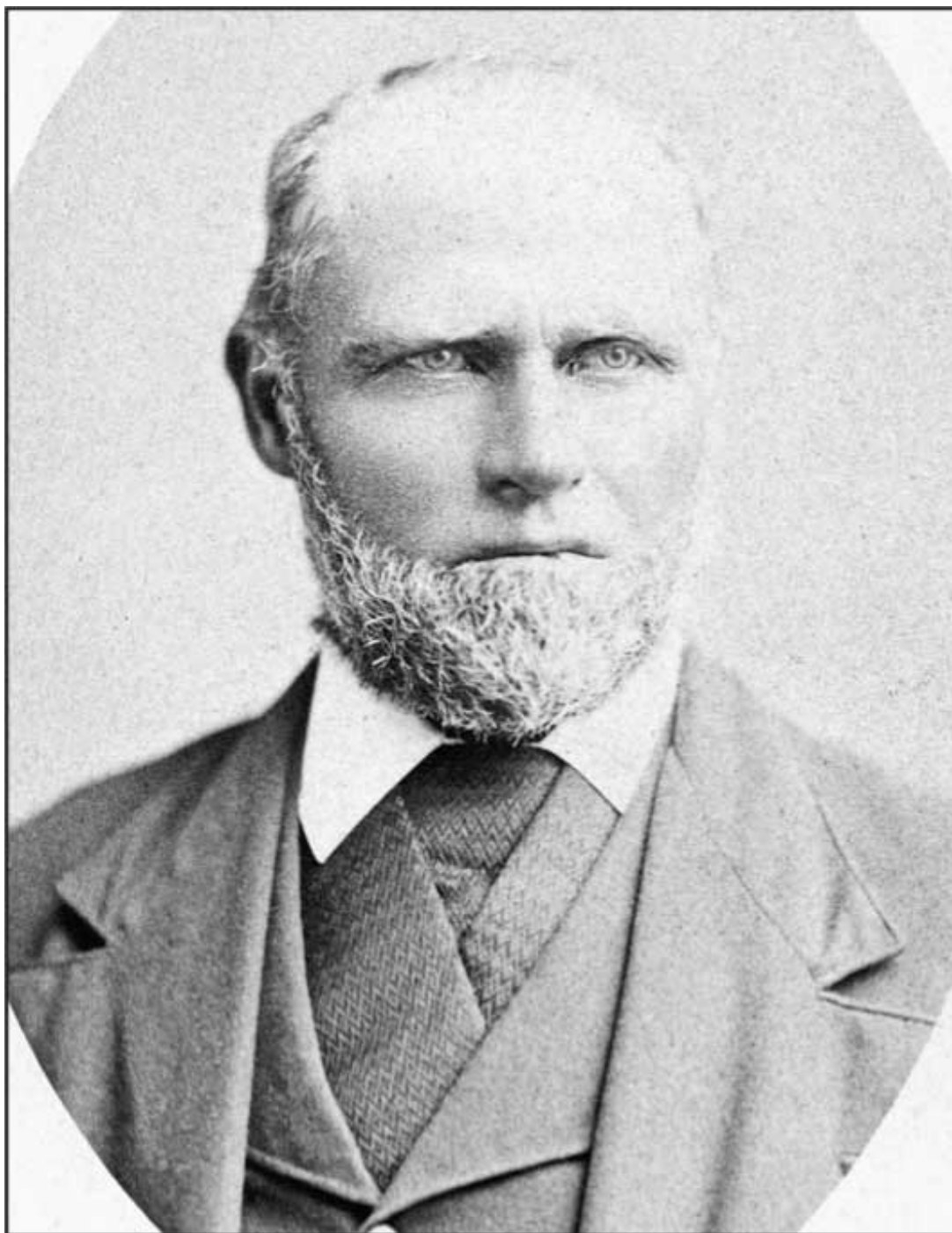
Raymond Newcomb, naturalista



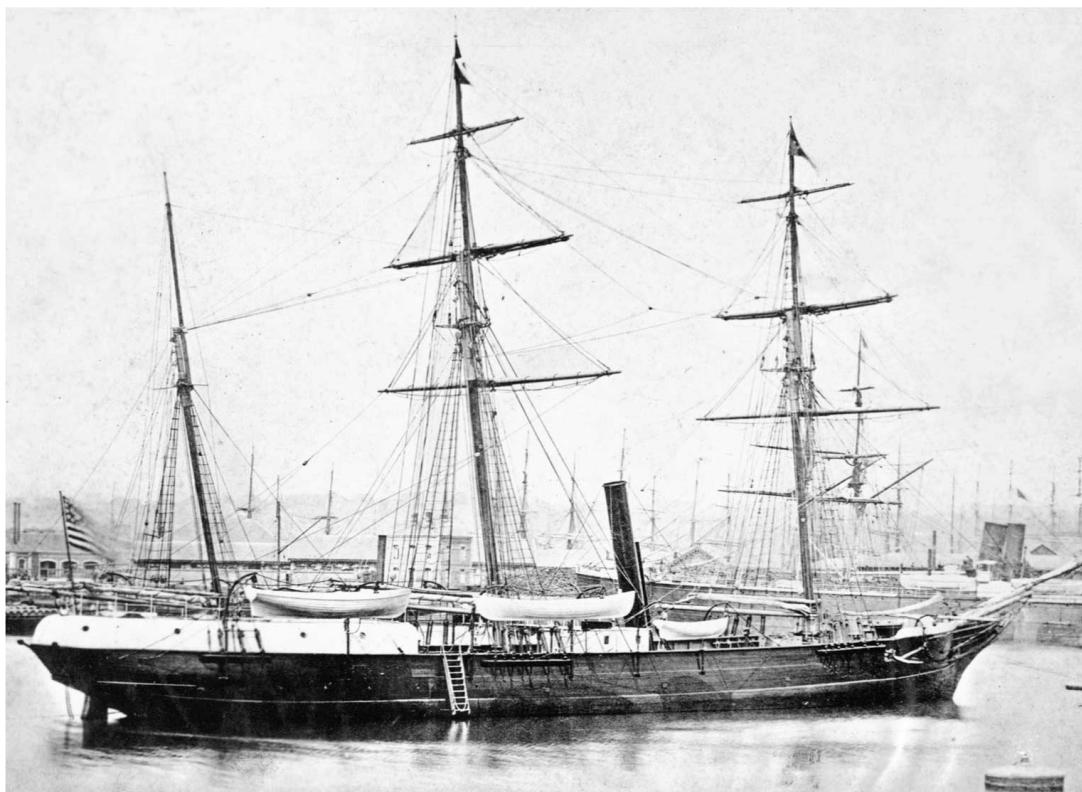
El *Jeannette*, cuando era conocido como *Pandora*, fotografiado en Groenlandia a mediados de la década de 1870



William Nindemann, segundo piloto



William Dunbar, piloto de banquisa



El *Jeannette* en Le Havre, Francia, en 1878, justo antes de su viaje a San Francisco



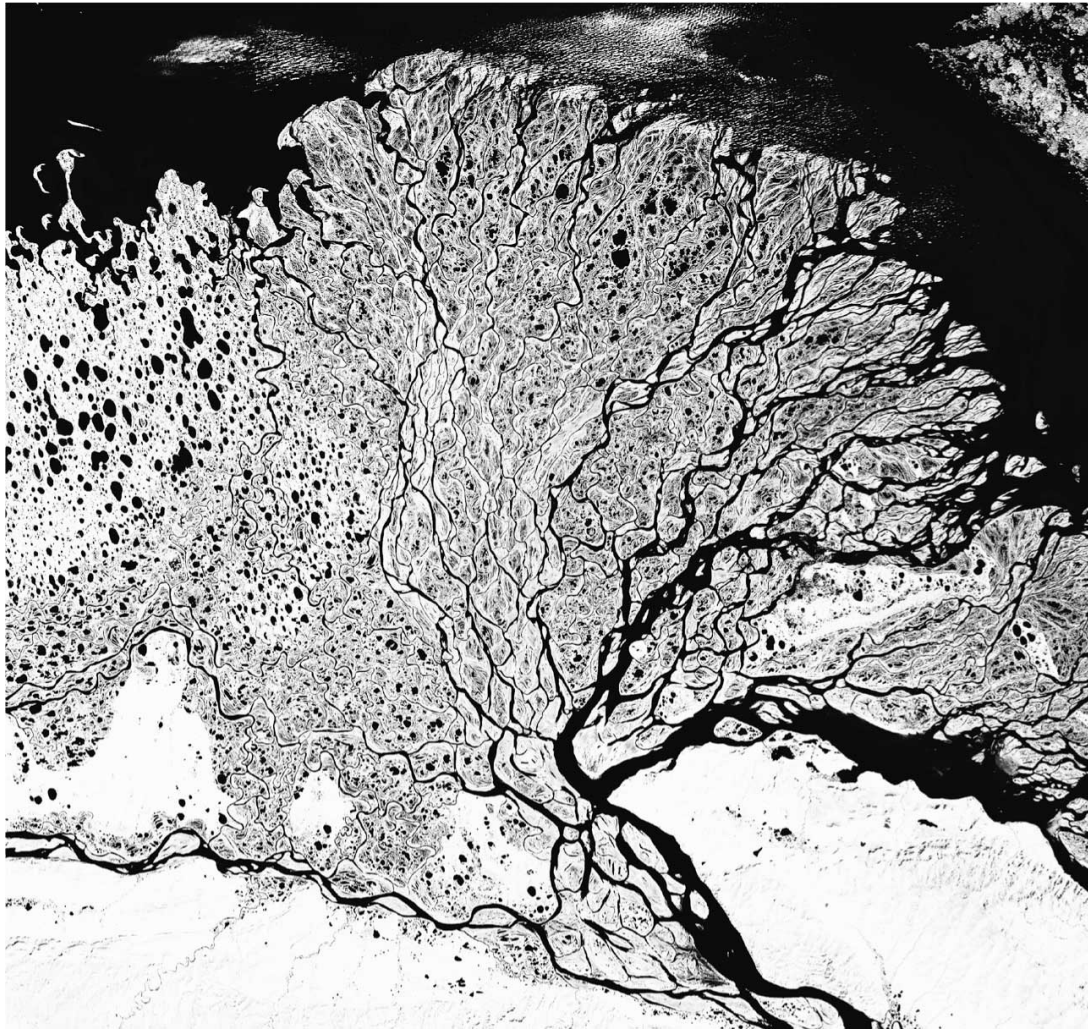
El hundimiento del *Jeannette*, del popular artista francés George Louis Poilleux-Saint-Ange



De Long y sus hombres luchando contra el hielo



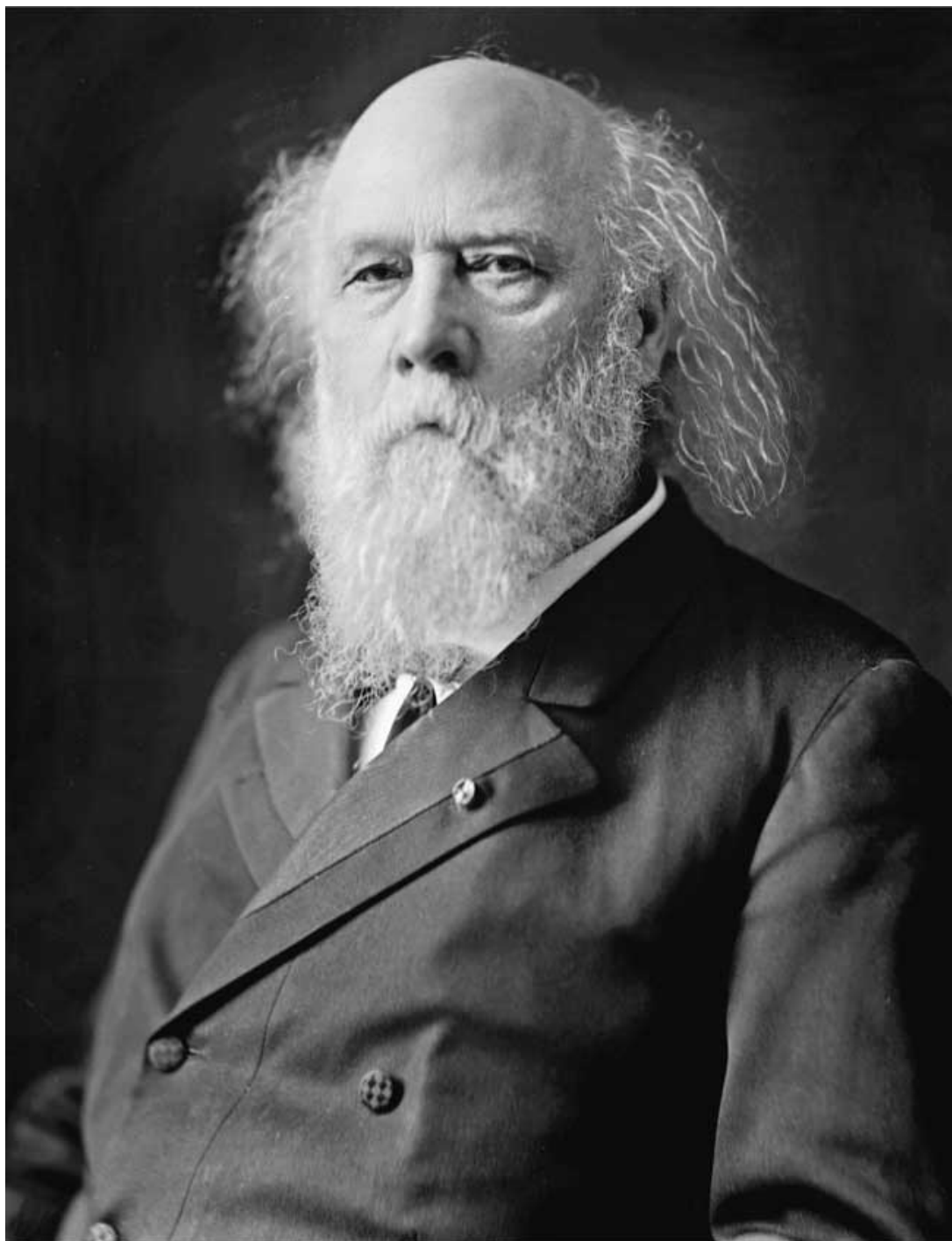
De Long y sus hombres alcanzan aguas abiertas



El delta del río Lena, en Siberia, captado por satélite en 2000



Parte de la tripulación del *Jeannette* posó para esta fotografía en Yakutsk, Siberia, en diciembre de 1881



El contralmirante George Melville, fotografiado en 1910



El monumento al *Jeannette* en los terrenos de la Academia Naval de los Estados Unidos, Annapolis, Maryland

FOTOS ADICIONALES



James Gordon Bennett, Jr., caricaturizado como un hombre mayor, de *Vanity Fair*



Cuadro de Julius LeBlanc Stewart que representa la vida a bordo del yate de Bennett
Namouna



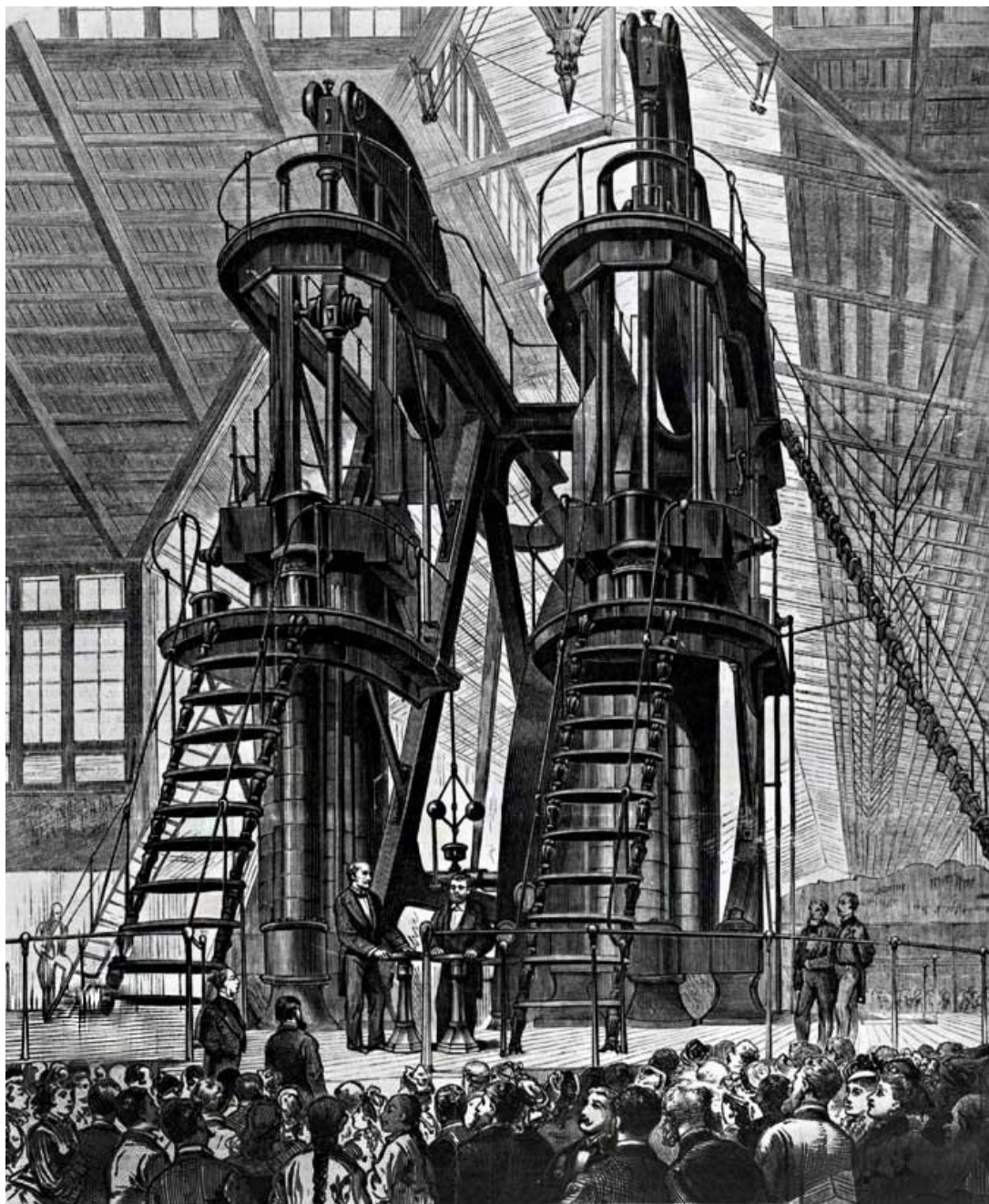
Partido de tenis en el Newport Casino, con Bennett en primer plano



Henry Morton Stanley



El joven inventor Thomas Edison



El motor de vapor de Corliss en la Exposición Mundial del Centenario de Filadelfia, 1876



John Muir



El abandono del *Jeannette*, pintura de James Gale Tyler, 1883



Mapa del Ártico de Gerardus Mercator, que muestra un mar polar abierto, circa 1600



Mapa de la mítica «Ultima Thule», por Olaus Magnus, 1539



Cortejo fúnebre de George De Long en Nueva York, 1884



El autor fotografiado con un antiguo colmillo de mamut lanudo en la isla de Wrangel



El autor junto al monumento al *Jeanette* en el Delta del Lena en Rusia



HAMPTON SIDES. Memphis (EE.UU.), 1962. Historiador, escritor y periodista estadounidense, conocido sobre todo por sus emocionantes historias de aventuras ambientadas en guerras o representando épicas expediciones de descubrimiento y exploración.

Es autor de gran parte de las obras de no ficción más vendidas en los últimos años en los Estados Unidos: *Americana*, *Hellhound on His Trail*, *Ghost Soldiers*, *Blood and Thunder*. Sides es editor de la revista *Outside* y ha escrito para otros periódicos y revistas como *National Geographic*, *The New Yorker*, *Esquire*, *Men's Journal* y *The Washington Post*. Su trabajo periodístico, recogido en numerosas antologías publicadas, ha sido nominado en diversas ocasiones para los premios más prestigiosos.

Es miembro del consejo consultivo de la Conferencia de No Ficción Literaria de Mayborn. Sides ha sido invitado a dar conferencias en Columbia, Yale, Stanford, la Universidad Metodista del Sur, Colorado, el Centro Nacional Autry del Oeste Americano, la Embajada Americana en Manila, la Rehoboth Christian School y el Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial, entre otros lugares e instituciones. Ha aparecido como invitado en diversos canales y programas de televisión, como *American Experience*, *Today Show*, *Book TV*, *History Channel*, *Fresh Air*, *CNN*, *CBS Sunday Morning*, *The NewsHour con Jim Lehrer*, *The Colbert Report*, *Imus in the Morning*...

Vive en Nuevo México con su esposa, Anne, y sus tres hijos.

Notas

[1] Mi estudio sobre el hallazgo de Tyson y su partida se nutre fundamentalmente de la versión dada por este en su libro *Arctic Experiences*, publicado en 1874. Otras fuentes de importancia fueron *Weird and Tragic Shores*, de Chauncey Loomis; *Trial by Ice*, de Richard Parry, y los artículos aparecidos en el *New York Herald* a lo largo de 1873. <<

[2] Tyson, *Arctic Experiences*, p. 230. <<

[3] Tyson, *Arctic Experiences*, p. 310. <<

[4] Tyson, *Arctic Experiences*, p. 322. <<

[5] Tyson, *Arctic Experiences*, p. 232. <<

[6] Emma Wotton De Long, *Explorer's Wife*, p. 54. <<

[7] Emma Wotton De Long, *Explorer's Wife*, p. 70. <<

[8] Emma Wotton De Long, *Explorer's Wife*, p. 71. <<

[9] Emma Wotton De Long, *Explorer's Wife*, p. 58. <<

[10] Emma Wotton De Long, *Explorer's Wife*, p. 85. <<

[¹¹] *New York Herald*, 10 de septiembre de 1873. <<

[¹²] *New York Herald*, 10 de septiembre de 1873. <<

[13] George Washington De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 14.
<<

[¹⁴] *New York Herald*, 10 de septiembre de 1873. <<

[15] *New York Herald*, 10 de septiembre de 1873. <<

[16] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 74. <<

[17] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 18. <<

[18] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 22. <<

[19] *New York Herald*, 10 de septiembre de 1873. <<

[20] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 21. <<

[21] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 81. <<

[22] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 22. <<

[23] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 89. <<

[24] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 40. <<

[25] Cerca de la medianoche: la descripción del gran bulo de las fieras escapadas del zoo está tomada principalmente del propio reportaje, publicado en el *New York Herald* el 9 de noviembre de 1874, en varias ediciones. Véase también Seitz, *The James Gordon Bennetts*, pp. 304-339 y O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 131. <<

[26] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 271. <<

[27] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[28] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[29] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[30] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[31] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 337. <<

[32] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[33] *New York Herald*, 9 de noviembre de 1874. <<

[³⁴] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 132. <<

[35] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 338. <<

[36] De una carta firmada por Charles Hall, reimpresa en Loomis, *Weird and Tragic Shores*, p. 229. <<

[37] Ernst Behm, citado en T.B. Maury, «The New American Polar Expedition and Its Hopes», *Atlantic Monthly*, octubre de 1870. <<

[38] Editorial en *The New York Times*, 26 de julio de 1879. <<

[39] Maury, «New American Polar Expedition». <<

[40] C. R. Markham, «Arctic Exploration», *Nature*, 30 de noviembre de 1871.
<<

[41] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 116. <<

[42] De una serie de artículos publicados en *The New York Herald* el otoño de 1874, reimpresos en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 87. <<

[43] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 88. <<

[44] *Times* (Londres), 24 de mayo de 1873; también citado en Clements R. Markham, «Arctic Exploration», *Nature*, 29 de mayo de 1873. <<

[45] Mi relato sobre el encuentro en la casa de Grinnell se basa en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 89; George De Long, *The Voyage of the Jeannette* vol. 1, p. 25; y Guttridge, *Icebound*, p. 21. <<

[46] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[47] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[48] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[49] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[50] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[51] «A Walking Match», *The New York Times*, 6 de mayo de 1874. <<

[52] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 91. <<

[53] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 8. <<

[54] Crockett, *When James Gordon Bennett*, p. 19. <<

[55] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 239 <<

[56] Crockett, *When James Gordon Bennett*, p. 234. <<

[57] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 8. <<

[58] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 41. <<

[59] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 62. <<

[60] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 65. <<

[61] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 24. <<

[62] Karsten, *The Naval Aristocracy*, pp. 278-279. <<

[63] Karsten, *The Naval Aristocracy*, p. 281. <<

[64] Karsten, *The Naval Aristocracy*, p. 282. <<

[65] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 6. <<

[66] Guttridge, *Icebound*, p. 8. <<

[67] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 6. <<

[68] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 6. <<

[69] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 9. <<

[70] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 9. <<

[71] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 9. <<

[72] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 22. <<

[73] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 26. <<

[74] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 29. <<

[75] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 33. <<

[76] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 29. <<

[77] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 36. <<

[78] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 38. <<

[79] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 35. <<

[80] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 40. <<

[81] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 44. <<

[82] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 51. <<

[83] Clements R. Markham, citado en John K. Wright, «The Open Polar Sea», *Geographical Review* 43, n.º 3 (julio de 1953). <<

[84] T. B. Maury, «Gateways to the Pole», *Putnam's Magazine* 4, n.º 32 (noviembre de 1869). <<

[85] T. B. Maury, «Gateways to the Pole», *Putnam's Magazine* 4, n.º 32 (noviembre de 1869). <<

[86] T. B. Maury, «Gateways to the Pole», *Putnam's Magazine* 4, n.º 32 (noviembre de 1869). <<

[87] Maury, citado en Wright, «The Open Polar Sea». <<

[88] Maury, *The Physical Geography of the Sea*, p. 25. <<

[89] Maury, «Gateways to the Pole». <<

[90] Para conocer un estudio detallado de la descripción que Thomas Nast hizo de la casa polar de Papá Noel, véase el siguiente artículo: <http://www.nytimes.com/learning/general/onthisday/harp/1225.html>. <<

[91] El cuento neerlandés se cita ampliamente en Wright, «The Open Polar Sea». <<

[92] La teoría de Symmes sobre los orificios en los polos pervive en el seno de una vibrante y tenaz subcultura, la de los *Hollow Earthers*. Véase: www.hollowplanet.blogspot.com, entre otros sitios web. <<

[93] Véase Fleming, *Barrow's Boys*. <<

[94] Maury, *The Physical Geography of the Sea*, p. 219. <<

[95] Hayes, citado en Mowat, *The Polar Passion*, p. 117. <<

[96] Maury, «Gateways to the Pole». <<

[97] Maury, «Gateways to the Pole». <<

[98] Maury, «Gateways to the Pole». <<

[99] La descripción que realizo de la Exposición del Centenario bebe fundamentalmente de la copiosa cobertura dada por el *New York Herald* a lo largo del verano de 1876. Véase también Linda P. Gross y Theresa R. Snyder, *Philadelphia's 1876 Centennial Exhibition*, Charleston (Carolina del Sur): Arcadia Publishing, 2005. <<

[100] «Machinery Hall Notes», *Scientific American Supplement*, 10 de junio de 1876. <<

[101] «Closing Ceremonies of the Centennial International Exhibition of 1876», *Scientific American Supplement*, 2 de diciembre de 1876. <<

[102] William Dean Howells, «A Sennight of the Centennial», *Atlantic Monthly*, julio de 1876. <<

[103] William Dean Howells, «A Sennight of the Centennial», *Atlantic Monthly*, julio de 1876. <<

[104] Véase *The Centennial Exhibition Digital Collection*, <http://libwww.library.phila.gov/CenCol/overview.htm>, ofrecido por Philadelphia Free Library, epígrafe «Machinery Hall». <<

[105] Véase *The Centennial Exhibition Digital Collection*, <http://libwww.library.phila.gov/CenCol/overview.htm>, ofrecido por Philadelphia Free Library, epígrafe «Machinery Hall». <<

[106] Comentarios de Petermann en *The Annual Report of the American Geographical Society for the Year 1876*, pp. 148-156. <<

[107] J. G. Bartholomew, «The Philosophy of Map-Making and the Evolution of a Great German Atlas», *Scottish Geographical Magazine* 18 (1902), p. 37.
<<

[108] Oswald Dreyer-Eimbcke, «Heinrich Berghaus and August Petermann», *IMCoS Journal* 79 (otoño de 1997). <<

[109] Petermann, citado en Murphy, *German Exploration of the Polar World*, p. 18. <<

[110] Petermann, citado en Murphy, *German Exploration of the Polar World*, p. 22. <<

[111] Guttridge, *Icebound*, p. 17. <<

[112] Maury, «Gateways to the Pole». <<

[113] Murphy, *German Exploration*, p. 1. <<

[114] Murphy, *German Exploration*, p. 22. <<

[115] Petermann, citado en el *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[116] Comentarios de Petermann en *The Annual Report of the American Geographical Society for the Year 1876*, pp. 148-156. <<

[117] Comentarios de Petermann en *The Annual Report of the American Geographical Society for the Year 1876*, pp. 148-156. <<

[118] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 16. <<

[119] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 23. <<

[120] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 46. <<

[121] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 27. <<

[122] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 26. <<

[123] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 30. <<

[124] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 30. <<

[125] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 266. <<

[126] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 234. <<

[127] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 224. <<

[128] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 136. <<

[129] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 267. <<

[130] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 135. <<

[131] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 267. <<

[132] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 132. <<

[133] *Quebec Saturday Budget*, 20 de enero de 1877. <<

[134] *Quebec Saturday Budget*, 20 de enero de 1877. <<

[135] *Quebec Saturday Budget*, 20 de enero de 1877. <<

[136] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 136. <<

[137] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 268. <<

[138] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 140. <<

[139] Seitz, *The James Gordon Bennetts*, p. 268. <<

[140] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 139. <<

[¹⁴¹] *Hartford Weekly Times*, 13 de enero de 1877. <<

[142] *New York Times*, 17 de mayo de 1878. <<

[143] *New York Times*, 15 de enero de 1918. <<

[144] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 142. <<

[145] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 144. <<

[146] O'Connor, *The Scandalous Mr. Bennett*, p. 144. <<

[147] Carta de Bennett dirigida a George De Long, citado en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 116. <<

[148] «The Unknown Arctic World: Interview with Dr. August Petermann»,
New York Herald, 15 de julio de 1878. <<

[149] Ludwig Friedrichsen, citado en Espenhorst, *Petermann's Planet*, p. 200.
<<

[150] Ludwig Friedrichsen, citado en Espenhorst, *Petermann's Planet*, p. 202.
<<

[151] Murphy, *German Exploration*, p. 62. <<

[152] Murphy, *German Exploration*, pp. 20-21. <<

[153] Murphy, *German Exploration*, p. 17 <<

[154] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[155] El académico alemán Philipp Felsch desarrolla muy convincentemente este asunto en su reciente biografía titulada *Wie August Petermann: Den Nordpol Erfand*. Felsch ahondó en sus conocimientos al respecto durante una entrevista celebrada en Berlín en julio de 2012. <<

[156] C. R. Markham, «Arctic Exploration», *Nature*, 30 de noviembre de 1871.
<<

[157] C. R. Markham, «Arctic Exploration», *Nature*, 30 de noviembre de 1871.
<<

[158] Murphy, *German Exploration*, p. 62. <<

[159] Correspondencia sin fecha, datada en la década de 1870. Correspondencia de August Heinrich Petermann, Colección Perthes, Biblioteca de Investigación de la Universidad de Erfurt-Gotha. <<

[160] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[161] Petermann, *The Search for Franklin*. <<

[162] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[163] Petermann, citado en Murphy, *German Exploration*. <<

[164] Véase Felsch, *Wie August Petermann*, p. 239. <<

[165] Carta de Bennett a George De Long, reimpresa en George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 27. <<

[166] Carta de Bennett a George De Long, reimpresa en George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 28. <<

[167] Carta de Bennett a George De Long, reimpresa en George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 28. <<

[168] Carta de George De Long a Emma De Long, reimpresa en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 155. <<

[169] Carta de George De Long a Emma De Long, reimpressa en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 110. <<

[170] Carta de George De Long a Emma De Long, reimpressa en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 113. <<

[171] Carta de George De Long a Emma De Long, reimpresa en Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 109. <<

[172] Guttridge, *Icebound*, p. 28. <<

[173] Young, *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*, p. 38. <<

[174] Young, *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*, p. 40. <<

[175] Young, *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*, p. 115. <<

[176] Young, *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*, p. 116. <<

[177] Young, *The Two Voyages of the 'Pandora' in 1875 and 1876*, p. 137. <<

[178] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 27. <<

[179] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 188. <<

[180] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 188. <<

[181] *Times* (Londres), 23 de mayo de 1878. <<

[182] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 123. <<

[183] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 123 <<

[184] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 124 <<

[185] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 124. <<

[186] Guttridge, *Icebound*, p. 28. <<

[187] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 124. <<

[188] Uno de los mejores ejemplos que han sobrevivido en el país de la arquitectura de la época es la Isaac Bell House de Newport, que es hoy día un hito histórico nacional. <<

[189] Tim Jeal, *Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer* (New Haven: Yale University Press, 2007); y Frank McLynn, *Stanley: The Making of an African Explorer* (Londres: Random House UK, 2004). <<

[190] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 119. <<

[191] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 17. <<

[192] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 122. <<

[193] Guttridge, *Icebound*, p. 27. <<

[194] Se alude al comentario de Bennett en la carta de De Long to Bennett fechada el 15 de mayo de 1879, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[195] Se alude al comentario de Bennett en la carta de De Long to Bennett fechada el 15 de mayo de 1879, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[196] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 124. <<

[197] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 127. <<

[198] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 127. <<

[199] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 128. <<

[200] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[201] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[202] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[203] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[204] *New York Herald*, 15 de julio de 1878. <<

[205] Hugo Ewald Weller, *August Petermann: Ein Beitrag zur Geschichte der Geographischen Entdeckungen der Geographie und der Kartographie im 19. Jahrhundert* (Leipzig: Wigand, 1911), p. 27. <<

[206] Varios testimonios tempranos afirmaron o dieron a entender que Petermann murió por una herida de disparo provocada por él mismo, pero hoy día la mayoría de especialistas, incluido su biógrafo Philipp Felsch, convienen en que se ahorcó. <<

[207] Carta de Clara Petermann a una amiga de Gotha, correspondencia de August Petermann, Colección Perthes, Biblioteca de Investigación de la Universidad de Erfurt-Gotha. <<

[208] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 130. <<

[209] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 129. <<

[210] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 131. <<

[211] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 131. <<

[212] Carta de De Long a Bennett, 15 de mayo de 1879, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[213] Carta de De Long a Bennett, 15 de mayo de 1879, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[214] Carta de De Long a Bennett, 15 de mayo de 1879, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[215] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 134. <<

[216] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 138. <<

[217] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 137. <<

[218] Lot, *A Long Line of Ships*, p. 32. <<

[219] Guttridge, *Icebound*, p. 41. <<

[220] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[221] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[222] Guttridge, *Icebound*, p. 43. <<

[223] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 38. <<

[224] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 38. <<

[225] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 38. <<

[226] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, p. 43. <<

[227] Guttridge, *Icebound*, p. 72. <<

[228] Carta de De Long a Danenhower, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[229] Guttridge, *Icebound*, p. 44. <<

[230] Hamilton, *President McKinley, War and Empire*, p. 21. <<

[231] Guttridge, *Icebound*, p. 5. <<

[232] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[233] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[234] Carta de Bennett a De Long, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[235] Carta de Thompson a De Long, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[236] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 147. <<

[237] Juego de palabras entre el nombre del candidato, Rutherford, y la palabra *fraud*, «fraude». (N. del T.). <<

[238] Emma De Long, *Explorer's Wife* p. 147. <<

[239] Emma De Long, *Explorer's Wife* p. 147. <<

[240] Guttridge, *Icebound*, p. 47. <<

[241] Guttridge, *Icebound*, p. 48. <<

[242] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[243] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[244] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[245] Guttridge, *Icebound*, p. 49 <<

[246] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[247] Guttridge, *Icebound*, p. 52. <<

[248] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 29. <<

[249] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 29. <<

[250] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[251] Stross, *The Wizard of Menlo Park*, p. 77. <<

[252] Carta de De Long a Edison, 21 de abril de 1878, y carta de Collins a Edison, 2, 7 y 9 de mayo de 1878, Documentos de Thomas Alva Edison, Universidad Rutgers. <<

[253] Guttridge, *Icebound*, p. 51. <<

[254] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[255] Guttridge, *Icebound*, p. 60. <<

[256] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 34. <<

[257] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[258] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[259] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 27. <<

[260] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 30. <<

[261] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 37. <<

[262] Guttridge, *Icebound*, p. 53. <<

[263] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[264] Guttridge, *Icebound*, p. 38. <<

[265] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 39. <<

[266] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives. <<

[267] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives, p. 64 <<

[268] Carta de De Long a Bennett, correspondencia del *Jeannette*, National Archives, p. 56. <<

[269] Nourse, *American Explorations in the Ice Zones*, p. 372. <<

[270] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 159. <<

[271] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 40. <<

[272] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 159. <<

[273] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 159. <<

[274] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 160. <<

[275] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 44. <<

[276] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 160. <<

[277] *San Francisco Examiner*, 9 de julio de 1879. <<

[278] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[279] *New-York Commercial Advertiser*, 8 de julio de 1879. <<

[280] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 32. <<

[281] *San Francisco Chronicle*, 9 de julio de 1879. <<

[282] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 40. <<

[283] *San Francisco Examiner*, 9 de julio de 1879. <<

[284] *The Jeannette Expedition*, p. 31. <<

[285] Guttridge, *Icebound*, p. 6. <<

[286] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 157. <<

[287] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 40. <<

[288] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 39. <<

[289] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 22. <<

[290] «Interview with a band of Spirits, interested in Arctic Explorations», 30 de junio de 1879, documentos de Emma De Long. <<

[291] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 38. <<

[292] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 21. <<

[293] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 29. <<

[294] Véase <http://www.south-pole.com/aspp005.htm>. <<

[295] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 29. <<

[296] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 29. <<

[297] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 29. <<

[298] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[299] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[300] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[301] *San Francisco Chronicle*, 9 de julio de 1879. <<

[302] *Daily Alta California*, 9 de julio de 1879. <<

[303] *San Francisco Call*, 9 de julio de 1879. <<

[304] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 19. <<

[305] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 164. <<

[306] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 165. <<

[307] *San Francisco Chronicle*, 9 de julio de 1879. <<

[308] *Vallejo Times*, 9 de julio de 1879. <<

[309] Melville, *In the Lena Delta*, p. 2. <<

[310] Guttridge, *Icebound*, p. 6. <<

[311] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 164. <<

[312] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[313] Melville, *In the Lena Delta*, p. 2. <<

[314] *San Francisco Call*, 9 de julio de 1879. <<

[315] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[316] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[317] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 161. <<

[318] *New York Herald*, 9 de julio de 1879. <<

[319] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 162. <<

[320] *San Francisco Call*, 9 de julio de 1879. <<

[321] William Bradford en el *Boston Herald*, citado en Emma De Long, *Explorer's Wife*, pp. 162-163. <<

[322] Guttridge, *Icebound*, p. 7. <<

[323] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 163. <<

[324] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 163. <<

[325] Guttridge, *Icebound*, p. 7. <<

[326] *San Francisco Chronicle*, 9 de julio de 1879. <<

[327] Para conocer el relato escrito en primera persona por el explorador, véase Nordenskiöld, *The Voyage of the Vega Round Asia and Europe*. <<

[328] Guttridge, *Icebound*, p. 65. <<

[329] *Annual Report of the Superintendant of the United States Coast and Geodetic Survey* 15 (1883), pp. 101-132. <<

[330] Nourse, *American Explorations in the Ice Zones*, p. 368. <<

[331] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 48. <<

[332] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 48. <<

[333] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 42. <<

[334] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 49. <<

[335] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 49. <<

[336] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 49. <<

[337] Carta de De Long a Emma De Long, 18 de agosto de 1879, documentos de Emma De Long. <<

[338] Carta de De Long a Emma De Long, 18 de agosto de 1879, documentos de Emma De Long, vol. 1, p. 42. <<

[339] Carta de De Long a Emma De Long, 18 de agosto de 1879, documentos de Emma De Long, vol. 1, p. 43. <<

[³⁴⁰] Carta de De Long a Emma De Long, 18 de agosto de 1879, documentos de Emma De Long, vol. 1, p. 48. <<

[³⁴¹] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 24. <<

[³⁴²] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 24. <<

[³⁴³] Melville, *In the Lena Delta*, p. 3. <<

[³⁴⁴] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 51. <<

[345] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 52. <<

[³⁴⁶] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 26. <<

[³⁴⁷] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 3. <<

[³⁴⁸] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 57. <<

[349] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 4. <<

[350] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 59. <<

[351] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 59. <<

[352] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 60. <<

[353] Melville, *In the Lena Delta*, p. 16. <<

[354] Melville, *In the Lena Delta*, p. 6. <<

[355] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 61. <<

[356] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 5. <<

[357] En inglés, *to nip* significa, entre otras cosas, «dar un mordisco» y «pellizcar». (N. del T.). <<

[358] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 5. <<

[359] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 64 <<

[360] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 60. <<

[361] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 26-27, y Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 44. <<

[362] *Newport Mercury*, 2 de agosto de 1879. <<

[363] Mi descripción de la broma gastada por Candy en la Reading Room se basa fundamentalmente en la información aportada por los diarios de Newport aquel verano de 1879, y también en el relato de John Hanlon, «The Cradle of Tennis Was Meant to Be Rocky», *Sports Illustrated*, 2 de septiembre de 1968. <<

[364] International Tennis Hall of Fame & Museum, *Tennis and the Newport Casino* (Charleston [Carolina del Sur]: Arcadia, 2011), y C. P. B. Jefferys, *Newport: A Concise History* (Newport: Newport Historical Society, 2008).
<<

[365] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 171. <<

[366] Para conocer mejor la biografía y la labor artística de Bradford, véase Frank Horch, «Photographs and Paintings by William Bradford», *American Art Journal* 5, n.º 2 (noviembre de 1973), pp. 61-70. <<

[367] Anne-Marie Amy Kilkenny, «Life and Scenery in the Far North: William Bradford's 1885 Lecture to the American Geographical Society», *American Art Journal* 26, n.º 1-2 (1994), pp. 106-108. <<

[368] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 169. <<

[369] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 177. <<

[370] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 177. <<

[371] Emma De Long, *Explorer's Wife*, pp. 188-189. <<

[372] Melville, *In the Lena Delta*, p. 9. <<

[373] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 77. <<

[374] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 13. <<

[375] Melville, *In the Lena Delta*, p. 9. <<

[376] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 180. <<

[377] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 448. <<

[378] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 18. <<

[379] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 280. <<

[380] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 133. <<

[381] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 133. <<

[382] Melville, citado en Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 47. <<

[383] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 43. <<

[384] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 44. <<

[385] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 99. <<

[386] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 43. <<

[387] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 48. <<

[388] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 43. <<

[389] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 43. <<

[390] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 65. <<

[391] Melville, *In the Lena Delta*, p. 7. <<

[392] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 65. <<

[393] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 65. <<

[394] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 65. <<

[395] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 280. <<

[396] Newcomb, citado en Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 59. <<

[397] Guttridge, *Icebound*, p. 75. <<

[398] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 82. <<

[399] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 82. <<

[400] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 77. <<

[401] Stross, *The Wizard of Menlo Park*, p. 79. <<

[402] *New York Times*, 21 de octubre de 1879. <<

[403] *Thomas Edison: Life of an Electrifying Man*, p. 14. <<

[404] *New York Herald*, 12 de octubre de 1879. <<

[405] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 85. <<

[406] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 85. <<

[407] Melville, *In the Lena Delta*, p. 9. <<

[408] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 8. <<

[409] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 284. <<

[410] Guttridge, *Icebound*, p. 106. <<

[411] Melville, *In the Lena Delta*, p. 12. <<

[412] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 282. <<

[413] Melville, *In the Lena Delta*, p. 13. <<

[414] Melville, *In the Lena Delta*, p. 10. <<

[415] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 94. <<

[416] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 95. <<

[417] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 472. <<

[418] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 81. <<

[419] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 105. <<

[420] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 94. <<

[421] Véase Flaubert, *The Letters of Gustave Flaubert, 1830-1857*, vol. 1, p. 239. <<

[422] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 105. <<

[423] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 102. <<

[424] El suntuoso menú aparece reimpreso en De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 284. <<

[425] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 101. <<

[426] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 104. <<

[427] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 104. <<

[428] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 104. <<

[429] Todos los fragmentos seleccionados aquí de entre las cartas enviadas por Emma De Long a su marido pueden encontrarse en la documentación personal de Emma Wotton De Long, prestadas al autor por la familia De Long. <<

[430] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 296.

*On the lone icebound sea we gather here
To greet the dawning of another year
Now for merriment we all unite
And make the deckhouse ring with joy to-night,
How quickly our fleet thoughts wing
To distant lands and scenes, to bring
A mystic spell upon our friends, who ask each other
“How fares our absent ones—son, husband, brother?” <<*

[431] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 495. <<

[432] Melville, *In the Lena Delta*, p. 15. <<

[433] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 196. <<

[434] Guttridge, *Icebound*, p. 133. <<

[435] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 44. <<

[436] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 297. <<

[437] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 156. <<

[438] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 49. <<

[439] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 156. <<

[440] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 81. <<

[⁴⁴¹] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 82. <<

[⁴⁴²] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 160. <<

[443] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 212. <<

[444] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 212. <<

[445] Guttridge, *Icebound*, p. 121. <<

[446] Guttridge, *Icebound*, p. 121. <<

[447] Guttridge, *Icebound*, p. 125. <<

[448] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 468. <<

[449] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 480. <<

[450] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 480. <<

[451] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 185. <<

[452] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 500. <<

[453] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 501. <<

[454] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 544. <<

[455] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 545. <<

[456] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 545. <<

[457] Melville, *In the Lena Delta*, p. 16. <<

[458] Melville, *In the Lena Delta*, p. 17. <<

[459] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 546. <<

[460] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 546. <<

[461] Melville, *In the Lena Delta*, p. 19. <<

[462] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 561. <<

[463] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 562. <<

[464] Melville, *In the Lena Delta*, p. 19. <<

[465] Melville, *In the Lena Delta*, p. 18. <<

[466] Melville, *In the Lena Delta*, p. 19. <<

[467] Melville, *In the Lena Delta*, p. 20. <<

[468] Melville, *In the Lena Delta*, p. 21. <<

[469] Melville, *In the Lena Delta*, p. 19. <<

[470] En 1979, la isla Henrietta —*Genriyetty Ostrov* en ruso— sería el punto de embarque de una célebre expedición soviética que pretendía alcanzar el polo norte usando como medio de transporte el esquí. <<

[471] Melville, *In the Lena Delta*, p. 22. <<

[472] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 559. <<

[473] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 560. <<

[474] Este lúgubre monumento permaneció intocado durante cincuenta y siete años. En 1938, un equipo de biólogos que viajaba en un rompehielos soviético, subió al promontorio Melville y encontró una caja y el cilindro junto a un hito caído. Este había sido mordisqueado por osos polares, pero en su interior encontraron el texto de De Long, escrito con la historiada pero elegante letra manuscrita, apenas legible ya. El agua, además, había echado a perder el papel. Cerca, los biólogos encontraron el mástil plantado por Erichsen y varios cartuchos de escopeta, sin duda restos de la cacería de aves emprendida por Sharvell. Todos estos artefactos fueron enviados a San Petersburgo. <<

[475] Melville, *In the Lena Delta*, p. 22. <<

[476] Melville, *In the Lena Delta*, p. 24. <<

[477] Melville, *In the Lena Delta*, p. 24. <<

[478] Melville, *In the Lena Delta*, p. 24. <<

[479] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 562. <<

[480] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 566. <<

[481] Melville, *In the Lena Delta*, p. 25. <<

[482] Melville, *In the Lena Delta*, p. 25. <<

[483] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 9. <<

[484] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 38. <<

[485] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 192. <<

[486] Guttridge, *Icebound*, p. 148. <<

[487] Guttridge, *Icebound*, p. 155. <<

[488] Guttridge, *Icebound*, p. 148. <<

[489] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. XXI. <<

[490] Bill McKibben, en su prólogo a Muir, *Cruise of the Corwin*, p. xv. <<

[491] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. XXXVIII. <<

[492] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 15. <<

[493] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 33. <<

[494] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 18. <<

[495] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 42. <<

[496] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 70. <<

[497] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 31. <<

[498] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 31. <<

[499] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 105. <<

[500] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U.S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 10. <<

[501] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 57. <<

[502] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U.S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 10. <<

[503] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 10. <<

[504] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 34. <<

[505] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 34. <<

[506] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 41. <<

[507] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 43. <<

[508] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 49. <<

[509] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 49. <<

[510] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 569. <<

[511] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 567. <<

[512] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 36. <<

[513] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 30. <<

[514] Melville, *In the Lena Delta*, p. 14. <<

[515] Melville, *In the Lena Delta*, p. 15. <<

[516] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 636. <<

[517] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 37. <<

[518] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 554. <<

[519] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 37. <<

[520] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 572. <<

[521] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 38. <<

[522] Melville, *In the Lena Delta*, p. 29. <<

[523] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 574. <<

[524] Melville, *In the Lena Delta*, p. 28. <<

[525] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 306. <<

[526] Melville, *In the Lena Delta*, p. 28. <<

[527] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 306. <<

[528] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 623. <<

[529] Melville, *In the Lena Delta*, p. 30. <<

[530] Melville, *In the Lena Delta*, p. 31. <<

[531] Melville, *In the Lena Delta*, p. 32. <<

[532] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 43. <<

[533] Melville, *In the Lena Delta*, p. 32. <<

[534] Melville, *In the Lena Delta*, p. 32. <<

[535] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 306. <<

[536] *New York Times*, 21 de julio de 1881. <<

[537] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 106. <<

[538] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 108. <<

[539] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 110. <<

[540] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 86. <<

[541] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 109. <<

[542] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 22. <<

[543] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 109. <<

[544] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U.S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 11. <<

[545] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 109. <<

[546] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 111. <<

[547] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U.S. Revenue Steamer Thomas Corwin*, 1881, p. 24. <<

[548] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, pp. 24-29. <<

[549] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 31. <<

[550] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 31. <<

[551] Melville, *In the Lena Delta*, p. 43. <<

[552] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 48. <<

[553] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 602. <<

[554] Melville, *In the Lena Delta*, p. 34. <<

[555] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 600. <<

[556] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 611. <<

[557] Melville, *In the Lena Delta*, p. 39. <<

[558] «Cojeaba arrastrando una gran carga / y se me unieron en la tarea. /
Rápidamente despejamos el paso / en el pedregoso camino a Dublín». (*N. del
T.*). <<

[559] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 601. <<

[560] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 589. <<

[561] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 50. <<

[562] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 605. <<

[563] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 638. <<

[564] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 604. <<

[565] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 631. <<

[566] Melville, *In the Lena Delta*, p. 41. <<

[567] Melville, *In the Lena Delta*, p. 38. <<

[568] Ambler, «Private Journal», p. 196. <<

[569] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 605. <<

[570] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 641. <<

[571] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 641. <<

[572] Guttridge, *Icebound*, p. 181. <<

[573] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 83. <<

[574] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 115. <<

[575] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 82. <<

[576] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 114. <<

[577] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 128. <<

[578] Rosse, *The First Landing*, p. 2. <<

[579] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 117. <<

[580] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 202. <<

[581] Rosse, *The First Landing*, p. 1. <<

[582] Rosse, *The First Landing*, p. 52. <<

[583] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 155. <<

[584] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 154. <<

[585] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 154. <<

[586] Rosse, *The First Landing*, p. 3. <<

[587] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 178. <<

[588] Calvin Hooper, *Report of the Cruise of the U. S. Revenue Steamer Thomas Corwin, 1881*, p. 54. <<

[589] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 156. <<

[590] Rosse, *The First Landing*, p. 4. <<

[591] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 165. <<

[592] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 167. <<

[593] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 221. <<

[594] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 176. <<

[595] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 177. <<

[596] Muir, *Cruise of the Corwin*, p. 169. <<

[597] Rusia reclamaría más tarde la isla Wrangel. La isla deshabitada está hoy bajo control ruso en calidad de *zapovednik*, una reserva natural federal muy protegida. Tuve la oportunidad de visitarla el verano de 2012 con motivo de un reportaje para *National Geographic*. Dado que la primera bandera que vio la isla fue la plantada por los tripulantes del *Corwin*, algunos grupos norteamericanos insisten en que la isla es suelo estadounidense y han pedido en reiteradas ocasiones al Departamento de Estado que presente una reclamación territorial ante tribunales internacionales. <<

[598] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 601. <<

[599] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 55. <<

[600] Ambler, «Private Journal», p. 199. <<

[601] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 57. <<

[602] Melville, *In the Lena Delta*, p. 43. <<

[603] Ambler, «Private Journal», p. 198. <<

[604] Guttridge, *Icebound*, p. 175. <<

[605] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 668. <<

[606] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 636. <<

[607] Ambler, «Private Journal», p. 202. <<

[608] Guttridge, *Icebound*, p. 124. <<

[609] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 623. <<

[610] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 623. <<

[611] Melville, *In the Lena Delta*, p. 42. <<

[612] Melville, *In the Lena Delta*, p. 42. <<

[613] Melville, *In the Lena Delta*, p. 43. <<

[614] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 646. <<

[615] Ambler, «Private Journal», p. 200. <<

[616] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 659. <<

[617] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 660. <<

[618] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 309. <<

[619] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 667. <<

[620] Melville, *In the Lena Delta*, p. 42. <<

[621] Melville, *In the Lena Delta*, p. 42. <<

[622] Ambler, «Private Journal», p. 197. <<

[623] Ambler, «Private Journal», p. 200. Algunas fuentes sugieren que el doctor Ambler estaba brindando por el cumpleaños de su hermana, no de su prometida. <<

[624] Ambler, «Private Journal», p. 201. <<

[625] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 654. <<

[626] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 651. <<

[627] Melville, *In the Lena Delta*, p. 43. <<

[628] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 310. <<

[629] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 310. <<

[630] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 661. <<

[631] Ambler, «Private Journal», p. 202. <<

[632] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 679. <<

[633] Melville, *In the Lena Delta*, p. 51. <<

[634] Melville, *In the Lena Delta*, p. 44. <<

[635] Melville, *In the Lena Delta*, p. 44. <<

[636] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 313. <<

[637] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 690. <<

[638] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 679. <<

[639] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 690. <<

[640] Carta de Melville a Emma De Long, 27 de agosto de 1883, documentos de Emma De Long. <<

[641] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 686. <<

[642] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 55. <<

[643] Ambler, «Private Journal», p. 203. <<

[644] Ambler, «Private Journal», p. 203. <<

[645] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 313. <<

[646] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 312. <<

[647] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 312. <<

[648] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 691. <<

[649] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 57. <<

[650] Melville, *In the Lena Delta*, p. 46. <<

[651] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 692. <<

[652] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 689. <<

[653] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 694. <<

[654] Melville, *In the Lena Delta*, p. 47. <<

[655] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 1, p. 205. <<

[656] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 706. <<

[657] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 57. <<

[658] Melville, *In the Lena Delta*, p. 47 <<

[659] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 705. <<

[660] Melville, *In the Lena Delta*, p. 57. <<

[661] Melville, *In the Lena Delta*, p. 48. <<

[662] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 699. <<

[663] George De Long, *The Voyage of the Jeannette* <<

[664] George De Long, *The Voyage of the Jeannette* <<

[665] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 57. <<

[666] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 699. <<

[667] Ambler, «Private Journal», p. 209. <<

[668] Ambler, «Private Journal», p. 205. <<

[669] Véase Guttridge, *Icebound*, p. 186. <<

[670] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 713. <<

[671] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 714 <<

[672] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 715. <<

[673] Melville, *In the Lena Delta*, p. 47. <<

[674] Melville, *In the Lena Delta*, p. 50. <<

[675] Ambler, «Private Journal», p. 205. <<

[676] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 717. <<

[677] Melville, *In the Lena Delta*, p. 50. <<

[678] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 719. <<

[679] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 719. <<

[680] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 721. <<

[681] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 722. <<

[682] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 723. <<

[683] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 726. <<

[684] Melville, *In the Lena Delta*, p. 59. <<

[685] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 729. <<

[686] Ambler, «Private Journal», p. 210. <<

[687] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 741. <<

[688] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 732. <<

[689] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 736. <<

[690] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 742. <<

[691] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, p. 56. <<

[692] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 741. <<

[693] Melville, *In the Lena Delta*, p. 52. <<

[694] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 737. <<

[695] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 63. <<

[696] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 318. <<

[697] Melville, *In the Lena Delta*, p. 57. <<

[698] Melville, *In the Lena Delta*, p. 58. <<

[699] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 62. <<

[700] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 743. <<

[701] Melville, *In the Lena Delta*, p. 59. <<

[702] Ambler, «Private Journal», p. 208. <<

[703] Melville, *In the Lena Delta*, p. 60. <<

[704] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 745. <<

[705] Ambler, «Private Journal», p. 211. <<

[706] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 745. <<

[707] Melville, *In the Lena Delta*, p. 60. <<

[708] Melville, *In the Lena Delta*, p. 60. <<

[709] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 746. <<

[710] Melville, *In the Lena Delta*, p. 63. <<

[711] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 61. <<

[712] Melville, *In the Lena Delta*, p. 49. <<

[713] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 64. <<

[714] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 747. <<

[715] Melville, *In the Lena Delta*, p. 61. <<

[716] Melville, *In the Lena Delta*, p. 61. <<

[717] Melville, *In the Lena Delta*, p. 62. <<

[718] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 66. <<

[719] Melville, *In the Lena Delta*, p. 64. <<

[720] Departamento de la Armada de los Estados Unidos, *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 175. <<

[721] Ambler, «Private Journal», p. 211. <<

[722] Ambler, «Private Journal», p. 211. <<

[723] Ambler, «Private Journal», p. 211. <<

[724] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 802. Véase también De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 102. <<

[725] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 177. <<

[726] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 178. <<

[727] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 753. <<

[728] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 754. <<

[729] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 179. <<

[730] Ambler, «Private Journal», p. 212. <<

[731] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 756. <<

[732] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 298. <<

[733] Testimonio de Nindemann ante la Comisión de Asuntos Navales, *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 180. <<

[734] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 761. <<

[735] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 181. <<

[736] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 181. <<

[737] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 763. <<

[738] George De Long, *The Voyage of the Jeannette* <<

[739] George De Long, *The Voyage of the Jeannette* <<

[740] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 758. <<

[741] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 765. <<

[742] George De Long, *The Voyage of the Jeannette* <<

[743] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 767. <<

[744] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 774. <<

[745] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 769. <<

[746] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 774. <<

[747] Ambler, «Private Journal», p. 214. <<

[748] Ambler, «Private Journal», p. 214. <<

[749] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 762. <<

[750] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 772. <<

[751] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 772. <<

[752] Ambler, «Private Journal», p. 214. <<

[753] Ambler, «Private Journal», p. 214. <<

[754] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 778. <<

[755] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 125. <<

[756] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 775. <<

[757] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 776. <<

[758] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 784. <<

[759] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 776. <<

[760] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 782. <<

[761] Guttridge, *Icebound*, p. 225. <<

[762] Guttridge, *Icebound*, p. 210. <<

[763] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 787. <<

[764] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 190. <<

[765] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 787. <<

[766] Ambler, «Private Journal», p. 215. <<

[767] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 790. <<

[768] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 792. <<

[769] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 130. <<

[770] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 791. <<

[77¹] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 194. <<

[772] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 194. <<

[773] Ambler, «Private Journal», p. 215. <<

[774] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 137. <<

[775] Ambler, «Private Journal», p. 215. <<

[776] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 72. <<

[777] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 75. <<

[778] *Chicago Tribune*, 12 de noviembre de 1881. <<

[779] Para conocer un relato en primera persona del viaje del *Rodgers* en busca del *Jeannette*, véase Gilder, *Ice-Pack and Tundra*. <<

[780] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 80. <<

[781] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 81. <<

[782] *Newport Daily News*, 29 de julio de 1880. Sobre el primer torneo de tenis celebrado, véase International Tennis Hall of Fame & Museum, *Tennis and the Newport Casino* (Charleston [Carolina del Sur]: Arcadia, 2011), y C. P. B. Jefferys, *Newport: A Concise History* (Newport: Newport Historical Society, 2008). Véase asimismo Hanlon, «The Cradle of Tennis Was Meant to Be Rocky». <<

[783] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 199. <<

[784] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 199. <<

[785] La descripción que hago de la marcha hacia el sur emprendida por Nindemann y Noros bebe fundamentalmente del testimonio dado por aquel ante la Comisión de Asuntos Navales, disponible en *Loss of the Steamer Jeannette*, pp. 196-211. Véase también De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 1301-38, y George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, pp. 801-826. <<

[786] Middleton, *Going to Extremes*, p. 50. <<

[787] Riordan y Bourget, *World Weather Extremes*, p. 27. <<

[788] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 206. <<

[789] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 207. <<

[790] *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 205. <<

[791] Melville, *In the Lena Delta*, p. 164. Véase también *Loss of the Steamer Jeannette*, p. 211. <<

[792] Mi relato sobre el viaje del grupo de Melville a través del mar de Láptev se basa en el extenso testimonio dado por George Melville en *In the Lena Delta*, pp. 65-164, así como en su testimonio ante la Comisión de Asuntos Navales, disponible en *Loss of the Steamer Jeannette*, pp. 126-134. Véase también Danenhower, *Narrative of the Jeannette*, pp. 65-93, y el testimonio de Newcomb, disponible en De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 318-331. <<

[793] Melville, *In the Lena Delta*, p. 65. <<

[794] Melville, *In the Lena Delta*, p. 71. <<

[795] Fleming, *Ninety Degrees North*, p. 222. <<

[796] Melville, *In the Lena Delta*, p. 77. <<

[797] Guttridge, *Icebound*, p. 213. <<

[798] Melville, *In the Lena Delta*, pp. 78-79. <<

[799] Melville, *In the Lena Delta*, p. 81. <<

[800] Melville, *In the Lena Delta*, p. 88. <<

[801] Melville, *In the Lena Delta*, p. 94. <<

[802] Melville, *In the Lena Delta*, p. 93. <<

[803] Melville, *In the Lena Delta*, p. 143. <<

[804] Melville, *In the Lena Delta*, p. 143. <<

[805] Melville, *In the Lena Delta*, p. 113. <<

[806] Danenhowe, *Narrative of the Jeannette*, p. 87. <<

[807] Melville, *In the Lena Delta*, p. 111. <<

[808] Melville, *In the Lena Delta*, p. 129. <<

[809] Melville, *In the Lena Delta*, pp. 128-129. <<

[810] Melville, *In the Lena Delta*, p. 127. <<

[811] La carta que Leach escribió a casa aparece reimpresa en De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 138-139. <<

[812] Melville, *In the Lena Delta*, p. 135. <<

[813] Melville, *In the Lena Delta*, p. 138. <<

[814] Melville, *In the Lena Delta*, p. 143. <<

[815] Melville, *In the Lena Delta*, p. 144. <<

[816] Melville, *In the Lena Delta*, p. 150. <<

[817] Melville, *In the Lena Delta*, p. 165. <<

[818] Melville, *In the Lena Delta*, p. 279. <<

[819] Melville, *In the Lena Delta*, p. 209. <<

[820] Melville, *In the Lena Delta*, p. 209. <<

[821] Melville, *In the Lena Delta*, p. 170. <<

[822] Melville, *In the Lena Delta*, p. 172. <<

[823] Melville, *In the Lena Delta*, p. 174. <<

[824] Melville, *In the Lena Delta*, p. 181. <<

[825] Melville, *In the Lena Delta*, p. 216. <<

[826] Melville, *In the Lena Delta*, p. 189. <<

[827] Melville, *In the Lena Delta*, p. 185. <<

[828] Melville, *In the Lena Delta*, p. 192. <<

[829] Melville, *In the Lena Delta*, p. 193. <<

[830] Melville, *In the Lena Delta*, p. 228. <<

[831] Melville, *In the Lena Delta*, p. 202. <<

[832] Melville, *In the Lena Delta*, p. 206. <<

[833] Melville, *In the Lena Delta*, p. 207. <<

[834] Melville, *In the Lena Delta*, p. 198. <<

[835] Figuier, *Earth and Sea*, p. 225. <<

[836] Melville, *In the Lena Delta*, p. 220. <<

[837] Melville, *In the Lena Delta*, p. 218. <<

[838] Melville, *In the Lena Delta*, p. 221. <<

[839] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 122. <<

[840] El telegrama de Melville se reproduce enteramente en De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 84-85. <<

[841] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 86. <<

[842] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 86. <<

[843] Melville, *In the Lena Delta*, p. 273. <<

[844] Melville, *In the Lena Delta*, p. 274. <<

[845] Melville, *In the Lena Delta*, p. 276. <<

[846] Melville, *In the Lena Delta*, p. 272. <<

[847] La carta escrita por Danenhower a su madre se publicó en el *New York Herald*, el 30 de diciembre de 1881. <<

[848] Para conocer un excelente estudio sobre la insólita vida de aventuras de John Ledyard, véase Gifford, *Ledyard: In Search of the First American Explorer*. <<

[849] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 145. <<

[850] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 96. <<

[851] Melville, *In the Lena Delta*, p. 247. <<

[852] Melville, *In the Lena Delta*, p. 248. <<

[853] Melville, *In the Lena Delta*, p. 250. <<

[854] Melville, *In the Lena Delta*, p. 251. <<

[855] Melville, *In the Lena Delta*, p. 279. <<

[856] Melville, *In the Lena Delta*, p. 282. <<

[857] Melville, *In the Lena Delta*, p. 276. <<

[858] El relato sobre la búsqueda de Melville, que dio pie al descubrimiento del último campamento de De Long, se deriva principalmente de Melville, *In the Lena Delta*, p. 283-331, así como del testimonio dado por este ante la Comisión de Asuntos Navales, *Loss of the Jeannette*, pp. 145-156. Véase también el testimonio de Nindemann en *Loss of the Jeannette*, pp. 217-223. <<

[859] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 796. <<

[860] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 796. <<

[861] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 796. <<

[862] Ambler, «Private Journal», p. 215. <<

[863] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 797. <<

[864] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 800. <<

[865] Melville, *In the Lena Delta*, p. 336. <<

[866] Melville, *In the Lena Delta*, p. 335. <<

[867] Melville, *In the Lena Delta*, p. 338. <<

[868] Hoehling, *The Jeannette Expedition*, p. 163. <<

[869] Melville, *In the Lena Delta*, p. 333. <<

[870] Melville, *In the Lena Delta*, p. 335. <<

[871] Ambler, «Private Journal», p. 216. <<

[872] El telegrama de Melville aparece reimpresso en Henry Llewellyn Williams, *History of the Adventurous Voyage*, p. 70. <<

[873] La descripción que hago del monumento dedicado por Melville a sus camaradas se basa en parte en mi propio viaje a Amerika Jaya, en el verano de 2012. Véase también Melville, *In the Lena Delta*, pp. 340-345; el testimonio de Nindemann, incluido en *Loss of the Steamer Jeannette*, pp. 221-222; y De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 371-373. <<

[874] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 372. <<

[875] Melville, *In the Lena Delta*, p. 344. Cuando visité Amerika Jaya, el verano de 2012, el monumento de Melville continuaba allí. Un grupo de científicos rusos lo habían adecentado y habían reparado la gran cruz, que en los días claros, puede divisarse desde el océano Glacial Ártico. <<

[876] La descripción que hago de la llegada de Melville a Nueva York se basa fundamentalmente en la cobertura dada por el *New York Herald*, 14 de septiembre de 1882. <<

[877] Melville, *In the Lena Delta*, p. 412. <<

[878] Melville, *In the Lena Delta*, p. 412. <<

[879] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 398. <<

[880] *New York Herald*, 14 de septiembre de 1882. <<

[881] *New York Herald*, 14 de septiembre de 1882. <<

[882] *New York Herald*, 14 de septiembre de 1882. <<

[883] Guttridge, *Icebound*, pp. 264-265. <<

[884] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 220. <<

[885] George De Long, *The Voyage of the Jeannette*, vol. 2, p. 869. <<

[886] Carta de Melville a Emma De Long, 24 de agosto de 1882, documentos de Emma De Long. <<

[887] Emma De Long, *Explorer's Wife*, p. 225. <<

[888] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, p. 476. <<

[889] De Long y Newcomb, *Our Lost Explorers*, pp. 476-477. <<

ÍNDICE

Prólogo. Bautismo de hielo

Parte I - Un gran espacio en blanco

- 01. Un escandaloso sábado de carnaval y muerte
- 02. «Non Plus Ultra»
- 03. El lord de la creación
- 04. Por ti me atreveré a cualquier cosa
- 05. Las puertas del polo

Parte II - El genio nacional

- 06. El motor del mundo
- 07. Satisfacción
- 08. El sabio de Gotha
- 09. «Pandora»
- 10. Tres años o la eternidad
- 11. A modo de alegre bendición
- 12. Segundas oportunidades
- 13. La Expedición Ártica Estadounidense
- 14. Lo que el hombre es capaz de hacer
- 15. El nuevo invasor

Parte III - Un maravilloso lugar en que aprender a ser paciente

- 16. Un callejón sin salida
- 17. «Nipped»
- 18. Entre las olas
- 19. Si por algún infortunio
- 20. Un delirio, una trampa
- 21. Para siempre, casi
- 22. Manos invisibles

Parte IV - No perdamos el aliento

- 23. En el solitario mar de hielo
- 24. La tierra descubierta

25. Novedades

26. Estertores de muerte

Parte V - El final de la creación

27. «Todos kaput»

28. «Nil desperandum»

29. El continente fantasma

30. Una segunda tierra prometida

31. Ocho preciosos días

32. El mundo conocido

33. Mares arbolados y terribles

Parte VI - El susurro de las estrellas

34. Catorce afortunados

35. Recuerdenme en Nueva York

36. Hasta mi último dólar

37. Una loca pantomima

38. Íncubo del terror

39. Una tiniebla blanca

40. Toda la nación rusa

41. Más que los centinelas a la mañana

42. Con un lúgubre lamento para siempre

Epílogo. Mientras haya un trozo de hielo que me mantenga en pie

Agradecimientos

Bibliografía

Ilustraciones

Fotos adicionales